

**2011-2015
ALBERTO HAUNDIA
ZIENTZI FIKZIOZKO
LITERATURA LEHIAKETAN
SARITUTAKO
KONTAKIZUNAK**

**RELATOS
PREMIADOS
CERTAMEN LITERARIO
ALBERTO MAGNO
DE CIENCIA FICCIÓN
2011-2015**



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología



Universidad
del País Vasco Euskal Herriko
Unibertsitatea

© Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua
Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco

ISBN: 978-84-9082-407-8

Bilbao, mayo, 2016

www.ehu.eus/argitalpenak

Prólogo

La Facultad de Ciencia y Tecnología impulsó en el año 1989 la convocatoria del Certamen Literario de Ciencia Ficción y Fantasía Científica Alberto Magno. Para el anuncio del fallo del mismo se eligió la fiesta del patrón de los científicos el día 15 de noviembre de cada año, festividad de Alberto Magno, fecha importante en la que tradicionalmente tiene lugar la Ceremonia de Graduación de los estudiantes de la Facultad.

Los años transcurridos desde aquella convocatoria inicial han servido para asentar el Certamen, dándole una amplia difusión, tanto nacional como internacional, lo que ha redundado en la participación de un número creciente e importante de autores tanto en la cantidad como en la calidad de los manuscritos presentados al escrutinio del Jurado. Podemos felicitarlos todos por el éxito de la convocatoria.

Además en diciembre de 2014 la Facultad de Ciencia y Tecnología recibió el III Premio Terbi Honorífico por el nivel y repercusión que en el ámbito de la Ciencia Ficción ha alcanzado nuestro Certamen.

Estos logros no hubieran sido posibles sin el mecenazgo de nuestro patrocinador el Vicerrectorado de Proyección y Transferencia, el trabajo entusiasta y eficaz de los profesores y profesoras que componen el Jurado del Certamen y por supuesto la participación de los autores de los manuscritos, verdaderos protagonistas que mantienen vivo el interés por la Ciencia-Ficción. A todos ellos mi agradecimiento y mi deseo de que el Certamen continúe su progresión alcanzando nuevas cotas de popularidad y participación.

Leioa, 27 de abril de 2016.

ESTHER DOMÍNGUEZ

Decana

Índice

2011	23.^a edición	
Primer premio	El jardín de infancia, <i>Sara Sacristán</i>	6
Segundo premio	Erial, <i>José Antonio Cotrina</i>	56
Premio UPV/EHU	Dioramas, <i>Santiago García Albás</i>	119
2012	24.^a edición	
Primer premio	<i>Declarado desierto</i>	
Segundo premio	El laberinto de Kernov, <i>Antonio J. Cebrián</i>	183
Premio UPV/EHU	El dios caído, <i>José Antonio Cotrina</i>	229
2013	25.^a edición	
Primer premio	El rey Lansquenete, <i>Santiago García Albás</i>	285
Segundo premio	Tellus, <i>José Ángel Menéndez Lucas</i>	348
2014	26.^a edición	
Primer premio	<i>Declarado desierto</i>	
Segundo premio	Horror vacui, <i>Javier Castañeda de la Torre</i>	408
Segundo premio	Deux Hex Machina, <i>Carlos Pérez Martín</i>	486
2015	27.^a edición	
Primer premio	Como un rayo en la tormenta, <i>José Ángel Menéndez Lucas</i> .	522
Segundo premio	El día más dulce, <i>Francisco Javier Sánchez</i>	580

El jardín de infancia

SARA SACRISTÁN

—Bien, bien. Espero vuestras ofertas.

Chocolate mantenía el equilibrio sobre una de las mesas colocadas en el centro del jardín de infancia, con los brazos bien levantados, y en lo alto sostenía una bandeja metálica de color azul, que brillaba bajo los tubos de neón del techo. Una docena de niños rubios con ojos grises y piel muy pálida le miraban anhelantes desde el suelo enmoquetado, y seguían los reflejos azulados con la mirada. A un lado y al otro. Ése es mi primer recuerdo. Cuando intento traer la escena de nuevo a mi mente ya no consigo ver al Chocolate niño, sino al adolescente de doce o trece años que sería más adelante, a pesar de que en ese momento no tendríamos más de seis. Éramos aún unos críos, pero Chocolate ya decidía a quién le entregaríamos la quinta bandeja azul.

Antes de ese recuerdo tan sólo puedo juntar un puñado de imágenes inconexas con salas llenas de bebés con pañales blancos que jugaban con juguetes coloridos. Los únicos adultos que conocíamos aparecían en las pantallas de televisión y nos hablaban con palabras cariñosas, con tono dulce, pero sin mirarnos a los ojos. Y junto a esos fragmentos de recuerdos hay una certeza, una obsesión de la que aun ahora no he logrado deshacerme. Los colores. En el jardín de infancia los colores tenían un significado que todos los niños aprendíamos con rapidez. El azul era muy bueno, el verde estaba bien, el amarillo sólo se elegía si no quedaba más remedio y el rojo había que evitarlo a toda costa.

Por eso aquellos niños miraban la caja azul que Chocolate movía de derecha a izquierda con las pupilas dilatadas y el sudor perlado sus frentes, y la deseaban como al mayor de los tesoros.

—¿Qué tenemos hoy para comer, Tajo? —preguntó Chocolate, que no dejaba de hacer girar la caja sobre su cabeza. Le encantaba el espectáculo, pero sobre todo disfrutaba con la atención de los demás.

Tajo, que estaba sentado a pocos metros de él, sonrió y levantó la tapa de su propia bandeja, apenas una rendija, pero lo suficiente como para que un olor delicioso a carne y tomate inundase las fosas nasales de los niños que esperaban. Tampoco consigo recordar a Tajo de pequeño, si es que alguna vez lo fue.

—Arroz con tomate y filete de pollo empanado —contestó relamiéndose los labios—. ¡Y helado de postre!

Las caras de los niños se iluminaron. Rostros idénticos, miradas muy parecidas, todas bastante hambrientas. Miré hacia los que no participaban en el juego y ya habían abierto sus propias cajas. Sólo arroz y queso en las verdes, pan en las amarillas. Busqué, pero hacía tiempo que no aparecía ninguna roja.

Abrí mi propia bandeja azul y empecé a comer con desgana. Supongo que cuando lo especial se convierte en rutina la ilusión se va perdiendo. Yo pertenecía al grupo selecto de niños que se quedaban con las cuatro mejores bandejas y decidían a quién le daban la quinta. No sé muy bien por qué, pero uno de los recipientes azules siempre había sido mío, como supongo que antes lo había sido un biberón. Tajo, Dada y Chocolate se quedaban con las demás. Las verdes y amarillas eran para el resto de los niños, que se peleaban por ellas. Nunca había suficientes bandejas para todos.

—¿A quién le apetece helado? —aquel día Chocolate estaba alargando el juego más de lo habitual.

La veintena de niños que le rodeaban se acercó más a él, gritando y empujándose unos a otros. Algunos ya tenían una bandeja verde o amarilla entre las manos, pero no se conformaban. Conformarse en el jardín de infancia significaba debilidad, y la debilidad llevaba al hambre. Había llegado el momento de los gritos desesperados, la parte favorita de Chocolate.

—¡Te dejaré mi libro de cuentos una semana!

—¡Te dejo mi turno en la pantalla de dibujos durante dos!

—¡Te lo cambio por uno de mis juguetes!

La cara de Chocolate se llenó con una sonrisa de puro placer. En aquel momento tenía el control de la mitad de los niños del jardín de infancia. No necesitaba nada de lo que le ofrecían, pero lo importante no era lo que conseguía con el trueque, sino lo que obtenía con el espectáculo. La atención de todos los demás. Aquello alimentaba a Chocolate más que cualquier comida. Tras unos minutos de regateo, decidía cual era la oferta que más le gustaba y le daba la bandeja al supuesto afortunado. En ocasiones decidía que no le gustaban los ofrecimientos, y tiraba la comida por los re-

tretes ante la mirada desesperada de los demás niños, o se la quedaba él mismo si tenía mucha hambre. Había días que ni se molestaba en coger la caja, y entonces eran Dada o Tajo quiénes montaban el espectáculo. A mí me parecía algo más bien estúpido.

—¡Coge tú la caja hoy! —me decía Tajo ilusionado—. Puedes quedártela si quieres. ¡Tendrás doble ración de postre!

—Quédatela tú.

—¿Seguro?

—Seguro.

Me decía a mí mismo que yo estaba por encima de esos espectáculos pueriles, pero la verdad es que nunca serví para ello. Mis armas de supervivencia no eran el terror o la tortura de niños hambrientos. Para eso ya estaban Tajo, Dada y Chocolate.

Cogí mi bandeja y me alejé de las de la zona central del jardín de infancia en busca de la tranquilidad de los sofás. Elegí uno situado frente a los televisores que ocupaban una de las esquinas, y me senté a comer solo mientras releía un atlas que había encontrado en lo alto de una estantería la semana anterior. Era un libro con portada azul, por supuesto, con ilustraciones a todo color. Me fascinaban los mapas que mostraban las montañas y los ríos de continentes desconocidos, y tenía una colección bastante grande de libros de geografía y naturaleza. No era difícil conseguirlos, porque nadie en el jardín, ni siquiera Chocolate o Dada, estaba interesado en conocer tan a fondo aquel misterioso exterior que nunca habíamos visto. Se conformaban con los documentales que había archivados en la memoria del televisor, pero para mí no era suficiente.

—¿Qué es eso? —preguntó Tajo con la boca llena de helado.

—Un mapa.

—¿Sirve para algo?

—Para encontrar lugares.

Tajo arrugó la frente y se mordió la lengua, como siempre que intentaba pensar.

—¿Sirve para encontrar los baños?

—Más o menos.

Éramos muy diferentes, aunque en teoría todos fuésemos iguales. Los mismos ojos grises, idéntico pelo rubio y rizado, incluso el mismo lunar

en la barbilla. La misma genética, entendí cuando más adelante leí mi primer libro de biología. Sin embargo, en la apariencia acababan todas las similitudes. Algunos comían, otros rapiñaban; algunos aprendían, otros se limitaban a sobrevivir. Y Chocolate, Tajo, Dada y yo mandábamos. Era así desde que podía recordar. A base de artimañas o por la fuerza, obligábamos a los demás a dejarnos escoger comida los primeros, a estrenar los nuevos juguetes e incluso a tener nuestros rincones privados. Habíamos descubierto el modo de encender las televisiones, y ellas nos habían enseñado las letras, los números, y lo más importante, los secretos del jardín de infancia. Claves, botones, lugares secretos, estanterías que contenían pequeños tesoros. Nosotros sabíamos lo que había que hacer para que de los grifos saliesen zumos y batidos además de agua, cómo elegir la música que queríamos en los auriculares y cómo cambiar de canal en las televisiones para que los profesores virtuales desapareciesen y empezase alguna serie de dibujos animados. El conocimiento nos daba el poder, y el poder acceso a más conocimiento. Y como jamás un solo adulto apareció por allí, podíamos hacer lo que quisiéramos. Todo, menos salir de nuestro pequeño mundo limitado por muros blancos.

El jardín de infancia era una habitación grande, enorme desde la perspectiva de un niño, con techo liso y blanco y suelo gris enmoquetado. Al principio estuvo organizado en cuatro zonas o esquinas situadas alrededor de las mesas centrales, y durante bastante tiempo mantuvimos esa organización, aunque poco a poco algunos de nosotros fuimos construyendo nuestros pequeños rincones privados. Había una zona de baños, con las duchas, los retretes y armarios en la que aparecían la ropa limpia y las toallas. En la esquina de enfrente estaba la sala de estar con las pantallas de televisión y los sofás. Las otras dos estaban ocupadas por el antiguo dormitorio donde habían estado nuestras cunas y por la zona de juegos, la mejor. Allí estaba el montacargas en el que aparecían las bandejas de comida, y también la mayoría de los tesoros, como grifos de los que salían zumos y batidos, e incluso puertas secretas detrás de los paneles de plástico que cubrían las paredes que escondían chucherías, libros o juegos nuevos. Había agua potable, aire depurado a través de rejillas de ventilación y ropa limpia. Las luces simulaban la noche y el día, de forma que nuestro horario estaba marcado por los tubos de neón que colgaban sobre nuestras cabezas. El aire se volvía pesado y caliente cuando la hora de la oscuridad se acercaba y todos cedíamos al sueño aunque intentásemos evitarlo. A la mañana siguiente cualquier rastro de basura o suciedad había desaparecido. Era difícil no apreciar que todo estaba cuidadosamente planeado.

Decir que nunca nos faltó nada sería mentir. Siempre faltaba. La comida nunca era suficiente, no había ropa para todos, e incluso las camas en

las que dormíamos eran insuficientes. Aquella escasez no hacía más que reforzar la sensación de que nada en el jardín de infancia ocurría al azar. Nadie aprende nada si se lo dan todo hecho, y lo primero que nosotros aprendimos, antes casi de hablar, fue que es mejor ser el primero que el segundo, y que el último no comía, no dormía a gusto y no jugaba.

Por eso cada posesión era un tesoro, y la posesión más valiosa era el conocimiento. Dada, Tajo, Chocolate y yo sabíamos lo suficiente como para poder controlar al resto de los niños. Manteníamos nuestro liderazgo gracias a un equilibrio inestable pero bastante efectivo entre nosotros mismos. Si querían que sacásemos zumo de los grifos tenían que hacer lo que nosotros dijésemos, si querían ver una determinada película en las pantallas tenían que hacer lo que nosotros dijésemos, y lo más importante, si querían la quinta bandeja de comida azul, tenían que hacer exactamente lo que nosotros dijésemos. El azul era en verdad un buen color.

—Yo prefiero los dibujos animados —concluyó Tajo después de intentar comprender los mapas de mi atlas sin mucho éxito.

Tajo tenía un corte en la frente que se había hecho en algún momento de su vida, según él, cuando había trepado a uno de los estantes más altos para conseguir la cama elástica que guardábamos en la zona de juegos, aunque creo que eso era mentira. No porque dudase de su fuerza, sabía que podía estrujar una de las bandejas azules hasta dejarla echa una bola de metal, sino porque Tajo no tenía la capacidad de tomar la iniciativa en nada. Era la fuerza bruta del grupo, con un cerebro más bien escaso, y se había hecho con una de las bandejas azules a base de intimidación. Sencillo pero eficaz, así era el método de Tajo. Conseguía lo que quería, pero nunca iba a más allá de las necesidades físicas más básicas.

Dada se llamaba así porque siempre se había llamado así. Su presencia en el grupo siempre me inquietó porque a pesar de ser una chica, era la que más se parecía mí físicamente. El cromosoma que nos diferenciaba a Dada y a mí no había conseguido grandes cambios. Es curioso que los otros chicos del jardín, todos genéticamente idénticos a mí, no me inquietasen lo más mínimo y sin embargo Dada, con sus ademanes desgarbados y sus ojos calculadores sí lo hiciese. No sé por qué una de las bandejas azules le pertenecía, pero de alguna forma había logrado llegar a la cima y ahora sabía demasiado como para echarla. Dada siempre sabía demasiado y era capaz de aprovecharse de ello.

Y por último estaba Chocolate. Se llamaba así porque sólo él conocía la clave que había que introducir en el teclado de uno de los grifos para que saliese batido de chocolate. Esa clave no venía en los libros del último estante, el de más de cinco metros, que yo había leído. Era un niño del-

gado y débil, que probablemente había crecido gracias a biberones verdes o incluso amarillos, y que había logrado llegar a las bandejas azules gracias a su malicia y a su diabólica capacidad de manejar a los demás. También he de reconocerle otra cualidad a Chocolate. No tenía miedo y siempre arriesgaba. Era bueno en los juegos de naipes, porque era difícil leer sus gestos y saber si mentía. Pero yo solía ganarle. Aprendí rápido a contar las cartas. Porque si Tajo era la fuerza del grupo, yo era el cerebro.

Chocolate y yo no éramos amigos, ni siquiera compañeros. Tampoco nos sentíamos enemigos, pero los dos entendíamos que no nos quedaba más remedio que ser rivales. Junto a los colores, había otra certeza que me acompañó desde que tuve uso de razón. Debía estar preparado. Mi vida en el jardín de infancia estaba sumida en una constante sensación de espera, de cuenta atrás, que me impulsaba a devorarlo todo, ya fuese comida o conocimientos, a un ritmo frenético. Las bandejas, los juegos, los libros llenos de datos sobre un mundo que nos estaba vedado... de momento. Era difícil no darse cuenta de que aquella planificación tenía que tener un propósito. Era una convicción que iba mucho más allá del mero instinto de supervivencia, pero que me ayudó a sobrevivir todos aquellos años. Esperaba algo. Y no era el único. Chocolate también se preparaba y aguardaba como yo. Pero pronto comprendí que frente a la manipulación de Chocolate, mi inteligencia ganaba.

Lo descubrí en uno de los días que llamábamos «de los tesoros». Eran días en los que aparecían cosas nuevas en el jardín. Libros, ropa, juegos. Algunas simplemente se encontraban sobre las mesas o en los estantes y armarios, pero las mejores siempre estaban escondidas. Eran pequeños tesoros, propiedades que servían como moneda de cambio o que simplemente te permitían presumir delante de los demás. Los tesoros más difíciles de encontrar contenían algo más valioso. Conocimientos, pistas, soluciones. Ventajas. Yo tenía algunas de ellas escondidas, como supongo que las tenían todos. La mayoría eran libros que hablaban del exterior. No entendía la mitad de ellos, pero sabía que con el tiempo los iría comprendiendo. En esos libros había aprendido matemáticas y ciencia, lenguaje e historia. Sabía que eran la base para todo lo demás y tenía paciencia. Los libros demasiado avanzados los apartaba hasta que llegase el momento.

Cuando cumplimos los diez años, aparecieron un montón de cosas nuevas en el jardín, a modo de regalos, pensaban algunos, a modo de incentivos, comprendí yo. Como ocurría esa clase de días, todos corrían de un lado a otro y se peleaban con los demás para conseguir los mejores tesoros. Chocolate y yo no nos lanzamos ciegamente hacia el montón que había aparecido sobre las mesas, sino que observamos con atención el

jardín de infancia. No éramos los únicos. Muchos niños se habían dado cuenta de que los objetos que aparecían en las mesas eran baratijas, y que lo que merecía la pena era aprovechar esos minutos de distracción para buscar las cosas realmente valiosas. Era una especie de juego de buscar las diferencias, como los que hacíamos en las pantallas cuando éramos más pequeños. Primero, revisábamos los paneles de las paredes en busca de puertas. Teníamos muchas localizadas, pero la mayoría estaban cerradas. En ocasiones los picaportes cedían, sólo ese día, y abrían el camino hacia armarios, estanterías e incluso habitaciones nuevas llenas de posibilidades. Así habíamos encontrado hacía un par de años el gimnasio. Lo siguiente era revisar palmo a palmo el resto del jardín. Bajo las suaves moquetas blancas, tras los muebles, entre los juguetes viejos. Siempre aparecían cosas nuevas.

Aquel día Chocolate encontró un libro de matemáticas. Le vi sonreír mientras lo llevaba a su habitación. Maldije por lo bajo, pero no me desanimé, y durante los siguientes días disfruté de mis propios trofeos: un libro de ilustraciones con fotos de los cinco continentes que me dejó boquiabierto, un par de tebeos y una revista de coches. Descubrí los desiertos, las selvas ecuatoriales y los descapotables.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que Chocolate entrase en mi habitación con el libro de matemáticas entre las manos. Yo había construido mi cuarto, si se le podía llamar así, a partir de los restos de las antiguas cunas, una idea que mis cuatro compañeros enseguida habían imitado. Con las bases acolchadas había hecho un primer cuadrado sobre el suelo, y después había añadido los barrotes para cercarlo. Gasté todo un rollo de cinta aislante, uno de los mayores tesoros que había logrado encontrar. No era una obra de ingeniería, pero si no te apoyabas mucho resistía, y tampoco necesitaba nada más sofisticado porque las cosas valiosas no las guardaba allí. Había delimitado aquel espacio para conseguir una falsa sensación de privacidad y de individualidad, algo difícil de sentir cuando estás rodeado de un centenar de niños idénticos a ti.

Chocolate asomó la cabeza por uno de los barrotes cuando yo estaba ojeando el libro de ilustraciones. Utilizando los cuchillos que venían junto a la comida había logrado cortarse el pelo, de forma que parecía un poco más mayor que nosotros a pesar de los trasquilones.

—Bonito —comentó.

—Es interesante.

—¿De qué parte del mundo es?

—De todo en general. Hay fotos de los cinco continentes.

—¡Guau! —Chocolate lanzó un silbido de fingida admiración—. ¿Salen animales nuevos?

—Algunos —contesté con tono enigmático.

Cualquier cosa nueva era algo increíble en el jardín. Sabíamos que había un mundo exterior más allá de nuestra gigantesca cárcel de paredes blancas, un mundo con bosques, mares y montañas, lleno de animales y plantas. Todo eso lo conocíamos a través de los libros y las películas. También sabíamos que había más personas, tenía que haberlas, con genéticas distintas, y ciudades inmensas donde vivían todas. Sospechábamos que había otros jardines como el nuestro, con otros niños que vivían igual. Y teníamos la certeza de que tarde o temprano llegaría la hora de salir, de enfrentarse a ese exterior, y había que estar preparados para ello. La gran mayoría de nosotros pensaba eso, al menos los que éramos capaces de pensar, pero lo que yo nunca había compartido con nadie era la sospecha de que el jardín de infancia no era sólo un entrenamiento, sino una competición. ¿Por qué si no los colores, los premios? Podía sentir como a través de las paredes blancas alguien me observaba y me evaluaba. Al final no sería suficiente con haber aprendido, sólo los mejores saldrían. Creo que de todos los niños con los que conviví aquellos años, sólo Chocolate llegó a comprender la situación como yo. Y tal vez Dada, aunque muy al final, cuando ya fue tarde.

—¿Qué te parece si intercambiamos nuestros tesoros? —sugirió Chocolate—. Te dejo mi libro de matemáticas durante una semana si tú me dejas el de ilustraciones.

Me pareció un buen trato, aunque sospeché que tras el ofrecimiento se escondía una segunda intención. Chocolate no hacía nunca nada sin una segunda intención. Intercambiamos nuestros libros. Durante los siguientes días viví inmerso en el mundo de las divisiones, las raíces cuadradas y las ecuaciones. Eran cosas que a un adulto le habrían resultado sencillas, pero para mí significaron un descubrimiento que iba más allá de las simples operaciones matemáticas. Comprendí que había cosas que no era necesario leer en los libros, cosas que uno mismo podía descubrir si tenía paciencia y se esforzaba un poco. Aprendí a razonar.

Y también estaba a punto de descubrir otra cosa que no me esperaba, algo quizás más importante. Al cabo de una semana fui a devolverle su libro a Chocolate. Le encontré sentado delante de una pantalla de televisión, viendo un combate de boxeo. Cuando me oyó llegar se levantó de un salto, y fingió que no me había estado esperando.

—Puedes quedártelo una semana más, si quieres —dijo con tono casual—. Es un libro difícil de entender y yo ahora estoy ocupado con un pequeño proyecto personal.

No me dejé distraer por el señuelo, y seguí buscando la segunda intención. Tanta amabilidad resultaba sospechosa en una persona que disfrutaba sorteando un plato de arroz con tomate entre niños hambrientos y desesperados, así que decidí arriesgarme con mi propio farol.

—En realidad sólo me he leído la mitad. El resto ya lo sabía.

Mentira podrida. Pero Chocolate se había tragado el anzuelo y ahora lo tenía bien clavado en la garganta. Seguía sentado en el sofá, con la vista clavada en la pantalla, pero tenía las manos demasiado apretadas contra la tela blanca, y apenas parpadeaba. Casi podía oír cómo funcionaba su cabeza. Tic-tac, tic-tac.

—Sí, tienes razón —sus astutos ojos se entrecerraron—. Las divisiones ya nos quedan algo pequeñas.

—Claro —contesté—. Y eso de las raíces cuadradas, no son más que sumas largas.

Vi la confusión en los ojos de Chocolate, un único segundo de pánico, y luego volvió a sonreír con suficiencia.

—Sí.

Me mantuve serio mientras le hacía un gesto de despedida y lanzaba el libro con descuido sobre el sofá. Me mantuve serio mientras caminaba hacia mi habitación. Pero en cuanto estuve sólo, sonreí, sonreí con un sentimiento que nunca había experimentado. Superioridad. Chocolate no se había enterado de nada. No era inteligente, sólo se aprovechaba de la inteligencia de los demás. Pero yo estaba por encima de él, y lo que era aun mejor, él lo sabía. Intentaba sonsacarme las cosas que yo sí había comprendido. En ese momento de mi vida tuve claro algo que muchas otras personas a lo largo de la historia habían tenido claro antes que yo. El conocimiento es el poder. Y yo lo tenía en mis manos. Desde aquel momento supe que llevaba ventaja, pero no me relajé.

Nunca volví a ver aquel libro, pero no me hizo falta. En un cuaderno estaban bien anotados los vectores, los ángulos y las tangentes. No entendía la mitad de las cosas, pero sabía ser paciente y esforzarme. En mi cabeza empezaban a formarse las ideas. Sentado en un sofá de la sala de estar y armado con varios libros y un cuaderno, mientras el resto de los niños dirigían sus miradas y preocupaciones hacia el interior, yo empecé a pensar en el exterior. No en ese mundo que las televisiones y los libros mostraban, esos desiertos y mares lejanos, sino en un exterior algo más prosaico pero inmediato, el que estaba al otro lado de los muros blancos. ¿Cómo era de grande el jardín de infancia? ¿Eran los muros muy gruesos? Ángulos y lí-

neas y tangentes. Tardé algún tiempo en comprender la utilidad de aquellos nuevos conocimientos.

Pero mientras tanto, había que sobrevivir, y tras el alboroto de aquel décimo cumpleaños, las cosas se pusieron cada vez más difíciles. Que yo recuerde, había al menos un centenar de niños en el jardín cuando cumplimos los seis años. A los once, el número se había reducido a menos de setenta, y la mayoría de los que faltaban habían muerto durante el último año. La muerte era algo a lo que todos estábamos acostumbrados. Caídas desde lo alto de las estanterías, accidentes con los cables de las televisiones, o sencillamente el hambre. Los cadáveres desaparecían sin dejar rastro durante las noches, y el único recuerdo que nos quedaba de ellos era un firme propósito de evitar ser el siguiente. Sin embargo, hubo una muerte que quedó grabada en mi cabeza, la primera que no fue un accidente. Aquel día empezamos a matarnos entre nosotros.

Habíamos dejado que los demás niños se peleasen por la quinta caja azul. El espectáculo había perdido su atractivo con el paso del tiempo, y por alguna razón, cada vez había menos diferencia entre las cajas azules y las demás. Yo interpreté ese cambio como un aviso de que la comida tal vez no era lo más importante. Habíamos sobrepasado el decenio de vida, y empezábamos a ser más conscientes de nuestra situación.

—Alguien tiene que tenernos encerrados —aseguró Dada.

No contesté. No me parecía nada prudente hablar de esas cosas en alto, sobre todo porque yo también estaba bastante seguro de que tras las pantallas de televisión y los muros acolchados del jardín, alguien nos vigilaba. Además me molestaba que alguien más aparte de Chocolate empezase a preocuparse por lo que ocurría en el exterior.

—Tiene que ser algo grande —continuó ella—. Ya sabes, algo que muchas personas dirigen. Y estoy segura de que hay más sitios como este.

—¿Más sitios como cuál? —dijo Tajo con cara sorprendido.

—Más jardines de infancia —resopló Dada.

—Eso ya lo sabemos, lo pone en los libros —contestó Tajo, aunque era probable que nunca en su vida hubiese leído más de media página seguida.

—Sí, pero en los libros no dicen para qué nos tienen aquí metidos. Por qué nos dan cosas.

—No lo entiendo.

Dada resopló con fastidio. La estupidez de Tajo era cada día más insufrible. Cuanto más avanzábamos nosotros, más evidente se hacía su re-

traso. Y no era un problema como el de otros niños del jardín, que no sabían apenas sumar porque nunca se habían molestado en aprender o porque estaban demasiado ocupados sobreviviendo. Tajo simplemente parecía tener la mitad de cerebro que todos nosotros. La expresión se le había ocurrido a Dada.

—Es imposible —le había contestado yo—. Somos genéticamente iguales.

—Pues entonces aunque tenga el mismo cerebro que tú y yo, parece incapaz de usarlo.

Eso sí que era posible, y cada día estaba más convencido que lo que tenía mi amigo era algún tipo de deficiencia mental, un problema de nacimiento. No sólo era bastante lento para entender las cosas, sino que tenía cambios de humor extraños. Tan pronto era el chico más encantador del mundo como se convertía en un animal peligroso. Por eso aunque fuese estúpido, nadie se metía con Tajo. Todo el cerebro que según Dada le faltaba, parecía haberlo cambiado por músculos. A los diez años tenía el doble de envergadura que cualquiera de nosotros. No era buena idea enfrentarse a él, y aunque engañarle era muy fácil, si te pillaba lo pagabas caro.

Sin embargo, las cosas se estaban poniendo realmente difíciles. Cada vez aparecía menos comida, y para aquellos que no tenían garantizada una bandeja azul, los días de hambre se hicieron demasiado habituales. Yo me sentaba en mi habitación e intentaba concentrarme en algún libro o en algún juego, pero era inevitable escuchar los gritos de las peleas, que cada vez eran más habituales. A través de los barrotes veía pasar a niños delgados, con ojos muy abiertos y una expresión de búsqueda constante en los ojos. Yo mismo les daba parte de mi bandeja de vez en cuando. Chocolate y Dada me creían estúpido por ello, pero no eran capaces de ver lo que yo sí percibía. Al principio los hambrientos sólo eran dos o tres, pero ya había casi una docena de ellos, algunos huesudos hasta el extremo, que de momento deambulaban en solitario. Pero yo sabía que la desesperación otorga una especie de valor muy cercano a la insensatez que podía ser peligroso.

Aquella tarde fatídica del año once de nuestras vidas uno de esos desesperados tuvo un ataque de valor insensato y decidió robarle la bandeja de comida a Tajo. O al menos eso creyó él. Yo estaba tumbado en mi habitación, leyendo, cuando oí los gritos procedentes de la zona de las televisiones. Creí que era una disputa más en el jardín así que ignoré el barullo. Pero cuando escuché la voz de Tajo, ronca por la furia, no me quedé más remedio que levantarme. Llegué a tiempo para ver como agarraba el cuello de uno de esos chavales delgados y temblorosos y lo elevaba como a un muñeco de trapo.

—¡Suéltame! —gritaba el chico mientras le daba patadas a Tajo en la entrepierna.

Meneé la cabeza con compasión. No era nada inteligente intentar golpear a Tajo, y menos cuando estaba furioso. Hacía unos meses el grifo con su sabor de zumo favorito había dejado de funcionar, y Tajo lo había aporreado hasta partirse un dedo de la mano derecha sin ser consciente del dolor.

—¡Te soltaré cuando me digas lo que has hecho con mi comida, maldito ladrón!

La cara de Tajo estaba roja de rabia y al hablar lanzaba escupitajos que iban a parar a la cara aterrorizada del chaval. Al pobre chico la piel se le estaba volviendo morada por la falta de aire, y vi pequeños hilillos de sangre resbalando por su cuello allí donde las uñas de Tajo estaban cortando la carne de la garganta. Dada y yo habíamos intentado que Tajo se cortase las uñas sin mucho éxito. Aquello se ponía feo.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a Chocolate, que estaba sentado sobre uno de los cojines de la zona de televisiones con una bolsa de patatas fritas en la mano, como si aquello no fuese más que una película.

—Al parecer ese estúpido entró en la habitación de Tajo y se llevó su bandeja de comida mientras él estaba en el baño.

—¿Cómo sabe que ha sido él?

—No lo sé. ¿Pero crees que a Tajo le importa?

La cara de Chocolate no denotaba la más mínima preocupación. Es más, creo recordar una especie de brillo perverso en sus ojos. Suspiré.

—Supongo que no.

Me irritaban mucho esa clase de espectáculos infantiles. Si realmente alguien estaba observándonos, aquello no nos beneficiaba. A esa altura de la pelea todos los chicos del jardín se habían reunido allí, los más valientes formando un círculo alrededor de Tajo, los más prudentes a algunos metros de distancia. Muchos de ellos miraban con compasión al pobre chaval. Entendían su situación, tenían sus mismos pómulos hundidos, los hombros huesudos, los labios cuarteados. Sabían lo que era el hambre y las locuras que te obligaba a cometer. Pero Tajo no. Podría haber robado una bandeja verde, incluso podría haberlo intentado conmigo, con Chocolate o con Dada. Pero Tajo nunca.

—¡Yo no tengo tu maldita comida! —gritó el chaval con voz entrecortada—. ¿Para qué porras la quiero? Yo siempre consigo una bandeja

verde o amarilla. Además, llenas la comida de babas y la manoseas. No la probaría ni aunque me muriese de hambre, por si acaso la estupidez se contagia.

Tajo parpadeó. Su cerebro se esforzó durante algunos segundos en analizar todas palabras y finalmente comprendió el insulto. Le propinó al chico un puñetazo con la mano que tenía libre. La sangre manchó la moqueta gris.

—¡No mientas! —parecía que los ojos de Tajo se saldrían de sus órbitas y atacarían por su cuenta al ladrón—. ¡Deja de decir estupideces o te la vas a ganar!

—¿Pero ése es imbécil o qué le pasa? —dijo Chocolate con una sonrisa divertida en el rostro—. Lo va a matar.

No lo creí. Recordé la obsesión de Tajo por arrancarles las piernas y los brazos a sus muñecos y supuse que acabaría herido, tal vez mutilado. El chico debía de creer lo mismo que yo, porque siguió mirando a Tajo, desafiante y envalentonado a pesar de la situación. El pobre pensaba que no tenía nada que perder, que la paliza ya se la había ganado dijese lo que dijese.

—El estúpido dice estupideces. Y creo que todo el mundo sabe quién es el estúpido aquí.

Creo que lo que realmente molestó a Tajo no fue el robo de la comida, sino que alguien, sobre todo alguien más pequeño y débil, le dijese a la cara lo que todo el mundo murmuraba a escondidas. Si en algún momento Tajo llegó a ser consciente de su retraso mental o estuvo cerca de estarlo, fue en esa ocasión. Y el pobre desgraciado responsable de eso pagó las consecuencias.

Todo ocurrió en menos de un segundo. La expresión de ira en el rostro de Tajo se intensificó, los músculos de su brazo se tensaron aún más, su mano apretó con fuerza el cuello del chico, y se oyó un terrible chasquido. El cuerpo quedó allí colgando, sin perder la sonrisa pero con los ojos vacíos y los brazos y piernas flácidos. Recuerdo que pensé que por lo menos había sido rápido.

Tajo nos miró a todos, como desafiándonos a decir algo, pero por supuesto nadie abrió la boca. No nos acercamos al cuerpo, ni siquiera por curiosidad morbosa. Tampoco nadie se acercó a Tajo. A los cuatro días del incidente, alguien se atrevió a quitarle la ropa al cadáver, a escondidas. Al quinto día algunos chicos se acercaron disimuladamente para contemplarlo. Al cabo de una semana empezó a oler, aunque no mucho.

—Hay que quitarlo de ahí —sugerí—. Puede ser peligroso para la salud.

—No hay gusanos ni bichos en su cuerpo —dijo Dada, la única de nosotros que se había acercado a mirar el cadáver—. ¿No ocurre eso en las películas?

—Creo que el aire del jardín está muy limpio para eso —dije—. Aquí no hay insectos. Pero por mucho que el aire se depure, puede haber alguna bacteria. Deberíamos quitarlo de ahí.

—¿Y qué hacemos con él? —dijo Chocolate con sarcasmo—. ¿Lo troceamos y se lo damos de comer a esos imbéciles hambrientos?

Dada hizo una mueca de disgusto.

—Eres asqueroso. ¿Qué hicimos con los otros cadáveres? ¿Con los de los niños que han muerto antes? Porque han tenido que morir bastantes, éramos muchos más.

Dada me miraba directamente a mí. Odiaba cuando la gente me preguntaba las cosas, como si yo tuviese las respuestas de todo.

—Simplemente desaparecían, como desaparecen los restos de comida o la ropa sucia —contesté.

—¿Y por qué este no desaparece?

Nos quedamos todos pensativos. En realidad yo tenía una teoría de por qué de repente cosas que siempre habían sido de una forma cambiaban. Por qué un día los platos habían dejado de aparecer limpios, por qué ya no había películas de dibujos animados en la tele o por qué el cadáver seguía allí tirado. Se suponía que debíamos aprender. Aprender a lavar nuestros platos, a entender películas más complejas que la historia de un elefante de orejas grandes, y a hacernos responsables de nuestros muertos. Y cuando supiésemos lo suficiente, tal vez se abriría una última puerta.

—Eso da igual —dije por fin—. Hay que hacer algo con él.

—¿Y si a Tajo no le hace gracia que lo toquemos? —dijo Dada con miedo.

—Pues Tajo que se aguante —dijo Chocolate, aunque sin mucha convicción.

De nuevo, los dos se volvieron hacia mí. Resoplé hastiado.

—Iré a hablar con él.

Me levanté y fui directo a la habitación de Tajo. De todos los chicos del jardín, él era el único al que consideraba un compañero, un hermano

de verdad, a pesar de que era al que menos me parecía de todos. No le tenía miedo, sino más bien lástima. Le encontré tirado en el suelo, mordisqueando una manzana. Desparramados por su habitación había restos de comida y pedazos de metal azul abollado. No me atreví a preguntarle si había encontrado la bandeja entre las cosas de aquel chico o si él mismo la había olvidado en algún sitio. Como Chocolate había dicho, eso no importaba.

—¿Qué quieres? —dijo medio hablando, medio gruñendo.

—Vengo a decirte que vamos a mover el cadáver. Empieza a oler.

Tajo ni siquiera cambió de postura para mirarme. Yo no le había pedido permiso, simplemente le había informado de lo que íbamos a hacer. Como no contestó, me di la vuelta y me marché.

Dada se negó a tocar el cuerpo, al igual que Chocolate. Les pedimos a otros chicos que nos ayudasen, pero bien por asco o por miedo, había pocos dispuestos a hacerlo. Al final conseguí sobornar a uno de ellos para que me ayudase, y llevamos el cadáver al único sitio que se me ocurrió. Desde hacía algún tiempo el jardín aparecía menos limpio tras las horas de oscuridad. La basura se acumulaba y la ropa sucia no desaparecía, al igual que ahora no desaparecían los cadáveres. Una mañana incluso habíamos encontrado algunos robots estropeados en las esquinas del jardín, probablemente los que se encargaban de la limpieza mientras nosotros dormíamos. Eran inquietantes, con una forma humanoide demasiado lograda, aunque claramente artificiales con su carcasa metálica y sus articulaciones llenas de cables. Cuando vimos uno por primera vez comprendí por qué hacían su trabajo por la noche, a escondidas. Debería haberme dado cuenta de que la aparición de los robots estropeados no era una buena señal.

Finalmente Dada había encontrado la solución para nuestro problema con la basura. Tras uno de los paneles de plástico había un agujero con el cartel de «incineradora» encima que hasta el momento había resultado inservible. Por ahí empezamos a tirar la basura, al menos aquellos que nos preocupábamos por ello, y por ahí arrojamos el cadáver. Fue el primero de muchos.

Aunque las cosas iban mal, yo seguía esperando, convencido de que tarde o temprano alguien abriría una puerta secreta y reuniría a los supervivientes, a los que nos lo habíamos ganado, nos daría una palmadita en la espalda y nos llevaría al mundo real. Estaba dispuesto a permanecer en aquella jaula hasta que llegase mi merecido premio. Pero un par de cosas cambiaron la situación, y sobre todo cambiaron mi perspectiva. La primera fue que en mi decimosegundo año de vida vi el exterior por primera vez.

En una de las salas del jardín había un gran gimnasio, con canchas deportivas, aparatos y material de todo tipo. Lo habíamos encontrado algunos años atrás, y desde entonces el holograma de un hombre musculoso nos llevaba allí tres veces por semana y cerraba la puerta durante una hora para que jugásemos al balón prisionero, nos colgásemos de las espalderas o saltásemos a la comba. En ocasiones la silueta parpadeante le hablaba al vacío si a ninguno de nosotros le apetecía ir, pero casi siempre había algo de público porque al final de las sesiones de ejercicio había premios, como ocurría con todas las actividades en el jardín. Cuando llevas un día sin comer, una hora encerrado en un gimnasio te parece un precio pequeño a cambio de unas galletas. Por supuesto nadie venía cuando estábamos nosotros, que éramos los únicos que asistíamos a las clases por diversión. No le hacíamos mucho caso al pobre profesor.

—Hoy practicaremos deportes en equipo —dijo con su voz llena de estática.

—Qué manía con los deportes en grupo —resopló Dada.

—¿Por qué no echamos un partido dos a dos? —sugirió Tajo.

Dada volvió a resoplar. Chocolate tampoco parecía muy entusiasmado. Yo odiaba los deportes de equipo.

—¿Por qué os empeñáis en venir aquí si luego no queréis jugar a nada? —lloriqueó Tajo—. La puerta estará cerrada una hora y no nos dejará salir antes. Me aburro.

—No se trata de jugar —le regañó Dada—. Se trata de que los demás no puedan usarla. Hoy el premio será especial.

—¿Cómo lo sabes?

De nuevo, Dada me miró para que yo diese la respuesta. Lo odiaba cada vez más.

—He estado apuntando los premios de la sala de deportes, y siguen un patrón mensual —le expliqué a Tajo.

—¿Un qué?

—Se repiten —simplificó Chocolate—. Así que podemos saber lo que van a dar cada día. Los días que nos interese, debemos estar aquí. No podemos dejar que los demás niños consigan cosas nuevas. ¿Y menos a estas alturas vedad?

Chocolate me miró. Tajo no entendió la insinuación, y si Dada la comprendió no dijo nada. Yo me limité a coger un balón y a lanzárselo con fuerza. Chocolate lo paró a duras penas.

—Si vamos a estar aquí encerrados dos horas, al menos hagamos ejercicio.

Me molestaba haber tenido que compartir mi descubrimiento con ellos, pero si hubiese ido al gimnasio por mi cuenta habría resultado sospechoso. Nos entretuvimos con un veintiuno, uno de los juegos que nos había enseñado el profesor holograma, hasta que Tajo destrozó el aro de la canasta cuando intentó colgarse de él como hacían las grandes estrellas del baloncesto que salían por la tele.

—Muy bien gran estrella —refunfuñó Dada—. ¿Y ahora qué hacemos?

Desde su puesto de vigilancia en un rincón del gimnasio, el holograma parpadeó y un espaviento de estática recorrió su cuerpo transparente.

—Material deteriorado —anunció—. Por favor, sustituyan el material para evitar accidentes.

Nos miramos sorprendidos.

—Ahora sí que no vamos a salir de aquí hasta que no arreglemos la canasta —Dada miró a Tajo con cara de pocos amigos—. ¿Estás contento?

Tajo estaba demasiado concentrado en aplastar la pelota entre sus manos con la clara intención de hacerla estallar. Me acerque al holograma y recité todas las frases que se me ocurrieron.

—Fin de la sesión deportiva.

—La sesión deportiva debe reiniciarse. Por favor sustituya el material deteriorado.

—Continuación de la sesión deportiva.

—La sesión continuará cuando se sustituya el material deteriorado.

—Menuda mierda de sistema operativo —murmuró Dada—. Pasa lo mismo con los ordenadores de la sala de estar, cuando se atascan no hay quien les saque de tres frases estúpidas.

—Es cuestión de decir la frase correcta.

Estuve más de media hora luchando contra aquel holograma tozudo hasta que di con la combinación de palabras adecuada.

—Apertura de puertas.

Hubo un chasquido, y la puerta del almacén de material se abrió a mis espaldas.

—¡Esa no! La de la salida —se desesperó Dada.

—Esperad —les calmé—. Si cojo un aro nuevo y lo cambio tal vez nos deje salir.

—No recuerdo haber visto aros en el almacén —aseguró Chocolate—. Sólo hay balones y cuerdas para saltar.

—Iré a ver.

Me daba mucha rabia tener que ser yo el que siempre tomaba la iniciativa ante los problemas. Era muy divertido sortear bandejas de comida o torturar a los demás con regalos que nunca tendrían, pero cuando había que arreglar algo, siempre me tocaba a mí. Aquel día recibí mi recompensa.

Chocolate tenía razón, no había más que balones y cuerdas en el almacén, pero al fondo, medio oculta tras un armario, una segunda puerta se había abierto, una de esas que sólo funcionaban en determinadas ocasiones. Al otro lado encontré un almacén mucho más grande con canastas, porterías, redes, e incluso una máquina de correr que nunca había visto en el gimnasio. Me imaginé que aparecería algún día, tal vez en nuestro próximo cumpleaños, si el jardín aún no se había caído a pedazos.

Me habría gustado quedarme a explorar, pero sabía por experiencia que ese tipo de puertas no permanecían abiertas mucho tiempo. Recordaba a un niño que hacía un par de años se había quedado encerrado en un armario empotrado. Sus gritos se oyeron durante días. Cogí un aro nuevo para la canasta y tres redes que me serían útiles para esconder cosas, y me di la vuelta para marcharme. Me detuvo un olor nuevo, parecido al de la moqueta cuando derramábamos agua sobre ella, pero más ácido. Lo seguí, y una brisa suave y fría me golpeó desde una esquina. Cuando me agaché, vi el agujero, y a través de él, el mundo.

O al menos a mí me lo pareció. Me quedé sin aliento. El orificio, que parecía tener medio metro de largo, daba a una especie de campo. Sólo alcanzaba a ver algo de hierba amarillenta y lo que parecía una lata de bebida oxidada. Pero más que lo que veía, era lo que oía. Pájaros. Y el viento, el sonido de un viento que no tenía nada que ver con el ruido que producía nuestro sistema de ventilación.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, tirado en el suelo y con el rostro pegado a la pared, pero podría haberme quedado una eternidad si una rata enorme no hubiese aparecido al otro extremo del agujero. Me levanté asqueado y cogí un bate de béisbol con la intención de espachurrar al repugnante animal en cuanto llegase hasta mí. No me habría importado ver un león, o una jirafa, pero según los reportajes, las ratas eran animales sucios y traicioneros. El bicho fue inteligente y no enseñó su feo hocico. Aún así no

me atreví a volver a mirar. No era necesario. Había visto lo suficiente para comprender. El exterior existía. Existía más allá de los libros y de las pantallas de televisión. No eran simples datos que podíamos leer y estudiar, sino que estaba ahí, detrás de una pared.

Cuando volví con el aro de la canasta el holograma ni siquiera me prestó atención.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Chocolate. Tal vez no era capaz de resolver raíces cuadradas, pero no era tonto.

—Sí había aros en el almacén, pero estaban en un armario nuevo que nunca había visto. He tardado en encontrarlos —coloqué el potro debajo de la canasta y me subí para arreglarla—. He traído también unas redes que he encontrado, podrían servirnos para algo.

Dejé que mis compañeros se entretuviesen con la novedad mientras colocaba el nuevo aro de plástico naranja sobre el tablero. Me arrepentí de no haber traído un par de cosas más para distraerles. Chocolate no se lo había tragado. Iría al almacén en cuanto pudiese, buscaría el nuevo armario y no lo encontraría. Su siguiente paso sería preguntarme, y yo tendría que encogerme de hombros y soltarle una buena excusa. Las cosas aparecen y desaparecen en el jardín, le diría. Y Chocolate por supuesto tampoco se lo tragaría. Haría un último intento, pero nunca encontraría la puerta. O eso esperaba yo. La había dejado bien escondida tras unas colchonetas y un buen montón de pelotas de baloncesto, pero abierta gracias a una pesa de cinco kilos que hacía de tope.

No me atreví a volver al almacén hasta varias semanas después, cuando me dio la impresión de que Chocolate ya se había olvidado del tema. De alguna forma tenía que aprovechar aquel nuevo descubrimiento. Pasé la noche allí, tumbado frente al agujero, y a través de la abertura pude ver el amanecer. La luz fue llegando poco a poco y los sonidos de la noche fueron sustituidos por los del día. No lo veía, pero lo había leído en los libros y observado en las películas. Y ahora estaba ocurriendo justo al otro lado de aquella pared. El sol, las nubes. Tal vez con un poco de suerte algún día oiría el sonido de la lluvia. Pero no podía conformarme con simples sonidos, con un minúsculo círculo que tan sólo me permitía atisbar un pequeño fragmento del exterior. Decidí que haría cualquier cosa, correría los riesgos que fuesen necesarios, para algún día ver un amanecer al otro lado de aquel muro.

Y me arriesgué, vaya si lo hice. Aquel mismo día, todavía eufórico y sin haber pensado mucho en las consecuencias, entré en la habitación de Tajo y le robé su tesoro. Aquel maldito coche teledirigido era el mayor orgullo de

Tajo desde los cinco años, lo cual demuestra el estancamiento mental en el que mi amigo se encontraba. Si el pobre hubiese tenido dos dedos de frente habría comprendido el valor real de aquel juguete. Pero yo tenía el cerebro y mi amigo el coche. En sí el problema no era grande, tan sólo tenía que robarle algo a Tajo sin que se enterase. Él nunca sospecharía de mí, a menos que me viese con su coche teledirigido en las manos. Pero mientras caminaba hacia su rincón, no me quitaba de la cabeza el recuerdo de aquel chico con el cuello partido cayendo por el hueco de la incineradora.

«No es la cobardía lo que te llevará fuera de este lugar» me dije. «Los cobardes no van a ningún sitio.»

Creo que eso lo había oído en alguna película. Así que me escondí tras una mesa, esperé a que Tajo se marchase al baño, e hice lo que todos los chicos del jardín habrían considerado un suicidio. Entré en la habitación de Tajo y me llevé su coche teledirigido. El pobre juguete estaba lleno de golpes, lo que me hizo pensar que si así era como cuidaba Tajo de sus posesiones más preciadas, no quería imaginarme lo que le haría a las cosas que odiaba. O a las personas que odiaba.

No guardé el coche en mi habitación, eso habría sido una locura. Aquella misma noche lo llevé al almacén y lo escondí bajo un montón de colchonetas. Todavía no podía usarlo, pero era más seguro tenerlo allí guardado un tiempo. A la mañana siguiente, Tajo montó en cólera. Nunca le había visto tan fuera de control. Destrozó su propia habitación a puñetazos, y después la tomó con las cajas de comida que en ese momento subían por el montacargas. Aquel día los más hambrientos del jardín se dieron un atracón, porque ni Dada, ni Chocolate ni yo nos rebajamos a lamer los restos de comida de la moqueta. Al final Tajo tuvo un momento de lucidez y registró todo el jardín. Tras encontrar una pieza que yo había colocado previamente en la habitación de una chica, se contentó con darle una buena paliza hasta que la pobre incluso admitió el robo para que la dejase en paz. Por suerte no la mató.

Una vez tuve el coche a buen recaudo, me centré en agrandar el agujero de la pared. No era una tarea fácil de hacer con un cuchillo de cocina, y menos cuando las ratas aparecían sin previo aviso cada dos por tres o algún cable daba algún chispazo. Además tampoco podía ir muy a menudo al cuarto de material deportivo, no quería levantar sospechas.

Me llevó nueve meses hacer un agujero lo suficientemente grande como para que pasase el coche teledirigido, con diez centímetros de radio al final y casi veinte al principio. La pared había resultado ser algo más gruesa de lo que yo había calculado, y había tenido que tumbarme en el suelo y meter el brazo hasta el fondo para lograr ensanchar la parte final.

Pero el esfuerzo tuvo su recompensa. Con mucha paciencia y con la única ayuda de un coche teledirigido atado a un cordel, me dediqué a trazar un mapa de los límites del jardín. Conduje el juguete hacia la izquierda, hacia donde suponía que tenía que estar la sala principal del jardín. Con la ayuda de los ángulos y de las distancias que había aprendido a utilizar comprendí que apenas un metro de pared nos separaba del mundo exterior. Había pasado mi vida durmiendo a poca distancia de la hierba y las ratas. Durante el día me sentaba en mi habitación y miraba fijamente los muros blancos, como si pudieran volverse transparentes de un momento a otro.

Y poco a poco, fui haciendo descubrimientos. Había alguna barrera que impedía al coche avanzar cuando se alejaba más de cien metros hacia cualquier dirección, lo que me hizo pensar que había algún tipo de vaya o alambrada que rodeaba al jardín. Además localicé la zona en la que desembocaba el desagüe, aquel día tuve que limpiar el coche cuando logré traerlo de vuelta. Una capa de cenizas me indicó también el lugar en el que se acumulaban los restos de la incineradora. Estuve a punto de perder el coche varias veces. Siempre volvía lleno de barro y hierbajos, y en una ocasión regresó con un arañazo que casi destroza sus circuitos. Procuré arreglarlo. Yo tenía la esperanza de devolvérselo alguna vez a Tajo, nunca admitiendo que lo había robado por supuesto, pero sí para ganarme la gratitud de mi amigo diciéndole que yo lo había encontrado. Cada vez se hacía más necesaria la protección de un par de brazos fuertes y sin cerebro en el jardín, porque las cosas empezaban a ir francamente mal.

Apenas cuarenta de nosotros cumplimos los trece años. La comida ya no era el principal problema. Parecía que ya nada funcionaba. La mitad de las pantallas de televisión se habían estropeado y no aparecían arregladas al día siguiente. Hacía tiempo que no lográbamos encontrar ropa nueva, e incluso el sistema de cañerías estaba estropeado y pasábamos días enteros sin agua. El jardín estaba hecho un asco. Los robots que deberían haberse encargado de que todo funcionase yacían desperdigados e inservibles por los rincones. Finalmente, el sueño dejó de llegarnos por las noches y comprendimos que el sistema de ventilación estaba fallando.

—Espero que al menos el depurador de aire siga funcionando —dijo Dada.

—Es cuestión de tiempo —le contesté.

—¿Pero qué les pasa a esos estúpidos?

—¿A quiénes? —dijo Tajo sin comprender.

—¡A quiénes quiera que estén allí fuera! ¡A los que se lo han pasado genial a nuestra costa, viendo como vivíamos aquí metidos!

—¿Hay gente ahí fuera? —la estúpida cara de Tajo era más de lo que Dada podía soportar.

—¡Pues claro que sí grandísimo idiota! ¿De dónde sale si no la comida y todas las cosas que hemos tenido hasta ahora? Nos metieron aquí, nos dieron de todo, nos enseñaron de todo, pero no nos dicen lo importante.

—¿Qué es lo importante? —preguntó Tajo con la misma expresión estúpida.

—Por qué —Chocolate miró a Tajo con desprecio—. No sabemos por qué estamos aquí dentro, con acceso a toda la información pero sin poder ver el resto del mundo. Sin haber visto un adulto en toda nuestra vida, exceptuando a esos estúpidos hologramas. ¿Por qué nos metieron aquí? ¿Qué nos espera ahí fuera?

Tajo se quedó pensativo unos segundos. Cuando se esforzaba en pensar la cara de nuestro compañero se arrugaba en un gesto de concentración dolorosa, su cicatriz se volvía blanca sobre la piel, y en esos momentos era cuando más pena sentía por él.

—¿Y qué más da? —dijo por fin—. Aquí estamos bien.

—Estábamos —aclaró Dada—. Ya no. Parece que se han cansado de nosotros.

—Pues entonces vámonos.

La respuesta de Tajo fue la segunda señal, lo que junto al agujero del almacén del gimnasio hizo que cambiase por completo mi perspectiva. Fue una respuesta sencilla procedente de una mente simple. Pero durante la tercera noche de insomnio, mientras pensaba tumbado en mi cama, me di cuenta de que era la respuesta más acertada. La escasez, los colores... Todo estaba planeado para enseñarnos, para seleccionarnos. Y hasta ese momento yo siempre había esperado a que llegase el final, a que la última puerta, la que llevaba al exterior, se abriese. Pero entonces comprendí que no era suficiente, que nunca se abriría. No habría palmaditas en la espalda para todos. Sólo podía quedar uno, y ése iba a ser yo. No podía dejar que nadie me adelantase.

Y gracias a la respuesta sencilla de Tajo, mi mente comenzó a trazar un plan. La clave estaba en el coche y en las cenizas que había traído. Según mi mapa, esas cenizas se acumulaban exactamente al otro lado de la incineradora, por lo que su conducto era una vía de escape directa. El desagüe de las aguas fecales era más seguro, pero dudaba que fuese lo suficientemente ancho como para que una persona pudiese salir. El sistema de ventilación no era una opción. Una vez una chica había metido la mano por la

rejilla, convencida de que allí dentro tenía que haber tesoros escondidos, pero sólo había conseguido sacar un muñón destrozado y había muerto desangrada a las pocas horas. Sin embargo habíamos tirado cadáveres por la incineradora, por lo que un cuerpo entero cabía por ella, y al contrario que las cuchillas giratorias de un ventilador, el fuego podía llegar a evitarse. Me había planteado la posibilidad de agrandar el agujero hasta que tuviese el tamaño suficiente como para escapar por él. Pero según mis cálculos, habría necesitado casi tres años más para conseguir el tamaño necesario, y eso era demasiado. El tiempo no era infinito para los que vivíamos en el jardín, lo demostraban los montones de basura y la ropa sucia. Tampoco creía que hubiese un límite prefijado, un día con su hora, pero si sabía que llegaría el final, la sirena que anuncia que el partido había terminado. La otra posibilidad era aun peor. Alguien podía encontrar la forma de salir antes que yo. Y ese alguien sería Chocolate. Tres años era demasiado arriesgado.

Además, mis escapadas al almacén habían llamado la atención, aunque hacía varias semanas que no visitaba el agujero porque ya no necesitaba más datos. Mi plan estaba trazado. Pero había empezado a sospechar que me espiaban algunos días antes del comentario de Tajo, y al parecer no fui el único que decidió pasar a la acción. Una noche, cuando estaba guardando el coche teledirigido en un armario del almacén con la intención de no volver a utilizarlo más, un ruido procedente del gimnasio confirmó mis sospechas. Alguien me había seguido. Las dos únicas opciones era hacer al intruso partícipe de mi plan o deshacerme de él. La primera opción era una estupidez, y la segunda, he de admitirlo, me asqueaba. Yo no era como Tajo, no podía matar a nadie. No eran los escrúpulos lo que me impedía cometer un asesinato. Era mi afán de sentirme superior. Yo estaba por encima de eso y si quería salir al exterior tendría que demostrarle a quien quiera que nos vigilase que era capaz de lograr mis objetivos sin marcharme las manos, al menos directamente.

Antes de que tuviese tiempo de pensar una alternativa, ella dio el primer paso. Me sorprendió que fuese Dada y no Chocolate quien me descubrió.

—Creo que tenemos que hablar —me dijo cuando los dos nos acercamos al montacargas. Una vez más no hubo bandeja de comida aquel día, y ya iban dos seguidos.

—Supongo.

—No te hagas el interesante. Sé lo que estás haciendo.

—¿Qué estoy haciendo?

—Un agujero para salir de aquí.

Intenté permanecer impassible y que nada en mi cara delatase mi alivio. Dada sabía lo del agujero, pero se había ido hacia la solución más fácil.

—¿Y?

—¡No juegues conmigo! Puedo contarle todo a Chocolate, o a Tajo.

—No creo que lo hagas. Porque no creo que quieras contarle a más gente que conoces el medio para salir de aquí, ¿verdad?

Dada me miró con desconfianza. Yo sabía que desde el principio ella había defendido la idea de que había gente observándonos y evaluándonos. De hecho creo que fue ella la que hizo que todos los demás acabásemos por creernos la teoría. Al parecer Dada había comprendido también, mucho antes que Chocolate o que yo mismo, que la salida debíamos buscarla nosotros.

—No creo que nos dejen salir a todos... ¿O eres tan tonta que no te has dado cuenta de que esto es una competición?

—No soy tonta. Creéis que no me entero, que no soy un peligro. Chocolate y tú habéis estado jugando la partida sin daros cuenta de que yo también participaba —Dada señaló hacia la zona central del jardín en la que algunos niños se pasaban a el día, sentados sobre su propia miseria ahora que la comida escaseaba y no había nada que hacer salvo lamentarse—. ¡No soy una de esos! Yo fui la primera en comprender de qué iba esto.

—No creo que seas tonta.

Lo decía en serio, Dada siempre había sido un inquietante libro cerrado para mí.

—Yo supe que nadie vendría ayudarnos hace mucho tiempo. ¡A vosotros os lo tuvo que decir Tajo! Yo ya sabía que si quería salir de aquí tendría que hacerlo por mí misma, que nadie vendría un día a darme palmaditas en la espalda por haber sobrevivido. Chocolate sabe manipular a los demás, tú eres muy inteligente y Tajo es fuerte. Pero yo soy realista. Quiero salir de aquí, y hasta ahora no había encontrado la manera.

—¿Ya la has encontrado?

—Sí. Tú eres la manera. Los dos saldremos por ese agujero, y que los que estén ahí fuera decidan si nos aceptan a los dos o no. Que elijan entre la inteligencia y la capacidad de adaptación —Dada sonrió de una manera salvaje—. ¿Estás dispuesto a arriesgarte o tendré que proponérselo a Chocolate?

—¿Y si no estoy dispuesto?

—Te puedo hacer la vida imposible. Puede que no tenga tu inteligencia, pero la información es un arma valiosa. Yo observo y sé cosas. Sé que fuiste tú el que le quitó el maldito coche a Tajo. Mientras sólo yo lo sepa estás a salvo.

Me quedé perplejo. Dada sabía que yo tenía el coche, pero no se planteaba el por qué. Nunca la había apreciado lo más mínimo, sobre todo por la forma en la que maltrataba a Tajo. Antes habría ofrecido a Chocolate la oportunidad de aliarse conmigo que a ella. Aun así, si hubiese demostrado un mínimo de inteligencia... Pero no lo había hecho y sabía demasiado, y aunque ella no hubiese sido capaz de sumar dos más dos, Chocolate sí lo haría si la información llegaba a sus oídos.

—¿Y por qué iba a creerte Tajo? Siempre le has tratado muy mal.

—Podemos probar a ver qué pasa.

—Pues ve corriendo a decírselo.

—Eso haré. Si no estás dispuesto a colaborar.

—Mira Dada, no quiero ofenderte, pero no necesito tu ayuda.

—Lo sé. Por eso quiero tenerte de mi lado y no en mi contra. Chocolate es bueno manipulando a la gente y metiendo miedo, pero su inteligencia sólo llega hasta donde llega la de los demás. Y tú nunca te dejarás utilizar por él como hacen otros. Tajo es fuerte, pero es un tarugo.

—Tajo me mataría de una paliza.

—Cierto. Pero si sumamos las dos cosas, tú eres muy superior a ellos. Y superior a mí. Yo sólo sé pasar desapercibida y observar, y utilizo lo que escucho en mi provecho.

—Pues lo siento, pero no necesito tu ayuda y no me das miedo. Como has dicho, soy muy superior a ti.

—¿Y si te dijese que Chocolate tiene su propio plan?

—Te contestaría que eso ya lo suponía.

—¿Y si te dijese que yo sé muchas cosas de Chocolate que tú ni siquiera sospechas?

—Te contestaría que es normal. Estoy seguro de que hay muchas cosas que Chocolate esconde. Pero no me interesan.

—Cuidado. Te estoy dando a ti la primera oportunidad porque me parece que una alianza contigo sería muy provechosa. Pero si sigues comportándote de esta manera tan terca, repetiré esta conversación, sólo que será Chocolate el que esté sentado delante de mí y tú serás el tema. Dices que él nunca colaboraría conmigo. Tal vez sea verdad, pero si tú rechazas mi oferta, no me quedará más remedio que intentarlo. Y decida lo que decida, tú no saldrías bien parado.

Sopesé las palabras de Dada. La había subestimado. Siempre había pensado que los problemas vendrían de Chocolate y nunca la había considerado a ella. Pero Dada tenía una ventaja sobre Chocolate, sabía esconder su soberbia detrás de un muro de paciencia y autocontrol. Escuchaba, aprendía y meditaba. Y cuando llegaba el momento hacía su jugada, de forma discreta y sin armar jaleos. Sin llamar la atención.

Aun así, no era rival para mí. Yo también sabía observar y reflexionar, y conocía a Dada lo suficiente como para saber que no se limitaría a una única opción si se encontraba contra las cuerdas. Tan sólo necesitaba controlarla un tiempo, hasta que todo estuviese bien planeado. Y mientras tanto, podía ser útil.

—Veo que estás planteándote las cosas —dijo con los ojos brillantes de triunfo.

—Digamos que yo también creo que nuestra alianza puede ser útil. ¿Qué me pedirías a cambio de tu silencio?

—Quiero salir de aquí. Nada más. Una vez fuera, ya no habrá alianzas. Todo será distinto y a partir de ahí, que cada uno se las arregle como pueda.

—¿Y cómo sé que puedo confiar en ti?

—Supongo que no lo sabes. Pero piensa que de todas las opciones que tengo, tú eres la mejor. No voy a arriesgarme a meter la pata.

Mentía, pero me daba igual. Necesitaba asegurarme su silencio por algún tiempo, después lo que hiciese no me importaba. Para hacer más creíble mi rendición, yo mismo le di el argumento que necesitaba.

—Piénsalo Dada, tal vez permitan que salgamos dos, pero tres no. ¿Y si se entera Tajo? Ese imbécil se lo contaría a todo el mundo. ¿Y Chocolate? Él no te dará la oportunidad de salir con él como lo estoy haciendo yo, lo conoces. Así que lo quieras o no, ahora estás conmigo, y te quedarás con la boca cerrada.

—No suenas muy amenazador, no serías capaz de matarme.

—Cierto, pero no necesito mancharme las manos para quitarte del medio.

Dada pareció algo asustada pero supo mantener las apariencias. Al día siguiente le enseñé el agujero ampliado. Esta vez su cara fue de auténtica sorpresa.

—El exterior —dijo casi en un susurro mientras miraba a través del orificio—. Es increíble que hayas llegado tan lejos.

Miró el coche teledirigido de Tajo.

—¿Y para qué querías el coche?

—Para explorar.

Durante toda la noche me había planteado cuánto iba a contarle a Dada, sobre todo cuánta verdad y cuántas mentiras. Necesitaba algo que la dejase tranquila, una verdad a medias que la convenciese de que yo había cedido ante su chantaje y contuviese su traición el tiempo suficiente. Había decidido continuar con la teoría que ella misma había elegido.

—Necesitaba saber algo de lo que había ahí fuera antes de empezar a agrandarlo. Imagina que hubiese sido un patio interior, otra habitación a la que llega la luz del día pero sin salida. No puedo perder el tiempo así.

—¿Y cómo consigues datos a través del coche?

—Hice pruebas antes de sacarlo. Sé a qué velocidad se mueve, por lo que puedo calcular los metros que avanza, y controlo el ángulo de sus ruedas así que también conozco la dirección. Así estoy dibujando un mapa.

Le enseñé a Dada un esquema muy burdo que me había inventado la noche anterior, apenas un cuadrado con un par de garabatos anotados en las esquinas. Se lo tragó.

—¿Cuánto tardaremos en ampliarlo?

—¿Tardaremos?

—Estoy dispuesta a ayudar. Cuantas más manos, mejor.

Perfecto, todo estaba saliendo muy bien. Aquel agujero había sido mi vía de escape en muchos sentidos, aunque no tuviese la más mínima intención de utilizarlo para salir a través de él. Sería mi señuelo, mi distracción durante los escasos días que me quedaban en aquella prisión.

Dejé que Dada fuese al almacén a agrandar el agujero al día siguiente, pero antes me llevé el coche teledirigido. Le daría una última oportunidad de demostrarme su inteligencia y ganarse mi indulgencia. Si se daba cuenta

de que el coche no estaba y ataba cabos tal vez, sólo tal vez, la dejaría participar. La vi marcharse por la mañana, ruidosa, nada disimulada, convencida de que nadie salvo yo se había dado cuenta de su ausencia. A los pocos minutos vi a Chocolate que la seguía hacia el gimnasio. Sonreí. Jamás habría pensado que las personas pudiesen ser tan predecibles, pero después de tantos años juntos, los conocía. Todavía no tenía claro de si Dada estaba ayudando a Chocolate conscientemente o no. Tal vez ni siquiera sabía que él la estaba siguiendo. Me daba igual. Dejaría que aquel día se entretuviesen allí, yo necesitaba hacer un par de averiguaciones libre de miradas intrusas, porque el siguiente paso de mi plan de fuga era estudiar el funcionamiento de la incineradora.

Ya sabía que daba al exterior, pero lo de salir como un montoncito de cenizas a la luz del sol no me entusiasmaba. Me pasé el día echando cosas por el agujero, contando segundos, y calculando. La maldita máquina parecía saber cuánto calor necesitaba para quemar cada cosa, porque un trozo de papel apenas si provocaba reacción en el conducto, mientras que con una de las cajas de metal de la comida tardó más de cuarto de hora en apagarse.

A todo aquel que pasaba cerca le decía que estaba intentando limpiar un poco el jardín, que cada vez se parecía más a un vertedero que a una habitación, pero los peligrosos de verdad, Dada y Chocolate, no aparecieron en un par de horas. Fue más que suficiente.

Dada se acercó a mí al mediodía, con la cara roja de rabia mal disimulada. No pude evitar una sonrisa, y miré hacia otro lado aunque llevaba casi media hora deambulando cerca de la entrada al gimnasio, esperando a que apareciese. Había tenido tiempo de limpiarme el hollín que había escupido la incineradora y de preparar el siguiente paso de mi plan. No me hacía gracia, pero era necesario. No podíamos salir todos, y Dada empezaría a ser una molestia ahora que se había dado cuenta, o más bien la habían ayudado a darse cuenta, de que le había tomado el pelo.

—Me he estado preguntado para qué quieres un mapa del exterior —me dijo sin rodeos. Se sentía protegida, estaba convencida de que no tenía nada que temer. Supuse que se había decantado por Chocolate y me pregunté qué le habría ofrecido él para convencerla.

—¿Ah sí? —dije sin disimular una sonrisa de superioridad.

—¡No intentes tomarme el pelo! ¡Ese agujero no puede agrandarse! El material de la pared es muy resistente y no tenemos las herramientas necesarias.

—Yo sólo tardé nueve meses en agrandarlo para que el coche teledirigido pasase. Venga, ámate, tres añitos, calculo yo, y podrás salir.

—¡Sabes que no tenemos tres años! Antes moriremos de hambre.

—Una lástima —me acerqué a Dada para encararla, estaba molesto por su prepotencia—. Tú me dijiste que querías salir y yo te di un medio. No me dijiste cuándo querías hacerlo.

—Tú tienes otro plan —siseó Dada—. Y me has utilizado para llevarlo a cabo.

—¿Y en qué me beneficia que te pases el día en un almacén raspando una pared?

Dada se quedó algo desconcertada.

—¿Chocolate no te ha explicado esa parte verdad? —dije con una sonrisa—. No, claro que no, porque ni siquiera él la conoce.

—¿Chocolate? —la voz de Dada tembló, aunque he de reconocer que mantuvo la compostura bastante bien—. Mira estoy harta...

—¿Tú estás harta? Dada, hablemos claro. Tú no has pensado todo eso. Como bien dijiste, Chocolate y yo somos los inteligentes. Tajo al menos es fuerte, sabe defenderse. ¿Pero tú? Tú sencillamente te pegaste a nosotros, y todos estos años te has beneficiado de ello. Y hasta ahora te ha salido bien. Pero se acabó Dada, no tienes nivel para seguir jugando a este juego. Por suerte ya había previsto una traición por tu parte, y tus tonterías no me han perjudicado, incluso me has ayudado a mantener distraído a Chocolate durante unas horas —miré por encima de mi hombro para ver si aparecía la siguiente pieza de mi plan, la más inestable—. Es una lástima que te hayas convertido en un estorbo tan pronto, realmente no tengo nada en tu contra.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrías que haber disimulado un poco mejor. Si desde el principio hubieses demostrado la inteligencia suficiente, si no te hubieses limitado a creerme... Incluso aún sabiendo que jugabas a dos bandas, probablemente a tres, tal vez me lo habría planteado. Pero no has estado a la altura.

—Yo no jugaba a tres bandas —la voz de Dada era aguda y sus manos comenzaron a temblar.

—Entonces es aún peor, porque significa que Chocolate realmente te ha seguido esta mañana. ¿Así era como pensabas guardar nuestro secreto?

—¡Me has mentido!

—¡Y tú me has traicionado! A la primera ocasión. Chocolate te descubre, y tú cambias de bando.

—¡Eso es mentira!

—¿Y pretendes que crea que todo se te ha ocurrido a ti solita? ¿Que esas preguntas eran tuyas y no de él?

Dada apretaba los puños y contenía la respiración. Buscaba una excusa, algún argumento que me convenciese, pero sabía que había perdido. No imaginaba cuánto.

—Has jugado tus cartas lo mejor que has podido. Tenías que hacerlo, y te respeto por ello. Por eso espero que me comprendas. Si no lo hubiese hecho yo, habría sido él.

—¿Qué has hecho?

Sonreí y no contesté. Dada estaba asustada. Sentí pena. Sí, sentí pena. No era un desalmado carente de sentimientos, ninguno de nosotros lo era, pero había algo por encima de los sentimientos, eso era lo que nos habían inculcado desde pequeños. La caja azul. La caja azul estaba por encima de cualquier cosa.

Cuando lo vi acercarse puse cara de sorpresa e indignación y cambié la compasión por la supervivencia.

—¿Pero Dada cómo has podido hacerme esto? —dije con un tono indignado y lo suficientemente alto como para que Tajo, que se acercaba a toda velocidad, lo oyese—. ¡Yo confiaba en ti!

—¿De qué hablas?

Dada se giró a tiempo para encajar el primer golpe directamente en la mandíbula. Se oyó un chasquido que me resultó terriblemente familiar.

—¡Yo también! —dijo Tajo con los ojos inyectados en sangre y echando espumarajos de rabia por la boca—. ¿Querías burlarte más de mí?

Dada empezó a comprender. Me miró con una expresión aterrorizada, con los ojos muy abiertos y titubeando, como si no pudiese creer lo que estaba pasando. Y como toda persona desesperada, echó mano del último recurso que le quedaba. La verdad.

—Tajo escúchame... Está intentando engañarte. Ha sido él.

Tajo me miró y por un segundo pude ver cómo la inteligencia se abría paso a través de su estupidez, un segundo en el que mi vida pendió de un hilo. Fue sólo eso, un segundo.

—¿Piensas que te voy a creer? ¿Después de todas las mentiras que me has dicho?

—Yo no te he mentado...

—Me dijiste que me ayudarías, me dijiste que si te conseguía todo lo que me pidieses estarías conmigo siempre... No con ellos. Que tú y yo éramos iguales, que no los necesitábamos.

Suspiré aliviado. Me la había jugado. Dada tenía que tener una segunda vía de escape preparada, no era propio de ella jugársela a una única opción, y Tajo me había parecido el candidato adecuado. Más estúpido y más manejable para ella que Chocolate. Si me hubiese equivocado en mis suposiciones habría sido mi fin. Pero la tristeza que vi en aquellos ojos bobalicones me tranquilizó. Supe que el culpable de aquella rabia no había sido el coche teledirigido que había encontrado de nuevo en su habitación después de casi un año, ni la supuesta carta de disculpa que la acompañaba y que nadie con un poco más de cerebro se habría tragado. Lo que de verdad había provocado su enfado era la traición.

—Tajo... —dijo ella intentando abrazarlo—. Decía la verdad...

—¿Entonces por qué me robaste el coche para dárselo a él? Me lo ha contado en su carta. Me ha pedido disculpas por haberte creído. Me ha contado todo lo que has hecho para engañarnos e irte de aquí tú sola.

—¡Eso es mentira! ¡Es él quien te engaña!

—¡Deja de intentar confundirme! ¿Te crees que soy tonto? ¡No soy tonto! ¡No soy tonto!

Con cada grito, Tajo pegaba más fuerte, y llegó un momento en que no pude seguir mirando. Caminé hacia la habitación sin volverme, y vi que Chocolate observaba la escena desde un rincón. No estaba contento ni disfrutaba del espectáculo como había ocurrido con aquel otro chaval. Pensaba. Recalculaba, planeaba. Se había quedado sin su confidente, aunque eso no era lo peor. Le habían mandado un mensaje. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Lo había captado.

Había sido un movimiento arriesgado por mi parte, mucho, pero si salía bien mi plan estaría casi listo. Me preparé para la parte más delicada, la de manejar la mente inestable de Tajo. Imaginar las reacciones de Dada o de Chocolate era fácil, los dos tenían una mente predecible, pero Tajo... Al cabo de unas horas, cuando consideré que su furia ya se habría calmado un poco, fui a hablar con él. Lo encontré en la cancha de baloncesto, jugando con su coche teledirigido. Hacía tiempo que el profesor holográfico había desaparecido, y el gimnasio estaba lleno de basura. Los chicos hambrientos solían rebuscar por allí, pero ahora estaba desierto. Nadie se acercaba a Tajo. Cuando me vio su expresión se enfureció y pa-

reció que iba a matarme a mí también, pero después apartó la vista y siguió jugando.

—Tajo... —dije con el tono de voz más culpable que encontré—. Amigo... Lo siento, lo siento muchísimo.

Tajo siguió concentrado en el coche, pero sus manazas apretaban con fuerza el mando.

—Ella me dijo... Me dijo que tú le habías contado que ibas a matarme, a matarnos a todos para ser el último y que te dejaran salir. No sé cómo pude creerla.

Tajo estaba llegando al límite, mi vida nunca había estado tan cerca de acabar como en ese momento, pero entonces se me ocurrió el toque final para mi representación.

—He sido un tonto.

Las manos de Tajo se aflojaron, sus facciones se suavizaron, y por fin levantó la vista.

—¿Tú? ¿Un tonto?

—¡Claro! Sólo un tonto habría creído a Dada. Sólo un tonto habría desconfiado de su mejor amigo y se habría dejado convencer por alguien así. Si pudieses perdonarme...

—Yo... Te perdono. ¡Claro que te perdono!

Tajo me abrazó tan fuerte que casi me deja sin respiración, pero sonreí. En el fondo era tan fácil de manejar, tan fácil de contentar. Ahora yo era el tonto y Tajo el gran amigo que me perdonaba. Yo estaba en sus manos, él decidía, y se sentía bien ante la situación. Se sentía importante, necesario, casi inteligente. Y yo le dejé.

—Amigo... —dijo con voz trémula, todavía atrapándome en su enorme abrazo—. ¿Me llevarás contigo?

—¿Llevarte?

—Cuando salgas. Porque tú saldrás, tú averiguarás cómo hacerlo. Y cuando te vayas ¿me llevarás contigo? —miró a su alrededor—. Este lugar ya no me gusta. Quiero ir a otro sitio en el que haya helado. Hace mucho que no comemos helado.

En ese momento lo decidí. Lo haría, lo llevaría conmigo. De todos nosotros, Tajo era el único que había sabido ser diferente, a su terrible manera. Era el único que en sus momentos buenos mostraba amabilidad y

simpatía genuinas, y el único que podía ser disculpado en sus momentos malos. Estaba convencido de que tenía alguna enfermedad, tal vez una mutación o alguno de esos trastornos que venían en los libros de psicología. Fuera podrían curarle. Así que decidí sacarlo de allí, y utilizarlo también, pero para conseguir que los dos escapásemos. De veras que eso era lo que quería.

Después de la muerte de Dada, todas las cartas quedaron bien visibles sobre la mesa. El plan de Chocolate consistía en robarme mi propio plan. Como siempre había ocurrido desde que éramos niños, todos se habían vuelto hacia mí para ver cuál era mi solución ante el problema y aprovecharse de ella. Mi único as era que Chocolate aún no sabía cuál era mi vía de escape. No volvió al almacén del gimnasio, esa opción ya la había descartado, pero no me había visto acercarme a la incineradora gracias a la ayuda involuntaria de Dada.

Pero para poder seguir con mis cálculos, necesitaba que alguien me cubriese las espaldas, así que tuve que contarle todo a Tajo, al menos un resumen simplificado que su mente pudiese entender.

—¿Por la incineradora? Pero eso quema las cosas.

—Sí, pero sé cómo evitar eso.

—¿Te llevará mucho tiempo?

—No, apenas unos minutos, si todo va bien. Pero lo importante no es el tiempo. Nadie debe verme.

—¿Te refieres a Chocolate? —comprendió Tajo con una lucidez sorprendente—. Yo le obligaré a quedarse en otro sitio. Le encerraré en uno de los baños.

—Pero entonces se daría cuenta de que estamos haciendo algo.

—¿Y qué importa? Cuando él vuelva tú ya habrás salido, y yo no le contaré por dónde.

Reflexioné sobre aquello. Había ideado muchos planes para distraer a Chocolate, para mantenerlo lejos de la incineradora mientras yo intentaba escapar, pero sabía que ninguno funcionaría, y menos si dependían de la habilidad y pericia de Tajo. Al menos ninguno que se basase en un engaño, porque Chocolate estaría muy alerta después de lo de Dada.

—Está bien. Tú misión será quitar a Chocolate de en medio.

—¡Genial! —Tajo estaba realmente contento de poder ayudar en algo.

—Pero debes vigilarlo bien.

—No es necesario. Lo ataré y lo llevaré a uno de los retretes. Después colocaré cajas y muebles frente a la puerta del baño. No podrá salir.

Un plan de dos pasos, Tajo estaba mejorando. Tal vez incluso el cerebro de los más tontos se agudiza cuando sienten que se acerca el final. Y el final del jardín de infancia se acercaba, de eso no había duda. Ya nada funcionaba. Las últimas bandejas de comida habían aparecido hacía más de una semana, y los que no habían guardado provisiones apenas podían ya moverse. No había rastro de los profesores holograma, la mayoría de los retretes estaban atascados, y el agua que escupían los pocos grifos que aún funcionaban estaba amarillenta en el mejor de los casos. No quedábamos más de veinte, y apenas hablábamos entre nosotros. Lo más curioso es que la mayoría de los que aún vivían eran auténticos zoquetes, no tan tontos como Tajo, pero casi. Ninguno de ellos hacía nada, y se limitaban a sobrevivir de la basura y de lo poco que quedaba en pie. Algunos cayeron enfermos y se convirtieron en fantasmas amarillentos que deambulaban de un lado a otro.

Sólo unos pocos intuyeron que la solución estaba más allá de los muros del jardín. Algunos sufrieron ataques de histeria e intentaron tumbar las paredes a base de golpes con sillas o mesas, a otros incluso se les ocurrió buscar algún panel suelto en el techo. Ninguno parecía haber hecho grandes progresos. No me preocupaban sus tristes intentos, pero sí sus movimientos erráticos y su creciente desesperación. Decidí permanecer despierto hasta la mañana.

—Tontos —murmuró Chocolate aquella misma noche.

Se había parado frente a la entrada de mi cuarto mientras mordisqueaba un trozo de pan. Levanté la vista del libro que estaba leyendo y le observé con cara de pocos amigos. Era temerario andar por ahí con comida cuando había más de una docena de chicos desesperados por algo que llevarse a la boca. Y yo estaba demasiado cerca de mi objetivo como para acabar apaleado por un puñado de niños hambrientos.

—¿Quieres algo?

—No —por un segundo la duda se reflejó en el rostro de Chocolate, ese rostro tan parecido al mío, pero no duró mucho—. Sólo pensaba que me dan lástima. Tal vez les haríamos un favor si le pidiésemos a Tajo que les mate. Algo rápido, sin sufrimiento.

Creo que lo decía en serio, pero lo ignoré. No era momento de jugar a los buenos amigos.

—Preferiría que te alejases de aquí Chocolate.

Él sonrió, y sentí un escalofrío. Era mi sonrisa, la de Tajo, incluso la de Dada. Era la sonrisa de todos aquellos que se morían de hambre. Y dejaba claro que Chocolate ya había hecho su último movimiento. Sentí una punzada de preocupación, pero la deseché rápidamente. Daba igual lo que tuviese planeado, porque en apenas unas horas yo estaría fuera de allí.

—¿Así que se acabó el juego? —dijo con cara de pena fingida—. Esto es una guerra abierta.

—Siempre lo ha sido.

—Sí, es cierto —asintió y se terminó el último pedazo de pan—. Entonces que gane el mejor. A esta mierda de lugar le quedan apenas horas. Dentro de poco el sistema de ventilación dejará de funcionar, y el que no muera de inanición morirá asfixiado. Yo no pienso quedarme a verlo.

Sonreí, no pude evitarlo.

—Entonces nos veremos fuera.

Fue una noche larga. Una chica enloqueció y se dedicó a golpearse contra las paredes hasta perder el conocimiento. Algunos se acercaron a ella con el rostro desfigurado por el hambre. Cuando debían de faltar pocos minutos para que las luces diurnas se encendieran, vi que un grupo de seis chicos que estaba reunido junto a las pantallas de televisión destrozadas señalaba hacia la zona de mi cuarto. Me entró el pánico, y decidí ir a buscar a Tajo. Yo no era débil, pero media docena de desesperados podría conmigo. Se lo pensarían dos veces si él me acompañaba.

—Todavía no se han encendido las luces —se quejó.

Estaba desparramado sobre su cama elástica. La imagen de uno de esos enormes oso panda que aparecían en los documentales me vino a la mente.

—Es hora de irse.

Tajo se enderezó por fin y me buscó en la penumbra, bizqueando.

—¿A desayunar?

—No. Fuera. Voy a salir por la incineradora.

—Pero todavía no he encerrado a Chocolate.

—Nos arriesgaremos a que nos vea. Pero hay que darse prisa, los otros chicos se están poniendo nerviosos.

Tajo asintió y se levantó de un salto. Apestaba a sudor y tan sólo llevaba puestos unos pantalones sucios. Si no hubiese estado conmigo, él ha-

bría liderado a los grupos de desesperados que deambulaban por el jardín. Pero estaba conmigo, y lo dejó bien claro. Los chicos que me habían señalado se acercaron, pero se quedaron a una distancia prudencial, clavándonos sus miradas hambrientas. Tajo caminó delante de mí sin soltar su apreciado coche teledirigido, con la espalda erguida y la barbilla bien levantada, lanzando miradas amenazantes a cualquiera que hiciese el menor amago de acercarse. Creo que se sentía decepcionado por no haber podido llevar a cabo su parte del plan, y que en realidad estaba deseando que algún otro le diese una excusa para empezar una pelea. Llamábamos demasiado la atención, pero ya no podía evitarlo. El jardín seguía en penumbras, y empecé a sospechar que las luces nunca volverían a encenderse. Se habían acabado los ciclos diurnos, ahora estábamos sumidos en una noche interminable.

—Tajo, date prisa.

Llegamos a la incineradora y me puse manos a la obra. Había traído conmigo una pelota de baloncesto del gimnasio y una mochila con toda la ropa que había podido reunir. Me la puse con cuidado, procurando tapar toda mi piel al menos con tres capas, y colocándome en las manos varios guantes que había cogido del almacén del gimnasio. Por último me enrollé un trozo de tela sobre la cabeza, el cuello y la cara, dejando sólo una rendija para mis ojos.

—¿Eso evitará que el fuego te quemé? —preguntó Tajo.

—No. Pero no bajaré cuando haya fuego. Voy a colgarme de la incineradora. Tú tirarás esta pelota y la máquina se pondrá en marcha. He hecho pruebas con pelotas parecidas, y he visto que el fuego funciona durante diez segundos. Después las cenizas se expulsan al exterior. Contaré hasta diez y me soltaré.

—¿No te quemarás si el conducto todavía está caliente? —dijo Tajo en un alarde de inteligencia.

—Si me dejo caer en el momento adecuado, aunque el conducto estará caliente, no habrá fuego. Y saldré con las cenizas. Sólo tendré que aguantar un par de segundos, cinco a lo sumo, hasta que me lleve al exterior. Por eso he procurado taparme todo lo posible y llevo guantes.

Tajo asintió, aunque se notaba por su ceño fruncido que no entendía muy bien el plan. Estaba haciendo un gran esfuerzo mental.

—¿Y cómo sé que volverás a por mí?

—Te prometo que volveré. Tendrás que confiar en mí.

Era una promesa sincera. De veras. Tal vez por eso Tajo me creyó.

—Está bien —miró hacia atrás—. Date prisa. Se acercan esos chicos.

Me colgué por el hueco de la incineradora, con las manos agarradas al borde superior y el cuerpo colgando boca arriba, y presionando las nalgas y los muslos contra la ligera pendiente, que no era mucha en la primera parte del hueco. Por suerte había practicado bastante deporte y tenía los brazos y las piernas fuertes.

—No es difícil, es como un tobogán —dijo Tajo al ver mi postura—. Puedo tirarme después de ti.

—¡Ni se te ocurra! En el mejor de los casos, nos quedaríamos atascados, en el peor, activarías de nuevo la incineradora y acabaríamos achicharrados.

Tajo no puso más objeciones. Se asomó por detrás de mi espalda y alargó la mano que tenía libre con la pelota bien agarrada.

—Cuando tú me digas.

Respiré hondo un par de veces. Tenía miedo. Sabía que muchas cosas podían fallar. La incineradora podía apagarse demasiado tarde, o antes de tiempo y volver a encenderse cuando yo estuviese abajo. El hueco por el que se expulsaban las cenizas podía ser demasiado pequeño. En todos los casos, la muerte que me esperaba sería horrible. Pero no había otra salida y se me acababa el tiempo.

—Atento Tajo. Cuando yo diga tres tira la pelota. Ni antes ni después. ¿Has entendido?

—Sí.

La voz de Tajo era seria. Casi podía imaginarme su rostro concentrado, con el ceño fruncido y la cicatriz blanca muy hinchada.

—Una...

—Dos...

—Tres...

La pelota cayó por el hueco e hizo un sonido suave al chocar con el fondo. Se oyó un chasquido, una llamarada, y el calor comenzó a ascender. Empecé a contar mentalmente.

Uno.

Un gruñido de Tajo me distrajo. Se había alejado de la incineradora.

Pude distinguir la voz de Chocolate.

—¿Tan cobardes sois? Sólo es uno contra ocho.

Dos.

—Es fuerte, pero no podrá con todos nosotros. ¿Es que no queréis vengaros de todas las palizas?

Tres.

Se oyeron gritos y golpes. Tajo estaba insultando a sus agresores, pero por su tono supe que tenía miedo. Sentí que alguien se acercaba a la incineradora.

Cuatro.

—¡Vaya! ¿Qué haces aquí colgado? —dijo Chocolate con tono triunfal. A lo lejos se oían los alaridos de Tajo. Nunca le había oído gritar así, con dolor y pánico.

Cinco.

—¡Le están matando! —jadee.

Había subestimado la capacidad de Chocolate para controlar a los demás. Había pensado que con Dada fuera de juego y Tajo de mi lado, él no podría hacer nada más que mirar... Pero al igual que yo había jugado con la mente inestable de Tajo, él se había arriesgado con aquellos chicos hambrientos. Estúpido. Se volverían contra él a la primera de cambio. Pero si para ese momento él ya estaba fuera...

Sentí una mano de Chocolate apretada sobre la mía. Por debajo de las capas de ropa me sudaban las piernas, tenía las puntas de los pies al rojo por el calor que llegaba desde el fondo del túnel.

Seis.

—Yo gano —Chocolate intentó soltarme la mano derecha.

Me aferré con fuerza al borde de metal, pero desde mi posición no podía ni siquiera ver a mi oponente. Se me soltó una mano.

Siete.

Oía el crepitar del fuego, a menos de medio metro bajo mis pies, y los gritos agónicos de Tajo, cada vez más débiles. Iba a morir. Después de tanto esfuerzo, iba a morir. Pero había algo aun peor. Chocolate iba a ganar. La idea me revolvió el estómago y me enfureció.

Ocho.

El brazo que aún me mantenía colgado por encima del fuego me dolía como si fuese a rasgarse, pero aguanté. Busqué con la mano libre, y en-

contré el cuello de Chocolate, un cuello algo más delgado que el mío, menos musculoso. No se lo esperaba, creía que estaba a salvo ahora que Tajo estaba ocupado defendiendo su vida. Lo supe por la forma en que gritó cuando tiré de él con fuerza, cuando cayó sobre mí, desesperado por agarrarse a mis piernas. Patalee con fuerza a pesar de que sentía como mi mano se soltaba poco a poco del borde de metal.

Nueve.

Vi su cara cuando cayó. Seguía gritando, no dejó de hacerlo durante un largo segundo que para mí fue una eternidad.

Diez.

Me solté. Podría haber vuelto a subir y haber esperado un tiempo antes de volver a intentarlo, pero había un grupo de chicos locos esperándome allá arriba, junto a lo que quedase del pobre Tajo. Así que me dejé caer, y lo primero que sentí fue un dolor agudo en la pierna derecha. La piel se me despegó de la carne al tocar contra las paredes de la incineradora en las zonas en las que Chocolate había tirado de las capas de tela que me cubrían. Lo segundo fue el olor, aquel terrible y nauseabundo olor a carne quemada. Y lo tercero que noté fue una masa viscosa y blanda sobre la que había caído.

Por suerte, el fondo de la incineradora se abrió casi enseguida y caí varios metros hasta aterrizar sobre un montón de cenizas. El cadáver calcinado de Chocolate seguía debajo de mí. Cerré los ojos, no quería verlo. No habría sido capaz de moverme si lo hubiese visto. Así que me arrastré ciegamente sobre las cenizas, a gatas, hasta que la superficie sobre la que estaba se acabó bajo mis manos. Caí un par de metros más y aterricé sobre un suelo blando. Grité cuando mi pierna quemada tocó la tierra. Sentí la hierba bajo los dedos, reseca y quebradiza. Olisquéé el aire, y por encima del olor a quemado distinguí el perfume del exterior que ya había probado a través del agujero del almacén.

Por fin me atreví a abrir los ojos y miré a mi alrededor. Estaba en una explanada de hierba ennegrecida por las cenizas. Delante de mí se levantaban los muros del jardín de infancia, de un gris sucio muy distinto al blanco del interior, y detrás de mí la hierba se volvía amarilla primero y verde después, y continuaba hasta llegar a una alambrada que limitaba todo el recinto. Había algunos árboles y matorrales dispersos, pero el panorama era bastante desolador. La naturaleza parecía huir del jardín de infancia. A mi alrededor había restos calcinados, el plástico y el metal que la incineradora no había podido engullir durante todos aquellos años. Reconocí uno de los robots de limpieza con los que yo mismo había experimen-

tado el día anterior. No me atreví a mirar hacia arriba, hacia la boca metálica por la que había caído, pero no hizo falta.

Rogué porque no ocurriese lo que me temía que iba a suceder. Se oyó un chasquido y la incineradora se puso en funcionamiento una vez más. Ronroneó durante varios minutos, y durante ese tiempo no pude moverme. Mi pierna estaba bloqueada por el dolor, igual que mi mente. Al final hubo un chasquido, y las cenizas se desbordaron sobre la plataforma y me rociaron por completo. Algo me golpeó en la cabeza. Era un disco de metal del tamaño de mi pulgar. Reconocí enseguida una de las llantas del coche tele-dirigido de Tajo. Por primera vez en mi vida lloré, y ni siquiera tuve fuerzas para sacudirme las cenizas de mi amigo de encima. Pensé en los chicos que aún quedaban dentro. Se sentirían felices por haberse deshecho por fin de los que les habían robado las bandejas azules durante toda su vida. Podía liberarlos, seguro que había alguna puerta abierta. Pero no lo hice. Deseaba que se pudriesen ahí dentro por lo que habían hecho.

También podría haberle dado la espalda al jardín. Podría haber echado a andar sin volver la vista atrás. Era lo que deseaba. Ahora que lo veía desde fuera sentía un terror irracional hacia la posibilidad de volver a quedar encerrado dentro de él. Una parte de mí mismo me decía que huyese, que me alejase de aquella maldita prisión. Pero tampoco lo hice. Había algo que era más importante, que había quedado grabado en mi mente después de tantos años allí dentro. La bandeja azul. Quería mis respuestas. Se lo debía a Tajo, incluso a Chocolate y a Dada. Casi podía imaginármelos a mi lado, confusos al ver que no había felicitaciones ni palmaditas en la espalda. Me habrían mirado, como siempre, esperando que yo tuviese la solución. Así que me levanté y me enfrenté a aquellos muros grises.

Comencé a rodear el jardín, tomando la incineradora como referencia pero dejándola siempre a una distancia prudencial. Las paredes estaban cubiertas por una vegetación espesa que casi los ocultaba por completo. En algunos puntos el hormigón se había desprendido y las entrañas cableadas del edificio habían quedado expuestas a la intemperie. Era mucho más grande de lo que había imaginado. Ocupaba tres veces la superficie de nuestra habitación de paredes blancas, así que supuse que habría algo más que un gimnasio en aquel espacio. Recordé el agujero, y me entraron ganas de buscarlo y mirar de nuevo a través de él, esta vez de fuera hacia dentro. De nuevo reprimí aquel impulso de la parte irracional de mi mente y seguí rodeando el edificio, hasta que finalmente di con la puerta.

No estaba escondida, ni siquiera disimulada por la vegetación, sino bien visible en uno de los lados del edificio. Una rampa llevaba hasta ella, y en medio había dos robots que se habían quedado paralizados mientras

empujaban un vehículo que en algún momento debió de estar motorizado. Los rodee y me acerqué a la puerta. Era metálica, de dos hojas, con un antiguo sistema de alarma que debía de llevar bastante tiempo desconectado y una barra de plástico rojo que chirrió cuando la empujé.

En el interior había un pasillo que olía a polvo, humedad y excrementos de animales. Estaba mal iluminado por un par de luces de emergencia que aún resistían, pero aun así tuve que avanzar lentamente en la penumbra. Hacía mucho tiempo que nadie limpiaba aquello, pero pude distinguir algunas huellas en el suelo. Las seguí hasta una segunda puerta sobre la que un robot había quedado apoyado con las articulaciones rígidas e inmóviles. Todo aquello me desanimó, pero aún conservaba una esperanza, muy pequeña, cuando crucé la segunda puerta y pasé por debajo del cartel que anunciaba «sala de control».

Al otro lado encontré el corazón del jardín de infancia, y la pequeña esperanza murió. Parecía un cementerio, con todos aquellos cadáveres metálicos desperdigados por la sala, petrificados en posiciones que dejaban claro que al menos habían intentado cumplir con sus funciones hasta el final. Uno de ellos estaba sentado con una postura muy humana frente a la pantalla de un ordenador, y sus dedos metálicos descansaban sobre un teclado plano y muerto. Recorrí la sala, pero sólo encontré ordenadores apagados y mesas de control destruidas. No había rastro de seres humanos, vivos o muertos. Si no hubiese sido por un agujero allí donde el techo se había derrumbado, ni siquiera habría habido luz. Me acerqué a examinarlo y vi que la escayola y el cemento estaban ennegrecidos. Un cortocircuito, tal vez un rayo. Y probablemente habría ocurrido hacía unos tres años, cuando todo había empezado a ir mal en el jardín.

Me sentí estúpido por primera vez en mi vida. Recordé a Dada y a Chocolate, que como yo habían pensado que los fallos eran señales, incentivos. Me pregunté qué habrían pensado al saber que había sido una casualidad lo que había destruido nuestro pequeño mundo. Dada probablemente se habría enfurecido y habría golpeado a alguno de los robots. Chocolate habría colapsado, incapaz de aceptarlo. Como yo.

Me derrumbé. Me dejé caer junto a un robot que se había quedado paralizado con su mano metálica apoyada sobre el picaporte de una puerta que nunca más se abriría, y durante muchos minutos permanecí con la cara escondida entre las rodillas. Todo en lo que había creído se desmoronaba, y en su lugar quedaba un vacío que paralizaba mi mente y mis músculos. En mi cabeza sólo había sitio para un pensamiento aterrador. Estaba solo. En el exterior, pero solo. Por muchos rincones privados o habitaciones que construyésemos, en el jardín siempre había alguien a tu alrededor, siempre

eras consciente de los demás niños que convivían contigo. Eché de menos aquellas paredes que limitaban un mundo conocido y seguro, lleno de caras iguales a la mía.

No habría tenido fuerzas para levantarme si no hubiese sentido la pieza del coche de Tajo que sujetaba con fuerza y que aún me quemaba la palma de la mano. Me imaginé la cara bobalicona de mi amigo y su expresión confusa. ¿Por qué pensar en Dada o Chocolate? ¿Qué habría hecho Tajo? Respuestas simples a preguntas simples. Si no encuentras lo que quieres, sigue buscando.

Salí por segunda y última vez del jardín y me alejé de él poco a poco, porque la quemadura de la pierna todavía me dolía bastante. No miré hacia atrás hasta que no me hube alejado un buen trecho. La imagen del edificio en conjunto me decepcionó. Era de hormigón gris, rectangular y de techo plano, y estaba rodeado por un campo de hierba marchita. Una mancha marrón señalaba la zona de los desagües, y junto a la zona ennegrecida de la incineradora estaban las grandes turbinas del sistema de ventilación, ahora quietas y silenciosas. Pero lo que más me inquietó fueron los demás edificios. Había más de un centenar. De algunos tan sólo quedaban las ruinas mientras que en otros, apenas en una decena de ellos, los generadores aun emitían un leve zumbido. Era una ciudad formada por jardines de infancia, y algunos de ellos aún funcionaban. Me pregunté si todavía habría gente viva dentro de alguno de ellos. Pero no quise ir a comprobarlo. No pensaba acercarme jamás a ningún jardín de infancia.

Ya no quedaba nada para mí en esa dirección, así que seguí caminando, dejando huellas negras a mi espalda, y no volví la vista atrás ni una vez más. A escasos metros por delante podía distinguir la alambrada que me cerraba el paso, pero no me importó. Sólo cojeaba, poco a poco pero sin detenerme siquiera a observar los árboles que tanto había ansiado ver. Intenté reconocer las especies que había aprendido en los atlas de botánica, recitar los nombres en latín mientras mantenía el ritmo de mis pasos, pero de repente todos los conocimientos acumulados durante aquellos años habían volado de mi cabeza, sustituidos por los gritos de Tajo, por la mirada desesperada de Chocolate justo antes de caer, por la sonrisa aterrorizada de Dada. Y todo aquello a cambio de un montón de máquinas inservibles que no tenían respuestas.

Atravesé la alambrada por uno de los muchos agujeros que había en la malla metálica. A partir de aquel punto el suelo se elevaba suavemente, formando una colina que fue una tortura para mi pierna quemada. Subí los últimos metros arrastrándome, consciente de que con la tierra y las cenizas la herida se me infectaría. Pero el dolor se me olvidó por completo

cuando desde la cima vi la ciudad. No era tan grande como las de las películas, pero tenía edificios impresionantes, muy altos y totalmente cubiertos de cristal. Ocupaba todo un valle que se abría a mis pies, detrás de un precipicio de varios metros con un río en el fondo. Desde aquella posición pude distinguir las calles empedradas, las carreteras e incluso algunos coches. Los edificios estaban colocados formando una cuadrícula perfecta, con los más altos en el centro y los más pequeños en el exterior. Al principio me emocioné y de nuevo la esperanza de que tal vez todo hubiera merecido la pena volvió a mí.

No duró mucho, sólo tuve que escuchar. La ciudad estaba quieta, callada. Muerta. Sólo el canto de los pájaros y su aleteo rompían el silencio. No había ruido de motores, ni de fábricas, ni gente bulliciosa por las calles. Cuando me fijé con más atención aprecié que las ventanas de los edificios tenían rotos los cristales, que los coches estaban abandonados y oxidados en medio de las carreteras, y que la vegetación ocupaba la mayoría de los muros. Hacía mucho tiempo que nadie vivía allí.

Miré a mi alrededor en busca de un camino que me permitiese bajar hasta el valle. No sé cuánto tardé en llegar junto a los primeros edificios, porque tuve que parar muchas veces por culpa del dolor de la pierna, pero el sol ya estaba bajo en el cielo cuando encontré el primer cartel. En él aparecía una mujer que me miraba sonriente desde las alturas con sus ojos gigantes, unos ojos tan azules y prometedores como mi bandeja de comida. Parecía feliz a pesar de que le faltaban cachos de la cara allí donde el papel se había desprendido. A su espalda aparecían todos los jardines de infancia que yo había visto junto al mío, pero nuevos y relucientes, como debieron de haber sido mucho tiempo atrás. El eslogan de la valla publicitaria estaba descolorido, pero aun podía leerse.

«En estos tiempos llenos de mutaciones no se arriesgue con el método tradicional, compre a su hijo en el jardín de infancia. Le garantizamos por contrato lo que la naturaleza no puede prometerle. Color de ojos a elegir gratuito. A la venta a partir de 2087.»

Seguí recorriendo las calles desiertas. En realidad la ciudad era bastante pequeña, casi un pueblo, pero no tenía esas casitas con jardín que yo había visto en las películas. Los edificios eran todos cuadrados y oscuros, cubiertos de cristal de arriba abajo, y muchos de ellos tenían carteles muy parecidos a los de la mujer de ojos azules, algunos más nuevos, otros casi ilegibles. En todos ellos podía verse a personas sonrientes, hombres y mujeres que sí se parecían a los de las películas y do-

cumentales, y todos señalaban con alegría hacia los jardines de infancia que aparecían a su espalda en las imágenes. Un hombre trajeado sonreía mientras abrazaba a un niño rubio que era una versión más joven de sí mismo.

«¿Quería un médico y le salió un drogadicto? No se arriesgue. Métodos de educación integral en los nuevos jardines de infancia. Ciclos de diez o quince años completamente automatizados. Le garantizamos la personalidad elegida, y si no queda satisfecho, le devolvemos su dinero.»

Al final de la calle principal, vi otro cartel que parecía más nuevo que todos los demás.

«Sí a la ley de natalidad y educación controlada. Porque no hay sitio para todos, sólo elegimos a los mejores. Reserve ya su pedido para la primera generación cultivada del siglo XXII. Descuentos en gemelos.»

Y la ciudad se acababa allí. Volví a recorrer la calle un par de veces y luego investigué dentro de los edificios. Parecían oficinas, como las que salían en un libro de profesiones que encontré a los siete años. Había ordenadores e impresoras apagados, sillas con la tela descolorida y muebles desvencijados. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo. Vi más carteles y hojas en las que se hablaba de los jardines de infancia. Informaban a los nuevos clientes de los sistemas educativos a los que podían optar, para científicos, para deportistas, para políticos...

Pasé varias horas leyendo panfletos, informes y estadísticas. Los leí sin parar siquiera un segundo, tan compulsivamente como había estudiado los libros de matemáticas y geografía. Y cuanto más leía más sólo me sentía. Cifras de producción, ofertas, leyes reguladoras... Todas mis respuestas estaban ahí. Respuestas que no valían tres vidas y que reducían la mía a una mentira. Apreté un folleto sobre los programas de educación de los jardines y lo lancé con rabia a través de una de las ventanas rotas. Me sentía traicionado, aun peor, estúpido, porque en realidad nadie me había mentado. Era yo el que me había engañado a mí mismo. Dada, Chocolate y yo... Habíamos confiado en las personas de las televisiones y de los libros, personas que nos habían abandonado muchos años atrás. Miré a mi alrededor en busca de alguna señal que indicase a dónde habían ido los responsables de todo aquello.

—No están. Se marcharon hace mucho tiempo.

Las palabras resonaron en el silencio opresivo de la ciudad fantasma. Me giré y vi a un chico detrás de mí. Lo primero que pensé fue que no era como yo, pero tampoco parecía una de las personas de los carteles. Era moreno, de ojos oscuros y más mayor. Tal vez rondaba los veinte. Llevaba unos pantalones raídos de color azul, muy similares a los míos aunque con mucha más suciedad encima, y el torso desnudo. De su cuello colgaba una cadena, y de la cadena un trozo de metal rectangular. Estaba muy oxidado, pero lo reconocí. Aún conservaba tonos azulados en algunas zonas. Era la esquina de una de las bandejas de comida.

Retrocedí un par de pasos y busqué algo que pudiese servirme como defensa, pero no lo encontré. El chico tampoco parecía tener intención de atacarme. Me miraba con una expresión apática, cansada. Cuando habló lo hizo con una voz ronca.

—Otro más. Es increíble que todavía siga alguno vivo.

Se dio la vuelta y salió del edificio. Vacilé. Aquella era la primera persona diferente a mí que veía en toda mi vida. Había soñado con aquel momento, lo había recreado en mi mente de mil y una formas. Ninguna incluía una ciudad desierta y un chico que apenas me sacaba unos años. Aun así le seguí. Me vio, pero no parecía preocupado. Siguió caminando sin dejar de retorcer la cadena que colgaba de su cuello. Se detuvo al llegar al cartel de la mujer de los ojos azules.

—¿Es guapa verdad?

No le respondí. No sabía que decir.

—¿Sabes hablar?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien, porque he leído en esos panfletos que hay jardines en más de veinte idiomas. Una vez salió un chico que hablaba una lengua rarísima, llena de eses.

Analiqué la información. Jardines. Aquello confirmaba lo que el trozo de bandeja que colgaba de su cuello ya me había hecho sospechar. Él vio hacia dónde se desviaba mi mirada y sonrió. Se acercó a mí me puso el pedazo de metal delante de la cara.

—¿Te gusta? ¿Lo quieres? —su sonrisa no era amenazante, pero no me gustó. Me traía a la cabeza un recuerdo inquietante—. ¿Tú no tienes uno? Seguro que lo tenías, no habrías sobrevivido si no.

Me aparté un poco de él. Olía fatal. Me fijé en la suciedad que cubría sus manos y sus brazos, en su pelo enmarañado.

—No me mires así. ¿Tú eres de los que están locos? Una vez salió una chica que a los tres días saltó desde lo alto de ese edificio —señaló un bloque gris de más de veinte plantas—. Todavía quedan algunos de sus restos por el otro lado. No hablé mucho con ella, pero está claro que estaba loca. No todos son lo suficientemente fuertes como para adaptarse. ¿No te parece guapa la mujer del cartel? Me habría gustado tener una madre como ella.

Siguió caminando hacia el exterior de la ciudad. En ocasiones decía más cosas, pero no estaba seguro de si me hablaba a mí. No dejó de apretar el trozo de bandeja azul en todo el camino. Le seguí hasta una cabaña construida con trozos de plástico y muebles de las oficinas. Estaba encajada en la pared del precipicio, bajo un saliente rocoso, y se sostenía a duras penas gracias a grandes cantidades de cinta aislante. Recordé mi habitación en el jardín con un poco de nostalgia.

—¿Impresionante verdad? En las oficinas hay muchas cosas útiles.

—¿Por qué no vives allí?

El chico me miró perplejo.

—¿Allí? No, no, allí sólo voy de vez en cuando a buscar cosas. Sólo yo. ¿Tienes hambre?

Hacía bastantes horas que no comía, pero no dije nada. Aun así el chico entró en la cabaña y sacó una cesta llena de unos frutos oscuros que yo nunca había visto.

—Tranquilo, son comestibles.

Cogí un puñado. Tenían un sabor muy ácido, pero me llenaron el estómago. Cuando cogí el segundo puñado me di cuenta de que estaba comiendo frutos del exterior que nunca habían estado dentro de ninguna bandeja. Busqué algún tipo de emoción dentro de mí, pero no la había.

—Come tranquilo. Nosotros no nos fiábamos mucho de la comida de fuera, pero al final algo hay que comer. No cojas los frutos rojos y redondos, hacen que el estómago te reviente —sonrió—. El rojo es malo.

La expresión de sus ojos y su sonrisa seguían inquietándome. Tenía la sensación de haberlas visto antes, pero era imposible, porque aquel chico venía de otro jardín. De repente me di cuenta de algo que había dicho.

—¿Cuántos sois?

—¡Pero si sabes hablar! —alzó la mano y se giró hacia el bosque que comenzaba a las afueras de la ciudad—. ¡Chicos! ¡Tenemos visita!

Aparecieron poco a poco. Un chico y una chica de piel oscura salieron de entre unos arbustos. Tenían los brazos llenos de arañazos, y vi que cargaban con una bolsa repleta de aquellos frutos morados. Los miré detenidamente y no me gustó lo que vi. Los pómulos sobresalían dolorosamente en su cara, tenían los ojos hundidos, y las muñecas tan finas que parecía que iban a romperse por el peso de la bolsa.

—Sólo aparecen una vez al año, así que hay que recoger todos los que se pueda —me explicó mi acompañante.

Asentí, pero no era eso lo que me había llamado la atención. Del cuello de los dos chavales, que debían de tener apenas un par de años más que yo, colgaban dos trozos de metal. Amarillos.

—¡Metedlos en las cajas de plástico y sumergidlas en el río! —la voz del chico era autoritaria. Se volvió de nuevo hacia mí—. El agua fría los conserva más tiempo.

Los dos chicos cumplieron las órdenes sin rechistar. La chica alzó la vista al pasar junto a mí, sólo un segundo, y percibí miedo en su mirada. Observó mi cuello, después mi cara, y al ver que yo le devolvía la mirada, se alejó rápidamente.

—Ahí llegan los cazadores.

Aparecieron otros tres más, dos chicos y una chica, más grandes que los otros. Uno de ellos tenía el mismo tono de piel oscura que los recolectores, y los otros dos se parecían más a mí, aunque su pelo era algo más claro, casi blanco. Cada uno de ellos llevaba un par de pájaros muertos en las manos.

—¡Perfecto! Hoy cenaremos carne —el chico me señaló—. Tenemos un invitado.

Los recién llegados no me recibieron precisamente con alegría. Me miraron la cara y el cuello con menos disimulo que la chica de piel oscura, y después se quedaron mirando al otro chico, como esperando una explicación.

—Acaba de salir —aclaró él.

Todos se movieron incómodos.

—¿De qué color es tu bandeja? —preguntó uno.

No contesté. Vi que todos se llevaban la mano al cuello y apretaban sus respectivos trozos de metal. Verdes.

—Tranquilo, ya hablaremos de eso —me dijo el chaval—. Primero comamos.

Se me había quitado el hambre, pero me senté y observé. Eran unos veinte en total, y el chaval del colgante azul era jefe. Había media docena de bandejas verdes, y las demás eran amarillas. No me sorprendió que no hubiese ninguna roja.

Me llevaron hasta una explanada en la que había un tocón de árbol enorme. El chico se sentó sobre él y los demás le entregaron los pájaros. Él se quedó uno y entregó otros cuatro a los chicos de las bandejas verdes. Entonces comprendí lo que iba a pasar. Lo vi en sus ojos, y recordé dónde había visto aquella mirada antes. Se levantó y alzó el pájaro muerto. Las caras de los chicos famélicos se llenaron de esperanza.

—¡Hoy tenemos un poco de carne! —dijo el chico con júbilo—. ¿Quién la quiere?

Y comenzó el espectáculo. Casi pude oler el arroz, el pollo, el helado de chocolate. Pero no era más que un pájaro muerto. Aun así los chicos gritaron, se empujaron los unos a los otros. Por un segundo sentí que unos muros blancos me aprisionaban de nuevo. Nada había cambiado. Lo único que había logrado era llegar a otra prisión, más grande y con árboles, pero prisión al fin y al cabo.

Miré a mi alrededor y vi un camino que se internaba en el bosque a mi derecha. Me levanté y me alejé despacio. Todos estaban concentrados en el reparto así que nadie intentó detenerme. El chico continuaba moviendo la mano con el pájaro muerto, los demás lo seguían con la mirada, y el pedazo de bandeja azul que colgaba de su cuello se movía. A un lado y al otro.

Llegué a la linde del bosque y me volví por última vez. Chocolate seguía sin decidirse a quién le entregaría la bandeja azul. Tajo y Dada se reían mientras comían su arroz con tomate. Los niños famélicos gritaban. Todo seguía igual.

La chica de piel oscura se acercó a mí. No la había visto gritar junto a los demás.

—¿No quieres conseguir la comida? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros. Era la más delgada, la más débil.

—Ya no tengo fuerzas —susurró. Me miró a los ojos y señaló el camino—. Es mejor que te marches ahora o no podrás hacerlo. Él te tiene miedo, sabe que eras una bandeja azul. Intentará averiguar si puede controlarte, y si decide que no, te matará. Eso hizo con los otros.

Asentí. Me lo había imaginado. Las mismas normas, la misma desconfianza. Todo seguía igual.

—No me importa que me sigas —le dije a la chica.

—No —ella señaló sus piernas escuálidas—. No aguantaría. Conseguí escapar de un jardín, pero ya no tengo fuerzas para volver a hacerlo. Pero...

—¿Qué?

—Si encuentras a alguien, a las personas de esos carteles...

—¿Sí?

—Pregúntales de mi parte.

Le prometí que lo haría. No hacía falta que me dijese la pregunta. Era la misma que habría hecho Chocolate, o Dada, o incluso Tajo. La que quería hacer yo, por lo que había pagado un precio tan alto.

Caminé todo el día, y el día siguiente, y el de después. He cruzado bosques y llanuras, ríos y montañas como los de mis atlas. He visto animales y árboles con frutos desconocidos. Pero no me he cruzado con nadie. Tal vez jamás encuentre nada, tal vez nunca pueda preguntar. Pero me niego a volver a la prisión de colores, por muy grande que sea.

Así que camino, y sigo buscando.

Erial

JOSÉ ANTONIO COTRINA

1

Álex despertó. La sinfonía Malcarada de Pastory entró en su segundo movimiento y se perdió en un bosque de tambores y violines. Abrió los ojos y se giró en la litera. La música programada que lo había despertado se acercaba al majestuoso crescendo que era el núcleo de la composición.

—Bienvenido al día más importante de tu vida...—susurró justo cuando la explosión sónica de la Malcarada estallaba entre las paredes de su cuarto.

Se incorporó y con una orden mental activó los cristales lógicos que sustituían su pupila y su iris izquierdos. «Fuera música» ordenó; el mandato se convirtió en una riada de impulsos eléctricos navegando por su nervio óptico y la Malcarada quedó cortada en seco. Álex lanzó los zarcillos de su pensamiento a través de los cristales lógicos y su mente desembocó en el Mar de la Trama: la red que unía el planeta.

Una lluvia de noticias y mensajes personales atravesó el rabillo de su ojo izquierdo mientras salía de la cama. No les prestó atención. Pidió luz y la luz se hizo. Avanzó desnudo hacia el único espejo de la estancia mientras el millar de minúsculos depuradores que revoloteaba en torno a su cuerpo retiraba piel muerta y suciedad, refrescaba sus poros y le depilaba el vello facial. Dentro de su cuerpo millares de dispositivos velaban porque todo se encontrara en orden. Hasta creía escuchar el masticar de los devoradores de residuos, dando cuenta del contenido de sus intestinos y su vejiga.

Se contempló en el espejo. Tenía treinta y ocho años, pero su físico no había variado en nada desde los veinte: seguía siendo esbelto y bien mus-

culado. Álex se sentía orgulloso de su cuerpo, y el hecho de acercarse a los cuarenta sin haber necesitado los servicios de los restauradores no hacía más que acrecentar ese orgullo. Examinó su rostro, de facciones duras y, justo era reconocerlo, poco agraciadas. La barbilla cuadrada; las orejas diminutas; los labios finos, apenas dibujados, pero siempre listos para repartir sonrisas y transformar la severidad de su rostro en dulzura. Sonrió y por un segundo alguien que no era él se asomó al espejo: alguien cordial, afable...

Abrió los ojos y los examinó minuciosamente. Primero el izquierdo: el prodigio, la maravilla de azul vivo que lo unía a la riada humana que poblaba el planeta, le daba control sobre su entorno y le proporcionaba acceso al saber de toda la humanidad; luego, torciendo el gesto, estudió su ojo derecho: de un azul mate, parecido a su gemelo pero no igual. Acarició despacio el contorno del ojo, imaginando que su uña era un bisturí.

Pronto. Muy pronto.

El primer injerto de cristales lógicos tenía lugar pasada la pubertad, corría a cargo del estado y era obligatorio. Toda la operación tenía el aire grave de los primitivos ritos de iniciación, cuando los hasta entonces considerados niños superaban la prueba que los convertía, a ojos de la tribu, en adultos. El colgante de cristal lógico restringido que había acompañado al niño durante la infancia era destruido entre risas, aplausos y alguna que otra lágrima. Luego llegaba el quirófano y después, al despertar, el mundo entero estaba incrustado en las circunvalaciones de tu cerebro. Con el segundo injerto, cuyo coste era astronómico, se traspasaba una frontera mucho más exclusiva, mucho más selecta. Ese segundo juego de iris y pupila lógicos te convertía en parte de la élite. Si todo salía bien ese día, él pronto formaría parte de ella.

Dejó el espejo y se aproximó a la pared del fondo de la pequeña habitación. Un sensor lo identificó y al instante una porción vertical de pared se inclinó hacia él. En los diversos estantes del compartimiento se alineaban docenas de trajes y varios pares de zapatos y botas. Escogió un conjunto negro y unas elegantes botas del mismo color.

Una vez vestido, se giró hacia otra sección de pared y otra puerta oculta se deslizó hacia la izquierda, mostrando el interior acolchado de la cabina de transporte. Álex entró y soltó un bostezo. La puerta volvió a su lugar con un suspiro y un crepúsculo rojo anegó el cubículo. Otro sensor leyó su identidad y punto de destino en su ojo izquierdo y el crepúsculo escarlata se avivó hasta transformarse en un incendio. Álex sintió el familiar mordisco en la espalda que precedía a la traslación. Un momento después, hasta el último de sus átomos fue desintegrado, trasladado a seis mil kiló-

metros de distancia y reintegrado en una cabina gemela. La puerta corre-diza de ésta se deslizó a su vez y el azul del cielo se entremezcló con la luz del transportador. Salió a la claridad, dando los últimos toques al cuello de su camisa. El viento le acarició el rostro como una bendición.

Se encontraba en una terraza de pizarra, de apenas dos metros cua-drados. La terraza formaba parte de un fenomenal despliegue arquitectó-nico que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El centro de gravedad era un esqueleto de cemento y cristal que se elevaba en perpendicular para estallar en un ejército de ramas de acero y plataformas. Había miles de ter-razas allí, todas a diferentes alturas. La mayoría estaban desiertas, pero aquí y allá se veía a algunos de sus propietarios, dedicados a sus quehace-res o contemplando sin más el cielo. Le había costado una fortuna com-prar aquella terraza, pero merecía la pena. Respiró hondo, llenándose los pulmones con el aire fresco de las alturas. Sí, cada segundo allí no tenía precio.

Después de unos minutos de tranquilidad, decidió que era momento de poner en marcha el día. Entró en el Mar de la Trama y dejó constancia de que ya estaba disponible. Apenas cinco segundos después, cuatro llama-das diferentes resonaron en su bóveda craneal: su secretaria, dos abogados de Infinitel y, cómo no, Beatriz. No tuvo duda sobre cuál atender primero. La imagen de Beatriz, proyectada desde las cámaras de los sensores de la joven, apareció en su mente de tal modo que dio la impresión de flotar so-bre la terraza. Estaba en su dormitorio, con la blusa a medio abotonar y el cabello dorado revuelto. Sonreía.

El rostro de Beatriz le desagradaba profundamente, aunque no era ca-paz de averiguar el porqué: la muchacha era guapa, de rasgos delicados, pero había algo en sus facciones que lo asqueaba, una sombra a la que le costaba enfrentarse. Tal vez era un reflejo de esa falla en la personalidad de ella que tanto lo disgustaba, esa dependencia brutal hacia cualquiera en quien depositara su confianza. Beatriz se entregaba sin ambages, como si anhelara desaparecer en la otra persona. Y ahora se encontraba en un mo-mento delicado: se estaba produciendo un trasvase de poder, un cambio en el depositario de esa confianza. Álex necesitaba ser cuidadoso.

—Te echo de menos más de lo que nunca había echado de menos nada... —susurró—. Es como si me hubieran arrancado medio cuerpo.

—¿Álex? ¿Eres tú de verdad? —dijo Beatriz entre dos carcajadas—. No, no. Debe de haber un cruce. Tengo tu imagen pero no tu audio.

—Bromea todo lo que quieras —suavizó aún más el tono de su voz—: Pero hablo en serio. Esto me está destrozando.

La sonrisa de ella se dulcificó.

—Necesitaba pensar. Distanciarme.

—Lo sé. Me pediste un mes para aclarar las ideas. Y el mes termina hoy —negó con la cabeza, sin apartar la vista de su rostro—. Pero no contestes ahora, por favor. Esta noche lo hablamos cara a cara. ¿Te parece que cenemos juntos?

Ella asintió y bajó la mirada un instante. Álex había sabido cuál iba a ser su respuesta aún antes de que ella misma la conociera: iba a aceptar el acuerdo de unión. A los ojos del estado se iban a convertir en una única entidad jurídica, una única persona. Beatriz estaba deseando decírselo, pero aguardaría hasta la noche, y no sólo porque él se lo hubiera pedido: había algo que la atormentaba.

—¿Has hablado con Leo? —preguntó.

—No responde a mis llamadas —contestó él—. Pero estará en su despacho hasta el mediodía. Iré y hablaré con él. Seré amable, te lo prometo.

—¿Por qué es todo tan complicado?

—No lo es. La vida es sencilla, somos nosotros los que nos empeñamos en complicarla.

—Pero él está sufriendo. Sufriendo por mi culpa. Y no es justo.

—Se le pasará. El nuevo cargo en Infinitel lo ayudará a superarlo. Es más fuerte de lo que aparenta —dijo, aún a sabiendas de que no era cierto. Leo era débil, siempre lo había sido—. Saldrá adelante —añadió.

—Álex.

—Dime.

—Yo... siento hacerte las cosas tan difíciles —alcanzó a ver un destello en sus ojos, un destello de ternura tras el que se intuía esa sombra que tanto lo repugnaba—. Te quiero —dijo Beatriz.

Álex luchó por no desviar la mirada.

—Yo también te quiero —mintió. La urgente necesidad de cortar cuanto antes la comunicación le hizo ser más brusco de lo debido a la hora de la despedida—: Pasaré a buscarte sobre las ocho. Estate preparada.

Se despidieron con dos frases rápidas. Álex soltó un largo suspiro cuando la imagen de Beatriz se desvaneció.

Regresó al transportador. El sensor enfocó el cristal lógico y leyó su nuevo destino. Un crepúsculo en llamas estalló dentro de la diminuta cabina y aún con su fulgor en la retina, *Álex* fue reintegrado a dos mil quinientos kilómetros de distancia. Salió fuera.

Mientras caminaba por el amplio pasillo de planchas de imitación de hiedra, recibió cinco nuevas llamadas: dos de su secretaria y tres de los abogados. Las ignoró todas. Tras charlar con *Beatriz* necesitaba un minuto a solas. Atravesó una arcada y desembocó en la planta esférica del gigantesco observatorio que remataba la sede de *Infinitel*.

La cúpula del observatorio se abría al cielo estrellado. A kilómetros de altura el gigantesco cinturón atómico circundaba el planeta, la pavorosa fuente de energía que mantenía en marcha buena parte de los transportadores. Aquel cinturón era la mayor construcción concebida por el hombre y en su interior se daban cita energías capaces de destruir el mundo un millar de veces. Desde el mismo momento en que aquel proyecto descomunal había sido anunciado, fue el centro de intensas campañas que intentaban impedir su construcción: «Estamos creando nuestra propia espada de *Damocles*» aseguraban los opositores al cinturón, «y tarde o temprano nos destruirá a todos». Con el tiempo las críticas disminuyeron, pero el nombre perduró y ahora aquel gigantesco ingenio era conocido como *Damocles*. Más allá de su curva oscura, *Álex* alcanzaba a ver la silueta de la luna en cuarto menguante.

Escuchó pasos a su espalda.

—Lugares como estos te dan perspectiva, ¿no es así, querido *Álex*? —la voz surgió de la zona en sombras junto a la arcada de la bóveda. *Álex* se giró para descubrir a *Thomas Valion* y a su séquito de guardaespaldas. El máximo mandatario de *Infinitel* lo miraba fijamente—. Te hacen pensar en que por muy grande que llegues a ser, siempre serás pequeño en comparación con lo que de verdad importa.

—¿Lo que de verdad importa? ¿Te refieres a *Damocles*? —preguntó *Álex* señalando al cielo—. ¿O a la concesión que estamos a punto de lograr para construir los primeros teletransportadores en la Luna?

—Me refiero a que por mucho que puedas poseer, jamás llegarás a tenerlo todo.

—Quizá no. Pero no podrán acusarme de no intentarlo.

Thomas Valion se echó a reír.

Era un hombre pequeño y regordete. Sus ojos verdes despedían el brillo intenso de los que ya han sustituido ambos ojos por cristales lógi-

cos. Por la tensión de su cuerpo y sus tics faciales, Álex comprendió que en ese mismo instante estaba presente en varias reuniones en el Mar de la Trama, mientras en segundo plano consultaba informes y estudiaba estrategias para hacer crecer la monstruosa entidad que comandaba. Hacía más de dos años que no lo veía en persona, a pesar de que era raro el día en el que no tenía que ponerse en contacto con él una veintena de veces. Estaba claro que aquel encuentro no era casual, había rastreado su señal personal.

—¿A qué debo el honor de tu compañía, Thomas? —preguntó.

—Quería preguntarte algo y quería hacerlo en persona —Thomas Valion sonrió benévolaente.

—Vaya, ¿ocurre algo? —preguntó mientras daba la orden de ejecutar el protocolo de seguridad ilegal que se había inyectado hacia un mes.

—Simple curiosidad. Hay un par de cosas que necesito saber —le dedicó una nueva sonrisa. No había ni rastro de tensión en sus facciones, hasta el último tic había desaparecido. Álex comprendió que el gran jefe de Infinitel estaba por entero allí, nada distraía su atención—. ¿Has tenido algo que ver con la racha de mala suerte que persigue a Leo Robinson?

Millones de sensores espiaban la menor variación en sus ondas cerebrales, en su temperatura, en su actividad nerviosa, en su flujo sanguíneo... Estaba inmerso en un gigantesco polígrafo. Y dentro de su propio cuerpo millones de nanos programados ilegalmente se afanaban en que la mentira que estaba a punto de decir fuera registrada como verdad sin la menor duda.

—No he tenido nada que ver, Thomas. Él se lo ha buscado —frunció el ceño—. Y a pesar de todo, Leo es mi amigo y me ofende que pienses que yo he...

—¿Estás enamorado de mi hija? —preguntó entonces Valion.

Álex reculó, fingiendo sorpresa. Era por miedo a esa pregunta o alguna similar por la que se había hecho inyectar aquel protocolo de seguridad.

—La quiero más que a mi vida —fulminó con su mirada a Thomas Valion—. Y con estas dos preguntas me ha quedado clara tu opinión sobre mí. ¿Quieres mi dimisión a cambio de la mano de tu hija? Si es así la tendrás de inmediato.

—No te hagas la víctima. Te conozco, Álex. Sé que eres ambicioso. Sé que harías cualquier cosa por llegar a lo más alto. Eres como yo —su mirada de hielo lógico lo atravesó—. El matrimonio con mi hija te abrirá las puertas del consejo y lo sabes.

—Si crees que por eso me caso con Beatriz lo tienes fácil: déjame en mi puesto. Que las promociones y los ascensos lleguen por la vía normal —lo agarró del antebrazo—. Tienes razón, Thomas, soy ambicioso y sé que llegaré a lo más alto. Pero no tengo prisa, te lo aseguro...

Thomas levantó las manos en señal de rendición. Su rostro era de nuevo una máscara cambiante, un caos de respuestas a estímulos que tenían lugar lejos de allí.

—Perdona a este anciano paranoico —le pidió—. A lo largo de mi vida me he topado con muchos tipos válidos que adolecían de una tremenda falta de escrúpulos. Eres un hombre de recursos, Álex. No lo puedo negar. Espero sinceramente que no me defraudes... —le palmeó el hombro—. Y ahora, si me permites, tengo otros asuntos que atender —ya se marchaba con su séquito rumbo a la cabina de transporte cuando se detuvo y se giró hacia él—. Sé que harás muy feliz a mi hija —en el tono de su voz quedó claro que no se trataba de un deseo o un presentimiento: era una exigencia.

Álex esperó a que Thomas Valion se marchara antes de permitirse respirar. Luego atendió varias llamadas de trabajo desde el mismo observatorio, concertó varias citas y cerró un acuerdo comercial con un conglomerado de industrias sueco para instalar un millar de nuevos transportadores. Acto seguido, abrió un canal de comunicación con Beatriz para enviarle un «te quiero» al que ella correspondió con un «lo sé».

Se limpió las mangas de la camisa y echó a andar con una sonrisa en los labios. Ni siquiera el breve interrogatorio al que le había sometido Valion había ensombrecido su ánimo. Al contrario: aquella charla era algo ineludible, y el hecho de que hubiera tenido lugar hoy no dejaba de ser buena señal. Lo iba a conseguir. Beatriz iba a darle el sí y Thomas Valion estaba a punto de abrirle las puertas del consejo. Sólo quedaba una cosa por hacer.

Tenía que despedirse de Leo Robinson, el que había sido su mejor amigo, el hombre al que se lo había arrebatado todo.

Entró en la cabina. Fijó su destino y se dejó llevar. El milagro de la teletransportación lo borró del mundo y volvió a integrarlo cien pisos más abajo.

Salió a la claridad del pasillo del área de despachos. En los ventanales que jalonaban la pared se emitía una grabación de las cataratas del Niágara tal y como eran en las postrimerías del siglo XX. Caminó junto a ellos hasta la puerta acristalada del despacho que, aunque fuera por poco tiempo, aún pertenecía a Leo Robinson. Leo iba a ser trasladado a la sucursal de Tokio donde ocuparía el cargo de analista de sistemas. Un cambio de destino que

tenía todo el sabor de una degradación. El consejo había estado tan sorprendido por las irregularidades cometidas por Leo que la mayoría había insistido en despedirlo. Al final el mismo Valion tuvo que mediar para suavizar el castigo.

Álex abrió la puerta y entró en el despacho. Era una estancia amplia, equipada con los muebles tipo de la compañía: mesas bajas, banquetas casi ingravidas, estanterías estilizadas y adornos flotantes. Tanto la sala como su decoración estaban concebidas para crear un espacio de trabajo grato y equilibrado. El hombre sentado tras la mesa no encajaba en ese lugar. Su aspecto era impoluto, pero ni todos los nanos estéticos del planeta habrían logrado corregir su postura derrotada o su expresión ausente. Leo Robinson estaba hundido.

Alzó la vista al oírlo entrar. El desprecio que se dibujó en su cara fue demoledor. Álex se estremeció, pero aun así no se arredró. Enfrentarse a Leo era algo que debía hacer, tenía que ser capaz de enfrentarse a las consecuencias de sus actos.

—Álex —gruñó Leo. Sus facciones eran un rictus de repugnancia y odio. Los ojos oscuros del que había sido su amigo lo taladraban—: No esperaba verte aquí.

—He venido a despedirme —le explicó en tono cordial—. Sé que ha habido diferencias entre nosotros en los últimos tiempos, pero quiero que sepas que aún te considero mi ami...

—¡Hipócrita mal nacido! ¿A qué has venido? ¿A contemplar tu obra? —se levantó y extendió los brazos en cruz, mostrándose. Era pequeño, de constitución débil, pero la tensión le otorgaba un aura de impresionante fortaleza—. ¡Aquí me tienes! ¡Mírame! ¡A esto me has reducido!

—Leo...

—Me has hundido, cabrón. Y qué bien has cubierto tus pasos —comenzó a caminar arriba y abajo, sin apartar la vista de él—. Aunque tenga la certeza de que estás detrás de la filtración de mi proyecto a Valerio, aunque sepa que fuiste tú el que dirigió a la comisión hacia ese fondo que yo no sabía que existía... Jamás podré demostrarlo. Jamás —apretó los dientes—. Has sido tú. Siempre tú.

—No es justo que me culpes de tus errores, no es justo que...

—Qué poca vergüenza tienes —sacudió la cabeza y se acercó a él. Álex retrocedió un paso—. No puede crearme que me hayas tenido engañado durante tantos años. ¿Por qué, Álex? Yo te ayudé a entrar en Infinitel. ¿Por qué me has hecho esto?

«Porque tengo prisa. Porque tengo que cogerlo todo cuanto antes. Porque es lo único que sé hacer: no detenerme ante nada, no ceder... Porque si no eres despiadado, este mundo te devora».

—Es por Beatriz, ¿verdad? No soportas que te haya dejado por mí.

—¡Hijo de puta! —exclamó Leo—. ¡Ni la menciones!

Álex no vio venir el puñetazo. De pronto se encontró en el suelo; la sangre llenaba su boca y las sienas le zumbaban. Agitó la cabeza, levantó la vista y vio a Leo ante él, apuntándolo con una pistola explosiva. Sus ojos se desorbitaron.

—¡Leo! ¡No!

—Iba a ir a verte, cabrón —tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Su ojo sin tratar fulguraba y en ese brillo Álex vio tal determinación que supo que iba a morir allí. Y vio otra cosa: una sombra inmensa, ajena, que lo aterró más que su inminente muerte—. Iba a ir a verte —repitió, rabioso—. ¿Sabes para qué? Para enseñarte hasta dónde me has hecho llegar, para enseñarte en qué se convierte un hombre cuando se lo robas todo... ¿Quieres verlo? ¡¿Quieres verlo!?! —empuñaba el arma con ambas manos.

—¡Guarda eso! ¡No hagas locuras! —gritó Álex retrocediendo hacia la puerta acristalada. El cristal lógico grababa la escena y la transmitía a mil puntos diferentes del Mar de la Trama. Estaba conectado ya a las oficinas centrales de Emergencia. En su cabeza pulsaban docenas de mensajes: en unos segundos llegaría ayuda, le aseguraban; un psicólogo de urgencia intentaba entablar contacto con Robinson; debía apartarse de la puerta para que las fuerzas de seguridad pudieran acribillar a Leo a través de la cristalera; el departamento multimedia de la empresa le recordaba la cláusula de su contrato que le daba derecho a gestionar todas sus grabaciones...

Y Leo se acercaba empuñando el arma. Su rostro crispado era una máscara.

—¿A cuánta gente has destruido? ¿De cuántos te has aprovechado? ¿Te has parado a pensar alguna vez en el daño que haces? ¿En las víctimas que dejas atrás? ¿Has pensado alguna vez en alguien que no seas tú?

Saltó sobre él. Álex intentó zafarse, pero Leo lo aprisionó con las piernas y se inclinó hasta que sus rostros casi se rozaron. El cañón de la pistola le arañó la frente.

Y de pronto, la tensión de su voz se desvaneció, la histeria quedó atrás.

—Mírame —le ordenó—. Vas a ver algo que nunca olvidarás.

Apartó el cañón de su frente y se lo introdujo en la boca. Por un momento sus miradas se cruzaron. Luego Leo apretó el gatillo y un fogonazo le partió la cara en dos. En ese instante la cristalera a su espalda estalló en pedazos al tiempo que en su mente una voz gritaba «¡Al suelo!».

Dos sombras uniformadas entraron en el despacho. Una de ellas apuntaba a Leo. La otra levantó a Álex como si fuera un pelele. Él no podía apartar la mirada del cadáver. Algo se removía en su mente, algo viscoso y atroz. Buscó apoyo en la pared. De pronto descubrió que parte de la quijada de Leo estaba enganchada en su camisa. Palmeó, descompuesto, hasta que el hueso cayó al suelo.

—¿Señor? —el agente que lo había levantado lo contemplaba alarmado—. ¿Se encuentra bien? ¿Está herido?

Álex se apartó de él con la vista fija en el cadáver de Leo. Había sangre por todas partes: en el suelo, en la pared junto a la cristalera, en la mesa... En su ropa, en su cara...

—No —retrocedió aterrorizado. Apartó una mano que trataba de sujetarlo y echó a correr hacia la cabina de transporte. Tenía que huir, huir de aquella peste a sangre—. Tengo que irme, no puedo estar aquí. Yo...— era incapaz de pensar con claridad. Lo único que le venía a la mente era la imagen de la pistola en la boca de Leo y la explosión de carne y hueso. Su cabeza zumbaba bajo la avalancha de un sinfín de mensajes que no quería escuchar.

La mandíbula de Leo en su camisa.

El mundo apestaba a sangre y carne quemada. Alguien se interpuso en su camino y él lo apartó de un empujón. Cuando la puerta de la cabina se abrió casi se lanzó dentro. Por un instante, dudó qué destino fijar, luego eligió su azotea privada. Necesitaba aire; necesitaba paz y calma. Se dejó caer de rodillas justo cuando el resplandor sanguíneo de la traslación inundaba la cabina y lo arrastraba a cientos de kilómetros de distancia.

Luego un flash de luz lo trajo de vuelta a la realidad.

Y lo arrojó al dolor.

Un dolor como nunca antes había sentido: eran agujas a fuego blanco entrando hasta por el último poro de su piel; era una avalancha de cristales lanzando dentelladas en su rostro. Era el infierno. Y tenía la forma exacta de su cuerpo. Más allá del dolor rugía la tormenta.

Gritó. Aulló. El viento salvaje que lo zarandeaba aulló con él. Y entre la agonía y sus alaridos, una voz exclamó:

—¡Mátalo! ¡Dale en la cabeza! ¡*En la cabeza!*

Lo último que vio fue el rostro de un demonio, con la boca partida por dos hileras de colmillos amarillentos y la locura llameando en su único ojo. Luego una sombra se le vino encima y lo arrancó del mundo.

2

Álex despertó gritando. Se proyectó hacia atrás y golpeó en duro con su nuca. Nunca había sentido tanto miedo, tanto desconcierto. Tanto dolor. Intentó una y mil veces acceder al Mar de la Trama, pero estaba aislado, perdido en las tinieblas. No recibía respuesta de ningún sensor. Ni siquiera escuchaba el ruido de fondo de los cristales lógicos. Pidió luz y las sombras se burlaron de su orden. Cuando alzó una mano a su ojo izquierdo y sus dedos se hundieron en una cuenca vacía volvió a gritar.

—Bienvenido a Erial —susurró la penumbra—. Grita cuanto quieras.

Una sonrisa ígnea se prendió en la negrura, creció, se cerró sobre sí misma y se convirtió en una antorcha. A su resplandor se asomó el rostro del demonio tuerto. El extraño se acercó. Era un sujeto esquelético, de edad indeterminada; su único atuendo era un taparrabos de piel.

—¡Oh, vamos! —exclamó. El pelo negro, encrespado, se elevaba en dientes de sierra sobre su cabeza—. ¡Todavía puedes gritar más! ¡Te han arrancado hasta el último sensor! ¡Fuera cristales lógicos! ¡Esto es una nueva vida! ¡Grita más! ¡Estás naciendo otra vez! ¡Celébralo! ¡Grita!

Y era cierto. Podía gritar más. Tanto que cayó otra vez inconsciente.

Despertó de nuevo en la oscuridad. El dolor se había mitigado y sentía el cuerpo agarrotado. Le habían cubierto la cuenca izquierda con un apósito apestoso, un pedazo de carne sujeto con un cordaje. Las tinieblas se fueron aclarando, de algún lugar impreciso llegaba una luz turbia y bajo su amparo logró ver lo que le rodeaba. Estaba en un ramal de una caverna, en el fondo de un ensanchamiento que daba a una pared rocosa. Y un hombre desnudo e inmenso, negro como una sombra, estaba acucillado a dos metros escasos, observándolo con frialdad.

Durante unos minutos permanecieron en silencio: el extraño sin apartar los ojos de él; Álex pegado contra la pared, luchando contra el miedo y el desconcierto. Algo había marchado mal en el último teletransporte. Alguien había alterado la ruta. Lo habían secuestrado. ¿Y llevado dónde? ¿Y cómo habían logrado manipular el transportador? ¿Quién? ¿Por qué? Los ojos del gigante brillaban como ascuas azules. Álex levantó una mano y

la posó en el parche que tapaba su cuenca vacía. Le habían arrancado los cristales lógicos para impedir que pidiera ayuda, le habían arrancado del Mar de la Trama. Habían anulado hasta el último de sus sensores.

¿Quién tenía la capacidad y los medios para hacer eso? ¿Quién? Su mente comenzaba a acelerarse en busca de culpables cuando algo tras el gigante captó su atención: un montón de huesos. Se apretó aún más contra la roca. Tenía que calmarse, sobreponerse. Miró al gigante, tratando de ignorar aquel osario en el que ya había distinguido cinco calaveras humanas.

—No sé quiénes sois ni qué queréis... —dijo con tal aplomo que se sorprendió a sí mismo—. Pero os aseguro que no os saldréis con la vuestra.

El hombre no contestó.

—¿Es cosa de Valerio, verdad? —debía esforzarse por no mirar hacia el montón de huesos, porque allí quedaba negada cualquier explicación lógica que pudiera hilvanar—. Pues escúchame bien: no lo conseguiréis. La concesión lunar es nuestra. ¿Me oyes? La luna es nuestra.

Una sombra se movió en la entrada del ramal. La luz tenue iluminó el caminar del tuerto de cabello encrespado.

—¿La luna? —preguntó, ladeando la cabeza—. Olvídala. Aquí no hay luna. Y si hay sol, yo nunca lo he visto.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Cómo...?

—Las preguntas de una en una —se acuclilló a su lado—. ¿Dónde estás? No sé si existe el infierno, pero de hacerlo, no debe ser muy diferente a esto. ¿Qué haces aquí? De momento respirar, y no es poca cosa si tenemos en cuenta que hemos estado a punto de matarte. Pero te vi la cara y me eché atrás. No me des las gracias: fue puro egoísmo —de pronto, como si de un truco de magia se tratara, en su mano apareció un primitivo cuchillo de hueso dentado—. Porque te voy a llevar a un tipo que quiere arrancarte el corazón. Te diría que no es nada personal, pero no sería del todo cierto.

Álex sacudió la cabeza, incrédulo. Al instante el dolor en su cuenca vacía se reavivó. Estaba delirando. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía lógica. Nada. Cinco calaveras en la montaña de huesos. Volvió a intentar entrar en el Mar de la Trama y sólo encontró la reverberación oscura de una mente capada. Se llevó la mano al pedazo de cuero húmedo que le cubría la cuenca.

—No busques. Ya no está —dijo el otro, acercando la punta del cuchillo a su propia cuenca vacía—. Nunca pasan. Todo lo que tenemos dentro se queda en el transportador. Por eso muchos aparecen muertos. No

aguantan el shock. No es una mala muerte teniendo en cuenta las alternativas. Es peor reventar contra el suelo o aparecer bajo tierra.

—¿De qué demonios está hablando?! ¡¿*Qué está diciendo?*!

—¿No los oyes? —preguntó entonces—. ¿No puedes oírlos? ¡Presta atención!

El hombre oscuro dejó de mirar a Álex y alzó la cabeza hacia el techo.

—Los gritos —su voz era agria, destemplada—. Los gritos nunca paran.

Álex pudo escucharlos. Atenuados por la roca, pero aún así, nítidos y constantes; una interminable sucesión de gritos proferidos por mil gargantas, una interminable cantinela de dolor.

Álex miró a sus captores. Se sentía incapaz de pensar. Por primera vez en su vida estaba indefenso y sin posibilidad de rearmarse.

—¿Puedes andar? —le preguntó el tuerto.

—No lo sé —contestó, sin hacer ademán de levantarse. Las sienas le pulsaban.

—Ayúdale, Auberón.

La mole oscura se aproximó a él y lo levantó sin esfuerzo. Álex apretó los labios y se tragó un grito. Las piernas le temblaban y sin el apoyo del gigante se habría derrumbado.

—Te necesito vivo, compañero —dijo el loco tuerto—. Y tenemos un duro viaje por delante, tienes que fortalecerte. Vamos a ver qué tenemos para ti... —después de decir eso salió a buen paso.

Auberón le pasó el brazo por la cintura y echó a andar con él hacia la salida del ramal de la cueva. Álex pestañeó cada vez más aturdido. Una estrella al rojo pulsaba donde antes había estado su ojo izquierdo.

Tras un corto tránsito a través de un oscuro pasadizo, desembocaron en una segunda caverna. El suelo estaba cubierto de grietas donde se acumulaban charcos de lava hirviente. Junto a uno de ellos se acuclillaba el hombre delgado, en cuclillas, sujetando un pequeño recipiente que no tardó en reconocer como un cráneo humano

Auberón lo soltó y él cayó de rodillas. En la gruta flotaba un tembloroso velo de reflejos escarlata. Todavía alcanzaba a escuchar los gritos. *Piensa, piensa...* se ordenó, pero era imposible: en su mente había brumas y auroras negras. No podía centrarse.

—Mi ropa... ¿Dónde está mi ropa? —preguntó.

El hombre en cuclillas se levantó con el cráneo pelado entre las manos.

—En el otro lado, junto a todo lo demás —contestó mientras le tendía el macabro cuenco—. Tómate esto. Necesitas recuperar fuerzas. No nos hagas el feo de morirte antes de tiempo.

Álex bajó la vista al cráneo. Estaba lleno de un líquido rojizo que parecía hermanado con la atmósfera de la gruta. Varios trozos de carne flotaban en aquel caldo.

—No —torció el gesto. Tenía el estómago atenazado. La mera idea de comer le daba náuseas, y el aspecto repugnante tanto del recipiente como del contenido no ayudaba en absoluto.

—Auberón sujétale la cabeza y ábrele la boca.

Dos manos enormes cumplieron la orden. El otro atrapó un pedazo de carne y lo introdujo a la fuerza en su boca. Auberón lo obligó a masticar. Su único ojo se llenó de lágrimas. La carne estaba sosa, casi cruda. Luchó en vano por no tragarla. Gimió cuando el tuerto inclinó de nuevo el cráneo hacia sus labios. Pero de pronto el hombrecillo torció el gesto, dolorido, como si acabara de pisar un cristal o de recibir una descarga eléctrica. Durante unos segundos pareció aturdido, luego sacudió la cabeza.

—No es nada —dijo, rehaciéndose. Su rostro había cobrado una seriedad fúnebre—. Una muerte más. Sólo eso —soltó una risotada sin rastro de humor—. Una muerte más.

Álex lo miraba alucinado.

Las tinieblas sangrientas los envolvían como una niebla viva. No podía apartar la vista del tuerto. En su rostro vio una sombra, un reflejo oscuro, la misma sima negra que había intuido a veces en la mirada de Beatriz, la sombra terrible que había campado en la mirada de Leo. Y esta vez supo qué era.

Soy yo, se dijo atónito, perdido en la revelación. Eso era lo que me aterraba. Mi reflejo. Mi reflejo en los ojos de los demás.

—No sólo son transportadores —decía el tuerto. Álex desvió su mirada perpleja a los labios que hablaban—. El mayor invento de la humanidad está maldito. Hay que pagar un precio inimaginable para mantenerlo en marcha. ¿Escuchas esos gritos? —alzó la mano—. Ése es el precio.

—No sé de qué habla —dijo con un hilo de voz.

—Levántalo, Auberón. Vamos a mostrarle el paisaje —dijo mientras se incorporaba de un salto.

Álex se encontró de nuevo en pie, avanzando sin que su voluntad se viera implicada en el proceso. Atravesaron un laberinto de pasadizos de roca, guiados por el hombre tuerto.

A cada paso que daban, los gritos se hacían más nítidos. Vuelta a izquierda. Giro a la derecha. Al fondo del corredor en el que ahora se encontraban, Álex divisó una abertura en la roca. Era una grieta de unos cinco centímetros de ancho y casi medio metro de largo. Auberón lo llevó hasta allí. Álex se apoyó en la pared y, tras un momento de indecisión, se inclinó para mirar por la oquedad.

Durante un largo instante fue incapaz de comprender lo que veía. Era tan demencial, estaba tan apartado de la lógica, que le resultaba imposible concebirlo. Tuvo que enfrentarse a lo que contemplaba por etapas, extrayendo elementos del conjunto para luego reintegrarlos.

El cielo era un impresionante torbellino de oscuridad a través del que se entreveía una claridad apática, una luz tibia que parecía chorrear con lentitud sobre el mundo. Hasta donde alcanzaba la vista se veían distintas formaciones rocosas y su disposición y geometría eran tan extravagantes que Álex pensó que estaba contemplando los restos de una cordillera que había estallado en pedazos. Había rocas por todas partes, de los tamaños más diversos y las formas más caprichosas. Se veían decenas de columnas retorcidas, minaretes naturales que en algunos casos superaban los doscientos metros de altura. También había montañas, pero todas parecían castigadas por algo más que la erosión, como si el aire las estuviera devorando a dentelladas. En el norte se levantaba una montaña partida en dos, una de sus mitades se mantenía erguida mientras la otra estaba despararrada en torno a ella como un mar de grava.

El terreno sobre el que se aposentaba aquel caos rocoso era tan singular como éste. Por doquier se veían profundas depresiones, elevaciones repentinas, mesetas truncadas... En algunos puntos, la tierra dejaba escapar fumarolas de humo oscuro. En otras zonas se podía observar el lento discurrir de ríos de lava. La vegetación era escasa, en su mayoría simples arbustos.

Ese era el paisaje que se extendía ante su vista. Pero lo terrible no era el decorado. Lo terrible era lo que ocurría en aquel escenario.

Lo primero que pensó es que había multitudes precipitándose desde las cimas de las montañas y los minaretes de roca. Cientos de suicidas que saltaban a la par en una imagen de pesadilla delirante. Sus gritos lo copaban todo. Eran gritos de terror, de angustia y locura. Era el sonido más ho-

rrible que oído humano podía escuchar. Tardó un minuto en percatarse de que no saltaban de ninguna parte: aquella gente aparecía de la nada; se materializaban en las alturas y se precipitaban al vacío.

—Erial... —murmuró el hombrecillo junto a él, casi le respiró la palabra en la nuca—. No sólo transportan, ¿comprendes? No hacen sólo eso. Los teletransportadores también copian. Alguien entra en una cabina y sale en otra; así funciona. Lo que no sabe es que durante ese trayecto el transportador lo ha clonado. Lo que no sabe es que mientras él aparece en su punto de destino, una copia suya termina en este infierno. ¿Comprendes? Nos copia y nos arroja al abismo —soltó una risilla—. Cada vez que lo usamos, cada maldita vez.

Primero se veía un fogonazo, un chispazo de luz roja que apenas duraba medio segundo y que dejaba paso a una silueta humana. Álex estaba atónito. Una frialdad inhumana se había aposentado en sus huesos. Trató de apartarse de aquella grieta, pero su cuerpo no respondió a la orden. Se quedó anclado allí, con la mandíbula desencajada.

—Puedes verlo, ¿verdad? —susurró el hombrecillo—. Eso es lo que somos. A eso nos reduce el mayor invento de la humanidad: a carne que cae. A alimento para monstruos.

Sacudió la cabeza. Aún faltaba un detalle más para completar aquel cuadro macabro. Había seres alimentándose de los que se materializaban. En el cielo vio una bandada de espantos de alas membranosas, negros como el carbón, que zigzagueaban de un lado a otro, proyectando sus largos picos hacia los fogonazos tan pronto se producían para atrapar a sus presas en cuanto irrumpían en su mundo. Más allá, una criatura gigantesca, de cuerpo oval y largas alas, avanzaba por los aires con sus fauces entreabiertas, devorando a los que caían con la parsimonia con la que los grandes cetáceos devoran krill.

—Es imposible —alcanzó a murmurar—. Imposible.

Aquel loco tenía razón. Si el infierno existía, no debía ser muy diferente a lo que tenía ante sí.

3

Estaba agotado y muerto de frío; la tira de cuero que anudaba sus muñecas lo lastimaba y tenía las plantas de los pies en carne viva. Llevaba horas caminando desnudo bajo la tormenta, mal guarecido por los desfiladeros y cañones por los que Auberón los guiaba.

—Es hora de irnos —había dicho el hombre esquelético cuando el primer trueno restalló fuera. Álex lo había mirado perplejo, sobrecogido todavía por aquel primer vistazo al exterior. El hombrecillo había soltado una risilla antes de añadir—: Me has oído bien. Vamos a salir ahí fuera. Es más seguro viajar bajo la tormenta. La mayoría de los monstruos se refugia entonces.

Salir de la cueva le costó menos esfuerzo mental de lo que esperaba. La tormenta tendía una cortina entre su mirada y el mundo, atenuando así el horror y facilitándole las cosas. Aun así, entre las tinieblas del temporal, se vislumbraba un sinfín de fogonazos rojos; aunque no podía precisar a qué distancia, la pérdida de su ojo había empeorado su percepción de la profundidad. Y ni los truenos lograban sofocar el tremendo griterío de los que caían del cielo.

Tras mucho caminar, los gritos y los destellos se fueron espaciando hasta casi desaparecer. Fue entonces cuando dejaron el abrigo de la montaña y avanzaron campo a través, forzando mucho más el paso. La tormenta aullaba sobre sus cabezas.

Continuaron la marcha hasta que un fortísimo calambre en el vientre dejó a Álex doblado en el sitio. Auberón y el hombre delgado se detuvieron. Álex se dejó caer, con una mano en el estómago. Las tripas no dejaban de moverse. Por un momento pensó que se moría, pero no era nada tan extremo ni liberador: sólo eran sus intestinos que querían vaciarse.

Fue la primera vez en toda su vida que hizo de vientre, hasta ese instante la nanotecnología había hecho innecesaria una tarea tan ingrata. Sus captores no le quitaron la vista de encima ni siquiera en ese trance. Nunca se había sentido más humillado. Se limpió como pudo con el agua de tormenta y acto seguido vomitó. Luego se pusieron de nuevo en marcha.

Fue entonces cuando tomó la determinación de resistirse al abandono, de poner freno a su mero papel de figurante en aquella dantesca historia. Estaba harto. Harto de estar aterrado. Harto de que los acontecimientos lo arrollaran sin poder oponer resistencia.

Por enésima vez intentó acceder al Mar de la Trama, era un gesto tan arraigado en él que tardaría mucho tiempo en dejar de intentarlo. Durante toda su vida había dependido de la tecnología y era ahora cuando comprendía lo limitado que estaba en tantísimos aspectos. Su memoria, por ejemplo, no estaba adiestrada. ¿Por qué retener conocimientos cuando es mucho más fácil acceder a la red?

«Actúa, actúa, actúa», se animó.

A su espalda caminaba el gigante; de sus hombros colgaban dos sacos que Álex supuso llenos de provisiones. Delante marchaba el loco esquelético, avanzando a brincos. Aceleró el paso para caminar en paralelo a él.

—Aún no me has dicho tu nombre —le dijo. El hombrecillo lo miró de reojo, suspicaz—. No estaría de más que nos presentáramos, ¿no crees?

—Claro, claro... —torció el gesto—. Y luego iremos a ver a mi madre para que pidas formalmente mi mano —escupió al suelo—. Te llevo a que te arranquen el corazón. ¿Para qué necesitas saber mi nombre?

—Pero ¿quién quie... —no pudo terminar la pregunta. Un nuevo ramalazo de dolor lo dobló, pero esta vez no procedía de su vientre sino de su cabeza. Fue como si de pronto alguien le hubiera coceado el cerebro. Cayó al suelo. El dolor se desvaneció de la misma manera súbita en que había llegado.

—Has vivido tu primera muerte —le anunció Auberón, mientras lo ayudaba a incorporarse.

Álex pestañeó, aturdido.

—Una copia tuya acaba de morir —le explicó el tuerto de forma cansina—. Devorada o reventada contra las rocas... Quién sabe —sacudió una mano en el aire—. Eso es lo que acabas de sentir: la muerte de uno de tus duplicados. Hay un enlace mental entre nuestras copias. Imagino que algo parecido a lo que dicen que ocurre con los gemelos, sólo que infinitamente más fuerte. Lo sé, lo sé. Es un dolor terrible —le dio una palmada en el hombro—. Pero no tendrás que soportarlo durante mucho tiempo.

—Basta —gruñó Álex. Apretó los puños y avanzó hacia él. Su voz era un susurro rabioso—. Quiero respuestas y las quiero ahora. Y voy a obtenerlas aunque tenga que arrancártelas a golpes.

El tuerto se encogió de hombros al verlo aproximarse.

—Nuestro invitado se está poniendo nervioso —dijo—. ¿Te importaría mostrarle la salida, Auberón?

Y antes de que pudiera girarse, de nuevo un golpe lo dejó inconsciente.

Despertó en otra cueva, en una amplia caverna plagada de estalactitas y estalagmitas. No hubo un instante de aturdimiento. Lo recordó todo con tal nitidez que sintió que se asfixiaba. Miró a su alrededor, resoplando. El griterío de los que irrumpían en Erial volvía a ser ensordecedor.

El hombre esquelético estaba acucillado frente a él. Le sonreía con sus dientes afilados.

—Me llamo Rinaldo —se presentó—. No es culpa mía. A mi madre le encantaba esa ópera de Händel.

Álex se frotó la nuca.

—¿Dónde me lleváis? —preguntó. Auberón acababa de aparecer por la entrada de la caverna. Llevaba dos cráneos humeantes en sus manazas.

—No es dónde. Es a quién. Gracias, Auberón —tomó uno de los cráneos y olisqueó el humo con aire ratonil. Álex aceptó el suyo con un gesto de agradecimiento—. Se hace llamar Clauto el Grande. Pero todo el mundo lo conoce como el Rey Gusano. Hasta hace poco, Auberón y yo formábamos parte de su tribu, pero se enteró de que una de sus concubinas me estaba concediendo sus favores... —Rinaldo atrapó un pedazo de carne y lo devoró de dos bocados—. Se cabreó mucho. Pensaba hacerme cosas verdaderamente horribles, créeme. Por suerte mi buen amigo Auberón me ayudó a escapar —dio un trago al caldo del cuenco—. Pero cómo habrás podido comprobar, Erial no es buena tierra para que dos hombres vaguen solos. Si hemos sobrevivido hasta ahora ha sido por puro milagro.

—¿Por qué soy tan importante para ese gusano? —dio un mordisco al pedazo de carne después de no pocas dificultades para atraparla. Estaba dura, pero le supo deliciosa. No se había percatado de lo hambriento que estaba.

—Por ser quien eres —contestó Rinaldo—. Uno de tus duplicados es un personaje importante por estos lares. El Rey del Paso lo llaman.

Álex frunció el ceño. La llegada a aquel espantoso lugar había sido un golpe demoledor a todas sus percepciones. ¿Cómo aceptar el hecho de que, al parecer, en aquel mundo podía haber cientos de seres idénticos a él? «No», se corrigió, «idénticos no. Son tan yo como yo». Si era así, el hecho de que uno de ellos hubiera alcanzado una situación de privilegio no le resultaba extraño. Era consciente de sus capacidades.

—Siempre he sido muy ambicioso —murmuró—. Siempre consigo lo que me propongo.

—Lo que eres es un cabrón —le soltó Rinaldo—. No te lo tomes a mal, pero eres un mal bicho.

—Soy mucho más que eso —recordó a Leo ante él, encañonándolo con su arma. «Mírame. Vas a ver algo que nunca olvidarás».

—Lo que sea. Pero es por ser quien eres por lo que aún estás vivo —le dedicó una sonrisa salvaje—. Si no te hubiera reconocido, ahora mismo te

estaría comiendo a ti, y no al viejo correoso que matamos al poco de encontrarte.

Álex levantó despacio la vista del cráneo y la carne que contenía para mirar a Rinaldo. El hombrecillo lo observaba con avidez, ansioso de ver cómo reaccionaba a aquella revelación. Casi sintió lástima al defraudar sus expectativas. No se iba a poner a vomitar, ni a dar gritos, ni pensaba arrojar aquella comida al suelo. En vez de eso se hizo con otro pedazo de carne y se lo metió en la boca, sin apartar la vista de Rinaldo. Éste frunció el ceño, contrariado.

—¿Para qué me quiere Clauto? —preguntó Álex. Había adoptado el tono con el que se dirigía a sus subordinados en Infinitel.

—Quiere atacar a tu duplicado, pero no puede hacerlo solo —le contestó—, no si quiere tener una mínima posibilidad de vencer. Ahora mismo no tiene los suficientes efectivos para tomar la fortaleza del paso, el ejército de tu copia lo aniquilaría. Para eso quiere ganarse para su causa a Babayán, la reina de la Tribu de la Costa.

—Despacio —le pidió Álex. ¿Ejércitos? ¿Fortalezas?—. Cuéntamelo todo. ¿Cómo llegué a ser el Rey del Paso? ¿Qué tiene ese Clauto contra mi copia?

Rinaldo se echó a reír. El momento de ofuscación parecía haber pasado.

—Sí, mi señor. Responderé a sus preguntas con presteza y diligencia —le aseguró con voz aflautada. Luego se acercó hasta él en un movimiento rápido—. Quiero que te quede clara una cosa: nada de lo que digas o hagas, hará que cambie de opinión. Te llevaré a Clauto y luego me lavaré las manos. Este es un mundo cruel, amigo. Cuanto antes lo sepas, mejor.

—Haz lo que tengas que hacer —le dijo él—. Pero responde a mis preguntas, por favor.

—Deja que lo mate —terció de pronto el gigante negro.

Rinaldo suspiró antes de hablar:

—No quiero volver a discutir eso, Auberón. Y menos ahora.

—Deja que lo mate —insistió mientras daba un paso en dirección a Álex—. Sabes de lo que es capaz. Será nuestra perdición.

—Auberón... —fulminó a su compañero con la mirada—. Lo repito: no es el momento —se giró de nuevo hacia Álex, con una sonrisa en los labios. Sus dientes afilados le daban aspecto de lobo de cuento—. Ahora toca

contar historias, ¿verdad? Hay cosas que nuestro invitado quiere saber, ¿y qué clase de anfitriones seríamos si no se las contáramos? —se levantó de un salto—: Me has preguntado por ti mismo. Por el «ti mismo» que gobierna el paso, se entiende. Por el hombre al que muchos por aquí odian a muerte. Bien. Te hablaré de él:

«Cuando llegué aquí, hará sus buenos diez años, tu duplicado era la mano derecha del Santo Malaquías, el jefe de una de las tribus más importantes por aquel entonces. Se hacían llamar Los Exiliados y eran cerca de tres mil, un número alto si consideramos que su cabecilla les tenía prohibido comer carne humana. Un soberano despropósito a mi entender. No me mires así, compañero. No soy caníbal por afición, sino por necesidad, aquí hay poco más que llevarse a la boca, sobre todo si te tienes que apañar por ti mismo ¿comprendes? Pero Malaquías y los suyos contaban con unas partidas de cazadores fenomenales, capaces de alimentarlos a todos. Uno de los mejores eras tú. Bueno, tú no, ya me entiendes: *él*.

«La cuestión es que en aquel entonces había un buen puñado de tribus en esta región. Docenas. Estaban Los Puros, Los Sin Alma, Las Rosas Muertas, Los Chacales, a la que yo pertenecía... En el fondo no éramos más que patéticos puñados de hombres y mujeres escondidos en cuevas, abrigándonos al calor de nuestro propio miedo. Y este sitio puede dar mucho miedo, ya lo has visto. Pues asómbrate: hasta aquí hay lugar para el paraíso.

«A varias jornadas de distancia hay una cordillera. Y tras ella... ah..., tras ella está el edén. Un valle fértil bañado por un lago de aguas cristalinas, hay árboles frutales y buena caza y nadie aparece gritando en el aire... Pero sólo hay un punto por donde atravesar esas montañas y quien controla ese paso controla el valle.

«En los tiempos en los que tu duplicado era el fiel cazador del Santo Malaquías, el paso estaba gobernado por Los Carniceros y su rey, un tipo malcarado al que llamaban El Matarife. Los Carniceros eran poco más de quinientos, pero no tenían intención de permitir que nadie pusiera un pie en sus tierras. Las habían descubierto ellos y decidieron que, en justicia, eran los únicos con derecho a disfrutarlas. Para proteger ese pedazo de cielo construyeron una fortaleza en mitad del desfiladero.

«Cuando se corrió la voz del descubrimiento, las tribus más belicosas trataron de hacerse con el paso por la fuerza. Todas fueron derrotadas. Los defensores eran menores en número, pero estaban en ventaja, y no sólo por la fortaleza. Contaban con algo de lo que el resto carecía: madera flexible con la que construir arcos. Su posición era inmejorable. Y aún así les aterraba la posibilidad de perder lo que habían encontrado.

«El Santo Malaquíás mandó a sus mejores exploradores a la zona, en busca de otra entrada al valle. Uno de ellos, cómo no, eras tú. Y regresaste con la buena noticia de haber encontrado otra manera de atravesar las montañas. Una gruta, dijiste, una gruta que atravesaba la cordillera...

«Malaquíás convocó a las tribus más importantes de la región y consiguió lo imposible: que hiciéramos causa común. Sí, nos aliaríamos para conquistar el paraíso. ¡Caeríamos sobre Los Carniceros y los haríamos pedazos!

«Éramos más de doce mil hombres. Tú marchabas en cabeza. Se te veía orgulloso, valiente... Plenamente confiado en la victoria. Tú nos guiabas, jodido cabrón y hasta el último de nosotros conocía tu nombre. Muchos te admiraban.

«Nos llevabas a una trampa.

«Habías hecho un trato con El Matarife. Le librarías de un plumazo de sus mayores enemigos y él, a cambio, te daría un puesto de honor entre los suyos. ¿Y cómo pretendías acabar con nosotros? Oh, amigo mío, no habías descubierto un paso al valle. Habías descubierto otra cosa. Algo capaz de matar a miles de hombres en un solo instante.

«Entramos en la cueva, ignorando que nos guiabas a la muerte. Yo iba junto al resto de mi tribu, casi cerrando la marcha. Te vi retroceder, pero no sospeché nada. La gruta era enorme y en su interior hacía un calor insostenible. Apeataba. Durante largo rato sólo se oyó el ruido de nuestros pasos. Luego comenzó el silbido. Todos habíamos visto las grietas que cubrían el suelo y las paredes, pero no les habíamos dado importancia. Unos cuantos nos detuvimos, alertados por ese sonido. De pronto, la cueva retumbó... «¡Huid! ¡Huid!» gritó alguien, pero ya era tarde. Un instante después las grietas comenzaron a escupir agua hirviendo. Estalló el caos. Todos echamos a correr. El estruendo era ensordecedor. De las grietas del suelo surgieron más surtidores de agua hirviendo.

«Aquella pesadilla no duró mucho, pero fue suficiente para masacrarnos. Muy pocos sobrevivimos a aquella emboscada y cuando a duras penas salimos de las cuevas, tú estabas allí aguardándonos al frente de un centenar de carniceros dispuestos a rematar la faena.

«No sé cómo escapé. Sólo recuerdo que me topé con Auberón y que nos dejamos caer por un despeñadero. Sí, fuimos pocos los que salimos con vida de allí. Más de once mil personas murieron en esas cuevas.

«Poco tiempo después, El Matarife fue depuesto por su propio pueblo. Lo ejecutaron y te proclamaron Rey del Paso.

«Ya lo ves, Álex. Te conocemos bien. Sabemos de lo que eres capaz. Llevaste a la muerte a miles de personas por entrar en ese valle, y una vez allí te hiciste dueño de todo. Sabemos quién eres.

Álex sacudió la cabeza, atónito.

—Yo... yo no soy ese... —balbuceó. ¿No lo era? ¿Podía asegurarlo?—. Soy ambicioso, sí... pero... yo nunca...

Guardó silencio. Su propia oscuridad le escupía a la cara. Una y otra vez veía a Leo ante él, empuñando el arma con la que se había volado la cabeza. Fuera, en la distancia, se escuchaban los gritos de los transportados al infierno; fuera, en algún lugar, estaba el Rey del Paso. Su duplicado tampoco se había detenido ante nada.

—Clauto... —alcanzó a murmurar. El silencio lo estaba matando; atronaba. Necesitaba que Rinaldo continuara hablando, más por no perder la cabeza en ese silencio abrumador que por saber cómo continuaba la historia.

—El Rey Gusano quiere tu corazón —le dijo—. Quiere comérselo. Pero no por antojo o por capricho. Quiere comérselo para que la Tribu de la Costa se le una en la guerra que piensa declarar al valle. Quiere comérselo porque así les demostrará que el Rey del Paso nada tiene que hacer contra ellos. Porque habrá devorado tu corazón, lo que te da vida. Lo que te hace ser quien eres. Y al hacerlo, ninguna de tus copias, hagan lo que hagan, podrá vencerlo jamás.

«Suen a magia, lo sé. Suen a superstición, lo sé. Y de eso mismo se trata. La Tribu de la Costa es muy especial, cree en la magia a niveles inimaginables. Está íntegramente formada por nativos de Erial, gente nacida aquí, como Auberón, gente que no conoce más mundo que éste.

«El Rey Gusano lleva mucho tiempo buscando un duplicado del Rey del Paso, porque sabe que una vez tenga a la Tribu de la Costa a su lado, otros muchos se unirán a él. Pero por el momento, por más que ha revuelto cielo y tierra, no ha podido encontrar ninguna copia tuya. Eres un jodido trébol de diecisiete hojas, algo tremendamente raro de ver. Pero la suerte sonrío a quienes no la buscan. Auberón y yo te encontramos. Y te entregaremos al Rey Gusano.

«Porque estará tan agradecido al ver el regalo que le llevo que nos permitirá regresar. Y porque me muero de ganas, hijo de la gran puta, de ver cómo te arranca el corazón.

4

Se pusieron en marcha de nuevo cuando se desató una nueva tormenta. Álex se encontró caminando otra vez entre la lluvia y el viento. Tenía los pies tan llagados que cada paso era una tortura. Allí fuera no había mañana, ni amanecer. En aquel mundo de pesadilla siempre parecía flotar el mismo crepúsculo oscuro. La temperatura era baja, apenas soportable, y la lluvia incesante no mejoraba la situación. Álex moqueaba constantemente y le castañeteaban tanto los dientes que temía morderse la lengua. Ni a Auberón ni a Rinaldo parecía afectarles el frío, aun a pesar de que ambos avanzaban prácticamente desnudos.

Al poco de abandonar la cueva sintió un nuevo trallazo en su cabeza, un nuevo y súbito segundo de agonía. ¿Otro duplicado muerto? ¿Otra copia suya que moría en Erial? El dolor le cogió de improviso, pero esta vez no cayó al suelo.

De cuando en cuando pasaban cerca de aglomeraciones de aparecidos; en la distancia eran como ramilletes de haces de luz roja, constelaciones aullantes. Se dedicó a observarlas con calma y creyó encontrar una pauta en ellas: esos cúmulos de destellos rojos eran más densos en el centro y se iban espaciando de manera radial. Sorbió por la nariz y trató de nuevo de contactar con el Mar de la Trama para solicitar un aumento visual de la zona. Hizo una mueca. Pensar por sí mismo, sin ningún tipo de ayuda o fuente de información a mano, era más complicado de lo que había imaginado. Aún así no se arredró, estaba decidido a acotar la imposibilidad de lo que estaba ocurriendo.

En la última década la media de desplazamientos diarios había ido en aumento hasta situarse en los cincuenta mil millones de teletransportes. Si como Rinaldo aseguraba, cada transporte se traducía en una copia escupida a Erial... Sacudió la cabeza. Era imposible. Podía admitir que el índice de supervivencia entre los recién llegados fuera mínimo, pero aun así, en el medio siglo en que los teletransportadores llevaban activos Erial debería haberse convertido en un hervidero de humanidad hacinada.

Frunció el ceño. ¿Y si lo estaba enfocando mal? De nuevo intentó saltar al Mar de la Trama, le habría gustado averiguar qué sucedía en ecosistemas en los que se introduce una nueva especie y además de manera tan avasalladora. ¿Qué le podía ocurrir a los depredadores que de pronto se encuentran con un suministro inagotable de comida? Se multiplicarían de manera astronómica, eso era lo más probable. Lo cual causaría un impacto considerable en el entorno...

Maldijo en voz alta, ganándose una mirada risueña por parte de Rinaldo.

Le costaba gran esfuerzo desarrollar sus argumentos. Siempre llegaba a puntos en los que para continuar necesitaba conocimientos e información que no poseía, cosas ambas que a lo largo de su vida siempre había dado por sueltas porque siempre habían estado ahí, a un pensamiento de distancia. Erial lo había mutilado de un modo que sólo ahora comenzaba a comprender.

Atravesaron un arco de piedra negra y comenzaron a descender por un desfiladero escalonado. Un relámpago brutal iluminó la desolación. Había una montaña rota en el este, desgajada de una cordillera hecha pedazos. En esa zona los fulgores que escupían humanidad eran tan numerosos que el cielo parecía anegado de sangre.

Álex quedó sin aliento.

«No», se dijo. «Nada de hervideros de humanidad, nada de especies dominantes ni plagas... No daremos tiempo a que nada de eso ocurra en este lugar. Antes lo destruiremos». Era así de sencillo. Según Rinaldo la gente aparecía por doquier, no sólo en las alturas, también bajo tierra. Era un bombardeo constante de materia y eso debía tener consecuencias. Miró de nuevo a su alrededor. El flujo continuo de humanidad había arrasado aquel lugar, comprendió. No había sido un erial hasta que llegaron ellos. ¿Qué energías podía llegar a desencadenar la aparición constante de toneladas y toneladas de materia bajo tierra? Aquellas fumarolas de humo negro que escupía la tierra partida, aquellos ríos de lava... El planeta estaba condenado, tarde o temprano se vendría abajo.

De pronto, Auberón se detuvo y gruñó algo, una advertencia tosca. Rinaldo se giró hacia él. Álex estaba a punto de hacer lo mismo cuando una sombra los embistió.

Auberón salió despedido y se perdió en la oscuridad del siguiente escalón del acantilado. Rinaldo desenfundó su cuchillo. Álex notó cómo algo lo tomaba por las axilas y lo lanzaba al aire. Cayó de costado y giró sobre sí mismo. La sombra arrolló a Rinaldo y Álex retrocedió en el suelo. Se llevó la cinta que ataba sus muñecas a la boca y comenzó a morderla sin apartar la vista del espanto que atacaba a Rinaldo.

Era una bestia de color gris, de dos metros de alzada y uno y medio de ancho, recubierta de escamas hexagonales. La cabeza era tubular, enorme, sin nada semejante a ojos, orejas u hocico; de su frontal surgía un ramillete deseudópodos entremezclados con protuberancias óseas largas y afiladas. Sus extremidades también eran una mezcla de terminaciones flexibles y rígidas, un caos de tentáculos y patas arácnidas.

El monstruo había atrapado a Rinaldo con los seudópodos de su faz y trataba de arrastrarlo hacia los puñales de hueso. El hombrecillo se debatía desesperado y lanzaba cuchilladas en todas direcciones. De un tajo cercenó un tentáculo. La bestia bramó y arrojó a Rinaldo por los aires. Cayó sobre un grupo de rocas y quedó inmóvil.

Álex había seguido la trayectoria del cuchillo al caer de la mano de Rinaldo y hacia allí se dirigió a trompicones. Lo empuñó justo cuando el monstruo giraba para encararlo. Apeataba a carroña. Se apresuró a cortar sus ligaduras, sin importarle en lo más mínimo los cortes que se abría en las muñecas. El monstruo corcoveó y saltó hacia él. Álex rodó entre rocas. Mantuvo el cuchillo bien sujeto y con un tirón final cortó la cinta de cuero. Tenía las manos y los antebrazos bañados en su propia sangre.

Al segundo siguiente tuvo encima a la criatura tratando de empalarlo. Se aferró al costado de la bestia y se impulsó hacia arriba. La adrenalina corría por sus venas. Se sentía eufórico. Una pata articulada barrió el aire sobre su cabeza y él se echó a reír.

Cuando la criatura embistió de nuevo, él estaba preparado. Saltó a su vez y se montó sobre ella. Con el brazo izquierdo buscó el cuello del monstruo y aseguró su posición mientras con el derecho acuchillaba su costado. El engendro rugió, se encabritó. Una docena de tentáculos se aferró a él e intentó desmontarlo, Álex se afianzó en el cuello de aquel espanto y volvió a hundir el cuchillo en su cuerpo. Una y otra vez. Más y más fuerte.

A cada golpe, la resistencia del monstruo disminuía, a cada golpe Álex notaba cómo la sangre le hervía en las venas. No sentía dolor, ni miedo; con cada puñalada que asestaba se sentía más y más liviano, más y más vivo. Por el rabillo del ojo vio a Rinaldo, contemplándolo asombrado.

«Mírame bien», pensó, «porque vas a ver algo que jamás olvidarás».

Finalmente, el monstruo se desplomó con un lastimero gemido.

Álex se irguió sobre el cadáver. El cuchillo chorreaba sangre. Tenía el brazo izquierdo acalambrado y aquella loca sensación de euforia continuaba recorriendo hasta su última terminación nerviosa. Se giró hacia Rinaldo que lo contemplaba lívido desde donde había caído. Álex dio un paso en su dirección. Rinaldo bufó y trató inútilmente de levantarse.

—¡Quieto, cabrón! —le gritó—. ¡Auberón, que me mata! ¡Auberón!

—¡No! —tenía tanto que decir y explicar y era tal su agitación que unas ideas atropellaban a otras sin que pudiera dominar ninguna. Sólo pudo sonreír de manera frenética, mientras decía lo que para él era la verdad ab-

soluta e indiscutible: lo que debía cambiarlo todo—: ¡Ya no soy yo! ¿Comprendes? ¡Yo ya no soy yo!

Álex no se percató de la llegada de Auberón. El golpe fue brutal. Tardó unos instantes en perder la conciencia, el tiempo suficiente para escuchar decir a Rinaldo:

—Esto comienza a ser una tradición.

5

El mar bramaba ante él, invisible tras las montañas.

Álex avanzaba con las manos atadas y una soga al cuello. La barba de varios días —no podía precisar cuántos— le picaba en el rostro y aún le palpitaban las heridas que se había hecho al cortarse las ataduras, pero por lo demás se encontraba perfectamente. Jamás se había sentido mejor. El hecho de que pudiera morir en las horas siguientes no enturbiaba su ánimo.

Auberón caminaba tras él, sujetando la cuerda de su cuello. Llevaba al hombro un saco cargado con la carne del engendro que Álex había matado. Rinaldo caminaba más adelante, bamboleándose de un lado a otro con su propio saco a cuestas.

Al este brillaba un racimo de perlas rojas, escupiendo aparecidos. Ese enjambre de destellos respondía a la pauta que Álex ya consideraba normal: una columna de cientos de metros de altura, tan atestada de brillos y apariciones que casi parecía sólida, a partir de la cual se irradiaba el resto de fulgores. La densidad de las apariciones disminuía a medida que se alejaban de la columna hasta desaparecer por completo. Nunca lograría acostumbrarse al griterío, eso era algo que ya tenía claro. Ni a las lanzadas de dolor que le taladraban el cerebro cuando sus duplicados morían.

Rinaldo señaló hacia el promontorio más cercano. Alguien había encendido una antorcha y hacía señales desde allí. Pocos segundos después, en la cima de una montaña, se encendió otro fuego.

—Bien, compañero —murmuró Rinaldo mientras le dedicaba una mirada de complicidad—. Ha llegado la hora.

Continuaron la marcha.

Después de un corto trecho varias sombras aparecieron en la lejanía y se aproximaron a ellos. Rinaldo ya le había advertido de que había tribus que habían logrado domesticar especies de Erial, pero aún así no

pudo evitar sobrecogerse al ver aparecer a los jinetes. Montaban sobre seres con aire de ofidio, de cuerpos alargados y segmentados. Los dos pares de patas delanteras eran bastante gruesos mientras que los doce pares traseros eran delgados y cortos. Las cabezas eran enormes, redondeadas. Contaban con una boca en forma de esfínter, rodeada de largos filamentos.

Uno de los jinetes, el que marchaba en cabeza, llevaba una capa de pelo entretejido. Rinaldo pareció reconocerlo y por su expresión no le agradaba su presencia.

—Joyce... —masculló.

Los jinetes se abrieron en semicírculo a pocos metros de llegar. Eran nueve, vestidos con petos y calzas de cuero, y armados con hachas, cuchillos de piedra y hondas. Todo en su porte indicaba amenaza.

—¡No puedo creerlo! —aulló el de la capa, echándose hacia delante en su montura. Una enmarañada melena pelirroja se derramaba a su alrededor—. ¡Auberón y su novio han vuelto! ¡Clauto estallará de alegría! ¡Quizá hasta deje que me haga una flauta con tu tibia!

—O puede que yo le pida a Clauto tu calavera a cambio de lo que le traigo. —dijo Rinaldo.

—¿Y qué es eso que traes? —le preguntó, dedicando una mirada de desprecio a Álex. Una cicatriz carmesí recorría su mejilla—. ¿Quién diablos es éste?

—Míralo tú mismo.

—Un tipo bastante feo —gruñó Joyce—. ¿Debería impresionarme? —se giró en su montura al escuchar la maldición que soltó el hombre a su izquierda—. ¿Y a ti qué te pasa?

—Es el Rey del Paso —contestó el aludido—. ¡Ha traído un duplicado del Rey del Paso! ¡Es él!

—¡Oh! —soltó Joyce—. Oh... —repitió. Su montura corcoveó a izquierda y derecha—. Interesante situación —se relamió—. Creo que le llevaré a Clauto vuestras cabezas y vuestro regalo. Me estará muy agradecido.

Auberón cogió del cuello a Álex y le hundió la punta de su cuchillo en el pecho.

—Si lo intentas, lo reviento —amenazó.

—Clauto es misericordioso —terció Rinaldo—. Perdonará mi falta a cambio del Rey del Paso. Así que no jodas más, Joyce. Llévanos con él.

El pelirrojo los contempló con aire sombrío. Luego rompió a reír.

—¡Misericordioso! ¡Qué guasa! —echó hacia atrás la cabeza, ganado por las carcajadas—. ¡Diablos! ¡Está bien! Que Clauto decida qué hacer con vosotros. Mi querido Rinaldo... siempre consigues hacerme reír.

—Causo ese efecto en los idiotas —le replicó el aludido.

Álex sintió cómo la presa de Auberón se relajaba y tragó aire a bocanadas.

Los jinetes los rodearon, dándoles escolta hacia el macizo montañoso. Casi todos le prestaban más atención a él que al camino. Álex pudo ver que la mayoría tenía los rostros marcados por las más diversas cicatrices. Según Rinaldo, casi todas eran autoinfringidas; en un mundo donde en cualquier momento podías toparte con un duplicado tuyo, muchos decidían afianzarse a su identidad de ese modo. El mismo Rinaldo se había afilado los dientes por esa razón; «Y porque así doy más miedo» había añadido con una risilla.

Se adentraron en un estrecho paso montañoso. A medida que avanzaban, el olor a mar se fue haciendo más intenso; aún así pasó mucho tiempo antes de tener el primer atisbo de él: un jirón de oscuridad que ondulaba y rugía. Lo perdió de vista cuando el paso giró a la izquierda pero luego, a los pocos metros, tras un nuevo giro, salieron del acantilado y todo lo que tuvo ante su mirada fue mar.

La impresión lo dejó sin aliento.

El mar era de una violencia espectacular y se extendía más allá de donde alcanzaba la vista. El agua estaba cubierta de una costra de suciedad agrietada por el oleaje brutal. Por doquier se veían pequeños seres alados que se zambullían en aquel caldo como proyectiles en busca de presas que llevarse a la boca.

En la orilla se encontraban diseminados los restos de una bestia colosal, sus huesos se desperdigaban por todo el lugar, pero la parte central del esqueleto se mantenía intacta. Era un costillar desproporcionado que sobrepasaba los cincuenta metros de altura y los cien de largo. Un enorme campamento se extendía bajo aquel osario y sus alrededores. Con un primer vistazo, Álex comprendió que en aquel lugar convivían varias tribus diferentes; eran asentamientos que no llegaban a mezclarse aunque muchos fueran colindantes. Le resultó imposible estimar cuánta gente se reunía allí.

—Los Despechados no estaban aquí cuando escapamos —murmuró Rinaldo mientras señalaba un pequeño campamento, separado del resto

por una valla de huesos entrelazados—. Ni La Hermandad del Colmillo —anunció señalando con la mirada un asentamiento en cuyo centro se elevaba un tridente de piedra—. Está claro que el Rey Gusano quiere hacerse oír...

Por todas partes se veían tiendas de campaña fabricadas en piel. En cada campamento había varias zonas de corrales y un área dedicada exclusivamente a depósito de carne; allí colgaban muchos cadáveres descuartizados, en su mayor parte bestias de Erial, pero tampoco resultaba extraño ver cuerpos humanos. Álex sintió náuseas. Durante el viaje se habían alimentado del monstruo que había matado y la idea de volver a comer carne humana lo desagradaba profundamente.

—La Tribu de la Costa —señaló Auberón. Sus ojos entornados miraban ahora hacia el este, hacia el mayor de los campamentos reunidos allí. Su extensión superaba con creces al segundo en tamaño, precisamente al que se dirigían.

Álex miró en la dirección en la que señalaba Auberón y alcanzó a distinguir una gigantesca tienda que parecía entretejida en escamas, a cuyo alrededor se disponían tiendas más pequeñas fabricadas en ese mismo material. A pesar de la distancia pudo ver a varios miembros de la Tribu de la Costa deambulando entre tiendas y corrales. Estaban ataviados con pieles verdosas y conchas marinas e iban armados con garrotes de piedra y arpones. Su paso y porte lo impresionaron sobremanera. Para esa gente no había más mundo que Erial. Habían nacido a la sombra de aquel reino de tinieblas y, según Rinaldo, eran tan duros y despiadados como él.

Fueron pocos los que les prestaron atención cuando se adentraron en el campamento de Clauto. De nuevo fue incapaz de calcular cuánta gente se encontraba allí. Muchos se refugiaban en las tiendas, pero otros estaban fuera, dedicados a las más diversas tareas. Vio a varias mujeres curtiendo piel al abrigo de una techumbre improvisada. Más allá, un hombre patizambo enseñaba a un nutrido grupo cómo disparar una honda. A lo lejos, peligrosamente cerca de la orilla y las embestidas del mar, pudo ver a hombres y mujeres atareados en recolectar algas grises de las rocas. Por mucho que buscó, Álex no vio un solo niño en el campamento. Rinaldo ya se lo había advertido, pero ahora su ausencia se hacía tan evidente que resultaba dolorosa.

—Los niños no son viables en este mundo —le había comentado. En sus palabras por primera vez no hubo rastro de locura o burla, sólo pesar. El tema le entristecía—. Al menos no como individuos, muchos los aprecian por otros motivos. Y no estoy hablando sólo de su carne tierna.

Rinaldo le contó que en la Tierra había sido maestro en una granja escuela en Pensacola.

—Por lo que sé, aún lo soy —sonrió—. Hace dos años coincidí con un duplicado mío que llevaba poco tiempo en Erial. Me puso al día, ¿sabes? Resulta que contraté una pareja estable y que tengo una hija. Le pedí, por favor, que no me hablara de ellas.

Su llegada iba acaparando más y más atención. Sobre todo cuando una docena de hombres salió de una enorme tienda negra y fue a su encuentro. Entre ellos resaltaba un individuo de físico imponente, sobre todo por la anchura. Iba vestido de cuero, igual que el resto. Su rostro era ovalado, de frente prominente y barbilla estrecha. Aquel hombre no podía ser otro que Clauto, el Rey Gusano.

Primero reconoció a Rinaldo y su cuerpo entero se envaró. Luego descubrió a Álex y su mirada tuerta se desorbitó de pasmo.

—El Rey del Paso —murmuró un hombrecillo flaco junto a Clauto. Era el único que no vestía de cuero. Poco a poco se había ido reuniendo una nutrida concurrencia alrededor de los dos grupos. Y pronto la identidad del prisionero que traían Joyce y los suyos corrió de boca en boca.

Clauto dio un paso al frente y, sin apartar la vista de Álex, extrajo un hacha de piedra de su cinto. Rinaldo le había advertido de que el Rey Gusano era otro de los escasos supervivientes de la masacre a la que los había conducido su doble. Y era tal la rabia y el odio que sentía hacia él que resultaba evidente que estaba sopesando la idea de matarlo allí mismo.

—Mi señor... —dijo el hombre enclenque—. No sería un curso de acción acertado actuar sin pensar —hablaba muy bajo, lo suficiente para que sólo los más cercanos pudieran escucharlo—. Hay que convocar a las tribus y dar al sacrificio la importancia que se merece...

Clauto lo miró de reojo.

—Por supuesto, Cornelio —por el tono de su voz parecía querer a dar entender que esa había sido siempre su intención. Se acercó hacia Álex, aún con el hacha en la mano. Bajo la cuenca vacía del ojo izquierdo tenía una corta cicatriz vertical que le daba aire melancólico—. El Rey del Paso —murmuró—. Por fin te tengo.

—Cometéis un error —dijo Álex—. Yo no tengo nada que ver con mi doble ni con lo que...

Clauto le golpeó tan rápido que ni siquiera vio venir el golpe. Cayó de rodillas con el labio partido y la sangre manando a borbotones.

—Sé quién eres, bastardo. Puedes no ser él, cierto, pero estás hecho de su misma carne. Y de sus mismas mentiras. Si vuelves a abrir la boca, te arrancaré la lengua.

Rinaldo le había pedido que no hablara con el Rey Gusano, ya que cualquier cosa que dijera podría desatar su ira. Álex resopló, sin saber bien cómo actuar, aturdido aún por el golpe. Por suerte para él, el propio Rinaldo dio un paso adelante y se convirtió en el centro de atención.

—Desde que escapé me he devanado los sesos para encontrar el modo de ganarme su perdón —dijo, zalamero. Joyce soltó una risilla—. Espero que mi regalo sirva de ayuda.

—Sirve. Con este gesto has compensado con creces tu traición —Clauto seguía sin apartar la mirada de Álex—. Casi me da lástima haber despellejado a Mireya. Se os veía muy unidos —se giró hacia el llamado Cornelio—. Convocad a Babayán y al resto de líderes —le ordenó—. Mañana arrancaré la cabeza a este maldito bastardo y me comeré su corazón. Y pasado mañana las tribus unidas nos pondremos en marcha para conquistar el paso.

El hombrecillo llamado Cornelio asintió con la cabeza.

—Sabía decisión, mi señor —anunció—. ¿Qué haréis con el prisionero mientras tanto? —preguntó mientras recorría con su mirada a Álex de arriba abajo.

—Lo mantendremos vivo, pierde cuidado —aseguró—. Quiero que sea lo primero que todos vean cuando se reúnan ante mí mañana —guardó un instante de silencio, después miró hacia el enorme osario que se alzaba ante el mar—. Colgadlo —ordenó.

6

Desde donde se encontraba podía contemplar hasta el último campamento de la bahía. Álex colgaba de una de las costillas del esqueleto bestial que presidía la playa, a unos diez metros de altura. La operación había sido complicada, pero los hombres de Clauto la habían llevado a cabo con efectividad. Dos guardianes armados se encargaban de custodiarlo desde tierra.

Las horas pasaban y el cansancio y el hambre comenzaron a hacer mella en él. Lo curioso era que a pesar de las circunstancias, Álex notaba una extraña placidez, una laxitud tan milagrosa como la que había sentido al apuñalar al monstruo del acantilado. Se sentía ajeno al mundo, ajeno a sí mismo.

—Mírate —susurró—: al fin has llegado a lo más alto.

No hubo transición clara entre la noche y la mañana. Las tinieblas y la lluvia seguían sometiendo al mundo. La gente del Rey Gusano parecía no dormir nunca, siempre se veía actividad por el campamento: gente rastreando la playa, curtiendo piel, cortando carne en los corrales, afilando madera y tallando piedras... Un grupo de mujeres se acercó al lugar donde lo habían colgado y despejó de tiendas y enseres el terreno a sus pies, sospechó que con la intención de preparar el escenario del sacrificio que tendría lugar allí esa noche.

Poco después de que se marcharan, Álex escuchó la música. Llegó de tan improvisado que por un momento pensó que deliraba. Pero no era así. Distinguió a Joyce sentado a una hoguera y rodeado de una nutrida concurrencia. La música venía de allí. Le resultó imposible distinguir el instrumento que tocaba el pelirrojo, pero por el sonido parecía una flauta.

Sonrió. La tonada era maravillosa. En la distancia persistían los gritos de los recién llegados a Erial, en la distancia bramaba la tormenta y el mar furioso. Pero aquella melodía lo apagaba todo. Tardó unos minutos en reconocerla: era la Malcarada de Pastory, la sinfonía que usaba siempre para despertarse, trasplantada a un solo instrumento, mal tocada, pero aún así, perfecta por lo que significaba:

Belleza en el infierno.

No era el único prisionero de Clauto. Cerca de los guardias había una jaula de hueso y dentro un hombre atado de pies y manos. Parecía que alguien se había empeñado en convertir su cuerpo en un muestrario del dolor. No había centímetro de carne que no estuviera cortado, quemado o golpeado... Era un milagro que aún estuviera vivo. La jaula carecía de techumbre, así que no tuvo el menor problema en identificar a su ocupante: era el mismísimo Clauto. Su identidad no le sorprendió; Rinaldo ya le había advertido de la siniestra superstición del Rey Gusano.

—Dice que mientras tenga una copia suya prisionera y sufriendo, nada podrá hacerle daño —le había dicho—. Asegura que toda la agonía que le pueda deparar el destino será para él.

Miró hacia la tienda que ocupaba el centro del campamento. Era enorme y negra y ante su puerta siempre montaban guardia tres hombres tan grandes como Auberón. Esa era la residencia del Rey Gusano. Había otras dos tiendas que resaltaban sobre las demás; una de ellas, de un intenso color rojo, era la de Cornelio, la mano derecha del rey; la otra, una llamativa tienda de planta redonda y color blanco, era el harén real. Rinaldo también le había hablado de las concubinas de Clauto. Todas habían

sido personalidades famosas en la Tierra. En un corto lapso de tiempo, Álex pudo ver a Carla Darlen, una estrella multimedia que contaba con su propia compañía audiovisual en el Mar de la Trama, y a Gracia Valdemar, una afamada cantante pornográfica.

Las horas continuaron pasando y él comenzó a sumirse en largos periodos de letargo que ni siquiera eran desmayos. El cansancio lo lastraba hasta una oscuridad tan malsana como la que colgaba de los cielos.

Al salir de uno de esos trances se encontró con que Cornelio, el hombre enclenque, se aproximaba hacia su posición. Se detuvo ante los guardias, tras mirar de reojo a la jaula del clon de Clauto, y charló unos instantes con ellos. A continuación aquel hombrecillo alzó la mirada y estudió a Álex con suma atención. Tenía una larga y lacia melena rubia y de su único ojo, de un azul turbio, emanaba una inteligencia que Álex sólo pudo calificar como peligrosa.

De pronto negó con la cabeza, como desechando una idea sin sentido.

—No vales nada —dijo antes de marcharse por donde había venido.

Álex se sumió otra vez en esa pesada inconsciencia. Cuando despertó de nuevo, se encontró con que el espacio a sus pies ya no estaba tan vacío como antes. Los líderes de las tribus comenzaban a llegar. En la lejanía se escuchó un bramido y, por un instante, pensó que alguna bestia se aproximaba, pero no tardó en comprobar que lo que llegaba no era más que otra comitiva. Ocho hombres portaban un palanquín de hueso en el que se recostaba una mujer tan enorme como hermosa, con un cabello moreno tan largo que Álex lo tomó en un primer vistazo por una capa negra. La mujer iba completamente desnuda. Al verla supo que estaba contemplando a Babayán, la reina de la Tribu de la Costa. Tras el palanquín dos hombres cargaban con un inmenso cuerno, una suerte de nautilo verdense, por el que soplaban un tercero, produciendo el bramido ensordecedor que acababa de escuchar. Tanto la reina como sus súbditos llevaban los ojos tiznados de negro, como si portaran antifaces. Ésa era una marca distintiva de la tribu. Según Rinaldo lo hacían para que sus ojos, sus dos ojos, resaltaran aún más.

Clauto abandonó su tienda escoltado por su guardia. Cornelio se reunió con ellos. Álex respiró hondo. Se acercaba el momento, pero el cansancio lo lastraba. Estaba exhausto. Había pasado demasiadas horas allí colgado. Miró hacia abajo y descubrió a Auberón y a Rinaldo junto a una tienda cercana. Ambos lo observaban, le instaban a actuar con la mirada. Pero él no tenía fuerzas. Decidió cerrar los ojos un instante. Sólo un instante. El tiempo suficiente para tomar aliento...

Se quedó profundamente dormido.

—Álex —escuchó. Abrió los ojos, aturdido. Y más lo aturdió ver quién lo llamaba. A apenas un metro de donde se encontraba, afianzado a la costilla paralela a la que le habían atado, estaba Leo Robinson. El hombre al que había visto suicidarse.

«He enloquecido» se dijo. «Este infierno ha podido conmigo».

—Leo —murmuró. Estaba ahí. Vivo y entero. Era un duplicado, comprendió, un duplicado que desconocía el destino del Leo original—. Leo, Leo... —repetía, embargado por una emoción incontenible.

—Tienes que hacerlo ahora —el tono urgente y preocupado de su voz le estremeció. Aquel hombre todavía lo consideraba un amigo. Aquel hombre desconocía lo que le había hecho, lo que le había empujado a hacer... La pistola en la boca. Su cara volando en pedazos...—. Si esperas más lo echarás todo a perder —le advirtió.

—Leo —no podía dejar de mirarlo—. Ella te quería tanto.

—¿Beatriz? —preguntó el otro, alarmado—. ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

Antes de que pudiera responder, uno de los guardianes trepó hasta Leo y le expulsó con brusquedad. Álex lo vio descender por el costillar mirándolo de cuando en cuando, preocupado por su último comentario.

Sacudió la cabeza en las alturas, mareado, aturdido todavía. No, no podía esperar más. Se inclinó hacia delante todo lo que le permitieron las cuerdas. Respiró hondo y luego gritó:

—¡Rey Gusano! —su propia voz le hizo daño en la garganta—. ¡¿Quieres mi corazón?! ¡Ven por él! —El campamento se alborotó con su griterío. Un revuelvo de voces lo recorrió de parte a parte—. ¡Enfréntate a mí como un hombre! ¡Si es que eso es lo que eres!

Los hombres de Clauto le señalaban entre risas e insultos. Él volvió a llamar a su líder. Babayán y el Rey Gusano también estaban allí, escoltados por sus respectivas guardias. La mujer murmuró algo al oído de uno de sus acompañantes y éste asintió despacio.

—¡Gusano! —aulló Álex, inclinándose aún más. El brazo derecho se le soltó de pronto. Todo su cuerpo se bamboleó peligrosamente, pero no dejó de gritar. Aprovechó el brazo liberado para señalar a Clauto—. ¿¡Vas a ser tú quién me arranque el corazón!? ¿O vas a pedirle a una de tus putas que lo haga en tu nombre?

Cornelio se acercó a Clauto y le habló en susurros. Fuera lo que fuera lo que le dijo no pareció agradarle. Ahora la atención general se dividía entre el rey de la tribu y el hombre colgado.

—¿Y tú los llevarás contra el Rey del Paso!? —continuó él—. ¿¡Tú los guiarás!? ¡Más les valdría arrojarlos al mar!

—¡Haced que se calle! —gritó alguien.

—¡Dejad que hable! —pidió otro. No tuvo problemas en reconocer la voz de Rinaldo.

—¡Estáis muertos! ¿Me oís? ¡Sois cadáveres! ¡Cadáveres! ¡Todos! —se echó a reír—. ¿¡Vencer al Rey del Paso!? ¡Si ni siquiera se atreve a enfrentarse a mí! ¿¡Cómo va a vencerlo a él!?

—¿Dejas que un despojo te insulte? —preguntó entonces Babayán. La mujer sonrió ante el rostro estupefacto de Clauto—. Te acaba de desafiar un muerto viviente. Ha escupido sobre tu honor y tu valentía. Tienes que hacérselo pagar. ¿Qué clase de hombre serías si no lo hicieras?

Por un momento, el Rey Gusano dudó. Desvió la mirada hacia Cornelio que asintió con vehemencia.

—¡Bajadle! —ordenó Clauto al fin—. ¡¿Quiere muerte?! ¡La tendrá!

Álex suspiró en lo alto. Ya estaba hecho. Los escaladores ascendieron por el costillar, lo desataron y comenzaron el descenso llevándolo a cuestas como si fuera un fardo. Sentía náuseas y un picor incontenible en todas las extremidades. A media bajada la cabeza se le fue y perdió la conciencia unos segundos.

Lo depositaron en el suelo, medio recostado en una roca. Todo el orbe dio una tremenda sacudida a la izquierda, se estabilizó un instante y volvió a girar de manera salvaje. Cuando consiguió centrarse, Rinaldo estaba a su lado. Auberón un poco más retrasado trataba de evitar que la muchedumbre se les echara encima. Al parecer todos querían ver de cerca al deshecho humano que había retado al Rey Gusano.

—Pobre mamón. No le vas a durar ni un minuto —dijo Rinaldo. Comenzó a masajearle con fuerzas las extremidades. Poco a poco la vida fue volviendo a ellas.

—Porque antes me moriré de sed —murmuró Álex.

—¡Que alguien traiga agua! —pidió Rinaldo. Luego se inclinó hacia él para susurrarle al oído, a velocidad de vértigo—: Cornelio se pondrá de nuestra parte si vences a Clauto. Cuenta con dos docenas de guerreros que

únicamente responden ante él. Tienen órdenes de acabar con los más leales a Clauto si le haces morder el polvo.

—A Joyce no —balbuceó. El mundo entero seguía empeñado en girar a su alrededor—. Que no le hagan daño a Joyce...

—¿Pero qué dices? Joyce es uno de sus lugartenientes. ¿Por qué quieres mantenerlo con vida?

—Por la música —le respondió.

Rinaldo sacudió la cabeza. No podría jurarlo pero creía haber visto una sonrisa en sus labios.

—Estás más loco que yo —suspiró. Ya venían con un odre—. Qué más da. De todas formas, Clauto te va a reventar. Mírate. Estás hecho mierda.

Álex se bebió medio odre y vació el otro medio sobre su cabeza. Luego se incorporó despacio. El mar quedaba a su espalda, las montañas frente a él y el cielo, al fin, había dejado de girar. La multitud se fue abriendo en semicírculo, formando un claro entre Clauto y él. El Rey Gusano dio un paso al frente y tiró sus armas al suelo. No hizo ademán de quitarse la armadura de cuero.

—Te devoraré —dijo en un susurro—. Y me haré una corona con tu calavera.

Álex asintió con desgana. Pestañeó una vez y Clauto se le echó encima en el intervalo. No se esperaba un movimiento tan rápido. El Rey Gusano lo apresó del cuello y le hundió los dientes en el hombro. Álex se revolvió y recibió un directo en la mandíbula que lo derribó como un saco. Trató de ponerse en pie, pero de una patada en el estómago, Clauto le hizo rodar por el suelo.

—¿De verdad creías poder vencerme!?! —le preguntó furioso.

Saltó sobre él, montándose a horcajadas en su espalda. Le cogió la cabeza con ambas manos y la golpeó contra el suelo. Una. Dos veces. Luego le lanzó una dentellada en pleno rostro que se llevó buena parte de su mejilla izquierda.

Álex se debatió inútilmente. Tuvo una fugaz visión del Clauto prisionero, observándolo desde su jaula, con su único ojo inyectado en sangre. Se dejó caer hacia la izquierda y arrastró a su adversario con él. Clauto le cayó encima. Álex se tragó un grito y proyectó un codo hacia atrás. Acertó a su rival en la boca del estómago, pero la coraza amortiguó el golpe.

Cuando Clauto le lanzaba la enésima dentellada, Álex logró conectar un puñetazo en su boca, más por azar que por acción consciente. Su enemigo cedió un instante y él lo aprovechó para propinarle un cabezazo en pleno rostro. Uno cayó hacia atrás y el otro hacia delante, separados al fin. Se levantaron casi a la par.

El rostro de Clauto estaba tan tenso que parecía a punto de romperse. Álex, en cambio, sonreía. La sangre lo cubría por completo, pero aún así sonreía. Entre la muchedumbre vio a Babayán, observándolo con interés.

—Voy a matarte —insistió el Rey Gusano—. Y no va a ser rápido.

Álex asintió como un niño al que le han prometido un regalo fabuloso. Clauto cargó contra él. Dio medio giro y saltó en su dirección, con el codo derecho por delante como si del espolón de una galera se tratara. El impacto contra el maxilar de Clauto fue demoledor. La cabeza del Rey Gusano dio una sacudida con tal violencia que el cuello se quebró. Álex rodó por el suelo, desequilibrado tras el choque.

El cuerpo de Clauto aún se convulsionaba cuando él se levantó resoplando. La multitud guardaba un silencio expectante. La recorrió con la mirada; en su imaginación eran fantasmas, espectros llegados del más allá para juzgarlo. Una sonrisa animal le cruzó la cara. Estaba agotado y aún así se sentía embriagado de vida. Los fantasmas aguardaban.

Aún faltaba algo por hacer.

Se dejó caer junto al cadáver. Tuvo que forcejear para arrancarle la coraza. Del gentío silencioso emergió Rinaldo y le tendió un cuchillo de hueso. Álex lo empuñó asintiendo despacio, como en sueños, y acto seguido lo hundió en el pecho de Clauto.

«Ya estoy aquí» pensaba mientras rasgaba carne y rompía costillas, perdido en una suerte de locura que le nublabla la vista. «Estoy aquí. Donde me corresponde al fin.» Siguió excavando en el cadáver sin prestar atención a los gritos y al sonido de lucha que llegaba de entre la muchedumbre. Los hombres de Cornelio se habían puesto en marcha.

«He llegado ya. Este es mi destino. Y aquí está mi corona».

Luego no supo qué le había embriagado más, si el primer mordisco al corazón todavía caliente, o el griterío ensordecedor de la multitud que lo aclamaba.

7

El anillo planetario se dibujaba en lo alto con una claridad diáfana. La oscuridad del cielo de Erial se había abierto casi por completo después de varios días sin lluvia y permitía ver el anillo que circunvalaba el planeta. El horizonte escupía su curva inmensa por el este y la acogía en el oeste, difuminada en las tinieblas.

—Materia orgánica congelada —le explicó Blake I antes de perderse en su salva habitual de toses. Blake II le pasó un brazo sobre los hombros para servirle de apoyo. Eran hombres pequeños, de cara redonda y amistosa.

Según Blake I, el anillo de Erial estaba compuesto en su totalidad por cuerpos humanos apelmazados y congelados. Blake II, como siempre, no estaba de acuerdo con su copia. Para él, el anillo era el mismísimo Damocles, el cinturón energético terrestre, recubierto de cadáveres helados. Tenía la teoría de que aún permanecían en la Tierra, pero en una Tierra futura, a millones de años de la que habían habitado. Según Blake II, los transportadores no sólo los copiaban sino que los arrojaban a esa Tierra por venir. Blake I no aceptaba esa teoría. Para él estaba claro que se encontraban en un planeta diferente a su mundo de origen y calificaba como tontería todo lo que estuviera relacionado con dimensiones paralelas o futuros más o menos próximos.

Era curioso cómo a pesar de ser duplicados diferían tanto en sus opiniones. Álex sospechaba que ése era el modo en el que los Andrew Blake de Erial fijaban su identidad respecto a los otros: peleándose entre ellos. Existía un tercer Blake. Era mucho más inquieto que sus copias y prefería el trabajo de campo que formular teorías. Había pedido permiso a Álex para organizar una expedición que intentara desentrañar los secretos de Erial y sus vórtices. No sólo había accedido sino que además le había asignado el triple de escolta que había solicitado.

Aquellos hombrecillos eran lo más parecido a científicos con lo que contaban. Los grandes cerebros no solían llegar a Erial en condiciones de servir de mucha ayuda. La mayoría se sometía a la segunda operación de cristal lógico en la Tierra en cuanto tenían oportunidad; de hecho, muchos ni siquiera tenían que pagarla de sus bolsillos, ya que las corporaciones terrestres, siempre a la caza de talentos que ingresar en plantilla, les financiaban ese segundo injerto. Y lo que en la Tierra te convertía en parte de la élite, en Erial te dejaba ciego, reduciendo de manera notable tu esperanza de vida.

Álex se abrigó en su capa con la vista fija en el anillo. Aquella curva de oscuridad le arrebató el aliento. Era una suerte de monumento fúnebre,

un réquiem de dimensiones cósmicas ceñido a la cintura de Erial. No pudo evitar pensar en Damocles y en la Tierra. Se preguntó qué estaría haciendo en ese mismo instante su yo terrestre. ¿Qué habría ocurrido desde que Leo Robinson se voló la cabeza? ¿Habría firmado finalmente el contrato de matrimonio con Beatriz? Esperaba que no. Esperaba que al menos el suicidio de Leo hubiera servido para frustrar sus planes.

Pensó en la copia de Leo que había conocido la noche del duelo con el Rey Gusano. Había intentado encontrarlo poco después de acabar con Clauto. Quería pedirle perdón. Lo necesitaba. Pero no tuvo la oportunidad de hacerlo. Aquel Leo Robinson había muerto durante la revuelta posterior a su victoria. Por lo que le contaron, había combatido con fiereza hasta que le habían partido el cráneo en dos de un hachazo. No había querido ver el cadáver.

—Polvo y cenizas —murmuró Blake I sin dejar de toser—. Eso es lo que me mata. Y en este mundo todo es polvo y cenizas.

—No hables —le aconsejó Blake II, palmeándole la espalda—. No hables.

Estaban en un promontorio cerca del campamento. Junto a ellos se encontraban Joyce, Auberón y Clauto: los tres formaban la guardia personal de Álex. Joyce le estaba tan agradecido por haberle perdonado la vida que le había jurado lealtad absoluta. Álex le había dado un puesto en su guardia para demostrar que confiaba en él, no sin antes dar la orden a Auberón y a Clauto de romperle el cuello al menor movimiento sospechoso. En cuanto a Clauto, muchos afirmaban que hubiera sido más misericordioso dejarlo morir en su jaula. Sus cicatrices eran horribles y, además, la tortura a la que le había sometido su duplicado le había dejado una marcada cojera. Y un vacío en la mirada que Álex entendía muy bien.

—He visto de lo que soy capaz —le había confesado una vez, mientras se acariciaba las cicatrices que lo desfiguraban—. He visto el horror que llevo dentro. Prefiero mil veces este que llevo fuera.

El propio Álex estaba marcado. La dentellada de Clauto en su mejilla le había dejado una cicatriz espantosa sobre la que no crecía barba. No le extrañaba que hubieran comenzado a llamarlo Rey Mordisco.

Hizo una mueca. Se le antojaba ridículo ese título de «rey», sobre todo teniendo en cuenta las dimensiones de su reino. Su dominio consistía en un campamento maltrecho que se veía ridículamente pequeño en comparación con las montañas, el mar oscuro y los vórtices que escupían carne sobre Erial; y eso aun a pesar de que en las últimas semanas varias tribus

más se habían unido a ellos. Lo paradójico del caso es que, al tiempo que sus lazos con esas tribus se estrechaban, las relaciones con el pueblo de Babayán eran cada vez más y más tirantes. Convivían en tensión creciente, sabedores de que en cualquier instante podía saltar la chispa que desatará la masacre. Y a la luz de lo que había sucedido la noche antes, esa chispa podría haber saltado ya.

Sin decir palabra se encaminó hacia el campamento. Todos lo siguieron. La blancura del costillar al que lo habían atado hacía menos de dos meses refulgía en las tinieblas como una constelación maquiavélica. De sus huesos colgaban ahora veinte cadáveres: los asesinos que el Rey del Paso había mandado en su búsqueda durante las últimas semanas. Una prueba, según Babayán, de que su duplicado lo temía. Una prueba, otra más según ella, de que debían ponerse en marcha cuanto antes para enfrentarse a él.

Cornelio estaba en su tienda, sentado a la roca que usaba de mesa. Se inclinaba sobre los últimos mapas que los exploradores habían elaborado para él. En el que estudiaba en ese momento se veía el contorno de lo que parecía un enorme puño con el dedo índice extendido. Ésa era la silueta de la zona de Erial donde se encontraban: una extensa península yerma. El istmo de esa península era la muñeca del puño y en una curva de esa lengua de tierra era donde se encontraba la cordillera que protegía el valle de Los Carniceros.

Álex observó a Cornelio desde la entrada. El largo pelo, tan rubio que parecía blanco, le caía sobre los hombros como una espesa telaraña.

—¿Por qué? —le había preguntado la noche en que mató al Rey Gusano, todavía con las heridas abiertas. Cornelio se lo quedó mirando con aire burlón.

—El motivo es obvio —le aseguró—. Estaba en una posición sumamente ventajosa para intentar librarme de Clauto, ese necio era demasiado impulsivo para mi gusto. Ocurriera lo que ocurriera yo ganaba o al menos no perdía. No corría riesgo alguno.

—Eso lo entiendo. Lo que me intriga es por qué yo. Sólo tenías que haber ordenado a tus hombres que mataran a Clauto y tú podrías haberte coronado rey. ¿Por qué apoyarme a mí? No soy nadie. Sólo un desconocido que ha matado a un imbécil por casualidad.

—Eres más que eso. Eres el Rey del Paso. Te temen porque te conocen. Saben de lo que eres capaz y por eso te respetan. ¿Y asumir yo el poder? No es mi estilo —sonrió divertido—. Odio ofrecer un blanco tan claro. En las sombras me encuentro más cómodo.

—Me han dicho que no debo fiarme de ti —le advirtió entonces—. Hasta me han aconsejado que lo más prudente sería matarte.

—Un sabio consejo. Soy un traidor —su sonrisa se afiló—. Y no puedo prometerte que no vaya a traicionarte también a ti si se dan las circunstancias oportunas.

—Perfecto entonces. Serás mi segundo. Al menos tienes la decencia de admitir que eres un cabrón.

Cornelio se echó a reír.

En el momento presente, Cornelio se giró hacia él y le mostró el mapa que sostenía.

—De tres en tres, Rey Mordisco —dijo—. Siempre de tres en tres. Teníamos razón.

—¿Los vórtices? —preguntó Álex mientras entraba en la tienda—. ¿Lo has podido confirmar entonces?

Cornelio asintió.

—La última patrulla de exploradores regresó esta misma mañana. Con ellos ya hemos recabado los suficientes datos como para estar seguros de que los vórtices aparecen siempre en agrupaciones de tres, siempre a una distancia similar unos de otros y siempre conformando un triángulo —sonrió de manera enigmática—. Y no sólo eso: hemos confirmado algo que hasta ahora sólo era un rumor: los vórtices fluctúan. Habíamos oído historias de gente que decía haber visto apagarse un vórtice que no tardaba en volver a encenderse, pero hasta ahora ninguno de los nuestros había sido testigo de ese fenómeno. Hasta hace tres días. La expedición de Moldovar vio cómo se apagaba un vórtice. Dice que el apagón duró poco y que luego regresó el aluvión de carne.

—Mantenimiento —dijo Álex al cabo de unos segundos, frunciendo el ceño—. Por normativa cada dos meses hay que realizar una inspección de las centrales energéticas terrestres. Es un proceso automático que apenas dura media hora, pero requiere que la central esté apagada. Durante ese tiempo, el flujo de energía perdida se compensa con otras centrales y con Damocles... ¿Te comentaron si aumentó el caudal de apariciones en los vórtices cercanos?

—No me han dicho nada al respecto, por lo que intuyo que de ser así no fue un aumento significativo. ¿Crees que cada central terrestre tiene su vórtice equivalente aquí en Erial?

—Lo dudo. Ya has visto la cantidad de vórtices que existen sólo en esta área. No hay concentración semejante en ninguna zona de la Tierra...

—Dejemos que sean los Blake los que se devanen la cabeza. ¿Qué te trae a mi tienda, Rey Mordisco?

Álex resopló.

—La Tribu de la Costa. Anoche mataron a dos guardias y violaron y asesinaron a una de las antiguas concubinas de Clauto —se sentó al otro extremo de la mesa—. Esto ya ha ido demasiado lejos, Cornelio. Quiero que prepares a tus hombres y los despliegues por el campamento. Voy a hablar con Babayán y nunca se sabe cómo va a reaccionar.

—Ten tacto o harás que nos maten a todos —le aconsejó Cornelio—. O no lo tengas y prométele que mañana mismo nos pondremos en marcha para atacar al Rey del Paso. Es lo que quiere: conquistar el valle. Cada día que pasamos en este lugar nos acerca más a nuestra ruina.

—Puedo manejarla.

—No, no puedes. ¿No la oyes? —le preguntó tirándose del lóbulo de la oreja izquierda—. Piensa tan alto que puedo oírla desde aquí: «Yo me uní a este imbécil para tomar el valle, no para quedarme sentada sobre mi culo durante meses».

Cornelio tenía razón. Babayán no entendía que un ataque directo contra la fortaleza del paso estaba abocado al fracaso, sin importar el número de efectivos que lograran reunir. Él le había explicado mil veces que su plan era obligar a su doble a salir a campo abierto donde sí contarían con una oportunidad de vencerlo, pero para ella esa estrategia no sólo no tenía ningún sentido sino que además era una muestra de cobardía.

—Pon sobre aviso a tus hombres —le pidió otra vez a Cornelio mientras se levantaba, dispuesto a irse—. Si las cosas se tuercen al menos quiero llevarme a unos cuantos por delante.

Se reunió con su séquito fuera. No tenía sentido retrasar más lo inevitable. Dejaron a los Blake junto a Cornelio y enfilaron hacia el campamento de la Tribu de la Costa. Aun a pesar de las últimas incorporaciones, el pueblo de Babayán todavía los superaba con creces. Álex paseó la mirada entre los nativos de Erial cuando se adentró entre sus tiendas entretejidas con algas y escamas. Sus ojos embardunados de negro permanecían también fijos en él, estudiándolo como un depredador estudia a su presa. Resultaba abrumador darse cuenta de lo diferentes que eran ellos y los oriundos de la Tierra. La mayoría de los terrestres parecían caricaturas de los seres humanos que una vez fueron, en cambio, la Tribu de la Costa rebosaba energía y confianza.

Varios niños jugando a «cazar al monstruo» se cruzaron en su camino. Uno de ellos, una niña rubia y pecosa, tropezó con un cráneo lleno de

agua y tiró su contenido. Una mujer la riñó por su torpeza. La muchacha siguió su carrera sin hacerle caso y Álex, para su sorpresa, se descubrió sonriendo ante aquella escena. Los nativos de Erial podían ser despiadados y duros, pero al menos sí consideraban a los niños viables. Los protegían como si fueran el mayor de sus bienes.

Cuando llegaron a la enorme tienda de Babayán, Álex indicó a los suyos que aguardaran fuera y, tras darse ánimos a sí mismo, entró. La reina de la Tribu de la Costa estaba reunida con tres de sus lugartenientes. Estaba espléndida, como siempre. Sus ojos verdes brillaban con una luz ultraterrena que el tizne negro que los rodeaba resaltaba aún más. Por una vez estaba vestida, envuelta en una capa grisácea. Sonrió al verlo aparecer. Sus hombres lo miraron con hostilidad.

—Rey Mordisco... —le saludó Babayán. Mantenía su sonrisa pero el tono de su voz era cortante—. Por lo que me cuentan, tenemos un problema entre manos. Al parecer has apresado a una partida de mis cazadores. ¿Es cierto eso?

—¿Podemos discutir este asunto en privado? —preguntó mientras dedicaba una significativa mirada a los lugartenientes de la reina.

—Podríamos, pero no lo haremos. Esto les incumbe. No se irán. De hecho están intentando convencerme de que debemos irrumpir en vuestro campamento para liberar a los nuestros y pasar a cuchillo a los tuyos.

—Tu partida de caza asesinó anoche a dos de mis hombres. Y violó y degolló a una mujer que estaba bajo mi protección.

—Están inquietos. Y nerviosos. La Tribu de la Costa no está hecha para permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Pero han actuado mal, lo admito. Entrégamelos y serán castigados.

—No voy a entregártelos. Al menos, no vivos. Les haré pagar por lo que han hecho.

—Culpas y expiación —murmuró ella, acercándose a él. Caminaba de modo etéreo, casi de puntillas—. A eso lo reduces todo. Siempre con lo mismo. ¿Quieres expiar tus pecados? ¿Quieres salvarte? Ve al valle y acaba con el Rey del Paso. ¿No te parece adecuado? Si permanecemos aquí más tiempo esto irá a más, te lo advierto. Mi gente se impacienta. Y cuando se impacienta, mata —finalizó.

—Esto se va a acabar —gruñó Álex—. Se va a terminar ahora.

Babayán lo miró sumamente interesada.

—¿Qué es exactamente lo que se va a terminar, Rey Mordisco? —sonrió de forma aviesa—. ¿Vienes a amenazarme? Me muero de ganas de saber qué tienes en mente.

—No habrá guerra —dijo él—. No habrá valle. No he tenido jamás la menor intención de enfrentarme al Rey de Paso. Ni ahora ni nunca. No voy a marchar contra él.

Los hombres de Babayán lo contemplaron, atónitos. La propia reina lo miraba perpleja. Ninguno de ellos se esperaba semejante confesión.

—Córtale el gaznate, reina y bebámonos su sangre —le pidió uno de los suyos—. No permitas que esta alimaña se burle así de nosotros.

—¿Has perdido la razón, hombrecillo? —le preguntó Babayán. Su voz se había convertido era un susurro venenoso—. ¿Te atreves a venir aquí a decirme que me has mentado? ¿De verdad crees que vas a salir vivo de esta tienda?

—Eso dependerá de ti, Babayán —admitió—. Pero escúchame antes: no quiero ese valle. No me interesa el Rey del Paso. ¿Sabes por qué? Porque soy más ambicioso que todo eso. Mi enemigo es otro muy diferente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, con los ojos entornados y la mano en la empuñadura del cuchillo que llevaba al cinto.

—Acompáñame fuera y te lo mostraré —dijo y, sin aguardar respuesta, les dio la espalda y caminó hacia la salida. A cada paso que daba aguardaba el arpón o el cuchillo que acabaran con su vida.

Para su sorpresa consiguió llegar vivo afuera. Su guardia estaba donde la había dejado, tensa, expectante. Les hizo un gesto para pedirles que, ocurriera lo que ocurriera, no interfirieran y, a continuación, señaló hacia uno de los remolinos de luces rojas que se hundían en el mar de Erial.

—Ahí está mi enemigo —anunció. Aquel enjambre de chispazos vomitaba muerte, sumergido a medias en el agua. La zona era un hervidero de espuma, un bullir constante de criaturas marinas alimentándose de carne humana—. Los vórtices —dijo—. Los agujeros por los que los míos vienen a morir a este infierno —se giró hacia Babayán—. Voy a encontrar el modo de detenerlos. Voy a encontrar la forma de detener esta locura. ¿Un valle, dices? ¿Por qué conformarse con eso?

«Quédate conmigo y te entregaré el mundo.

8

Álex descargó un golpe contra la mesa. Estaba furioso.

—¡Carne humana! —exclamó—. ¡Has dado carne humana a esas malditas bestias! —Miró con rabia a Mervyn, el hombrecillo cejijunto y nervioso que tenía ante él—. ¡¿Qué otra salida me has dejado?!

Mervyn, el hasta entonces encargado de los corrales, se frotó nervioso las muñecas. En la tienda junto a ellos sólo estaban Babayán, Clauto y Cornelio. Pero Álex sabía muy bien que había muchos fuera atentos al desarrollo de los acontecimientos.

—Sólo hice lo que creí mejor para los animales —A Mervyn le temblaba la voz—. La carne humana es buena para ellos. Y sólo les daba los restos que el mar arroja a la costa. No he hecho daño a nadie.

—Basta —Álex negó con la cabeza—. Ya has oído mi decisión —se dejó caer en el banco de piedra—. Apártate de mi vista o te condenaré a muerte en vez de al destierro.

Mervyn pareció a punto de añadir algo, pero finalmente agachó la cabeza y salió de la tienda a paso lento, derrotado. Aquel hombre no había hecho nada malo en esencia, pero no podía hacer excepciones. No en aquel momento. Se dirigió a Clauto:

—Dime que no quedan más asuntos que tratar hoy, por favor.

—Las rencillas habituales entre los nuestros y la Tribu de la Costa —le contestó el hombre marcado—. Nada grave y nada que no pueda esperar.

—Perfecto, porque no tengo estómago para más —Álex suspiró. Había esperado que fuera la Tribu de la Costa la que le causara problemas tras su decisión de prohibir comer carne humana. Lo que no había sospechado era que el primer conflicto serio llegara de entre sus propias filas.

—Eres demasiado misericordioso —le dijo Babayán una vez Clauto y Cornelio los dejaron solos—. Deberías haber clavado la cabeza de ese hombrecillo en una pica para dar escarmiento.

—Desterrarlo es todavía más cruel. No sobrevivirá mucho tiempo ahí fuera —se dejó caer sobre las decenas de pieles superpuestas que les servían de cama—. No puedo permitirme ser débil, no con los tuyos tan soliviantados por la prohibición. Si muestro la menor señal de flaqueza me saltarán encima —la miró desde el lecho—. Y tú los ayudarías a despedazarme, por supuesto.

—Soy lo que soy —le contestó ella, sentándose a su lado. Sus ojos relucían como los de un gato.

—La diosa de la muerte y la belleza —Álex rodeó su cadera con un brazo y la acercó hasta él. Su calidez lo embriagaba.

Ella se echó a reír.

—No olvides nunca quién soy —le susurró, inclinándose hacia él y mirándolo fijamente—. Ni me has domado ni mi tribu es tuya. Hemos dejado de morder, mi querido Rey Mordisco. Pero no olvides que todavía tenemos dientes. Y que sabemos usarlos.

Acto seguido lo besó en la boca. Fue un beso salvaje, duro, un beso que hizo brotar sangre de sus labios. Se dejó llevar. Las manos de ella comenzaron a deshacer el nudo de su cinto, ávidas. Cuando a punto estaban de lograrlo, alguien entró en la tienda.

—¡Álex! —era Rinaldo. Llegaba sin aliento, con el pelo revuelto y la mirada desorbitada—. ¡Dejad de tocaros, maldita sea! ¡El Blake que faltaba ha regresado! ¡Y no viene solo!

Álex se incorporó en la cama y se limpió la sangre de la boca con el antebrazo. Hacía tanto tiempo que no sabían nada del Blake expedicionario y de su escolta que ya temía que les hubiera ocurrido algo.

—¿Qué significa eso de que no viene solo?

—Tú vienes con él —le contestó Rinaldo.

Por un momento no supo a qué se refería. Luego la comprensión lo dejó sin habla. Blake III regresaba con un duplicado suyo, con una copia del Rey Mordisco.

En el campamento había gente duplicada, por supuesto, aunque no demasiados. Erial era demasiado grande como para que los encuentros entre copias fueran algo común. Por doquier se contaban las más diversas historias sobre duplicados aunque la mayor parte de las veces era difícil distinguir si se trataban de hechos reales o exageraciones. No era raro escuchar historias sobre copias que se habían matado unas a otras intentando reafirmarse como seres únicos, por ejemplo. Pero también se contaban verdaderas aberraciones, como la historia de la mujer que sólo se alimentaba de sí misma o la de la tribu formada únicamente por clones de un solo individuo, un hombre arisco y enloquecido, que se profesaba un amor incondicional.

Álex había tenido la esperanza de no tener que encontrarse nunca consigo mismo, siempre le había aterrado la posibilidad de que eso ocurriera. Y ahora que el momento había llegado se sentía embargado por una calma gélida.

Dejó que Rinaldo lo guiara hasta el límite del campamento. No tardó en distinguirlo, aún a pesar de la distancia. Aquel hombre era su viva imagen. Aquel hombre era él. Encabezaba un grupo de unos trescientos individuos, vestidos de piel y armados con hachas de piedra. Alejados de estos se encontraba el centenar de jinetes que había servido de escolta a Blake III.

Un miembro de la comitiva de su doble avisó a éste de su llegada. Vio cómo su copia se giraba hacia él y hasta en ese movimiento se reconoció. Cuando quedaron frente a frente fue como contemplarse en un espejo. El pelo desgreñado y la barba revuelta le daban un aire violento, sicótico. ¿De verdad tenía él ese aspecto? No, debía ser aún peor. Su copia no tenía aquella espantosa cicatriz en la mejilla.

—Nunca hemos sido muy agradecidos —le dijo a su doble.

—No —respondió éste. La voz le resultó extraña a pesar de ser la suya—. Pero la barba nos queda bien.

—Vayamos a mi tienda, estaremos más cómodos allí —le dijo Álex, consciente de la multitud que los rodeaba. Sentía los ojos de todos cerniéndose ávidos sobre ellos.

—¡Álex! —le llamó el Blake expedicionario, abriéndose camino entre el gentío—. ¡Escúchame! ¡Traigo noticias! ¡Noticias importantes!

—Luego —le cortó, sin dirigirle siquiera la mirada.

Una vez de regreso en la tienda, estuvo tentado de pedirle a Babayán que los dejara solos, pero decidió que no era buena idea. Su duplicado miró alrededor y pareció satisfecho con el lugar donde vivían.

—Este sitio será un infierno —dijo—. Pero hay que reconocer que al menos es espacioso, no como la Tierra —sonrió y centró entonces su atención en Babayán—. La terrible y magnífica reina de la Tribu de la Costa —dijo con galantería—. He oído hablar mucho de ti —hizo un gesto hacia su copia—. De ambos, por supuesto. Y de lo que habéis conseguido aquí.

—Tú tampoco estás mal situado —le dijo Álex—. ¿Cuántos hombres tienes? ¿Alrededor de trescientos?

—Cerca de cuatrocientos. Lo mejor que he encontrado en el tiempo que llevo en Erial.

—¿Cuándo llegaste? —quiso saber entonces.

—No hará ni un mes —le contestó—. Me levanté una buena mañana, me metí en el transportador y, bueno, ya sabes la historia.

Según contó, había tenido la suerte de aparecer a ras de tierra, en mitad de una tormenta salvaje que había despejado de bestias la zona. Había vagado desorientado y aterrado durante horas, al borde de la locura. Al final, agotado, había buscado refugio en una caverna subterránea. Allí se topó con una pequeña tribu a la que no dudó en unirse.

—No había pasado una semana cuando todos comían ya de mi mano —les explicó, visiblemente satisfecho de sí mismo—. Aunque tuve que forzar un poco las cosas. No me quedó más remedio que provocar un accidente para apartar de mi camino a los imbéciles que tenían por líderes. Pretendían quedarse en esas malditas cuevas, sin salir jamás. Decían tener suficiente agua y comida allí para sobrevivir durante mucho tiempo. ¡Se alimentaban de insectos y de un musgo repugnante! ¿Puedes creértelo? Les asustaba tanto el mundo de fuera que no querían enfrentarse a él.

«Hasta que el mundo de fuera se les metió dentro», pensó Álex lúgubremente.

Su doble siguió relatándoles su historia, pero él apenas escuchaba ya. Sabía exactamente lo que les iba a contar. La historia de cómo había ido medrando en un mundo hostil, a expensas de todo lo que le rodeaba, ganándose la confianza de los elementos adecuados y explotando las debilidades de los que encontraba en su camino. Sí, aquel Álex era él. Llevaban la depredación en sus genes.

«Suéltame en el infierno y derrocaré al mismo Satanás».

—Es increíble lo que podemos llegar a hacer —dijo su doble—. ¿Has visto lo que hemos conseguido? ¡Míranos! En esta región del infierno hay dos grandes facciones. ¡Y encabezamos las dos! ¡Las dos! El Rey del Paso y el Rey Mordisco. Hasta ahora estabais equilibrados aunque su posición estratégicamente hablando sea mejor que la tuya, justo es reconocerlo. Pero conmigo a tu lado tienes la victoria asegurada. Lo sabes, ¿verdad?

Álex observó a su copia. Rebosaba seguridad. Tanta que creía poder manipularlo. Estaba convencido de que su doble, ahora mismo, estaba pensando en cómo apartarlo de su camino una vez derrotaran al Rey del Paso. Y su duplicado sabía que él no ignoraba ese hecho, pero también sabía que, a pesar de eso, la necesidad los aliaría hasta entonces.

«Úsalo hasta que no te sirva para nada. Entonces líbrate de él», ése había sido uno de los mandamientos de su vida pasada y ahora lo estaba poniendo en práctica consigo mismo. Álex estaba perplejo.

—Ya tendremos tiempo de hacer planes —lo interrumpió—. Tengo curiosidad en saber qué ocurrió en la Tierra después de mi marcha.

Su doble lo miró extrañado. No había esperado una pregunta semejante. Recordar el pasado no tenía sentido alguno allí. No era práctico.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó. Usó el mismo tono a medias condescendiente que usaba en la Tierra cuando tenía que tratar un tema que no le interesaba, pero que era necesario para mantener al otro receptivo.

Era increíble, del todo increíble.

—Justo cuando Leo Robinson se voló la cabeza —contestó—. Justo después.

—¡Ah, sí! —se echó a reír—. «Vas a ver algo que nunca olvidarás». Majadero —Álex no daba crédito a lo que oía. ¿Cómo era posible? El suicidio de Leo había supuesto un antes y un después para él, ¿no había ocurrido lo mismo para ese hombre que también era él? —Conseguimos la concesión lunar —le explicó—. Valerio no pudo hacer nada para frenarnos. Antes de acabar en este pozo, Thomas me había nombrado vicepresidente adjunto. Hasta movió algunos hilos para que adelantara posiciones en la lista de espera del segundo injerto.

En ese momento se escucharon gritos fuera y su clon dejó de hablar.

—¡No voy a esperar más! —era la voz de uno de los Blake—. ¡Esto es importante! ¡Álex! ¡Tienes que escucharme! —Auberón le replicó que el Rey Mordisco estaba reunido. Clauto fue más lejos y lo amenazó con arrancarle los miembros si no dejaba de gritar—. ¡Álex! ¡Hemos descubierto... —su voz quedó tapada por la escandalera de la guardia arrastrándolo lejos.

—¿No deberías ir a ver qué ocurre? —su doble hizo un gesto hacia la entrada. Él lo ignoró por completo. Ya se preocuparía más tarde de lo que sucedía fuera. Ahora mismo tenía otras prioridades.

—¿Qué ocurrió con lo de Leo? —quiso saber—. ¿Y qué pasó con Beatriz?

Su doble torció el gesto. Tampoco se había esperado esas preguntas. Eran preguntas sobre gente ajena, secundarios de poca monta en la historia que protagonizaba.

—Thomas tapó lo del suicidio —contestó mientras miraba intrigado hacia la entrada de la tienda. Todavía se oían gritos—. Decidió que no era positivo para la empresa que saliera a la luz. Yo, bueno..., durante una temporada fingí sentirme culpable —titubeó, como si en ciertos momentos no hubiera necesitado fingirlo—. Acudí a terapia y llegué a hacer la pantomima de intentar romper con Beatriz por no poder soportar los remordi-

mientos. Ella no me dejó, por supuesto —sonrió maliciosamente—. Y en septiembre firmamos el contrato matrimonial. Todo muy sentido. La muy idiota se...

Su puñetazo acertó de lleno a su doble, derribándolo como un fardo. Cuando intentaba rehacerse se le echó encima y le aferró el cuello con ambas manos. Su copia era fuerte, sí, pero él llevaba más tiempo en Erial. Y eso le había curtido no sólo los músculos. Apretó con fuerza. Su mirada fija en su propio rostro cada vez más demacrado, cada vez más violáceo. Su doble golpeaba, arañaba, su doble veía el odio en la mirada del hombre que lo mataba y se sabía perdido. Cuando su copia murió, Álex sintió una cuchillada brutal en su mente, más fuerte que en otras ocasiones. Se levantó, mareado, con los antebrazos cubiertos de sangre.

Babayán lo miraba con una torva sonrisa desde la cama.

—¿Qué se siente al matarse a uno mismo? —le preguntó.

—Nada —replicó él—. No siento nada.

Salió de la tienda a grandes pasos. Necesitaba aire, aunque fuera el aire denso y venenoso de Erial. La cabeza le zumbaba y la boca le sabía a hiel. Todo tenía un tinte de pesadilla lenta, de alucinación... Su guardia se alarmó al verlo herido, pero él negó con la cabeza cuando hicieron ademán de acercarse. Blake III ni siquiera se fijó en su aspecto. Su único ojo se iluminó al verlo, burló la guardia de Joyce y corrió hacia él. Álex lo vio llegar. El mundo se desdibujaba ante su vista, estaba mareado, a punto de desmayarse. El zumbido en sus sienes fue en aumento. No iba a aguantar mucho tiempo más en pie.

Pero entonces, aquel hombrecillo habló y la realidad volvió a materializarse bajo sus pies.

—¡He descubierto que abre los vórtices! —exclamó Blake III—. ¿Me oyes, Rey Mordisco? ¡Sé que crea los vórtices!

9

Tardaron un mes en llegar.

La expedición estaba formada por casi un millar de hombres, la mitad de ellos de la Tribu de la Costa. La propia Babayán iba con ellos. No quería perderse el descubrimiento de Blake III. El viaje fue arduo, pero las partidas de cazadores no tuvieron problemas en mantenerlos abastecidos.

—Al fin vamos a alguna parte —le dijo Babayán, montada, para variar en uno de los gusanos y no en su palanquín—. Por fin tenemos algo entre manos. Ahora danos algo que matar y seremos felices.

Se montó un campamento provisional a media jornada escasa del lugar al que los guiaba Blake III y, tras una noche de descanso, una pequeña avanzadilla se aproximó allí. Blake III ya les había explicado qué iban a encontrar entre aquellos lagos de agua hirviente, pero aun estando sobre aviso la veintena de hombres y mujeres que componía la expedición quedó asombrada ante aquel objeto. Hasta Babayán parecía admirada. En el cielo bramaban los espantos de Erial, alimentándose de la carne que caía de dos vórtices cercanos.

Se trataba de un prisma triangular de unos cien metros de largo y diez de alto. Estaba tirado en tierra y buena parte de su superficie se encontraba cubierta de ceniza y rocas. De no haber sabido lo que buscaban, lo más probable es que hubieran pasado de largo, tomando aquello como un peñasco de forma caprichosa. Pero bajo aquella capa de suciedad se adivinaba una superficie pulida, acristalada. Álex detuvo su montura a un metro escaso de la alta pared que era el lateral del prisma. Con el antebrazo limpió una pequeña porción frente a él. Estaba fría al tacto y completamente agrietada. Le dio la sensación de ser maleable.

—Parece cristal, pero no lo es —le explicó Blake III. Todavía no se habían cambiado la numeración, a pesar de que Blake I había fallecido durante el viaje.

—Es ligeramente flexible —dijo Blake II hundiendo su mano en la pared que se amoldó a su presión. Al retirarla, la superficie regresó a su posición original.

Blake III les había confesado que en un primer momento había llegado a pensar que aquel triángulo era una aeronave. Pero luego había realizado su segundo descubrimiento. Quería mostrárselo cuanto antes y los urgió a montar de nuevo y aproximarse a uno de los vórtices cercanos, a unos veinte kilómetros de distancia. Eso había sido lo que le había llevado a explorar detenidamente aquella zona: el hecho de que sólo se vieran allí dos constelaciones de transportados cuando éstas se presentaban siempre en triada.

El surtidor al que se aproximaron surgía casi a nivel de suelo. No fue necesario aproximarse mucho para comprobar lo que Blake III ya les había contado: en su base había otra plataforma triangular, idéntica a la que habían dejado atrás.

—Es cierto entonces —murmuró Blake II, quien, siguiendo la tradición, se había mantenido escéptico sobre lo que contaba su copia—. Esas cosas proyectan los surtidores.

—¿Pero por qué? ¿Cómo? —preguntó Rinaldo—. ¿Y por qué nadie las había descubierto hasta ahora?

—Debe haber muy pocos vórtices con el prisma a la vista —le contestó Blake III—. La mayor parte tiene su punto de origen en el subsuelo. O tan alto que es difícil de apreciar lo que hay en su base.

—¿Pero qué son? —Rinaldo tragó saliva antes de formular la siguiente pregunta—. ¿Y quién los ha puesto ahí?

—Tal vez lo que tenemos entre nosotros es el sistema de teletransporte de este mundo —aventuró Blake II—. Y quizá todo se reduzca a interferencias entre su red y la nuestra. Quizá «eso» —señaló a la miríada de aparecidos que brotaba en la zona de influencia del prisma— sea un simple cruce de líneas.

—¿Y por qué no han aparecido, no sé, copias de ictiosaurios parlantes en nuestro planeta? —preguntó Rinaldo—. La interferencia debería funcionar en ambos sentidos, ¿no es así? ¿No deberíamos haber tenido engendros lloviendo sobre nosotros en la Tierra?

—Es probable que esos ictiosaurios parlantes tuyos se hayan extinguido hace mucho tiempo y que su sistema haya permanecido en punto automático desde entonces —Blake II sacudió la cabeza—. O que no los usaran para trasladar materia orgánica, sino cualquier otra cosa: materias primas, armas..., quién sabe, hasta podría servir para poner naves espaciales en órbita.

—O quizá eso simplemente piratea nuestra señal —murmuró Clauto—. Puede que no tengan absolutamente nada que ver con nuestros teletransportadores. Tal vez se limitan a leer el código de encriptación de la secuencia transportada y la vuelvan a ensamblar aquí.

—¿Por qué querría hacer alguien eso?

Señaló a los enjambres de bestias que devoraban la carne que caía del cielo.

—Comida —dijo—. O esclavos. Puede que rastreen el universo entero a la búsqueda de frecuencias de teletransportados. Quizá no seamos la única civilización que ha inventado el transporte instantáneo. Quizá esos prismas lleven echando su red en el universo desde hace siglos.

—Bien, dejemos la teoría a un lado —comentó el pragmático Blake III—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Por primera vez Álex intervino en la conversación:

—Los vórtices se apagan y se encienden cada cierto tiempo —dijo—. Cada dos meses si las fluctuaciones están relacionadas con los chequeos rutinarios de las centrales de energía. Esperaremos hasta entonces. Esperaremos hasta que uno de los vórtices se apague.

—¿Y entonces?

—Destruiremos su prisma —contestó él, con la vista fija en la columna de aparecidos y las bestias que los devoraban—. Y veremos qué ocurre.

Tuvieron que esperar tres semanas para que uno de los vórtices fluctuara. Durante ese tiempo, intentaron encontrar el modo más práctico de dañar algo tan enorme como aquella plataforma. La Tribu de la Costa acudió al rescate. Casi un millar de ellos se dispuso alrededor del prisma apagado y probaron su consistencia a golpes de arpón y piedra. Era un modo tosco y rudimentario de enfrentarse al problema pero funcionó. Aquel material sometido al suficiente castigo se hizo pedazos.

—¿No querías algo que matar? —le preguntó a Babayán cuando vio cómo el enorme prisma se hacía añicos—. Pues ahí lo tienes. ¿Serán felices los tuyos ahora?

—Eso no sangra ni grita —se quejó ella.

Trasladaron el campamento a una red de cavernas situada en la falda del macizo que dividía los lagos. Lo bastante cerca de uno de los vórtices como para no perder de vista su base y tener tiempo de reaccionar cuando éste se apagara. Siempre había un mínimo de veinte personas atentas al cielo sangriento alrededor de los vórtices. Estos seguían escupiéndolo para solaz de los espantos que se alimentaban de él.

En el tiempo sin tiempo de Erial la espera se hizo eterna.

Álex también participaba en la continua vigilancia. Y fue precisamente durante una de sus guardias cuando uno de los hombres que lo acompañaba avisó de que estaba ocurriendo algo en torno a uno de los vórtices. Era cierto. El flujo del surtidor izquierdo menguaba a ojos vista.

Habían estado preparados para ese momento desde hacía días y se movilizaron a una velocidad vertiginosa. En apenas cinco minutos, la Tribu de la Costa se puso en marcha, muchos montados en gusanos; otros corriendo veloces. Álex iba en cabeza de la formación, azuzando a su montura rumbo a la columna de fognazos que cada vez se estrechaba más y más hasta, finalmente, desaparecer por completo.

El prisma del vórtice apagado emitía una suave luminiscencia y se escuchaba un zumbido bajo, una suerte de susurro mantenido. Las bestias que hasta ese instante se habían estado alimentando de esa cornucopia se lanzaron en dirección al segundo vórtice, que aún se mantenía activo, despejándoles el camino. En diez minutos llegaron al triángulo. Si sus cálculos no se equivocaban, contaban con unos veinte para destrozarlo.

Cayeron sobre él rabiosos, repletos de una furia animal que no conocía límite. Alex comenzó a golpear aquella superficie pulida con su hacha, sin dejar de gritar ni un instante. Puso todo el miedo, todo el odio, toda la frustración de una vida en ello. No estaba solo. A su alrededor, los nativos de Erial golpeaban con su misma saña aquel objeto alienígena. Alex perdió la noción del tiempo.

De pronto, una nube de electricidad estática envolvió el prisma.

—¡Atrás! —gritó alguien—. ¡Retroceded! ¡Retroceded!

Un fogonazo destelló bajo la plataforma y se deshizo en relámpagos blancos.

Alex golpeó de nuevo el cristal, con tanta fuerza que hasta su puño lo atravesó. El zumbido y la luz fueron en crescendo. Se escuchó una pequeña detonación en la base del prisma. Alex echó a correr, cegado por la luz. Su corazón palpitaba enloquecido, el suelo temblaba. Antes de que se pudiera alejar mucho, el prisma voló en pedazos. La onda expansiva lo proyectó por los aires. Tuvo la impresión de estar volando hacia la noche eterna que pendía sobre Erial. En su imaginación se vio llegando hasta el anillo de muerte que rodeaba el planeta y uniéndose a los cadáveres que lo formaban. Luego, perdió la conciencia.

Abrió los ojos en la tibia oscuridad de la cueva. Se escuchaban conversaciones a su alrededor, voces animadas. Trató de incorporarse, pero estaba tan mareado que cayó hacia atrás. Pronto una verdadera multitud lo rodeó en su lecho.

—Lo hiciste, Alex —le dijo Babayán—. Salvaste el mundo.

—¿Qué? —preguntó él.

—Escucha, Rey Mordisco —y con un gesto hizo que todos guardaran silencio—. ¿Qué es lo que oyes?

Tardo unos instantes en percatarse no de lo que oía, sino de lo que no alcanzaba a escuchar. No había gritos. Por primera vez desde que había llegado a Erial no escuchaba los gritos de los transportados. Blake III lo miró sonriente, asintiendo frenético con la cabeza.

—Al poco de destruir el prisma, todos los vórtices se fueron apagando uno a uno. ¡Fue algo mágico!

En el fondo no sabían qué iban a conseguir con la destrucción del prisma. Había sido más un experimento que otra cosa. Un insensato tiro a ciegas. Ni por asomo se había imaginado que pudieran lograr lo que habían conseguido. No, no se lo terminaba de creer.

—¿Por qué? ¿Cómo? —miró a su alrededor, completamente perdido—. No puede ser —dijo—. Es imposible.

—¡Quizá destruiste un pilar maestro! —exclamó Rinaldo—. ¡O provocaste un colapso general al cargarte ese prisma! ¡O un cortocircuito! ¡Yo que sé!

Álex los miró a todos. Y a pesar de la alegría que imperaba en aquella caverna no pudo menos que sentir una punzada de inquietud. No podía ser tan sencillo. No podía serlo.

Y, por supuesto, no lo era.

10

Los gritos regresaron.

Álex salió desnudo de la cueva nada más escuchar el revuelo que se había formado fuera. Por un instante temió que alguna bestia los estuviera atacando, pero el alboroto no tenía nada que ver con eso. Los vórtices habían regresado. Su resplandor rojizo y su carga de muerte se recortaban contra el horizonte como dantescos signos de exclamación.

Soltó una maldición. Babayán le pasó una mano por el hombro, no supo si era un gesto de afecto o de burla. No le importó. Necesitaba su contacto. La sangre había vuelto a los cielos.

—¡Traedme a uno de esos desgraciados! —recorrió con la mirada los rostros atónitos de los que contemplaban aquella lluvia de carne—. ¡Traéd-melo ahora mismo!

Aquellos gritos eran la grotesca negación a sus esperanzas. En los últimos días había llegado a pensar que habían vencido definitivamente a Erial. Durante el tiempo en que se habían visto libres de vórtices se habían permitido pensar por primera vez en un futuro mejor. La única consecuencia negativa que había traído la desaparición del flujo constante de humanidad había sido que los carroñeros habían enloquecido al verse privados del suministro continuo de carne. Ahora se devoraban los unos a los otros

y, ante su hambrienta desesperación, las tribus habían tomado la precaución de trasladarse a las cuevas hasta que la naturaleza se regularizara a sí misma.

Pronto el suelo de las cavernas se llenó de recién transportados. Pero ninguno estaba en condiciones de explicar nada. Todos estaban malheridos, en shock.

—¡Álex aquí! —le llamó Rinaldo. Junto a él había una chiquilla desnuda, tan joven que aún no le habían insertado el cristal lógico en su ojo izquierdo. Estaba aterrada, pero lúcida.

—No tenían que haberlos puesto en marcha otra vez, no, no —estaba diciendo cuando llegó Álex—. ¡Mamá!

—¿Qué pasó? ¿Por qué han reactivado los transportadores? —le preguntó.

La muchacha no contestó.

—Ha explotado algo, ¿verdad? —se tapaba el cuerpo desnudo como bien podía—. Se me ha quemado la ropa y he perdido mi amuleto lógico. No puedo entrar en la trama. Por favor... por favor... que alguien llame a mi mamá. Se llama Aurora. Código 89897.

Le trajeron agua y casi se atragantó al beberla. Fue entonces cuando pareció percatarse de lo que la rodeaba. Grito. Álex la comprendía muy bien. Había dejado el mundo de la luz para verse arrojada al salvajismo de Erial y a los gritos constantes de los recién llegados. Un enjambre de tuer-tos la miraba. Y los que conservaban sus dos ojos parecían aún más peligrosos.

—¿Dónde estoy? ¿¡Qué es todo esto!?

—Estás a salvo —le aseguró Álex—. Este lugar es horrible, lo sabemos. Pero aquí estás a salvo. Estamos buscando a tu madre.

—Código 89897 —repitió suplicante. Había roto a llorar.

—Sí —dijo Babayán, acariciando el pelo de la joven—. Daremos con ella. No te preocupes. Necesitamos que te tranquilices, chiquilla. Necesitamos saber por qué han vuelto a poner en marcha los transportadores.

—¡Dijeron que todo estaba bien! ¡Que lo de Sidney no iba a volver a pasar!

—¿Sidney? —preguntó Álex. Se estremeció. La certeza de que estaba a punto de escuchar algo terrible le cortó la respiración.

—Por Sídney —insistió la muchacha—. Fue por Sídney... ¡La explosión destruyó la ciudad! —miró a su alrededor, desconcertada—. ¿No lo saben? ¡¿Cómo no pueden saberlo?! ¡Murieron miles de personas! ¡¿Dónde estoy?! ¡¿Qué es todo esto?! ¡Mamá! ¡Mamá!

A Álex le fallaron las rodillas. Tuvo que sentarse en suelo.

Finalmente, con el relato de la joven y los de otros transportados, lograron reconstruir lo que había ocurrido. La central energética situada en Sídney había estallado hacía mes y medio. La explosión había arrasado el este de la ciudad, pero eso, por desgracia, no había sido todo. Se había producido un efecto dominó por toda la red y las explosiones se habían sucedido una tras otra, reventando en ocasiones bloques de edificios enteros. La explosión inicial había tenido lugar cuando la central de Sídney se había reintegrado a la red. En ese instante un flujo de energía desconocida colapsó el sistema y voló la central por los aires. Los expertos achacaban el accidente a una cadena de casualidades fatales.

Álex sabía muy bien qué había ocurrido.

Ellos habían destruido Sídney.

Se levantó y se encaminó hacia su tienda, tambaleándose. Todo el mundo tenía fija su atención en él. Sus miradas le pesaban, le quemaban. Las sentía ardientes, grasientas, prendidas a su carne como sanguijuelas. Aun cuando entró en la tienda sintió su peso asfixiante. Se dejó caer en la cama.

Había intentado dejar de lado toda la oscuridad que habitaba en su interior. Salvase de sí mismo. Acabar de una vez por todas con el fantasma rabioso del Leo Robinsón que prefirió volarse la cabeza a compartir ni un segundo más mundo con él. Y siguiendo ese camino había asesinado a miles de personas. En un solo instante había hecho más daño del que el Rey del Paso podría hacer en toda su vida.

Babayán entró en la tienda.

—¿Vienes a burlarte? —le preguntó. De pronto se percató de que había estado jugando con su cuchillo. Su tacto le resultó reconfortante.

—¿Debería? —contestó ella. La oscuridad de su pelo bajo la luz de las hogueras era como sangre que se derramara sobre su cuerpo desnudo. Se sentó junto a él y le arrebató el cuchillo de las manos—. No ha sido culpa tuya, tú no sabías que esto iba a ocurrir.

—¿Vienes a consolarme entonces?

—He venido para que no se te nuble el sentido. He venido a recordarte quién eres y qué tienes que hacer ahora.

Álex estuvo tentado de echarse a reír.

—Te podías haber ahorrado el viaje —los gritos se le clavaban como astillas en la mente—. No sabía lo que iba a ocurrir, es cierto. Pero ahora lo sé. Y no hago otra cosa que preguntarme cuántas ciudades tendré que destruir para que detengan los transportadores de una vez por todas.

11

Fueron necesarias dos ciudades más.

La primera fue Nantes aunque, por supuesto, eso no lo supieron hasta más tarde.

Volvieron a la zona de los lagos y acamparon en las cuevas próximas al único vórtice que quedaba allí, a la espera de que fluctuara para destruirlo. Álex se sentía perdido. La inmensidad de la ingrata labor que se había echado sobre sus hombros le había hecho perder la perspectiva de su propio ser. Se sentía más un acontecimiento por desencadenarse que una persona real.

No tuvieron que esperar mucho para que el vórtice fluctuara. Sabían que tras la catástrofe de Sídney se habían extremado las precauciones y que las centrales eran revisadas una vez a la semana. Cuando se apagó se pusieron en marcha con celeridad. Esta vez Álex no participó. Prefirió observar desde la distancia. Apenas unos minutos después de que la plataforma estallara envuelta en una orla de fuego blanco comenzaron a apagarse los vórtices, uno a uno, despacio, como gigantescas velas que sucumben al viento.

De nuevo llegó la calma a Erial, una calma fría, muerta.

Nadie le felicitó esta vez.

—Será el último —vaticinó Rinaldo—. Ya lo verás. No están tan locos como para volver a intentarlo.

Pero lo estaban. Y él lo sabía. Los teletransportadores habían cambiado el mundo de una manera tan radical que prescindir de ellos sería un golpe terrible para la humanidad. Ni siquiera se permitió el lujo de albergar esperanzas. Ni a pesar de que la mejoría en Erial era cada vez más evidente. Hasta la oscuridad perenne de los cielos comenzaba a aclararse. Pero todo eso era circunstancial, y él lo sabía.

Las columnas rojas volvieron dos meses después. Pero esta vez lo hicieron visiblemente mermadas: ni una décima parte del caudal de transportados que antes había sido normal llegaba ahora al planeta.

Por boca de los recién llegados supieron que la segunda ciudad destruida había sido Nantes. La destrucción no había llegado a los extremos de Sídney, pero aún así el número de fallecidos era escalofriante. Pero los nuevos transportados también trajeron buenas noticias: por todo el planeta habían surgido grupos de presión que intentaban poner fin a la época de la teletransportación. Y aunque tanto gobiernos como empresas se negaban a enterrar del todo al considerado mayor invento de la humanidad, cuando se anunció la inminente reactivación de la red de transportes también se anunció que se iban a tomar medidas de seguridad excepcionales. Damocles fue sacado de la red energética y hasta el último de sus sistemas quedó en suspenso. Para tranquilizar aún más a la población, las únicas centrales energéticas que alimentaban la red estaban situadas en puntos de densidad demográfica baja.

Todo el mundo estaba convencido de que con la destrucción de un solo prisma más lograrían su objetivo. Los exploradores de Álex ya habían encontrado siete plataformas accesibles, una de ellos muy cerca de su actual campamento. Ésa fue la elegida.

La destruyeron al día siguiente. Y aún no se había apagado el eco de su explosión cuando todos los vórtices, esta vez al mismo tiempo, se apagaron. Ya no volverían a encenderse.

«El infierno ha muerto», gritaban esa noche en el campamento. «El Rey Mordisco ha acabado con la larga noche», aseguraban.

Él se alejó de todo y de todos. Tuvo que apartar con suavidad cientos de manos que intentaban palmear su espalda y repartir sonrisas falsas a un lado y a otro, pero finalmente logró salir de las cuevas. Envuelto en su capa, contempló los ríos de fuego y lava que descendían por una montaña cercana. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba llorando.

Al cabo de un rato escuchó pasos a su espalda. Había esperado que fuera Babayán quien se acercara a él, pero se trataba de Auberón, el más silencioso de todos los hombres de Erial. Durante mucho tiempo reinó un absoluto silencio entre ambos. Los dos tenían la mirada perdida en las lenguas de fuego que descendían por la falda de la montaña. Parecían kanjis flamígeros. Quizá alguien estaba escribiendo un haiku a fuego entre las piedras.

—Puedo hacerlo si quieres —dijo de pronto Auberón—. Seré rápido. No sentirás nada.

Álex sonrió. Se sentía vacío. Nada le habría gustado más que aceptar el regalo que aquel gigante le ofrecía.

—No —dijo, con la voz rota—. Aún no. Todavía me queda una cosa por hacer.

Epílogo

Le costó semanas encontrar el modo de llegar hasta la fortaleza del Rey del Paso. Días y días de vagar por la falda de las montañas y explorar las cuevas que se abrían en ella. Finalmente, escaló la cordillera y, así, de la manera lenta, alcanzó el otro lado. La fortaleza era ridícula, un fuerte de madera reforzado con hileras de roca, con un pequeño foso alrededor. Se ocultó cerca y vigiló el lugar durante días. Apenas se veía movimiento.

Hasta que, tras unas lluvias excepcionalmente fuertes, buena parte del muro exterior de la construcción se derrumbó. Un tropel de trabajadores se afanó entonces para reconstruirlo. El mismísimo Rey del Paso salía cada poco tiempo para inspeccionar el curso de las obras, preocupado quizá por un posible ataque de Babayán y el Rey Mordisco. Era más bajo que él y mucho más robusto. Pero se trataba de su doble, sin duda. Al tercer día, cuando el Rey del Paso volvió a salir de la fortaleza, Álex se mezcló con los trabajadores, aprovechando la intensa lluvia y la oscuridad. Aun así procuró no acercarse demasiado a ellos. Estaba tan atento a los movimientos de su copia que se no se dio cuenta de que una mujer se le acercaba hasta tenerla prácticamente encima. A punto estuvo de gritar al reconocerla: era Beatriz. Su rostro estaba ajado y sucio, pero aún conservaba su aire dulce.

Ella no lo reconoció. Álex se había cortado el pelo y mal afeitado a cuchillo, y las semanas en solitario lo habían demacrado tanto que haría falta mirarlo dos veces para darse cuenta de que era una copia del Rey del Paso. Álex no supo qué hacer. No sabía si decirle algo. Quizá que lo sentía, que sentía todo lo que había hecho, que había estado perdido, que había sido un cabrón insensible antes de convertirse en un asesino de masas. Beatriz le tendió una escudilla repleta de caldo frío. Él la tomó entre sus manos, y le temblaban tanto que buena parte del contenido se derramó sobre los pies de Beatriz.

—Lo siento —murmuró el Rey Mordisco.

—No pasa nada —le dijo ella—. Tranquilo.

Y se marchó.

Álex se la quedó mirando, absolutamente anonadado. Luego bajó la vista al plato que tenía entre las manos. En su interior flotaban unos bulbos

de color gris. Era algún tipo de raíz, probablemente de alguna de las plantas del valle. Rompió un pedazo y se lo metió en la boca. Estaba delicioso.

Las tinieblas que una vez se le habían antojado perpetuas comenzaban a disiparse. La luz ya había hecho acto de presencia en aquel mundo; de momento era una luz frágil, tímida, pero estaba convencido de que poco a poco iría borrando las sombras y llevándose de allí esa siniestra oscuridad.

Se preguntó entonces cómo sería Erial dentro de unos años. Cerró los ojos mientras masticaba otro pedazo de raíz. En su imaginación, pintó un cielo claro con un sol que asomaba testarudo sobre la curva de aquel anillo horrible. Dibujó prados de hierba gris, riachuelos poblados de vida que regaban tierras fértiles y campos de plantas color ceniza.

Vio un pueblo con casitas de adobe y gente atareada de aquí para allá. Y más allá, un castillo de piedra roja. Babayán se asomaba al balcón de una de sus torres, con la vista perdida en el infinito.

Vio a Rinaldo ejerciendo de maestro ante un pelotón de niños revoltosos que no hacían más que pedirle que les enseñara esos dientes afilados suyos. Vio a Clauto y a Auberón avanzando a la cabeza de un gran ejército que arremetía contra otro aún mayor en mitad de un inmenso valle...

El Rey del Paso pasó a su lado, discutiendo con uno de sus hombres de manera tan enfática que Álex pensó que estaba a punto de sufrir una apoplejía. La expresión de su rostro era sombría y exudaba una malsana locura. Álex dejó la escudilla y se acercó a él. Le tocó con suavidad en el hombro, como quien llama a una puerta. Su copia se giró con el rostro desencajado.

—¿¡Qué diablos qui...

—Lo siento —le susurró mientras con un movimiento veloz extraía el cuchillo de su capa y se lo clavaba en la garganta.

El Rey del Paso se llevó la mano al cuello y se tambaleó hacia atrás. La sangre manaba a chorros entre sus dedos. Intentó hablar pero sólo pudo emitir un graznido húmedo. Lo último que vio Álex antes de que le cayeran encima con hachas y cuchillos fue la mirada atónita de su copia, sorprendida de estar muriendo.

Mientras las armas se cebaban en su cuerpo, le fue embargando una calma extraña, ajena al dolor y a la agonía. Era una suerte de ausencia de sí mismo. Un vacío que lo iba llenando. En su delirio escuchó música lejana, una flauta quizá, y luego un timbal, tambores y violines, una sinfonía malcarada que llegaba de ninguna parte, de ningún lugar.

Se dejó arrastrar por la muerte, con una sonrisa en los labios.

Dioramas

SANTIAGO GARCÍA ALBÁS

1. Un enviado del olvido

En el planeta *Doble Rasero*, la partida del convoy recaudador venía coincidiendo año tras año con la resurrección primaveral de los gibones. La sincronización alcanzaba en ocasiones grados inverosímiles; no bien se habían apagado entre las nubes los últimos fogonazos de los reactores y se dibujaban en el firmamento las estelas de la emulsión poligrávida, los primeros ejemplares salían de su hibernación, irrumpían entre la maleza de los bosques ecuatoriales e invadían las calles de la capital como turistas de ojos legañosos.

Acodado en la ventana de su céntrica hospedería, con la silueta del palacio virreinal recortándose contra un crepúsculo lapislázuli, Zarko Calabrés contemplaba divertido a uno de tales ejemplares. Se trataba de un macho joven, desgrefñado y con cierta tendencia a bizquear, que se masturbaba acuclillado en la cornisa con un entusiasmo rayano en el paroxismo.

«¡Vaya un descarado! ¡Está tan cerca que podría agarrarlo sólo con estirmarme!».

Dicha posibilidad parecía constituir la mayor aspiración del macaco. Lejos de intimidarle la presencia de aquel hombretón desnudo en la ventana, clavaba en sus ojos una mirada inquisitiva, al tiempo que le dedicaba todo un repertorio de muecas presuntamente seductoras aliñadas con ocasionales exhibiciones de su trasero.

—Ni lo sueñes, amigo —canturreó Calabrés por lo bajo—. Para empezar, no eres mi tipo. Es más, así te emperifollaras como una corista, sospecho que mi paisana acaba de inhabilitarme sexualmente para el resto de mis días.

Se refería a la dama con quien llevaba encerrado desde la noche anterior. Ahora mismo estaba dormida, desmadejada de pura postración entre un batiburrillo de sábanas pringosas, mientras un hilillo de saliva se escurría de su boca entreabierta. Cualquiera que la sorprendiese en actitud tan alejada de su habitual sofisticación lo habría tenido difícil para reconocer en ella a la *Perla Roja* —inspirado sobrenombre que resumía la palidez de su piel, el tono cobrizo de su cabello y el hechizo de su origen azurí—: la cortesana más temida y deseada en la corte senatorial de la Tierra, y cuya influencia política no podía valorarse en términos enteramente legítimos.

Zarko Calabrés, sin embargo, era ciego a tales artificios. La pedantería aristocrática lo aburría mortalmente; las réplicas ingeniosas, los doctos comentarios y las alambicadas sutilezas de la tertulia mundana lo dejaban por lo general a oscuras y, fuera del respetable tamaño de su miembro y de un vigor fuera de lo común, sus preferencias sexuales frisaban lo prehistórico. A sus ojos, ella era sólo Malvina Bylot, antigua oficial de la armada azurí y la única amante por quien experimentó sentimientos de ternura en su planeta natal. Aunque sus campos de batalla no podían ser más distintos, los dos luchaban día tras día por la supervivencia de su pueblo. El hecho de que, paradójicamente, ambos fueran proscritos en Azur —el capitán de la famosa *Colombine*, por lo demás, tenía puesto precio a su cabeza en la mayoría de los mundos civilizados—, hablaba claramente de la discreción con que coordinaban sus esfuerzos.

En cierta forma, ambos se daban el uno al otro un hogar al que regresar. Sólo en los ojos verdes de Malvina podía Zarko volver a contemplar el color de sus añorados mares azuríes. Sólo en la comfortable compañía de Zarko podía Malvina reencontrarse con la muchacha de su juventud (lo que, en resumidas cuentas, implicaba volverse mandona, malhablada, quisquillosa y prepotente, pero también atrevida, ingeniosa y perfectamente adorable cuando quería). Calabrés no solía ser consciente de cuánto la echaba de menos hasta que volvían a encontrarse; por lo general, dos o tres veces al año, siempre en citas dolorosamente breves y planificadas con esmero. Ahora tuvo que violentarse para dejar de admirar las suaves curvas de su cadera, temeroso de despertarla con la misma intensidad de su cariño. Se envolvió en una sucinta toalla a guisa de taparrabos y se giró de nuevo hacia la ventana.

El pretendiente de Calabrés no era el único gibón a la vista. Centenares de ellos se repartían por los tejados y los balcones, o bien se columpiaban bulliciosos de las enredaderas fosforescentes que forraban los edificios y hacían las veces de alumbrado. Sus chillidos, sus acrobacias suicidas, ese persistente «ñic—ñic—ñic» con que celebraban sus cópulas, añadían un

plus de diversión al jolgorio que se iba adueñando paulatinamente de las calles de lenocinio. Se dejaban caer sobre los hombros de los juerguistas, deslizaban su lengua azul en las copas para sorber el potente ron fronterizo o mordisqueaban las brochetas especiadas de la misma mano de sus legítimos propietarios, y eso cuando no porfiaban en fecundar cualquier superficie de piel al descubierto. Era la época conocida como *Estación del Ñic—Ñic* (o también del *Trasero Escarlata*, color exhibido por las nalgas lampiñas de los gibones durante de su época de apareamiento), estación que, por lo demás, marcaba un profundo giro en la actitud de *Doble Rasero* hacia las autoridades válcratas. Cada año tras la marcha del convoy, los dobleraserinos dejaban caer su máscara de lealtad y abrían voluntariamente sus hangares, sus pañoles y sus burdeles a las tripulaciones estraperlistas, partisanas, mercenarias o piratas que operaban en la frontera desde las grandes insurrecciones que siguieron a *Vista de Borracho* y el fin de la Hegemonía Azurí.

—Ciertamente, querido, eres incorregible. ¿Ni siquiera puedes esperar a separarnos para enredarte con otra buscona de las tuyas?

Era Malvina, arrancada finalmente de su postración tras la carcajada, quizá demasiado explosiva, con que Calabrés acababa de celebrar el último esfuerzo del gibón por seducirlo: un puñadito de grosellas primorosamente depositadas en el alfeizar.

Zarko giró bruscamente sobre los talones, con las mejillas tan coloradas como las nalgas de su pretendiente. En perfecta progresión cromática, el jugo granate de una grosella manchaba la comisura de su labio.

—Oh, yo... Bueno, en realidad sólo se trata de...

Malvina suspiró. Como amantes, nunca se guardaron ni exigieron fidelidad. Ella manipulaba descaradamente a los hombres; ni siquiera conseguía recordar la cara de su última conquista o precisar si obtuvo o no algún placer en sus relaciones. Calabrés, por su parte, era hormonalmente incapaz de articular una simple negativa cuando de faldas se trataba. Ninguno de los dos se torturaba con ello ni le daba mayor importancia. Sin embargo, Malvina a veces olvidaba que Zarko seguía siendo en esencia un paleta de los Cayos con tendencia a tomarse las cosas demasiado al pie de la letra.

Esbozó una radiante sonrisa que hizo resplandecer las pecas cobrizas de sus mejillas.

—Sólo bromeaba, pedazo de ganso —frunció los labios y cambió abruptamente de registro—. Ahora bien, y esto sí te lo digo muy en serio: o te la arreglas para que ese pensionista tuyo nos procure con urgencia algo

de cenar o seré yo quien me abra de piernas a cambio de esas pútridas picotas.

* * *

El propietario de la hospedería era Richto, antiguo cocinero de la *Colombine* que había sufrido la amputación de una pierna tras un abordaje inusualmente sangriento. El dobleraserino había pasado la noche anterior —así como gran parte del día— emborrachándose con Esteban Sardís, *Parapeto*, *Cuarentena* y otros añorados compañeros de tripulación, por lo que se encontraba en un estado lastimoso. Así y todo, idolatraba a su viejo comandante y sentía un sincero aprecio por Malvina, de modo que le bastaron quince minutos de topetazos y maldiciones para organizar un abrumador despliegue de viandas.

Malvina había comido con su habitual apetito, pero ahora llevaba media hora de plantón, propinando elegantes chupadas a su cigarro mientras contemplaba estupefacta cómo iba desapareciendo entre las fauces de Calabrés un volumen de alimento equiparable a varios gibones adultos. Finalmente, cuando vio que posaba su vista en una fuente de panceta, maldijo entre dientes y le arrebató los planos de las manazas. No sería la primera vez que se veía obligada a duplicar valiosos originales después de que el cayo los arruinara con sus dedos grasientos.

—Ah, no, esta vez no —gruñó, enrollando los planos en su portapliegos—. ¿Te crees el único destinatario de estos diseños? Quizá te sorprenda, pero conozco gobiernos que pagarán auténticas fortunas por las primicias que a ti te consigo gratis.

Calabrés intentó protestar, cosa harto difícil considerando que intentaba a la vez introducir una larga loncha de tocino en sus mofletes ya repletos de quesadilla. Malvina sólo pudo descifrar de su balbuceo algo relacionado con las doce consumaciones de aquella jornada, además de la palabra «gratis» repetida una y otra vez con distintas muecas iracundas.

Malvina le hizo callar con una mirada gélida; extendió después el brazo con la servilleta y limpió la grasa que chorreaba por su barbilla.

—No pareces muy sorprendido, en cualquier caso—se extrañó luego—. Ni siquiera me has preguntado qué diablos se supone que es esa cosa.

—La cosa en cuestión parecía una especie de zepelín bastante panzudo, revestido de millares de placas dispuestas como escamas por toda su superficie, y que le daban el aspecto de un armadillo desmembrado y sin cabeza. Los trazados y apuntes técnicos de los ingenieros no resultaban fáciles de descifrar, *más aún* considerando que Calabrés sólo pudo examinar-

los un minuto con *el rabillo* del ojo, pero había sido suficiente para extraer sus conclusiones.

—Resulta que ya me había topado antes con algo parecido —confesó tras una ruidosa deglución—. ¿Recuerdas el planetoide aurate que creí haber destruido mientras perseguía al pirata Zurrabel? ¿Aquel gigantesco depósito de astrobajeles que los válcratas saquearon durante años para engrosar la armada con que nos barrieron en *Vista de Borracho*? Pues la nave nodriza, la misma que engendraba a los especímenes aurates y mantenía cohesionado el planetoide, tenía un aspecto muy similar a ésta.

Malvina asintió. El donante de aquellos planos, un general válcrata a quien sedujo durante una breve visita a los astilleros de *Garibaldi II*, había confirmado su sospecha de que existía inspiración alienígena tras el nuevo concepto de crucero.

—Pues ya ves: algún listillo se las arregló para empollarse las especificaciones antes de que la flota nos diera esquinazo —chasqueó la lengua, con los ojos fijos en los del cayeno—. ¿A ti qué te parece? ¿Le ves alguna posibilidad de funcionar?

Calabrés dejó de masticar durante un minuto para sopesar honestamente la cuestión. Las ventajas de aquel modelo revolucionario saltaban a la vista para cualquier astromarino con experiencia. La nave parecía compacta, sólida y muy estanca. La carencia de mástiles, vergas y velas emulsionadas haría su fuente principal de impulso mucho menos vulnerable a la metralla de los cañones de antigravio. Cada una de las «escamas» de su revestimiento disponía en su envés de un baño de emulsión, por lo que bastaría con erizarlas selectivamente para que la exposición sectorial al influjo gravitatorio permitiera arrumbar a conveniencia. Bien ecualizado por un piloto hábil o una BITÁCORA eficiente, el mismo casco haría las veces de vela; semejante versatilidad la haría rápida y asombrosamente ágil, capaz de realizar bruscos virajes y guiñadas durante el combate. La forma oblonga garantizaba que su maniobrabilidad no se resentiría demasiado si recibía impactos localizados de metralla; además, libre como estaba de arboladura, sus cañones gozarían de una línea de tiro despejada en todo momento, sin riesgo de dañar accidentalmente la propia cabuyería.

—Digamos que no me gustaría enfrentarme con ella en proporción de uno contra uno —dictaminó—. Por cierto, ¿cuántas de éstas tienen en mente botar los válcratas?

Por lo pronto sólo disponen de un prototipo operativo. Pero me consta que hay una docena más en fase de producción, y todo parece indicar que planean fabricarlas por centenares —sopló la ceniza del cigarro y añadió en

tono afectadamente frívolo—. No me hagas mucho caso, pero corren rumores de que la *Princepstura* podría prever un enfrentamiento decisivo con las fuerzas del Polizón en el plazo de una o dos décadas.

—¿Décadas? —exclamó Calabrés, patidifuso—. Siempre di por hecho que serían nuestros descendientes quienes tuvieran que preocuparse de veras por esa... por esa criatura del averno.

Malvina se encogió de hombros. Aunque en el pasado mantuvo un contacto muy estrecho con uno de sus sicarios, nunca había terminado de asimilar conscientemente la existencia del *Polizón*. Ella lo juzgaba sólo una pieza más, no necesariamente digna de especiales desvelos, en el tablero de intrigas, medias verdades y maniobras encubiertas donde desplegaba a diario las artes de la conspiración.

—Bueno, ya sabes cómo son los militaruchos. Quizá se trate sólo de un alarmismo calculado, una mera marrullería para desviar fondos a sus astilleros. En cualquier caso, mi informador en la *Princepstura* parece más que convencido de que el *Polizón* está totalmente despierto y se sabe desenmascarado. Visto así, no sería de extrañar que decidiera pasar a la ofensiva antes de lo previsto.

El cayeno quedó pensativo. Tan ensimismado estaba, que el lejano estampido de un arma de fuego, señal de que los gibones de la calle empezaban a colmar la paciencia de los noctámbulos, ni siquiera le mereció una mirada de soslayo hacia la ventana. Calabrés era un hombre supersticioso. A sus veintisiete años, todavía creía en los nassrudim, en las luxruptoras encantadas y en la videncia de los enfermos nebulosos. La mera mención de aquel ente incognoscible a quien se atribuían poderes afines a lo divino, le robó definitivamente el apetito y borró la sonrisa de su cara.

Sólo unos pocos miles de seres humanos conocían la existencia del *Polizón*, y menos aún se atrevían a especular sobre su naturaleza o sus intenciones. Durante la época humana de mayor efervescencia tecnológica (estigmatizada hoy en día como la abominable *Era Luxruptura*), un abuso de la tecnología hiperespacial había generado un gigantesco puente de Einstein—Rosen cuyo orificio de salida no terminó de concretarse, un agujero de gusano lo bastante grande para engullir la totalidad de la Vía Láctea y catapultarla en un viaje hacia el pasado que duraba ya tres mil años subjetivos (miles de millones, probablemente, en el universo lineal). Fue un accidente, un error de cálculo en el que la implicación del *Polizón* no acababa de estar completamente demostrada, pero que había tenido consecuencias nefastas para la civilización. Muchos de los teoremas astrofísicos dejaron de responder como se esperaba de ellos y fueron condenados como aberraciones. Los motores de las luxruptoras se extinguieron en el

éter; huérfanas de los principios que sustentaban su eficacia, las gigantes-
cas astronaves se convirtieron en mausoleos espaciales. Incomunicados, sin
posibilidad alguna de retomar el tráfico interestelar, los mundos decanos se
encerraron en sí mismos, sentenciando a la humanidad a tres milenios de
recesión y penuria.

Fue entonces cuando el *Polizón* se reveló por primera vez. Adoptó la
forma de una raza benévola de apariencia humanoide —bautizada en su
día como *Aurates de la Restauración*—, seres sintéticos, tramposos y de vida
efímera que parecían decididos a devolver a la humanidad al camino del
progreso. Enseñaron a los mundos decanos el secreto de las velas emulsio-
nadas y de la navegación poligrávida, único medio para desplazarse por el
éter bajo las leyes inéditas de la singularidad. Cedieron como modelo una
parte insignificante de su descomunal flota de astrobajeles, construyeron
aquí y asesoraron allá, compartieron algunos secretos inofensivos y se re-
servaron el resto. Finalmente, alcanzada la primera fase de sus objetivos,
simularon abandonar una galaxia itinerante que, como ellos bien sabían,
ninguna astronave podría abandonar hasta que fuera reintegrada al devenir
natural del Universo por un segundo cataclismo accidental o deliberado.

Analizando sus posteriores maniobras —en algunas de las cuales el
propio Calabrés había estado más implicado de lo que desearía—, los ana-
listas válcratas acabaron por desarrollar una teoría coherente sobre sus pro-
pósitos. El *Polizón* ejercía, efectivamente, como un pasajero clandestino.
Desde su punto de vista, la *Via Láctea* no era más que un vehículo, una es-
pecie de máquina del tiempo adaptada a sus formidables necesidades de
recursos y energía, que le permitiría retrasar su propia muerte e instalarse
en un universo rejuvenecido. Seguramente lo había hecho ya en su pasado,
con otras razas y otras galaxias robadas al ocaso para fundirse en los albo-
res de la creación. La esencia del *Polizón* parecía íntimamente entrelazada
con el mismísimo tejido del espacio tiempo, de modo que ni él ni sus cria-
turas podían manipular las energías capaces de generar un puente de Eins-
tein—Rosen sin dañarse a sí mismos en el proceso. Los humanos, como
postillones y lacayos de su carruaje, harían el trabajo en su lugar: llegado el
momento, cuando el *Polizón* estimase que la época de destino le convenía,
se las arreglaría para inspirar a los científicos el modo de adaptar la tecno-
logía luxruptora a las condiciones de la singularidad y generar el vórtice de
salida.

En su inmensa mayoría, los seres humanos vivían ignorantes de aquella
espada de Damocles suspendida sobre sus cabezas. Ni siquiera eran cons-
cientes de habitar una galaxia que nadaba contra corriente, bajo leyes físi-
cas que habrían vuelto asimismo del revés los esquemas de sus ancestros.
La persistencia del espejismo luminoso seguiría presentando otras galaxias

a sus telescopios durante centenares de miles de años y, aunque los astrobajeles podían (siempre bajo las peculiares reglas del hiperespacio), viajar a velocidades superlumínicas sin padecer efectos relativistas, su corta autonomía y su incapacidad para alejarse de los focos gravitatorios les impedía distanciarse lo suficiente para batir los límites de la singularidad. Los habitantes de los mundos decanos, sus colonias y protectorados, vivían y morían, exploraban y colonizaban, ganaban y perdían fortunas, engendraban hijos y libraban sus propias guerras intrascendentes, ciegos al verdadero conflicto agazapado en las sombras.

Porque —y en esto Calabrés coincidía plenamente con los analistas válcratas— no había que ser una lumbrera para adivinar la suerte que el *Polizón* reservaba a sus anfitriones. Al fin y al cabo, ¿acaso no disponía de una flota gigantesca oculta en algún lugar del núcleo galáctico? ¿Acaso no podía engendrar una infinidad de criaturas aurate para tripularlas? Una vez que la Vía Láctea fuera reintegrada a un Universo recién nacido, ¿cómo si no se aseguraría de que los humanos no alertaran a futuras razas que habrían de servirlo o se convirtieran con el tiempo en semidioses competidores?

Malvina Bylot conocía de sobra la credulidad de su amante, y no pudo evitar conmoverse ante el efecto devastador de sus noticias.

—Sea como sea, querido, creo que tienes cosas más urgentes de las que preocuparte que esos quiméricos archienemigos. No dudo de que los válcratas contemplan plantear un digno reto a la flota del *Polizón* pero, hasta que llegue ese momento, apuesto a que les encantará poner a prueba sus nuevos juguetes lanzándolos a la caza de bandoleros y ladrones como...

Calló. Richto acababa de irrumpir en la habitación tras un par de toques apresurados a la puerta. Deslizó dentro su pata de palo junto con la mitad del torso y expuso con angustia el motivo de la interrupción:

—Se trata de ese tipo que vino con usted en el paquebote, teniente Bylot...

Malvina sonrió a la mención de su viejo rango. Muchos de los piratas de la *Colombine* se sentían aún leales servidores de la armada azurí; como antigua oficial logística, se negaban a dar a la joven otro tratamiento.

—Ajá, el Director Operativo de *Amnesia*... —enarcó una ceja en dirección a Zarko—. Parece una pésima broma teniendo en cuenta la organización a la que sirve, pero había olvidado por completo que me comprometí a presentarte su caso.

—Pues más valdrá que lo haga de prisa o no habrá ningún caso que presentar —les previno el cojo, pálido como la cera—. Ese desgraciado

cabr... Su amigo terráqueo, quiero decir, ha estado bebiendo mucho y se ha puesto un poquito pelmazo. Ahora mismo le ha dado por importunar al señor Xhesgho y...

—¡No digas más, amigo Richto! —bramó Calabrés, echando mano a los calzones y a la cartuchera de *Zurrabel*, su anacrónico revólver azurí—. ¡Corramos a salvar a nuestro invitado antes de que sus vísceras acaben adornando tus paredes!

* * *

La sala común de la hospedería se había convertido en una especie de consulado planetario de la *Colombine*. La mayor parte de la tripulación estaba allí congregada, recuperando fuerzas con vistas a una segunda noche de alcohol y puterío. Cuando Calabrés irrumpió escaleras abajo, la expectación general estaba ya centrada en el señor Xhesgho, que mantenía suspendido por el gaznate a un hombre que pataleaba desesperado, tratando de zafarse del afilado garfio que se cernía sobre sus ingles.

—¿Y bien? ¿Le importaría a alguien explicarme qué diablos ocurre aquí?

—Oh, nada que merezca su atención, capitán —respondió *Parapeto*—. Una pequeña diferencia de opiniones que enseguida quedará solventada.

Esteban Sardís, el robusto condestable de la fragata y paisano de Calabrés, estaba repantingado en un butacón, con los pies inmersos en un barreño repleto de soda a modo de hidromasaje. Su espesa barba de rizados rabínicos, en la que comenzaba a predominar las hebras grisáceas, se veía apelmazada por la espuma seca de cerveza. Propinó un apasionado chupe-tón a su pipa y precisó:

—Nuestro oficial de abordaje sólo está bajándole un poco los humos a ese lenguaraz. Exigía ser recibido por usted, patrón, y se negaba a admitir un «está follando» por respuesta. Agarró por la pechera al señor Xhesgho, lo zarandó y le llamó... ¿Qué cosa fue que le llamó, señor *Torniquete*?

—Le llamó cazurro pintarrajeado, alfeñique y subnormal —precisó el cirujano, un hombre todavía más escuchimizado que Xhesgho, completamente calvo y con la piel pigmentada de un azul uniforme a consecuencia de cierta pasada intoxicación.

—Como ve, nada serio, patrón. Usted regrese a sus asuntos como si tal cosa. Ya le dijimos a Richto que no debía preocuparse, que nosotros lo baldearíamos todo bien baldeadito y nos desharíamos después de los pedazos.

Zarko se aproximó decidido a la pareja. Tratándose de Ezequiel Xhesgho, la expresión «bajarle los humos» contemplaba todo un abanico de posibilidades: abofetearlo, sacarle un ojo, despellejarlo o echarle las tripas fuera; Xhesgho era perfectamente capaz de decantarse por cualquiera de esas opciones sin que mediara entre ellas una diferencia sustancial en su ritmo cardíaco. Carecía por completo de conciencia o remordimientos, y era culturalmente incapaz de valorar la vida humana en términos distintos a la materia de que estaba compuesta y el modo más vistoso de destruirla. Nacido en las entrañas de Roca Rencor, había sido durante años un *eviscerate* de las compañías kázaras, el ejército mercenario más odioso, brutal y temido de la galaxia: un puñado de psicópatas expertos en instrumentalizar la truculencia como elemento desmoralizador en una elaboradísima disciplina de combate basada en el cálculo probabilístico y el análisis de variables.

O, como Malvina había dicho en cierta ocasión:

«Un ejército del que el mismísimo Sun Tzu se habría sentido orgulloso si hubiera encontrado tiempo entre arcada y arcada».

—Señor Xhesgho, ¿tendría usted la bondad de soltar a ese hombre?

El tono fue firme, sin llegar a sonar excesivamente autoritario. Los años pasados en la *Colombine* habían atemperado un poco la actitud de Xhesgho, que veía ahora con una perspectiva más relajada, cuando no abiertamente desdeñosa, el adiestramiento mental de Roca Rencor. La tripulación lo adoraba por las muchas crisis que les había ayudado a superar tendiendo una alfombra de sangre, sesos y vísceras enemigas. Pero también, y al igual que su capitán, asumían que sus motivos para hacerlo habían sido tan lúgubres e incomprensibles como su propia idiosincrasia, y que, muy en el fondo, nunca dejaría de ser un impredecible *eviscerate*.

Xhesgho volvió lentamente el rostro hacia Calabrés. Entre una telaraña de profundas cicatrices entintadas en negro, sus facciones no expresaban odio ni enfado, lo cual, en el caso del Xhesgho, no era bueno ni malo sino todo lo contrario.

—¿Acaso la vida de esta carroña posee algún valor para usted, capitán?

—En honor a la verdad, me la trae al paio, señor Xhesgho —confesó Calabrés, que se sabía un pésimo embustero—. Pero nuestra amiga dio su palabra de que le permitiría exponernos su problema, y me disgustaría que pasara por mentirosa.

El garfio que sustituía la mano izquierda de Xhesgho se apartó unos centímetros de la femoral amenazada. Su víctima tenía ya los ojos en blanco, y su respiración se reducía a un silbido agónico. No hubo alteración alguna en la expresión del *eviscerate* que delatara su cambio de actitud. Se limitó a liberar el gañote del visitante mientras dedicaba a Malvina una rígida inclinación de cabeza.

—Para mí ya está muerto —dijo—. Traten ustedes con su cadáver lo que tengan que tratar y, si no quedan satisfechos, dejen en mis manos la tarea de enterrarlo.

El enviado de *Amnesia* se desplomó a los pies de Xhesgho, donde comenzó a suministrar argumentos más que convincentes de que seguía con vida. Primero jadeó como un percherón enfermo, luego vomitó explosivamente una cantidad abrumadora de licor; finalmente, tras apenas un minuto de desgarradores sollozos, cayó desvanecido.

—Pues vaya un terrorista —ironizó Sardís.

—¡Qué fastidio! —se lamentó Zacarías—. ¡Ahora nos toca limpiar y ni siquiera hemos visto morir a nadie!

—Señor Nikelsfoon —dijo Malvina refiriéndose a *Torniquete*—. Si es tan amable de poner a nuestro invitado en condiciones...

El cirujano se incorporó con desgana tras extinguir con un chorrito de cerveza el pebetero que desprendía a su lado perfectas helicoides de humo verdoso.

—Supongo que una buena purga nunca ha hecho daño a nadie, y también he oído hablar maravillas de los enemas...

—Gracias, señor Nikelsfoon, pero creo que bastará con una ducha fría y una jarra de café cargadito.

Calabrés se volvió hacia Malvina:

—Entretanto, ¿qué tal si me vas adelantando alguna cosa?

—Poco puedo decirte —admitió la joven, que se esforzaba en acallar los carraspeos de la tripulación ocultando bajo su improvisada toga el pecho que había dejado accidentalmente al descubierto—. No estoy familiarizada con las operaciones de *Amnesia*, lo que te dará una idea de su pobre repercusión. Es cierto que la *Princepstura* los ha fichado como terroristas, pero nunca se les ha considerado una verdadera amenaza. Alguien en quien confío plenamente me encomendó a este hombre, me aseguró que tenía entre manos un asunto de vital importancia y me rogó que le prestara mi ayuda —se encogió de hombros—. Eso es todo cuanto sé.

Malvina confesó a continuación que apenas había mantenido contacto con el profesor Darío Shervaio —así se llamaba o decía llamarse— durante la travesía en el paquebote. Lo tenía por un hombre de natural afable, aunque también bastante distraído y proclive a bruscos cambios de humor bajo el influjo de la bebida. En más de una ocasión tuvo que pararle los pies durante las cenas en compañía del comandante; el licor tendía a inspirarle comentarios biliosos sobre la lascivia femenina que llegaban a resultar ofensivos de puro malintencionados.

En cualquier caso, su misoginia rara vez resistía una buena siesta: no había habido día en que un abochornado profesor no despertara a Malvina de madrugada para disculparse por su «imperdonable falta de respeto».

—Lo que, por otro lado —concluyó la joven—, no le impedía volver a las andadas la noche siguiente, poniéndonos a todas de vuelta y media y sugiriendo con elegantes eufemismos que somos más putas que las gallinas.

Después de que *Torniquete* y *Cuarentena* se llevaran en volandas a Shervaio, los azuríes pusieron en común todo lo que recordaban haber escuchado sobre aquella organización subversiva. Al parecer, su denominación oficial era Brigadas Proteccionistas del Olvido, aunque se les conocía popularmente como *Amnesia* (nombre de sabor tradicional que despertaba las simpatías de Calabrés por oposición a la nueva moda tecnicista que empezaba a llegar a la frontera). Se habían dado a conocer hacía algunos años como una escisión crítica del departamento para la conservación del patrimonio cultural, una joven comisión instituida con el propósito de catalogar la ingente cantidad de documentación histórica, científica y mercantil que el Archivo General de Colonias conservaba en la Tierra desde la *Era Luxruptora*.

No era ésta una misión sencilla; gran parte de aquellos registros quedaron destruidos por fanáticos religiosos durante la caza de brujas que siguió al gran apagón, otros eran burdas falsificaciones destinadas a reclamar antiguos derechos o a engañar a los crédulos buscadores de tesoros que soñaban con saquear luxruptoras invioladas. Fuera como fuera, la comisión se financiaba con fondos válcratas, lo que arrojaba cierta luz sobre su verdadera finalidad: alcanzar un mayor conocimiento de la astrofísica antigua en orden a entender mejor al *Polizón* y, quizá, hallar el modo de derrotarlo.

Amnesia, sin embargo, no parecía compartir ese ideal. Atendiendo a su credo, la documentación científica anterior a la *Era Poligrávida* debía ser destruida y olvidada; las investigaciones tendentes a desentrañar las viejas ecuaciones debían paralizarse de inmediato; los expertos asignados a ellas serían dispersos y exiliados en oscuros mundos de frontera... Si bien sus reivindicaciones no podían ser más claras y taxativas, el modo de material-

zarlitas no había brillado hasta ahora por su contundencia. A grandes rasgos, se limitaban a remitir amenazas de bomba o correos intimidatorios a los ministerios de ciencia en aquellos mundos decanos donde el renacimiento tecnológico adquiriría mayor empuje. Dichas amenazas sólo se habían concretado con media docena de artefactos caseros en otros tantas facultades y laboratorios, la mayoría de los cuales no estalló o lo hizo con desmayo. Hacía poco más de un año, se les había atribuido también el secuestro del famoso astrofísico primulita Lirio Colay, para cuyo rescate se organizó un impresionante despliegue policial.

—Pero la hipótesis se desestimó pronto —pormenorizó Malvina—. Dos semanas después encontraron a Lirio Colay sano, libre y atiborrado de estimulantes, en compañía de tres muchachitos desnudos con nalgas como duraznos.

Dejando a un lado su patetismo y las evidentes deficiencias en su adiestramiento guerrillero, parecía obvio que *Amnesia* conocía la existencia del *Polizón*. ¿A qué otro propósito podría obedecer el afán por condenar cualquier investigación con posibilidades de generar el vórtice que no fuera el de prevenir una eventual complicidad con el Enemigo? Naturalmente, proclamar su conocimiento sólo les serviría para ser tomados todavía menos en serio, por lo que recababan apoyos y financiación entre los herederos ideológicos de la vieja caza de brujas, grandes sectores de la población galáctica que, vestidos de fanatismo y armados de superchería, seguían culpando a la luxrupción de los grandes males padecidos por sus antepasados.

—La mayoría de los «amnésicos» son hombres con sólida formación científica —concluyó Malvina—, por lo que dudo que compartan realmente los prejuicios de todos esos retrógrados. El pragmatismo de dejarse rascar la espalda por ellos les permite sobrevivir, de acuerdo, pero también les resta muchísima credibilidad.

—Lo que me choca es la ceguera de sus objetivos —manifestó maese Norrel, velero jefe de la *Colombine*—. Supongamos que consiguieran burlar al *Polizón* y enterrar para siempre la tecnología luxruptora. ¿No condenaría eso a nuestra galaxia a estrellarse contra un callejón sin salida? ¿No se colapsaría el agujero de gusano al rebasar los límites del tiempo o implosionaría junto a ese *Big Bang* con el que dicen comenzó todo?

—A decir verdad, caballeros, dudamos de que sea eso lo que ocurra.

Quien hablaba era el mismo Shervaio, recién devuelto al comedor con el lacio cabello todavía humedecido y una casaca limpia que, a juzgar por sus arrugas, acababa de desembalar de su equipaje. Era un hombre de mediana edad, de cuerpo todavía vigoroso aunque con el rostro prematura-

mente avejentado. Sus ojeras estaban ahora enrojecidas a resultas de sus recientes excesos; de hecho, toda la piel de su cara y papada mostraba la flaccidez característica de quienes acaban de superar una grave enfermedad. Calabrés reparó también en un detalle que antes se le había pasado por alto: una enorme mancha de nacimiento con forma de cuerno que iba desde la ceja izquierda de Shervaio hasta el nacimiento del pelo.

Como Malvina había predicho, se mostró muy compungido por su comportamiento. Alegó que había vivido las últimas semanas sometido a una fuerte tensión nerviosa, y que por eso acusaba tan indignamente los efectos del alcohol. Apenas recordaba nada de su encontronazo, pero se ofreció de todos modos para presentar a ese tal señor Xhesgho cuantas disculpas estimase oportunas.

—El señor Xhesgho se ha echado a las calles para efectuar ciertas averiguaciones de índole personal —aclaró Calabrés—. Además, dudo que nuestro amigo valore sus excusas. Se limitará a ignorarlo a usted como si fuera un ectoplasma. Un ligero sonrojo revitalizó momentáneamente las pálidas mejillas de Shervaio. Quizá fuera porque le cohibía la atención de cincuenta hombres tan cotillas como sólo pueden serlo los marinos, pero Calabrés reparó en que tenía la mirada huidiza y, al igual que su amigo el gibón, cierta inclinación a bizquear con el izquierdo.

—Deploro que me hayan conocido ustedes en mi versión más odiosa. Planeaba mostrarme pendenciero y bravucón para disfrazar de cierta peligrasidad la organización a la que sirvo—sonrió con timidez—. Claro que, tras haber demostrado mis pobres aptitudes como combatiente, sospecho que la cosa me salió rana.

—No se angustie usted, profesor Shervaio —dijo Calabrés, todavía con cierta frialdad—. Todo lo que han podido demostrar contra Xhesgho combatientes mucho mejores que usted es la soltura con que fluye su sangre.

Comoquiera que un cohibido Shervaio comenzaba a dirigir miradas golosas a las jarras de *groj* que corrían entre los piratas, Malvina lo apremió para que expusiera sin más dilación sus pretensiones. ¿En qué consistía ese secreto tan capital que aseguraba poseer? ¿Por qué, tratándose de un asunto reservado, se empeñaba en contratar precisamente a un mercenario tan reconocible como Calabrés y su *Colombine*?

—Si alguien tiene la bondad de traer mi portafolios, se lo aclararé todo—inclinó la cabeza en dirección a Richto—. Muchas gracias, simpático posadero; lo encontrará usted sobre la cama de mi habitación, es aquel cuya portada dice: «Muestras de Heces», por la cosa de desanimar a los aduaneros...

—¡Ah, sí! Ya lo abrí y no encontré ni una maldita... —Richto carraspeó ostentosamente, con las orejas al rojo vivo—. Ahora mismo se lo traigo.

—Entretanto iré poniéndolos en antecedentes. Aceptaría también un tonificante cordial, acaso con unas gotitas de... ¿No? De acuerdo, quizá sea lo mejor —Shervaio junto las manos y comenzó a retorcerselas con nerviosismo—. En fin, ¿le suena a alguno de ustedes un pequeño planeta de nombre *Dorada Linde*?

Muchos asintieron, pero fue Sardís el primero en responder:

—Supongo que se refiere a esa inmunda colonia del sector Formosiano. Recalé allí hace algunos años con la *Catacumba* de Benjamín Salem, cuando acababan de fundar el primer asentamiento. Lo único que recuerdo es que llovía prácticamente a diario y que, aparte de carbonilla, no poseían gran cosa digna de ser robada.

—¿No sufrieron recientemente un grave rebrote de viruela? —señaló Malvina—. Sí, me parece recordar que Formosa solicitó a Valcracia una escuadra de cien astrobajeles para asegurar la cuarentena.

—Ésa fue la versión oficial, en efecto —la expresión de Shervaio se tornó enigmática—. Sin embargo todos ustedes coincidirán en que un centenar de astrobajeles representan una cifra excesiva para una simple cuarentena orbital. En cambio...

—Son el mínimo exigible para establecer un férreo bloqueo más allá del umbral telescópico... —completó Calabrés.

—Yo no lo habría expresado mejor —aplaudió Shervaio con una reverencia algo desgarbada—. Y ahora que nuestro anfitrión ha regresado con mis documentos, tendré el gusto de enseñarle a usted y sólo a usted qué es aquello que los válcratas parecen tan ansiosos de ocultar a los ojos de los extraños.

El profesor abrió el cartapacio y extrajo una fotografía de gran tamaño que tendió a Calabrés. En ella, sobre fondo estrellado, se recortaba la imagen de un cuerpo celeste esférico de color gris asfalto. La imagen había sido tomada desde una órbita elevada, por lo que el astro era visible en toda su circunferencia.

—¿Y bien? Parece un simple planeta rocoso y sin atmósfera. Deduzco que esta pobreza cromática se debe a que la fotografía fue tomada en blanco y negro.

—Se equivoca, capitán. Es el primer fotograma de una grabación registrada a todo color, con la mejor calidad que permiten las videocámaras navales. Esta captura nos la suministró uno de nuestros antiguos compañeros

del Archivo General de Colonias —sonrió con picardía—. Pues han de saber ustedes que, si bien les faltó valor para rebelarse con nosotros, *Amnesia* todavía cuenta allí con algunos simpatizantes.

Shervaio le tendió una segunda fotografía.

—Tenga. Creo que esta ampliación le será de más ayuda —retuvo un instante la lámina entre los dedos, mientras escrutaba receloso los rostros de los piratas—. Naturalmente, no necesito recordarle que se trata de documentos confidenciales.

Calabrés hizo oídos sordos y tomó la segunda imagen, mientras pasaba la primera a su condestable con cierto alarde pueril. Zarko nunca se reservaba datos ni ocultaba los riesgos a su tripulación. No lo hacía por convicción democrática, pues nadie había más desconfiado hacia la democracia que un azurí criado bajo los patriarcados de las islas y cuyo mundo, además, había sido reducido al vasallaje por Valcracia y sus legiones, abandonados galácticos de tan sospechosa forma de gobierno. Simplemente, Calabrés planeaba disfrutar una eternidad sosegada cuando le llegara la hora de pasar a mejor vida, sin aguantar las interminables recriminaciones de los pelmazos que hubiera arrastrado con él a la muerte.

—Imposible que sea en color —protestó Sardís—. Su sol le daba de lleno, y hasta los simples asteroides exhiben toda una gama de matices minerales.

Tal como había garantizado Shervaio, la segunda ampliación poseía una mayor riqueza de detalle. Calabrés creyó identificar la orografía de algunas elevaciones chocantemente monocromáticas y también lo que, en principio, se le antojó la retícula de una población asentada a la orilla de un pequeño mar interior.

«No, no puede ser... Sin duda se trata de un desierto de ceniza que bate una formación caprichosa de acantilados».

La tercera imagen aniquiló definitivamente sus dudas. En ella, el relieve de las edificaciones era perfectamente discernible; incluso le pareció reconocer media docena de figuras humanas en perspectiva cenital, todas ellas pigmentadas en el mismo gris uniforme y con idéntica textura vagamente granulada que atribuyó al pixelado de la ampliación. Pero lo más chocante de todo para un azurí con agua marina en las venas: también las olas que rompían contra las instalaciones portuarias parecían paralizadas y agrisadas como si hubieran recibido un lacado de cemento.

—De acuerdo, señor mío. ¿Piensa usted explicarnos qué demonios es esto?

Shervaio entrelazó los dedos sobre su vientre, bajó la cabeza en señal de duelo y proclamó en tono deliberadamente sentencioso:

—Eso, señores, es el planeta *Dorada Linde*, y lo que le ocurre es que ha sido íntegramente convertido en piedra.

★ ★ ★

Las tres fotografías corrieron libremente de mano en mano ante la mustia resignación de Darío Shervaio. Una vez hubieron amainado las pre-visibles muestras de horror e incredulidad, el profesor matizó así sus declaraciones:

—Confieso haber cargado las tintas con toda la intención. *Dorada Linde* no fue convertido en piedra. A falta de las pruebas pertinentes, nuestros geólogos aventuran que podría tratarse de silicio puro, concretamente en su estado pulverulento. La ausencia de rotación, corroborada también por nuestros confidentes, atestigua que la mutación no es sólo superficial, sino que alcanza el mismo núcleo planetario. Naturalmente, *Dorada Linde* ha ido expulsando su atmósfera al espacio durante los meses transcurridos desde el fenómeno, lo que nos indica que su nueva densidad no alberga la suficiente masa para retener gravitatoriamente los gases...

Giró bruscamente la cabeza y fulminó con la mirada al pirata que acababa de expresar en voz alta lo que todos rumiaban para sus adentros:

—No, caballero —subrayó el profesor—, quizá haya exagerado un poco con vistas a atraer su interés, pero en ningún momento he mencionado la palabra «hechicería».

Shervaio explicó entonces que la transmutación de los elementos soñada por los alquimistas era, al menos en teoría, científicamente posible, si bien exigía alterar la misma composición del núcleo atómico. Elementos inestables como el plutonio cambian espontáneamente por radiación hasta transmutarse en otros más estables como el plomo. La fusión nuclear que había permitido a los nivianos resucitar el arma atómica y manufacturar sus codiciadas bombas se basaba en principios afines. Ello no obstante, modificar artificialmente el peso atómico de un elemento, sumando o restando protones a su núcleo por mecanismos, ora de fusión, ora de fisión, exigía un consumo tan desorbitado de energía que generar, por ejemplo, un miligramo de oro, saldría tan costoso como extraer mil toneladas por medios convencionales.

—Y reparen en que aquí no estamos hablando de minúsculas transmutaciones de laboratorio. Se trata de un planeta completo, con decenas de elementos atómicos y sus infinitas combinaciones químicas. Si el vo-

lumen de energía consumido en partículas alfa ya roba el aliento, la precisión con que debieron aplicarse sobre cada condenado átomo de cada maldito elemento para equiparlo al peso atómico del silicio es... —Shervaio emitió un hondo suspiro—. Bueno, digamos que queda tan lejos de nuestro alcance como lo sería para una polilla extinguir una estrella a base de aleteos.

Las aclaraciones del profesor hicieron bien poco por mitigar en los azuríes el temor supersticioso. Aprovechaban los dones tecnológicos y los aprovechaban a las mil maravillas, pero nunca se habían molestado en estudiar sus principios rectores. A sus ojos, aquella cuidada exposición no hacía sino acentuar el misterio invistiéndolo con la liturgia de la palabrería. Fuera como fuera, incluso el profesor tuvo que admitir que sólo al *Polizón*, precisamente por desconocimiento de su verdadero potencial, podía atribuirse la responsabilidad de lo ocurrido en *Dorada Linde*.

—Admitido lo cual —dijo *Torniquete*—, ¿le importaría contarnos qué diablos pretende usted? ¿Tiene algún primo que comercie con silicio? ¿O acaso es una especie de turista que adora las cementeras?

—Para empezar, ignoro si Valcracia ha ordenado una investigación sobre el terreno o se ha limitado a ocultar el incidente. Pero, con investigación o sin ella, calibren ustedes el peligro de abandonar todo ese conocimiento en manos una facción que, por lo pronto, se muestra decidida a seguir el juego a nuestro enemigo. Algo había en *Dorada Linde*, algo que asustó al *Polizón* hasta el punto de hacerlo víctima de esta abrumadora demostración de poder. Es imperativo que viajemos allá y averigüemos...

—Entiendo su intriga, profesor Shervaio —le interrumpió entonces el cayeno—, pero... ¿Por qué yo? ¿Por qué precisamente la *Colombine*? Cualquier contrabandista experimentado podría burlar ese bloqueo tan bien o mejor que nosotros.

—Existen dos poderosas razones —argumentó el profesor—. En primer lugar, están las condiciones bajo las que tendremos que trabajar. Imaginen un castillo de arena expuesto al sol durante horas: las evidencias que encontremos en la superficie serán tan quebradizas que la más mínima vibración podría desmenuzarlas. ¡Miren las fotografías; estamos hablando de simples estatuas de polvo! El mero flujo de las toberas de frenado podría desestabilizar una cohesión ya inestable de por sí, por lo que la aproximación deberá realizarse con extrema suavidad... —fijó los ojos en Calabrés—. Su fama como virtuoso del velamen lo precede, capitán; no se me ocurre otro especialista capaz de coronar con éxito una manobra de tal delicadeza.

Zarko tuvo que admitir el argumento. El profesor olvidaba que el influjo gravitatorio de la emulsión repelía los materiales ligeros con la misma potencia que los rotores de un autogiro, pero la dificultad podría sortearse braceando las velas con precisión milimétrica. El joven estaba indeciso. No podía negar que el reto lo seducía pero, a la vez, sentía un extraño cosquilleo de inquietud en la boca del estómago.

«Demonios, si no se tratara de esa condenada criatura...»

Fue precisamente su miedo visceral a lo desconocido el que lo impulsó a buscar el apoyo de sus compañeros planteando una nueva objeción:

—De acuerdo, profesor. Admito que no sería la primera vez que suscribimos patentes de corso, ejercemos como contrabandistas o nos empleamos como mercenarios. Su intención parece honorable y su causa ha despertado nuestro interés pero... ¿Ha pensado usted en nuestros honorarios? La *Colombine* no se alquila a precio de saldo.

Un murmullo de conformidad se elevó entre los piratas. La mayoría compartía sus recelos tanto como aborrecían admitirlo. El polvo de silicio no constituía el tipo de botín que estaban acostumbrados a cosechar; disfrazar su miedo con profesionalidad les permitiría salir del paso sin menoscabo para su orgullo.

Shervaió pareció cohibido por primera vez desde que presentara sus excusas.

—Mi organización es pobre, señores. Prácticamente agoté mi presupuesto para esta misión con el pasaje en el paquebote. Me consta que, más de una vez, ustedes han actuado sin cobrar en beneficio de los intereses de Azur. Confiaba en que la trascendencia de mi misión pudiera equipararse a ese encomiable patriotismo.

—Pues ya ve que ha metido la pata hasta el fondo —rezongó Sardís, que llevaba rato haciendo a escondidas el gesto contra el mal de ojo—. No somos hermanitas de la caridad. Muchísima suerte en su empeño y que le vayan dando por el...

—¡Yo pagaré!

—¿Qué?

Malvina se adelantó y se plantó frente a Calabrés con expresión resuelta.

—Yo abasteceré la *Colombine* y cubriré vuestros honorarios de mi propio bolsillo —recalcó—. No es sólo porque prometiera prestar mi colaboración. El asunto lo merece, Zarko, y la información que obtengáis me

proporcionaría una formidable moneda de cambio para asuntos de mayor urgencia.

Shervaio sonrió taimado y canturreó:

—No veo inconveniente en que difunda usted a discreción cuanto averigüemos.

A Calabrés le dio un vuelco el corazón. Aquello no se lo esperaba. El temor debió de transparentarse en sus rasgos, pues Malvina lo miró enterrecida y dijo con renovada dulzura:

—El bloqueo lleva meses establecido. Aun asumiendo la autoría del *Polizón*, los válcratas jamás habrían destacado una flota tan débil si pensarán que todavía acecha en las inmediaciones —acarició la mejilla de Calabrés y se giró hacia la tripulación—. Por supuesto, soy consciente de los riesgos y entenderé vuestra negativa. Me llevará algunas semanas, pero contrataré una escuadra de confianza que haga el trabajo por vosotros.

—Eso no será posible. No sólo debo viajar en la *Colombine*, sino que debo partir inmediatamente. Esta misma noche... Mañana a lo más tardar.

Zarko se giró hacia Shervaio echando chispas por los ojos.

—¿Sabe que es usted un auténtico fastidio? ¿Por qué demonios sigue encaprichado conmigo si acaban de ofrecerle una escuadra cojonuda?

Shervaio se mostró tajante:

—Simplemente, capitán, porque el tiempo se nos agota. Tal era el motivo que me quedaba por exponer. Resulta que la drástica alteración de su masa ha tenido un segundo efecto sobre nuestro objetivo. Lo ha desviado de la vieja órbita alrededor de su estrella, con tan mala fortuna que ahora converge críticamente con la de su vecino inmediato: un descomunal gigante gaseoso mil veces superior en tamaño. No colisionarán, pero pasaran lo bastante cerca para que el pozo gravitatorio del joviano succione hasta la última partícula de *Dorada Linde*.

Hizo una pausa de énfasis y sentenció:

—Debemos darnos prisa, señores, y hasta los válcratas admiten que no existe en la frontera piloto más veloz que el capitán de la *Colombine*. Debemos darnos prisa porque, dentro de doscientas noventa horas exactamente, *Dorada Linde* se habrá convertido en un anillo de polvo orbital junto con todas sus inestimables evidencias.

Zarko sintió que se le caía el alma a los pies. No podía negarse a una petición de Malvina sin pasar por ingrato, pero tampoco reprimir cierta

sensación de verse traicionado. En cualquier caso, Calabrés no era hombre que diera muchas vueltas a las cosas una vez tomada la decisión, de modo que encaró a sus hombres y dispuso:

—Señores, el bar queda cerrado por hoy. No sólo iremos a *Dorada Linde*, sino que lo haremos gratis y lo haremos de inmediato. Señor Sardís, señor Norrel, espero encontrar la *Colombine* aparejada y lista para despegar con la primera guardia.

—Así será, capitán —respondieron al unísono y con idéntica desgana.

Paradójicamente, el profesor no parecía demostrar mayor satisfacción por el éxito de su conjura. Calabrés experimentó incluso cierto cosquilleo de revancha cuando Shervaio recuperó sus fotografías, recién manoseadas por cincuenta puteros que acababan de perder su ocasión de bañarse. Suspiró, arrugó la nariz y dijo:

—Los dioses me amparen. Sospecho que el camuflaje de mi cartapacio ha terminado por resultar extrañamente profético.

2. Navegando entre fantasmas

Zarko no era rencoroso. Entendía que Malvina jamás los hubiera presionado para aceptar el encargo sin estar ella misma convencida de que la posible recompensa equilibraba los riesgos. De ahí que, apenas la *Colombine* hubo dejado atrás el sistema planetario envuelta en su capa de lona poligrávida y aproó el espacio profundo, todo sentimiento negativo asociado con la joven se había reducido a la tristeza por una separación tan prematura.

Darío Shervaio fue el primero en percatarse de ello. Coincidieron en el puente de consolas, donde el profesor se encontraba curioseando, después de que Calabrés fijara el rumbo y abandonara la campana de cristal sensible que le permitía pilotar desde el exterior del casco de la fragata.

—Lamento muchísimo haberles aguado la cita —le dijo con timidez—. ¿Ama usted a esa espléndida dama, no es así?

Calabrés no estaba de humor para confidencias románticas, y mucho menos con un desconocido que no acababa de entrarle con el pie derecho. Sin embargo, se sentía también un poquito arrepentido por la forma ignominiosa en que había intentado escaquearse, de modo que hizo un esfuerzo por mostrar hospitalidad.

—Ignoro si la he amado alguna vez —confesó—. Pero puede estar usted seguro de que daría mi vida por ella sin dudarlo un instante.

Shervaio posó una húmeda palma sobre su hombro.

—Será una separación muy breve. Según creí entender, tendremos el placer de volver a verla dentro de un mes estándar, cuando la señorita Bylot haya hecho entrega de esos planos navales y nosotros nos encontremos felizmente de regreso.

Calabrés se encogió de hombros.

—¡Qué quiere que le diga, profesor! Casi preferiría ignorar la fecha de nuestra próxima cita. Eso me permitiría borrarla por una temporada de mi mente en lugar de contar los días para el recuento.

Shervaio ladeó la cabeza y esbozó la primera sonrisa verdaderamente franca que Calabrés había visto en su rostro.

—Conozco muy bien esa sensación —dijo con calidez—. Aunque le cueste creerlo por mi fealdad y mi torpeza, soy un hombre felizmente casado. Virginia trabaja como representante comercial para una prospectora niviana y se desplaza con frecuencia a la frontera. Por mi parte, las falsas identidades no invalidan el obstáculo de que soy un activista científico, por decirlo así, además de un prófugo de la justicia... —suspiró—. ¡Ah, temo que pasamos separados mucho más tiempo del que desearía!

—Lo compadezco —musitó distraídamente el cayeno—. No debe de resultar fácil mantener unido un matrimonio en tan adversas circunstancias.

Calabrés profirió aquel comentario por compromiso, sin meditar en lo más mínimo si resumía así su opinión sobre el asunto. Extrañamente, pareció tocar en Shervaio una fibra sensible. La expresión del terráqueo se agrió, y el antojo de su frente adquirió un llamativo tono bermejo:

—Puede guardarse su compasión para quien la necesite, capitán —si-seó—. Mi esposa y yo nos amamos, y ninguna separación por larga que sea logrará distanciar nuestros corazones —luego rechinó los dientes, midió a Zarko con una mirada rebotante de ojeriza y apostilló—. Desde luego, el nuestro se me antoja un vínculo mucho más noble y profundo que la burda lujuria que ustedes parecen entender por...

En este punto, el profesor pareció cobrar conciencia de que pisaba terreno quebradizo, así como de la amenaza de *Zurrabel* y de un imponente alfanje, pues se interrumpió en mitad de la frase y puso fin a la conversación con una rígida reverencia.

A Sardís, que acababa de verificar si BITÁCORA había registrado correctamente la estiba de municiones, no se le escapó aquel último desaire.

—No se lo tenga en cuenta, patrón; debe de tratarse de la resaca —apuntó con malicia—. He oído decir que afecta especialmente a los majaderos.

Absorbido por sus responsabilidades, Calabrés no tuvo en cuenta ése, ni ninguno de los otros comentarios con que Shervaio dio salida a su malestar durante las jornadas que siguieron. La *Colombine* iba adquiriendo una notable velocidad de crucero que le hacía sentirse muy optimista respecto a los plazos. El cuadrante fronterizo asignado al planeta decano de *Formosa* no estaba especialmente lejos, y contarían además con la ventaja de dejar a barlogravio el núcleo galáctico por lo que, con independencia de las velas que fuera orientando por el camino hacia otras estrellas y astros, disfrutarían de una fuente constante de impulso durante todo el trayecto, sin necesidad de dar engorrosas bordadas.

Faltaban trece días estándar, hora arriba o abajo, hasta la fecha señalada para el cataclismo. Fiando en sus estimaciones más pesimistas, Calabrés esperaba alcanzar su meta en once jornadas de navegación.

«Si el bloqueo no nos retiene demasiado, ese quisquilloso hijo de perra dispondrá de dos días enteros para hociquear en el polvo».

Pocos pilotos podrían jactarse de un promedio tan formidable. Quizá sólo Erik Orkada, el azurí que lo perseguía encarnizadamente desde las capitulaciones, podría competir con Calabrés en cuanto a intuición para los focos gravíticos y habilidad en el gobierno manual. Pero incluso sobre él poseía el cayeno una notable ventaja, pues la *Colombine* era una fragata excepcionalmente veloz, dotada de una superficie vélica muy superior a lo aconsejable para su arqueo.

Entre los miles de astrobajeles «sustraídos» por Valcracia de la flota aurate acuartelada, sólo tres eran «naves monarca». Éstas constituían auténticos tesoros para el *Polizón*, pues, aparte de rozar la perfección en diseño e ingeniería, sus bitácoras poseían niveles de inteligencia y albedrío tan superiores a la media que, en ausencia de pilotos esclavos, podían «pastorear» a sus compañeras más obtusas durante los desplazamientos. Dos de ellas, la *Arlechine* y la *Polichinelle*, quedaron en manos válcratas, mientras Calabrés y sus hombres apresaron la tercera para escapar al cautiverio, en lo que constituyó una acción de guerra irreprochable. Cosa curiosa, pese a que el robo de la «monarca» fue publicitado por Valcracia como su primer acto de piratería, ninguno de los azuríes cambiaría ahora la *Colombine*, no ya por el indulto, sino por el mayor tesoro de la confederación.

Naturalmente, se habían visto obligados a efectuar algunas modificaciones pues, con intención de simular intenciones pacíficas, ninguna de

las naves aurates se presentó armada en los planetas que fingieron redimir. Los cañones de antigravio —de los que la *Colombine* armaba ahora doce por banda— habían sido una aportación humana posterior, obtenida de manera casi fortuita durante la búsqueda de un mecanismo que permitiera purgar la energía aberrante de la antimateria. Los expertos no se ponían de acuerdo sobre si el *Polizón* dominaba o no esta tecnología armamentística, aunque el hecho de que escogiera las inmediaciones del planeta *Ensenada*, rico en yacimientos de antigravio, como primer escondite para su flota, parecía sugerir que había planeado dotarla de cañones cuando se acercara el momento de la batalla decisiva.

Los días pasaron, y la estela ostroboscópica de las velas se hizo más y más extensa conforme el cayeno rascaba obsesivamente aceleración de cada cuerpo celeste que dejaban a popa. El malestar de la tripulación no desapareció pero, en cierta forma, fue diluyéndose en los alienantes hitos de la rutina naval. Los familiares cambios de guardia, los ranchos a horas establecidas y la ración diaria de *groj* contribuían a enmascarar la decepción por el abrupto final de sus vacaciones y anestesiaban el temor atávico que los torturaba. Descontando las frecuentes salidas al vacío que los gavieros del señor Norrel debían realizar para reforzar un aparejo sobretensionado por las prisas, la travesía discurrió sin incidentes reseñables hasta el día en que un histérico *Torniquete* se presentó en la cabina del comandante.

La causa de su indignación era, cómo no, el profesor Darío Shervaio. Una secreta antipatía disfrazada de precaución había animado a Calabrés a negarle la pinta y media de ron que los demás recibían diariamente, rebajada con zumo de frutas, según la antiquísima costumbre que regía en los panteones flotantes de su planeta. Xhesgho se limitaba a ignorarlo como si ya estuviera muerto; sin embargo, Shervaio no despertaba grandes simpatías, y bastaría con la mínima ambigüedad proferida en embriaguez para buscarle problemas con cualquier otro miembro de la tripulación. Mantenerlo sobrio quizá fuera una buena medida preventiva pero, como *Torniquete* estaba a punto de trasladarle, también estaba produciendo horribles efectos sobre el terráqueo.

—Capitán, bien sabe usted que no soy nuevo en estas lides —le dijo el cirujano para comenzar—. Posiblemente no existan especímenes humanos más aprensivos que los astromarinos. Charlan como viejas de sus achaques, se auto medican con porquerías en cuanto tienen ocasión, y son capaces de imaginarse las dolencias más pintorescas con tal de combatir el tedio de las largas travesías.

Zarko asintió, risueño. Él no era hipocondríaco porque confiaba más en el reflejo que en la planificación, de ahí que prefiriera un humilde tor-

por a calentarse la cabeza con reflexiones morbosas. Así y todo, recordaba perfectamente las dos semanas que Sardís pasó empecinado con que el corazón se le estaba desplazando al costado derecho, o la manía recurrente de *Cuarentena* de que su cerumen había cobrado vida y generaba pequeños gólems que tocaban la pandereta con sus tímpanos.

—Este caso supera toda mi experiencia —prosiguió un exhausto *Torniquete*—. Shervaio me viene consultando un mínimo de tres veces diarias. Apenas logra conciliar el sueño, tiene palpitaciones y aliento fétido, y el llamativo antojo de su frente resultó ser un eccema que ayer mismo comenzó a ulcerarse y a supurar. También se las arregló para darme a entender que padece «cierta dificultad para armar el miembro»; en otras palabras, que es impotente como una medusa, aunque dudo si etiquetar este síntoma como causa o consecuencia de sus aprensiones.

—Se diría que ha estado perdiendo mucho peso últimamente —señaló Calabrés—. ¿Está seguro de descartar al cien por cien una afección genuina?

El cirujano apretó las mandíbulas, al tiempo que el rubor confería cierto aire cardenalicio al llamativo celeste de su pellejo:

—¡Tan seguro como que... diablos, como que usted no padece de estreñimiento!

Zarko carraspeó ante el desliz de su interlocutor. Se sabía muy admirado en la fragata por la puntualidad de sus evacuaciones matutinas; había llegado incluso a sus oídos que la guardia del combés cruzaba apuestas diarias sobre el minuto exacto en que su patrón abandonaría la campana para recluirse silborroteando en el jardín.

—Le ruego que me disculpe, capitán, pero tanta monserga me saca de quicio. Todo cuanto aflige al profesor es una ansiedad de mil demonios. Está sometido a una tensión nerviosa incompatible con un conspirador que, al fin y al cabo, vive en la clandestinidad, y que no debería verse afectado a tal extremo por una inofensiva infiltración en territorio enemigo.

—¿Insinúa que quizá nos esté ocultando algo? —inquirió Calabrés con un estremecimiento.

—La inminencia de una crisis real o imaginada anida en el origen de toda ansiedad —reflexionó *Torniquete*—. Ahora bien, he tanteado a nuestro hombre y constatado que la amenaza del *Polizón* no parece agudizar su nerviosismo. Le he prescrito algún sedante suave y vahos de hierba helicoidal sin resultados satisfactorios.

Calabrés, cuya empatía hacia la depresión era nula, sólo alcanzó a sugerir un posible levantamiento de la prohibición ética, medida que el ci-

rujano desaconsejó con firmeza. El debilitamiento de las inhibiciones en un estado de melancolía tan severa sólo desembocaría en otra escena bochornosa de la que quizá no lograra recuperarse.

—Está bien, señor Nikelsfoon, gracias por consultarme. Le ruego que tenga usted paciencia y siga como hasta ahora. Si la suerte nos acompaña, las dificultades del profesor para «armar su miembro» pronto habrán dejado de ser nuestro problema.

Desgraciadamente, la esperanza de aplazar el susodicho problema se truncó pocas horas después. Calabrés se encontraba en compañía de maese Norrel. El maestro velero de la *Colombine* le estaba mostrando los artilugios que había diseñado para adaptarse a las escafandras y poder así maniobrar sin tocar el suelo sobre la frágil superficie de *Dorada Linde*. Los habituales impulsores de gas comprimido no servirían en este caso, pues su flujo levantaría demasiado polvo y podría destruir las evidencias. Norrel había modificado cinco paracaídas de la legión válcrata que obtuvieron en su último abordaje. La gravedad en su destino sería tan débil que bastaría la microscópica célula de emulsión de aquellos aparatos para mantener a los exploradores en una comfortable levitación. Para desplazarse, sólo tendrían que orientar la célula a su conveniencia sirviéndose de unos pequeños dispositivos manuales.

—Eso sí —le previno maese Norrel—, tendrán que regresar a la fragata para reponer la célula cada cierto tiempo, pues esta mezcla se corrompe con mucha rapidez. Al fin y al cabo, está formulada para que los paracaidistas acaben posándose en el suelo, no para flotar sobre el enemigo como patos de feria.

—Capitán —medió entonces uno de sus gavieros—, dicen por ahí que el terráqueo le anda buscando.

Y así era. Tras varios días comunicándose con monosílabos y haciéndose llevar la comida al camarote para esquivar la compañía de los oficiales, Darío Shervaio había solicitado una entrevista con el comandante. Al parecer, había decidido mostrarse magnánimo y olvidar todas las ofensas en aras de un interés superior.

Al verlo sentado frente a él en la intimidad de su cabina, Calabrés no pudo dejar de advertir lo desmejorado que se encontraba. Sufría sudoración y tembleque, y el eccema supurante de su cabeza exhibía en verdad un aspecto repulsivo. Estaba tan delgado, ojeroso y consumido que Zarko empezó a sospechar si era realmente su rabieta, o el deseo de deshacerse del rancho por el desagüe neumático sin pasar por melindroso, la causa de que se recluyera en el camarote durante las comidas.

—Ante todo, capitán, quiero dejar a un lado nuestras pasadas diferencias y agradecerle que me haya recibido tan pronto. Según ha llegado a mis oídos, tenemos previsto alcanzar nuestro destino dentro de dos o tres días, y considero que no podemos aplazar por más tiempo el esbozo de una estrategia.

Dicho esto, Shervaio extrajo de su casaca una pequeña libreta de cuero y un portaminas de oro cuyo mecanismo accionó con devoción hasta obtener medio centímetro de finísimo carboncillo.

—¿Le sorprende lo primitivo de mi agenda, verdad? Lo comprendo. En el pasado usaba una consola portátil de fabricación hibernia, pero resulta que esta joya fue un regalo de Virginia, mi esposa, y posee para mí un gran valor sentimental.

Alzó el primoroso portaminas, en cuyo astil podía leerse la inscripción «A Darío, con grafito».

—Se trata de una broma privada de los prospectores mineros... —alegó en reacción al desconcierto de Calabrés—. ¿Sabe usted lo que significa?

Zarko negó con la cabeza.

—Se debe a que los yacimientos de antigravio, el metal más caro de la galaxia, acostumbran a encontrarse encapsulados en gruesas cortezas de grafito. Los geólogos desconocen la razón, pero ocurre así en el ochenta por ciento de los casos. El grafito, como usted sabrá, es el mineral carbónico con el que se fabrican los carboncillos y las minas de los lápices desde tiempo inmemorial —embelesado, hizo girar la joya frente a sus ojos—. Entre la gente del oficio, obsequiarse un lápiz o un portaminas como éste representa la esperanza de conseguir, con tiempo y esfuerzo, un premio infinitamente más apreciado que la vulgar carbonilla.

Shervaio se sacudió, mientras una sombra de angustia velaba sus ojos. Rápidamente, abrió la libreta por uno de sus muchos marcadores y señaló una página de crípticas anotaciones.

—Como verá, hice cuanto pude en el poco tiempo de que dispuse. *Dorada Linde* no era un mundo que generara muchas noticias; tampoco atraía turismo ni grandes inversiones. Rastreando viejas publicaciones en redes informativas, recopilé antes de partir una breve lista de eventos destacables. La mayoría proceden del mes previo a la declaración de cuarentena, tiempo suficiente para que *Formosa* se extrañara por la falta de correo, enviara una misión exploratoria, descubriera el holocausto y solicitara la ayuda de Valcracia. Estimo, por la tanto, que alguno de estos sucesos bien podía estar desarrollándose en el planeta cuando tuvo lugar la transmutación.

Calabrés examinó someramente la lista, solicitando la traducción del profesor cada vez que aquella endiablada caligrafía superaba su capacidad de lectura. Se mencionaba, por ejemplo, la fiesta de despedida a un grupo de botánicos jubilados que abandonaban el planeta tras varios meses de visita vacacional, un espectáculo callejero de teatro aficionado y la inauguración de un complejo subterráneo al que, por lo visto, asistiría una comisión de exportadores interesados en alquilar espacio para sus franquicias.

—Si le soy sincero, profesor —tuvo que objetar Calabrés—, me cuesta imaginar qué acontecimiento de esta lista podría haber merecido una venganza del *Polizón*.

—¿Y qué sabemos nosotros, capitán? —replicó Shervaio con acritud—. Esto es todo cuanto tenemos. ¿Y si los botánicos recogieron como suvenir una planta desconocida capaz de envenenar a nuestro enemigo? ¿Y si el autor de uno de esos libretos dio casualmente con la clave de su identidad mientras pergeñaba un drama terrorífico? Admito que será muy complicado extraer conclusiones de esas composiciones estáticas, de esos... dioramas de polvo que seguramente nos esperan allá, pero... ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si está usted de acuerdo, propongo que estudiemos los planos del asentamiento y diseñemos un itinerario con atención a una estricta escala de prioridades.

Calabrés acabó accediendo sin discutir a todas las sugerencias del profesor. Si sus esperanzas de obtener alguna revelación ya eran escasas antes de partir, las anotaciones del dichoso cuaderno no habían hecho sino reafirmarlo en su palpito. «Jardineros, teatro aficionado y un centro comercial... ¡Bah!» Al menos, se consolaba con la idea de estar al fin devolviéndole a Malvina una de sus muchas atenciones y con el hecho de haber disfrutado, pese a todos sus recelos, de una travesía relativamente sosegada y libre de fenómenos sobrenaturales.

Pensándolo bien, quizá estuviera resultando demasiado tranquila para su gusto. Si no fuera porque evitaban las rutas establecidas, incluso le habría confundido una ausencia tan absoluta de tráfico interestelar. Sólo el décimo día de singladura, cuando Zarko ya se planteaba navegar de bolina en orden a reducir la aceleración, creyó detectar la presencia de astrobajeles en su proximidad. Volaban demasiado lejos para que la sensibilidad de la emulsión hacia los cuerpos con masa desarrollara simulaciones fiables, pero Calabrés poseía un tacto excepcional: la sutilísima vibración que el aparejo transmitía a sus manos a través de las cabillas del timón rara vez lo engañaba. Rehusó acortar distancias y exponerse así a asomar en sus pantallas, pero se habría jugado el cuello a que se trataba de un convoy bas-

tante numeroso que se desplazaba a contragravio, dando bordada tras bordada en dirección a *Formosa*.

«Lástima —pensó—. Si no anduviéramos tan justos de tiempo, habríamos podido apresar algún rezagado que nos compensara en algo por este despropósito».

* * *

En una sociedad colonial fuertemente arancelada, y donde el estraperlo ejercía una atracción demasiado poderosa incluso para navegantes de probada honradez, existían tantos tipos de bloqueo como formas de eludirlo. Calabrés había practicado la mayoría de ellas con mayor o menor fortuna. Hacía cinco años, cuando Xhesgho cayó preso de sus antiguos correligionarios, superó el asedio multinacional de *Roca Rencor* falseando las balizas de la *Colombine* y disfrazándola de fragata condenatina. Bloqueos tan alejados del objetivo como el actual —donde, presumiblemente, todo intruso sería interceptado y destruido con independencia de su origen—, requerían una táctica más sutil. Los astrobajeles válcratas se habrían dispuesto en formación dinámica de esfera reticulada, a suficiente distancia los unos de los otros para cubrir un gran volumen de éter, pero superponiendo en todo momento el alcance de sus sensores, de suerte que entre todos dibujaran una burbuja impenetrable.

Naturalmente, un amplio margen de sensibilidad exigía mantener muchas velas desplegadas, por lo que era habitual que las naves en constante movimiento desajustaran a veces la formación. Calabrés planeaba mantenerse a la expectativa, fiando en su intuición con los controles para sorprender la más mínima irregularidad, cruzar los dedos y lanzar la *Colombine* por la brecha con el velamen dentro de sus carretes y la mayoría de sus sistemas desconectados.

Corría la mañana del onceavo día, y se encontraban a pocas megaórbitas del umbral telescópico, la máxima distancia que les permitiría divisar *Dorada Linde* con los sensores ópticos de la fragata. Calabrés estaba confuso. Llevaba recluido en la campana desde la guardia de alba, sondeando el éter a proa con la emulsión de sus velas mayores orientada a destino. Giraba las respectivas cabillas de izquierda a derecha una y otra vez, barriando el espacio de medianía a medianía, y sin recibir, no ya confirmación de la presencia válcrata, sino la más exigua trepidación delata.

—Señores —anunció por el canal interno—, o nos hemos equivocado de galaxia o auguro que nos comeremos con patatas toda nuestra experiencia en bloqueos.

—Ni rastro de patrullas a largo de escáner —confirmó Xhesgho desde el puente—. Y tenemos la estrella de Dorada Linde justo a proa. Ya deberíamos haberlos avistado.

—¡Ha sido ese condenado demonio, capitán! —graznó de repente un orfeón de voces angustiadas—. ¡El Polizón! ¡El Polizón!

—¿Quién si no? ¡El Polizón los ha volatilizado! ¡Los ha convertido en éter como petrificó a esos pobres cabrones en Dorada Linde!

—Exactamente igual que en la antigua leyenda, ¿lo recordáis? —aportó Sardís desde la cubierta artillera—. ¡La de aquella bruja cotilla que convirtieron en estatua de sal! Estaba Ylot, el primer percebero cayeno, y estaba su mujer, una arpía que lo tenía subyugado. Entonces se presenta Foyawhé, un diosillo de tierra adentro que perdía más aceite que tinta un calamar, y se ofrece para bendecir a Ylot, buen mozo donde los hubiere, con el vigor de diez hombres justos. En realidad, la intención de Foyawhé era sodomizar al pobre percebero a espaldas de su esposa, de manera que ordena a ésta que mire hacia otro lado y que no...

—Se lo ruego, señor Sardís —dijo Calabrés con una sonrisa—. Admito que todas esas historias ya estaban bastante tergiversadas cuando llegaron a sus oídos. Pero eso no lo legitima a usted para aportar detalles de su cosecha cada vez que...

—Sí, mejor déjate de monsergas, barrigón —le reconvino también el eviscerate—. Lo que menos necesitamos ahora son tus supercherías de jubilado.

—Hagan caso al señor Xhesgho, caballeros —coincidió el cayeno—. Convendría no dejarse arrastrar por el pánico...

«...por ahora» —concluyó para sus adentros.

—Reflexionad un segundo antes de cloquear como gallinas. El capitán creyó detectar ayer un nutrido convoy que se alejaba de nuestro destino en dirección a los mundos decanos. ¿Tanto os cuesta establecer la relación? Para mí, salta a la vista que los cabezalata recibieron orden de levantar el bloqueo y regresar a sus madrigueras.

La conclusión de Xhesgho era irrefutable, y Zarko sintió como se aflojaba un poquito el nudo que había atenazado su estómago. No obstante, ¿cómo justificar el abandono de los válcratas? Una expedición de abastecimiento no habría involucrado a la totalidad de la escuadra; tampoco tenía sentido reponer la despensa a sólo tres días de que sus órdenes quedaran invalidadas con la destrucción de *Dorada Linde*. Las palabras de Malvina resonaron inmisericordes en su cerebro:

«Los válcratas jamás habrían destacado una escuadra tan débil si creyeran que el *Polizón* todavía acecha en las inmediaciones».

¿Sería ésa la explicación? ¿Se habrían replegado los batidores para evitar un enfrentamiento imposible de ganar? A juzgar por los comentarios que seguían brotando de los altavoces, las sospechas de la tripulación corrían parejas a las suyas:

—¿A qué esperamos entonces para volver por donde vinimos? ¿Cómo enfrentarnos nosotros solos a lo que sea que puso en fuga a toda una escuadra?

—¡Viremos en redondo, capitán! ¡No tenemos nada que ganar aquí!

—¡Volvamos, sí, salgamos zumbando de este lugar de perdición!

La voz inconfundible de Darío Shervaio es escuchó entonces en sor-dina, señal de que había irrumpido en el puente de consolas.

—Con franqueza, estoy abochornado. Ustedes se comprometieron formalmente a llevarme hasta Dorada Linde. ¡Dieron su palabra a la señorita Bylot! ¡Maldita sea, capitán, confío en que no prestará oídos a estos pueblerinos supersticiosos!

—¿Usted qué opina, señor Xhesgho? ¿Cree que debemos continuar?

Xhesgho sólo tardó medio segundo en emitir su resolución:

—Lo que «debamos» hacer me importa bien poco. Ahora bien, capitán, si lo que me pregunta es si «podemos», el veredicto es rotundamente afirmativo. Existen dos razones para levantar un bloqueo. La primera, que una fuerza rival lo rompa y ponga en fuga a las patrullas. La segunda, que las mismas patrullas decidan marcharse porque el bloqueo ha dejado de ser necesario. El convoy que detectamos ayer viajaba en formación, y lo hacía además a velocidad moderada por dirigirse a contragravio del núcleo galáctico. ¿Habrían conservado una disposición tan marcial en caso de batirse en retirada? ¿No creéis que, si algo los persiguiera, habrían escogido su rumbo pensando, no ya en el regreso a sus bases, sino en acelerar como diablos?

—¡Bien dicho! —aplaudió Shervaio—. Celebro comprobar que hay en esta fragata un hombre que piensa con la cabeza.

Calabrés se apresuró a intervenir antes de que el *eviscerate* cambiara de actitud y decidiera que, después de todo, su víctima todavía coleaba.

—No cante victoria tan pronto, profesor. Comparto los razonamientos del señor Xhesgho y admito que sus conclusiones, ambas, me resultan igualmente tranquilizadoras. Sin embargo, usted ya debería haberse dado cuenta de que ninguna de las dos mejora precisamente nuestras perspectivas de resolver el misterio.

Shervaio mantuvo ahora la boca cerrada. También los tripulantes más remolones de la *Colombine* parecieron quedar momentáneamente satisfechos con el dictamen del *eviscerate*. La fragata no había dejado ni segundo de progresar mientras duró la disputa; la estrella de *Dorada Linde* era ya, sin parangón, la más brillante de su firmamento.

—Seguiremos entonces, señores, pero seremos precavidos como viejas matronas—resolvió Calabrés—. Señor Xhesgho, zafarrancho de combate. Señor Sardís, a los cañones; quiero los condensadores cargados y listos para disparar por ambas bandas; metralla de grano fino y grueso, alternativamente. Señor Norrel, disponga un equipo de gavieros equipados con escafandra junto a la exclusiva de servicio.

La *Colombine* hizo avance moderado, sólo con las gaviatas fuera de sus carretes. La repulsión gravitatoria ejercida sobre ellas por la estrella cercana era insuficiente para frenar a su gusto, de modo que Calabrés optó por la poco vistosa solución de accionar los pedales de las toberas reductoras mientras todavía fuera posible. Pronto, el cristal de la campana comenzó a sobrepresionar datos objetivos sobre el sistema. Seis planetas compartían con su destino la órbita alrededor de aquel sol; entre todos ellos, con un contorno ya plenamente definido en la simulación, destacaba el gigantesco joviano que pronto sería verdugo de *Dorada Linde*.

«Y los válcratas siguen sin asomar el hocico. Parece que la suerte no deja de sonreírnos».

Calabrés desplegó una de sus sobrejuanetes para usarla como escáner de precisión y rastreó el espacio aledaño a aquel monstruo gaseoso. Ahí estaba, sí, más o menos donde debería, pero... ¡Qué extraño! Tanto las lecturas que registraba como la vibración transmitida por la cabilla se le antojaban en cierta manera inconcluyentes: así percibía el contorno macizo de un planeta como simples señales difusas, evanescentes, más propias de un campo de asteroides o de...

«Sí, eso es. Ya había experimentado antes este tipo de perfil gravitacional. No tiene sentido, pero recuerda al de las malditas luxruptoras, y también al que me transmitían los controles cuando recalábamos en *Guarida del Ermitaño*».

Guarida del Ermitaño era un asteroide cavernoso que había servido en otro tiempo como refugio para contrabandistas y piratas. Calabrés hizo un esfuerzo por atribuir aquellas lecturas insólitas a la baja densidad que ahora conservaba la masa planetaria, aunque no lograba sacudirse de la cabeza la imagen de una inmensa nave de combate, o quizá de una escafandra fabu-

losa, el tipo de armadura que una deidad como el *Polizón* vestiría para batallar en el vacío y aplastarlos como moscardones.

Curiosamente, la misma fragata parecía compartir su incertidumbre. A Calbrés no le resultaría fácil explicar cómo había llegado a esa conclusión, pero estaba convencido de que la *Colombine* se oponía en cierta forma a seguir avanzando. Quizá fuera una infinitesimal resistencia de los controles, imperceptible para alguien que no fuera su piloto, una alteración sutil en la frecuencia ostroboscópica de su estela u otras señales todavía más abstractas que emanaban directamente del profundo vínculo que Calbrés había establecido con su nave, pero...

«No te gusta. Lo noto. Hay algo allí delante que no te trae buenos recuerdos. Mantente firme, pequeña, y te juro que pronto saldremos de este agujero».

No hubo respuesta. Ni palabra ni pensamiento habían sido nunca vehículos apropiados para intercambiar mensajes con la *Colombine*. Sin embargo, Zarko supo que su ruego había sido atendido con la misma certeza —o la misma vaguedad—, con que había percibido los recelos anteriores.

Ocurría que la *Colombine* era incluso más especial de lo que creían los escasos conocedores de su condición de «monarca». El *Polizón* había insuflado en sus criaturas, orgánicas y mecánicas, un remedo de aliento vital, de manera que los aurates pudieran comunicarse telepática y emocionalmente con sus naves. Esta comunicación directa resultaba muy deficiente tratándose de mentes humanas. La videncia de los enfermos nebulosos que permitió desvelar el primer escondite de la flota junto al planeta *Ensenada*, usaba como vehículo los sueños y las visiones tántricas, pero se había demostrado que el instinto naval, la intuición, la comunión entre hombre y máquina en la persecución de un objetivo común, podía ser una vía casi tan eficaz como aquéllos. En el caso de las «monarca», cuya superior inteligencia las hacía mucho menos dependientes de sus amos originales, el vínculo con el piloto se potenciaba hasta niveles desconocidos. Ya desde la primera vez que aferró los mandos, Calbrés supo que la *Colombine* se veía a sí misma como un ente femenino, y que le serviría con lealtad mientras permanecieran juntos y cuidaran mutuamente de su supervivencia.

—*Capitán, bitácora informa que hemos rebasado el umbral telescópico* —dijo entonces Xhesgho—. *Hemos orientado hacia proa las cámaras principales y regulado al máximo los aumentos.*

Calbrés hizo sobreimpresionar en la campana, frente a sus ojos, una reproducción minimizada de lo que sus oficiales veían en el puente. Ni ar-

maduras gigantescas ni naves de combate: se trataba de un pequeño planeta, punto y final. El mundo de *Dorada Linde*, del tamaño de un guisante pero dotado ya de textura y relieve, flotaba en el negro éter como un mustio guijarro de río. De modo que seguía ahí, después de todo, con válcratas o sin ellos. Tras él, más lejano pero casi del mismo tamaño subjetivo y proyectando su amenaza como un temible designio, flotaba el gigante joviano con su abrumadora riqueza de rojos, violetas y amarillos fusionándose y expandiéndose en morosas tolvaneras.

—Tierra a la vista, señores. El camino está despejado y parece que llegamos con tiempo de sobra. Señor Norrel, vaya preparando esos paracaídas. Procederé a fijar el vector de aproximación y...

—*Un momento, capitán* —era Xhesgho de nuevo—. *Me ha parecido ver algo extraño en... Sí, ahí está. Fijese en el gigante gaseoso, por el lado de Dorada Linde, en el contorno exterior de su albedo... ¡Que me aspen si no es un condenado satélite!*

Lo era. Acababa de completar su órbita tras la cara oculta del joviano y amanecía ahora quince grados por debajo de una imaginaria línea ecuatorial. Se veía diminuto, poco más brillante que una estrella, pero contaba con veinte veces la masa de la Tierra según las estimaciones de bitácora.

A Calabrés se le hizo un nudo en la garganta. Digno vástago para tan espléndido titán, formidable mangual para un gigante, la trayectoria del satélite se adelantaría pronto a la de su progenitor conforme completaba la órbita, pasando tan cerca de *Dorada Linde* como jamás lo habría hecho el joviano.

—*No sólo más cerca, capitán. También lo hará mucho antes de lo esperado. He introducido los datos en bitácora y enseguida tendré un pronóstico preciso.*

Calabrés chasqueó la lengua. Ahora entendía por fin que los válcratas hubieran abandonado el bloqueo. Pronto, no quedaría evidencia alguna que ocultar a los ojos de los extraños.

«Debí haberlo previsto. Bombas que no estallan, misivas amenazantes, un presupuesto de mierda... ¡Condenado hatajo de chapuceros!»

—*Cálculos completados, capitán* —proclamó el señor Norrel—. *Según bitácora, disponemos de una hora y cuarenta y siete minutos hasta que la gravedad del satélite sobrepase el umbral crítico y comience a succionar la masa de Dorada Linde.*

Calabrés vació lentamente el aire de sus pulmones. De modo que su brillante travesía había quedado en un fiasco; ahora tendrían que jugarse el

pellejo en una carrera a contrarreloj si querían cumplir su promesa. Se esforzó por controlar la inquina que pretendía hacerse un hueco en sus palabras y dijo:

—Profesor Shervaio, mucho me temo que sus camaradas astrónomos no acabaron de hacer correctamente los deberes.

3. Dorada, Dorada Linde

Habían escogido para posarse el mar interior que visionaron en las fotografías, a media milla del puerto. El tiempo apremiaba, sí, pero de nada les servirían las prisas si exponían el asentamiento a una posible refracción gravitatoria originada por la velas. Cinco hombres integraban la partida. Calabrés bajaría, claro, junto a Darío Shervaio, el señor Xhesgho y el maestro Norrel. *Carapilón*, uno de sus gavieros más experimentados y fornicados, velaría por el profesor y se responsabilizaría en su caso de volar a la *Colombine* para reponer las células corroídas.

—No les daría ni diez minutos en condiciones normales —les había advertido Norrel—: lo justo para descender levitando sobre el enemigo desde un deslizador que volase a media altura. Ahora bien, con esta gravedad tan irrisoria y sin atmósfera que potencie la acción de los ácidos... En fin, no me atrevo a aventurar un pronóstico fiable.

La *Colombine* se mantenía a baja altitud, la única capaz de retenerlos en órbita estacionaria sobre la débil atracción de *Dorada Linde*. Bajo su panza, se desplegaba una planicie de polvo entreverada de olas inmóviles. Pese a que Calabrés puso todo su empeño en maniobrar orientando las velas menores hacia la masa del sol o del joviano, no había podido evitar que la relinga del sobreperico apuntase accidentalmente a la llanura. En consecuencia, una cortadura de cien yardas de longitud y profundidad considerable hendía sesgadamente el tramado del oleaje.

—¿Lo veis ahora, alcornoques? —había reprochado el *eviscerate* a quienes protestaron por el retraso—. ¡Eso mismo le hubiera ocurrido al maldito villorrio si nos hubiéramos posado sobre él!

El capitán no acusó sus palabras como reproches. Todos sabían que accionar los timones con el engorro de la escafandra había sido el verdadero motivo del desliz. Gracias ello, evitarían ahora más demoras. Asegurada la *Colombine* en su órbita, a Calabrés sólo le llevó dos minutos ponerse el casco, presurizar el traje y apretujarse con sus compañeros ya equipados en la cámara de descompresión.

—La caída será lenta e inofensiva, de modo que no desprecinten ustedes la célula hasta que estén tan cerca del suelo como para distinguirse los dedos en su propia sombra —les instruyó Norrel por el canal interno de los cascos—. Cada paracaídas cuenta ahora con un sensor de proximidad programado a veinte pulgadas sobre el suelo —se inclinó para mostrarles la diminuta lente adherida al soporte vital—. Este pequeño obturador equaliza la altitud, velando y exponiendo la emulsión a la frecuencia con que pestañearía un epiléptico a quien un colibrí abanicara los ojos. Es automático, pero puede bloquearse en ambas posiciones para ascender o descender a voluntad. Conforme la mezcla se vaya corrompiendo, necesitará exponerse en parpadeos más prolongados, por así decirlo, lo que acelerará su desgaste. Pueden orientarla con esta palanquita para desplazarse sobre el terreno —la señaló en el dispositivo del control manual—. Sólo responde en ángulos muy cerrados, por lo que tendrán que contribuir en ocasiones orientando la mochila con su cuerpo.

El portón se descorrió sin sonido y expuso una parcela de firmamento. Sin ceremonias ni consultas, Xhesgho desactivó el anclaje magnético de sus botas y se dejó caer de espaldas por la abertura. Era su prerrogativa. Como oficial de abordaje, ostentaba el privilegio de cruzar en primer lugar aquella exclusiva siempre que se abría, y con independencia de lo que aguardase al otro lado para recibirlos.

Calabrés se adelantó para saltar el segundo, no sin antes señalar a Shervaio, Norrel y *Carapilón* con tres, cuatro y cinco dedos extendidos, respectivamente. El profesor se encontraba en un estado de gran agitación nerviosa que había obligado a *Torniquete* a administrarle un placebo. Zarko se sentiría más tranquilo si los gavieros, hombres habituados a trabajar sin atmosfera y a CeroG, se cuidaban de bajarlo de una pieza.

«Que el diablo me lleve» —pensó, mientras dejaba atrás el amparo de la fragata y se zambullía en lo desconocido.

Norrel no había exagerado: más que una caída libre, fue como sumergirse en una piscina de compota. Los pies de Calabrés pedaleaban inquietos sobre un mar de ceniza que ascendía a su encuentro con exasperante lentitud. Trató de relajar los músculos y controlar el ritmo de su respiración. Entonces divisó a Xhesgho, medio cable por debajo, como un asterisco diminuto. Le estaba haciendo gestos con la mano cuando, inesperadamente, el *eviscerate* se esfumó de su vista, engullido por una nube de polvo que hasta entonces se había mimetizado con la superficie.

—Extremen la precaución, maese Norrel —dijo por la radio—. El polvo que levanté con el perico todavía no ha terminado de asentarse. Está justo debajo de la fragata y caemos directos hacia él.

La voz del maestro velero resonó dentro del casco cuajada de extraños jadeos:

—*No me sorprende, capitán. Sin atmósfera, no hay viento que lo disipe, y esta condenada gravedad... ¡Eh, profesor, no...! ¡Cuid...!*

La comunicación se perdió entre chasquidos de estática conforme Zarko resultaba también succionado por la nube. Pronto, todo cuanto lo envolvía era una cortina harinosa que parecía suspendida del vacío. Tragó saliva. ¿Cómo adivinar ahora la distancia que lo separaba de la superficie? ¿Se quedaría flotando en el limbo, sin saber si iba o venía, en caso de desprecintar la célula prematuramente?

—Señor Xhesgho, ¿me recibe usted? ¿Ha aterrizado ya?

No hubo respuesta. Zarko giraba frenéticamente la cabeza en todas direcciones, incapaz de determinar la trayectoria seguida por el polvo. «En principio, yo soy más pesado, de manera que la nube debería darme la impresión de ascender». A no ser, claro, que él mismo hubiera cambiado de orientación y estuviera ahora cabeza abajo.

El tiempo se le hacía eterno. Jamás se había sentido tan solo. Su único vínculo con el mundo aparte de su propio resuello era el choque de las partículas contra el visor del casco: un polvo áspero, arenoso y cristalino, que seguramente le habría arañado la piel sin la protección de la escafandra. Deslizó el pulgar sobre los controles de su mano derecha. Estaba decidido: se la jugaría con el paracaídas tras un cuenta de diez.

«Distinguir los dedos en nuestra sombra, dijo el pollo... ¿Qué mierda de sombra si pued...? ¡Ay, joder!»

Un segmento de suelo acababa de materializarse bajo sus pies, como el pistón de una prensa que ascendiera para espachurrarlo. Calabrés apenas tuvo tiempo de hacerse un ovillo mientras hundía su pulgar en el interruptor. Como resultado, dio una voltereta en falso, barrió la arena con las rodillas y salió propulsado de cabeza contra la cresta de una ola petrificada.

«¡La madre que lo parió!»

Sólo veía oscuridad. Su cabeza había quedado engastada en el terraplén, y sus nalgas se empeñaban en aletear en el vacío atornillándolo como un berbiquí. Por un segundo, creyó que sus compañeros habían acudido a auxiliarlo, pero entonces se percató de que la voz que escuchaba era la suya propia, jurando y maldiciendo como sólo puede hacerlo un nativo de los Cayos.

«Pues sí que me he lucido con el aterrizaje... —pensó, abochornado—. Confío en que Sardís no lo haya visto desde la fragata».

Trató de calmarse y buscar a tientas los controles del obturador. Con la célula velada e inactiva, pudo al fin sacar la cabeza del talud. Se incorporó sirviéndose de sus benditos brazos y piernas. Tan erguido e inmóvil como pudo, volvió a activar el paracaídas; ahora sí, sus pies se separaron suavemente del suelo y quedó flotando a dos palmos de altura, estremecido por una vibración apenas perceptible.

En aquella mermada gravedad, el influjo de la emulsión repelía el polvo suspendido. Zarko quedó encapsulado en una burbuja de transparencia cuyos límites parecían tremolar también al ritmo enloquecido del obturador. Pudo así apreciar por primera vez el lugar donde se encontraba. La riqueza de detalle capturada en aquel daguerrotipo tridimensional realmente estremecía. Allí donde la cabeza o las posaderas del cayeno no habían dejado su impronta, podía apreciarse la mínima ondulación de las aguas, los arabescos de espuma que festoneaban los picos del oleaje, el relieve granuloso de las formaciones de krill... Justo bajo sus pies, una minúscula erupción de polvillo, como la ocasionada por una lombriz que escavase su salida, señalaba el punto donde la célula incidía directamente con su refracción.

Durante los siguientes minutos, todos sus intentos por desplazarse concluyeron invariablemente con su cuerpo rebozado en silicio. Cuando Norrel y *Carapilón* aterrizaron a pocos metros, sujetando por las axilas al profesor, Zarko ya se había dado por vencido y desconectado el paracaídas. Acuclillado en el suelo, admiraba la efigie de una caballa que asomaba medio cuerpo a la superficie, petrificada en mitad de su salto. Una de sus aletas se había desmenuzado, pero su actitud transmitía un dinamismo inquietante; los destellos cristalinos del silicio parecían conferir a sus ojos glaucos una chispa de vida. Incluso las salpicaduras proyectadas por su emersión estaban allí, desperdigadas por el suelo en forma de pelotillas compactas.

Los gaviosos soltaron a su protegido y se aproximaron flotando con torpeza. Sus burbujas de repulsión arrojaron a Zarko como si de un ígloo intangible se tratara.

—¿Se encuentra bien, capitán? —inquirió maese Norrel—. Hemos tardado en llegar porque el profesor la lió gordísima: desprecintó la célula apenas abandonar la exclusiva y bloqueó el obturador en abierto. Nosotros tuvimos que imitarlo para ascender en su persecución, arrebatándole los controles y bajarlo como un fardo.

—Lo lamento —se disculpó Shervaio, pesaroso—. Es posible que los nervios me aturullaran, pero admitan ustedes que todos esos botones son prácticamente idénticos.

Tampoco el maestro velero parecía sentirse muy cómodo con su paracaídas. Se contorsionaba en el aire luchando por mantener una ilusión de verticalidad, pero todo hacía prever que acabaría estampado como su comandante.

—Maldita sea —gruñó *Carapilón*, que sufría similares apuros—. ¡Quién iba a imaginar que resultaría tan complicado en la práctica!

En ese momento, una quinta figura envuelta en su vórtice de turbulencia emergió de la nube y pasó flotando junto a ellos. Era Xhesgho, levemente inclinado hacia adelante, con los brazos pegados al cuerpo, las piernas suspendidas con languidez y progresando arriba y abajo sobre las olas con un movimiento grácil y acompasadamente ondulatorio que transmitía la belleza y la elegancia de un aristocrático fantasma.

—¿Qué tal si me siguen, señores? Resulta bastante entretenido cuando le coges el truco.

★ ★ ★

La monotonía pronto se hizo abrumadora; como si fueran hormigas explorando una autopista de infinitos carriles. De no ser por el gigante gaseoso y su pupilo, que engordaban inexorablemente sobre sus cabezas, Calabrés habría empezado a creer que no existía en el universo otro color aparte del gris. La nube de polvo había quedado a su espalda. Ahora progresaban a cielo abierto por el erial; dejaban que el sensor de altitud los sostuviera en volandas, arriba y abajo sobre las olas, sin otra contribución por su parte que mantenerse inclinados y laxos como espadañas.

No les llevó más de diez minutos ganar la costa con los muelles como referencia visual. Estos se reducían a un atracadero de hormigón —ahora de polvo apelmazado— protegido por un rompeolas de monolíticos «caissons» a cuyos pies se amontonaban a millares las salpicaduras en grano.

—Detrás de mí —ordenó Calabrés—. En fila de a uno, e intenten apartar sus zarpas de cualquier cosa que el profesor no haya inspeccionado primero.

Su vuelo se estabilizó en cuanto contornearon el espigón y se internaron en la calma chicha de la dársena. Dos docenas de embarcaciones entre chalupas, barquitos pesqueros y modestos yates de ocio anclaban a su amparo, suspendidos en los distintos ángulos de balanceo en que los sorprendió la transmutación. La mayoría de sus elementos frágiles, como cables, antenas o pescantes, se habían desmoronado, al igual que la lámina arenosa en que debieron de convertirse los cristales de las cabinas, pero su

forma era perfectamente reconocible; algunos de los mamparos conservaban remache a remache un detalle primoroso de su relieve original.

«Hacerle a un barco una cosa así es peor que hundirlo, mucho peor que quemarlo o destruirlo a cañonazos —pensó Calabrés con las mandíbulas apretadas—. Hacerle esto a un barco equivale a condenar su alma por toda la eternidad».

Eran embarcaciones a motor, feas y rechonchas, grotescas a los ojos azuríes. Aun así, Zarko no pudo evitar estremecerse. Pensó en la *Tunanta*, el bergantín que llevaba generaciones como panteón flotante de su clan. Por primera vez, el temor dio paso a un alfilerazo de resentimiento contra el verdugo de *Dorada Linde*.

Xhesgho revoloteaba en vanguardia, a considerable altura sobre los edificios portuarios. Los reflejos solares en el garfio que había adaptado a su escafandra delataban la vivacidad de sus piruetas. Ni Calabrés ni sus compañeros fiaban tanto en la propia pericia, de modo que prefirieron dejar el obturador en automático y ascender al muelle sirviéndose de unas empinadas escaleras a modo de rampa sustentadora.

La emulsión iba dejando a su paso un reguero de polvo removido, como si un guasón invisible los persiguiera intentando rociarlos con su chorrillo de orina. Calabrés había temido las protestas de Shervaio por aquella inevitable alteración del entorno, pero no hubo tal; el profesor ni siquiera abrió la boca cuando *Carapilón* se llevó por delante una boza de amarre milagrosamente intacta e inició una reacción en cadena que desmenuzó el chinchorro fondeado junto a la escalera.

«Celebro que no se muestre tan quisquilloso como de costumbre —pensó Calabrés—. Aunque, si llego a ser yo el responsable, apuesto a que me habría acusado de destruir la maldita sogá que podría estrangular al *Polizón*».

Xhesgho los esperaba posado en el embarcadero, con la orografía gris y muerta de la población recortándose a sus espaldas. Por primera vez en todo el trayecto, Zarko se giró para mirar por encima del hombro. Allí seguía la *Colombine*, empequeñecida por la distancia pero grácil y hermosa como una libélula de plata contra el firmamento.

—El plano es bastante fiel a la realidad —confirmó el *eviscerate*—, por lo menos hasta donde he podido comprobar a vista de pájaro. La mayor parte de las edificaciones son los típicos módulos coloniales de planta única; muchos techos se han venido abajo, pero la mayoría siguen intactos. Hay una plaza central y algunas construcciones de mayor tamaño. Por lo demás, nada que llame particularmente la atención.

—¿Divisó usted el espaciopuerto o alguna zona apta para el aterrizaje de astrobajeles? —preguntó Calabrés.

Xhesgho asintió.

—Trescientas yardas al norte, al final de una cenefa en el polvo que bien pudo ser una carretera. Aparte de algún deslizador atmosférico, sólo había un astrobajel en la plataforma. Por cierto, que me ha parecido una goleta de muy buen porte, aunque estaba petrificada y había perdido el aparejo.

—Debe de tratarse del yate que trajo de vacaciones a los botánicos. ¡Pobres diablos! Al parecer, su famosa fiesta de despedida no llegó a celebrarse.

—Pues a fe mía que lo abuelos gozaban de una pingüe pensión. Su goleta dejaría en ridículo a las panzudas carracas que suelen fletar las agencias de turismo.

Calabrés frunció el ceño. El dato era intrigante. Apenas había prestado atención a los detalles del itinerario fijado por el profesor pero, si alguien de mayor solvencia que los pensionistas estuvo de visita en *Dorada Linde*, quizá conviniera saltarse los planes para inspeccionar el astrobajel y deducir acaso su nacionalidad.

Zarko se volvió para consultarlo con Shervaio, pero Shervaio ya no estaba junto a ellos. Se había alejado inadvertidamente, y ahora se encontraba frente a un grupo de estremecedoras estatuas humanas: las primeras víctimas que se cruzaban en su camino. Eran tres, y estaban agrupadas junto a un robusto noray, apenas a un paso del borde del embarcadero. En un silencio lúgubre, los azuríes se deslizaron a su encuentro.

Se trataba de dos hombres y una muchacha que, vestidos con chambergos, parecían conversar dispuestos en corro. Uno de los hombres, el más viejo, miraba a lo alto con aires de entendido. Al parecer, llovía o estaba a punto de llover en el instante de la transmutación; a juzgar por sus actitudes despreocupadas, se habían visto sorprendidos en mitad de una amigable charla sobre el tiempo.

«¿Podremos salir hoy a la mar, vejestorio?» —parecía preguntar el más joven.

La expresividad de sus facciones helaba la sangre en las venas. La ceja arqueada y el mohín torcido en los labios del anciano permitían vaticinar sin asomo de duda cuál habría sido ese veredicto que no le dejaron profetizar. Aunque lo hizo sólo para sus adentros, Zarko se sintió en la íntima obligación de respaldarlo:

«Acertó usted, buen señor; esa marejada sólo era el preludio de una galerna».

La muchacha, casi una niña, exhibía la actitud de quien sujeta un paraguas; tanto el mango como la endeble pantalla se habían desmoronado, y ahora se reducían a una película de polvillo suelto sobre sus hombros.

Shervaio no separaba los ojos de ella. Incluso a través del visor, se leía en sus rasgos una tremenda emoción contenida.

—Están muertos, profesor. Ahora no son personas; ni siquiera son cadáveres. Le aconsejo que no se torture inútilmente.

—¡Oh, cálese! —graznó Shervaio, encarándolo con furia—. ¡No me subestime atribuyéndome ese tipo de curiosidad morbosa! ¿No se da cuenta de que mi obligación es estudiar tantos rostros como pueda? Pertenecesco a *Amnesia*; he memorizado fotografías de muchos científicos punteros. ¿Y si alguno de ellos se encontraba aquí de incógnito, a cargo de una investigación secreta que no lograron ocultar al *Polizón*?

—En tal caso, supongo que se habría limitado a asesinar al científico— propuso maese Norrel—. ¿Por qué llamar la atención innecesariamente con...?

—¡Ja! ¡Son ustedes tan limitados! Intenten adoptar por un momento la perspectiva de un ente como el *Polizón*. ¿Y si el arma transmutadora de planetas fuera la menos potente de su arsenal? ¡No nos teme, no nos valora! Significamos tan poco para él que no dudaría en matarnos a miles si así lograra conjurar una posible amenaza.

Calabrés rehusó alimentar el histerismo alargando inútilmente la discusión. En realidad, le parecía hartamente improbable que aquella chiquilla que había conmocionado al profesor hubiera terminado siquiera la secundaria... Mucho menos ocultar a un genio de la astrofísica. «Le está afectando, aunque lo niegue. Y, por algún motivo, le está afectando más profundamente que a nosotros».

—Está bien, profesor, usted manda —rectificó, conciliador—. ¿Le resulta familiar alguna de estas tres personas?

En cuanto Shervaio negó con la cabeza, Zarko se giró hacia *Carapilón*. Sería incapaz de expresar en palabras sus motivos, pero no podía soportar dejarlos así. Los azuríes eran extraños; no debían estar allí espiando aquella escena, aquella amistosa charla sobre el viento y la lluvia a la que nunca fueron invitados. Antes que un crimen o un genocidio, aquella exhibición propia de un museo era una profanación salvaje de lo más sagrado que atesora el hombre: su dulce e intocable cotidianidad.

—Entonces derribalas, compañero. Es lo más parecido a enterrar a estos pobres desdichados que podemos permitirnos.

Carapilón señaló el satélite joviano, que ya superaba en tamaño a su mentor.

—Pero, capitán, si faltan sólo setenta minutos para que...

—Obedezca —siseó Shervaio—. No tienen ningún interés para nosotros; así evitaremos repetirnos.

★ ★ ★

Pasados veinte minutos, aquella ceremonia había perdido toda solemnidad para convertirse en un acto mecánico. No fueron muchos los lugares que desafiaron el temporal —y Calabrés lo agradecía de todo corazón—, pero sí los suficientes para mantenerlos ocupados mientras Shervaio horadaba su torpe surco entre estatua y estatua y certificaba con una cruz el visto bueno para el «sepelio».

«Me recuerda a uno de esos funcionarios válcratas que supervisaban la génesis aurate en la nave nodriza del *Polizón*, dictaminando vida o muerte con un ademán —rememoró Calabrés—. Hasta tiene la misma expresión de cetáceo varado en la arena, y va camino de firmar un promedio muy parejo».

En descargo de Shervaio, los azuríes debían admitir que el proceso de identificación presentaba a veces escollos casi insuperables. La colonia, pequeña y de pobres recursos, no había prosperado en exceso desde la visita de Sardís, pero su meteorología seguía caracterizándose por un elevado índice de pluviosidad, a juzgar por las prendas que los pobladores habían adoptado como vestimenta de diario. Chambergos, ponchos y capotes marcaban la tendencia junto a las botas impermeables, los gorros de lluvia y los sombreros calados sobre el rostro.

Recién llegados a la ciudad, Calabrés pensó que Shervaio acabaría golpeando a *Carapilón* en represalia por arruinar el rostro de una mujer mientras pretendía cándidamente levantar el ala de su sombrero petrificado.

—No toquen nada, ¿entendido? —les recordó con rechinar de dientes—. No toquen absolutamente nada hasta que yo les dé permiso para hacerlo.

Con sombrero o a cara descubierta, el hecho de hallarse en pie favorecía la conservación de las efigies. La mayoría de los que encontraron guareciéndose bajo los saledizos o asomados a sus zaguanes, mantenían una integridad perturbadora. Otros, aquellos que fueron sorprendidos corriendo de refugio en refugio, sufrían en el mejor de los casos la desintegración de algún miembro. En el peor, como ocurrió con un hombre que debía de hallarse en pleno salto sobre un charco, sólo eran confusas aglomeraciones entre las que costaba entresacar la forma de manos, piernas o cabezas.

Los niños pertenecían a la segunda categoría: prueba ésta indiscutible, en palabras de Norrel, «de la infinita misericordia de los dioses». Con una consistencia más frágil y poco dados a la inmovilidad, no hallaron ninguno que mereciera una mirada del científico o cuya conservación hiciera especialmente cuesta arriba la responsabilidad de «tacharlos». Probablemente, habría en los edificios incólumes muchos más niños a quienes sus padres quisieron ahorrar un resfriado; pequeñas estatuas de expresión mohína con lágrimas de piedra enquistadas en sus mofletes.

Pero eso, como decretó rotundamente Calabrés, los exploradores nunca lo sabrían:

—Por ahí no paso, profesor —había dicho el cayeno a un indignado Shervaio—. No hay tiempo material para husmear en cada maldito domicilio. Pero, aunque lo hubiera, jamás expondría a ninguno de mis hombres a quedar sepultados bajo una avalancha si el edificio se desplomase con ellos dentro. ¿No comprende usted que quizá nos resultase imposible desenterrarlo en el poco tiempo de que disponemos?

Tenía sus motivos para hablar así. La disputa se había originado a raíz de un litigio que tuvo por detonante el único hotel u hospedería de la población. Se trataba de un edificio cúbico de tres plantas y tejado a dos aguas, con aspecto más sólido que las viviendas coloniales. Un Shervaio al filo de la apoplejía se empeñó en registrar habitación por habitación, alegando que era allí donde se habrían alojado esos hipotéticos forasteros. Calabrés se opuso, naturalmente, con el apoyo entusiasta de *Carapilón*. Sin embargo, apenas habían comenzado a exponer sus motivos, cuando vieron al *eviscerate* ganar altura y deslizarse sin mediar palabra por una ventana del primer piso.

«Maldito sea —había pensado Calabrés—; admito que esa actitud suya nos ha ahorrado algunos apuros en el pasado, pero creo que Ezequiel abusa con demasiada frecuencia de sus privilegios».

Zarko no permitió que nadie lo siguiera, y encomendó a los gavieros que inmovilizaran a Shervaio en caso de que desafiara su prohibición. Sufrieron entonces tres minutos de verdadera angustia: el tiempo que tardó el edificio en sucumbir a un violento temblor y desmoronarse como castillo de naipes. El kázaro sólo logró escapar gracias a su pericia, a la lentitud con que todo caía en aquella mermada gravedad y la breve ventaja que le proporcionaba su burbuja de repulsión.

Una vez se reagruparon lejos de la nueva polvareda, Xhesgho les dijo:

—Ni siquiera llegué a tocar el suelo. Supongo que las estructuras horizontales son demasiado precarias para soportar la refracción de nuestras células.

—¿Encontró usted algún inquilino en las habitaciones? —inquirió Shervaio, con la voz añorada por la tensión—. ¿Alguien que no pareciera del lugar? ¿Quizá una...?

Xhesgho no se dignó a mirar al profesor. Fingió no haberlo escuchado y prosiguió como quien oye llover:

—La segunda planta parecía la única en uso. Tuve tiempo de contar hasta ocho ancianos, todos ellos hombres, paralizados mientras rehacían sus petates y empaquetaban sus videocámaras.

—Bien, eso parece zanjar el asunto de la goleta —sentenció Calabrés—. Los jubilados eran quienes decían ser y tenían pensado irse cuando anunciaron hacerlo.

Las pocas esperanzas que conservaban después de aquello fueron consumiéndose minuto a minuto conforme el itinerario certificaba su inutilidad. El edificio gubernamental, sede de la corregiduría formosiana, se había mantenido en pie, pero sus ventanas contaban con postigos que habían soportado la transmutación mucho mejor que las finas láminas de cristal. En cuanto intentaron perforar uno para asomarse, la corregiduría entera se les vino encima y tuvieron que desbandarse como polluelos.

En la plaza, que debía acoger en principio las jornadas teatrales, sólo hallaron un escenario vacío con algunas sillas melancólicas diseminadas a sus pies. La única efigie humana en las inmediaciones era la de un vagabundo dormido entre los caballetes que sustentaban la tarima. Los faldones de lona que seguramente ocultaron el refugio a los vecinos se habían desintegrado, exponiéndolo a la curiosidad de los forasteros. Serio y estremeado, *Carapilón* le devolvió su intimidad con una serie de enérgicos matotazos.

«Bueno, tampoco creo que ese bendito estuviera en posesión de muchas respuestas. Tal vez deberíamos plantearnos si merece la pena continuar».

También el entusiasmo del profesor parecía acusar el fiasco de su programa. Rara vez abría la boca, se movía con desgana y descuidaba con frecuencia su única obligación. Por lo general, eran los azuríes quienes se desplegaban en busca de víctimas. Habían acordado aguardar junto a los nuevos hallazgos hasta que el profesor se careara con ellos en persecución de su genio armamentístico. Ahora, Calabrés y los suyos tenían que esperarle largo rato como pasmarotes; no sólo eso sino que, en multitud de ocasiones, Shervaio se detenía a diez o doce pasos, demasiado lejos para discernir los detalles, y daba el visto bueno para la inhumación con un ademán displicente.

—Abajo con él, abajo, sí —salmodiaba como un autómatas—, no tiene ninguna importancia, ninguna importancia para nosotros...

Fue en una de éstas que maese Norrel se unió a Calabrés junto a su último descubrimiento: un joven paralizado mientras aprovechaba la lluvia para abrillantar un deslizador monoplaza posado junto a su puerta. Los azuríes maniobraban ahora con mucha mayor soltura. El truco consistían en ignorar los controles, vaciar la mente y encomendarse al propio equilibrio: para avanzar, se encorvaban ligeramente; para frenar, bastaba con proyectar las piernas adelante y orientar el trasero hacia destino.

En cuanto vio a Norrel aproximarse con aire furtivo, el cayeno adivinó que quería decirle algo en privado sin que lo registrara la radio de sus compañeros. Tras algunos intentos infructuosos de hacerse entender por señas, el gaviero desconectó su célula, se acuclilló y trazó los siguientes caracteres en el polvo:

NO MUJER NO VENDRÁ

Tenía razón. A Calabrés ni le había pasado por la cabeza interpretarlo como una pauta, pero las piezas encajaron en cuanto Norrel lo puso de manifiesto. En los últimos minutos, Shervaio había reservado su escrutinio más detallado exclusivamente a las mujeres. Si sus compañeros le señalaban un hombre, ordenaba que lo deshicieran sin más ceremonia.

Zarko estrujó con reconocimiento el hombro de Norrel. Aquello demostraba que Shervaio sí les estaba ocultando algo, después de todo. Quedaban diecinueve minutos para el cataclismo. Había llegado el momento de enseñar las cartas o romper la baraja.

—¡Profesor Shervaio! —llamó por el canal abierto—. ¡Venga usted aquí enseguida, profesor!

No hubo respuesta.

—¡Profesor Shervaio! —insistió—. Es importante, se lo ruego...

—Hemos encontrado a otra mujer, profesor —improvisó Norrel—. Una tía buena de la hostia... Con pechos enormes y... Uhh, parece bastante leída.

Nada. Ni siquiera chasquidos de estática. Norrel y Calabrés corrieron a reunirse con Xhesgho y *Carapilón*, pero el segundo no recordaba haber visto al profesor en los últimos minutos. En cuanto al primero, se limitó a responder de este modo a la pregunta de si sabía dónde se encontraba:

—Muerto en *Doble Rasero*.

Tuvieron que admitir que habían bajado la guardia. El profesor Darío Shervaio les había hecho una higa y había desaparecido sin dejar rastro.

Mejor dicho: un rastró sí que dejó. A Xhesgho le llevó algunos minutos desentrañar desde el aire la maraña de surcos que habían ido socavando con sus paracaídas, pero acabó encontrando uno que se alejaba en zig zag por una callejuela orientada al extrarradio. Ninguno de los azuríes recordaba haber peinado aquella zona. Además, sólo Shervaio, el que menos interés demostrara hasta el momento en perfeccionar su técnica de levitación, seguía anadeando de aquella manera.

Lo siguieron en estampida hasta dejar atrás los últimos módulos. El asentamiento propiamente dicho terminaba allí. Más lejos, en la distancia, sólo se divisaban chatos galpones fabriles y pequeñas huertas distribuidas entre generadores de viento que habían perdido sus aspas, todo ello con la apariencia de haber sido sepultado bajo el hollín de una erupción volcánica.

—Condenado liante —masculló Calabrés—. ¿Qué demonios se traería entre manos?

—Vaya usted a saber, capitán —replicó Norrel—. Pero apuesto a que buscaba lo mismo desde el principio. ¿Recuerda cómo se quedó idiotizado frente a aquella pobre muchacha del paraguas?

—Quizá sea un sucio fetichista —sugirió *Carapilón*—. Uno de eso tipos raros que se la pelan con muñecas.

—Más o menos lo que tú haces con las tuyas, mentecato. ¡Ten la decencia de callar mientras discuten tus mayores!

El rastro serpenteaba por un camino flanqueado de tocones y farolillos. Entonces desaparecía por una rampa que se internaba bajo tierra, junto a algunos mogotes de polvo que probablemente fueron endebles construcciones de acero y cristal. Había numerosos carteles y letreros señalizadores, pero la transmutación no había llegado al extremo de reproducir los textos impresos.

Tampoco era necesario para identificar el lugar donde se encontraban.

—El complejo subterráneo que los colonos construyeron para dinamizar su economía y atraer franquicias multiplanetarias —adivinó Calabrés—. Figuraba en el itinerario del profesor, pero nunca creí que tuviera redaños para...

Paseó la vista por la explanada que se extendía tras aquella boca preñada de oscuridad. No eran imaginaciones suyas. El terreno exhibía una depresión de varias pulgadas en relación a la llanura circundante, señal de que cimientos y pilares transmutados sustentaban a duras penas el peso de los suelos. Permitía contornear con exquisita precisión los límites del com-

plejo, aunque la concavidad era mucho más acusada en el centro, donde se abrían algunos pozos cónicos en abrupta pendiente.

No había ninguna duda: el rastro arañaba la rampa para desaparecer en las negras profundidades de *Dorada Linde*. Calabrés invocó al Diablo, a Górgussel y a todos los demonios que conocía, ofrendando para ellos el trasero de Darío Shervaio. ¿Qué derecho tenía el profesor para comprometerlos de aquella manera? Sardís se había puesto en contacto con Calabrés hacía algunos minutos para tranquilizarse por las polvaredas que había visto levantarse con el telescopio. El primer impulso del cayeno fue devolverle la llamada y rogarle que viniera en su busca, así la *Colombine* arrasara de una vez aquel infierno de arena con el terráqueo sepultado en sus entrañas.

«¿Qué demonios te ocurre? —se dijo entonces—. ¿Cuándo te has vuelto tan cobardica? Llevas comportándote como una vieja asustada desde que Shervaio mencionó el nombre del *Polizón*; has remoloneado, has disfrazado tu miedo de prudencia y has esquivado riesgos que en otras circunstancias ni siquiera te habrían parecido tales».

Ya era suficiente. Se lo debía a Malvina. Había dado a la joven su palabra de que velaría por Darío Shervaio y le asistiría en su búsqueda de respuestas.

El reloj de su muñeca marcaba doce minutos para sobrepasar el umbral crítico. Sin embargo, aquella referencia quedaba en ridículo en comparación con la presencia imponente del satélite, que exhibía ya el tamaño de *Yemayá*, la solitaria luna de Azur.

—Señor Norrel, señor Xhesgho, ustedes esperarán aquí con *Carapilón* —dispuso—. Mantengan su mano sobre el control del obturador. A la primera señal de que el suelo se desploma bajo sus pies, ganen altura y avisen a Sardís en la *Colombine*.

Todavía estaba profiriendo esas palabras cuando Xhesgho pasó levitando a su lado y comenzó a descender parsimoniosamente por la rampa.

—Mi receptor va como el culo —dijo para guardar las formas—. Pongo que entremos usted y yo, capitán, y que los gavieros nos esperan arriba para señalar el lugar a la *Colombine* en caso de que la necesitemos.

La protesta de Calabrés quedó en mera tentativa. Simplemente, no quedaba tiempo para discutir. Encendió el potente foco de su casco y le dijo a Norrel:

—Concédanos quince minutos, veinte como mucho. Si en ese tiempo no hemos salido o... —tragó saliva— ...o no han conseguido sacarnos, suban a la fragata y que BITÁCORA los lleve lejos de aquí tan rápido como pueda.

Xhesgho no necesitaba encender su lámpara. Su visión nocturna era casi perfecta merced al entrenamiento y la manipulación neuroquímica de los mercenarios *eviscerati*. Los pocos segundos que tardó el cayeno en reunirse con él en la base de la rampa, le habían bastado para hacerse un cuadro de la situación.

—No sé mucho de complejos comerciales —le dijo señalando a su alrededor—, de modo que corrígeme si me equivoco, Calabrés: ¿no dirías que se echa en falta en éste una última manita de pintura?

El joven no reaccionó ante el tuteo. Hacía años que tenía acordado con el *eviscerate* prescindir de formalidades cuando la tripulación no pudiera escucharlos. Xhesgho era leal, entendía la necesidad del liderazgo en una astronave y valoraba la amistad a su manera, pero seguía adoleciendo de poco respeto a la autoridad.

Por supuesto, no se refería al sempiterno agrisado del silicio. Calabrés batió las inmediaciones con su foco y llegó a la misma conclusión. Había un techo, había un suelo y había un bosque de pilares que unía ambas superficies, pero nada más. Ni infraestructuras sanitarias, ni parcelas acotadas ni bares o zonas de ocio. Lo único que llenaba el espacio entre las columnas era una lenta nevada de puntitos que destellaban como fractales. En algunos puntos, el flujo era tan denso y persistente como el que cabría esperar de un reloj de arena recién volteado.

—Más allá, junto a las paredes, vislumbro una pequeña hormigonera, algunos contenedores vacíos y lo que podrían ser restos de herramientas. Todo petrificado y hecho una verdadera pena, claro. Aparte de eso...

De improviso, una serie de chasquidos de estática quebraron las palabras de Xhesgho en el receptor, acompañados por lo que parecía el resuello de un hombre muy cansado, muy asustado o muy ansioso. Así pues, Darío Shervaio no había desconectado su emisora. La señal se había perdido en cuanto se internó bajo tierra; ahora, a punto ya de pisarle los talones, empezaban a recibirla de nuevo.

—Profesor, profesor Shervaio... ¿Nos escucha?

Nada. Sólo aquellos roznidos que venían y se iban junto con la estática.

—¿Puedes percibir su presencia, Ezequiel? Eso que llamabas... ¿el aura?

—Imposible. En Roca Rencor nos referíamos a ello como «aura» para darle un toque metafísico, pero lo cierto es que se reduce a una combinación de señales de lo más anodinas. El olor, el calor, las feromonas, la refracción

de las ondas sónicas en torno a su figura y contorno... Podría percibir las a gran distancia, pero nunca sin atmósfera y con escafandras de por medio.

Tampoco había que ser un lince ni rastrear su reguero para seguir en la pista correcta. Justo frente a ellos, en el extremo opuesto del subterráneo, una segunda rampa descendía al siguiente nivel. Avanzaron hacia ella con infinitas precauciones, cuidando de no rozar el suelo ni ninguna de las endebles columnas. La convexidad del techo casi les hacía encorvarse de pura aprensión, y el polvo se acumulaba sobre sus visores hasta el punto de que debían sacudírselo cada pocos pasos. Calabrés constató, sobrecogido, que el obturador ya no dejaba simples surcos a sus espaldas: ahora eran dos profundas grietas zigzagueantes que flanqueaban la abierta por su predecesor.

Enseguida se toparon con la que resultó ser la única efigie humana en aquella planta. Estaba sentada en el suelo, con la espalda recostada en un pilar, la cabeza erguida y los brazos descansando en las rodillas. Era un hombre maduro y robusto, con una especie de yelmo provisto de celada abatible que ahora tenía levantada. Su mono de trabajo disponía de sólidos refuerzos en brazos, muslos y espinillas. Junto a él, además de la fiambarrera vacía de su almuerzo, descansaba una barrenadora de plasma, ligada a su unidad de carga por una manguera casi enteramente pulverizada. Cosa curiosa: el cigarrillo preso entre los labios se había conservado bien; la brasa dejaba caer partículas de polvo tan similares a la ceniza que, por espacio de dos retumbantes latidos, Calabrés creyó haber dado con un superviviente.

—Un perforador, y bastante especializado, a juzgar por su equipo —comentó—. Me cuesta entender el modo de actuar de estos colonos. Anunciar una inauguración cuando queda casi todo por hacer y todavía sigues removiendo la tierra...

Pensando seguramente en facilitar las maniobras de los vehículos, la rampa del segundo nivel descendía en sentido opuesto a la que habían dejado atrás. En lugar de dar un rodeo para recorrerla en toda su longitud, se limitaron ahora a rebasar el borde del desnivel. El obturador amortiguó abajo la caída como era de esperar, pero Zarko tuvo la impresión de que, durante un instante, habían estado mucho más cerca del suelo que las veinte pulgadas de rigor.

«La célula empieza a agotarse. Será mejor que nos demos prisa o nos tocará salir saltando como canguros».

Xhesgho estaba inmóvil al pie de la rampa, escrutando el espacio con sus pupilas potenciadas.

—Desengáñate, cochino azurí. Esto ya no es un complejo mercantil, suponiendo que lo fuera o tuviera intención de serlo alguna vez.

—Creo que tienes razón. Se encuentra todavía en sus primeras fases, pero se trata de una mina, sin lugar a dudas.

Su foco apuntaba directamente a la veta del mineral, abierta en el centro aproximado de la segunda explanada. Era una cortadura de unos treinta metros de ancho, suavizada en su dirección con una pendiente que les permitía distinguir el fondo. Imposible precisar la naturaleza del hallazgo, aunque la textura del silicio había respetado las diferencias entre la capa superior y la expuesta a ras de suelo por los buldócer: la primera era porosa y de aspecto frágil; la segunda lisa y resplandeciente, con ocasionales formaciones prismáticas.

—Supongo que se toparon con la veta mientras escavaban el agujero para el complejo. Lo que me cuesta entender es por qué insistieron luego en seguir construyendo los pisos y los pilares... ¿Por qué no dejar la mina a cielo abierto? ¿Por qué publicitar una inauguración cuando salta a la vista que el complejo se la traía floja?

El cualquier caso, la explotación no había empezado a funcionar como tal cuando el *Polizón* la redujo a la condición de mastaba. Había otras dos efigies alrededor del yacimiento, ambas equipadas con cascos, pesadas herramientas en las manos y unidades de plasma a modo de mochila. También los restos de alguna maquinaria más contundente, una pequeña zona para solaz de los trabajadores y una hilera de cabinas que parecían retretes de campaña, todos convertidos ahora en macizos monolitos. Pero faltaban las barrenas mecanizadas, los raíles, las vagonetas, las grúas elevadoras... la inversión que haría verdaderamente rentable una empresa de ese tipo y permitiría compensar la sangría de los aranceles.

Darío Shervaio también se encontraba allí. El foco de Calabrés lo bañó de pies a cabeza mientras exploraba los contornos del yacimiento. El profesor estaba bordeando el pozo en dirección a la hilera de urinarios, entre los cuales parecía alzarse una tercera figura petrificada. Sus jadeos, audibles de nuevo en el receptor, se agudizaron hasta fundirse en un único gañido, patético e insufrible hasta la dentera.

—¡Profesor! ¡Estamos aquí, profesor! ¡Hemos venido a ponerlo a salvo!

Shervaio no reaccionó. Primero a trompicones, luego escorando torpemente hasta casi anular el efecto de la célula, pasó junto al primero de los obreros petrificados, un hombre de elevada estatura que se apoyaba en una barra de hierro a modo de bastón.

Xhesgho y Calabrés flexionaron sus espinazos y volaron en pos del científico.

—¡No sea tozudo, profesor! ¡Aquí no hay nada que...!

Calló, con el corazón a punto de estallarle en el pecho. Tuvo que parpadear varias veces para confirmar que seguía en sus cabales. Era cierto. El obrero petrificado acababa de abandonar su estática pose. Ya no sujetaba la barra con una mano sino con las dos. Tampoco la sostenía contra el suelo, sino alzada terroríficamente sobre su cabeza y amenazando la retaguardia de Shervaio.

—¡Defiéndete, Calabrés! —aulló entonces Xhesgho—. ¡Esos cabrones no son estatuas!

* * *

En cierta ocasión, interrogado por el pirata Arístides Molokay, sobre cómo se las había compuesto para vaciar él solito una taberna abarrotada de borrachos pendencieros, Calabrés dio la siguiente respuesta:

—Es como si, en medio de la bronca, cayera sobre mis ojos un velo de niebla que sólo me deja ver bultos —se encogió de hombros—. Entonces voy y atizo a los bultos.

Algo parecido experimentó Calabrés cuando dos nuevas figuras irrumpieron desde detrás de los pilares para abalanzarse sobre ellos. Todo se borró de su mente salvo el deseo irreprimible de zurrar. De primeras, ni siquiera vio que lo que habían tomado por máscaras protectoras y equipos de perforación eran en realidad escafandras blindadas con su mochila de soporte vital, aviesamente esmaltadas para mimetizarse entre las efigies. Tampoco reparó en los rostros grotescamente consumidos, apenas pellejos vacíos colgando de las calaveras, que acechaban tras los visores. Sólo proyectó su cuerpo hacia adelante con un rugido de rabia y los formidables puños alzados como pedruscos, dispuesto a destrozar a cualquiera que osara interponerse en su camino.

Su rival inmediato esgrimía en su dirección un pico de gran tamaño. Sin pensarlo dos veces, Calabrés amagó un directo a su cabeza. Por desgracia, no se paró a considerar lo difícil que resulta imprimir potencia a un puñetazo cuando flotas hacia el enemigo con la suavidad de una semilla filamentosa mecida por el viento.

El puño enguantado alcanzó el lateral del casco casi al final de su recorrido, sin mayor fuerza que un sopapo irresoluto. Increíblemente, el visor estalló en fragmentos de cristal, mientras el rostro de su contrincante comenzaba a inflamarse y supurar fluidos por efecto de la despresurización. Su cuerpo salió catapultado hacia la izquierda, atravesó un pilar y se difuminó entre las sombras.

—¡Sigue, Calabrés, no te detengas! —oyó gritar a Xhesgho—. ¡Yo me encargo de los demás!

Ya se había encargado de uno, aunque el cayeno nunca lo sabría. Había sido el *eviscerate*, y no aquel patético directo, quien abatió al primer agresor. Cuando su propio rival intentó golpearlo con un mazo de acero, Xhesgho levantó las piernas y energizó el anclaje magnético de sus botas. El martillo quedó así firmemente adherido a las suelas. Una violenta contorsión en el aire, sincronizando al milisegundo el momento de desmagnetizar el anclaje, basto para arrancar el arma de manos enemigas y catapultarla contra la cabeza de su cómplice.

Darío Shervaio estaba de bruces en el suelo, todavía a veinte o treinta pasos de distancia. El primer cachiporrazo parecía haber dañado la mochila del soporte vital y destrozado la célula del paracaídas, pero todavía porfiaba en arrastrarse hacia aquella efigie alzada entre los urinarios. Su atacante ya estaba levantando la barra para propinarle el golpe definitivo.

Zarko había aprendido la lección. Desactivó el automático y, en cuanto sus pies tocaron el suelo, dio cuatro potentes zancadas que transmitieron a su carrera el ímpetu de un potro desbocado. Sentía cómo el suelo vibraba y se estremecía bajo sus plantas, pero ya no le importaba. A dos yardas escasas de su objetivo, saltó con todas sus fuerzas y reactivó el obturador.

—¡Aplástalos, Ezequiel, sácales las tripas! —bramaba como un demonio—. ¡A por ellos, a por ellos con alma, cagonlaputade... Ahhhhg!

Calabrés se llevó por delante al verdugo de Shervaio, arrancó la barra de sus manos, y lo empotró contra un segundo pilar, que se vino abajo como sacudido por un terremoto con buena parte de la techumbre. A consecuencia del impacto, el cayeno salió rebotado y barrió el polvo con su trasero. En cuanto la célula le devolvió la verticalidad, la desactivó de nuevo y asentó los pies para encarar a su contrincante.

Calabrés no era un luchador técnico. La mejor baza que podía oponer contra el enemigo —aparte de esa ceguera homicida que lo poseía en el combate—, era el desprecio más absoluto por la propia seguridad, además un derroche de vigor cuyo verdadero alcance sólo podrían imaginar aquellas pobres desdichadas que habían sido sus amantes. El propio Xhesgho, haciendo gala de una gran benevolencia, había confesado que no las tenía todas consigo en caso de un enfrentamiento con el cayeno:

—Tendría que matarle rápido, cosa que va contra mis principios. Simplemente, resulta muy difícil mantener un combate prolongado contra alguien a quien no le importa lo que le hagas y que sólo piensa en aniquilarte.

Su presente rival respondió como un guerrero bien adiestrado. Apenas le llevó unos segundos superar la conmoción y desembarazarse del montón de arena que lo sepultaba. Sin embargo, aún no había terminado de armar

su guardia cuando se encontró de nuevo sepultado, esta vez bajo un aluvión de puñetazos, patadas, cabezazos y empujones propinados con fuerza descomunal. Zarko era tan vulnerable como cualquier energúmeno, pero tampoco cedía ocasión de contraatacar. Codos, cabeza, rodillas; le daba lo mismo. Le arreó con todo y tan rápido como pudo, sin dejar de ladrar en ningún momento una retahíla de gruñidos, maldiciones y juramentos que, al fin y a la postre, podían interpretarse con un «toma esto, cabrón y toma y toma y toma».

Su rival todavía se mantenía de pie cuando Calabrés agotó finalmente su resuello. El visor de su enemigo estaba astillado pero operativo, exhibiendo aquel rostro demacrado y carente de toda expresión. Algunos de sus blindajes también se veían abollados o levantados, aunque sin consecuencias letales. De hecho, había sido el escenario el mayor perjudicado: el suelo estaba removido en un radio de cinco yardas; los pugilistas habían arrasado con otros dos pilares y la más cercana de las letrinas.

—¿Qué mierda de criatura eres tú? ¿Por qué diablos no te caes?

Naturalmente, no hubo respuesta. O los desconocidos carecían de radio o ésta operaba en una frecuencia distinta. Infatigable, Calabrés buscó a su alrededor cualquier objeto contundente que le permitiera rematarlo por la vía rápida.

No fue necesario. Ante los atónitos ojos del cayeno, su agresor pareció disolverse dentro de su traje, que se desmoronó un segundo después, dejando sólo como recuerdo de su ocupante un tegumento pegajoso adherido al visor.

«Los dioses me amparen... No creí haberle hecho tanto daño».

Xhesgho se reunió entonces con él. Llevaba bajo el brazo las otras tres escafandras vacías, todas desgarradas por los tajos de su garfio y rezuando una pasta repugnante de color ambarino.

—Vaya mierda —dijo—. Nunca me acostumbraré a la forma de reventar de estos pequeños cabrones... No son serios, no cooperan, no mueren bonito ni...

—Se refiere a...

—Aurates, claro, ¿qué si no? —alzó sus trofeos—. Eran cuatro malditos aurates.

Calabrés sonrió a su amigo. Aquel descubrimiento revalorizaba la victoria. Los aurates siempre habían demostrado ser guerreros ágiles, fuertes y muy correosos. Los dioses les habían sido propicios, y no sólo favoreciéndolos durante la lucha. Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos

giraron la cabeza al unísono para evaluar el estado lastimoso de la mina. Contemplaron cinco pilares derribados, multitud agujeros en el techo y e incontables torrentes de polvo que no presagiaban nada bueno.

—En fin, Ezequiel, a ver quién se atreve a sostener ahora que no existen los milagros. Recojamos al profesor y salgamos de aquí por...

—¡Lo sabía, lo sabía! ¡Me lo advirtieron y no quise creerlo! ¡Putas, maldita puta!

Era el profesor. Se había levantado por su propio pie y renqueaba trabajosamente hacia la efigie petrificada que se alzaba entre los urinarios. Calabrés se percató entonces que ésta no representaba a una sola persona sino a dos, aunque tan estrechamente pegadas que hacía difícil discernir donde terminaba una y empezaba la otra. Logró reconocer no obstante una pierna desnuda, una falda arremangada, una boca abierta en expresión de éxtasis...

Y habría distinguido más cosas si, en ese momento, Shervaio no hubiera levantado sobre su cabeza la misma barra de hierro que lo dejó malherido.

—¡Eres una puta, Virginia! —ladró fuera de sí—. ¡Una puta traidora y mentirosa!

—¡Profesor, no!

Xhesgho se movió tan rápido como una centella. Logró apresar a Shervaio por la cintura, pero no antes de que la barra impactara de lleno contra la estatua de los amantes. Un temblor violento y sostenido sacudió el subterráneo de punta a punta conforme, primero los urinarios y luego las columnas, se desintegraban una tras otra entre nubes de polvo.

Apenas tuvieron tiempo de ovillarse. A los pocos segundos, el mundo entero se estaba derrumbando sobre sus cabezas.

—Nunca quise creerlo. Me lo habían avisado viejos amigos, otros agentes de *Amnesia*... Un amante en cada planeta, una auténtica depredadora... La hice seguir, sólo para acallar esas voces. Sospechas, siempre sospechas... Era lista; no se dejaba sorprender. Sabía que estaba aquí, en *Dorada Linde*, comisionada por la prospectora. La lloré, oh, claro que la lloré... Pero también me dije que esta vez no podría adelantarse a mis movimientos ni engañar a los detectives. Si el cataclismo la sorprendió en adulterio, seguiría en adulterio a mi llegada. Tenía que venir yo, en persona, tenía que saberlo...

La voz de Darío Shervaio se debilitaba por momentos en la radio. Su respiración sonaba silbante y estertórea, señal de que el bastonazo le había aplastado las costillas o quizá dañado el regulador de la mezcla. Al principio, Calabrés había tratado de consolarlo. Ella todavía lo amaba. Por eso

se escondía, para no levantar ampollas innecesarias. Luego empezó a sentir un sordo resentimiento contra el hombre que los había arrastrado a aquella tumba sólo por vil egoísmo.

Al final, simplemente, se abstrajo y dejó de importarle.

«Siempre supe que moriría joven y de manera absurda —pensaba—. Pero tener por homilía los rebuznos de un cornudo plañidero, la verdad, me descoloca...»

No podía moverse. El foco se había averiado o agotado su batería, pero no lo necesitaba para deducir que se encontraba aprisionado bajo toneladas de polvo. La señal de radio era incapaz de atravesar aquella lápida de silicio, de modo que seguían aislados del exterior. Imposible saber cuánto tiempo pasaba del umbral crítico, pero Zarko calculaba que habrían rebasado con mucho el margen de los veinte minutos.

—Ezequiel, ¿me oyes? ¿Te has mentalizado ya para pasar la eternidad como el asteroide más feo que orbite ese satélite joviano?

—Admirablemente, Calabrés —respondió el *eviscerate*—. El único problema es que sigo agarrando la pierna de un pestilente cadáver. Recuerdame que lo suelte en cuanto empiece la cosa y salgamos de este agujero.

—Pues vete preparando, porque creo que aquí viene.

Calabrés llevaba unos minutos con la sensación de que su carga se hacía menos pesada, aunque lo había atribuido al adormecimiento de sus brazos y piernas por la incómoda postura. Ahora ya no había confusión posible. El polvo se estaba deslizando bajo su cuerpo y lo empujaba lentamente hacia la superficie.

«No albergues muchas esperanzas. Si la atracción gravitatoria nos afecta a esta profundidad, arriba sólo nos espera una nube de polvo de la que nunca podremos salir».

Al menos, confiaba en que Norrel y *Carapilón* hubieran podido refugiarse en la *Colombine* antes de que se desencadenara la vorágine.

Calabrés ascendía muy lentamente. Pronto descubrió que podía vencer la resistencia del silicio si agitaba los miembros y escarbaba con decisión. Fue un derroche innecesario de energías: conforme la losa se esponjaba y desapelmazaba, recuperó sin mayor esfuerzo la movilidad.

Una débil fosforescencia comenzaba a filtrarse en la nube coloreándolo todo de gris. Era como formar parte de un geisher de ceniza; en ocasiones, enormes masas de polvo compactado rozaban su cuerpo, presas en la misma corriente de infinitas partículas. Creyó reconocer un pedazo de hor-

migonera y lo que tomó por una pierna flexionada de mujer. Durante casi diez segundos, antes de que se hiciera pedazos entre sus piernas, Zarko viajó acaballado en una amorfa masa de silicio tan grande como una catedral. El polvo y los fragmentos desgajados giraban en lánguidos torbellinos gravitatorios, esclavos de la rotación y traslación del satélite.

—¡Allá vamos, kázaro cabrón! —aulló, dominado por una euforia suicida—. ¡Nuestra última travesía espacial! ¡Jaja!

—Dioses, todavía dos horas de oxígeno en la reserva—se lamentó Xhesgho con desánimo—. Como si los regüeldos post mortem de esta condenada carroña no fueran bastante tormento...

Entonces, Zarko se sintió zarandeado por una violenta sacudida gravitatoria. Un vendaval de polvo se estrelló contra su espalda y lo rebasó por ambos costados. De repente, podía ver a gran distancia, asistido por una luz mucho más intensa y de matices plateados. Se encontraba en el interior de una burbuja gigantesca de nítidos contornos; el polvo liviano había sido expulsado de ella y dibujaba ondulaciones y arabescos palpitantes más allá de su intangible epitelio. Allí, en el interior, sólo quedaban los fragmentos apelmazados, algunos grandes como montañas, pero que también se estaban deshaciendo en penachos pulverulentos.

—¡Aquí capitán, a su espalda! —gritó Xhesgho.

«Capitán... me ha llamado capitán».

Se giró, estremecido por una descarga de esperanza. Allí estaba la *Colombine*, sacudiéndose en mitad de las contradictorias corrientes gravíticas, con el aparejo vibrando por la tensión y violentamente escorada pero llevándose por delante cuanto tenía a su paso. El velacho era su única lona desplegada, pero bastaba para generar aquella potente burbuja refractaria y alumbrarlos con el fulgor de la emulsión.

Xhesgho ya estaba progresando hacia ella. Asistido por los últimos estertores de su célula, y con el profesor sujeto bajo el brazo, saltaba de fragmento en fragmento, a veces volando y a veces con unos desconcertantes movimientos de anguila. Calabrés vio a una docena de tripulantes equipados con escafandras sujetos magnéticamente al casco de la fragata. Uno tras otro, descargaban sus pistolones de pulsos contra cualquier aglomeración todavía íntegra y que amenazara con arrollar a los tres naufragos.

También los cañones estaban fuera de sus cuarteles. Su deflagración era muda, y sus proyectiles demasiado veloces para la vista, pero cada vez que una de aquellas montañas volaba hacia el exterior convertida en fosfátina, Zarko adivinaba que Sardís estaba contribuyendo al rescate con sus precisos disparos.

El resto fue un juego de niños. Ni siquiera se vio en el brete de imitar las maniobras de Xhesgho. Norrel y *Carapilón*, con nuevas células en sus paracaídas y ligados a la nave por los cables de seguridad, saltaron en su busca y lo devolvieron en volandas a la *Colombine*.

La fragata iba escapando de la nube, aliviada en parte la tensión en sus escotas, drizas y bríoles de titanio conforme *Dorada Linde* dejaba de ser un foco gravitatorio bajo su panza. Mientras esperaban su turno para la exclusiva, Calabrés se acercó al *eviscerate*, que había depositado sobre el casco el cuerpo inerte de Darío Shervaio.

—¿Está muerto?

Xhesgho no dudó un segundo.

—Por supuesto que sí.

Entonces, el terráqueo alzó la cabeza y se sacudió espasmódicamente. Sus labios estaban teñidos de sangre tras el visor, y sus ojos refulgían con mirada de loco.

—¡La lluvia, jajaja! ¡La bendita lluvia! —proclamó con delirio—. ¡Era una farsa, todo era una farsa! ¿Dónde están, eh? ¿Dónde están las jodidas gotas de lluvia!

Calabrés frunció el ceño y miró al kázaro con censura. «¿Conque muerto, eh?»

Naturalmente, no había preguntado a la persona indicada.

4. Epílogo

La *Estación del Ñic-Ñic* estaba a pocos días de convertirse en un recuerdo hasta la próxima primavera. Con la mayoría de las hembras ya preñadas a conciencia, los gibones machos merodeaban como delincuentes por los vertederos en busca de vituallas que almacenar en sus nidos arbóreos. También para *Doble Rasero* había llegado la hora de hacer balance: contar las ganancias, recoger la basura, asumir su condición de protectorado y señalar a los forajidos, con una sonrisa de agradecimiento y el deseo de un feliz viaje, dónde quedaba la puerta para largarse.

—La clave residía en la lluvia —dijo Calabrés—. Las salpicaduras marinas estaban representadas como pequeñas bolitas muy convincentes. La lluvia debería haber adoptado una forma similar al precipitarse convertida en silicio. Pero no la había, y tampoco orificios de impacto. Ignoramos si les faltó tiempo para reproducirlas o consideraron que nadie repararía en

su falta —frunció los labios—. La verdad, estuvieron a punto de salirse con la suya. Excepto Shervaio, ninguno de nosotros lo advirtió; ni siquiera Xhesgho, por mucho que ahora evite la pregunta.

Se encontraban de nuevo instalados en la hospedería de Richto, solos en su habitación de la segunda planta. Malvina parecía exhausta y malhumorada. Todavía vestía su cómodo guardapolvo de viaje, pues acababa de abandonar el paquebote tras un frenético tour por Nivia, Hibernia y Extich, mientras que los hombres de la *Colombine* llevaban una semana ociosos y aguardando su regreso.

—Entonces, ¿sigues manteniendo que el subsuelo de *Dorada Linde* estaba repleto de antigravio?

—Supongo que nunca tendremos la certeza absoluta —respondió Calabrés con un mohín—, pero todos los indicios parecen respaldar esa conclusión. No se trata sólo de lo que hallamos en el complejo subterráneo. El propio Darío me contó que los yacimientos de antigravio suelen encontrarse bajo estratos de grafito. Sardís, por su parte, recordaba muy bien de su pasada visita a *Dorada Linde* una inusual abundancia de carbonilla. Además, ¿por qué otro motivo llamaría la atención de una prospectora niviana ese páramo asqueroso? ¿Qué podía hacer allí Virginia Shervaio, su mejor negociadora, sino valorar el alcance del descubrimiento?

Las deducciones que ahora compartía con Malvina eran el resultado de bizantinos coloquios durante el viaje de regreso. Darío Shervaio apenas había aportado nada a los mismos, pues murió a consecuencia de sus heridas pocas jornadas después de abandonar el sistema. Aunque ni Calabrés ni sus compañeros acababan de tener claros todos los extremos, habían madurado una teoría que consideraban satisfactoria.

—Suponemos que el hallazgo tuvo lugar hace bastante tiempo, a juzgar por el estado apenas embrionario en el que se paralizaron las obras del complejo. La famosa inauguración era sólo una tapadera, pues allí no había nada que inaugurar; se trataba de una simple excusa para invitar discretamente a los abogados de la prospectora que habrían de firmar los pertinentes contratos de explotación —guiñó un ojo—. Sospechamos que las autoridades de *Dorada Linde* urdieron llevar el negocio de tapadillo para evadir los aranceles y evitar que *Formosa* reclamase su tajada.

Por desgracia, no fueron lo bastante discretos para evadir el acecho del *Polizón*. Los azuríes no se ponían de acuerdo sobre este punto, pero era muy posible que contara con espías aurates diseminados por la confederación a la caza del tesoro que ambicionaba. Probablemente, descubrió la existencia del antigravio casi en el mismo instante en que los barrenadores perforaron la corteza de grafito y expusieron por primera vez el yacimiento.

—De modo que nunca hubo transmutación —admitió Malvina con una mueca de disgusto—. Me aborrezco por haberlo aceptado con tanta facilidad cuando Shervaio nos mostró las fotografías. Ignoramos las verdaderas capacidades del *Polizón*; de ahí que tendamos a dar por hecho que es capaz de cualquier cosa.

—No te tortures. En realidad, todos lo creímos. El miedo que sentimos por esa criatura nos cegó, ocultándonos la respuesta que teníamos delante de los ojos.

Calabrés todavía se sonrojaba al recordar la facilidad con que Xhesgho había derribado cuantos argumentos porfiaban en seguir defendiendo la teoría de la transmutación. Si el *Polizón* poseyera realmente el poder de cambiar la naturaleza de los elementos, ¿por qué no producir él mismo tanto antigra-vio como quisiera a partir del hierro, del aluminio o del carbono? El descubri-miento de su flota frustró su intención de servirse de las minas de *Ensenada* y le obligó a trasladarse a un nuevo escondite, pero el mero hecho de que op-tase por esa primera ubicación delataba su necesidad de extraer el mineral por medios convencionales. Zarko sabía eso. Es más, había estado prisionero en el mismísimo cubil de la flota aurate. Y, aun así, se había dejado engañar.

—Con transmutación o sin ella, tampoco debemos subestimar lo que hizo de verdad —matizó—. Dispuso de varios meses, prácticamente un año, para construir la réplica de *Dorada Linde*. Aunque de primeras se li-mitó a reproducir un entorno natural bastante rácano —Calabrés recordó las inusuales lecturas gravitatorias que registró durante la aproximación—, además de presumiblemente hueco, coincidirás conmigo en que la magni-tud de semejante montaje lo deja a uno patidifuso.

Tan patidifuso, en realidad, que Calabrés todavía no lograba proyectar en su imaginación una representación digerible de lo ocurrido. De acuerdo con maese Norrel, desplazar un planeta de su órbita para llevárselo lejos sería muy complicado, pero hasta los mundos decanos podrían afrontar el reto con el esfuerzo coordinado de sus flotas. O quizá, como propuso el señor Xhesgho, el *Polizón* se había decantado por destruir el verdadero *Dorada Linde*, llevarse a remolque los pedazos aprovechables y propulsar el resto contra el sol. Sustituirlo luego por su réplica de silicio y abandonar ésta en una órbita calculada de autodestrucción habría sido un juego de niños comparado con eso.

—Los agentes aurates que nos asaltaron, esos presuntos jubilados en viaje de turismo, llevaban meses espionando a la comunidad del asentamiento, memorizando sus rostros y estudiando sus costumbres. Su misión sería la de rezagarse en el falso planeta para darle un último toque de cre-dibilidad. Moldearon las estatuas de los habitantes, ultimaron los detalles menores y actualizaron la arquitectura de la población. Incluso reproduje-

ron sus propias efigies y la goleta aurate con que vinieron. Confiaban así en engañar a los exploradores aun en el caso de que estos se hicieran acompañar por lugareños familiarizados con el entorno y que los hubieran visto durante su visita. Dispusieron de todo un mes para ello, tiempo más que suficiente para unos esclavos fanatizados. Sólo cuatro quedaban de guardia cuando el paquebote-correo descubrió la catástrofe. El resto, probablemente, se suicidarían o se darían muerte entre ellos.

Malvina se mostró de acuerdo con la explicación. Ella misma había disparado tiempo atrás contra una de esas criaturas, y todavía se le revolvió el estómago al recordar cómo se licuó en una papilla pastosa cuando el proyectil estalló en su cerebro. Su equilibrio químico era muy delicado; sus tejidos se corrompían con rapidez, y el hecho de que dieran el pegó como ancianos indicaba que los especímenes de *Dorada Linde* bordeaban ya el ocaso de su ciclo.

—Ya me has contado que no llegasteis a coincidir con la escuadra del bloqueo pero... ¿Crees que los válcratas descubrieron el engaño?

El tono de Malvina transmitía su peor aspereza profesional. El cayeno había adivinado en cuanto la vio que su viaje no había sido agradable; de hecho, su rostro todavía exhibía esa expresión distante y soberbia, vagamente desdeñosa, que ciertos hombres encontraban tan excitante en la *Perla Roja*. Zarko sabía, sin embargo, que con ella sólo trataba de acorazarse contra las tareas más ingratas de su oficio.

—No tenían por qué —decidió Calabrés tras meditarlo un instante—. Ignoro si exploraron la superficie pero, aunque lo hicieran, para los cuatro aurates habría sido muy sencillo evitar un encuentro. Incluso nosotros nos habríamos quedado a oscuras si no nos hubieran atacado por miedo a que el yacimiento nos abriera los ojos. Supongo que habrían corrido el riesgo con los válcratas en caso de que enviaran legionarios al complejo, pero no con tres vagabundos desconocidos, no faltando tan poco tiempo para que el cataclismo sepultara las pruebas. Quizá debieron consultarlo con su amo antes de actuar, pero nuestra llegada, el enfrentamiento y su derrota se sucedieron con tanta rapidez que dudo tuvieran ocasión de transmitir telepáticamente a sus naves el riesgo que entrañaba nuestra presencia.

Malvina cerró los ojos y se masajeó los párpados con el índice y el pulgar. Cuando los abrió, sus verdes pupilas parecían refulgir con renovado brillo, y hasta consiguió esbozar una leve sonrisa.

—Fabuloso, querido. El valor de esos informes será infinitamente mayor si el *Polizón* ignora haber sido descubierto. Ahora sabemos que es capaz de muchas cosas, pero no un dios omnipotente. Sabemos que todavía

no está listo para plantarnos cara; de lo contrario, jamás habría invertido tanto esfuerzo en ocultarnos su latrocinio simulando ser más poderoso de lo que es. Sabemos que, efectivamente, se está preparando para desplegar sus fuerzas. Sabemos que no transmuta elementos ni escupe rayos por el culo, sino que debe vencernos en combate convencional, y que para ello necesita desesperadamente el antigravio —suspiró—. Desgraciadamente, también sabemos que ahora posee tanto antigravio como pueda desear, y que sólo es cuestión de tiempo que las quinientas mil naves de su flota dispongan de cañones nuevecitos.

Se puso en pie y estiró sus miembros con un crujido felino.

—Lamento haberte puesto en peligro, Zarko, pero también te garantizo dividendos. Si no consigo que Valcracia retire por fin de Azur sus fuerzas de ocupación y nos conceda un asiento en el senado es porque no merezco la fama que tengo —alargó la mano y alborotó el cabello de Calabrés—. Por supuesto, no olvidaré sonsacar la ruta de dos o tres convoyes para mi pichoncito.

Generalmente, la posibilidad de cobrar una presa habría hecho a Calabrés dar saltos de alegría o, cuanto menos, impreso en sus rasgos esa cara de golfillo que Malvina podía pasarse horas observando con una sonrisa casi dolorosa. Ahora, sin embargo, la oferta apenas le hizo reaccionar.

—¿Te encuentras bien, Zarko? Se diría que algo te preocupa.

—Sí, sí, claro... Es sólo que... Bueno, se trata del profesor Shervaio, ¿sabes? Hablé a menudo con él durante su agonía y... ¡Maldición, no me entra en la cabeza! Sabía que se estaba muriendo y sufría terribles dolores. Acababa de confirmar la muerte de esposa; la mujer que amaba había perecido de una forma horripilante pero, aunque te cueste creerlo, la posibilidad de que todo fuera una malévola farsa, de que los aurates simularan aquella escena para atormentarlo y de que, quizá, su esposa nunca lo traicionara...

A Malvina no le costaba creerlo. Estaba familiarizada con la infinita capacidad de los hombres para engañarse a sí mismos cuando se trataba de su hombría. Ni Darío ni Virginia significaban nada para los aurates. En su fuero interno, estaba convencida de que se habían limitado a reproducir a la mujer del profesor en la misma actitud cariñosa que había exhibido con su semental mientras la espiaban.

—¡Acaso no es desconcertante? —prosiguió Calabrés—. Shervaio tenía en sus manos una misión de importancia capital para la causa a la que había consagrado su vida. ¿No te parece inaudito que su único anhelo desde el principio fuera el de averiguar si era o no un pobre cornudo? —bajó la mirada y dejó caer los hombros—. ¿Cómo vamos a sobrevivir, cómo ganar

una guerra contra el *Polizón*, o contra nadie, si todo cuanto sabemos hacer es despiojarnos el ombligo como... como malditos macacos?

Ver a Zarko Calabrés devanándose los sesos no era un espectáculo habitual. Enternecida, Malvina se aproximó y posó las manos sobre sus mejillas.

—Te equivocas, querido... ¿No ves cuán equivocado estás? Precisamente por eso venceremos. De hecho, ya lo hemos derrotado. Piénsalo bien: en realidad, no nos preocupa tanto como nosotros a él. Buenos o malos, equivocados o no, hacemos nuestra vida a sus espaldas. Vivimos, amamos, odiamos y morimos, alcanzamos la gloria o nos hundimos en la ignominia siguiendo los dictados, no de su magna estrategia, sino de nuestro pequeño y podrido corazón.

Calabrés alzó la vista, pero en sus ojos Malvina leyó más extrañeza que alivio. Sonrió. Nunca habría consuelo en la filosofía para hombres como él.

—Fíjate en nosotros, Zarko. Tú eres una bestia feliz, y por eso te adoro. En cuanto a mí, siempre tengo demasiados asuntos en la sesera para dedicar al maldito *Polizón* más que una atención ocasional. Con la vida que llevamos, los dos nos habremos ganado un digno balazo para cuando llegue el día de saldar las cuentas. Y ésa será nuestra victoria, Zarko, la nuestra sí. Porque el *Polizón* sólo dispone de una vida para poner sobre el tapete, pero nosotros tenemos miles de millones, y cada una que completa su periplo ignorando sus manejos es una batalla ganada por nuestra identidad.

Tomó la barbilla de Calabrés entre sus manos y le dio un largo y apasionado beso en los labios. Cuando se separaron, la *Perla Roja* se había esfumado por completo.

—Concédeme dos minutos para una ducha rápida —dijo Malvina Bylot—; entonces te haré una demostración admirable del tipo de combate al que me refiero.

Zarko acarició a Malvina con la vista conforme iba dejando a su paso un reguero de prendas, y retazos de su piel desnuda se exponían insinuantes a la cálida luz del atardecer. Su sexo se endureció, y todo rastro de melancolía se esfumó de su mente para dejar espacio tan solo a una dichosa anticipación. Sus labios se fruncieron para silbar una melodía cuya letra no podría recordar aunque quisiera, y sus prendas pronto fueron un montón indistinto junto a las de Malvina.

La *Estación del Ñic-Ñic*, después todo, aún no había terminado.

El laberinto de Kernov

ANTONIO J. CEBRIÁN

I. En el núcleo

«Debí hacer caso a Caffiori»

Era la tercera vez que me repetía la frase durante el trayecto por el túnel de servicio. Llevaba la escafandra grande, la de mayor autonomía y con blindaje antirradiación. No solíamos utilizarla en el interior de las instalaciones por su gran peso y tamaño; con un modelo ligero ESA/YURINA era más que suficiente para resolver problemas de despresurización. Sin embargo, la zona del núcleo podía ser peligrosa, y más tratándose de una avería en el colector.

Seguí caminando a pequeños saltos —la mejor forma de desplazarse en la gravedad lunar—. El trayecto resultó estresante, teniendo en cuenta que el túnel de servicio mide dos metros diez de alto; a cada salto uno se arriesga a golpear con el casco en el techo y causar algún problema en la escafandra. Podría haber prescindido de ella; en realidad, el túnel —excavado directamente en el suelo lunar— había sido recubierto de un nuevo tipo de espuma plástica aislante diseñada para permitir la presurización de instalaciones subterráneas, abaratando así los costes de construcción. El sistema estaba en fase experimental y hasta el momento, la pérdida de aire había sido apenas un diez por ciento superior a la pérdida habitual en el resto de los alojamientos, por lo que la presión era estable, pero las órdenes insistían en considerar la zona como despresurizada hasta que el método de aislamiento fuera homologado.

El trayecto era largo. A través de la espuma translúcida de las paredes, el gris oscuro ceniciento del subsuelo lunar absorbía con avidez la es-

casa claridad que la serpenteante hilera de lámparas de vapor de níquel del techo despedía tímidamente. El resultado era un ambiente oscuro y claustrofóbico similar a una cloaca o una madriguera. Desde luego, la catalogación de aquello como «*modernas instalaciones de alta tecnología*» era, cuando menos, paradójica. Pero la triste realidad se regía por el principio: «*de lo que funcione, lo más barato*».

Alcancé el ensanchamiento al final del túnel, donde se hallaba la compuerta de la esclusa de aire que daba acceso al núcleo. De nuevo, el diseñador —que parecía no haber visto una sola película de Ciencia Ficción en su vida— había olvidado poner unos bonitos botones luminosos que accionaran una puerta deslizante; en su lugar había una puerta ovalada con un cierre de palanca manual como los usados en submarinos e instalaciones abisales. Giré con ambas manos la palanca de más de un metro de longitud que accionaba el mecanismo de apertura. A pesar de todo, era evidente la presencia de una carga tecnológica importante en el diseño de los mecanismos, pues el suave movimiento que le imprimí sin dificultad alguna, se transformó en cientos de kilos de fuerza en los resortes oxidados y cubiertos de una capa de hielo formado por la condensación de la atmósfera en aquel gélido ambiente.

Atravesé la puerta y la cerré a mi espalda. Más por protocolo que por necesidad, accioné el sistema de la esclusa para presurizar la estancia —que se completó en unos pocos segundos— y accedí por la otra puerta a la zona de exclusión del núcleo. Al fin una iluminación decente y unas paredes lisas y sólidas de hormigón plástico.

Comprobé los dosímetros instalados en el traje. El valor medio de dos milisievert/hora que había recibido a lo largo del túnel duplicaba lo habitual —probablemente debido al propio subsuelo lunar—, pero no resultaba alarmantemente alto. Verificada la presión, me quité el casco; estaba harto de sentirme enlatado y me obsesionaba la idea de conservar al máximo el aire de la escafandra. El olor era rancio, con un fondo como de disolvente industrial y el sabor a lata del aire comprimido. Hacía frío, mi aliento formaba una espesa nube blanquecina que se dispersaba en el aire pero se condensaba sobre los labios, congelándose en forma de fina escarcha. Subí por la rampa de la derecha hasta la repisa frontal y localicé el panel de mandos sobre la gran pared convexa que se alzaba ante mí. Lo primero que hice fue comunicar con Frank. Ver su rostro en la pantalla me resultó gratificante en aquel agujero. Debí haberle hecho caso cuando me dijo que dejáramos el trabajo para el equipo técnico de la compañía; que aquello no era responsabilidad nuestra. Pero yo era joven y nuevo en el puesto. Tenía ganas de acción; quería impresionar a todo el mundo. Él parecía siempre tan temeroso y apocado... De manera que, el día anterior, cuando la cá-

mara tres del interior del núcleo a través de la cual supervisábamos la evolución de la avería, dejó de funcionar, dije con cierta carga de autoridad:

—Faltan seis horas para que lleguen los expertos. No podemos permitirnos el lujo de que el núcleo sufra una parada y deje sin energía a una quinta parte del planeta. Voy a sustituir esa cámara. Los técnicos necesitarán esa imagen para poder empezar a trabajar cuanto antes.

Era un procedimiento que, aunque no entraba dentro de mis funciones, había leído en uno de los múltiples manuales para emergencias. Me llamaba la atención el sofisticado proceso de extracción de la cámara de vídeo desde el exterior por un orificio dotado de cierres automáticos de membrana plástica a través de los cuatro metros de espesor de la pared que circundaba al núcleo. No parecía demasiado complicado ni peligroso, al menos sobre el papel.

—¿Qué marcan los dosímetros? —fue lo primero que dijo Frank Caffiori.

—Todos mantienen valores similares. La suma total ha subido a tres milisievert/hora de media. Nada importante.

—¿Nada importante? No pensarás así cuando te saquen la próstata podrida. Ahora localiza la tapadera del orificio tres y usa la palanca roja para girarla.

—Sé perfectamente lo que tengo que hacer —protesté con algo de soberbia.

—Escúchame, patán. Cuando la tapa cruja y se abra el primer milímetro de rendija, fijate en los dosímetros. Si alguno se desboca, ciérrala inmediatamente y sal de ahí. Ese trasto obtiene la energía curvando el tejido espaciotemporal. Si la estructura del campo no es simétrica, se pueden producir distorsiones y desfases temporales, ya sabes lo que pasó en Kouroussa.

—¿Las réplicas de masa y todo aquello? Creía que era una leyenda urbana —dije mientras acoplaba la palanca a la cubierta tres.

—Aquel trasto proyectó masa a través del tejido temporal fuera del colector duplicando objetos que se empotraron unos dentro de otros.

—Está bien. Ahora que ya me has asustado suficientemente, cállate la boca. Voy a abrir la lata número tres.

Quería demostrar que era más valiente que Frank. Convertirme, quizá, en un mini héroe a ojos de la compañía e incluso de la opinión pública que agradecería profunda y reverencialmente mi afortunada intervención para

impedir que se detuvieran sus electrodomésticos y sus sofisticadas máquinas para el ocio durante unas horas.

Pero tampoco era idiota. Sabía del peligro de aquellas salas limpias y asépticas, que transmitían una falsa sensación de seguridad e inocuidad a nuestros sentidos anclados en una fase arcaica del obsoleto desarrollo evolutivo, incapaces de alertarnos de los nuevos peligros engendrados por el vertiginoso avance tecnológico. Los incontables tipos de radiación imperceptible y letal que el núcleo generaba podían estar destruyendo mi cuerpo a velocidad de vértigo sin que yo me percatara hasta que un ligero malestar se presentara como preámbulo de una inmediata e irreversible agonía.

Por eso no podía perder de vista los dosímetros.

Apenas giré la palanca unos centímetros, la tapadera crujió y se abrió una rendija de unos milímetros en la junta del cierre estanco. Examiné los indicadores, tan solo se habían movido unas décimas, a excepción del medidor de gravitones y partículas Tau que subió hasta medio milisievert/hora. Continué desenroscando la tapa hasta desprenderla de la pared. Los dosímetros aumentaron nuevamente. Tiré de la barra interna de sujeción extrayéndola del orificio mientras notaba como los cierres de membrana dejaban pasar la cámara situada en el otro extremo, bloqueándose tras ella con un ruido grave y seco. Una densa nube de vapor se desprendía de la barra que parecía estar a muy alta temperatura. Cuando salió completamente, varios dosímetros alcanzaron los dos milisievert/hora, mientras que la suma total pasaba de los cinco.

La deposité en el suelo y me dispuse a cambiar la cámara, pero, para mi sorpresa, no había ni rastro de ella en el extremo de la barra, que parecía haberse fundido por la temperatura extrema. Probablemente se había desintegrado.

Me percaté de mi primer error: no había desempaquetado ni preparado la cámara nueva, lo que me hizo perder valiosos segundos expuesto a la radiación. Terminada la instalación, introduje nuevamente la barra en el orificio tres.

—¿Todo va bien? —crepitó la voz de Caffiori a través del comunicador de la pared.

—Perfectamente. Acabo de meter la cámara nueva dentro del núcleo. Voy a activarla.

La imagen, difusa y en tonos verde pálido mostraba parte de un cilindro plateado de unos diez metros de diámetro rodeado de barras metálicas y otros mecanismos complejos. En la parte central de la imagen se apre-

ciaba una distorsión; los objetos parecían ondularse, como una imagen que se proyecta sobre una pantalla arrugada.

—¿Recibes la imagen? —dije.

—Sí. Parece que hay una asimetría en el colector.

—¿Crees que es peligrosa?

—Creo que no deberías haber ido ahí y lo mejor es que vuelvas cuanto antes.

—Sí... Será lo mejor... —dije, enjugando el sudor con el guante. No me encontraba muy bien.

—¿Te encuentras bien? ¿Notas algún síntoma extraño? —dijo Frank, alarmado.

—No, no. Tranquilo. Voy para allá.

Y desconecté el comunicador.

Me dirigí hacia la puerta de salida pero, sin saber muy bien por qué, me detuve y me volví contemplando la puerta de acceso a la zona subterránea bajo el núcleo, al final de la suave rampa descendente de la parte izquierda de la sala. Tras esa puerta, había un laberinto de pasillos cuya finalidad nunca llegué a comprender, relacionado con la necesidad de compensación inercial y térmica en el proceso de proyección de masa; «el laberinto del generador Kernov».

«No he venido hasta aquí y me he expuesto a esta mierda de radiación para irme con las manos vacías —pensé—. Necesito ver alguna cosa, un acontecimiento anómalo... algo que contar».

Debí hacer caso a Caffiori y salir inmediatamente de allí, pero en lugar de eso, descendí la rampa y llegué hasta la puerta. De repente, una pequeña ola de calor me golpeó la cara. La pared junto a mí y el metal de la puerta gruñeron como dilatándose. *«¿Se estará fundiendo el suelo del núcleo y fluyendo en forma de magma tras esa puerta?»*. Llevaba las manos enguantadas, de modo que acerqué el rostro a la puerta para ver si desprendía calor. Estaba tibia, pero no desprendía un calor excesivo.

«Bien, un vistazo rápido y salgo pitando de aquí»

El cierre cedió con una suavidad sorprendente comparado con el resto de las puertas de aquel sótano lúgubre. Empujé la puerta lentamente y me asomé con precaución. Ante mis ojos se abría un vestíbulo del que par-

tían en todas direcciones un sinfín de pasillos que a su vez se bifurcaban en otros muchos, formando una especie de telaraña parecida a las calles de una ciudad de estructura bastante irregular. Un sinfín de pequeñas lámparas disgregadas por el techo de los túneles arrojaba tímidamente una luz pálida y mortecina. Probablemente no habían sido diseñadas para operar a tan baja temperatura. «*Qué despilfarro —pensé—, mantener todas estas luces encendidas continuamente*». El aliento se me congelaba en los labios y el frío me molestaba especialmente en los ojos que, a duras penas conseguía mantener abiertos. Afortunadamente, el traje aislante mantenía el resto de mi cuerpo a una temperatura aceptable.

Caminé lentamente en la baja gravedad hacia el interior y sufrí un repentino sobresalto al cerrarse sola la puerta a mi espalda como en la más barata película de terror; el mecanismo estaba diseñado para eso. Después de regresar y comprobar que la puerta podía volver a abrirse sin problemas, me adentré en el laberinto e inspeccioné algunos de los accesos, que se perdían en la penumbra a pesar de las interminables hileras de luces. No sabía exactamente qué esperaba encontrar, quizá una deformación espacial como la que se observaba en el interior del núcleo, o algún objeto proyectado, empotrado en las paredes... Algo interesante o llamativo, algo de lo que uno pudiera proclamarse descubridor o primer observador...

Nada. Sólo fría y vulgar realidad.

Miré los dosímetros; habían aumentado ligeramente. Volví sobre mis pasos hacia la puerta cuando algo llamó mi atención. Un ruido suave, a lo lejos. El gruñir de las suelas adherentes sobre la escarcha congelada del suelo. Podría haber sido el propio eco de mis pisadas. Me detuve y escuché con atención. Esta vez no me cupo duda, alguien se desplazaba dando saltos al fondo de uno de los pasillos. Pude escuchar incluso un leve jadeo en cada embate.

Sólo había otra persona —aparte de mí— en aquellas instalaciones y, concretando más, ningún otro ser humano en ciento cincuenta millones de kilómetros a la redonda.

Con el corazón en vilo sólo acerté a preguntar en voz alta:

—¿Frank?

El eco de mi propia voz, reverberando en el laberinto de pasillos fue la única respuesta.

Instantes después, el ruido de los saltos se alejaba en dirección contraria, ahora más evidente, menos... cuidadoso.

Mi mente hacía un esfuerzo agotador tendiendo hipótesis lógicas para encontrar una explicación, pero no lo lograba. «*Frank no ha podido pasar por la puerta, apenas me he alejado unos metros de ella... Quizá quiera gastarme una broma y ha pasado de puntillas cuando yo estaba de espaldas... Conozco a Frank. No es de los que gastan bromas pueriles y menos en un túnel bombardeado por un escape de radiación... ¿Habrá una segunda puerta en alguna parte?...*»

No lograba encontrar una explicación razonable. «*¿Y si se trata de sabotaje? ¿Podría haber alunizado alguien y haber entrado allí sin que lo advirtiéramos?...*».

No era descabellado que alguien intentara hacerse con el control de las instalaciones y usar los haces de microondas a través de los cuales se transportaba hasta la Tierra la energía generada en el núcleo como armas de destrucción masiva para chantajear al planeta entero. También para evitar eso estábamos allí Frank y yo. No para enfrentarnos por la fuerza con nadie, simplemente para desconectar el sistema a la menor sospecha. Una vez detenido, quedaría bloqueado automáticamente y sólo podría ser reconectado mediante una clave comunicada desde el control de la Tierra. Tratar de mantener una unidad militar numerosa de forma permanente en la Luna no resultaba rentable.

Me detuve ante la puerta, indeciso. Una parte de mí quería salir, cerrar la puerta y huir desesperadamente pero algo me impulsaba a quedarme: ¿el deber? No. Tan solo el instinto de zanjar los asuntos pendientes, de no dejar el peligro a mi espalda. Nunca fui un niño de los que se cubren con las sábanas cuando la oscuridad del armario amenaza con engendrar monstruos terroríficos; por el contrario, tenía que abrirlo y registrar su interior minuciosamente, después hacer lo mismo debajo de las camas y cualquier otro rincón susceptible de albergar espectros o criaturas de la noche; sólo así podía conciliar el sueño. Y ahora no iba a salir de allí y hacer como si nada hubiera pasado. ¿Cómo podría dormir con la sospecha de que había alguien más en la base?

No me iría sin saber qué estaba pasando. Abrí la cremallera del bolsillo de las herramientas —sobre la pierna derecha— y examiné el contenido. Saqué la pequeña navaja del kit de reparaciones eléctricas. Abrí y cerré la puerta ruidosamente —esperando causar la sensación de haberme marchado— y, navaja en mano, con todo el sigilo que la ansiedad me permitía, caminé por el corredor que, me pareció daría al lugar a donde se dirigían los saltos. El pasillo se prolongó más de lo esperado sin posibilidad de girar hacia donde quería. Estuve a punto de perderme en aquel interminable laberinto al dar un rodeo para retroceder. Curiosamente, esa maniobra me resultó extraordinariamente beneficiosa ya que me hizo llegar hasta mi ob-

jetivo desde el lado opuesto al esperado. Alcancé la esquina y asomé lentamente la cabeza hacia el pasillo de la izquierda.

Y entonces lo vi.

O debería decir: «me vi». Porque lo que mis atónitos ojos contemplaron fue a mí mismo de espaldas, agazapado en la siguiente esquina.

Me oculté y cerré los ojos. Las manos me temblaban y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerme en silencio. *«¡Es imposible, una locura! No puede ser real... —pensé horrorizado— Pero no. No es imposible —reflexioné después—. Es una réplica. El núcleo averiado ha proyectado masa a través del tejido temporal fuera de los parámetros establecidos, solo que entre esa masa estaba incluido yo. Venía buscando algo espectacular y ¡vaya si lo he encontrado!».*

No era la primera vez que pasaba algo así. En otra ocasión, hace mucho tiempo, en la Tierra, un operario de mantenimiento fue replicado a consecuencia de un mal funcionamiento del colector —con el tiempo, mucha gente había negado la veracidad de aquella noticia, tratando de rebajarla al estatus de simple rumor, probablemente, con los auspicios de la Energetic & Co, nada interesada en asociar la proyección de masa con una imagen de peligro o drama—. Esa entre muchas otras razones empujaron a la compañía a ubicar las instalaciones generadoras en la Luna, a pesar del altísimo precio y a costa del riesgo de trasvasar toda esa energía a la Tierra mediante haces de microondas.

Pasado el shock inicial. Mis pensamientos comenzaron a derivar en direcciones insospechadas. A mi mente acudió el final de la historia del operario replicado en Kouroussa: tras múltiples debates de carácter político y ético, se legisló específicamente para el problema y la réplica fue considerada por un tribunal como un ente no humano y por tanto, carente de derechos. Finalmente, se dictaminó que fuera destruida. Se dijo que la iglesia jugó un papel decisivo, presionando a las autoridades y difundiendo entre la opinión pública la idea de que el alma no se podía duplicar y, por lo tanto, la réplica carecía de ella.

Con un precedente legal así, ¿Qué pasaría entonces cuando ambos saliéramos de allí? ¿Habría alguna forma de determinar quién era el original? No parecía tarea fácil. ¿Tendría un juez que decidir cuál de nosotros era la réplica? ¿Lanzaría una moneda al aire para determinarlo? ¿Qué probabilidades había de que me eliminaran a mí y dejaran que aquella persona... o cosa... o lo que fuera, me suplantara y se adueñara de mi vida y mi futuro?

«No; no va a ser así. No para mí...» —me dije.

Nunca me consideré una mala persona, un asesino; pero tampoco había sido precisamente un angelito —no tendría aquel trabajo si lo fuera—. En más de una ocasión había estado a punto de matar a alguien, aunque —debo reconocerlo— siempre a la salida de algún tugurio y bajo los efectos del alcohol y alguna que otra sustancia poco recomendable. Sin embargo, la idea que rondaba ahora mi cabeza estaba lejos del arrebatado circunstancial, de la enajenación mental o de la agresividad ética. No iba a abandonar mi vida al azar; a jugármelo todo al cincuenta por ciento.

No. Sólo una persona había entrado en aquel sótano y sólo una iba a salir.

«Nada de dejar trabajo pendiente a tu espalda. Al final termina pasándote factura y, normalmente, en el momento menos oportuno».

Apreté con fuerza la navaja *«¿Cómo enfrentarse con éxito contra un enemigo exactamente igual a ti mismo en cuanto a fuerza, inteligencia, rapidez... absolutamente igual en todo?... Pues estableciendo una ventaja, por mínima que sea, que marque la diferencia y rompa el equilibrio».*

Yo tenía la posibilidad de romper ese equilibrio: él no me había visto situarme a su espalda. Sólo debía abalanzarme sobre él y conseguir un primer pinchazo. Eso bastaría para debilitarlo y obtener la ventaja. El tiempo correría entonces a mi favor.

En la baja gravedad lunar, un solo salto desde mi posición me permitiría caer sobre él como un felino sobre su presa, pero la escasa altura del techo lo impedía. Opté por el acercamiento sigiloso. Salí de la esquina y caminé despacio. La réplica seguía de espaldas atisbando por el corredor. Mis zapatos gruñían levemente, quería ir más rápido pero, paralelamente, los pasos se hacían más ruidosos.

Se volvió hacia mí y nos miramos cara a cara. Por un instante la realidad se tambaleó, me pareció estar viendo mi reflejo en un espejo. Su rostro me miraba incrédulo con el brillo del miedo dibujado en los ojos. Él estaba experimentando ahora el shock que yo ya había superado. La navaja en mi mano, pegada al cuerpo, permanecía ligeramente oculta tras la pierna. Sentí pánico; me pareció que él iba a anticipar mi movimiento, que notaría mi intención de sacar el brazo. ¿Habría alguna forma de «comunidad mística» entre nuestras mentes? ¿Compartiríamos una misma alma, o el mismo yo? ¿Él era yo? ¿Iba a matar a una parte de mí?

—Frank no quiere verte aquí —dije, nerviosa y aceleradamente—. Está en ese pasillo.

Él —aún estupefacto—, miró en dirección al pasillo. En un rápido movimiento hundí la navaja en su costado izquierdo. Las múltiples capas del traje y el escaso tamaño del arma me hicieron pensar por un momento que no había llegado a su cuerpo. Pero él gimió de dolor y, en un movimiento reflejo, apresó mi mano impidiendo que repitiera la cuchillada mientras con la otra me aferraba del cuello. Con mi mano libre le propiné un puñetazo en el estómago —bajo el panel de los indicadores— con tal ímpetu que giramos y caímos rodando y rebotando contra suelo y paredes como un balón de playa ladera abajo. La lucha en baja gravedad es algo para lo que nadie había sido entrenado aún. Él sujetaba mi mano derecha arriba con la navaja mientras con la otra apretaba brutalmente mi cuello. Crucé la mano izquierda hasta su costado sangrante y busqué el corte; mis dedos presionaron crispados entre sus costillas hasta que uno penetró en la herida. Gritó y bajó instintivamente la mano izquierda, lo que me permitió liberar de ella mi mano derecha y asestarle el primer corte en el cuello, y luego otro, y otro más... en aquel cuello —mi cuello—, que con tanto esmero había afeitado esa misma mañana curando con exquisita delicadeza de un par de pequeños rasguños. El mismo que ahora cortaba con brutalidad desbocada entre borbotones de sangre —mi sangre—, que brotaba y salpicaba inusualmente alto en aquella leve gravedad. Me aparté horrorizado dejándolo allí tumbado, emitiendo unos espeluznantes sonidos guturales a través de la tráquea cortada e inundada de sangre. *«Así sueño yo en el momento de morir»* —pensé—. Hundí la cabeza entre mis rodillas y me tapé los oídos.

Es algo monstruoso el tiempo que llega a tardar en morir una persona. Hubiera debido levantarme y rematarlo pero ¿qué hacer con aquel juguete? ¿Pincharle una y otra vez causando más dolor y una carnicería aun mayor? Ni siquiera tenía presencia de ánimo para mirarlo. No quería acercarme a aquella monstruosidad, a aquel acto horrendo que había cometido contra mí mismo. Permanecí un buen rato allí después de que el sonido cesara. Sólo cuando fui consciente de que mis orejas y la punta de mi nariz presentaban indicios de congelación, decidí ponerme en movimiento. Oculté el cadáver bajo la rejilla del suelo de uno de los pasillos más alejados, por el que discurría una canalización repleta de cables y tuberías. Ya decidiría más tarde qué hacer con él, cuando el equipo técnico hubiera reparado el núcleo y se hubiera marchado. Ahora debía volver antes de que Frank se inquietase por mi tardanza.

Regresé por el corredor hacia la salida desplazándome a pequeños saltos. No había alcanzado la esquina del último tramo cuando el ruido de la puerta me desconcertó. No estaba seguro pero juraría que alguien acababa de entrar. Aminoré el paso con un nefasto presagio rondando mi cabeza. La voz que escuché no hizo sino confirmarlo.

—¿Frank? —escuché a mi propia voz decir desde la puerta.

Me detuve en seco espantado. Instantes después retrocedí apresuradamente. Por mi mente discurría atropelladamente un torbellino de preguntas y razonamientos histéricos.

«¿Qué estaba pasando? ¿Otra réplica? ¡Ahora yo estaba en el papel de la primera! ¿Iba a matarme él a mí como yo acababa de hacer con el otro? ¿Era posible cambiar eso o era mi destino irrevocable? ¿Qué debía hacer para cambiarlo? ¿Podía hacer algo?...»

Alcancé la esquina y me oculté. La misma maldita esquina donde él se había ocultado antes. Oí el ruido de la puerta al cerrarse (la farsa de mi salida simulada).

No podía pensar con claridad. En unos instantes comenzaría a acercarse a mí por el corredor. ¿Qué hacer? No quedaba mucho tiempo para tomar una decisión.

«¡No tiene por qué repetirse! —pensé de pronto—. El núcleo sólo proyecta masa, no repite acontecimientos. Lo único que ha ocurrido es que ha puesto la misma materia en las mismas circunstancias y los acontecimientos han seguido las leyes físicas... ¿Pero por qué todo exactamente igual? ¿Dónde está el azar cuántico? ¿Y el maldito libre albedrío?...»

Me detuve consciente de mi situación desesperada. Todo parecía desahrollarse con extrema lentitud, con la agónica impotencia de una persecución bajo el agua.

El otro debía estar ya en la siguiente esquina, a mi espalda, tramando mi muerte. ¿Cómo iba yo a evitarlo? ¿Cómo iba a cambiar los acontecimientos? Y sin embargo... ¡ya habían cambiado! Recordé la cara de sorpresa y miedo de mi «yo» muerto. Él se sorprendió de mi llegada, pero yo... *«¡Yo lo sé! —Pensé con júbilo— ¡Lo sé todo! Sé sus intenciones; sé lo que va a ocurrir y él no sabe que yo lo sé. Puedo anticiparme a su movimiento. Algo que el otro no pudo hacer porque lo desconocía. Algo ha cambiado y nada va a ser igual...»*

Sigilosamente, saqué del bolsillo la pequeña navaja manchada de sangre y la oculté entre mi cuerpo y la pared. Seguía de espaldas al lugar por donde él debía atacarme. El pánico se apoderó de mí. *«¿Y si al cambiar algo, todo se ha alterado? ¿Y si se lanza sobre mí a la carrera sin darme tiempo a girar hacia él? ¿O si ataca desde otro pasillo?»*

Escuché los pasos cautelosos sobre la escarcha. Sin ninguna duda, venía hacia mí. No quería volverme demasiado pronto, hacer que retrocediera ante mi actitud agresiva. Debía sorprenderlo, pararlo en el último momento y asestar yo el primer golpe.

Giré y me enfrente de nuevo a su rostro —mi rostro—. A pesar de la tensión de la situación experimente un cierto alivio al notar que mi cara no expresaba sorpresa, lo que quería decir que, definitivamente, había cambiado algo. Volví a reflejarme en el espejo de aquella realidad imposible, a sentir el vértigo y la duda. Pero ante todo, miedo, al ver a mi asesino cara a cara caminando hacia mí; miedo de tener la plena certeza de su ataque y miedo de fallar en el último momento al intentar pararlo. Las venas de mi cuello latían con furia y el estómago me hervía. Aún así, permanecí inmóvil contemplando cómo llegaba junto a mí y las palabras que pronunció me colocaron sobre el filo de la cuchilla, al borde del abismo...

—Frank no quiere verte aquí. Está en ese pasillo —dijo, nerviosa y aceleradamente.

En las milésimas de segundo siguientes, la vida y la muerte danzaron ante mí separadas por una línea tan efímera que se hacía imposible distinguir qué camino conducía a cada cuál. Si yo no miraba hacia el lado, ¿Asestaría el golpe él de la misma forma que yo lo hice o dudaría ante mi pasividad variando su ataque y privándome así de la ventaja de la anticipación?... Y si, por el contrario, yo volvía la cabeza ¿No estaría así repitiendo todos y cada uno de los comportamientos que condujeron a la muerte a la otra réplica a manos mías? ¿Podría detener el golpe sin mirar, sin ver cuándo y cómo, su navaja se abatía sobre mi costado?

En ese instante lo vi claro. Si quería ganar, debía seguir el juego hasta el final; mantener la piel de cordero ocultando mis colmillos hasta el último momento; hasta que ya no fuera posible la vuelta atrás cuando el cazador advirtiera el intercambio de papeles con su víctima. Miré fugazmente al corredor y retorné la mirada justo cuando su brazo iniciaba el movimiento de ataque. Lo detuve con mi mano izquierda y lancé una punzada en el vientre. Su rostro no tuvo tiempo de mostrar asombro; sólo dolor cuando el segundo tajo seccionó la tráquea. De nuevo sangre, gemidos, desesperación, caos... El eterno y repugnante drama de la lucha agónica por la supervivencia...

Creo que mi mente ha borrado los pormenores de esta segunda muerte. Quizá debido al pánico que me causa pensar que la primera réplica podría haber reaccionado ante mí como yo lo hice entonces.

Escondí el cadáver junto al otro y me dirigí con rapidez hacia la puerta. Por nada del mundo querría verme envuelto por tercera vez en aquellas horribles circunstancias. Recorría ya el último tramo de corredor en dirección a la salida cuando el mecanismo de la puerta se accionó una vez más. No había tiempo para más planes, esta vez cortaría por lo sano antes de que las circunstancias me acorralasen. Me lancé a la carrera hacia la

puerta. La palanca alcanzaba la posición de apertura. Mi excesivo ímpetu en la escasa gravedad me hizo golpear con la cabeza en el techo y caer de bruces; sin llegar a perder el impulso seguí avanzando a cuatro patas como un depredador enloquecido. La puerta comenzaba a abrirse y, eclipsando la intensa luz de la antesala exterior que penetraba por la abertura, se perfilaba de nuevo la familiar silueta. Caí sobre él desde una posición ventajosa; sus ojos, aún no aclimatados a la penumbra interior, apenas alcanzaron a intuir una sombra inminente cuando la pequeña navaja había seccionado ya la yugular y varias venas colindantes. Lo arrastré hacia el interior, hacia el forcejeo y la sangre. De nuevo, los golpes y los gemidos sofocados..., sus ojos mirándome con espanto.

Unos ojos que no eran los míos.

★ ★ ★

Me levanté sorprendido y confuso ante aquel rostro distinto. En el suelo helado, con el blanco traje aislante cubierto de sangre, Frank Caffiori se agitaba histérico tratando de contener con sus manos enguantadas el río de sangre que fluía intermitentemente de su cuello.

Solté la navaja y me llevé las manos a la cabeza horrorizado.

—¿¡Qué haces aquí!? ¿¡A qué demonios has venido!? —grité.

Frank no contestó. Sólo gemía y jadeaba mirando hacia abajo tratando de ver su propio cuello.

—¡Presiona fuerte ahí! ¡Voy a llevarte a la enfermería!

Y tomándolo por debajo de las axilas, comencé a arrastrarlo en dirección a la antesala. Salí con él dificultosamente por la pequeña puerta. En la antesala del núcleo, la temperatura había subido ostensiblemente a consecuencia de la proyección de masa. Arrastré a Frank hasta la esclusa de aire y, prescindiendo de los cascos, salimos al túnel de servicio, camino de las instalaciones principales. Los gemidos, cada vez más débiles, cesaron y unos minutos después, un extraño temblor, como una vibración agitó el cuerpo de mi compañero, antes de quedar inmóvil.

Me detuve a un tercio de camino de la longitud del corredor.

Frank estaba muerto.

Cerré sus ojos y permanecí allí sentado junto a él durante varios minutos contemplando su rostro sucio de sangre y desaliñado. Lamenté una y mil veces el desgraciado suceso golpeándome la frente con el puño y me pregunté varias veces qué era lo que debía hacer a continuación, pero no

obtuve respuesta. Finalmente, me puse en pie y seguí arrastrando el cuerpo de Frank en dirección al centro del túnel, sin saber muy bien cuál era mi propósito. Alcanzado el punto central me aparté por el desvío del falso túnel —una ramificación que no conducía a ninguna parte, producto de un error de cálculo durante las excavaciones—. *«He de ir a detener el núcleo y dar la alarma, pero no puedo dejarlo aquí en medio —no paraba de repetirme—»*. Mi subconsciente debía haber tramado ya el plan antes que yo.

Oculto el cuerpo en el falso túnel, corrí hacia las instalaciones. Bloquéé el acceso al pasadizo y me dirigí al centro de control. Debía detener el núcleo y dar la alerta. Tecleé el código para las emergencias y la pequeña puerta se abrió sobre el panel dejando al descubierto el gran pulsador rojo que cortaría el aliento del gigantesco engendro, el sistema generador Kernov por proyección de masa.

Cuando mis dedos rozaban ya la suave superficie del botón, mi mano se apartó repentinamente de él. *«Aún hay una posibilidad de que todo se arregle —pensé—. Si el núcleo me duplicó a mí junto a la puerta, es probable que lo haya hecho también con Frank —las proyecciones de masa se repiten continuamente en intervalos regulares—. Podría entrar allí, coger a un duplicado de Frank y traerlo aquí; desconectar el núcleo y decir a todos los que lleguen que los muertos son las réplicas»*.

Me puse de inmediato manos a la obra, faltaban menos de dos horas para la llegada del equipo de reparaciones. La idea de volver a entrar allí con una o varias réplicas mías deambulando, navaja en mano, me aterrizaba. Esta vez tendría auténtica ventaja. No teníamos armas de fuego en el equipamiento —sería un suicidio usarlas en el interior y perforar el casco despresurizándolo todo—. Sin embargo, había una pistola entre el material de uno de los experimentos. Consistía precisamente en una serie de pruebas de comportamiento del arma en la gravedad lunar, alcance, trayectorias, rebotes.... Había quien afirmaba que, sin rozamiento por la ausencia de atmósfera y la baja gravedad lunar, con un disparo en el ángulo apropiado, uno podía alcanzarse a sí mismo por detrás, después de que la bala hubiera dado la vuelta al satélite. Una curiosa forma de suicidio —matarse a sí mismo por la espalda—, aunque probablemente, sería complicado encontrar una trayectoria libre de obstáculos a lo largo de todo el perímetro. Ocultando mi miedo tras aquellos incongruentes pensamientos, con el arma en la mano —y no por ello más tranquilo—, entré de nuevo en el túnel. Recorrí a pequeños saltos nuevamente la inacabable distancia hasta el centro, donde se bifurcaba el falso túnel. Al llegar a ese punto, Sentí la necesidad de entrar y acercarme al cuerpo de mi amigo, quizá para despedirme del auténtico antes de suplantarlo por una réplica. Cuando alcancé el extremo del falso túnel contemplé con horror que no había uno sino dos

cuerpos de Frank Caffiori. Otra réplica mía había seguido mis pasos repitiendo exactamente lo mismo, aunque, debía haberse llevado una sorpresa desagradable al encontrar el primer cuerpo ahí y la puerta de salida del túnel cerrada por fuera. Tendría, por tanto, que haber vuelto al núcleo o... quizá me estaba acechando desde algún rincón. Me volví violentamente encañonando en todas direcciones pero no había nadie. Salí del falso túnel y continué camino del núcleo con el arma preparada, pendiente de cualquier recoveco, sombra o escondrijo que pudiera albergar a una persona.

Alcancé el ensanchamiento ante la esclusa de aire. A la izquierda, sentado en el suelo, estaba mi réplica (una de ellas). Me miraba con expresión de miedo y asombro, quizá resignación —sus razonamientos probablemente lo habían llevado a la conclusión de lo que era y no sabía muy bien qué podía hacer —o si en realidad, podía hacer algo— para cambiar eso.

—Lo siento... Lo siento de verdad... —dije.

Y le encajé un disparo en el pecho y otro en la cabeza.

Continué hacia la puerta cubierto por esa gélida capa de dureza e indiferencia que acompaña al asesino cuando traspasa el punto sin retorno. Cuando todo vestigio de humanidad se pospone y se recluye en una celda infranqueable mientras el único valor que rige es la certeza de estar dispuesto a pasar por encima de todo y todos hasta salir por el otro extremo y sobrevivir. Entré en la antesala del núcleo y sorprendí a una réplica de Frank con la mano en la palanca de la puerta inferior, a punto de entrar al laberinto —hacia una muerte segura.

—¡Quieto! —grité—. ¡No entres ahí!

—¡Dios! ¿De dónde sales? ¿Qué está pasando? ¿Qué es toda esta sangre? Hace un momento no estaba.

—Tenemos que irnos de aquí; ya te lo explicaré todo —dije acercándome hasta él.

—Hace un calor infernal. ¿Qué demonios está pasando? Tenemos que mirar tras esa puerta. El rastro de sangre viene de ahí.

—No. ¡Escúchame! Estamos en peligro aquí. Ahora vamos a salir y después te lo explicaré todo. ¿Quieres confiar en mí?

Frank dudó. No se encontraba bien. Los dosímetros de ambos sobrepasaban todos los valores razonablemente aceptables y el calor era inhumano.

—Está bien, está bien. Vamos —dijo.

Al volverme hacia la salida, tirando del brazo de Frank, quedé petrificado. En el umbral de la puerta de la exclusiva de aire, había alguien... Era yo —otra réplica—, con el arma en la mano. Los tres intercambiamos miradas de asombro e incertidumbre. La experiencia que había adquirido ya en situaciones demenciales como aquella me hizo retrotraerme de inmediato a mis propios pensamientos en el momento de atravesar el umbral, y saber así que ese hombre de la puerta venía dispuesto a matar a toda réplica suya y salir de allí con uno cualquiera de los Frank Caffiori que encontrara a mano. Volví a tomar ventaja, esta vez, quizá de forma poco digna. Me escondí detrás de Frank; sabía que mi yo recién llegado, por nada querría herir o matar a Frank; lo necesitaba. Ambos levantamos el arma. Él dudó; yo no. Le acerté dos veces y fallé una. La bala rebotó mil veces de pared a pared en aquél irregular recinto obligándonos a rodar por el suelo. El hormigón plástico es especialmente resistente y elástico y la bala no se detuvo hasta acertar en una de las puertas, transformando toda su energía cinética en una abolladura, un desconchado y un ensordecedor tañido metálico. Frank no dejaba de gimotear mientras lo llevaba hacia la puerta casi a ras-tras.

—Pero... pero ¿Qué es esto? ¿Qué has hecho...?

Cuando llegamos a la exclusiva me volví instintivamente; algo no encajaba. Si el generador me había duplicado a mí en el momento de entrar, debería haber hecho lo mismo con Frank agarrado a la palanca de la puerta. No había allí nadie más. Las zonas oscuras de forma circular que cubrían el suelo, como anillos en el tronco de un árbol, me hicieron comprender que el Kernov estaba duplicando a su alrededor en franjas circulares concéntricas —esferas en realidad—, cada vez de mayor radio pero menor espesor —quizá el volumen estaba limitado por algún ajuste del sistema. La parte superior e inferior de la esfera debía haber duplicado ya importantes cantidades de masa subterránea de la corteza lunar fuera del complejo y, de seguir a ese ritmo de crecimiento, pronto alcanzaría las instalaciones de control. Había que desconectar aquel artefacto infernal antes de que ocasionara una catástrofe a escala planetaria. Recorrimos el túnel de servicio saltando, tropezando, rebotando por las paredes... Avanzando con uñas y dientes a toda costa, sin orden ni control. Una eternidad después —o al menos, eso nos pareció—, alcanzamos la salida del túnel. Cerré y bloqueé la puerta —otra vez— y corrimos a la sala de control. Introduje de nuevo el código de emergencia y la pequeña puerta dejó al descubierto el pulsador. Esta vez lo aplasté de un puñetazo sin titubeos; fue una especie de venganza, de desahogo... Hundí aquel botón como quien hunde una estaca en el pecho de un vampiro, condenando a muerte a la bestia que había ocasionado aquel desastre.

Estaba hecho. Una suave vibración en el suelo y una especie de aullido ahogado y remoto que se desvanecía lo confirmaba. El generador Kernov se había detenido. Ahora en la Tierra estarían sonando las alarmas, mucha gente corriendo en paños menores dominados por funestos pensamientos: «¿Estará mi cabeza entre las que van a rodar por esto?».

No podría precisar cuánto tiempo permanecemos allí, sentados en silencio, jadeando y con la mirada perdida a la espera de que nuestros cuerpos se recuperaran de la sobrecarga de adrenalina y el esfuerzo. Finalmente Frank habló:

—¿Puedes explicarme qué es lo que ha pasado allí abajo?

—Eran réplicas, Frank. El núcleo ha desplazado masa en el tiempo duplicándola. Lo de Kouroussa era cierto. Se ha vuelto a repetir; nos ha replicado a nosotros... pero hemos conseguido escapar.

Permaneció un buen rato mirándome en silencio. Por los destellos fugaces de ira en sus ojos pensé que saltaría sobre mí para estrangularme, pero no tenía la certeza de que la culpa fuera mía. Haciendo un manifiesto esfuerzo de autocontrol, dijo:

—Podrías ser un poco más concreto ¿no? ¿Cómo ha empezado?

Yo trataba desesperadamente de ordenar en mi cabeza los acontecimientos tal y como debían haberse desarrollado para él y así, poder construir una mentira apropiada. Pero era inútil; era todo demasiado complicado... y mi mente estaba saturada, agotada, incapacitada...

—No sé... No estoy seguro —tartamudeé—. ¿Qué importa eso? Lo importante es que estamos vivos... los dos y a salvo... Las réplicas no pueden salir de allí, ¿no? Todo ha terminado.

El zumbido del comunicador nos interrumpió. Ambos dirigimos la mirada instintivamente a la pantalla central, donde, en lugar del técnico de enlace habitual, apareció el rostro somnoliento y nervioso de un desconocido. Debía ser algún cargo medio de la compañía.

—Aquí el centro de comunicaciones de la Energetic & Co. en Ar Raqqah. Tenemos... Hemos sufrido un corte... Un fallo de energía generalizado. ¿Qué es lo que está pasando? ¿Saben algo ahí arriba?

—Sí —respondí—. Hemos detenido el generador a causa de la avería que ya habíamos notificado antes. Ha ido a peor y nos hemos visto obligados a pararlo antes de que las consecuencias...

—¿Es usted el jefe de reparaciones? —preguntó.

—No, soy uno de los residentes de control del centro.

—Póngame con el jefe de reparaciones.

—El equipo de reparaciones no ha llegado aún. Los esperamos dentro de... algo más de una hora.

—¿¡Qué!?! ¿Que no están ahí? ¿Han detenido ustedes el Kernov por su cuenta y riesgo? ¡Dios santo! ¡Póngame con Salazar y localícenme a Williams inmediatamente! —Dijo el tipo de la pantalla dirigiéndose a alguien que había a su lado, fuera del campo de visión—. Esta noche va a ser movida...

Y salió de la imagen sin cortar la comunicación. Frank y yo permanecimos como idiotas mirando la pantalla en la que sólo se veía la parte superior del respaldo de un sillón y, al fondo, medio logotipo de la empresa sobre una pared gris. Finalmente, alguien debió percatarse de que el canal estaba abierto y lo cortó sin más. La imagen parpadeó y se cubrió de niebla. El logotipo de la compañía se proyectó automáticamente ante la ausencia de señal.

Frank me miró largo rato. Finalmente dijo:

—Ya has visto la que se va a armar ¿Vas a contarme lo que ha pasado?

—¡Ya te lo he dicho! —exploté—. ¡Han comenzado a aparecer réplicas sin parar y he tenido que matarlas a todas!

—¿A todas? ¿A cuántas personas has matado allí, Smirka?

—Creo que... dos. Pero no son personas, Frank. ¿No dijeron eso en aquél caso... el de mantenimiento? No son como nosotros... y además, ¿Qué importa ya? Hemos salido de allí. ¡Estamos vivos y toda esa escoria, muerta! Se acabó. Fin del incidente. ¡Que los putos expertos limpien la zona y reparen el núcleo!

—¡Dios, Mir! Tienes un instinto natural para buscar problemas —dijo Caffiori frotándose el rostro—. Necesito una ducha; voy a quitarme la escafandra y cuando vuelva quiero que ordenes tus ideas y me expliques detalladamente lo que ha pasado. Necesitamos saberlo para ponerlo en el informe. Me parece que podemos ir buscando un nuevo empleo.

Observé a Frank mientras se marchaba. ¿Habría alguna diferencia con el original? ¿Podían detectar de alguna forma los de la compañía que era una réplica? ¿Se daría cuenta él? La lógica se lo estaba indicando pero parecía negarse a aceptarlo. «*De todas formas, lo importante no es si él lo sabe, sino que los demás no lo sepan* —me dije». El Frank original llegó a la sala cuando la temperatura era muy baja aún, entró por la condenada puerta y

yo lo maté. El Kernov duplicó la masa tomándola desde el instante en que él agarraba la palanca y lo proyectó hasta el presente, donde yo ya lo había matado y escondido, por lo que los recuerdos del Frank replicado serían la llegada a la sala fría y, en el instante en que agarraba la palanca, calor repentino y la aparición de toda esa sangre en el suelo, el rastro que yo dejé al arrastrar al Frank original. Estaba bastante claro, ese cambio violento e inexplicable al saltar quince o veinte minutos en el tiempo y omitir todo lo ocurrido en ese lapso de tiempo eran una prueba que... Me detuve, petrificado, al comprender que había un importante cabo suelto: ¡el reloj! El reloj del Frank replicado debía tener un desfase. En el momento de duplicarlo, la hora de ese reloj sería la del instante de origen, por lo tanto, debía estar retrasado respecto a la hora actual. Tenía que avisarle; hacer que lo pusiera en hora. No sé en qué términos podía hacerlo, quizá diciéndole la verdad lisa y llanamente.

De pronto, el comunicador volvió a sonar y en pantalla apareció un hombre joven muy nervioso.

—Hola... ¿Es... es la Luna?

—Sí

—Me han... ordenado que les envíe la clave.

—¿Qué clave?

—La clave de puesta en marcha... Ya sabe...

—¿La puesta en marcha?

—Sí. Es «*Resurrección9001*»; todo junto, la primera con mayúscula y con acento. Ahora debe...

—Un momento, un momento... ¿Qué puesta en marcha? Este trasto está averiado. No se puede poner en marcha.

—Esto... Sí, bueno... No sé; a mí me han dicho que les dicte el procedimiento de arranque. Tome nota: lo primero es conectar el sistema de refrigeración; nada más puede hacerse hasta que la refrigeración funcione a pleno rendimiento y sin...

—¿No me has oído? No—se—puede—poner—en—marcha —remarque— Si lo hacemos puede ocurrir una catástrofe, ¿entiendes?

—Sí, sí... Todo lo que usted quiera. Yo... yo tengo un trabajo que no quiero perder. Sólo hago lo que me han dicho... ¿Ok? Una vez en marcha el sistema de refrigeración, se comprueba que la canalización hasta el transductor de microondas esté operativa y...

—¡Basta! Pásame con tu jefe, o con algún maldito pez gordo.

Por un lado entró en pantalla de nuevo el tipo anterior, ahora con traje y corbata.

—¿Sabe cuánto dinero se está perdiendo por cada segundo que pasa? —exclamó, aún sudoroso—. Cada palabra que cruzamos sale por un millón, o quizá más. Usted y yo no somos nada; nos van a desintegrar si dejamos que esto siga parado, tirando millones y millones a la basura, ¿entiende?

—¡Usted es el que no entiende! Le digo que este trasto no funciona; si lo conectamos puede ocurrir una catástrofe de verdad. ¡Toda la instalación va a arder; la Luna entera puede estar en peligro!

Me miró fijamente mientras tableteaba con el dedo en la mesa. Finalmente dijo:

—Está bien; está bien. Esperaremos al equipo de técnicos. ¿Qué más da unos millones más?

Y cortó la comunicación.

Traté de retomar el hilo de mis pensamientos. Había algo importante que debía hacer... Sí, comprobar las cámaras de seguridad. Estaba casi seguro de que había una en la sala del núcleo y, en alguna parte, estaría grabado todo lo ocurrido. Accedí a la sección de seguridad; en la pantalla central se proyectó un mosaico con ocho imágenes de distintas partes del centro. Ninguna de ellas era la sala subterránea. Aquello era una preselección de las imágenes más importantes en materia de seguridad, las que solíamos ojear de vez en cuando —por si entraba un selenita hostil, bromeábamos—, pero había muchas más cámaras en las instalaciones. Trataba de localizar el menú apropiado cuando el comunicador zumbó y la pantalla se llenó con otro rostro desconocido.

—¡Por Dios! —Murmuré—; ¿j!no pueden dejarme en paz un solo minuto!?

—Aquí el planeador «*Encélade*». Traigo a bordo al equipo de reparaciones. Estaremos ahí en veinte minutos. Aproximadamente a las... doce treinta. ¿Hay algún problema para el alunizaje?

—No. Todo está en orden; estamos a la espera.

—OK, corto.

La pantalla mostró de nuevo las cámaras de seguridad.

—¡Maldita sea! ¿Veinte minutos? En cuanto el dinero empuja, ya nos podemos mover a velocidad superlumínica ¿no? —grité completamente solo.

Y retomé la labor de localizar la cámara. Conseguí hacer aparecer el mosaico con todas las imágenes disponibles. Tuve que ponerme en pie y acercarme a la gran pantalla, que cubría casi por completo la pared, para examinar uno por uno los diminutos cuadros donde se mostraba lo que registraba cada una de las ciento cincuenta y tres cámaras de seguridad del complejo. Por fin reconocí la imagen familiar y odiosa de la sala subterránea. En ese momento alguien caminaba por ella. Me recorrió un estremecimiento y aparté la mirada, concentrándola sólo en el rótulo correspondiente a la cámara: «U-22 —leí—». Volví a la consola y comencé a buscar los archivos de almacenamiento de imágenes correspondientes a la cámara U-22. No tenía demasiado tiempo, debían faltar unos diez minutos hasta las doce treinta, cuando llegaría el equipo de reparaciones. Con dificultad, empujando el aro metálico de la manga del traje, miré mi reloj; marcaba las doce en punto. Mi corazón pareció dar un latido en falso, minúsculas gotas de sudor frío afloraron en mi frente mientras las manos me temblaban... Miré el reloj de la sala; marcaba las doce y diecisiete. Volví a mirar el mío: las doce. Volví a mirarlos una y otra vez como un idiota tratando de encontrar el error. Estaba mirando mal; debía haber un fallo. Mi mente se negaba a aceptar el terrible significado de ese desfase aparentemente banal. Finalmente la lógica cayó sobre mí como una cascada de agua fría. «*El generador Kernov proyecta siempre masa desde el pasado —pensé—; ¡nada puede ser duplicado si no ha estado allí antes! El primero que se encuentra en la sala es el original; los demás son las réplicas*». Cuando yo llegué al laberinto subterráneo, el otro estaba ya allí. ¡Él era el original y yo la réplica! Tanto tiempo observando a Frank y extrañándome de su ignorancia y no había visto la viga en mi propio ojo. Tardé un buen rato en asimilar el golpe. El comunicador me hizo volver en sí.

—Aquí el planeador «Encélade». Solicitamos permiso para alunizar.

—S...sí. Adelante; la pista está despejada.

Ahora tenía más de una razón para eliminar la grabación de la cámara. Mi propia vida estaba en juego también. Tras muchos errores y vueltas atrás, localicé los archivos de la U-22. Los arrastré sobre el destructor de documentos, que borró físicamente los datos del soporte de almacenamiento. Me hubiera gustado conservar una copia de aquello; era un suceso extraordinario. En cierta forma, el registro de mi muerte... o mi nacimiento —según se mire—. Pero el tiempo apremiaba y no podía arriesgarme a dejar rastros; seguramente habría una investigación a fondo.

De pronto recordé la pistola; la llevaba aún ahí, en uno de los bolsillos. Corrí hasta la sala del material para experimentos y abrí la caja. Cuando la iba a colocar en su sitio una idea extraña pasó por mi cabeza y, sin saber

bien por qué, decidí no devolverla a su lugar . La escondería en un sitio seguro; había muchos en la instalación; había ido descubriéndolos por azar a lo largo de los años. El mejor, sin duda, una viga hueca mal cerrada por un extremo en un rincón perdido del invernadero.

El equipo de reparaciones llegó y aún no había tenido ocasión de hablar con Frank. Tenía que decirle lo del reloj. El piloto se presentó y dijo su nombre, un nombre que no puedo recordar. Sí recuerdo su expresión de perplejidad cuando le tendí la mano para que la estrechara. Permaneció mirándola sin hacer nada. Giré la palma y la contemplé, estaba cubierta de sangre en distintos estadios de coagulación y sequedad.

—Lo... lo siento —dije—. Voy a lavarme.

El piloto tenía orden de desembarcar a los técnicos y llevarnos a nosotros dos de vuelta a la Tierra urgentemente. Traté de localizar a Frank pero fue inútil; como tantas otras veces, había desaparecido. Debía tener alguna especie de lugar secreto o mini santuario donde se refugiaba en los malos momentos. Grité su nombre por los corredores pero fue inútil.

A solas, en el baño, me quité el pesado traje blindado antirradiación y entré en la ducha. Lavé compulsivamente y con aprensión las manos, brazos y cara. Al terminar, contemplé mi rostro en el espejo unos minutos.

—¿Soy yo? —dije palpándome la cara con la mano.

Aquel cuerpo era yo, pero... ¿Era yo Smirka Antonov? ¿El auténtico Smirka? Aquella materia no era la del Antonov original y, sin embargo contenía exactamente todos sus recuerdos y sensaciones. ¿O sí era la materia original de él en un tiempo anterior? Pero, si el generador extraía la masa de otro tiempo, esa masa ¿no debería desaparecer del tiempo original? ¿Cómo demonios hacía ese artefacto infernal para duplicar la masa? ¿Habría sufrido algún daño o algún cambio importante la mente o la personalidad de Smirka en el proceso?

—¿Quién demonios eres tú? —pregunté al espejo.

Pero no respondió.

★ ★ ★

Como un autómatas contesté a los saludos y el protocolo de los miembros del equipo; no recuerdo ni uno solo de aquellos rostros ni sus nombres. Mi mente traumatizada trataba de construir una versión alternativa a la verdad que fuera creíble y concordara con las pruebas que habían quedado caóticamente desparramadas allí abajo y en la cuál, Frank y yo fuéramos los originales y todos los demás, las réplicas.

El piloto, Frank y yo partimos en el Encélade dejando atrás a los técnicos y yo aún no había tenido ocasión de hablar con él. El espacio en el planeador era escaso —a la antigua usanza—, todos hacinados en la cabina. No quería que el piloto escuchara nuestra conversación; nadie debía saber una palabra de todo aquello. Nuestras vidas dependían de ello. De repente, caí en la cuenta de que no había puesto en hora mi propio reloj. Lo hice delante de Frank, a la espalda del piloto, incluso señalé la esfera con el dedo para que él se fijara en lo que estaba haciendo pero no entendió mi mensaje.

—¿Se ha roto? —preguntó—. Probablemente sea por la radiación; la maldita radiación. Más vale que no tengamos hijos; llevamos Sieverts en el cuerpo como para engendrar cualquier abominación.

—Comprueba el tuyo —dije en voz más baja de lo habitual pero sin llegar al cuchicheo que podría resultar sospechoso.

—¿Éste? Es de Cesio. No ha variado ni un picrosegundo en cinco años.

—Hoy ha sufrido una lluvia magnética y radiactiva mayor de la que sufrirá en veinte años. Son las doce cincuenta y cinco; compruébalo.

Frank miró su reloj y lo cotejó con el del cuadro de mandos.

—Que raro —dijo mientras lo ajustaba.

Me pareció que el piloto había girado ligeramente la cabeza como con intención de escuchar mejor. La lógica me decía que sólo miraba el indicador de presión situado en el panel derecho, pero la mala conciencia me gritaba histérica que acababa de oír toda la conversación y, por supuesto, había comprendido inmediatamente lo que pasaba. ¡Ahora lo sabía todo!

Pasé el resto del viaje atormentado por la culpa, pensando en qué podrían haber descubierto allí arriba que me implicara o me delatara ¿Serían diferenciables las huellas digitales de las distintas réplicas? ¿Serían capaces de determinar si un ADN era más reciente que otro? No tenía ni idea de lo que los avances tecnológicos permitían hacer a la policía científica. De pronto pensaba que llegarían allí, echarían un vistazo y lo sabrían todo de inmediato, como si se tratara de algo absolutamente evidente. Luego me calmaba pensando que, simplemente, me estaba comportando como un niño culpable, que se siente desnudo y cree que todos pueden ver lo que piensa.

A nuestra llegada, fuimos retenidos por la policía de la Energetic & Co. La aparición de un segundo cuerpo policial especializado y secreto dio lugar a una confusa pugna por las competencias y a un notable caos en la jerarquía de mando. La intervención directa del presidente de la compañía,

el magnate Jules Hahn, zanjó la cuestión y pasamos a manos del cuerpo especial que nos tomó muestras de ADN y confiscó nuestra ropa y efectos personales, incluidos los relojes.

II. Justicia ciega

Durante algo más de un mes, permanecimos en libertad vigilada dentro de las instalaciones de la compañía, siendo sometidos a estudios minuciosos e interrogatorios constantes mientras se instruía el sumario del caso. Durante ese tiempo, traté de desarrollar una versión de los hechos que pudiera sacarnos del atolladero y creí conseguirlo, al menos en aquel momento.

La vista comenzó a cargo del departamento judicial privado de la Energetic & Co. El hecho de que la macro empresa pudiera convertirse en algún momento del proceso en juez y parte no parecía preocupar a nadie... excepto a nosotros. Mi rogatoria pidiendo ser juzgado en Ucrania fue rechazada unánimemente por ubicarse la comisión de delitos dentro de la jurisdicción territorial del estado autónomo de la Empresa.

El planteamiento de los cargos fue, cuando menos, extraño. La acusación sostenía que lo primero a dilucidar era si Frank y yo éramos réplicas, puesto que había importantes indicios que apuntaban en esa dirección. Si se determinaba que no éramos los originales, quedaríamos libres de los cargos por el perjuicio económico de la desconexión del núcleo, siendo directamente destruidos como el resto de las réplicas. Si no conseguía probarse tal extremo, entonces seríamos acusados de una negligencia profesional con resultado de desconexión energética y daños económicos por valor de un número que casi no sabría pronunciar, a lo que se sumarían diversas demandas por lesiones y otros perjuicios producidos como resultado indirecto del apagón. Los «importantes indicios» a que hacía referencia el fiscal me causaban una notable ansiedad, mientras que Frank parecía relativamente tranquilo. Desde su punto de vista, la acusación de ser una réplica no tenía demasiado sentido y, la responsabilidad por la desconexión del núcleo era más mía que suya.

Presidía la sala la jueza Aurora Osanne, cuya fama no era precisamente de magnánima e indulgente, cosa que podía adivinarse en la dureza de rasgos de su anciano rostro. Tras los formulismos y exposiciones iniciales, fui llamado al estrado para exponer mi versión de lo ocurrido.

—¿Quiere contar a la sala cómo ocurrieron los hechos? —preguntó el fiscal.

—Como ya he repetido en varias ocasiones, había una indicación de avería en el colector del núcleo. La cámara interior de control que monitorizaba la zona había dejado de funcionar por lo que me dirigí hacia la sala del Kernov para tratar de sustituirla.

—¿Sustituirla? —Interrumpió el fiscal—. ¿Quiere usted decir que está cualificado como técnico en reparación de generadores del tipo Kernov?

—...No...

—¿Sabe si en su contrato se especifica en alguna parte que es obligación suya la reparación y mantenimiento del dispositivo?

—No... Creo que no.

—Bien. ¿Y puede decirnos POR QUÉ decidió ese día iniciar un proceso de reparación que no le correspondía ni por rango ni por preparación?

—Yo... Creí que sería de ayuda para los técnicos tener la imagen de la zona averiada. No pensé que fuera un peligro para... los demás. Lo era para mí pero no me importó.

—Cuéntenos qué ocurrió allí abajo, señor Antonov.

—No hay mucho que contar. Entré en la sala del núcleo y cambié la cámara, después entré al laberinto de debajo del generador...

—Eso es una zona restringida de alto riesgo. ¿Puede decirnos por qué entró allí?

—La cámara que acababa de poner mostraba una imagen curvada que se extendía hacia abajo. Quería comprobar si estaba ocurriendo algo grave allí abajo... Si la curvatura se extendía fuera del generador o algo así... Por si era necesario detenerlo ante un peligro grave.

—Y ¿Sabría usted determinar en qué consistiría un peligro grave en relación a lo que pudiera observar allí?

—Pensaba... comunicar con el equipo de reparaciones en caso de ver algo anormal.

—Continúe con el relato, por favor.

—Cuando estaba allí adentro, alguien entró por la puerta... Era una réplica mía; nos enzarzamos en una pelea y yo lo maté...

—¿Cree que podría aportar alguna prueba... algún dato que nos permitiera constatar que el vencedor de esa pelea fue el original y no la réplica?

—No, pero creo que tampoco puede constatarlo el contrario.

—Eso está por ver... ¿Podría decirnos por qué ocultó el cadáver en el interior de la canalización eléctrica?

—Yo no lo hice. Eso debió hacerlo alguna otra réplica posteriormente.

—¿Y se le ocurre por qué razón haría tal cosa?

—No tengo ni idea. ¿Cómo saber qué pasaría por su cabeza en aquella situación absurda?

—¿Cómo saberlo? Yo creía que, siendo una réplica suya, con un cuerpo y un cerebro idéntico al suyo, usted sería la persona más indicada para decirnos exactamente qué es lo que pasaba por la cabeza de...

—¡PROTESTO! —gritó mi abogado sobresaltándonos a todos—. Se está comparando a mi defendido, ser humano original (mientras no se demuestre lo contrario), con una réplica, entidad considerada como no humana ni sujeta a derecho según el decreto 1326/2.

—Se acepta —decretó la jueza golpeando con el mazo—. Que no conste en acta y que el fiscal evite establecer este tipo de paralelismos.

—Mis disculpas —dijo el fiscal—. Continúe con su historia, señor Antonov.

—Muerta la réplica salí del laberinto y de la sala del núcleo regresando por el túnel hacia las instalaciones.

—¿Y no avisó al señor Caffiori de lo que estaba ocurriendo?

—No lo encontré. Creo que él salió por otro corredor hacia el túnel en el momento en que yo acababa de entrar; no llegamos a vernos... De modo que supuse que había ido a buscarme. Entonces fui a por la pistola de los experimentos K-Weill de tiro parabólico en baja gravedad... y regresé con ella a buscar a Frank. Cuando llegué a la sala del núcleo, él estaba a punto de entrar en el laberinto, lo llamé y le dije que viniera conmigo...

—¿Y entonces apareció la segunda réplica?

—Sí, era yo mismo empuñando el arma en la puerta de la esclusa... Hubo un cruce de disparos y... acabé con él. Después Frank y yo regresamos a las instalaciones. De lo que ocurrió después allí adentro con las restantes réplicas que continuaran surgiendo no tengo ni idea. Sólo sé que salimos de allí, bloqueamos el acceso y detuvimos el generador Kernov —noté en mí la mirada de Frank con expresión de reproche—. Quiero decir... que yo detuve el generador.

Se escucharon algunos murmullos en la sala.

—Que conste en acta que el señor Antonov se reconoce responsable directo de la parada del generador Kernov.

Mi abogado no hizo preguntas. «*Son ellos los que tienen que demostrar algo* —decía—. Bajé del estrado con la desagradable sensación de que las cosas no iban bien. Sensación que se agravó con las posteriores exposiciones del fiscal:

—...Existe una grave incoherencia en la declaración del señor Antonov respecto al factor tiempo. Las autopsias revelan que, entre la muerte de la primera réplica, o debería decir «presunta réplica» en el laberinto del núcleo y la que el acusado abatió de un disparo —en términos de la investigación: la primera de las réplicas que usó un arma, según los análisis de pólvora en los guantes—, transcurrieron como mínimo dos horas. Según el relato del inculpado, entre ambas muertes lo único que ocurrió es que él recorrió el túnel hasta las instalaciones, tomó el arma y volvió a la sala del generador. Los cálculos realizadas por la policía científica, como ha declarado el inspector Sáez, estiman el tiempo de recorrido del túnel a paso moderado en diez minutos y, podemos estar razonablemente seguros de que en aquel momento y en aquellas circunstancias los inculpados no iban a paso moderado. Hay, pues, una laguna de más de una hora en el relato del acusado.

«Por otra parte, estas bolsas que tengo aquí (debidamente etiquetadas) contiene algo que nos será de mucha ayuda. Por fortuna, la moda «vintage» actual de usar relojes de pulsera a la antigua usanza nos será de mucha utilidad para aclarar este caso. Tengo aquí los relojes de pulsera de un grupo de réplicas que se encontraron en las instalaciones del núcleo, incluido el auténtico Smirka Antonov aquí presente —dijo con un deje de cinismo dirigiéndose a mí—. Los relojes correspondientes al señor Caffiori y sus réplicas se analizarán posteriormente. Como explicó el experto al comienzo de la vista, el generador Kernov funciona importando masa desde un tiempo anterior y superponiéndola con la del presente, esto provoca esas complejas reacciones químicas de fusión de los núcleos atómicos que no hemos entendido demasiado bien y que desprenden la energía que produce el generador. Lo que me interesa especialmente es el sistema de funcionamiento mediante «ráfagas». Según se nos ha explicado, el Kernov inicia una ráfaga importando masa desde un punto del pasado. Una vez establecido el nexo con ese punto temporal se importa la misma masa hasta tres veces con intervalos de dieciséis minutos y... ¿cuántos segundos? No importa, digamos... cada cuarto de hora. Eso quiere decir que, al importar a una persona (como en el caso del señor Antonov), que lleva un reloj en la muñeca, la hora que marcará el reloj, estará desfasada respecto a la del presente en esos aproximadamente quince minutos. La siguiente importación dentro de esa ráfaga (que se producirá quince minutos des-

pués), traerá una nueva réplica desde el mismo punto inicial y su reloj estará desfasado treinta minutos y la siguiente tendrá un desfase de cuarenta y cinco minutos. Esto quiere decir que hay una forma muy sencilla de determinar quién es el original: será aquél cuyo reloj no tenga ningún desfase con la hora actual.

Frank —sentado en otra mesa, a mi izquierda— me miraba con cara de espanto. Rehuí su mirada, concentrándome en el fiscal.

—... Si examinamos los relojes aquí presentes —continuaba éste—, que corresponden (siempre según los datos de las autopsias) al grupo de réplicas de la primera ráfaga, vemos que hay uno de ellos (el etiquetado con el número tres) que tiene un desfase de treinta minutos, otro tiene un desfase de cuarenta y cinco minutos y... curiosamente, no hay ningún reloj con un desfase de quince minutos. Por el contrario, tenemos dos relojes con la hora exacta: el perteneciente a uno de los cadáveres encontrados en la canalización del laberinto (etiquetado como el número dos), fallecido en primer lugar según la autopsia y el otro reloj es el del señor Antonov presente en la sala.

«El sentido común nos dice que esto implica dos posibilidades: que el cadáver número dos es el original y el señor Antonov, aquí presente, es una réplica que puso su reloj en hora al darse cuenta de la situación o... justamente al revés: el aquí presente es el original y el cadáver número dos fue el que puso su reloj en hora...

Se oyeron algunas risas entre los presentes. El fiscal levantó la mano para acallarlas mientras continuaba.

—...Por su puesto que pudo poner en hora el reloj en algún momento antes de morir —continuó mientras hacía una señal con la mano a alguien que esperaba en una puerta lateral—. Podría haberlo hecho si eso fuera posible.

El asistente trajo hasta él un traje espacial como el que usábamos en las instalaciones lunares.

—Este traje es un modelo idéntico al usado por los empleados de la Energetic en las instalaciones de la Luna. Concretamente es el que llevaba puesto el señor Antonov. Lamento mostrarlo en tal estado, pero no se nos ha permitido limpiar toda esa sangre. Es un modelo blindado antirradiación bastante aparatoso que, como pueden observar, lleva un panel de controles en el antebrazo izquierdo. Esa característica unida al aro metálico para el cierre estanco de los guantes, a través del cual no cabe el reloj y la correa, hace virtualmente imposible la manipulación de un reloj de pulsera de este tipo puesto que los botones interiores son inaccesibles. Nadie de

nuestro equipo lo ha logrado y yo reto a cualquiera de los presentes en la sala a que lo haga.

«Esto quiere decir que el Antonov número dos debería haberse quitado completamente el traje, ajustado el reloj y habérselo puesto nuevamente, y todo en presencia del Antonov original que, presuntamente, lo mataría después. Una situación bastante... peculiar, por llamarlo de alguna forma.

La intervención de mi abogado se limitó a la presentación de una serie de objeciones sobre el etiquetado de los relojes con la intención de invalidar la prueba. La jueza dejó en suspenso la admisión de la misma hasta obtener más información del equipo policial que llevó a cabo la recuperación de los relojes. Las cosas no pintaban bien para nosotros, especialmente para mí.

El tercer día de la vista, el fiscal se acercó y dijo algo a la jueza Osanne. Ésta interrumpió la sesión y nos condujo a una pequeña sala aparte a nosotros y a los letrados. Parece ser que la acusación había conseguido nuevas pruebas que debían ser puestas en conocimiento de las partes antes de admitirlas en la causa y hacerlas públicas.

—Lo que vamos a ver ahora —dijo el fiscal—, es una grabación realizada por la cámara de seguridad ubicada en la sala del núcleo.

—¿Por qué no se aportó esta prueba en el momento oportuno? —protestó la magistrada.

—Esto es un duplicado hallado en las instalaciones de la Energetic en la Tierra. La grabación original debía estar en la Luna junto a las del resto de las cámaras. Esas tomas son las que se analizaron durante la investigación no encontrándose nada de interés, hasta que alguien advirtió que había una cámara en la sala del núcleo pero no estaba la grabación correspondiente. Entonces comprendimos que la información había sido borrada allí arriba. Uno de nuestros investigadores supo ayer que las grabaciones de las cámaras son enviadas también al centro de control aquí abajo y registradas igualmente.

«*Tierra trágame* —fue lo primero que pensé—. Sin embargo, mentiría si dijera que no sentía una curiosidad morbosa por ver aquellas imágenes.

El fiscal conectó la pantalla e insertó la aguja de memoria.

La toma, desde lo alto del techo, sobre la puerta de la esclusa mostraba una vista panorámica completa de la sala: a la derecha la rampa que subía hasta la pared curva del núcleo, situada justo al frente, y a la izquierda la pendiente que descendía hasta la puerta de acceso al laberinto, también sobre la pared del núcleo pero por debajo del nivel del suelo.

El fiscal iba describiendo lo que aparecía en las imágenes.

—Aquí podemos ver al señor Antonov cuando accede a la sala... Si me permiten, avanzaré rápido hasta llegar al punto de interés... Vemos como cambia la cámara averiada...

«Al menos se me ve hacer algo bien —pensé—».

—Fijémonos bien a partir de aquí —continuó el fiscal—. El acusado parece que va a marcharse pero, de pronto, retrocede y se dirige hacia la puerta del laberinto inferior.

Maldije mentalmente una y mil veces aquel momento infame.

—Vemos que el acusado ha entrado y la puerta se ha cerrado suavemente gracias al servomecanismo de seguridad y, unos diez minutos más tarde... —de nuevo usó el avance rápido— atención ahora...

La imagen se cubrió de nieve gris un instante y reapareció. Ahora, yo estaba de nuevo junto a la puerta del laberinto.

—¿Hay algún problema con la grabación? —preguntó la jueza.

—En absoluto —respondió el fiscal—. Como atestiguará el experto que hemos traído, el momento en que la imagen falla, corresponde al funcionamiento anómalo del núcleo. Se ha producido una proyección de masa a través del tiempo con la finalidad de producir «masa compactada», origen de la energía que genera el núcleo. Sin embargo, a consecuencia de la avería, la proyección se ha producido fuera del colector con el lamentable efecto secundario de la duplicación de la persona del acusado. Se puede apreciar si comparamos la imagen anterior y posterior a la interrupción, cómo en el suelo aparece una franja circular de tono más oscuro, ¿pueden verla? Corresponde a la zona que ha sido duplicada y su masa ha sido compactada. Como ven, los pies del acusado se encuentran en el interior de esa franja. Tiene suerte de que su cuerpo esté dentro de la franja completamente; de no ser así, hubiera sido duplicado... parcialmente.

«El Antonov que aparece ahora en pantalla y que acaba de acceder al laberinto es una réplica del auténtico Antonov que aún se encuentra en el interior.

Me sentí un poco extraño. Ese era yo; justo esa primera réplica. «*En cierta forma, ese es el momento de mi nacimiento* —pensé—».

—No podemos saber qué ocurre en el interior, pero podemos deducir que uno de ellos ha matado al otro o, si no lo ha hecho ya, terminará haciéndolo. Si avanzamos rápido, aproximadamente quince minutos después se produce otra pulsación del núcleo que vuelve a replicar al acusado.

Aquí tenemos al tercer Antonov entrando allí abajo... Pero lo más importante viene ahora... Un poco más adelante... Aquí tenemos al otro acusado Frank Caffiori entrando en la sala por la puerta situada bajo la cámara...

Frank miraba con ansiedad a la pantalla. Los ojos parecían ir a salirse de las órbitas. Ya debía saber (si era capaz de aceptarlo) que era una réplica pero, probablemente se aferraba a la pequeña esperanza que proporciona la incertidumbre (si él era una réplica, ¿qué pasó con el original?). Volví a concentrarme en la pantalla. En la imagen, él estaba abriendo la puerta del laberinto, de pronto, sufrió una sacudida y fue arrastrado hacia adentro. En la penumbra interior se me podía distinguir a mí mientras lo empujaba al suelo y atacaba su cuello varias veces, hasta que la puerta se cerró suavemente ocultándolo todo... Frank, sentado frente a mí, al otro lado de la mesa miraba la pantalla horrorizado...

—Como se puede apreciar —continuó el fiscal—, uno de los Antonov del interior acaba de asesinar al auténtico Frank Caffiori. Presumiblemente, el mismo Antonov que ha acabado con...

De repente, Frank saltó sobre la mesa hacia mí cogiéndome del cuello.

—¡Maldito loco cabrón! ¿Qué has hecho? ¿¡Qué es lo que has hecho!?

Todos los presentes se unieron al tumulto tratando de sujetarlo.

—¡Alguacil! ¡Alguacil! —gritaba la jueza.

—¡Fue un accidente! —Balbuceaba yo rodando por el suelo— ¡No sabía que eras tú!

—¡¡Nos has arruinado la vida!! ¡¡Nos has matado a los dos!! —gritaba mientras trataba de estrangularme con el resto de los presentes tirando de él en todas direcciones.

Le encajé un derechazo que lo dejó aturdido unos instantes, circunstancia que aprovecharon los demás para separarlo y reducirlo con ayuda de los guardias.

Creo que, desde aquel momento, en que quedó sentado y esposado con la vista perdida en el infinito, no volvió a decir una sola palabra más.

Continuamos viendo la proyección, aunque lo relevante ya estaba claro. El auténtico Frank estaba muerto y el presente no podía ser sino una réplica. En lo referente a mí, las imágenes no aclaraban nada respecto a la cuestión de la originalidad, salvo que todas mis anteriores declaraciones eran burdas y llanas mentiras. Y aunque no pudiera demostrarse que yo era una réplica, seguía siendo responsable de desatar todo aquel desastre y de lo que para ellos era más grave: la desconexión no autorizada del generador.

La vista continuó con un Frank ausente a pesar de su presencia en la sala y conmigo en un estado de meditación abstracta cuya finalidad no pude determinar hasta varios días después. Fue entonces cuando, en contra de la indicación de mi abogado, solicité permiso para hablar a la sala. Con cierta desgana, la jueza me lo concedió.

—Señoría. Quiero... quisiera pedir algo a este... insigne tribunal. Ya sé que no me expreso en los términos legales tan apropiados de los letrados, pero yo quería pedir... Quiero decir... que en la Luna, antes del incidente nos encontrábamos dos personas a cargo de los sistemas de control del generador de la Energetic & Co. Y ahora... en esta sala, volvemos a encontrarnos de nuevo esas dos personas... Lo que quiero decir es... ¿por qué no nos olvidamos de todo y volvemos a nuestra casa? Hay familias que nos esperan a Frank y a mí. ¿Por qué hacerles más daño a todos ellos... y a nosotros? Al fin y al cabo, el... el... el Equilibrio Universal —o lo que sea— ha sido restablecido y... ¿Por qué no olvidarlo todo?

El fiscal negaba cabizbajo con una sonrisa malintencionada. Aurora Osanne se inclinó hacia adelante desde el estrado para dirigirse a mí con gravedad.

—Joven, las leyes no se crearon para que hagamos la vista gorda cuando nos conviene. Existen unos derechos que asisten a las personas y que no asisten a lo que no son personas. Deje que le diga algo: en la estación de la Energetic & Co. el grupo de defensa militar de la empresa encontró hasta tres réplicas del señor Caffiori y algunas más de usted. Todas ellas fueron destruidas. Y ahora, dígame: En el caso de que se demuestre que alguno de ustedes es una réplica (cosa que se dilucidará en este proceso) ¿En virtud de qué, piensa usted que las réplicas aquí presentes tienen el derecho de suplantar a las personas auténticas mientras que las réplicas que fueron destruidas en la Luna no lo tienen? ¿Restaurar el equilibrio universal? Cualquiera de esas réplicas eliminadas podría haberlo hecho. ¿Qué deberíamos haber hecho? ¿Bajarlos a todos aquí y echar a suertes quién se queda con el puesto?

—Pero... ¿¡Por qué tenemos que pagar nosotros por las culpas de la compañía!? ¡¡La Energetic & Co. es la responsable; la avería de su sistema provocó esta situación...!! —grité desesperado.

—¡Orden! ¡Orden! —Dijo la jueza golpeando con el mazo—. ¿Qué forma es esta de dirigirse a la sala? ¡Conténgase o le haré callar por la fuerza! ¡Las imputaciones a la compañía serán juzgadas en otra causa específica y le informo de que las responsabilidades que recaigan sobre ella no les eximen a ustedes de las suyas propias! ¡Ahora siéntese y deje al abogado hacer su trabajo!

Después de la intervención, quedé sumido en una especie de estado catatónico. El juicio prosiguió, no sé si durante días o semanas. Ante mis ojos indiferentes pasaron multitud de técnicos, asesores, policías... cuyas importantes declaraciones resonaron en mis oídos sin que yo escuchara una palabra, y con algún que otro interrogatorio a mi persona, del que tampoco podría hacerme responsable...

Y sin embargo, cuando todo parecía ya perdido, en medio de la oscuridad de mi celda, un destello fugaz, un recuerdo inocuo, unas palabras de mi abogado pronunciadas en algún momento perdido: «...*Y lo mejor del caso es que el dueño de todo, nuestro querido presidente Hahn, está ganando una fortuna a costa de todo esto; ha dejado la instalación intacta, sin reparar, y el precio de la energía se ha disparado. Está vendiendo la producción de todas las demás centrales a precio de oro sin los gastos de mantener el generador de la Luna...*».

Una tenue luz apareció en el horizonte. Sí, quizá había aún una esperanza. Una minúscula e imperceptible posibilidad de redención en mitad de aquel inmenso océano de culpas.

Al día siguiente, cuando vino el abogado, interrumpí su habitual verborrea con una petición que lo dejó mudo:

—Quiero volver allí —dije.

Me miró durante un buen rato y luego dijo calmadamente:

—No puede ir allí, no puede ir a ninguna parte. Está usted bajo prisión incondicional e incomunicada.

—Pero podemos hacer una petición, ¿no? Podríamos pedir una... ¿cómo se llama? representación de lo que ocurrió...

—¿Una reconstrucción de los hechos?

—¡Eso es! Subiríamos allí para aclarar cómo ocurrió todo.

—Esa fase pasó hace tiempo. Ya renunciamos a la reconstrucción por resultar demasiado cara, ¿recuerda? No nos parecía necesaria, incluso favorecería a nuestros intereses no tener que entrar en demasiados detalles.

—Sí, entonces no nos convenía, pero ahora... Creo que podría explicar lo que pasó en el interior del laberinto. Demostrar que no soy una réplica y que no fui yo el que mató a Frank.

—Bien, explíqueme qué es lo que va a hacer allí.

—Bueno... Preferiría no tener que hacerlo. Lo comprenderá mejor cuando lo vea allí mismo.

Me miró con ojos de huevo durante un buen rato y finalmente dijo:

—¿Está usted pensando en escaparse?

—No.

Tras unos segundos de denso y perturbador silencio y en vista de que yo no tenía intención de añadir aclaración alguna, el abogado salió refunfuñando.

—Es una petición completamente improcedente. Voy a quedar como un idiota para nada...

Sin embargo esa misma tarde regresó muy agitado.

—Resulta inconcebible pero le han concedido la petición —dijo, exhibiendo uno de esos documentos que acarrea, exactamente igual a todos los demás—. Al parecer, el dueño de la compañía, el presidente Hahn se enteró de que existía una posibilidad de viajar a la Luna para reconstruir los hechos y empezó a presionar a todo el mundo —juez incluido— para que la reconstrucción se realizara y poder así, asistir en persona al «lugar histórico» donde todo ocurrió. Le gusta presumir de estar presente en cualquier acontecimiento importante que ocurra en cualquier rincón del mundo.

—¿Estará allí la jueza Osanne?

—No, está muy mayor para un viaje así, pero la sustituirá otro juez. Ahora, ¿va a explicarme lo que quiere hacer allí para que podamos organizar nuestra estrategia de defensa?

—No hay nada que organizar... Simplemente explicaré paso a paso lo que hice... Cómo ocurrió todo. Usted podrá verlo y lo entenderá allí mismo.

Durante unos instantes, permaneció en silencio, cabizbajo, rascándose la frente.

—Señor Antonov —dijo finalmente mientras guardaba el documento—. Llevo muchos años defendiendo casos perdidos. Sé cuándo miente la gente incluso antes de que pronuncien la primera palabra. En realidad no me importa si es usted culpable o no... Lo que no me gustaría es que se me acusara de complicidad en algún tipo de delito. Solo hay espacio en ese viaje para seis personas: usted, Hahn, el juez, el piloto y la escolta; yo no estaré allí. Y si le soy sincero, me alegro de que sea así; que tenga suerte.

Y salió de la sala.

III. Resurrección

La pequeña cápsula no era muy diferente del planeador en el que hicimos el viaje de retorno. El por qué del nombre «planeador» era algo que nunca llegué a entender. Era un pedazo de hierro «antiaerodinámico» que jamás podría planear en ninguna parte y menos en el vacío lunar.

Dentro de ella nos hacinábamos el juez Bajcer, ahora encargado de la causa, el magnate/presidente del estado autónomo Jules Hahn, sus dos «centuriones personales» que se encargaban también de mi custodia y yo. Bueno... también estaba Gorbea, el piloto que no dejaba de golpear los paneles y maldecir en algún idioma desconocido.

—Dígame, señor Antonov —dijo Hahn—. ¿Qué se siente al matarse uno mismo? ¿Notó algo en su propio cuerpo como esos gemelos que notan la muerte del otro?

El juez Bajcer intervino autoritario.

—Le recuerdo que el reo se encuentra incomunicado. Absténgase de hacer comentarios con él relativos al caso.

Jules, sorprendido, protestó en voz baja.

—Se ponen un faldón y ya creen que pueden gobernar el mundo.

El juez, que pudo escucharlo, hizo un gesto de desagrado y respondió.

—Le recuerdo, señor Hahn, que, por muy «presidente» que usted sea puedo acusarlo de desacato y meterlo en el calabozo.

—Me parece bien. Un juez no debe arredrarse ante nada —respondió haciendo una pequeña reverencia a modo de disculpa.

Los dos gorilas permanecían impasibles como maniqués y, salvo los vituperios incomprensibles del piloto, permanecimos en silencio el resto del viaje.

El alunizaje resultó algo aparatoso. Yo estaba demasiado absorto en mis propios pensamientos; Hahn, eufórico, como un niño en una montaña rusa; los dos guardias, impasibles y Gorbea peleando con los controles. La peor parte fue para el juez, que no dejaba de sudar y se aferraba a los agarres con tanta fuerza que parecía que iba a partirse los dedos.

Superado el aparatoso trance del ataque, avanzamos por los angostos pasillos de la instalación. Lo que durante tantos años fue mi hogar, ahora era un sitio lúgubre, muerto, olvidado en medio del vacío. Abría la comitiva Gorbea, la única persona aparte de mí, que conocía el lugar; le seguía

Hahn, luego el juez Bajcer y finalmente los dos gorilas y yo, uno de ellos caminaba delante de mí y otro —el que más me preocupaba—, detrás.

Como suponía, no demostraban una gran habilidad moviéndose en la gravedad lunar, lo que confirmaba mis expectativas: «*entrenados en mil formas de proteger y matar pero torpes como cachorros en baja gravedad*». Traté de mostrarme igualmente torpe, incluso algo indispuerto, lo que no resultó nada fácil. Lo último que querría era levantar sospechas sobre mi comportamiento.

Transgredimos varios precintos policiales antes de alcanzar la puerta de acceso al túnel de servicio que llevaba al generador. Gorbea dio orden de colocarse los trajes presurizados. Alcé las manos esposadas ante uno de los guardias. Éste miró a Hahn y cuando el magnate iba a autorizarlo, el juez se anticipó dirigiéndole una mirada de reproche.

—Puede quitarle las esposas.

Hahn asintió casi imperceptiblemente y el guardia me liberó.

Me acerqué al almacén tratando de no aparentar premura, pero quería coger una de las escafandras ESA/YURINA mucho más ligeras y sólo había tres. Para mi decepción, las otras dos se las adjudicaron los guardias mientras que las pesadas escafandras blindadas fueron a parar al juez y al propio Hahn. El piloto llevaba ya el suyo puesto. Presurizados los trajes, accedimos al oscuro túnel de servicio e iniciamos la marcha en el mismo orden. El guardia a mi espalda seguía siendo un terrible problema. Todos caminaban tratando de aparentar normalidad pero dando pequeños saltos y traspies descontrolados. Nos habíamos alejado unos diez metros de la puerta.

Era el momento. O me lanzaba ahora o no tendría otra ocasión.

Fingí un tropiezo y me dejé caer, con tanto ímpetu que me golpee realmente el casco (y la cabeza dentro de él) contra la pared «*qué estupidez —pensé—, casi pierdo el sentido y lo echo todo a perder.*»

Quedé en el suelo boca arriba mirando al guardia de atrás y le tendí la mano mientras hacía un gesto de dolor con los ojos entrecerrados. Permaneció unos instantes impasible y por un momento, pensé que todo se iba al traste. Pero finalmente (quizá a una silenciosa indicación de Hahn) se acercó y agarró mi mano.

Y la locura se desató. En lugar de dejarme elevar, tiré de él y apoyando mi pie en su vientre y lo balanceé sobre mí catapultándolo hacia el otro guardia. Inmediatamente y sin comprobar lo que había pasado a mi espalda, inicié una carrera desesperada de regreso hacia la puerta, como ya lo había hecho otras veces, a cuatro patas. ¡Qué ironías tiene la vida! miles

de años de evolución tecnológica para descubrir que el método antediluviano de los cuadrúpedos sigue siendo el más eficaz en los lugares más inverosímiles. Alcancé la puerta y la cerré violentamente; solo entonces me percaté de que uno de los gorilas iba pegado a mis talones y se estrelló contra la puerta a punto de alcanzarme «¿Cómo demonios se ha recuperado tan deprisa?». Forcejeé con la barra asegurándome de que se cerraba por completo mientras al otro lado daban golpes y gritaban.

Haciendo caso omiso de los gritos, despresuricé el traje, me arranqué el casco que me agobiaba y corrí hasta la sala de control. Tuve que recurrir a la ayuda del sistema para iniciar el proceso de arranque. Primero los refrigeradores, los conductos, el acumulador del enlace de microondas... Una ristra interminable de artefactos y procedimientos demasiado complicados incluso para mí (un supuesto técnico en la materia). Y por fin, el núcleo Kernov; la petición de arranque dio paso a la ventanita que solicitaba la clave. ¿Seguiría teniendo validez después de tanto tiempo? Todo mi plan (y mi vida) dependía de una única palabra; de un puñado de teclas pulsadas en el orden adecuado.

«Resurreccion9001» —escribí— y el sistema respondió: «Clave incorrecta».

Quedé petrificado durante unos segundos... Comprobé las mayúsculas y volví a teclear cuidadosamente: «R e s u r r e c c i o n 9 0 0 1 [Intro]».

«Clave incorrecta. Dispone de tres intentos más».

«¿Qué fue lo que dijo aquel niño el día del incidente? Sí, eso es: todo junto, con mayúscula y... ¿Qué era lo otro?... ¿acento? ¡Sí, eso es!». Prácticamente, nadie usaba ya las tildes, pero aquella palabra provenía de un idioma donde sí se usaban. Me retrotraje a los días de la escuela de primaria y finalmente tecleé: «Resurrección9001».

La pantalla engulló la pequeña ventana y el proceso continuó. Suspiré aliviado hasta que la siguiente advertencia me recordó todo lo que quedaba por hacer:

«ATENCIÓN: Se ha detectado un mal funcionamiento en el núcleo principal.»

Informe detallado. Continuar. Cancelar proceso.»

Pulsé «Continuar» y tras unos instantes, un silbido apenas perceptible apareció en la lejanía y lo inundó todo, devolviendo la vida y la familiaridad al lugar. El generador Kernov estaba en marcha y yo volvía a estar en casa.

Fui al invernadero y metí la mano en el hueco de la viga metálica. La pistola seguía allí. Regresé con ella hasta la puerta del túnel de servicio. Me

asomé sigilosamente por la ventanilla de la puerta. Estaban todos a la vista; conversaban en voz baja, probablemente tramando algo contra mí. Me aseguré de que todos y cada uno se movían, que eran reales; desconfiaba por completo de los centuriones de Hahn. Seguro que tenían estrategias y protocolos para resolver situaciones como aquella.

Empujé la palanca y entreabrí la puerta lo suficiente como para sacar la mano con la pistola.

—¿Ven esto? Es un arma. Saben que está cargada y que sé utilizarla, ¿verdad?

—Sin duda dio usted buen ejemplo de ello —reprochó el juez—, por eso está aquí, entre otras cosas y debo instarle a que deponga su actitud antes de que empeore su situación.

—¿Empeorar? —exclamé—. Creo que eso es realmente difícil, ¿O cree que tengo alguna posibilidad de escapar a la pena de muerte, señoría?

—En realidad hay pocas probabilidades de que se le pueda aplicar a usted dicha pena —respondió el juez.

Los demás parecían tan sorprendidos como yo.

—¿Qué quiere decir?

—Que siendo usted (presuntamente) una réplica y no una persona auténtica, en realidad se trataría de una eliminación; nunca una auténtica pena de muerte.

—¿Quiere cerrar la boca? —protestó Hahn— Menudo negociador está hecho.

—Yo no negocio, soy juez. Y le recuerdo que seguimos estando en mitad de un proceso judicial y que debe dirigirse con más respeto a este tribunal si no quiere que se le acuse de desacato.

—¡Bah! —protestó Hahn—. Escuche, joven...

—¡No! Escúchenme todos a mí; quiero que sigan mis instrucciones. No voy a hacer daño a nadie; obedezcan y en unas horas todos saldremos de aquí sanos y salvos; se lo prometo.

—Me decepciona usted —dijo Hahn con gravedad—. ¿Nos ha hecho venir hasta aquí, gastar todo ese dinero en este viaje para esto: un vulgar secuestro?

—¡Esto no es un secuestro! —grité, pistola en mano y refugiado tras la puerta blindada.

Y el silencio de los presentes me hizo sentir ridículo, como si todos esperáramos las risas del público.

—¿Cuánto tiempo hace que no oye hablar de un secuestro en el mundo civilizado? —continuó Hahn— ¿diez, quince años? ¿Sabe a qué se debe?... No debería pero se lo contaré: se debe a que tenemos la tecnología para matar al secuestrador. Sí, matarlo sin necesidad de estar ahí, sin disparos, sin gases, sin nada. Matarlo a distancia limpia y rápidamente. Créame, yo lo he visto, es un trasto fascinante; un «no se qué» de enlace cuántico. Te produce un daño interno en el cerebro en la zona apropiada y no tienes tiempo ni de apretar el gatillo. Bastan unas coordenadas espaciales de posición y... ¡plop! Te deja frito. Se maneja con una palanquita como esos viejos videojuegos. He tenido el privilegio de estar presente en algunas... «intervenciones» que contaban, por supuesto, con la correspondiente autorización judicial —añadió mirando de reojo al juez—. Créame, no tiene nada que hacer.

—Le repito que esto no es un secuestro. Solo quiero... Tengo que hablar a solas con usted y con el juez. Quiero que los demás vengan aquí y se encierren en el almacén. No voy a hacerles daño.

Hahn hizo un gesto con la cabeza y los guardias se dirigieron a la puerta.

—Él también —dije en referencia al piloto.

—¿Quién? Ah. ¿A qué diantre espera usted? —le gritó Hahn— ¡Salga!

Gorbea se encaminó hacia puerta refunfuñando en voz baja.

Me aparté de la puerta para que entraran y, sin dejar de apuntarles, los dirigí hacia el almacén. Una vez dentro, bloqueé la puerta y salí al túnel de servicio. El aire era perfectamente respirable y su aroma me transportó de nuevo a aquel fatídico día en el que mi vida se vino abajo. *«¡Por qué cometí tantos errores! ¡Por qué tuvo todo que salir tan mal! Es una tremenda injusticia; en realidad yo no hice nada malo; no soy una mala persona, simplemente sobreviví. Y sin embargo, a nadie le importa. Para ellos soy un terrible asesino o un ente demoníaco sin alma que hay que eliminar. ¡Pandilla de imbéciles! ¿A quién le importa ya quién es la réplica y quién no? Hay un solo Antonov en el mundo... Y no me van a quitar de en medio tan fácilmente, aún tengo una mínima posibilidad de enmendarlo todo».*

Hahn, al verme sin casco se arrancó el suyo y tomó aire.

—Así que esto es a lo que huele la Luna.... —dijo con cierta fascinación.

Les ordené que avanzaran y caminaron delante de mí durante el largo trecho hasta la sala del núcleo. Entramos y cerré la puerta estanca detrás nuestro. Bajcer se quitó el casco respirando con cautela y desagrado en aquel ambiente probablemente cargado de radiación.

—¿Por qué nos ha hecho venir aquí? —protestó—. ¡Además ha puesto en marcha el generador! ¿No sabe que este artefacto está averiado y es peligroso? ¿No aprendió nada la última vez?

—¡Cállese! Ahora van a bajar los dos por esa rampa hasta aquella puerta.

—Así que es una venganza... Ojo por ojo. Quiere irradiarnos. ¿Para qué? ¿Qué va a ganar con eso?

Ninguno de los dos estuvo en la vista del juicio. Probablemente no habían llegado a ver la grabación de la cámara U-22 y no podían imaginar cuál era mi intención. Quizá porque ni yo mismo tenía claro cómo iba a hacer aquello.

—Muévanse —dije amartillando el arma.

—Me veo obligado nuevamente a pedirle que deponga su actitud —dijo el juez mientras caminaba con las manos en alto—. De otro modo tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Todos nos vamos a atener a las consecuencias. Las consecuencias de que el señor Hahn gane dinero con un trasto que es un peligro para la humanidad. Ahora van a entrar por esa puerta.

Jules Hahn ofreció con un gesto al juez la potestad de mover la palanca, a lo que este respondió:

—Hágalo usted ¿No es propiedad suya?

El magnate asió con aprensión la palanca y la llevó lentamente hasta la posición de apertura, luego la soltó sin llegar a abrir. Ambos permanecieron junto a la puerta del laberinto de Kernov esperando mis órdenes.

Yo tampoco tenía prisa, no sabía si aquello iba a funcionar, ni cómo iba a llevarlo a cabo. Esperar a que se duplicaran (si es que lo hacían) y luego... ¿qué? ¿Matar a los originales fríamente, como un simple trámite? Me repugnaba la idea, pero el instinto de superviviente volvía a agitarse en mi interior, como la primera vez... Como un ataque de náuseas que, de un momento a otro va a tomar el control del cuerpo para hacer lo que hay que hacer sin que el libre albedrío tenga opción de intervenir.

Estaba tan absorto en mis pensamientos que no fui consciente de cuándo ni como ocurrió. Solo sé que, en el sitio donde antes estaban los dos rehenes ahora había un engendro extraño, incomprensible. La proyección de masa había ocurrido y el juez había sido duplicado pero desplazado unos milímetros. Durante unos instantes se vio «doble», hasta que la sangre de las arterias bloqueadas por la superposición del otro cuerpo empezó a aflorar por nariz, ojos y todas las aberturas, incluyendo la zona de unión. Hahn no tuvo mejor suerte; en algún momento se había girado hacia atrás y el duplicado se había empotrado en él vuelto del revés. Ahora tenía dos cogotes, dos espaldas y dos rostros en alguna parte del interior de su cabeza. Uno de los brazos se había fundido también en parte con el juez. La tráquea deformada de este último emitió un gorjeo extraño y sobrecogedor mientras el espantoso conjunto humeaba y terminaba explotando en llamas. Cayeron al suelo mientras yo arrancaba un extintor de la pared y corría hacia allí. La masa de la carga y mi propio ímpetu en la escasa gravedad me hicieron girar descontroladamente y caer al suelo. Llegué rodando hasta las llamas y desde el mismo suelo las rocié con el polvo blanco; la sala se llenó de una mezcla de polvo y humo que dificultaba la visión y la respiración. Agarré aquel engendro humeante y sanguinolento y tiré, arrastrándolo centímetro a centímetro. Aún con la escasa gravedad, aquello tenía la masa de cuatro personas y cada vez que tiraba, era yo el que estaba a punto de volar en dirección opuesta. Conseguí llevarlo hasta un rincón y lo cubrí con una lona. Me tumbé en el suelo, en parte para descansar y en parte para escapar del humo que se concentraba en la parte superior. ¡Ahora sí la había cagado bien! Todo el plan se había ido al traste y había añadido dos crímenes más a mi curriculum (¿o debería decir cuatro?).

Estaba incorporándome cuando alguien me gritó desde la niebla.

—¡Se lo dije! ¡Esta máquina está averiada; mire el desastre que ha ocurrido al abrir la puerta! ¡Por su culpa vamos a morir todos. Este gas debe ser radiactivo!

Era el juez Bajcer y tras él podía verse la figura de Hahn, contemplándolo todo con cara de fascinación.

Tardé un tiempo recuperarme del susto y comprender lo ocurrido. Era la segunda tanda de duplicados, y estaban sanos y salvos.

—¡Aléjense de esa puerta! —dije, encañonándolos con... ¡la mano vacía! ¿A dónde había ido a parar la maldita pistola?— ¡Salgan de la sala, rápido!

No tuve que insistir; salieron de allí a trompicones y yo me arrastré por la sala buscando el arma. Cuando la encontré, me lancé a la carrera por el

túnel superando y derribando en el proceso a mis torpes adversarios que aún no habían cubierto la mitad del recorrido. Tenía que apagar el generador inmediatamente; antes de que la locura de las réplicas comenzara de nuevo y antes de que la masa lunar de los alrededores se convirtiera en magma y lloviera por el techo.

Llegué a la sala de control e introduje el código de emergencia... una vez... dos veces... ¿Habrían tenido la obtusa ocurrencia de cambiarlo? No era posible; no se puede ser imbécil hasta ese punto. Al tercer intento logré que mis dedos temblorosos no pulsaran más de una tecla cada vez y la pequeña puerta se abrió. Pulsé el botón y acabé con la bestia por segunda vez. No tenía mucho tiempo; tomé una aguja de memoria y la inserté. Busqué la cámara U-22 y volqué la grabación de las últimas dos horas en ella. Le puse la funda y me la metí en la boca, acomodándola a un lado de las muelas inferiores. Si era necesario me la tragaría para vomitarla después. Luego adjunté la grabación a un mensaje privado y la envié a mi dirección electrónica.

Hahn y el juez Bajcer entraron en la sala jadeantes. Los encañoné de nuevo.

—Saben lo que ha pasado aquí, ¿verdad? —dije.

—Sí —respondió furioso el juez—: que nos ha tomado el pelo a todos. Nos ha puesto en peligro y todo para nada. ¿Qué esperaba conseguir?

—No —dijo Hahn—. Creo que ahora entiendo el plan... El señor Antonov nos ha duplicado y ha acabado con los originales, ¿no es eso?

—¿Qué estupidez está usted diciendo? —protestó el juez.

—¿No lo ha notado? —respondió Hahn— Todo ese humo ha aparecido de repente, sin más; y esa lona... Tampoco estaba ahí antes... Hay un lapso de tiempo vacío en nuestras memorias que no puede ser otra cosa que el salto temporal...

—No sabemos como funciona esa máquina ni qué clase de humo puede generar —dijo Bajcer—, en cuanto a la lona, ni siquiera me fijé si estaba ahí desde el principio.

—Lo tengo todo grabado —interrumpí—. He enviado la grabación a varios lugares seguros de la Tierra y he borrado el rastro del envío. Ahora estamos todos en el mismo barco. Si hago pública esa grabación, todos seremos «eliminados» y... ¿Qué se hace con las réplicas que no son personas, señorita; se tiran al vertedero una vez muertos?

—Se incineran —respondió él sin percatarse del sarcasmo.

—¡Me encanta este tipo! —intervino Hahn señalándome—. Sabe cómo tirarse un farol.

Empezó a caminar por la sala, pensativo frotándose las manos. Y luego continuó el relato.

—Él sabe que mis técnicos podrían rastrear todos esos «supuestos envíos» y eliminarlos uno por uno, sin embargo... está en una posición ventajosa, ¿verdad? —dijo mirándome fijamente— ¿Y por qué está en una posición ventajosa?... Porque, a pesar de cualquier rastreo y la más exhaustiva búsqueda nunca tendremos la certeza absoluta de haber eliminado todas las copias ¿no es así? Incluso podría haber escondido alguna en esta sala. Todo eso en... ¿cuánto tiempo? ¿un minuto... dos?

—Lo había preparado todo la primera vez que vine. Sólo era cuestión de pulsar un botón —respondí tratando de que la voz no me delatara.

—Sí, sí... Por supuesto, todo lo que usted quiera: lo envié a un notario que lo abrirá en caso de muerte violenta, o a un amigo que la guardará sin mirarla... Un temporizador anual codificado que la distribuirá si no se pone la clave adecuada... Cualquier cosa. Tiene usted todos los triunfos y aunque no me crea nada en absoluto de todo eso, mi posición y mis cartas me obligan a entregarle la partida. Es usted un tipo listo..., decidido. Necesitamos gente así; me gustaría que después de todo esto siguiera trabajando para nosotros, en un puesto más adecuado, por supuesto.

—Perdone que rechace su «amable» oferta pero comprenderá que prefiera ocultarme por un tiempo. Lo único que quiero es que anulen todo el proceso y algo de dinero para poder desaparecer. Digamos... diez mil.

—No sea andrajoso, eso es lo que yo gasto diariamente. Le daré cien mil y su señoría encontrará la forma de anular todo el proceso mediante uno de esos tecnicismos legales que nadie excepto ellos comprende.

—No haré tal cosa —respondió malhumorado el juez—. Creo que una investigación a fondo aclarará todo este enredo.

—Si no está convencido de su situación —dije—, vaya a la sala del núcleo y échele un vistazo a lo que hay debajo de la lona.

—¿A la sala radioactiva? No lo dirá en serio.

—Entonces haremos un pase privado de la grabación.

—Me temo que no hay tiempo para eso —terció Hahn.

E hizo un gesto con la cabeza hacia una de las imágenes de la pantalla. Se podía ver una pequeña nave alunizando en la dársena número dos.

—Cuando nos... secuestró, hicimos una llamada de auxilio. Eso que ve es un comando de las fuerzas especiales.

—No se puede llegar a la Luna en tan poco tiempo —protesté.

—Depende de donde se venga —repuso Hahn—. Ahí afuera hay todo un enjambre de estaciones orbitales «secretas». Todo el mundo tiene una, hasta yo.

—¿Y estos vienen de la suya?

—Me temo que no. Si no me equivoco pertenecen a la Policía Global, algo que puede ocasionarnos muchos problemas.

Mirando por encima de mi hombro, negó con la cabeza. No supe bien qué significaba aquello hasta que me percaté de que uno de sus guardias estaba tras de mí. Les había debido abrir la puerta del almacén cuando venían de camino hacia la sala de control.

—Creo que ya no necesitaré esto —dije, entregándole el arma a Hahn.

Acarició el arma pensativo y se la pasó al guardia.

En ese momento llegaron el otro gorila y el piloto.

—¿Puede saberse que está pasando aquí? —dijo éste último.

—No es asunto suyo —repuso secamente Hahn—. Vaya a preparar la cápsula, partimos inmediatamente.

Gorbea salió de la sala rezongando.

—¿Ha oído algo? —preguntó Hahn al guardia señalando con la cabeza al piloto.

—No, ha estado conmigo en la otra sala.

—Bien, mejor para él. Quiero que uno de vosotros vaya a la sala del núcleo y limpie todo lo que hay allí mientras el otro retiene aquí a los policías con el pretexto de la radiación. Nosotros partiremos de inmediato.

—Hay otro cabo suelto —dije—. Una copia de las grabaciones se envía automáticamente y de forma continua a la Tierra.

—De eso me encargo yo —dijo Hahn.

—No tan deprisa —dijo el juez Bajcer—. ¿Están hablando de destruir pruebas alegremente? ¿De encubrir todo... lo que quiera que haya pasado aquí? Nada de eso. Nadie va a tocar nada y no nos iremos hasta que llegue la policía y levante el atestado. Esas son mis órdenes como juez que instruye esta causa.

—¿Es que no quiere entenderlo? —grité—. ¡Usted es un duplicado! El auténtico Juez Bajcer está... chamuscado bajo aquella lona.

Se acercó hasta mí y, poniendo su rostro crispado y sudoroso a escasos centímetros del mío, sentenció:

—Tengo la conciencia plena y el absoluto convencimiento de ser el auténtico juez Bajcer. Si fuera una imitación, lo notaría.

Y, apartándose de un empujón, se dirigió al pasillo de la dársena número dos.

—Pueden matarme si lo desean —dijo— pero voy a hablar con la policía. No puedo hacer otra cosa.

Hahn lo miró pensativo, probablemente calculando la viabilidad de la oferta del juez. Finalmente maldijo:

—Este cabeza de ladrillo va a hacer que nos maten a todos.

Salí tras el juez maldiciendo «*¿Cómo es posible que este plan absurdo que ha funcionado de la forma más inverosímil se vaya al traste por esta tontería de última hora?*».

Y de nuevo, en el lejano horizonte, surgió una diminuta luz que terminó inundando mi cabeza y el mundo entero. Un mundo que aún me esperaba ahí afuera.

—¡Señoría! —grité, cuando el juez alcanzó la exclusiva de la dársena dos donde un gran reloj de pared mostraba la hora local.

Él me miró inquisitivo.

—¿Lleva usted hora?

El dios caído

JOSÉ ANTONIO COTRINA

Prólogo. El mordisco de Kali

Antes de llamarlo Kali, lo llamaron 2016 Ac. Y para cuando lo descubrieron ya fue demasiado tarde. Nada ni nadie podía apartarlo de su trayectoria. Venía hacia la Tierra y no había salvación posible.

Apareció de pronto. Un asteroide de cuarenta kilómetros de diámetro y forma excéntrica, surgido, literalmente, de la nada. Dado su tamaño semejante objeto debería haber sido detectado con décadas de antelación, tiempo más que suficiente para estudiar el mejor modo de desviar su trayectoria, pero la primera señal de que aquel coloso se aproximaba al planeta fue obtenida el veinte de diciembre del 2016, tan solo nueve días antes del impacto.

Los cuatro telescopios Pan-STARRS ubicados en Hawai fueron los primeros en detectarlo. Un brillo inesperado donde antes no había nada, una sombra portentosa que se arrojaba asesina sobre el mundo. Las alarmas saltaron al instante. Primero llegó la incredulidad, aquello no podía ser otra cosa que un error de lectura, se dijeron todos. Cuando se comprobó que, efectivamente, aquello era real, el pánico se extendió como la proverbial pólvora. No era para menos: aquel asteroide era un destructor en potencia, un nivel diez en la escala de Turín: el monstruo que llegaba tenía la capacidad de cambiar para siempre la faz de la Tierra.

La noticia no tardó en hacerse pública. Resultó imposible mantener en secreto algo de semejante magnitud. ¿Cómo ocultarlo si aquello no tardó en ser visible por todos a simple vista? Una sombra negra, un manchón de tinieblas en el cielo que se precipitaba sobre el planeta desde el espacio profundo. No había pasado más de una hora desde la detección del objeto

cuando apareció el primer titular proclamando el inminente fin de los tiempos. Llegaba el Apocalipsis, el Fin del Hombre. Algún visionario bautizó el objeto como Kali en un foro de noticias y, poco tiempo después, todos acabaron llamándolo con el nombre de la diosa hindú de la destrucción. 2016 Ac era un nombre demasiado frío para designar a aquella cosa aterradora; Kali, en cambio, era un nombre más manejable, alguien a quien, llegado el momento, hasta se le podía rezar para que abandonara la trayectoria que se empeñaba en seguir.

El terror se adueñó de la humanidad; un pánico global, colectivo, un miedo atroz que se asomaba a los ojos de hasta el último de los hombres y que obligaba a alzar la mirada una y otra vez al cielo, hacia la mancha creciente que tomaba las alturas. Los llamamientos a la calma no funcionaron. Pedir tranquilidad no sirvió de nada, no cuando desde un primer momento la comunidad científica había anunciado que no había modo de desviar aquella cosa, no con tan escaso margen de tiempo.

—Nuestros esfuerzos deben orientarse a lo que vendrá después —anunció el presidente de las Naciones Unidas el día siguiente a que Kali fuera descubierto—. Nuestros esfuerzos deben centrarse en cómo sobrevivir a esta catástrofe sin precedentes. Sus gobiernos darán a conocer las medidas preventivas a tener en cuenta antes y después del impacto. Siganlas a rajatabla, por favor. Son por su seguridad.

Invierno nuclear. Lluvia ácida. Colapso de las comunicaciones. El fin de una era, en definitiva. ¿A qué iba a enfrentarse el planeta? ¿Existiría un futuro tras el impacto de Kali? Al tercer día del avistamiento se anunció que según todas las estimaciones el asteroide impactaría en el Océano Atlántico Norte el veintinueve de diciembre a las ocho de la tarde horario Greenwich. Y si a alguien le alivió saber que Kali no iba a caerle sobre la cabeza, poco le duró la tranquilidad. El choque en el océano era el peor de los escenarios posibles. En tierra la devastación sería tremenda pero focalizada; en cambio en el océano habría que lidiar con tsunamis gigantescos y con la incalculable cantidad de vapor de agua y desechos que se verterían en la atmósfera y sus consecuencias. No, no había resquicio alguno para el optimismo.

La economía se colapsó. Fueron tiempos de locura. Las materias de primera necesidad se dispararon en unos mercados que habían perdido la razón, los valores tecnológicos se hundieron. La moralidad se rindió al terror. Los apocalípticos señalaban al cielo y aseguraban que en unos días todo terminaría; no fueron pocos los que remarcaron el paralelismo existente entre la estrella que según los creyentes anunció el nacimiento de Jesucristo y aquel nuevo cometa que traía en su seno la posible destrucción del mundo.

Y aquel engendro continuaba aproximándose, fatídico y atroz, su sombra permanecía indeleble en los cielos, creciendo a ojos vista; el planeta entero estaba más que familiarizado con su forma, su cuerpo abombado, achatado en su parte superior, y la larga estela que arrastraba tras él. En los días anteriores al impacto comenzaron a correr los rumores más dispares. Se decía que en aquella cosa había irregularidades nunca vistas antes en objetos parecidos; su geografía era extraña, aberrante, y además ¿cómo era posible que no hubiera sido detectado hasta ser demasiado tarde? Las fotografías del objeto mostraban además que su superficie rocosa estaba surcada de una compleja maraña de grietas, cuya disposición no parecía del todo natural, allí, aseguraban muchos, había más líneas y ángulos rectos de los que podía haber causado el mero azar. Se hablaba también de un proyecto secreto norteamericano a punto de desvelarse, unos aseguraban que era un plan desesperado para desviar a Kali, otros, más pesimistas, afirmaban que el supuesto proyecto no era más que un plan de evacuación ideado para salvar a los más privilegiados del planeta. Lo que sí es cierto es que, cuarenta y ocho horas antes del momento fatídico, tres naves despegaron de tres puntos diferentes de la Tierra: el Centro Espacial John F. Kennedy, el Cosmódromo de Baikonur y el Puerto Espacial de Kourou. Aquellas naves se convirtieron en proyectiles suicidas, saetas desesperadas por lograr lo imposible. Una a una impactaron contra Kali, pero los daños en el asteroide fueron mínimos. No hubo la menor variación de su rumbo. Su superficie se agrietó más todavía y tres manchas negras marcaron los puntos en los que las naves habían embestido contra aquella cosa. Se rumoreaba que las tres naves iban cargadas con cabezas nucleares. De ser así, incomprensiblemente, ninguna estalló.

El día veintinueve de diciembre a las siete de la tarde hora Greenwich el tiempo se detuvo. La cara de la Tierra enfrentada al objeto se ensombreció. Llegaba el destructor, llegaba el ángel exterminador y nadie podría escapar a su juicio. Desde unas horas antes todas las comunicaciones en el planeta habían comenzado a vacilar, los satélites fallaban, la aldea global comenzaba a resquebrajarse. Los protocolos de seguridad se activaron. En previsión de posibles tsunamis, la gente ya había abandonado las costas en una migración sin precedentes al interior. Todas las ciudades encaradas al objeto contaban con refugios improvisados y fueron muchos los que optaron por refugiarse en ellos, aunque no fueron menos los que se echaron a la calle a contemplar la llegada de Kali.

La suerte estaba echada.

A las seis cuarenta llegó la primera noticia anormal dentro de la anormalidad general de aquel día maldito. El objeto había frenado, su velocidad había menguado de manera repentina y, lo que era más importante, su

trayectoria también lo había hecho. Se intentó averiguar a la desesperada el nuevo punto de impacto, pero el movimiento de Kali continuaba siendo demasiado imprevisible como para lograr una previsión fiable. A las seis cincuenta y siete la capa exterior que recubría el asteroide se hizo pedazos, una cáscara de polvo y detritos que se rompió y desmenuzó dejando a la vista por primera vez la verdadera forma de la cosa que se precipitaba desde el cielo. ¿Qué significaba eso? se preguntaron todos al contemplar el aspecto real del monstruo, ¿qué era Kali? La humanidad entera asistió a los últimos instantes de la civilización con la vista fija en los cielos o en los monitores de los refugios, aunque muchos prefirieron no mirar. Las iglesias, mezquitas y lugares sagrados de todos los credos se llenaron a rebosar, pero ningún dios parecía poder evitar lo inevitable por muy fervorosos que fueran los rezos de sus creyentes. A las siete cuarenta y ocho ya se supo donde iba a impactar finalmente Kali: Francia. La Tierra entera contuvo la respiración.

Kali cayó en picado sobre Europa, incendió la atmósfera y se estrelló en Nantes, arrasando esa ciudad y todas las poblaciones cercanas, acabando en el acto con la vida de cerca de un millón de personas. El impacto fue colosal, tan tremendo que se hizo sentir en todo el planeta.

Entonces, aquel horror que había rasgado la atmósfera terrestre y devastado Francia hizo lo inimaginable:

Comenzó a gritar.

23 de abril 2020

Da igual el tiempo que pase, Walter Sánchez nunca se acostumbrará a ese maldito hedor. Se le pega a las fosas nasales, a la garganta, a los pulmones; es como una maldita capa de engrudo que se le va metiendo dentro. Casi puede masticarlo. Tenía la esperanza de que a medida que se acercaran a Kali iría haciéndose a él, pero es imposible. Nadie puede acostumbrarse a esto. Nadie cuerdo al menos. Huele a descomposición terminal, a ciénaga y estiércol, a fosa común, a matadero y masacre. Huele a muerte.

Y va a ir a peor.

Walter echa un vistazo fuera de la camioneta a través de la abertura de la lona que cubre la trasera del vehículo. La intensa tormenta de barro y nieve negra le impide ver más allá de unos metros. Cree distinguir la luz de los faros de los vehículos que los siguen, pero le cuesta centrarlos entre los remolinos de viento y escoria. Se le antojan escurridizos peces abisales, fuegos fatuos desorientados en aquel paraje infernal. Sonríe. Su madre siempre decía que tenía alma de poeta.

—Qué peste, por dios —gruñe Montesquieu, sentado a su lado. El francés es un hombre pequeñito y nervioso, incapaz de permanecer quieto durante más de treinta segundos—. Dan ganas de arrancarse la nariz de cuajo.

—En tu caso eso sería toda una mejora —dice Hermes. Tiene los brazos cruzados ante el amplio pecho. Es el único que lleva puesta la máscara antigás. No se la quita ni siquiera para dormir. Dice que no quiere que los pulmones se le llenen de pedazos de monstruo. La máscara y el casco le dan aspecto de insecto enfermizo.

En la trasera de la camioneta viajan nueve hombres, todos forman parte de la misma escuadra; al mando está el cabo Hernández, es el joven negro que se sienta al fondo con aspecto de estar permanentemente sobrepasado por los acontecimientos. Los nueve tienen cerca sus rifles de reglamento, preparados y dispuestos. Hace unas horas que entraron en terreno francés y aunque todavía están lejos de la zona de exclusión, el mero hecho de cruzar la frontera ha crispado los nervios de todos, a Montesquieu más que a nadie; a Walter le resulta comprensible: no en vano está regresando a su hogar. De hecho, él nació en Nantes, la ciudad devastada por Kali. El monstruo está cada vez más cerca, se están adentrando en su territorio.

Una serie de relámpagos encadenados abre el cielo y bajo su amparo las sombras del exterior se aclaran lo bastante como para que la oscuridad adopte formas reconocibles. Y así los fuegos fatuos se convierten en los faros de dos todoterrenos y un carro de combate, un M2 Abrams de aspecto achatado. Los tres vehículos se asoman unos instantes a la luz, sucios de polvo, nieve y barro; luego las tinieblas vuelven a engullirlos.

El convoy enfila por fin hacia Lyon. Los carteles oxidados que jalonan la carretera señalan que apenas faltan diez kilómetros para llegar. Lyon es la última gran ciudad habitada de Francia, pero, por lo que se ve, lo será por poco tiempo. De haber llegado sólo unos días después se habrían topado con una ciudad vacía. Lyon se encuentra en pleno proceso de evacuación. A lo largo de las últimas horas, la comitiva se ha ido cruzando con un constante goteo de vehículos que marchan en dirección opuesta, rumbo a la frontera. No tardando mucho, Francia quedará vacía, abandonada a los designios de la montaña alienígena que agoniza en Nantes. Luego irán cayendo los demás países, uno a uno, de forma inexorable, en ese Apocalipsis lento que comenzó hace tres años.

—¡Atención! —se escucha decir desde la cabina de la camioneta un instante antes de que esta frene—. ¡Tenemos comité de bienvenida! ¡Abrochaos las braguetas y poneos guapos!

Tras unos instantes de duda, como si no supiera si lo correcto sería quedarse dentro del vehículo o salir fuera, el cabo Hernández se incorpora a medias y comienza a gritar «¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo todos!» El grupo le obedece con desgana. Descienden del vehículo de manera ordenada, con los fusiles al hombro. La tormenta se cierra sobre ellos al momento, el barro y las cenizas pronto se adhieren a sus cuerpos como una nueva capa de ropa o una segunda piel. Las botas de Walter se hunden en la nieve negra hasta más allá del tobillo. Tuerce el gesto con desagrado. Respira despacio, respira cenizas («Respiro monstruo» se dice, pero ataja ese pensamiento al momento). Se enrolla el pañuelo sobre el rostro, dejando solo al descubierto sus ojos castaños. El resto de la comitiva se detiene también. El conductor de la furgoneta en la que viajan (Nelson, el décimo miembro de la escuadra) baja de la misma.

Dos todoterrenos blancos se dirigen hacia ellos por la carretera. El color y los distintivos los identifican como cascos azules de la ONU. Walter entrecierra los ojos y mira más allá. La ciudad está cerca, pero la tormenta impide verla. Los dos vehículos se detienen a unos metros de distancia. Sus ocupantes bajan de los mismos y se les acercan a buen ritmo. Son un puñado de hombres pálidos, de uniformes desastrados. Es evidente que la palabra marcialidad hace tiempo que ha sido desterrada de su vocabulario; uno de ellos, de hecho, arrastra una ametralladora por la nieve oscura. Los rostros que se intuyen tras las máscaras de gas están vacíos de toda expresión, más que seres humanos parecen fantasmas, criaturas esculpidas en lo más profundo de los infiernos. Walter se pregunta si acabará teniendo él también ese aspecto: esas ojeras monstruosas, esa tez macilenta, esa falta de vida en la mirada... Y se contesta que no. Por fortuna va a morir antes de que eso pase.

El capitán Malaquías baja del todoterreno que encabeza la marcha y se acerca a su vez a los recién llegados. Va vestido con un capote negro y deshilachado, unas gafas de aviador de la Primera Guerra Mundial y el casco reglamentario. Por el otro carril de la carretera siguen su marcha los que abandonan Lyon. La mayor parte de los vehículos son camiones cargados hasta los topes con los más diversos bártulos y enseres, algunos hasta van atados de forma precaria al techo. Los evacuados ni siquiera les prestan atención. Tienen las mismas expresiones vacías que los soldados de la ONU. No es de extrañar, han vivido tres años a la sombra del monstruo. Walter no quiere ni imaginarse cómo habrán sido sus sueños.

—¡Señor! —grita uno de los cascos azules para imponer su voz al rugido de la tormenta. Se dirige a Malaquías—. ¡La ciudad está cerrada! ¡Estamos en pleno proceso de evacuación! ¡Les ruego consideren la posibilidad de dar media vuelta!

—¿Media vuelta? ¡No podemos dar media vuelta! ¡Estamos en misión oficial, cabo! —exclama el capitán. Es un hombre voluminoso, con una barba poblada que trepa por sus mejillas hasta casi llegar a sus ojos.

—¿Misiones oficiales? —pregunta el que arrastra la ametralladora tras él. No hay sorna en sus palabras, parece sorprendido de veras por lo que acaba de oír—. ¿Todavía hay misiones oficiales? ¡Qué disparate!

El capitán frunce el ceño. Está claro que esta no era la bienvenida que esperaba.

—Creíamos que estaban al tanto de nuestra llegada —dice.

—Yo no sé nada, capitán —murmura el cabo mientras se encoge de hombros. Su voz es espesa y lenta. Parece adormecido—. A mí nadie me cuenta nada. Me limito a intentar que la salida de la ciudad sea lo más ordenada posible. Solo eso. La teniente coronel Amanda Strauss está al cargo de la evacuación. Hablen con ella si quieren.

—¿Dónde podemos encontrarla? —pregunta el capitán.

—Sigán esta carretera. Al poco de entrar en la ciudad se toparán con una rotonda con una estatua horrible en el centro. Giren a la izquierda y poco después encontrarán un pabellón de deportes con la bandera de la ONU en la entrada. Nuestra base de operaciones está allí—a continuación señala los faros encendidos de los vehículos que forman el convoy—. Pero les rogaría que a partir de aquí continúen viaje con las luces apagadas —dice—. Por su seguridad y por la nuestra.

—¿Hay parásitos en la zona? —pregunta el capitán Malaquías, sorprendido.

El hombre asiente. Un movimiento brusco de cuello que repite en dos ocasiones, más que un asentimiento parece una convulsión. Walter no puede evitar estremecerse. Alguien a su lado musita un «mierda». No son noticias halagüeñas para ellos, no lo son en absoluto.

—Llevamos una semana teniendo encuentros esporádicos con ellos —les informa el casco azul—. No vienen en gran número y de momento lo mantenemos bajo control, pero la cosa va a más —señala hacia delante con desgana, hacia los vehículos que abandonan Lyon—. Lo siento, tenemos que continuar con nuestro trabajo. Intentaremos avisar por radio de su llegada, pero las interferencias son atroces estos días.

Kali también es el culpable de eso. La perturbación energética que genera el inmenso monstruo en su cráter afecta a las comunicaciones, hacién-

dolas poco menos que imposible. Esas interferencias habían comenzado incluso antes de que irrumpiera en la atmósfera, pero su llegada las magnificó hasta niveles insospechados. Poco después del impacto, los satélites se colapsaron, tanto los de comunicaciones como los militares y científicos, hasta el último de ellos se vino abajo en una aparatosa lluvia de estrellas fugaces que pareció querer rubricar el fin de la civilización. La aldea global desapareció en apenas unas horas, el planeta se volvió a fragmentar, a parcelar y a distanciarse.

Después de dedicarles un gesto que ni por asomo se parece a un saludo militar, el suboficial de los cascos azules comanda a los suyos de vuelta a los todoterrenos. Ellos hacen lo propio, regresan a sus vehículos y se ponen de nuevo en marcha. Walter se retira el pañuelo de la boca y apoya la cabeza en el armazón metálico que sujeta la lona. Echa un vistazo a sus compañeros y ve dibujada la preocupación en todos y cada uno de ellos (excepto en Hermes, que oculta su expresión tras su sempiterna máscara antigás) y comprende que todos le están dando vueltas a lo mismo, a la presencia de parásitos tan cerca de la frontera. Montesquieu suspira y mira entre la lona a la gente que escapa de la ciudad a la que ellos se dirigen. Cada vez con más frecuencia se ven vehículos abandonados, víctimas del polvo negro y el óxido.

—¿Sabéis que echo más de menos? —pregunta de pronto el francés. Y antes de que nadie pueda contestar, se responde a sí mismo—: A los pájaros, manda cojones. A los putos pájaros. Mi padre criaba canarios, ¿sabéis? Me sacaban de quicio con sus cánticos. No paraban en todo el día, los muy cabrones. Quién me iba a decir que iba a terminar echándolos de menos. Uno creía que los pájaros iban a estar ahí para siempre, volando, trinando y cagándose por todas partes. Y de pronto van y dejan de estarlo. Ya no queda ninguno. Ni palomas, ni gorriones, ni estorninos, ni cigüeñas. Nada de nada. Todos los putos pájaros están muertos y, decidme, ¿quién quiere vivir en un mundo sin pájaros?

Walter Sánchez echa de menos a los gatos. Sentía verdadera devoción por esos animales. Cuando era un chaval tuvo dos siameses llamados Patada y Pellizco, él mismo los había bautizado así. Al independizarse los dejó con sus padres, no tuvo corazón de separarlos. No tardó en descubrir que era incapaz de vivir en un piso sin gatos y actuó en consecuencia. Primero llegó Marrajo, un mil razas de color negro y blanco, y más tarde Desprecio, una carey tuerta con la que era imposible convivir y que ha sido, con toda probabilidad, al ser vivo que más ha querido en toda su vida. Cada vez que piensa en que ya nunca volverá a ver un gato, que jamás podrá escuchar sus ronroneos o acariciarlos, siente unas desesperadas ganas de llorar. Como ahora. A duras penas logra contener las lágrimas. Sus compa-

ñeros continúan hablando. Hablar evita pensar en lo que los aguarda más adelante.

—Yo no tengo el menor problema en vivir en un mundo sin pájaros —gruñe Hermes. Su voz suena hueca tras la máscara—. Lo que me cuesta horrores es vivir en un mundo sin solomillo. Joder, hace tres años que no le hincó el diente a un buen solomillo. Daría tu vida por un buen filete, Montesquieu, ¿me oyes?

—Y yo la tuya porque me cagara una paloma encima una sola vez más.

—Rape en salsa de oricios —dice de pronto Laura. Más que nombrar un plato parece estar recitando una poesía de tanta emoción como le pone—. Os mataría a todos por un plato de rape en salsa de oricios —casi se la escucha salivar—. Era mi plato favorito. No pasaba un mes sin que me diera el gustazo de ir a un buen restaurante a comerlo —Laura es la única mujer de la escuadra. Parece menuda, pero su cuerpo engaña, esconde una fortaleza y una musculatura sorprendente. Es lo bastante fuerte como para cargar con los cuarenta kilos de la ametralladora pesada, por ejemplo, y desenvolverse con ella sin problemas.

—Pues yo lo que echo de menos es a los niños —dice en tono desabrido Angus, el más joven de la escuadra. Es el más pesimista de los pesimistas. Lleva su negatividad como una bandera y hace gala de ella en cuanto puede. Como ahora. Habla con un desprecio al que ya están todos más que acostumbrados—. ¿Nadie echa de menos a los niños? —pregunta mientras pasea la mirada acusadora entre ellos.

—Demasiado correosos para mi gusto —replica Hermes—. ¿Qué quieres que te diga, chico? Sigo prefiriendo un buen solomillo poco hecho.

Alguien suelta una carcajada seca para celebrar la macabra ocurrencia de Hermes. El humor negro siempre enfurece a Angus, lo saca de sus casillas, no comprende que alguien pueda hacer bromas con el final de la especie humana. Comienza a despotricar contra Hermes por ser capaz de reírse de semejante tragedia, pero no tarda en hundirse en un silencio hosco. Angus no entiende que a veces la única manera de enfrentarse al horror es burlándose de él, ridiculizándole a través de la broma para poder manejarlo sin miedo a volverse loco. Walter se abstrae otra vez mirando entre las faldas de la lona, contemplando la oscuridad repleta de remolinos de nieve y ceniza. Juega a darles forma, a convertirlos en criaturas que bailan en su honor allí fuera. Y mire donde mire ve gatos, gatos saltando, gatos adormilados, gatos al acecho... De pronto se da cuenta de que los ojos le escuecen. Está llorando. Los cierra y respira hondo. Parece que nadie se ha dado cuenta.

El día en que Kali hirió de muerte al planeta, Walter Sánchez estaba ya destinado en la base de Afyonkarahisar en Turquía. Sus recuerdos de aquella tarde son tan vívidos que sólo tiene que cerrar los ojos para revivirlo hasta el más mínimo detalle. Si sus sueños aún le pertenecieran, está convencido de que tendría pesadillas con aquel momento. Fue algo portentoso, indescriptible. El cielo se vino abajo entre llamaradas y remolinos. La creación entera se hizo pedazos ante la embestida asesina del monstruo. Walter recuerda su forma extraña, deforme, creciendo sobre sus cabezas; ese colapso de burbujas amontonadas unas sobre otras que se había dejado ver una vez que la capa de roca que las recubría había saltado en pedazos. Kali arrastraba su cola tras él como si fuera una novia incongruente, no era una cola de cometa, era una serie de tentáculos rocambolescos, todos de distinta longitud y anchura, todos dando latigazos en el aire ahora que se habían librado también de la costra de piedra que los había escondido. Hubo quien comparó a Kali con una medusa, pero a Walter no le pareció tal cosa. Las medusas nadaban con una singular belleza y gracia bajo el agua, aquello, en cambio, descendía a plomo, era una torpe bala disparada al corazón del mundo. La mayor parte de la dotación de la base había cumplido las directrices de seguridad y se había refugiado en los búnkeres subterráneos. Walter no. Quería verlo. Necesitaba verlo.

—Merece la pena morir solo por ver semejante espectáculo —dijo uno de los valientes descerebrados que, al igual que él, había desoído las órdenes para ver cómo aquel coloso arremetía contra el planeta. Era un joven turco que se suicidaría pocos días después de aquello.

A Walter no le quedó más remedio que darle la razón. Era un espectáculo hermoso, dolorosamente hermoso. Era como ver una aurora boreal desbocada, un cortinaje de fuego y sangre que hubiera rendido los cielos. Era horrible, sí, pero había en ello algo mágico y maravilloso que era imposible no apreciar. Walter recordó todas las ocasiones que había soñado con lunas gigantescas y planetas anillados flotando en los cielos. Era una imagen recurrente en su inconsciente, un escenario común de muchos de sus sueños. Y allí, en aquella azotea, se hizo realidad.

Un trueno desproporcionado restalló sobre la creación mientras Kali devoraba el mundo y se hundía más allá del horizonte. Las nubes se hicieron pedazos en las alturas, la atmósfera se inflamó. Walter sintió que perdía pie, por un segundo tuvo la impresión de que hasta el último hueso de su esqueleto se había desintegrado y que no había nada sustentando sus órganos y su carne. El horizonte vibró, tembló y un instante después el cielo al oeste se oscureció. El estruendo del impacto se escuchó lejano, amortiguado por la distancia, pero el hecho de que hubieran sido capaces de oírlo con nitidez los sobrecogió. No lo supieron en aquel instante, pero Nantes

y varias poblaciones cercanas acababan de ser destruidas, vaporizadas en un surtidor de piedra revuelta, corteza licuada e incandescencia. Cerca de un millón de personas murieron en los segundos posteriores al impacto. Y mientras eso ocurría, Walter se sintió desbordado por una alegría ilógica. Había sobrevivido. El cielo se había venido abajo y él continuaba con vida. Se palpó el cuerpo con las manos, casi a golpes, para constatar la innegable realidad de su existencia: seguía ahí, fuerte y joven, mientras el mundo ante sus ojos ardía. Fue un momento de una pureza pavorosa, una sensación deslumbrante que lo dejó sin aliento.

A continuación Kali rompió a gritar.

Y con ese grito la humanidad comenzó a comprender que estaba irremediablemente perdida y que no había vuelta atrás. Aquella situación no era reversible. El monstruo caído de los cielos los había matado a todos, hasta a los que continuaban vivos. No había supervivientes, sólo víctimas que se negaban a aceptar su destino.

Era un grito incesante, un alarido que variaba de intensidad sin terminar de desaparecer nunca, era el equivalente a una garra de pizarra descomunal arañando porcelana de forma continua. Y daba igual en qué parte del planeta te encontraras, aquel sonido llegaba a ti con la misma intensidad sin importar dónde estuvieras. Walter cayó de rodillas en la azotea, apretándose con tal fuerza los oídos que estos le dolían a rabiar, pero no había modo de frenar aquel alarido. Hubo quien se destrozó los tímpanos para librarse de él, pero ni siquiera así lo consiguieron. Hasta los sordos eran capaces de oír aquel sonido demoledor, terminal. Porque el grito se instalaba directo en el cerebro, no necesitaba de oídos para hacerse oír. De algún modo, la agonía del monstruo de Nantes afectaba a la mente de todos los seres vivos del planeta, como si el sufrimiento de un organismo tan colosal no pudiera ser contenido y se extendiera a todas las criaturas cercanas, resonando en ellas, haciéndoles partícipe de su dolor. Y una gran mayoría demostró no estar capacitada para sobrevivir a ello.

Los primeros en morir fueron los pájaros. La muerte los sorprendió ahí donde paraban, ya fuera posados o en pleno vuelo. Walter los vio caer desde la azotea, sin saber muy bien qué estaba mirando, aturdido él también por aquel grito demencial; era un rápido granizo, una lluvia repentina de estrellas emplumadas que se desprendía del cielo. Aún recuerda al gorrion diminuto que fue a estrellarse a sus pies, convertido en un borrón de plumas, huesecillos y sangre. Aquella lluvia de aves muertas se repitió por todo el globo. Los pájaros fueron los primeros, sí, pero no los únicos. Millones de peces muertos salieron a la superficie de ríos, lagos y mares poco

después de que los pájaros murieran, como si hubieran ido a su encuentro mientras estos se desplomaban de los cielos. Los anfibios y reptiles fueron los siguientes. Una corriente de muerte recorría la Tierra de un extremo a otro del globo, un alud de destrucción que iba provocando extinciones en masa. Después les llegó el turno a los mamíferos. Primero los roedores, eliminados al momento, exterminados en un rápido pestañeo. Las ratas, las cobayas, las ardillas, los ratones, los jerbos, todos, absolutamente todos. Un segundo estaban vivos y al segundo siguiente eran simple materia inerte, cuerpecillos rendidos a un veloz rigor mortis. Y la muerte continuó su siega por todo el orbe. Ni siquiera los animales domésticos se libraron de aquella criba. Los perros murieron entre convulsiones, profiriendo lardridos lastimosos, con los ojos abiertos y las fauces rebosantes de espuma, mirando sin comprender el mundo que los rodeaba. Los gatos también sucumbieron, maullando enloquecidos, corrían en círculos como si intentaran escapar de algo que solo ellos podían ver y no encontraran salida alguna. Más de cincuenta mil especies desaparecieron en tan solo unos minutos, solo los grandes cuadrúpedos y el hombre sobrevivieron a aquel primer golpe. Pero el horror no terminó ahí. Faltaba la segunda criba. Faltaba el golpe de gracia: los niños.

Todos los niños menores de tres años cayeron fulminados a las pocas horas de la llegada de Kali. Murieron en mitad del llanto más atroz. Los que tenían la suficiente motricidad se arañaban la cara o se tiraban del pelo mientras agonizaban, como si hubieran localizado la fuente del dolor en el interior de su cabeza e hicieran lo imposible por llegar a ella y arrancarla. Las cunas se llenaron a rebosar de bebés muertos. Se mirara donde se mirara sólo se veía muerte. Y el horror continuaba, terrible, demoleedor, dejando al mundo sin aliento. Pronto comenzaron los abortos. Todas las embarazadas cuya gestación no había alcanzado su ecuador sufrieron una repentina interrupción del embarazo. Las que habían superado el quinto mes tampoco tuvieron suerte, sus bebés no natos se les murieron en las entrañas tras sufrir horribles convulsiones, como si una mano invisible hubiera encontrado el camino al útero y hubiera detenido a puñetazos sus diminutos corazones. «¡Me muerde! ¡Me muerde! ¡Me come por dentro!» gritó una embarazada antes de saltar desde la ventana del hotel de Roma desde donde acababa de contemplar la llegada de Kali. Desde aquel día funesto no ha habido más nacimientos en el planeta, como si nadie se atreviera a nacer a la sombra del horror de Nantes. Desde aquel día hasta el último de los embarazos de los que se ha tenido noticia ha terminado abruptamente antes del tercer mes de gestación. Cuando se supo la noticia, la desolación hizo mella de un modo nuevo en los supervivientes: sin niños que perpetuaran la especie la humanidad estaba condenada a la extinción, sin niños nada separaba al hombre del abismo.

Aquel alarido terrible cesó en octubre del año siguiente, sin que nada lo presagiara, simplemente, de pronto, de forma abrupta, dejó de escucharse. Hubo quien pensó que el fin del grito significaba que Kali había muerto y se atrevieron a albergar cierta esperanza, pensando quizá que era su lamento lo que estaba estrangulando a la especie humana. Pero se equivocaron. El silencio volvió al planeta, sí, pero los abortos sistemáticos continuaban. Nadie cometió el error de pensar que el fin del grito implicaba que Kali había muerto. El monstruo seguía agonizando en el lecho que él mismo se había excavado en Francia. Su agonía continuaba resonando en la mente humana como una vibración en segundo plano y, si quedaba alguna duda, ahí estaban las pesadillas para corroborar que Kali seguía con vida.

—Todavía se puede arreglar, ¿sabéis? —dice Arturo. Habla en susurros, como siempre. A veces cuesta entender lo que dice. Arturo es un pelirrojo de pelo rizado y ojos verdes, es el optimista del grupo, el reverso luminoso de Angus por explicarlo de algún modo—. ¿Conocéis el Proyecto Salvaguarda? —pregunta y al ver que nadie responde, continúa hablando—. Es una biblioteca genética que se puso en marcha hace varios años. Al principio recogía una multitud de muestras de especies en peligro de extinción, pero luego extendieron su catálogo a la mayoría de especies del planeta, estuvieran en peligro o no. Ahí está la clave.

—Hablas de clonación, ¿verdad? —pregunta Laura, quizá pensando en el rape y los erizos de mar.

Arturo asiente.

—Exactamente. Antes de llegar Kali ya se habían hecho intentos de clonar animales extintos y alguno tuvo cierto éxito. Si encontramos el modo de librarnos del monstruo, podremos repoblar de vida el planeta, estoy convencido de ello. No sería de manera inmediata, claro. Habría muchos problemas técnicos por solventar, como el hecho de que ya no disponemos de posibles madres receptoras, lo que no nos deja más alternativa que usar úteros artificiales, por ejemplo. Sería difícil sí, muy difícil, pero no imposible. Y si algo no es imposible, se puede hacer —afirma. Walter tiene la teoría de que Arturo habla tan bajito porque no se cree nada de lo que dice.

—¿Dices que si nos libramos de la cosa de Nantes, podré volver a comer solomillo? —le pregunta Hermes, inclinándose hacia él, muy interesado al parecer en su respuesta—. ¿Y que Montesquieu volverá a ser feliz cubierto de mierda de canario y que Angus podrá zamparse un niño rollizo si se le antoja?

—Eres un gilipollas —le espeta el aludido.

El convoy, formado por los tres todoterrenos, las dos camionetas y tanque, se adentra al fin en Lyon. Es, como esperaban, una ciudad fantasma, una ciudad muerta envuelta en un sudario de tinieblas; la lenta caravana de vehículos que la abandona prosigue la marcha, con su carga de rostros vacíos a cuestas. Walter los ve como un sombrío cortejo fúnebre que abandona el cementerio.

No tienen problemas en encontrar la rotonda. Es enorme y está adornada por una escultura de metal espantosa, una especie de peonza deforme de la que surgen numerosos brazos flexionados. Giran a la derecha y se adentran en un polígono industrial de aspecto lúgubre; un conjunto de enormes barracones se agazapa en la oscuridad con aire de templos olvidados. Ni una luz alumbraba el camino y la marcha es lenta y tediosa. La tormenta de nieve negra no cede un ápice, los remolinos de basura y polvo bailan alrededor del convoy, como espíritus dementes. Montesquieu le da un codazo a Walter en un costado mientras señala una farola cubierta por completo de herrumbre a la izquierda de la carretera. Cuando mira hacia allí descubre que en su base crecen unos largos y finos filamentos negros, de un virulento color verde en su extremo. Aquella planta no es de este mundo. Walter se siente asqueado. Es la primera muestra de vida alienígena que ve. Y su cuerpo y su mente reaccionan de un modo insospechado ante aquella aberración. Siente una náusea que va más allá de lo físico y en algún punto de su cerebro comienza a gestarse una migraña.

El pabellón de deportes está situado en la salida del polígono industrial. Junto a él hay un enorme zona de aparcamiento repleta de tiendas de campaña, la mayoría con aspecto abandonado, casi parecen criaturas a medio desinflar, simples pellejos claveteados al suelo. Todo tiene aire de campamento de refugiados a medio desmantelar. Hay un carro de combate desvencijado en un parterre junto a la entrada, su cañón apunta hacia el suelo, derrotado y desanimado, y la herrumbre y el polvo se enseñorean con él. Todo el perímetro está custodiado por ametralladoras, tanto a nivel de suelo como en las azoteas del propio edificio y las estructuras adyacentes, aunque son pocas las que tienen a alguien al cargo. En cuanto enfilan hacia el pabellón principal, dos cascos azules les salen al encuentro y les indican mediante gestos que se dirijan a una de las rampas de acceso a los garajes. Allí dentro sí encuentran luces encendidas, unos puntos de luz mínimos esparcidos por el techo que alumbran fantasmagóricamente el lugar. No hay demasiados vehículos allí y todos están recubiertos por lonas de plástico, en un intento de mantener el polvo negro fuera de sus engranajes y motores. Siguiendo las indicaciones del suboficial que los guía se acercan al ala norte del garaje. Allí hay una zona de mangueras y depósitos de agua con los que dar un lavado rápido a los vehículos. El polvo negro de

Kali suele tener un efecto bastante nocivo en la tecnología y acorta la vida de la misma sensiblemente. Hasta el último transporte del convoy estaba bien protegido en los garajes turcos, pero dos semanas de marcha por Europa los ha hecho envejecer años. No les queda mucha vida útil, pero no es una cosa que preocupe en exceso al grupo. Su propia esperanza de vida es bastante corta.

El cabo Hernández los hace bajar de la camioneta con su tradicional «¡Abajo! ¡Abajo! ¡Todos abajo!». Montesquieu tiene la teoría de que Hernández es una especie de androide con un repertorio limitado de frases. Todo el destacamento se reúne ante los vehículos, son treinta hombres en total, divididos dos escuadras, al cargo todas del capitán Malaquías. Ha sido otro día más de viaje aburrido y lento a través de la vieja Europa. Otra jornada igual a las quince precedentes, ese es el tiempo que les ha costado salvar la distancia desde Turquía a Lyon. Pero el aburrimiento termina aquí. Todos tienen muy claro que acaba de finalizar la primera fase del viaje. Tras Lyon aguarda Kali. Quizá por eso se les nota a todos más nerviosos que de costumbre. Walter saluda a Bangladesh, el cabo al cargo de la segunda escuadra, está liándose un porro apoyado contra una columna, lo hace a una sola mano, con una destreza magistral. Nadie le va a llamar la atención, por supuesto. El consumo de hachís, marihuana y opio se ha convertido en algo usual en las tropas. Es una manera de suavizar los malos sueños. Muchos recurren a cosas todavía más fuertes.

—Señores, cómo habrán comprobado no nos pillan en el mejor de los momentos, pero intentaremos que su estancia con nosotros sea lo más agradable posible —el hombre que se dirige a ellos no lleva ningún tipo de distintivo en el uniforme que indique su rango, solo el casco azul lo señala como miembro de las fuerzas de paz de la ONU. Tiene una barba larga y descuidada y habla en inglés aunque es evidente que ese no es su idioma natal—. Soy el teniente Joachim Keitel —se presenta. Tiene aspecto cansado, pero todavía queda vida en sus ojos, no como a los militares que encontraron en carretera—. Si me hacen el favor de seguirme, los conduciré hasta nuestra intrépida líder. Amanda está recibiendo los partes de evacuación —señala hacia los vehículos—. No se preocupen por su transporte —les pide—. Nuestros mecánicos los lavarán y les echarán un buen vistazo.

Los guía a través de las entrañas del garaje hacia las escaleras que conducen a las plantas superiores. El pabellón huele a cloro, sudor y a la brutal podredumbre de fuera. El teniente Keitel les hace atravesar una pequeña portezuela que da a una cancha de baloncesto rodeada de un graderío de cemento. La reunión está teniendo lugar en medio de la pista y despierta ecos fríos por todo el lugar. Han dispuesto varias banquetas y pizarras; en una de ellas se ve un mapa de Lyon salpicado de chinchetas de distintos

colores, en otra varios mapas de carreteras. A pesar de haber colocado sillas, la reunión está teniendo lugar de pie. Amanda Strauss es la única mujer allí. Es canosa, de rostro bovino y arrugado, sus ojos dejan ver una inteligencia demoniaca aunque su postura delata un inmenso cansancio. Ni siquiera los mira cuando entran. Hablan en francés.

—Por lo visto hay varias familias que no tienen intención de dejar la ciudad —les traduce Montesquieu en voz baja al cabo de un rato—. Están discutiendo si se los llevan a la fuerza o los abandonan a su suerte. Parece que va ganando la segunda opción.

La discusión se alarga durante varios minutos. Una vez finalizada esta, el grupo se disgrega. La única que les presta atención es la teniente coronel. Se dirige hacia ellos a paso lento, moroso, y tiende la mano al capitán Malaquías que, tomado por sorpresa por ese gesto (quizá esperaba algo más marcial) tarda unos instantes en reaccionar. Estrecha la mano de la mujer, sin fuerza, sin convicción. Walter se sorprende de lo anciana que parece Amanda Strauss.

—Acompañenme —les pide tras ahogar un bostezo contra el dorso de la mano—. Deben estar hambrientos —dice—. Yo lo estoy al menos.

Salen por una puerta diferente y tras un corto trayecto entre pasillos desangelados acaban en una nueva cancha, bastante más pequeña, donde han colocado varias mesas y sillas de campaña. Hay gente comiendo allí, aunque no demasiada. Walter se pregunta cuánta gente tiene bajo su mando la teniente coronel. No ha visto mucho movimiento fuera.

Se sientan a una de las mesas, sin seguir ningún tipo de orden ni jerarquía. Esas cosas poco importan ya. Amanda Strauss vuelve a bostezar, de manera más ostentosa esta vez.

—Discúlpenme —dice—. Llevo más de sesenta horas sin dormir. No veo el momento de dejar atrás esta maldita ciudad —mira a Malaquías, sentado frente a ella. El capitán del destacamento la observa como si fuera un curioso espécimen digno de estudio—. A punto han estado de encontrar Lyon desierta —les comenta—. Mañana a esta hora nos habremos marchado todos de aquí.

—No teníamos ni idea de que se hubiera dado orden de evacuar la ciudad —confiesa el capitán—. De hecho, hemos tenido la primera noticia esta mañana, cuando empezamos a encontrar civiles en la carretera.

—Me toca entonar el *mea culpa* —dice Amanda mientras hace un gesto a uno de sus hombres, presumiblemente para que dé orden de que les sirvan la cena. Este responde a su señal con un asentimiento y sale por una

puerta de doble hoja—. He sido yo quien ha decidido por su cuenta y riesgo que ha llegado la hora de replegarnos —confiesa—. Me habría gustado contactar con el alto mando para transmitirle mi decisión y darles la oportunidad de enviar fuerzas de reemplazo si lo estimaban oportuno, pero llevamos diez días incomunicados. La cuestión es que ya no podemos esperar más. Aquí no nos queda nada por hacer.

—Espere ¿dice usted que están desertando? —pregunta Angus, abriendo mucho los ojos y afianzándose sobre la mesa, como si sopesara saltar sobre la mujer si la respuesta a su pregunta no le gusta.

—Desertar es una palabra muy fea, muchachito impertinente —le recrimina la teniente coronel al tiempo que lo fulmina con la mirada—. Nos han vencido y nos replegamos, es algo tan sencillo y sensato como eso. Con cada día que pasa se nos complica más y más garantizar la seguridad de la población civil. Tenemos el enemigo a las puertas, ¿saben? Esas cosas tan simpáticas ya están aquí. Y apenas nos queda munición y fuerza para hacerles frente. Nos vamos, no hay vuelta atrás. Si alguien decide que merezco ser fusilada por tomar esa decisión, encantada —suspira—. Muerta no tendré pesadillas, ¿verdad?

—Es poco probable —dice Walter—. Pero no imposible.

Él suele preguntarse si en la otra vida habrá gatos. Espera que sí. Cualquiera tipo de más allá sin gatos lo defraudaría profundamente.

—Bueno, vayamos a lo que importa —dice la mujer, echándose hacia atrás en la silla. Las arrugas del rostro se le agitan en la piel como criaturas vivas que pretendieran devorarla. Cuesta pensar que alguna vez haya sido joven—. ¿Qué les trae por aquí? ¿Cuál es esa misión oficial suya?

El capitán Malaquías repite lo dicho a los cascos azules que encontraron en la carretera:

—Creíamos que el alto mando les había puesto al corriente. Al menos eso nos comunicaron al salir de Turquía.

—Probablemente lo hicieron. Contactarían con el coronel Esparza, mi maravilloso predecesor. Hace dos semanas decidió colgarse en las duchas. Por lo visto se le olvidó anunciar su llegada antes de hacerse un nudo al cuello; discúlpenlo. Y como ya les he dicho llevamos diez días incomunicados. Funciona la radio de corto alcance y solo a veces.

—Se suponía que aquí en Lyon parte de sus fuerzas se unirían a las nuestras. Contábamos con ello. Era parte del plan.

—Pues lamentándolo mucho eso no va a suceder —la noticia cae como un jarro de agua fría sobre todos—. Como comprenderán no voy a ordenar

a ninguno de mis hombres que se quede atrás, no cuando se han hecho a la idea de que al fin nos marchamos de este infierno.

El capitán cierra los ojos y respira hondo, acto seguido se masajea las sienes y la frente en un movimiento lento, hipnótico. Quizá esté sopesando presionar a la mujer para que cumpla las órdenes, piensa Walter. O tal vez sea mero cansancio. Casi nadie cree en el éxito de la misión que han emprendido. De hecho se han bautizado así mismos como el Pelotón Suicida. Solo Arturo, el eterno optimista, está convencido de que lo conseguirán.

—Si no nos queda otra alternativa, seguiremos adelante nosotros solos —dice el capitán en tono grave, todavía con los ojos cerrados—. Espero al menos que no pongan inconveniente en aprovisionarnos de alimento y gasolina —la mira como si estuviera retándola a negarse—. Estamos necesitados de ambas cosas.

Amanda asiente.

—No habrá ningún problema. Pero no sean crueles, por favor, y satisfagan mi curiosidad. ¿Para qué han venido hasta aquí? Hace meses que no hay movimiento de tropas en la zona. Y mucho menos operaciones militares en marcha.

El capitán Malaquías se toma su tiempo en contestar. Puede que esté valorando si tiene que dar explicaciones a alguien que abandona su puesto con tanta ligereza.

—Vamos en busca del ejército de Desailly —dice al fin—. Queremos encontrar sus restos.

—¿Qué tontería es esa? —pregunta ella. Se ha echado hacia delante en un movimiento inusualmente rápido—. Están muertos. Los setenta mil hombres de ese ejército murieron más allá de Limoges. Están tan muertos como todos los estúpidos a los que mandaron tras la línea de contención para intentar acabar con ese maldito monstruo.

Son muchos los que consideran que la muerte de Kali traerá consigo el final de la pesadilla, piensan que su influencia nefasta desaparecerá de la Tierra en el momento en que la criatura al fin muera. Pero hay quien cree, el propio Walter entre ellos, que la destrucción del monstruo no servirá de nada; están convencidos de que ya no hay vuelta atrás, el daño causado es demasiado grave como para que la situación se reconduzca. A Walter le gustaría tener fe en que el milagro todavía es posible, pero sólo tiene que mirar alrededor para ser consciente de la verdad.

El primer intento de acabar con Kali había tenido lugar al mes de que desgarrara los cielos. Se lanzaron dos misiles contra él desde el portavio-

nes USS Gerald R. Ford situado en el Golfo de Vizcaya. Por precaución no llevaban carga nuclear alguna, fue un simple experimento, un calentamiento... Ambos proyectiles fueron desviados trescientos kilómetros antes de llegar a su objetivo. Uno cayó en las islas británicas y el otro se hundió en el mar. A lo largo de las semanas siguientes se lanzaron un total de setenta y tres misiles, todos sin carga, todos con idéntico resultado aun a pesar de las diversas modificaciones a las que los sometieron con la intención de salvar el área de perturbaciones que genera Kali. A esos fracasos iniciales se les fueron uniendo muchos, muchísimos más. La última tentativa había sido la del general Desailly y su ejército, y había tenido lugar hacía ocho meses. A aquella operación la bautizaron con el rimbombante nombre de Colapso Último, aunque también se la conoció, de forma más humilde, como La Carga de los Desharrapados. Las fuerzas de Desailly estaban formadas por batallones de los más diversos ejércitos, una amalgama de locos que todavía creían posible vencer a lo invencible. Se perdió todo contacto con ellos una vez dejaron atrás Limoges. Las partidas de exploradores que se mandaron en su búsqueda fueron incapaces de averiguar qué les había ocurrido, de hecho muchas de esas patrullas tampoco regresaron a sus bases.

—Así que díganme, por favor —prosigue Amanda Strauss mirando al líder de su propia expedición con una fijeza alarmante—. ¿Qué pretenden encontrar allí además de cadáveres y chatarra? —es evidente que intuye que hay algo más—. ¿Qué están buscando de verdad?

El capitán Malaquías toma aliento antes de contestar:

—La carga de uno de sus transportes —dice—. En él llevaban dos dispositivos termonucleares con potencia suficiente para volar a Kali. Nuestro objetivo principal es recuperarlos. Después, si lo conseguimos, evaluaremos la situación con calma. Si vemos que existe la más mínima posibilidad de llegar lo bastante cerca del monstruo como para hacer detonar las cargas con garantías de matarlo, intentaremos hacerlo. Si consideramos que es imposible acercarnos a una distancia razonable, nos limitaremos a trasladar los artefactos a la base militar más próxima.

—¿Me está tomando el pelo? —la hilaridad hace que sus ojos brillen de forma desaforada—. ¿Usted y sus hombres van a ir más allá de la zona de contención en busca dos bombas nucleares?

—Es un resumen adecuado, sí —contesta el capitán Malaquías—. Los dispositivos en cuestión están especialmente diseñados para sobrevivir al entorno de Kali. Van protegidos dentro de una cápsula especial que evita que las interferencias del monstruo los hagan estallar antes de tiempo o se vuelvan inoperativos. Deje que le aclare una cosa: estamos hablando de dos

bombas termonucleares B99. Tres megatones de potencia cada una, capacidad suficiente para matar a esa bestia —dice—. Sólo se han construido dos bombas de ese tipo. En este momento, no hay material ni infraestructura para fabricar más. Son las dos últimas balas que nos quedan.

—Y ustedes son la pistola —Malaquías asiente. Walter también, es una buena forma de expresarlo. Solo que en este caso la pistola se volatizará en cuanto aprieten el gatillo—. Santo Infierno... —Amanda niega con la cabeza, como si todo aquello escapara a su entendimiento—. Cuando el ejército de Desailly se puso en marcha la franja de no retorno estaba a las afueras de Limoges. Ahora la tenemos casi a las puertas de Lyon. ¡Son más de quinientos kilómetros avanzando por terreno tomado! ¿Cómo van a sobrevivir a eso? ¿Cómo van a sobrevivir a los parásitos, a la nieve negra y a toda la mierda que se puedan encontrar allí? —nadie contesta. Muchos bajan la mirada. Walter se encoge de hombros—. ¿Qué harán cuando sus vehículos los dejen tirados a mitad de camino? —pregunta en voz baja.

—Caminar —responde el capitán, con calma.

En ese momento dos hombres entran en la sala; empujan dos carritos de comida, llenos de platos, vasos y botellas. En silencio, distribuyen la cena ante los hombres de Malaquías y los dos oficiales de la ONU que comparten mesa con ellos. Walter prueba su plato con cierta reticencia, es un puré insípido como temía, pero está caliente y su estómago lo agradece. Durante unos minutos nadie dice nada, se dedican a vaciar sus platos con estoico pragmatismo. La teniente coronel los mira todavía con expresión incrédula.

—¿Qué les hace pensar que tendrán éxito donde el ejército de Desailly fracasó? —pregunta.

—Nada —contesta el capitán. Levanta la mirada del plato y se limpia los labios con su servilleta—. Absolutamente nada. Pero ¿qué alternativa nos queda? No tenemos muchas otras vías de acción. ¿Replegarnos? Dentro de poco no quedará ningún sitio donde huir, ningún sitio donde esconderse. Y yo me niego rendirme. No voy a quedarme en una esquina hasta que el miedo o la locura me hagan meterme una puta pistola en la boca y apretar el gatillo. Si muero prefiero morir en movimiento, morir por algo. Aunque sea mentira —sonríe con resignación.

La mujer se echa a reír. Sacude la cabeza y exclama:

—¡Abran paso a los héroes! —baja la voz—. Me parece bien. Escojan la manera en la que quieran morir. En el fondo esa es la única libertad que nos concede Kali. Yo, con su permiso, me buscaré un agujero oscuro e infecto donde esconderme. Cuando no pueda más no tendré problema al-

guno en meterme ese cañón en la boca. A veces hay que ser muy valiente para ser cobarde.

Nadie dice mucho más a lo largo de la cena. Una vez concluida ésta, la teniente coronel se despide de ellos con la intención de volver a sus quehaceres. Todavía queda mucho por hacer, asegura. Les desea suerte, pero por el tono de su voz queda claro que no tiene la menor esperanza de que logren su objetivo. Es el teniente Keitel quien se encarga de guiarlos hacia los dormitorios. Los conduce a un pabellón habilitado con varias literas, cerca de las duchas.

—Ya nadie utiliza este barracón, cada vez quedamos menos y las raras veces que dormimos lo hacemos en la sala de esparcimiento —les dice—. Dispongan de este sitio durante el tiempo que quieran.

—Saldremos a primera hora —le dice el capitán Malaquíás.

El otro se encoge de hombros.

—Como deseen. Estará todo dispuesto para cuando decidan partir. Provisiones y gasolina —antes de despedirse de ellos definitivamente se detiene un instante en la puerta. Vacila, indeciso entre marchar o añadir algo más. Al final gana la segunda opción—: Espero que lo consigan —dice—. Para serles sincero creo que todo continuará igual exploten o no esas bombas de las que hablan. La infección se ha extendido ya demasiado, por expresarlo de algún modo. Pero al menos acabarán con esa cosa. Una verganza mínima, estúpida si quieren verlo así. Pero al menos es una manera de irnos mordiendo.

Walter contempla las literas alineadas contra la pared como si fueran criaturas repugnantes que esperan el momento propicio para saltar sobre ellos. Nadie tiene prisa por irse a dormir. Se sientan en las literas y se pasan porros de marihuana unos a otros. El hedor no es lo único que ha empeorado desde que dejaron Turquía. Las pesadillas también lo han hecho. Walter, como el resto de la humanidad, lleva sufriendolas desde que Kali cayó del cielo. Desde hace tres años los sueños de los hombres no les pertenecen, sus sueños son de la bestia inmensa que agoniza al oeste de Francia. Cada vez que la humanidad duerme sueña sus sueños, sueños alienígenas, repletos de una geometría imposible e infestados de colores, formas y sonidos que la mente humana no sólo no alcanza a asimilar, sino que ni siquiera acepta como reales. La Tierra entera sueña con desgarros en las paredes del espacio-tiempo, sueña con escalas musicales que se desangran sobre texturas indescriptibles, con pliegues dimensionales inmersos en líquidos que arden sobre horizontes en espiral. Dormir es rendirse al espanto, dormir es compartir la agonía de la cosa monstruosa que muere en

Nantes, sin terminar de morirse nunca. No hay forma humana de describir esos sueños. Nadie tiene ni el vocabulario ni los instrumentos precisos para ello. Walter a veces recuerda lo que Agnes le dijo el día que hablaron del tema:

—Es como si le dieras papel y lápiz a un pez y pretendieras que te resume la película que acaba de emitir la televisión que se ve desde su pecera.

A Walter le había gustado Agnes. Le había gustado mucho, aunque no había hecho el menor amago de aproximarse a ella. Era una joven italiana pequeña y regordeta, destinada a mantenimiento en Afyonkarahisar, allá en Turquía, tenía la mirada clara y los labios siempre mordisqueados. Se había volado la tapa de los sesos durante su turno de guardia poco después de decirle aquello. Había sido el propio Walter quien había encontrado el cadáver, tirado en mitad del pasillo con el contenido de su cráneo diseminado por las paredes y el suelo. Se había quedado contemplando la materia gris que resbalaba por las baldosas y no había podido evitar pensar que había sido aquel mismo órgano, ahora reducido a pulpa, a quien se le había ocurrido la sandez del pez, el papel y el lápiz.

El suicidio se ha hecho norma en la Tierra. Es imposible saberlo con certeza dadas las circunstancias, claro, pero Walter sospecha que ahora mismo es la mayor causa de mortalidad en el planeta. Él mismo ha perdido la cuenta de las veces que en los últimos tres años se ha metido el cañón de un fusil o de una pistola en la boca. Puede resultar absurdo pero el sabor metálico y grasiento de un arma lo tranquiliza, le ayuda a centrarse. Saber que en cualquier momento puede tomar esa salida le hace poner las cosas en perspectiva.

Walter es el último en irse a la cama, antes desarma su fusil, lo limpia y lo vuelve armar. Después se tumba en la litera. Siempre que se acuesta le viene una clara imagen de sí mismo tendiéndose dentro de un ataúd. Respira hondo, como si fuera a sumergirse en aguas profundas, y cierra los ojos, rendido al cansancio. Piensa en sus gatos: en Pellizco y Patada, en Marrajo y, sobre todo, en Desprecio. Quiere soñar con gatos; quiere soñar con Agnes, con sus ojos claros y sus labios mordisqueados. Quiere soñar con palomas y solomillos, con rape en salsa de oricios, con niños regordetes. Quiere soñar con un mundo vivo y cuerdo. No será así, por supuesto. Dentro de unos segundos se verá inmerso en las pesadillas de Kali.

Antes de quedarse dormido al fin de algún punto recóndito de la base llega un único disparo.

24 de abril 2020

A las cinco horas de abandonar Lyon todos optan por ponerse al fin las máscaras antigás. Ya no es solo por la peste a putrefacción, más de uno ha comenzado a notar dolor de cabeza y ese es síntoma inequívoco de que la cercanía de Kali comienza a afectar de forma física. Hermes está inquieto, como si al ver a los demás colocarse sus máscaras le hiciera pensar que está descuidando su propia seguridad. Walter se lo imagina dándole vueltas a la idea de usar los respiradores y las cápsulas de oxígeno comprimido que guardan para la última etapa del viaje. A Walter no le gusta llevar máscara, el visor hace que el mundo cobre una dimensión más surrealista si cabe.

Viajan por carreteras secundarias, algo que tienen muy claro es que deben evitar los núcleos urbanos, no importa el tamaño de estos. Son zonas infestadas de parásitos y tienen todas las de perder si se enfrentan a un gran número de ellos. Miren donde miren ven la influencia de Kali. Al poco de reanudar la marcha ya habían empezado a ver las primeras muestras de vegetación no terrestre, pero es ahora cuando la exuberancia de aquellas hierbas filamentosas comienza a desbordarlo todo. Son tallos delgados y rectos, como hojas de espada, de diversos colores, desde un rojo herrumbroso hasta el negro más absoluto, pasando por sucios tonos de amarillo y verdes enfermizos. Se aglutinan en ambos márgenes de la carretera y se extienden hasta donde alcanza la vista. Walter piensa que considerar a aquello vegetación es un error. Más que hierba parece algún tipo de vello que se afianza sobre el terreno con un orgullo desmedido, insultante. Los filamentos que se han topado hasta ahora no superan el medio metro de altura pero Walter sabe, por los informes de los exploradores y las expediciones anteriores, que a medida que se acerquen a Nantes irán encontrando ejemplares mayores. No deja de advertir que no se pliegan a los vaivenes del viento, parecen mecerse siguiendo su propio capricho, como si estuvieran dotados de algún tipo de vaga conciencia. Walter tiene la impresión de que aquello, sea lo que sea, los está vigilando. No es un pensamiento agradable.

Y así, el mundo tal y como lo conocen va quedando atrás, con cada kilómetro que recorren se adentran más y más en el escenario de sus pesadillas. Cuesta concebir que todavía se encuentren en el mismo planeta, el paisaje es alienígena, demencial, la tierra está quebrada, rota, rendida a aquellos hierbajos multicolores que en algunos puntos llegan a perforar la carretera para asomar entre la nieve oscura y densa que frena la marcha del convoy; pero sobre todo cuesta imaginar que, de no producirse un milagro, dentro de unos años el planeta entero tendrá un aspecto similar al que ahora contemplan. No hay cielo sobre sus cabezas, al menos no alcanzan a distinguirlo bajo las correosas nubes que arrastra el viento, tan densas

que se diría solidas; esa oscuridad la escupe Kali, ese vómito denso hecho de polvo, ceniza y nieve negra lo expulsa el monstruo moribundo desde el cráter de más de ochenta kilómetros de diámetro que es su tumba. Puede que ya no sea el surtidor embravecido de los primeros meses, pero sigue haciéndose notar. Walter está convencido de que si su vista pudiera salvar las capas y capas de tinieblas y distintas oscuridades que los separan de Kali, alcanzaría a ver la columna de escoria que el monstruo continúa ocupando a la atmósfera. Por lo que Walter sabe, los valores del dióxido de carbono, dióxido de azufre y, sobre todo, metano, se están disparando como nunca antes se había visto. Todavía no han alcanzado niveles no respirables pero las lecturas siguen en ascenso. Kali continúa su labor de cambiar la faz del mundo, como lo lleva haciendo desde el mismo momento en que hendió el cielo del planeta. Y según muchos, esa, precisamente esa, es su tarea: transformar la Tierra.

De las múltiples teorías que intentan explicar qué es Kali, la que cuenta con más seguidores es la que asegura que se trata de una bomba inteligente, un arma biológica disparada por una especie alienígena con la intención de conquistar el planeta y remodelarlo a su antojo. Los que apoyan esa teoría ven a Kali como una jugada maestra por su sencillez y sucia limpieza: una invasión sin platillos volantes, sin efectos especiales ni la parafernalia habitual a la que acostumbraban la mayoría de historias de ciencia ficción; una conquista en un solo movimiento, una campaña bélica ganada con un solo disparo. El enemigo se limita a dejar caer su bomba y a marcharse antes siquiera de que esta estalle. Ese artefacto diabólico no sólo tiene como misión acabar con la vida en el planeta, también tendría el de remodelarlo a capricho de sus creadores. Ingeniería planetaria lo llaman, una idea que no era nueva para los científicos humanos, no en vano habían soñado durante décadas con la posibilidad de terraformar otros mundos a imagen y semejanza de la Tierra (Marte era el principal candidato); un proyecto ambicioso, pero con base científica, que aseguraba que era posible convertir un planeta de entrada hostil en un mundo habitable para el hombre. Sólo había bastado que la tecnología terrestre diera el salto necesario para que semejante utopía dejara de ser una quimera. Y siendo así ¿cómo no aceptar la posibilidad de que una especie alienígena más avanzada que la humana hubiera decidido transformar la Tierra a su capricho?

—Piénsalo —le había dicho una vez a Walter un defensor de la teoría de la bomba transformadora—. Perteneces a una raza que quiere extender sus dominios por el universo. ¿Qué haces? ¿Pones en marcha tu aparato bélico? ¿Fletas una armada de tropecientos mil cruceros espaciales para invadir los mundos que te puedas encontrar? ¡No! ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿Por qué hacer tanto gasto? Economía, chaval, Kali es una ma-

ravillosa lección de economía de recursos. Lo que haces es localizar planetas idóneos para su transformación, les sueltas tus bombas y te vas. Transcurrido el tiempo necesario, vuelves para recoger lo que has sembrado. Es probable que ni siquiera se fijen si el planeta está habitado o no. ¿Acaso debería importarles que lo estuviera? ¿A un agricultor le importa el hormiguero que tiene que cargarse para plantar su cosecha? Para nada. Les trae sin cuidado, Walter, hazme caso, sin cuidado.

—Chorradas —dijo un día Hermes al poco de salir de Turquía, cuando hablaron del tema. Todavía no se había puesto la máscara antigás, pero llevaba de forma permanente un pañuelo anudado a la cara—. Hacedme caso. Esa cosa es un huevo. Un bicho enorme ha usado la Tierra como su nido, ni más ni menos. Dentro de poco el polluelo romperá la cáscara y entonces todos sabremos lo que es bueno —todos saben que Hermes está loco así que no dieron mucho crédito a su teoría.

—Es un demonio —le contradijo Ramiro Espada, un hombre pálido, de mirada helada, que formaba parte de la segunda escuadra. Se rumoreaba que había sido cura en el pasado, cosa que él ni confirmaba ni negaba—. Kali es un demonio de las profundidades del espacio. Ha llegado a nosotros atraído por el hedor de nuestros pecados. Se alimenta de la maldad y hay maldad más que suficiente en este planeta como para alimentarlo por toda la eternidad. Kali es nuestro castigo por ser como somos.

A Walter le gustaría saber qué es Kali. Le gustaría saberlo sin ningún género de duda, sin que haya margen posible de error. Necesita un qué, necesita un porqué. Ese es el motivo principal por el que se unió al Pelotón Suicida. Es consciente de que es más que probable de que no tenga ocasión de averiguarlo nunca, pero la posibilidad de conseguirlo, aunque sea ínfima, es lo que le ha mantenido vivo y cuerdo los dos últimos meses, desde que aprobaron su participación en aquella misión desesperada. De haber sido rechazado se habría volado la cabeza de un disparo, era algo que había tenido muy claro.

Walter Sánchez pasa la mayor parte del tiempo mirando tras los cortinajes de la lona de la furgoneta. La escuadra entera sabe que es su sitio preferido y no tienen el menor problema en reservárselo. El compañero sentado frente a él va variando, al resto no sólo les resulta indiferente lo que se pueda ver a través de la lona, sino que prefieren ignorarlo. Hoy es Angus quien se sienta ahí, con su eterna expresión de derrota doliente. Ha intentado darle conversación, pero Walter lo ignora por sistema. No aparta la vista del paisaje. Esta subyugado por él.

Por eso no es de extrañar que sea el primero en descubrir parásitos. Da un grito y señala hacia el este. La caravana se detiene al momento y

los vehículos que la forman maniobran para adoptar una posición defensiva, con el tanque situado tras los todoterrenos y sus ametralladoras pesadas. En la lejanía se distingue el movimiento lánguido de dos criaturas que no son de este mundo; vuelan entre las nubes negras, prácticamente entrelazadas la una a la otra, cuentan con tres largos tentáculos que guardan un parecido asombroso con los filamentos que surgen del suelo; su cuerpo es pequeño en comparación con sus pseudópodos y tiene forma de esfera irregular, como si fuera una pieza de cristal mal soplada.

—Ametralladoras dispuestas —ordena el capitán Malaquías desde el asiento de copiloto de uno de los todoterrenos. Los soldados encargados de esas armas apuntan hacia los parásitos—. Si se acercan, abrid fuego de inmediato —dice.

Pero aquellas cosas no parecen interesadas en ellos, ni siquiera parecen haberlos visto. Prosiguen sus vuelos entre las nubes, entrando y saliendo de ellas, haciéndolas jirones. El pánico que embarga a los hombres del Pelotón Suicida los hermana allí, en medio de ese paraje alienígena que una vez fue Francia. Se reparten los prismáticos para seguir las evoluciones de aquellas cosas. Walter está a punto de rechazar los que le tiende Montesquieu, pero al final los acepta y mira por ellos. Siente vértigo al contemplar a esas criaturas ajenas a la Tierra. Pronto se pierden de vista, pero dejan una profunda huella en su cerebro, una llaga en la mente.

—¿No querías pájaros? —le pregunta Hermes a Montesquieu cuando regresan a la camioneta—. Pues ahí los tienes —señala.

—Jódete —le espeta el francés.

Fue a finales de agosto del 2017 cuando se avistaron los primeros parásitos: seres globulares de un sucio color cobalto que se deslizaban por el suelo sobre un lecho de saliva violácea; unos los consideraron fruto de la putrefacción en vida del monstruo agonizante, otros como la vanguardia del ejército invasor que aquel engendro se disponía a lanzar contra la humanidad. Cualquier intento de conseguir un espécimen vivo se saldó en fracaso, la hostilidad de aquellas criaturas era desmedida. Estaban dotados de unos finos filamentos en su vientre que replegaban y estiraban a voluntad, sumamente afilados, capaces de cortar cualquier materia que se les pusiera por delante, y eso, unido a su velocidad y a una impresionante capacidad de estallar a voluntad, los convertía en presas difíciles de cobrar.

Los puestos de vigilancia que custodiaban la zona de contención extremaron las precauciones, más si cabe cuando se fueron detectando nuevas especies de parásitos, a cada cual más violenta y peligrosa. En octubre del 2017 se produjo el primer incidente grave entre fuerzas de la OTAN

y los parásitos de Kali. Tuvo lugar a las afueras de Tours, dentro ya del área de exclusión; el único superviviente del destacamento de exploradores atacado llegó malherido a la base de Tours: al parecer los engendros habían caído de improviso sobre ellos cuando regresaban de su patrulla y en menos de cinco minutos habían acabado con la práctica totalidad del grupo. Las heridas del superviviente acabaron infectándose y murió dos días después, pero tuvo tiempo de pormenorizarles lo que pronto se iban a hartar de ver: les habló de medusas luminosas con pólipos de alambre y ácido, de las telarañas vivas y sus tentáculos globulares, de los espantos aéreos y sus bolsas de veneno, de las criaturas de descripción imposible que reventaban vehículos y hombres a latigazos eléctricos. La proliferación de aquellos seres creció de manera formidable en los meses siguientes. De hecho, fueron la principal razón de que el área de exclusión, originariamente dispuesta a unos doscientos kilómetros de Nantes, se trasladara a trescientos a principios del 2019 y a quinientos en el 2020. Si algo quedó pronto claro fue que era imposible contener a aquellas cosas, ya fueran parásitos, soldados o simples tripulantes de Kali que hubieran perdido la razón y el norte.

—¿Conocéis la misión Voyager? —pregunta de pronto Arturo en un intento quizá de acabar con el ominoso silencio que se ha cernido sobre la camioneta tras el avistamiento de los primeros monstruos.

—¿No son naves espaciales o algo así? —pregunta Laura—. Las lanzaron los americanos al espacio el siglo pasado, ¿no?

Arturo asiente.

—Aunque no eran naves espaciales propiamente dichas —matiza—. Eran dos sondas y sí, las lanzó Estados Unidos a finales de los setenta. Ambas llevan un disco de oro con un montón de imágenes de la Tierra, un mapa estelar y un montón de grabaciones de música e idiomas de la Tierra. Era un «Aquí estamos» lanzado al vacío. Tal vez Kali sea la respuesta a ese mensaje... Y tal vez, simplemente, no tenemos los recursos suficientes para traducirlo. Tal vez todo sea un simple error de comunicación...

—¿A quién se le ocurrió la brillante idea de mandar un «Aquí estamos» al espacio? —gruñe Hermes—. ¿Sabemos acaso todo lo que hay ahí fuera?

Las horas transcurren lentas. El paisaje se va volviendo más salvaje y abrupto. Cada vez es más complicado avanzar sobre la nieve negra. Cuesta un arduo trabajo recorrer cada kilómetro. Uno de los todoterrenos se detiene de pronto, frena en seco, con un tosido que tiene todo el aspecto de ser terminal. Intentan por todos los medios ponerlo en marcha de nuevo y cuando están a punto de darse por vencidos, el motor vuelve a la vida.

La noche cae sobre aquel paraje infernal. La noche se vuelve madrugada. Los hombres dan rápidas cabezadas, de las que despiertan sobresaltados y sudorosos. Hermes despierta de pronto de un sueño breve dando un grito de puro terror, un grito de niña histérica. Nadie se burla de él. El miedo de cada uno es un lugar sagrado.

Cuando ya comienzan a preguntarse si el capitán Malaquíás tiene pensado seguir adelante hasta Kali sin detenerse, estalla el caos. Primero escuchan un crujido espantoso, un sonido atronador que les hace dar un salto en la trasera de la camioneta. Se escuchan voces agitadas en el exterior. Gritos nerviosos que tensan a todos al instante. Por enésima vez, el cabo Hernández no sabe cómo reaccionar. Abre la boca para impartir órdenes pero la cierra al momento, mirando hacia fuera al tiempo que su cara va adquiriendo un tono cada vez más cerúleo. En esta ocasión, la escuadra no se detiene a esperar a que se decida: descienden todos veloces, con las armas preparadas. La lluvia negra los recibe en el exterior, la lluvia negra y los torbellinos de polvo y ceniza que salen a su encuentro como cachorros que anhelan jugar.

—¡Retroceded! ¡Retroceded! —está gritando alguien más adelante, entre remolinos de niebla grandes como edificios. Walter entorna los ojos. La lluvia tizna el visor de su máscara antigás, churretones negros corren ante su mirada pasmada.

—¡Salid de ahí! —ordena una segunda voz, tan alterada que casi no parece humana—. ¡El suelo se está hundiendo! ¿No lo veis? ¡Salid de ahí, me cago en mi alma!

El tanque se ha hundido en la calzada. Sus orugas no consiguen impulsarlo en un terreno cada vez menos firme. El suelo a su alrededor se va agrietando cada vez más y más, una intrincada telaraña crece en torno a él a una velocidad de vértigo. Walter ve cómo un pedazo de asfalto de grandes proporciones se hunde en las profundidades que se adivinan bajo la carretera. La camioneta en la que viaja la segunda escuadra también está atrapada en aquel terremoto lento, sus ruedas delanteras giran atrapadas en una grieta que se va ensanchando por momentos. Los hombres comienzan a saltar del vehículo en un intento desesperado por ponerse a salvo, pero antes de que lo consigan todos, el suelo se hunde definitivamente y los dos vehículos desaparecen, tragados por la tierra. El estruendo subsiguiente es devastador. El mundo tiembla como si hubiera estallado un trueno bajo sus pies.

—¡Hostia! —grita Hermes, contemplando el agujero que se ha abierto en plena carretera.

Varios hombres se aproximan con precaución al borde del hundimiento, Walter entre ellos. Todavía se escucha un amenazador caer de

pedras. Sin que nadie dé la orden encienden las linternas de sus fusiles y alumbran hacia el interior del cráter. Los dos vehículos han caído unos cuatro metros y se encuentran a medio volcar en el fondo de una gruta subterránea. Dos hombres se incorporan aturridos allí abajo al tiempo que la escotilla del tanque, inclinado sobre la oruga izquierda y con el cañón alzado hacia el cielo, se va abriendo despacio. Los haces de luz de arriba alumbran a los de abajo que muy pronto unen sus propias linternas a las de sus compañeros. Sólo un hombre permanece caído. Un soldado se le acerca, un negro llamado Johnson con el que Walter apenas ha hablado en todo el viaje, y lo ayuda a incorporarse.

Allí abajo se mueven sombras aceitosas, siluetas cuya mera contemplación hace que Walter rememore sus pesadillas. Vislumbra un brillo acuoso y después una silueta imposible que comienza a alzarse en la zona exacta en la que la luz de las linternas comienza a confundirse con la oscuridad. Se escucha un siseo anómalo, el sonido que haría una burbuja de gas si intentara formular palabras. Hay parásitos ahí abajo. Muchos. Los hombres de la caverna empuñan sus armas como si se abrazaran a ellas.

—¡Apagad las putas luces! —grita el capitán Malaquíás. Arriba cumplen la orden al momento, pero los que han caído la ignoran. Y Walter los comprende. ¿Quién querría estar en la oscuridad con aquellas cosas? Las sombras cobran nuevas dimensiones, se llenan de apéndices y de brillos ultraterrenos. Tan pronto como el cerebro comienza a dar forma a los parásitos, la vista se rebela y mira hacia otro lado, intentando no ver a lo que se esconde en las tinieblas. Los hombres atrapados retroceden, espalda contra espalda. De pronto alguien grita y el infierno se desencadena. Las armas abren fuego, tanto las de arriba como las de abajo. El ruido de disparos se vuelve frenético. Walter también dispara, intentando dirigir sus ráfagas más allá de los hombres que se agrupan desesperados entre la camioneta y el tanque caídos. La oscuridad lúgubre de la gruta está salpicada ahora con el centelleo de las detonaciones y el inquieto revoloteo de la marchita luz de las linternas. Alguien grita que quiere bajar a ayudar a sus compañeros pero el cabo Bangladesh lo devuelve a la realidad de un soberano empujón. Los gritos recrudescen, se vuelven alaridos. Cuesta precisar qué está ocurriendo en el cráter, es una espeluznante sucesión de sombras y destellos, de latigazos y engendros a los que la mente se sigue negando a dar forma. Pronto, demasiado pronto, se hace el silencio. Se escucha un último disparo. Luego nada. Sólo queda ya el revoloteo de esos resplandores anómalos y la luz de las linternas de las armas, pero pronto esta también desaparece cuando las criaturas de Kali las hacen pedazos.

—¡Atrás! ¡Atrás! —grita el capitán Malaquíás.

Le obedecen. Forman un semicírculo a unos metros de distancia del borde de la grieta, todos llevan las armas dispuestas y apuntan hacia la brecha abierta en medio de la carretera. Alguien reza en voz baja. Otro maldice. Empuñan sus fusiles y sus ametralladoras. La oscuridad sobre el hundimiento vibra, tiembla. Algo emerge despacio de las tinieblas. Y el cerebro se rebela de nuevo ante su presencia. La forma, las texturas, los colores, la simple estructura de aquello que se va alzando en la noche y la tormenta provoca un rechazo inmediato, una aversión más allá de la lógica y la razón. Mirar aquello que flota ante ellos es el equivalente a acercar una aguja a un globo ocular y no apartar la mano. En un principio parece que un diminuto astro ha aparecido sobre la carretera, es una esfera irregular transparente, temblorosa, repleta de ondulaciones, en su interior se alcanzan a distinguir gusanos helicoidales luminosos. A Walter le recuerda los filamentos de las antiguas bombillas. Un largo pólipo se desenreda en espiral de su parte baja hasta caer dentro de la grieta. Dentro de ese globo inmenso que es su cuerpo no sólo hay destellos: también hay una mano humana, y media cabeza. Antes de que puedan identificar el rostro, alguien aprieta el gatillo. Todos lo siguen. Abren fuego sobre el monstruo. Las balas atraviesan la esfera, la hacen estallar en una explosión de líquido tumefacto.

Aguardan durante unos instantes, esperando que del orificio aparezca algún nuevo espanto. Pero no hay más ataques. Malaquías hace un gesto para que retrocedan. Ordena a dos hombres que monten guardia y a otros dos que se coloquen su equipo. Uno de ellos es Hermes, el otro es Nicomedes Albatro, uno de los supervivientes de la segunda escuadra, a los dos los llaman los dragones. Son los encargados de los lanzallamas. Pronto los portan a su espalda. El capitán Malaquías observa con expresión seria el agujero en la carretera. Aquella es una amenaza nueva. El suelo que pisa nunca les había parecido tan endeble.

—¿Alguien tiene la menor idea de donde estamos? —pregunta el capitán en voz baja. Tiene la mirada vidriada.

Anna, otra de las supervivientes de la segunda escuadra, despliega el mapa de campaña que llevaba en la trasera del pantalón sobre el capó de uno de los todoterrenos. Lo examina en silencio. La lluvia chorrea sobre el papel plastificado. Parece sangre arterial. A Walter no le sorprende que nadie muestre un dolor excesivo por la muerte de sus compañeros. La empatía comienza a fallar cuando lo único que te rodea es muerte y fantaseas una y otra vez con la tuya propia como una salida aceptable.

—No estoy segura de cuál fue la última población que dejamos atrás —dice Anna tras estudiar el mapa. Está mortalmente pálida—. Tule o Eymouties. No estamos lejos de Limoges en todo caso.

—¿Está pensando en abandonar los vehículos, capitán? —pregunta el cabo Bangladesh. Es bastante más eficiente que el cabo Hernández. Este se ha sentado en la trasera de la furgoneta y no aparta la mirada de la brecha en la carretera.

—No podemos correr el riesgo de que el suelo se derrumbe bajo nuestras ruedas. Pero estamos demasiado lejos de Kali como para que me planteé continuar a pie. No llegaremos jamás a Nantes si tenemos que atravesar este infierno caminando —contempla los vehículos que les quedan: tres todoterrenos y una camioneta—. Tendremos que repartir el peso lo mejor que podamos —dice—. ¡Cabo Hernández, mueva el culo! ¡Le necesitamos! —el aludido ignora la orden. Aparta la mirada de la brecha en la tierra y los mira a todos con una tristeza infinita, con una pena que va más allá de la comprensión humana.

—No quiero seguir aquí —anuncia.

Acto seguido alza el fusil, apoya el cañón en su barbilla y aprieta el gatillo.

25 de abril 2020

No paran en toda la noche.

El amanecer, por llamar de algún modo al resplandor desganado que se adivina tras el cortinaje negro que colapsa los cielos, los sorprende cerca de la comuna de Ruffec, a poco más doscientos kilómetros de Kali. Están siguiendo la hoja de ruta que tenía fijada el ejército de Desailly, pero todavía no han encontrado el menor rastro de La Carga de Los Desharrapados. Los veinticuatro hombres supervivientes se han repartido entre los tres todoterrenos y la camioneta, han retirado la lona a esta y todos marchan al descubierto ahora, con sus armas preparadas. La lluvia de ceniza es constante. Hermes hizo detener el viaje el tiempo necesario para ponerse el traje de protección biológica y aunque les costó una buena discusión, lograron convencerle para que no usara el respirador ni las cápsulas de oxígeno comprimido. Ahora resalta entre el resto de grupo, metido en el espectacular traje negro que deber protegerlos en la última etapa, cuando se adentren en el cráter propiamente dicho.

Walter Sánchez va ahora sentado entre las cajas cubiertas de plástico que se reparten en la trasera de uno de los todoterrenos. Junto a la ametralladora pesada se sienta Laura. Intenta fumarse un porro de marihuana pero desiste, el cigarrillo mal liado no puede con la acometida del viento y la lluvia grasa con la que Kali los regala. Tiene la sospecha de que todos morirán hoy.

Las horas pasan.

Los filamentos herbosos se siguen agitando a su capricho, casi parecen inclinarse hacia ellos, como dedos acusadores, como puñales deseosos de atacarlos a traición. La tierra aparece llagada, abierta en canal en muchos puntos. La nieve negra forma dunas que a veces cuesta superar. En ocasiones pasan cerca de vehículos abandonados, algunos irreconocibles, oxidados y cubiertos por la enfermiza hierba multicolor que se ha adueñado del paisaje. Walter todavía no le ha devuelto los prismáticos a Montesquieu y los usa para escrutar el horizonte. Allí, en la distancia, se distingue ya la columna de humo negro que exhala el monstruo. Da vértigo pensar que pronto podrán verlo a simple vista.

Recuerda la primera vez que vio una fotografía del cráter de Kali. Era una fotografía lejana, tomada en las horas siguientes al impacto, y mostraba un cielo ennegrecido, despedazado, una tormenta descomunal hecha de rojos y grises, y varias columnas de humo negro, una de ellas, la central, desmesurada, una fumarola de un negro tan intenso que Walter tuvo miedo de quedarse ciego sólo con mirarla, como si aquella oscuridad fuera contagiosa. Le cuesta hacerse idea de la tremenda violencia que debió generarse allí en el momento del impacto.

Durante los primeros días se intentó lo imposible por localizar y rescatar supervivientes en la zona del desastre, a pesar de las tremendas dificultades que eso entrañaba. El grito lacerante de Kali empeoraba en las inmediaciones del cráter, el aire se volvía cada vez más irrespirable y las temperaturas cada vez más altas debido al fuerte impacto. Contra todo eso tuvieron que bregar las fuerzas de rescate y los militares que se adentraron en la zona en la primera semana tras la catástrofe. Más allá de Cholet y Angers no se encontró nada vivo, todo era devastación. Los primeros informes fueron terribles, desoladores. La destrucción había sido generalizada.

Pronto se declaró un área de exclusión en torno al monstruo y su alarido, un perímetro de control que atravesaba La Rochelle, Poitiers, Tours, Lemans, Renne y Lorient. Se procedió a evacuar todas las poblaciones situadas más allá de esas zonas, como si el daño que Kali provocaba al planeta se pudiera contener tras una frontera imaginaria. A lo largo de los meses no quedó más remedio que ir ampliando esa zona de exclusión. La influencia terrible de Kali se iba extendiendo, maléfica, constante. Los portaviones de diversas nacionalidades que se habían dado cita en el Golfo de Vizcaya y el Canal de la Mancha se fueron alejando más y más de la zona. El aliento del monstruo, aquel polvo negro que contaminaba la atmósfera, comenzó pronto a dar muestras del efecto nocivo que tenía en la tecnología. La influencia de Kali no conocía de distancias. Pronto llegaron las

primeras lluvias ácidas y la nieve negra, el polvo y la ceniza comenzaron a caer no solo en Francia, eran arrastrados por los vientos por todo el continente europeo primero, pero pronto comenzaron a extenderse a los demás. La atmósfera estaba repleta de escoria, de elementos extraños que escupía aquel monstruo agonizante. Las cosechas comenzaron a agostarse en un mundo desbordado. Sólo los invernaderos resistían. Un manto negro iba cubriendo el planeta, como si dos manos colosales se hubiera dispuesto a su alrededor con el propósito de asfixiarlos a todos. Y Walter se pregunta cómo puede haber alguien que todavía albergue esperanza, cómo puede existir alguien que piense que todavía hay solución. Espejismos, se abrazan a espejismos. Walter cabecea en el todoterreno y pienso en lo difícil que resulta en ocasiones, simplemente, dejarse ir. «A veces hay que ser muy valiente para ser cobarde» dijo la teniente coronel Amanda Strauss en Lyon, y a él no le queda más remedio que darle toda la razón.

El todoterreno frena sin previo aviso, de forma tan brusca que lanza a Walter contra Laura. Mira a su alrededor, confundido. El vehículo que va en cabeza ha sido el primero en detenerse. El cabo Bangladesh está haciendo gestos desde allí al resto del convoy, ordenándoles que paren los motores. Hay urgencia en su seña, pero no tanta como para pensar en un ataque inminente. El capitán Malaquías ocupa el asiento del copiloto en el primer vehículo. Se ha quitado la máscara antigás y mira por sus prismáticos, inclinado hacia delante. A simple se vista se puede ver qué está observando. Unos metros más adelante el sendero que siguen asciende en una pequeña cuesta sobre una loma repleta de filamentos anaranjados de más de metro y medio de alto. Allí, en la cima de ese altozano, se ven dos figuras. Están bailando. Bailan sin cesar, giran la una en torno a la otra, sin alejarse nunca demasiado. Es una danza deslavazada, sin gracia, casi a trompicones.

—Vale —masculla Laura junto a él—. Ya me he vuelto completamente loca.

—Tú y todos —le asegura Walter—. Porque todos estamos viendo lo mismo.

Bajan de los transportes y se acercan al todoterreno de Malaquías. El capitán está de pie en su interior, estudiando a los dos bailarines. Todos los que tienen prismáticos echan mano de ellos. Se oyen varias interjecciones de asombro e incredulidad. Los prismáticos pasan de mano en mano. Walter es de los últimos en poder echar un vistazo a aquello, aun a pesar de tener los prismáticos de Montesquieu se resiste a mirar. Le cuesta armarse de valor para hacerlo. Las dos figuras danzan en la distancia, en la cima de la loma. Van vestidas con los restos ajados de un uniforme militar. Están

muertos, sus rostros cadavéricos se sacuden de un lado a otro al compás de su danza, inexpresivos; uno de ellos carece de ojos, sus cuencas vacías se enfrentan al muro con una frialdad desmedida. Su baile no es baile, es un espejismo. Dos de los filamentos que surgen del terreno se han clavado en sus nuca y los alzan en volandas sobre el suelo, zarandeándolos de un lado a otro. Los bailarines están clavados en la alta hierba alienígena, son una suerte de espantapájaros macabros, peles en manos del horror.

Malaquías desciende del todoterreno y hace el gesto convenido para marcha a pie, luego señala hacia los dos cadáveres. Se agrupan en un par de minutos, comprueban las armas, se dan ánimo en silencio y avanzan hacia el altozano. Lo hacen en columna de a dos. Walter Sánchez va junto a Hermes, embutido en su traje negro, con el lanzallamas preparado. Marchan prácticamente en cuclillas. Una niebla negra culebrea por el terreno, casi parece un ser vivo y por unos segundos a Walter le inquieta que realmente lo sea. La hierba alienígena roza sus cuerpos, son los ejemplares más grandes que han visto hasta ahora. No les queda más remedio que tocarlos en su avance. Si su mera visión ya les desagradaba antes, ahora que han visto los cadáveres ensartados en dos de ellos, es todavía peor. A un gesto del capitán Malaquías, que abre la marcha, todos se detienen y se echan cuerpo a tierra. El capitán vuelve a echar un vistazo por los prismáticos. Reanudan poco después la marcha.

Pronto están lo bastante cerca de los cadáveres como para poder contemplar sus rostros a simple vista. Parecen momificados; sus rasgos y arrugas están subrayados por polvo negro, lo que les da un demencial aspecto de vida en muerte. Unos metros más adelante, el terreno desciende en una pronunciada cuesta hasta un amplio valle. Todos reptan hasta la cima de la pendiente y observan impresionados el cuadro dantesco que los aguarda abajo. Walter no da crédito a lo que ve. Ahí está el ejército perdido de Desailly. Los setenta mil hombres, con sus equipos y vehículos. Allí abajo hay más cuerpos clavados en la hierba, cientos de cadáveres acunados por los horripilantes filamentos que emergen entre la nieve oscura. Pero no sólo eso. Aquel lugar parece una parodia de un campo de batalla. Hay un rebaño de monstruos en la llanura, esa es la primera palabra que le viene a la mente al verlos: «rebaño». Son seres enormes, alargados y oblongos; una suerte de amebas gigantes que permanecen inmóviles entre el mar de filamentos. Buena parte del ejército de Desailly está en el interior de aquellas cosas, no sólo los cadáveres de los hombres que formaban La Carga de los Desharrapados, también sus vehículos y su equipo. El mayor de todos esos seres está al sur del valle y contiene tres camiones y un número indeterminado de hombres que flotan inertes en su interior. Aquellas amebas descomunales están repletas de un líquido en apariencia espeso. Walter in-

tenta contarlas, pero pierde la cuenta al llegar a cincuenta. Está sobrepasado por aquella imagen. ¿Qué están haciendo aquellas cosas con los cuerpos y el equipo? ¿Digiriéndolos? Observa por los prismáticos. Los cuerpos ensartados en los filamentos muestran síntomas evidentes de putrefacción, algunos no son más que simples esqueletos, en cambio, los que están dentro de las criaturas globulares parecen recién muertos. Tienen los rostros abotagados, violáceos. Han muerto ahogados, comprende Walter.

El cabo Bangladesh de pronto hace una señal hacia el oeste. Allí hay un camión volcado de costado. A su alrededor se ve un cerco de tierra quemada, no hay nada vivo cerca del vehículo, ni siquiera crecen allí los sempiternos filamentos. De hecho, en el linde de esa zona yerma se ven varios parásitos muertos, son sacos de podredumbre tirados en mitad de lógamo oscuro. Nadie dice nada, pero la deducción es evidente: los dispositivos nucleares están en ese transporte. Pero ¿han sufrido alguna fuga o es que esos engendros son vulnerables en extremo a la radiación? La dotación lleva contadores Geiger con ellos, por supuesto, pero sus lecturas hace mucho que dejaron de ser de fiar, fluctúan de una manera exagerada, afectadas por las interferencias de Kali. El capitán y el cabo Bangladesh intercambian unas palabras, presumiblemente para trazar un plan de acción. El resto de la tropa permanece en lo alto de la cuesta, vigilando a los monstruos. Allí solo se mueven los cadáveres clavados a los filamentos.

A una señal del capitán todos descienden de regreso hacia los vehículos.

—Hay que bajar a ese valle —les informa el capitán Malaquíás. La noticia no sorprende a nadie. ¿Acaso tenían otra opción?—. Es bastante obvio dónde están las bombas y vamos a intentar recuperarlas. Situaremos dos nidos de ametralladora en lo alto de la cuesta cubriendo el terreno, el resto descenderemos al campamento. Quiero lanzallamas a los flancos y las armas preparadas. No sabemos qué puede pasar cuando estemos ahí abajo. Debemos estar preparados para todo, ¿lo comprendéis?

—Vaya mierda —masculla Angus—. ¿Qué os apostáis a que en menos de media hora estamos todos muertos?

—Puede ser —dice Arturo—. Pero ahora mismo todavía estamos vivos, ¿vale? Y vamos a demostrar a Kali de qué pasta estamos hechos.

—¿Cómo hicieron ellos? —pregunta entonces Angus mientras señala a los dos cadáveres que el viento balancea en el montículo. Uno de ellos tiene la lengua fuera y Walter no puede evitar pensar que se está burlando de ellos.

Se ponen de marcha de inmediato. Montan las ametralladoras en el mismo punto desde el que han espiado el valle. Laura se sitúa tras una

de ellas, hace las comprobaciones de rigor, y les hace la señal de que todo está bien. Un artillero de la segunda escuadra se hace cargo de la segunda. Desde allí tienen una perspectiva maravillosa de todo el valle y en teoría podrían cubrirlos en caso de problemas. El resto del grupo forma en posición de ataque, con Hermes en un flanco y Nicomedes Albatro en el otro, ambos cargan sus lanzallamas. Walter cierra los ojos. Tiene la absoluta certeza, como Angus, de que va a morir en los próximos minutos. Y siente la frustración de ir a hacerlo sin averiguar qué demonios es Kali. No le parece justo.

El capitán Malaquíás hace la señal de avance y hacia allí van todos, alerta, tratando de mirar en todas direcciones a la vez. Descienden la cuesta. La hierba de Kali cimbreo a su paso, susurra. Llegan al pie del campamento de Desailly. Los muertos los contemplan, inexpresivos, perdidos en la loca danza que les hacen bailar los filamentos. Pasan junto a la primera de las burbujas alienígenas. Walter la observa mientras intenta controlar la respiración y no dejarse llevar por el pánico. Dentro de aquel ser hay dos tiendas de campaña y varios soldados, uno de ellos todavía está abrazado a su ametralladora. El capitán los guía entre aquel horror de muerte quieta y espanto.

Están a medio camino del camión volcado y las bombas cuando sucede. Se escucha un zumbido terrible, un eco del alarido de Kali. Todos se llevan de forma instintiva las manos a la cabeza. Y es en ese preciso instante cuando los parásitos se abaten sobre ellos.

—¡Entre la hierba! ¡Están entre la hierba! —grita Montesquieu.

Pero ya es demasiado tarde. Los tienen encima. Atacan a decenas. Comienzan los gritos y los disparos. Resulta imposible saber qué está sucediendo. Walter se abre paso a tiros, sin saber muy bien en qué dirección ir. No hay estrategia, solo miedo. Olvida los años de instrucción en un instante, lo único que perdura es el afán de supervivencia, la necesidad irracional de apartarse de aquellos horrores inconcebibles. De pronto un muro de llamas le corta el paso. Ve lo que parece ser una inmensa bolsa de plástico repleta de humo y sangre. Algo roza su brazo, él se gira y aprieta el gatillo sin mirar. Los disparos parten por la mitad al cabo Bangladesh, que cae de rodillas, contemplándolo perplejo. Walter corre, disparando aquí y allá. Un abyecto gusano transparente, repleto de arañas refulgentes y garfios, se abraza a alguien a quien Walter no consigue identificar. Los gritos de dolor de la víctima de aquel engendro son tan espantosos que se descubre gritando también él. Abandona la lucha. Sólo quiere escapar.

Hay una sombra en el cielo, alza la mirada y contempla un pequeño zepelín que parece hecho de pellejo lacio y pólipos de cristal. Dispara ha-

cia él, pero las balas lo atraviesan sin hacerle daño. Walter tropieza en su carrera desesperada y rueda entre la hierba. Todo son gritos, órdenes ignoradas y disparos. Desde lo alto del montículo las ametralladoras intentan inútilmente ayudar en la contienda. Walter mira hacia ellas a tiempo de ver cómo una telaraña negra y filamentosa cae sobre Laura y su arma, despedazando a ambas con idéntica facilidad en una explosión de sangre, metal, vísceras y hueso. Una segunda criatura cae sobre la otra ametralladora, tiene pinta de guadaña tentacular. Desde su posición ve cómo aquella cosa decapita al tirador, con la misma facilidad con la que se descorcha una botella de champán.

Algo explota a la espalda de Walter. Una granada o un monstruo, quién sabe, y él se encuentra volando debido a la onda expansiva. Caer de pie unos metros más allá pero trastabilla por el impulso y sale disparado hacia delante. Horrorizado descubre que se dirige hacia uno de los horrores globulares. Intenta apartarse, pero lo único que consigue es tropezar y caer. Y de pronto se encuentra con la cabeza y el tronco dentro de aquella cosa; su superficie ha cedido bajo el empuje accidental de su cuerpo para sellarse después de manera perfecta en torno a él. Walter abre los ojos de forma desmesurada. Deja de estar ahí. Mira más allá del monstruo y ve un cielo negro, extraño, ajeno. La mirada se le llena de brillos, de estrellas que no son de este mundo y de música que no está concebida para ser oída. Saca los brazos e intenta liberarse, desesperado, de aquella prisión viva que amenaza con ahogarlo. Lo consigue al segundo tirón. Emerge, cubierto de un líquido amarillo que hiede a la putrefacción de Kali. Sin tiempo de recuperarse, continúa la huida, sabiendo que es sólo cuestión de tiempo que algo lo mate.

Avanza entre hierbas altas como un hombre. Cada vez se escuchan menos disparos, cada vez se oyen menos gritos. Siente una presencia a su espalda. Escucha un zumbido penetrante, eléctrico. Se gira a medias. Un parásito luminoso, una suerte de diente de león macabro vuela en su persecución. Walter tropieza con un montículo de nieve negra y rueda por el suelo. El monstruo extiende sus seudópodos y salta sobre él. Walter cierra los ojos y grita, consciente de que va a morir en el instante siguiente. Pero para su sorpresa los segundos pasan y él sigue con vida. Abre los ojos despacio, muy despacio. El parásito continúa ahí, se le han unido otros dos, dos medusas que flotan en el aire y sisean al tiempo que cabecean de izquierda a derecha. Los tiene a menos de medio metro de distancia, pero no lo atacan. Mientras mira, más parásitos llegan.

Se gira y descubre que está junto al camión volcado. Los monstruos se agolpan a su alrededor, pero no avanzan. No está solo en aquel claro en el infierno. Montesquieu está también allí, apunta desquiciado con su fusil

hacia las bestias que los van cercando. No deja de balbucear, tan confuso como él.

—No se acercan a las bombas... —dice Walter. Montesquieu y él se miran, incrédulos. El francés se le acerca, sin apartar la mirada de los parásitos.

—Somos los últimos —le dice—. Los han matado a todos. Joder, una de esas cosas se ha comido la cabeza del capitán. Joder, joder, joder. Prácticamente se la desenroscó del cuello. ¡Dios! —se lleva las manos a su propia cabeza como si quisiera comprobar que sigue ahí—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Walter se acerca a la trasera del camión. La portezuela está candada, pero la abre de un disparo. Allí dentro sólo hay dos cajas, una junto a la otra. Las dos tienen el símbolo de «Peligro radiactividad» grabado en su superficie. Ambos hombres observan desde fuera.

—La misión... —murmura Montesquieu—. Sólo quedamos nosotros.

—Pero tenemos las bombas —dice él—. Lo hemos conseguido. El primer objetivo al menos.

—¿Y qué propones que hagamos? ¿Que las llevemos tú y yo solos? ¡Ni siquiera sabemos dónde estamos!

Walter se acerca a una de las cajas. Es bastante grande, aparatosa, pero no tiene problemas para levantarla. Con ella a cuestas sale del camión y se aproxima a los monstruos que rodean este. No se sorprende demasiado cuando ve que los parásitos se apartan a medida que se acerca a ellos.

—Joder —masculla Montesquieu—. Vamos a hacerlo, ¿verdad? Tú y yo solos...

Walter asiente. ¿Acaso tienen otra alternativa?

—¡Qué locura! ¡Qué puta locura! —dice el francés. Y rompe a reír—. ¡Vamos a hacerlo!

Walter deja la caja en el suelo, la desprecinta y la abre de un tirón. Allí está la bomba, sumergida en espuma azul; es un artefacto ovalado de medio metro de largo y treinta centímetros de ancho, unido a un arnés concebido para facilitar su carga a la espalda. La contempla, incrédulo, incapaz de creerse que aquello contenga en su seno tanta muerte, tanta destrucción. Aquella cosa desafía tanto a la razón como los monstruos y el macabro escenario que los rodea. Acaricia la bomba y se sorprende al encontrarla fría; la esperaba caliente al tacto. En el centro del artefacto hay una tapa cuadrada de quince centímetros de lado, la abre con facilidad y con-

templa el pequeño teclado que se oculta tras ella. Antes de salir de la Turquía, el Alto Mando hizo que hasta el último miembro del Pelotón Suicida se familiarizara con aquellas dos bombas, de hecho trajeron varias réplicas para que pudieran estudiarlas a conciencia. Walter sabe que el protocolo de seguridad adecuado abrirá un nuevo compartimento en la bomba donde deberá, llegado el momento, teclear los códigos de desbloqueo y detonación. Una vez metido este último, la bomba estallará a los cinco minutos, sin posibilidad de abortar la cuenta atrás.

Saca la bomba de la caja. Con cuidado, dolorido todavía por el ataque y las caídas, se ciñe el arnés a la espalda. Siente una repugnancia exagerada al estar en contacto con aquello, más todavía del que sintió dentro de la burbuja alienígena. Se endereza todo lo que puede. Montesquieu ya lleva su propia bomba a cuestas. El francés está doblado por su peso, parece un jorobado decrepito, un monstruo de película.

—No me puede creer que estemos haciendo esto —dice.

A una señal de Walter se ponen en marcha, despacio, muy despacio, echan a andar entre las criaturas de Kali. Los parásitos retroceden con cada paso que dan, manteniendo siempre la misma distancia entre ellos. Le cuesta apartar la mirada de aquellos seres demenciales. Hay cosas que parecen estrellas de mar velludas, criaturas tentaculares que se desplazan a saltos en una mezcla de baile y convulsión, seres que vuelan arrastrados por desproporcionadas alas transparentes. Su cerebro ya no se rebela ante ellos, como si se hubiera empezado a acostumar a su marcada irrealidad.

Walter alcanza a distinguir su cara reflejada en la superficie cristalina de uno de aquellos espantos. Le resulta imposible identificarla como humana, casi parece un insecto, con la máscara antigás y el casco. Regresan con dificultad a los restos del convoy. Los monstruos los siguen, reptando unos, volando otros, un desfile de pesadilla que empeora cuando descubre que una de las medusas más cercanas lleva dentro la cabeza de Hermes, retorcida en una expresión de horror sin límite. Walter empuña el fusil y apunta cuidadoso entre los ojos del que una vez fue su compañero. Un único disparo hace que la criatura explote en pedazos.

Tardan casi media hora en salvar la cuesta que conduce a los vehículos. No les sorprende ver que están destrozados. Uno de los todoterrenos arde. Otro está hecho pedazos. El tercero está volcado y las cajas que cargaba se esparcen por el suelo a su alrededor. Contienen el material de la expedición. Entre el francés y él comienzan a abrirlas, lo hacen de forma descuidada. Encuentran los trajes de protección biológica y las cápsulas de oxígeno comprimido. Se visten con los primeros y toman, cada uno, diez cápsulas que enfundan en los receptáculos habilitados para ellas en el cin-

turón del traje. Cada una de esas cápsulas les proporcionará tres horas de oxígeno líquido. Walter espera que sea suficiente, de momento no activan los respiradores del traje, el aire está viciado y apesta, pero sigue siendo respirable.

Luego ponen rumbo al oeste.

Rumbo a Kali.

26 de abril 2020

Walter Sánchez abre los ojos.

No sabe cuánto tiempo ha pasado tirado entre la hierba alienígena, el suficiente, comprueba, para que esta haya muerto; ahora a su alrededor hay un cerco considerable de hierba lánguida y marchita. La boca le sabe a plomo. Más allá de la zona envenenada por la bomba aguardan los parásitos. Algunos se han acercado demasiado y han sucumbido a la radiación. Hay varias criaturas muertas en el linde, otras agonizan cerca, afectadas por la radiactividad del dispositivo de Walter. Es sorprendente lo diferentes que son vivas y muertas; con vida son puro nervio y agilidad, muertos son poco más que papeles arrugados. Walter pestañea lentamente mientras ve cómo los parásitos moribundos agitan cada vez más despacio sus filamentos y tentáculos. Un líquido negro, viscoso, supura tanto de los cadáveres como de los que agonizan. Y todos están envueltos por un tenue velo de humo negro, muy parecido al que colapsa los cielos.

—La sangre de Kali —murmura.

Mientras mira, una criatura hecha de ovillos sarmentosos se deja caer sobre una de las medusas luminiscentes y la despedaza de dos rápidos empujones. A continuación envuelve su cadáver en la gelatina viscosa que exuda su cuerpo central y comienza a digerirla. Walter se gira hasta terminar tumbado. La cabeza le palpita y le pasa algo a su visión. Desde que su cabeza quedó presa en el glóbulo alienígena ha comenzado a ver destellos y luces que no están ahí. Después de hacer un supremo esfuerzo, consigue incorporarse a medias y terminar sentado. Un movimiento en el cielo llama su atención, un espanto negro vuela rumbo norte, muy alto, tiene seis pares de alas, dos de ellas descomunales, y su cuerpo parece trenzado a base de hebras palpitantes.

A unos metros de distancia descubre a Montesquieu, tumbado sobre su propio cerco de filamentos moribundos. Es entonces cuando recuerda que anoche vio al francés desplomarse, agotado por la agónica marcha a

través de aquel terreno envenenado. Walter había tenido la atención de acercarse a él, pero al final su propio cansancio lo había vencido. Montesquieu está temblando de manera incontrolada. Reconoce sin problemas el violento agitar de alguien que sufre una pesadilla. Es en ese preciso instante cuando se da cuenta de que su desmayo ha estado libre de sueños. Es la primera vez en más de tres años que las pesadillas no se ceban en él. Frunce el ceño. ¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado? No es por la cercanía de Kali, sólo necesita ver cómo tiembla el francés para comprender que él sí está soñando los sueños del monstruo. Walter respira hondo. Se siente en paz con el universo, en equilibrio, aunque sea un equilibrio precario. Se levanta y al incorporarse una riada de monstruos se agita y murmura, soliviantada por su movimiento.

Walter se acerca a Montesquieu e intenta despertarlo. Le cuesta gran esfuerzo conseguirlo. Cuando el francés abre por fin los ojos lo mira aterrado, como si Walter fuera un parásito que se aproximara con intención de despedazarlo. Intenta gritar, pero tiene tanto miedo que el grito se le atormenta en la garganta. La algarabía de los monstruos que los cerca aumenta de grado. Es un sonido sibilante, desagradable; a Walter le recuerda el sonido del plástico al frotar contra el plástico o al crujir de un papel de aluminio al arrugarlo en la mano. Montesquieu al final se calma y se sienta; mira fijamente a uno de los monstruos de Kali, un gusano facetado de cuyos extremos nacen matojos de vello multicolor. Walter le ve apretar los dientes. Está tan pálido como los cadáveres animados del ejército de Desailly.

—Me estoy meando —le oye decir—. Pero no pienso sacarme la picha aquí, no con esas cosas cerca —dice—. Creo que me lo voy a hacer en el traje.

—Tenemos que ponernos en marcha —dice él por toda contestación. Su voz le resulta extraña. Posee una vibración sutil de la que antes carecía.

Montesquieu asiente y Walter ayuda al francés a ponerse en pie. En ese mismo instante rompe a llover. La lluvia golpea con saña sus trajes protectores. La ven caer a puñal sobre el terreno. En algunos puntos el agua hace humear la tierra. Montesquieu intenta acomodar mejor el peso del arnés de la bomba a su espalda. Walter procura no fijarse en cómo se va humedeciendo su entrepierna. Mira hacia el oeste. Allí hay nubes a ras de suelo, sombras abrumadoras, inmensas; Walter es incapaz de distinguir si se trata de niebla o de algún tipo de criatura gigantesca que reptaba sobre el terreno castigado. Entre los retazos de oscuridad alcanza a distinguir un farallón de piedra. ¿El borde del cráter? Le resulta imposible medir la distancia que los separa de aquel muro. Da igual, no importa. Ya sean diez o cien kilómetros no les queda otro remedio que llegar allí.

Los parásitos de Kali sisean y silban en torno a ellos. Se mantienen a distancia. Walter cierra los ojos e intenta traducir aquel silabeo incongruente: «Tirad ese veneno lejos. Tiradlo lejos e iremos a bailar con vosotros. Tiradlo y le daremos la vuelta a vuestro pellejo para ver cómo sois por dentro».

—¿Vamos? —le pregunta Montesquieu. Walter vuelve a la realidad con un leve estremecimiento. Asiente, desorientado. ¿Cuánto tiempo ha permanecido perdido en su ensoñación? No tiene respuesta.

—Vamos —dice.

Y se ponen en marcha. Los monstruos de Kali, como el día anterior, los escoltan en su peregrinaje. Se apiñan a sus espaldas, les abren camino, retrocediendo a medida que ellos avanzan, apartándose de las bombas que cargan a cuestras. A veces alguna criatura reúne valor suficiente para intentar aproximarse, pero no tarda en retroceder como si la cercanía de los dos hombres quemara. Aun así es difícil acostumbrarse a esos ataques repentinos y Walter y Montesquieu avanzan en continuo sobresalto. Poco después de haber reiniciado la marcha, uno de los parásitos voladores se abate sobre ellos. Su sombra y el sonido brutal de su picado los alerta de su llegada y se tiran al suelo, veloces. El espanto pasa volando cerca; es una suerte de mantarraya globular, una criatura que parece hecha de bolsas de plástico repletas de gelatina. Vira en redondo con la intención de volver a la carga, pero los finos seudópodos que surgen de su zona ventral han comenzado a retorcerse y a humear. Emite un lastimero grito que se clava en sus cerebros como un estilete al rojo y remonta el vuelo, dejando a su paso una estela de humo y burbujas negras.

Se levantan del suelo y echan a andar de nuevo. La lluvia se hace tan constante que todo cobra un aspecto submarino.

—¿Y si no es un enemigo? —pregunta Montesquieu de pronto—. ¿Y si todo no ha sido más que una puta casualidad? —Walter se gira para mirarlo. El francés tiene la vista perdida más allá de la oscuridad que se intuye más adelante—. Poco después de que Kali cayera un montón de ballenas nadó hasta quedar varadas en la costa—dice—. Murieron allí, ¿recuerdas? Se suicidaron.

—No sólo ballenas —dice él—. Los delfines también. Y los tiburones y no sé cuántos animales más... —suspira. Toda la fauna marina en definitiva con la que no había terminado Kali el día de su caída, se suicidó embarrancando en los días siguientes al impacto. El mar nunca había estado más vacío—. ¿Piensas que eso puede ser algo similar? ¿Una ballena varada? ¿Un monstruo que ha surcado el espacio en busca de un lugar donde morir?

—No es la teoría más descabellada que he escuchado —dice Montesquieu. Le cuesta hablar. La respiración le falla y en su resuello hay algo poco saludable, una especie de reverberación, de regüeldo permanente. Walter se pregunta si no deberían comenzar a usar los respiradores—. Un tipo me dijo una vez que esa cosa es el segundo Mesías que había llegado a la Tierra para castigarnos por nuestros pecados, ¿te lo puedes creer? Otro que es la bestia de la que habla el Apocalipsis, la bestia que anuncia el Apocalipsis y sus siete cabezas.

—Una vez escuché que esa cosa es un monstruo devorador de planetas —dice él—. Un ser que se alimenta de mundos, así como suena. Tal vez cuando haya terminado con el nuestro se marche volando de aquí —mira hacia el oeste. Necesita saber qué es Kali. Necesita un argumento, un motivo, necesita que su muerte, la muerte del mundo, tenga un sentido real.

—Hermes estaba convencido de que era el huevo de un monstruo, ¿recuerdas?

Walter asiente con la cabeza. Pensar en Hermes y en su horrible final es todo uno. Se estremece.

—En el fondo poco importa lo que sea, ¿no te parece? —le pregunta Montesquieu—. ¿Acaso importa el porqué? La cuestión es que esa cosa nos está matando. La cuestión es que tenemos que matarla.

Walter no dice nada.

Pierden la noción del tiempo. Todo es horror y monstruos. Todo es caminar medio enterrados en polvo, envueltos en cortinas de tinieblas y oscuridad creciente. Los torbellinos de nieve negra se desprenden del cielo de tal forma que da la impresión de que a la cúpula celeste le han salido extremidades e intenta desplazarse más allá del horizonte, como si pretendiera huir de Kali. Avanzan despacio, perseguidos de cerca por la locura. Montesquieu ha comenzado a hablar solo, lo hace en francés, idioma que Walter desconoce. La irrealidad de su aventura va en crescendo. Walter Sánchez se pregunta si ha dejado de soñar por el simple motivo de que es ahora cuando lo hace. Quizá está viviendo una pesadilla. ¿Se puede soñar dentro de un sueño? No lo sabe. El peso de la bomba a su espalda lo encorva, le echa hacia delante, como una garra cruel que no deja de empujarlo hacia su destino. Comienza a pensar en la bomba como otro monstruo, un engendro radiactivo que se le ha trepado a la chepa y que está deseando estallar. Montesquieu y él caminan uno junto al otro, sin separarse más de unos metros. Las rachas de oscuridad y niebla negra son cada vez más frecuentes y saben que si pierden contacto visual difícilmente volverán a encontrarse.

De pronto hay elementos nuevos en el escenario de pesadilla por el que avanzan. Walter tarda en ser consciente de ellos. Se han adentrado en algún núcleo urbano próximo a Nantes. Hay ruinas y cascotes por doquier y aquí y allá se ven edificios destartalados; la mayoría de los que todavía aguantan en pie están envueltos por una telaraña esmeralda de la que rezuma fluido amarillento. Entre las ruinas se ve deambular a engendros que no habían visto hasta ahora, son masas informes que emiten una ligera fosforescencia y que ruedan ayudándose de unos zarcillos prensiles. Estas nuevas criaturas no les prestan la menor atención. Una de ellas lleva incrustada una señal de tráfico en uno de los grandes órganos globulares que la conforman, del mismo modo en que las amebas gigantes tenían al ejército de Desailly en su seno. ¿La está transportando? ¿La está digiriendo? Imposible saberlo. Walter y Montesquieu contemplan cómo aquel espanto se desplaza sobre la nieve hasta perderse de vista.

Siguen camino, su capacidad de asombro hace tiempo que dejó de tener límites. Al menos eso es lo que piensa Walter. Pero de pronto, Montesquieu se detiene y grita algo en francés, con todo el aspecto de una blasfemia. Acto seguido se descuelga la ametralladora del hombro y abre fuego sobre los engendros que los rodean. Las balas los despedazan, les desgarran las alas o les arrancan tentáculos y filamentos, pero ninguno muere, se limitan a convulsionarse bajo el tiroteo, sin importarles demasiado estar perdiendo partes de sí mismos. Walter intenta averiguar qué ha afectado tanto al francés. Tarda unos instantes en verlo. Cuando lo hace retrocede un paso y maldice él también.

Al otro lado de la maltrecha carretera que siguen se levanta lo que en un primer momento había tomado por los restos de algún tipo de edificio estrambótico, de esos en los que impera el diseño a la utilidad. Pero aquello no está hecho de ladrillos ni de cemento. Aquellas paredes irregulares, de ángulos cerrados superpuestos y de espirales imposibles, está hecha a base de cadáveres, cuerpos que han sido retorcidos de forma salvaje para amoldarlos unos a otros y levantar así aquel monumento ilógico e horripilante. Todos los restos están cubiertos de una gelatina traslúcida, una especie de saliva cristalizada.

—¿Por qué? —pregunta Walter, espantado, sobre la balacera de la ametralladora del francés—. ¿Por qué han hecho esto?

El arma de Montesquieu se encasquilla, pero su compañero sigue apretando el gatillo, enajenado, fuera de sí, tarda un tiempo en darse cuenta de que ya no dispara. Cuando lo hace, da un grito y arroja el arma contra los parásitos. Varios se abalanzan hacia ella al momento y la hacen desaparecer entre el confuso caos de sus cuerpos anómalos, tentáculos y pólipos.

Descubren más muestras de esa arquitectura aberrante mientras avanzan por la ciudad en ruinas: un montículo formado por torsos humanos, recubierto de la misma gelatina que el edificio anterior; un poco más adelante encuentran las extremidades, las han plantado entre la nieve negra, como si fueran flores de un jardín infernal. Pero los parásitos de Kali no se sirven solo de cuerpos humanos para sus locas construcciones. Pronto resulta evidente que les vale cualquier tipo de material para construirlas. Ven coches destrozados apilados unos sobre otros en altas columnas, con los neumáticos formando pirámides en sus cimas; cascotes, rocas y troncos calcinados se agrupan ante lo que un día fueron plazas y aceras, dibujando figuras sin sentido que les recuerdan vivamente a las pesadillas que han sufrido a lo largo de los tres últimos años. Hasta se topan con un árbol de varios metros de altura, construido a base de retorcer lo que al principio parecen cables eléctricos y luego resultan ser entrañas reatadas unas a otras.

Cae la noche, lo hace a plomo, sin crepúsculo previo; un miasma de negrura cuajada de borbotones de niebla y espanto. ¿Cuánto tiempo llevan andando? Walter no lo sabe. A pesar del cansancio creciente ninguno menciona la posibilidad de detenerse. Se niegan a pasar otra noche más a la sombra de Kali. Necesitan que termine ya, no podrían aguantar otra jornada más de marcha. Pronto la oscuridad se hace tan completa que les cuesta distinguir el terreno que pisa. No les queda más remedio que encender las linternas de sus cascos. A su luz llegan más parásitos.

El agotamiento hace que Walter tropiece cada vez con más frecuencia, en más de una ocasión tanto Montesquieu como él dan con sus huesos en tierra. En una de las caídas, el francés rompe a toser de manera convulsa, exagerada, casi parece a punto de escupir los pulmones. Walter intenta aproximársele pero el otro le hace un gesto para que no lo haga. Escupe sangre contra el visor del casco. ¿Será la radiación? se pregunta Walter. Él está cansado, sí, y esa insidiosa migraña sigue encajada en el cerebro, pero, por paradójico que resulte, se encuentra bien, con una claridad de pensamiento que no disfrutaba hace tiempo. Probablemente se debe a que la noche pasada ha estado libre al fin de los sueños de Kali.

Montesquieu se recupera al fin, aguarda unos segundos, inclinado hacia delante, con las manos en las rodillas. Señala su garganta y activa el respirador. Walter asiente y hace lo mismo, busca con la boca la cánula del traje y la muerde con fuerza suficiente como para mantenerla sujeta pero que no le incomode. A continuación extrae una de las cápsulas de oxígeno comprimido del cinto, abre su sello y la introduce en el receptáculo situado en su hombro. El oxígeno entra con fuerza en sus pulmones, Walter siente un frescor renovador, un hálito de pureza que por unos segundos lo desconcierta. Reemprenden la marcha.

No pasa mucho tiempo antes de que el francés se pierda de nuevo en su delirio y se ponga otra vez a hablar solo. Walter recuerda a Desprecio, su gata carey solía maullar mientras dormía, manteniendo lo que podían tomarse por largas conversaciones consigo misma. Recuerda el tacto sedoso de su pelo, el ronroneo sostenido, el mordisco con el que le atrapaba la mano cuando se aburría de sus caricias... Walter se pierde en los recuerdos. La cabeza se le llena de gatos, de maullidos, de carreras alocadas por el pasillo, de lametones ásperos... De pronto, la oscuridad ante ellos se vuelve sólida. El camino queda cortado en seco por una pared irregular de casi veinte metros de alto. Han llegado al final de trayecto. Aquello que contemplan es el borde del cráter que Kali abrió al impactar contra la Tierra.

Montesquieu se deja caer a plomo a la sombra de aquella cresta rocosa.

—Hemos llegado —dice y en su voz queda patente la suprema sorpresa que le provoca ese hecho—. ¡No me lo puedo creer! —se gira para mirar a Walter—. ¡Hemos llegado a la guarida de la bestia! ¡Volémosla en pedazos! —le grita, exultante, como si la muerte de Kali no implicara la suya propia—. ¡Hemos aquí, mi fiel compañero, transformados en héroes de cuento! ¡Matemos al monstruo!

Walter no dice nada. Se limita a acercarse al muro. Lo palpa y descubre que la superficie es maleable al tacto. No es roca fundida como había pensando en primera instancia, es algún tipo de sustancia gruesa, apenas solidificada. Una súbita intuición le hace hundir una mano en aquella pasta negra, Llegado a cierto punto topa con resistencia. Entrecierra los ojos. Levanta un pie y lo introduce en el muro, a continuación se impulsa hacia arriba, buscando con una mano el apoyo en la pared. Sí, se puede trepar por ella. Mira a Montesquieu, el francés lo contempla, perplejo.

—¿Te has vuelto loco?! —le pregunta a voces—. ¡Ya estamos lo bastante cerca como para hacer explotar las bombas!

—Quiero ver qué hay al otro lado —le responde él mientras sigue escalando aquella pared de engrudo gelatinoso. Montesquieu sacude la cabeza, incrédulo, Walter le ve dudar, pero finalmente va tras él.

A pesar del cansancio, no tiene excesivos problemas en coronar aquella pared negra. Asoma la cabeza para escrutar al otro lado, pero allí la oscuridad es impenetrable hasta para su linterna. En las tinieblas solo se ve el destello ocasional de alguno de los parásitos luminosos. Le cuesta maniobrar para pasar a la otra cara del farallón y comenzar el descenso. Por un

instante se imagina cayendo y rompiéndose el cráneo allá abajo. Sería un final ciertamente estúpido para aquella aventura. Extrema las precauciones, avanza despacio y comprueba que las nuevas oquedades que abre con pies y manos pueden resistir su peso antes de arriesgarse a dar el siguiente paso. De pronto, se topa con suelo sólido bajo sus pies, de forma tan repentina que a punto está de caer. Mientras recupera el aliento, Montesquieu llega a su lado. Jadea entrecortado y por unos instantes Walter teme que sufra otro ataque. Las linternas de sus visores iluminan el mundo que los rodea, pero sólo alcanzan a distinguir oscuridad tintada de luz mortecina y engendros al acecho.

Descienden por la ladera del cráter. El terreno es sumamente irregular, plagado de grietas y salientes afilados. Además, para dificultar más el avance, el suelo está cubierto de la misma sustancia grumosa que da forma a la pared que acaban de dejar atrás; un mantillo húmedo que se les pega a las botas y que parece querer succionarlos, como si intentara evitar su avance. Los monstruos continúan arremolinándose a su alrededor, a una distancia prudencial. De cuando en cuando, descubren nuevas especies de parásitos. Seres de difícil descripción, criaturas que parecen anémonas contempladas a través de un calidoscopio, burbujas cristalinas en las que bullen líquidos y gases de colores imposibles, dotadas de un sólo tentáculo en espiral con el que se impulsan en el aire. El lugar hierve de actividad alienígena, Walter piensa en un hormiguero soliviantado por una presencia extraña.

—Las bombas... —susurra el francés, se acerca hacia él y le tira del antebrazo. Apenas tiene fuerzas—. Estamos aquí para volar a Kali, ¿recuerdas? ¿Por qué cojones quieres ir más allá?

—Porque quiero saber —contesta él y su voz se le antoja desconocida. Casi parece estar hablando en otro idioma—. Necesito saber.

Pero esa respuesta no es del todo cierta. La verdadera razón es que siente que algo le está llamando allí abajo, una fuerza desproporcionada tira de él hacia las profundidades del cráter. La luz de la linterna apenas araña la oscuridad. Podrían perfectamente estar avanzando bajo tierra. De pronto sus pies dejan de pisar fango. Walter mira hacia abajo y descubre que el terreno ha cambiado. Camina ahora por una suerte de alfombra acristalada, casi parecen avanzar por un suelo hecho de diamantes. A su izquierda, descubre los restos de un muro hecho del mismo material, en algunos puntos esa pared apenas le llega a la cintura pero en otros es tan alta que no alcanza a distinguir su final. De ese muro extraño nacen a intervalos irregulares unos sacos oleosos, bolsas colgantes con forma de lágrima repletas de una sustancia traslúcida. Cuando

Walter se acerca con intención de examinarlas, varias se deshinchán y su contenido grumoso se vierte por la pared. La radiación también afecta a esas cosas, comprende. Las estudia desde la distancia. Cada uno de esos sacos contiene diminutas criaturas que nadan en el líquido espeso, son réplicas en miniatura de los engendros que ya ha visto, de los mismos monstruos que los rodean. Es inevitable pensar en fetos inmersos en líquido amniótico.

Las sienas le palpitan cada vez más, por un delirante instante piensa que tal vez se le ha colado en la cabeza uno de esos parásitos embrionarios, se lo imagina devorándolo desde dentro, arrancándole pedazos de cerebro. Pero ¿qué son esas cosas? ¿Larvas? Sí, es probable, se dice Walter. Pero ¿cuál es su cometido? ¿Son tripulantes de Kali? ¿Su sistema defensivo? ¿Armas biológicas preparadas para enfrentarse a las fuerzas que se les opongan en los mundos a conquistar? ¿O son simplemente los huevos que los parásitos han puesto en la carne de su anfitrión?

Montesquieu entretiene su rabia y su frustración destrozando sacos. Pasa la mano sobre ellos, sin llegar a tocarlos. Estos se desinflan debido a la radiactividad, no por su gesto, desde luego, pero el francés sonríe de manera enfermiza mientras continúa con la matanza. Walter se muerde el labio inferior y, sin decir nada, reanuda la marcha. Montesquieu está tan absorto en su desahogo que no se da cuenta de que lo está abandonando.

La luz temblorosa de la linterna apenas alumbra su camino. Pasa junto a sombras informes, pedazos de noche sólida que una vez formaron parte de Kali. El hedor es nauseabundo, indescriptible. El oxígeno de las cápsulas no puede enmascararlo, aquella peste se le ha incrustado en los pulmones, se ha convertido ya en parte de ellos. Y es lógico. Prácticamente está dentro de una criatura que lleva tres años pudriéndose en vida. El terreno vuelve a cambiar, deja de tener esa apariencia de alfombra diamantina para convertirse en una cuesta resbaladiza. Engendros sin ojos vigilan su marcha. De cuando en cuando se escucha la voz del francés en la distancia, llamándolo a gritos, pero Walter se niega a esperarlo. De hecho acelera el peso, abandonada ya toda precaución. No tiene miedo de que Montesquieu haga detonar su bomba, sabe muy bien que el francés no quiere morir solo. No es lo bastante valiente. De pronto da un mal paso, las piernas se le enredan una en otra, pierde el equilibrio y cae al suelo. La pendiente hace el resto. Rueda dando tumbos hacia las profundidades negras, los monstruos aceleran tras él al tiempo que los que van delante intentan esquivarlo. Arrolla a una medusa plagada de filamentos acerados. Walter siente un dolor punzante en varios puntos de su cuerpo, son sacudidas eléctricas y, al mismo tiempo, cuchilladas. Aquella cosa se revuelve y queda

atrás, convertida en un despojo humeante. Walter se golpea una y otra vez contra las irregularidades del terreno. Grita de dolor. Siente cómo su brazo izquierdo se rompe al golpear contra algo que ni siquiera alcanza a ver. Las aristas del suelo le cortan el traje y la carne. La caída termina de forma súbita cuando choca de lleno contra una superficie rocosa, un pequeño murete. Ahí queda, sin aliento, roto.

Se levanta como bien puede. Todo su cuerpo es una sinfonía de distintos dolores, siente fuertes calambrazos ahí donde la medusa lo ha herido. No solo se ha partido un brazo, también se ha debido dañar alguna costilla y, además, nota la rodilla derecha frágil y endeble. Mira alrededor. Está en una plataforma de roca diamantina; en torno a él se ven grandes conjuntos globulares, enormes burbujas que bañan con su claridad enfermiza todo el lugar, están comunicados unos con otros por gruesos zarcillos de color verdoso, una suerte de trama venosa. En esencia son muy semejantes a las amebas descomunales que se toparon en el campamento de Desailly, la única diferencia importante son las conexiones entre ellas y que estas son bastante más pequeñas. Walter cojea hasta la más cercana; se ve reflejado en su superficie: un borrón de oscuridad frágil y precario. En el interior de aquello hay dos criaturas atrapadas, una de ellas es una medusa fluorescente, la otra es uno de los seres que descubrieron en la ciudad de los monumentos aberrantes. Dentro de la ameba además se vislumbran destellos y fogonazos de luz clara, los mismos que lleva viendo desde que una burbuja semejante lo atrapó en el campamento de Desailly.

Se detiene a escasos pasos de aquel saco de gelatina y luz. La membrana de aquella cosa tiembla y vibra, afectada también por la carga de muerte que Walter lleva a la espalda. La contempla, perdido en una suerte de delirio febril.

En un ataque de locura, se quita el casco del traje y lo tira lejos. El olor a putrefacción alcanza su máximo nivel, es tan demoledor que le llo-ran los ojos. El aire es rancio y parece estar repleto de puñales. No le importa. En su mirada explotan constelaciones y llamaradas blancas, luces de un lenguaje y un universo distante, ajeno al hombre. Walter se deja llevar. Sabe lo que tiene que hacer, aunque desconoce de dónde llega ese conocimiento. Apoya la frente en la membrana del globo y empuja hasta reventar la película e introducir la cabeza dentro. Cierra los ojos con fuerza. El mundo desaparece en un estallido de poderosa luz blanca. El tiempo se detiene. Y Walter Sánchez deja de ser Walter Sánchez para convertirse en algo inexplicable, una bocanada de conciencia dentro de una maquinaria de difícil comprensión, un mensaje errático, de traducción imposible, que salva distancias más allá de la lógica y la razón.

La cabeza de Walter se puebla con las imágenes de los sueños que, como al resto de la humanidad, le han torturado durante tres años. Solo que ahora las contempla a través de un filtro nuevo, como si hubieran despertado en él nuevos sentidos de los que antes carecía y con los que ahora puede interpretar esas imágenes, aunque sea de forma incompleta. Ve más allá del espacio y el tiempo. Ve un planeta neblinoso, el quinto en un sistema que danza alrededor de una estrella amarilla, muy semejante al Sol de la Tierra. Cuenta con dos lunas y su superficie es un hervidero de vida. Walter mantiene los ojos cerrados dentro de aquella criatura (criatura y, al mismo tiempo, maquinaria) pero ve: ve bandadas de medusas que vuelan entre nubes venenosas de un intenso color rojo, ve esferas de luz que se desplazan a sacudidas, impulsadas por los filamentos que emergen de uno de sus extremos. Ve ciudades globulares sumergidas en océanos de un verdor inconcebible, son ciudades vivas, dotadas de conciencia; tarda unos instantes en comprender que esas ciudades están formadas por un conglomerado de las mismas medusas que acaba de ver volar. Los seres que habitan ese mundo alienígena son compatibles entre sí, pueden unirse unos a otros para dar forma a nuevas entidades y sospecha que cuanto mayor es el número de criaturas que lo conforman más inteligente es el ser resultante. Walter nota cómo el aire comienza a faltarle, pero no puede dejar de mirar. Su cabeza contiene un mundo asombroso. Hay dioses flotando en el aire, dioses hechos de lo que antes consideraba parásitos y que ahora descubre como fragmentos de maravilla, ladrillos que configuran milagros.

Las imágenes que se vierten en su cerebro cambian. Walter asiste espantado a una lluvia torrencial, blanca y, de algún modo, viva, que se precipita sobre una torre de un cegador azul, hecha de un sinfín de criaturas color cielo que se unen unas a otras entrelazando los filamentos que surgen de sus extremos. Los goterones blancos se estrellan contra la estructura y, como si fueran ácido, la derriten, la derrumban. Walter ve torbellinos lechosos que arremeten con furia desmedida contra colosos multifacéticos, dejando a su paso un caos de cadáveres calcinados. Aquel mundo estaba condenado, Walter no comprende la naturaleza exacta de la amenaza pero la ve en acción: es una blancura ácida que ataca a todas las formas de vida, un tumor de dimensiones planetarias que arrasa sin piedad con todo lo que toca. Walter se ahoga. La muerte se aproxima. En su mente asiste a un cónclave de monstruos, una reunión de leviatanes que tiene lugar en los cielos de un planeta que se cae a pedazos. Toman su decisión. Se unen unos a otros en un baile lento; el mundo se derrumba, se colapsa, y ellos se abrazan mientras tanto, se fusionan formando una entidad desmedida, un coloso como jamás ha visto esa tierra. Walter observa cómo unas criaturas esponjosas, de un desvaído color

verde, llenan su interior de nubes y del aire sucio que forma la atmósfera de aquel mundo y se abren camino a continuación dentro del enorme ser que se gesta en los cielos. ¿Están bebiéndose el cielo? ¿cosechando su atmósfera tal vez? ¿Es eso posible? Lo es, sin duda. ¿Qué clase de ciencia pueden llegar a dominar unas criaturas semejantes a esas que contempla? se pregunta, alucinado, mientras asiste a la creación de aquella criatura portentosa ¿Qué filosofías habrán concebido a lo largo de su historia? ¿Cuál será su forma de contar historias? Otros seres, engendros cónicos y retorcidos, surgen del interior de los mares, cargados de agua esmeralda. Toman en su interior fragmentos del mundo, piezas de aquella tierra condenada y lo integran a la enormidad que se forja en los cielos. Las imágenes se siguen sucediendo, pero Walter apenas es capaz de captar su significado ya. Ve oscuridad. Ve un viaje interminable a través de la profunda nada del espacio. La conciencia se le apaga. El conocimiento tiene un precio, siempre lo tiene, y en este caso, al parecer, solo se puede pagar con la muerte.

De pronto, alguien tira de él con fuerza y Walter sale disparado de la burbuja. Cae de rodillas boqueando como un pez moribundo. Pero le mareta más la repentina comprensión que la asfixia y el olor a putrefacción que lo anega todo. Abre los ojos para mirar al francés, de cuclillas a su lado. Éste le pone de nuevo el casco en la cabeza y señala su propio respirador para que él muerda el suyo. Así lo hace. La explosión de oxígeno casi lo deja inconsciente.

—Un mundo... —murmura Walter cuando se recupera lo suficiente como para poder articular palabra. Necesita explicárselo. Necesita que lo comprenda—. Kali es un mundo...

Un relámpago de dolor puro recorre la circunvalación de su cabeza. Mira más allá del francés, que lo observa, atónito. La criatura en la que ha entrado está marchita, moribunda debido a la radiación que despide el dispositivo a su espalda. Se estaban matando el uno al otro al mantener el contacto, comprende.

—Su planeta se moría —continúa—. Querían salvarlo. Se unieron formando una nave descomunal. Un arca viva que debería servir para revivir su planeta en otro punto del espacio —se lleva las manos a la cabeza. El dolor es inhumano. Descubre que la sangre fluye a borbotones de sus fosas nasales y sus oídos—. Pero pasaron siglos en el vacío, siglos sin encontrar nada que les pudiera servir. El universo es tan grande, tan vasto... Las capas exteriores fueron muriendo y el arca se fue haciendo más y más pequeña... Si la hubieras visto, si hubieras visto su tamaño... Kali era lo último que quedaba de ellos y es apenas un pedazo minúsculo... Perdieron la

esperanza... Se morían. Se estaban muriendo. Y de pronto encontraron un planeta con las condiciones adecuados para acogerlos. El nuestro.

—Me importa una mierda lo que sea esa cosa —le asegura Montesquieu. Habla muy despacio. Tiene los ojos inyectados en sangre y es evidente el tremendo esfuerzo que le supone formar cada palabra—. Sólo quiero matarlo —y como para subrayar ese deseo, comienza a desembarazarse del arnés que lleva a su espalda.

Pero Walter no le escucha, ni siquiera lo ve. El francés se le desdibuja mientras intenta comprender todo lo que ha visto, todo lo que aquella criatura o ingenio le ha mostrado. Lo que implica, lo que significa... La colonización apenas ha comenzado. Los hijos de Kali comienzan a despertar y a tantear en su nuevo entorno. Faltan décadas hasta que la atmósfera y la temperatura sean las adecuadas para que puedan extenderse por todo el mundo. Pero lo conseguirán. Han recuperado la esperanza. ¿Habrían cambiado de rumbo de saber que el planeta al que se dirigían estaba habitado? se pregunta Walter. No, no lo habrían hecho, se dice. La Tierra era última oportunidad. Era la supervivencia de su especie la que estaba en juego, no podían andarse con sutilezas.

—El grito no era un grito, era un arma para destruir a los enemigos potenciales —comprende—. Y probablemente los sueños también. Pero no acabaron con el hombre. No pudieron con nosotros —aunque poco importaba. Estaban heridos de muerte.

Walter parpadea y descubre, consternado, que el francés ya se ha desembarazado de la bomba y que comienza a hurgar en sus entrañas.

—¡No! —grita él, sin ser consciente del todo de lo que implica esa negativa. Su misma reacción le sorprende. Pero ¿acaso tiene otra alternativa?— ¿No me has oído? —le pregunta—. ¡Sólo querían revivir su mundo!

—¿Sabes una cosa, Walter? Te has vuelto loco. Loco de remate. Tenemos algo que hacer. Una misión. Es lo único que importa. Lo único —está llorando sangre—. Ese hijo de puta mató los pájaros, ¿me oyes? ¡Mató a mis pájaros! Y yo voy a cargármelo. Voy a volarlo en pedazos. Es lo que merece. Lo que merece.

Walter niega con la cabeza. ¿Acaso no lo ve? La humanidad está condenada. No hay salvación posible, no hay modo de revertir la situación. Kali ha llegado demasiado lejos, es tan sencillo como eso. Detonar las bombas no es ninguna victoria, es un simple gesto de absurda revancha, simple y llana venganza. Sin las bombas pronto habrá de nuevo un planeta lleno de vida en el universo, una vida ajena a la original, desde luego; una

civilización que se construirá sobre las ruinas de la humanidad. Pero habrá pájaros en el cielo, solo que no serán pájaros, serán los hijos de Kali, los descendientes de un mundo lejano de mares verdes y nubes rojas. Si las bombas detonan, la Tierra se convertirá en un erial, un planeta condenado a una muerte lenta. ¿O no? ¿Habrá vida abriéndose paso aun así? ¿Algo nuevo? ¿Algo ajeno? ¿Algo que no tenga nada que ver ni con los espantos de Kali ni con la especie humana? Quizá. Tal vez. Pero ¿se puede permitir correr ese riesgo?

Montesquieu levanta la pequeña placa del centro dispositivo y comienza a teclear uno de los códigos de desbloqueo. Todos los aprendieron en Turquía: tres códigos de seguridad y dos de detonación. Montesquieu murmura en francés. Parece una oración. Pero en aquel lugar no hay más dios que Kali, y es un dios caído. Una entidad llegada de las profundidades del espacio con la capacidad de dar vida y muerte. Montesquieu se limpia las lágrimas de sangre que corren por sus mejillas e introduce el segundo código. Una nueva placa se abre en el lateral del dispositivo. Ahí debe teclear el tercer código. Antes de que comience a marcarlo, Walter ataca.

Se arroja contra Montesquieu con la fuerza de la desesperación. Ignora el dolor. Embiste al francés con el codo y este rueda por el suelo, con Walter encima. El francés le golpea con saña. Ambos están débiles y su lucha es una pantomima ridícula, un intercambio de golpes blandos e inofensivos. Walter acierta a dar una patada en el vientre de Montesquieu y el francés rueda lejos, separándose de él varios metros al caer por la pendiente del cráter. Intenta incorporarse pero antes de conseguirlo una de las criaturas de Kali se le clava en la espalda, Walter ve aparecer filamentos a través de la caja torácica de su compañero. El cuerpo se sacude, electrificado, la luz es tan portentosa que Walter cree alcanzar a distinguir el esqueleto del francés. Sus ojos arden, se derriten por sus mejillas, el cabello se inflama. La piel se cuarteo y humea. Otro de los espantos cae sobre Montesquieu, lo decapita y se lleva la cabeza hacia la oscuridad. Walter retrocede en el suelo hasta quedar al abrigo de la bomba a medio armar.

Respira hondo, con los ojos muy abiertos, incapaz de apartar la mirada de la carnicería que están realizando los monstruos con el cadáver de Montesquieu. Paradójicamente aquel acto de salvajismo aparente está exento de crueldad; los hijos de Kali están intentando comprender qué es aquel ser que tienen ante ellos y cómo funciona; son ansias de conocimiento lo que los lleva a desgarrar y a cortar, es ansia de saber lo que hace que palpen su cerebro, que lo desmigajen, que lo absorban dentro de sus propios cuerpos para analizarlo con sus órganos internos. Pero aun así, aquella violencia desmedida hace que Walter se pregunte si no estará cometiendo un error.

Gira la cabeza y contempla las dos bombas. ¿Serán capaces de acabar con todo el conglomerado de seres que forma a Kali? se pregunta ¿Bastarán para destruir a ese monstruo colmena caído del cielo? Sí, lo harían. Ya ha visto cómo les afecta la radiación, las bombas serían más que suficiente. De detonarlas, pagaría la extinción con la extinción, sin duda alguna. Se sienta con las piernas cruzadas sobre el légamo mugriento. La elección, se dice, es mucho más sencilla de lo que aparenta: «vida o muerte», tan simple como eso. Y entonces se da cuenta de lo equivocado que estaba. Allí, en ese cráter inmenso que se abre en la tierra herida, hay otro dios además de Kali: está él. En su mano está también la potestad de dar vida o muerte.

Elige vida.

Evita mirar el cuerpo destrozado de Montesquieu cuando pasa a su lado. Lleva el arnés con la segunda bomba mal cogido en el brazo derecho. Camina descompasado. Ignora el daño que pueden hacer los dos dispositivos si los deja dentro de Kali, pero prefiere llevárselos lo más lejos posible. El ascenso es lento. Avanza en la oscuridad, en algún momento la linterna de su visor se ha hecho pedazos. Ve destellos por doquier, algunos son los fantasmas sensoriales que todavía perduran de haber introducido la cabeza en la criatura globular, otros son los chispazos demoniacos que algunos hijos de Kali guardan en su interior.

Llega a la parte alta del cráter. No se ve con fuerzas de trepar otra vez por el muro de mucosa y se deja caer junto a él. Sobre su cabeza clarea ligeramente. Amanece un nuevo día en la Tierra. A kilómetros de distancia se vislumbra una tormenta salvaje, demencial, que parece querer echar el cielo abajo. Walter gime, dolorido. Los monstruos lo vigilan. No puede verlos, pero es consciente de su presencia. Se niega a cerrar los ojos. Sabe que la muerte está próxima, pero no quiere morir así, se niega la posibilidad de un descanso sencillo, no cuando está traicionando a la especie humana. Con el brazo ileso se desembaraza del arnés con la bomba. Toma aliento y repta por el suelo. Los monstruos aguardan, expectantes. Ve una criatura hecha de sombra y luz, una esfera casi perfecta de la que caen, a modo de cabellera, unos tentáculos finos y luminosos, cada uno de ellos está terminado en una especie de espolón serrado. Walter camina hacia ella, y en su imaginación no se ve como un hombre que avanza hacia la muerte, se ve como un dios vengador que en el último instante ha decidido ser clemente. Un dios caído, sí, pero lleno de orgullo.

—Elijo la vida —dice. Se reafirma en su decisión. Necesita hacerlo. Necesita oírse lo decir.

Uno de los engendros salta sobre él en cuanto abandona la protección de las bombas. Se hunde en su regazo con un sonido burbujeante, explo-

sivo. Walter siente cómo se abre paso en sus entrañas. Cae a plomo. El dolor es inhumano. Cierra los ojos, perdido en la agonía. La boca se le llena de sangre.

Desde su vientre llega un sonido reverberante, sostenido. Lo emite la criatura que lo despedaza y es un sonido que no había esperado oír nunca más: es un ronroneo, un ronroneo felino, un ronroneo feliz. Walter sonríe y en el delirio de su agonía intenta acariciar al monstruo que lo está matando. El tacto del hijo de Kali es áspero, eléctrico, le muerde la yema de los dedos, las abrasa. Pero el monstruo responde a su caricia: ronronea más fuerte.

El rey Lansquenete

SANTIAGO GARCÍA ALBÁS

1. El porqué

Estos son los HECHOS PROBADOS:

El 23 de marzo de 2037, LL, varón de 53 años, soltero y sin oficio conocido, acabó con las vidas de CH y de RH, ambos menores de edad.

Es asimismo un hecho incontestable que CH y RH habían allanado el sótano de la vivienda propiedad de LL en el transcurso de —cita de las actas— «una travesura infantil sin ánimo verificable de robo o vandalismo». Fin de la cita. Creyéndose víctima de un asalto, LL descargó a quemarropa su proyector AP-5 sobre los presuntos intrusos. Tampoco existe controversia sobre el siguiente extremo: fueron las gravísimas lesiones consecuencia del disparo las que ocasionaron el fallecimiento de los dos menores cuarenta y tres y cincuenta y siete minutos después, respectivamente.

Conviene recalcar la expresión «a quemarropa». El proyector AP-5 es un elemento antidisturbios. Se diseñó para combatir tumultos urbanos o disolver a los manifestantes agresivos; sólo muy recientemente quedó liberalizada su comercialización en el ámbito privado. Dispara un haz focalizado de microondas que, a larga o media distancia, ejerce un efecto muy desagradable sobre las membranas y fluidos del organismo humano. Su potencia es regulable en cinco posiciones progresivas de menor a mayor efecto letal; los fabricantes desaconsejan pasar de la segunda salvo que se trate de incapacitar a un agresor que nos supere en potencia de fuego. En ningún caso, insisten, se debe accionar a una distancia inferior a 60 centímetros del objetivo, so pena de inducir en éste «un sufrimiento cruel e innecesario».

Según los análisis forenses, CH y RH recibieron un haz de potencia 4 a menos de cincuenta centímetros de distancia. Sus globos oculares, sus vejigas, las bolsas sinoviales de sus rodillas... simplemente estallaron. Sus pleuras, tímpanos, diafragmas y pericardios experimentaron desgarros severos. Sus pulmones se colapsaron; su sangre hirvió. Los pequeños testículos de RH, varón de 11 años, implosionaron dentro de su bolsa. El sufrimiento de ambos, en palabras de los servicios de emergencia, fue: «atroz» e «intolerable». CH, niña de siete años, sufrió «atrozmente» por espacio de cuarenta y tres minutos. RH, mayor y más fuerte, lo hizo durante cincuenta y siete minutos.

Cita de la testifical de LL durante la vista de su inculpación por doble infanticidio: «El proyector era defectuoso. Nunca funcionó correctamente. No había manera de predecir con qué potencia dispararía el condenado cacharro. Diablos, si hubiera sabido que se trataba de niños, habría empleado sólo la culata». Fin de la cita.

Más hechos y antecedentes a valorar:

El 18 de septiembre de 2037, LL es hallado culpable de un doble «homicidio justificado» y sentenciado a tres años de monitorización. Argumentos como la «escasa visibilidad», el «estrés sobrevenido», cierta confusión admisible sobre la verdadera naturaleza de los objetos que CH y RH portaban en sus manos al ser sorprendidos descolgándose por el tragaluz, así como el incremento de un 6% en las denuncias por robo y allanamiento en el vecindario durante los meses anteriores, justificaban el empleo de una violencia legítima fundamentada en la LO418/2029 sobre la propia defensa y la inviolabilidad del domicilio. LL creyó comprometidos su vida y haberes y reaccionó «legítimamente» en su salvaguarda dentro de los límites de su propiedad. En cuanto a la intención de matar o provocar «un sufrimiento cruel e innecesario», la velocidad y confusión con las que se sucedieron los acontecimientos dificultaban una valoración ecuánime más allá de toda duda razonable. Momento equivocado, lugar equivocado, deficiencias educativas, imprudencia y desatención paterna... «Lamentamos las trágicas muertes de CH y RH y transmitimos a sus familiares nuestras más sentidas condolencias en estos durísimos momentos».

Fin de la cita.

Misma fecha. Hechos ratificados por dieciséis testigos presenciales y recogidos en cuatro grabaciones periodísticas desde otros tantos ángulos. En los pasillos del juzgado que acababa de dictaminar su libertad, LL es violentamente agredido por LH, varón de treinta y ocho años, auditor de procesos contables, viudo y padre de las víctimas. Armado con lo que quedó descrito como «un cuchillo doméstico de grandes dimensiones», logra in-

fligir a LL dos heridas cortantes (de 7 y 11 centímetros, en la cara interior del muslo y en la cadera, respectivamente), antes de ser inmovilizado.

De sus palabras, indescifrables en las grabaciones, los testigos sólo coinciden en lo siguiente:

«Eran dos niños jugando, cabrón demente hijo de puta».

Fin de la cita.

Aunque denostada por la prensa y duramente criticada por la opinión pública, la condena de LH fue irreprochable desde una óptica penal. Procedió con premeditación y en plena posesión de sus facultades mentales. Su intención fue en todo momento la de matar seccionando la femoral de la víctima. En conclusión de los seis psicólogos forenses que echaron abajo las alegaciones de la defensa sobre «demencia transitoria», sus probabilidades de reincidir oscilaban entre «muy elevadas» y «extremadamente elevadas». El 14 de enero de 2038, LH es hallado culpable de intento de asesinato en primer grado y sentenciado a 15 años de Distropía bajo monitorización y control de la Entidad. Cualquier tentativa monitorizada de reincidencia, ya fuere real o inducida por señuelos distrópicos, conllevaría su condena perpetua al Estupor.

En este punto, crees llegado el momento de renunciar a los formalismos y cumplimentar las siglas:

CH y RH no eran otros que Cora Hidalgo y Roberto Hidalgo, ambos hermanos, niña y niño de 7 y 11 años, respectivamente. El objeto que Cora portaba en su mano cuando fue sorprendida descolgándose del tragaluz era una linterna. Roberto sujetaba un frisbee. Roberto Hidalgo sufrió «atrozmente» durante 57 minutos por el terrible crimen de rescatar un frisbee. Cora Hidalgo lo hizo durante 42 por alumbrar a su hermano.

Las siglas LH corresponden a tu propia identidad: Luis Hidalgo, viudo de treinta y nueve años recién cumplidos y padre de las víctimas. Tú, Luis Hidalgo, confiesas haber premeditado la agresión contra LL en plena posesión de tus facultades mentales. Tu objetivo fue siempre el de matar. En todo caso, el arma no era en realidad un cuchillo doméstico sino una navaja micológica de «medianas dimensiones».

La primera L de las siglas LL corresponde al nombre de Leroy; la segunda, al apellido Lansquenet. Leroy Lansquenet, «el francés», varón soltero de cincuenta y tres años, sin oficio conocido y vuestro vecino en aquel entonces.

Queda así constancia por lo anteriormente expuesto de que *Lansquenet, Leroy* es el asesino de tus hijos. Tu objetivo sigue y seguirá siendo de hoy en adelante el de matar a Leroy Lansquenet.

Viernes, 26 de abril de 2038

14 °C. Parcialmente nublado. Brisa de componente Sur

También esta mañana has visto a Lansquenet. Estaba de pie, tras la cristalera enrejada de su salón. Es un hombre fofo y pálido, casi calvo, con esa tez indefinible de convaleciente característica de los agorafóbicos. Su rostro redondo, sus ojos grandes y azules, sus párpados rosados, tienen algo de infantil. En otro tiempo debió de ser un joven de expresión franca, alguien que inspiraría confianza a primera vista. Las arrugas de su rostro, sin embargo, han encerrado al niño en una jaula de voraz ansiedad.

Vestía su pijama gris, su batín negro. Sujetaba una taza humeante. Te ha reconocido, en el porche, cuando salías de casa para acudir a tu nuevo trabajo. Lansquenet te ha saludado con la mano, altivo, sin mudar un ápice la expresión y sin rehuirte la mirada. Luego te ha obsequiado con esa media sonrisa suya tan peculiar que siempre te recuerda la de un escualo suspendido cabeza abajo.

«Me han pescado y estoy muerto —parece decir—. Pero todavía conservo mis colmillos. Ponme del revés y te mostraré mi auténtica sonrisa».

Le has devuelto el saludo, naturalmente. Has vocalizado un «Buenos días, Leroy», has levantado la mano y has sonreído como el más jovial de los vecinos.

«Que pases un buen día. Oh, sí, desearía tener más hijos a quienes pudieras matar».

Aunque presumes que tu reacción de entonces no difirió mucho de la presente, te cuesta situar en la memoria tu primer reencuentro con Lansquenet. De hecho, apenas recuerdas nada de las semanas posteriores a tu condena, y muy poco de tu reinserción. Dicen que es una de las secuelas más comunes de la neurocirugía. La implantación del chip y las conexiones neurales resulta traumática; el periodo de adaptación, largo y laborioso para el sistema cognitivo. La memoria, supones, se toma unas vacaciones.

Tus recuerdos recientes te sitúan ya integrado en tu nueva vida como distrópico. Vas y vuelves del trabajo, das largos paseos, haces la compra, cocinas y comes, o cocinas y arrojas la comida por el retrete. Consultas en internet la actualidad y el parte meteorológico; finges ver una película mientras tu cerebro proyecta otra (*Potencia 4, 50 cm*). Tu pulso rara vez supera las 70 pulsaciones, incluso cuando miras esas viejas fotos del aparador que ya no parecen decir nada. A veces te quedas dormido en la habitación

vacía de Cora y te despiertas en la de Roberto. O viceversa, o no. Supones que fue así desde el principio pero... ¿Qué importa? Tus días se parecen tanto unos a otros que rellenas tus recuerdos de ayer con los de hoy.

Pareces un hombre normal que lleva una vida rutinaria; nada te delata como convicto ante tus conciudadanos. Eres libre para ir adonde desees y hacer lo que se te antoje. Incluso —¿por qué no?— podrías cruzar la calle y estrangular a Leroy Lansquenet. La única pega de la Distropía es que, quizá, tu lugar de destino no sea aquél al que creías dirigirte; lo que hagas no será probablemente lo que tus sentidos te dicten.

Dicen que al principio es como si pisaras huevos. Andas casi de puntillas o arrastrando los pies, con las manos siempre por delante. Agarras las cosas como si esperaras romperlas; o peor, temeroso de atravesarlas cual ectoplasmas. Tragas en falso, o te atragantas. Das vueltas y vueltas a la manzana por el pánico de cruzar una calzada sin tráfico. Hablas solo, o ignoras a quien te habla. Sufres náuseas, mareos y vértigos. En realidad, casi celebras haber olvidado esa parte.

No sólo te han informado legalmente; también has visto conductas así en el pasado: personas que se comportaban de un modo extraño y que rehuías como distrópicos. Por aquel entonces, todo cuanto percibías era real. Ahora «casi» todo lo es. Recuerda las instrucciones: pórtate bien, vive tu vida y ten siempre muy presente ese «casi»; no deberías meterte en líos si tienes cuidado con ese «casi».

Guíate por esto. A efectos de tu percepción, sigues ocupando la misma casa, en la misma urbanización de viviendas unifamiliares que compartías con tus hijos. Esos dos pisos de ladrillo gris, tejado de pizarra y sólidas rejillas en las ventanas que contemplas desde tu porche concuerdan a todos los efectos con el domicilio de Leroy Lansquenet. ¿Es ésa su verdadera casa? ¿Lo es la tuya? ¿Es realmente Lansquenet el hombre que se asoma a su ventana y te sonrío con sorna cada mañana? Despliegas tres síes y tres noes y juegas a las combinaciones. Son ocho.

Más datos a valorar. Tras un análisis minucioso, puedes cifrar tus posibilidades de partida en un 0,19%. Eres un criminal afortunado. Encerrado en un presidio, tus opciones serían nulas en lugar de sólo minúsculas. Como reo distrópico, al menos te ha sido dado comprobar si los muros imaginarios resultan tan insalvables como los de hormigón. Lo has leído y lo sabes; eres un individuo analítico y concienzudo: has recopilado y procesado toda la documentación disponible. Si pretendes acrecentar ese pobre porcentaje, antes precisas entender exactamente qué es lo que te han hecho, sopesar tus opciones y analizar el terreno que pisas.

Pisas huevos, sí, pero... ¿Cuántos huevos? ¿De qué ave? ¿Fecundados o no? ¿Densidad de la cáscara? ¿Tiempo de gestación? Recopila todos los datos. Compruébalos y vuelve a comprobarlos. Contrástalos y contrástalos de nuevo. Compáralos con los de otro y luego con los de un tercero. Entonces y sólo entonces podrás pisar con fuerza. Si los huevos no se rompen o dejan de ser huevos, estás perdido.

Primer Principio y Objetivo de la Distropía: Defensa de la Sociedad y Seguridad Ciudadana. Cita textual:

«El daño real provocado por el criminal reincidente a los enseres o personas deviene en nulo cuando dichos enseres o personas objeto de su delito son falsos».

Fin de la cita.

Bajas por la calle principal en dirección a la parada del monorail. La brisa del sur te acaricia de frente. Tus pasos son todos iguales. Cada día verás al asesino de tus hijos, de modo que ya lo sabes: agitarás la mano, saludarás y sonreirás como un buen vecino.

Sábado, 27 de abril de 2038

11 °C. Nublado. Alta probabilidad de precipitaciones

Son las siete de la mañana cuando, con los ojos todavía abiertos, te convences a ti mismo de que acabas de despertar. Hoy también es día de trabajo, de modo que ¡adelante con las rutinas! Abres las ventanas y ventilas la casa. Todas las persianas de Lansquenet, sólidas persianas de aluminio, están cerradas tras sus barrotes. Aunque no recuerdas haber hecho la compra, encuentras llena la nevera. No importa; la imagen de esa nevera vacía corresponderá a otro día que no es hoy. Te preparas un desayuno nutritivo: huevos revueltos, tostadas, zumo de naranja y café. Te fuerzas a comer cuatro bocados, das un sorbo al café y apuras el zumo antes de arrojar el resto a la basura.

De regreso a tu habitación, abres las puertas de Cora y Roberto. Siempre están cerradas cuando pasas por mucho que las abras al pasar. Más lagunas, más secuelas. El fenómeno ya ni siquiera te sorprende, como tampoco te sorprende la ausencia de tristeza, el absoluto vacío de emociones que experimentas al hacerlo.

Escoges una vestimenta apropiada: zapatos de agua, pantalones de pana, un jersey fino, un chubasquero. Procura que sean prendas viejas, prendas usadas en las que Lansquenet pueda identificarte sin dificultad. Sabes que eso, el que te reconozca, es sumamente importante, aunque to-

davía no te atrevas a verbalizar siquiera la razón. Quizá sea sólo por si los huevos resultan ser auténticos huevos.

Desechas el teléfono móvil que reposa en la encimera. La tentación del GPS es poderosa, pero sólo un idiota se fiaría de él. Te confundiría; te haría dudar de tus propias mediciones. Una capa de polvo cubre la pantalla táctil. Además, ni siquiera tiene carga en la batería porque repites a diario la misma reflexión para luego dejarlo donde está.

Cierras las ventanas. Ya está lloviendo. Qué curioso, esto es nuevo: por algún motivo, el paraguas te ha hecho pensar en tu rifle. Recuerdas vagamente que poseías un viejo Mauser inutilizado, una reliquia de guerras pasadas colgado como adorno sobre la chimenea. Así lo recoge el informe policial: te lo confiscaron la noche de la tragedia por miedo a que encontraras la manera de matarte con la bayoneta. ¿No deberían habértelo devuelto tras la operación? Imaginas una Entidad con sentido del humor; imaginas que disfruta poniendo a tu alcance un fusil disfrazado de paraguas, enviándote bajo la lluvia con la culata de un arma por toda protección. ¿Tendría gracia? No lo sabes.

Sales al porche. Cuatro minutos para coger el monorraíl de las 8:00. Todas las persianas de Lansquenet siguen cerradas salvo una mínima rendija en la tercera ventana del piso superior. Allí se apostaría, sin duda, el verdadero Leroy; siempre vigilando, siempre receloso. Levantas el Mauser, apuntas a la rendija y aprietas el gatillo. Salta el resorte, se despliegan las varillas, el paraguas se abre con desmayo.

¡Flap!

No te ríes. Se trata de una chiquillada sin mayor importancia. Nunca fue un fúsil, nunca fue Leroy tras la persiana. En el caso contrario —y por mucho que todos vieran un paraguas—, si lo que tú *vieras* fuera un Mauser, si lo tú *creyeras* sujetar fuera un Mauser, no habría margen para el humor. Sería reincidencia: propósito y tentativa. ¡Flap, y estarías frito! Sería para siempre el Estupor.

Segundo Principio y Objetivo de la Distropia: Prevención de la Reincidencia. Cita textual:

«Rara vez un reo distrópico priorizará sobre el castigo la satisfacción generada por el delito mientras tenga la certeza de que el castigo es seguro y no así la satisfacción».

Fin de la cita.

Caminas calle abajo. Procuras que tus pasos sean todos iguales. 80 centímetros, lo comprobaste con la cinta métrica mientras simulabas medir el hueco de una nueva alfombra que luego compraste para evitar

sospechas. También lo has contrastado con la medida estándar de tus electrodomésticos y con las dimensiones de las losetas de tu acera (dos losetas y media por cada zancada). La lluvia tamborilea sobre tu paraguas. Un paso igual, otro paso, intentando no mirar demasiado el pavimento. Ya llevas 58. Crees que lo haces bastante bien, pero debes practicarlo hasta que te resulte algo automático: algún día, esos 80 centímetros serán lo único en lo que puedas confiar.

—¡Buenos días, Luis!

Te detienes para conservar la cuenta. 71. Casualmente, son los mismos años que suma Alfonso Garzón, banquero jubilado y residente del vecindario. Lo reconoces. La prensa publicó una fotografía suya acercándote un tazón humeante mientras estabas sentado en la acera; tenías la mirada perdida, una manta sobre los hombros y te rodeaban once personas entre paramédicos y agentes de policía.

Vecino solidario ofrece una infusión a Luis Hidalgo, padre de los niños fallecidos —detalla el pie de foto.

No recuerdas nada de aquella infusión, pero sí que no es la primera vez que Garzón te dirige la palabra desde tu regreso.

—Buenos días, Alfonso.

Tiene el pelo blanco; rostro benévolo de gorila albino. Lleva un poncho impermeable y sujeta una vieja fregona. Está intentando despejar de maleza la boca de una arqueta donde se embalsa la lluvia. Ni siquiera sabes si se trata realmente de Alfonso Garzón. Te gustaría pensar que sí por la compasión que irradian sus ojos cuando te mira.

—Una mañana de perros... —jadea— Ni siquiera sé por qué me molesto.

Ni un «qué tal estás» ni un «cómo lo llevas». Eso te gusta. Sólo dos vecinos charlando sobre el tiempo.

—Y también ha refrescado lo suyo —dices.

—Suele pasar en este clima de mierda. Dos días de viento sur y tres de lluvia. Podría ganarme la vida como hombre del tiempo si disfrutara haciendo infeliz a la gente.

Se ríe. Tú lo imitas.

—Es cierto —dices—. Ayer anunciaban viento del sur.

Miras hacia la cercana parada del monorraíl. La ciudad se despliega tras ella. Ayer, la brisa te acariciaba de frente mientras caminabas calle

abajo. El tranvía llega, se detiene y arranca sin ti. No te importa. Superpones visualmente el reloj de la parada con las lejanas torres de la catedral y archivas el dato. Eso es el sur.

—Me gustaría viajar al sur, algún día —musitas.

Alfonso te mira con extrañeza. La conmiseración vuelve a asomar en su mirada, teñida quizá de cierto recelo. Qué más da. Es tu novena confirmación adquirida sobre los puntos cardinales. Además, quizá ni siquiera se trate del mismo hombre que te acercó aquella taza.

—Y a quién no, hijo. A quién no.

Domingo, 28 de abril de 2038
9 °C. Cielos cubiertos. Precipitaciones

El domingo es día de ejercicio. Caminaste 15.024 pasos, lo que debería equivaler a 12 kilómetros y algo más de 19 metros. Mismas calles, idéntico circuito, sólo dieciocho pasos menos de regreso en tu puerta, pero se detecta una discrepancia de setenta metros con los cálculos del pasado domingo. ¡Entrena con mayor ahínco, extrema tu concentración! Debes controlar al milímetro la longitud de tus zancadas, jamás descuidar la cuenta, caminar en paralelo a los bordillos. Calma. Es un resultado aceptable, pero no matarás a Lansquenet a setenta metros de distancia.

No sólo paseas, también cartografías. Residas o no en vuestra vieja urbanización, te conviene adquirir el hábito de reconocer el terreno y fiar sólo en tus propias conclusiones. La Entidad no puede cambiar el mundo; no pueda plantar una farola en tu camino ni modificar el trazado de las calles. Pero sí puede presentarte una falsa farola y lograr que te desvíes de tu ruta, u ocultarte la verdadera para que choques de morros contra ella. Hará que unas calles parezcan otras o que ni siquiera parezcan calles. Vista, oído y olfato te mentirán; incluso el tacto podría engañarte porque es esclavo de tus ojos. Encomiéndate a los números y a tu experiencia. Estás solo dentro de tu mente. Matemática y memoria son tu tabla de salvación. Aférrate fuerte a ellas cuando el mundo enloquezca a tu alrededor.

Recuerda a Ladislao Bashinkov:

Bashinkov, Ladislao (Kiev 1985-Estupor 2029): Antiguo corredor de medias distancias condenado a Distropía por doce cargos de robo con lesiones. Mientras pasea por el centro de Kiev, reconoce al agente de policía que lo detuvo tras abortar de un tiro en la pantorrilla la fuga que habría librado a Bas-

hinkov de su condena. El teniente Kovalenko camina, aparentemente despreocupado, por un solar vacío. Pese a las bajas temperaturas, no lleva abrigo, y tampoco su arma reglamentaria. Bashinkov pierde los estribos. Enarbola en alto su muleta y carga cojeando contra Kovalenko al grito de «Estás muerto, maldito bastardo». El policía está mirando en su dirección, pero no reacciona, ni siquiera se inmuta. Sonríe, mueve los labios como si hablara y se lleva a la boca un vaso de plástico. A sólo cuatro pasos de su objetivo, Bashinkov se estrella violentamente contra el muro oriental de la comisaría. Bashinkov está fuera; Kovalenko está dentro degustando su café de la mañana y coqueteando con la reponedora de la máquina. Ni siquiera ha presenciado la tentativa de Bashinkov, que sufre una doble fractura de cráneo y es condenado perpetuamente al Estupor.

Eso es; recuerda a Ladislao y la ubicación de los muros. También hoy te las has arreglado para merodear por la casa de Lansquenet. Tu recorrido te llevó dos veces frente a su fachada delantera, otras dos frente a la trasería y otra por cada una de las vías transversales. ¿Y por qué no, al fin y al cabo? Sólo eres un hombre de mediana edad que tonifica el organismo deambulando a paso vivo por el vecindario. Nunca has tocado su valla; no has pisado siquiera una brizna de su césped. Sin embargo, sus cámaras de seguridad seguían tus movimientos; las persianas se entornaban a tu paso.

Eso es bueno. Insiste en ello, porque pronto deberás poner nervioso al verdadero Lansquenet. Prácticalo. Acentúalo. Lansquenet es listo y muy, muy peligroso. Allí donde se encuentre, sabrá defenderse mejor que el burdo señuelo engendrado por la Entidad. Jamás será vulnerable a menos que consigas desestabilizarlo.

De modo que lo haces así. Levantas la persiana del salón y abres las cortinas de par en par. Arrastras la mesita hasta situarla junto a la ventana y te sientas frente a tu portátil. ¿Has comido, te has duchado? Ni lo sabes ni te importa. Lo importante es que Lansquenet está ahí, tras la cristalera enrejada de su salón, sonriendo como un escualo. Lo importante es que la mano que sostiene la taza ha comenzado a temblar.

Ejecutas un buscador. No puedes indagar sobre lo que realmente te interesa: nombres, teléfonos, direcciones actuales... Levantaría sospechas y atraería la atención de la Entidad sobre tus intenciones. Además, los datos mostrados en pantalla serían poco menos que basura. Lo mismo puede decirse de mapas y callejeros. No obstante, cualquier distrópico de cierta cultura anhela saber más sobre su nueva condición. ¿Qué tiene de raro, qué tiene de sospechoso, que un distrópico se documente sobre la Distropía?

Buscas, despliegas, lees. No eres más que un hombre solitario matando con la lectura la tarde del domingo. Eres *Hidalgo, Luis*. Ahora, tú también eres Historia.

Hace tiempo que inferiste la lógica de los cambios radicales en la sociedad humana. Ocurre siempre así: cuando el progreso social se aúna con los avances tecnológicos y con la penuria financiera para alumbrar una revolución. Los primeros ensayos con «realidades virtuales» y «percepciones distorsionadas» comenzaron en el año 2024, mientras los graves problemas presupuestarios fruto de la crisis económica global amenazaban con la bancarrota, entre otros, del sistema penitenciario público tal como entonces se concebía. El dinero es el auténtico motor de la inercia y el sustento principal de la pereza administrativa. El *status quo*, el *stablishment*, las «cosas tal como son» ni se cuestionan ni peligran mientras sobren los recursos para mantenerlas en sus raíles. Voces humanitarias, movimientos sociales y defensores de los derechos humanos llevaban siglos clamando contra la aberración implícita en la mera figura de la privación de libertad, así como contra sus pobres resultados a efectos de reinserción social y prevención de la reincidencia. Pero dichas voces nunca fueron atendidas con seriedad hasta que faltó dinero para sostener las cárceles y alimentar a la creciente población reclusa. Ser humanitario, ser progresista, ya no era sólo una actitud vistosa que nos abriría las puertas del paraíso. Ahora, además, tendría efectos mensurables sobre las arcas públicas. Adelante con ello.

¿De qué estamos hablando, al fin y al cabo? ¿Se trata de castigo, de venganza, o de protección de la sociedad? Los individuos son vengativos; la sociedad, el estado de derecho, están obligados por principio a perdonar. Cuando el daño es irreparable, ¿de qué sirve encerrar al culpable, de qué sirve castigarlo? ¿Qué sentido tiene alejarlo del único entorno donde podría redimirse para recluirlo en una academia de criminales? Si nos aseguramos de que no pueda reincidir, si lo vigilamos, si falseamos su realidad para garantizar la seguridad de los ciudadanos, si lo manipulamos y tentamos hasta adquirir una certeza razonable de su redención... ¿Acaso no se satisfacen así las obligaciones represoras del estado? Quién sabe, pero es barato.

Tras los preceptivos ensayos con animales de laboratorio, se dio luz verde a la experimentación con presidiarios. El primer «grupo de control» constaba de un millar de voluntarios condenados por delitos de diversa gravedad. Sólo un 4% pereció durante la cirugía o complicaciones posteriores a la misma: un porcentaje esperanzador que se ha reducido en la actualidad hasta niveles meramente anecdóticos. El resto aceptó sin problemas los implantes, se sometió al control de la Entidad y experimentó por primera vez los que siguen siendo, aún hoy en día, los tres únicos grados imponibles de condena: Monitorización, Distrofia y Estupor.

La monitorización es el más benigno. Se reserva a delitos leves como agresiones, negligencias profesionales, pequeños hurtos, narcotráfico de menudeo... La Entidad se limita a vigilar los actos cotidianos de los convictos: ve lo que ellos ven, escucha lo que ellos escuchan. En esencia, se trata de una aplicación informática que reacciona ante conductas concretas, de modo que no vulnera realmente el derecho a la intimidad. No puede leer los pensamientos de los convictos —tampoco de distrópicos o estuporosos— ni retocar la percepción de los sólo monitorizados, pero sí alertar a las autoridades en caso de detectar una reincidencia o su posibilidad plausible. Mientras lo recogido en ellas no sea constitutivo de delito, las grabaciones subjetivas nunca verán la luz. Su único propósito fuera de los archivos es servir como prueba ante el Tribunal del Estupor.

La monitorización no suele dar complicaciones, ni las da en la actualidad ni las dio en los primeros ensayos. Dicen que se observa cierta tendencia a la afectación, a la escenificación y a la apología del propio ego, pero nada muy distinto a la conducta de los concursantes en los antiguos *realities*. Si sólo estás monitorizado, no eres realmente peligroso. El 97% de los monitorizados se comportan mejor que nunca y pagan su deuda con la sociedad. Entonces, los implantes son dados de baja, se suspende el tráfico de datos, las grabaciones se destruyen y recuperas tu completa libertad.

La mujer que dejó a tus hijos huérfanos de madre, por ejemplo, sólo fue sentenciada a monitorización. Apenas recuerdas el rostro de Virginia, no reconoces a tu esposa en las fotografías enmarcadas del aparador, pero los registros permanecen. Elena Ortega, ayudante de farmacia, padecía depresión no diagnosticada con frecuentes crisis de ansiedad y privación de sueño. El 12 de abril de 2032 confundió las etiquetas farmacológicas de diecinueve pacientes externos del Hospital Universitario. Cuatro de ellos fallecieron, otros seis sufrieron graves secuelas. Virginia, alérgica a la penicilina, recibió una dosis fatal.

Fatal: ésa es la palabra. Fatalidad. Desgracia. Nunca odiaste a Elena Ortega por cometer un error humano como odiaste a Lansquenete por disparar a *quemarropa* su proyector antidisturbios contra tus hijos. Nada en los informes te sugiere que no aceptarás entonces la monitorización como una pena satisfactoria. La culpable estaría vigilada y controlada: Elena Ortega jamás volvería a equivocarse con la Entidad supervisando cada detalle de su trabajo.

No lo hizo. Pasados tres meses desde su reinserción, Elena Ortega se suicidó ingiriendo 400 mililitros de ácido sulfúrico. La Entidad alertó a los

servicios de emergencia 1.4 segundos antes de que el matraz tocara sus labios. Fue demasiado tarde.

Paradójicamente, un correctivo más severo habría salvado la vida de Elena Ortega. Sumida en la Distrofía, la Entidad se las habría ingeniado para suministrarle 400 mililitros de *Seven Up* con un eructo descomunal como única secuela. Al diablo. Algunos lo consideraron justicia divina. Prefieres pensar que tú no.

El caso de Lansquenet es muy distinto al de aquella desdichada ayudante de farmacia. Hay varios datos en los sumarios que todavía te chirrían. Casualmente, son tantos como potencias despliega el Proyector AP-5:

1. Lansquenet fundamentó su defensa en la oscuridad. Cuando bajó las escaleras alertado por «ruidos sospechosos» intentó accionar el interruptor para encender la única bombilla del sótano, pero «la muy cabrona no funcionó».
2. Todos los trastos del sótano exhibían una gruesa capa de polvo. Ciertamente, la lámpara de bajo consumo que los agentes retiraron del casquillo estaba fundida y ennegrecida. Pero también limpia, sin un solo mosquito muerto, sin una mota de polvo.
3. Eran las 20:35 y estaba oscureciendo. Aunque Cora Hidalgo llevaba una linterna, Lansquenet sostiene que no vio ningún haz luminoso. Ahora bien, ¿por qué Cora apagaría la linterna cuando más la necesitaba? ¿Por qué motivo llevaría una linterna si no pensaba darle uso? ¿Cómo pudo Roberto rescatar el frisbee de la oscuridad si Cora no lo alumbraba?
4. Leroy Lansquenet afirma que hizo fuego al sentirse amenazado por esas sombras indistintas que parecían blandir objetos peligrosos. Y tú te preguntas: ¿quién se acerca voluntariamente a menos de cincuenta centímetros de dos asaltantes armados?
5. Lansquenet declaró que, poseído por el pánico, olvidó comprobar en qué posición estaba el selector de su arma defectuosa. Los expertos ratificaron que, en verdad, su AP-5 presentaba una tara de fábrica, pero sólo una: la quinta potencia, la más letal, nunca funcionó correctamente. Por eso Lansquenet empleó sólo la número cuatro.

Cinco potencias. Cinco dudas. Cinco preguntas: ¿Quién? ¿Por qué? ¿A quién? ¿Dónde? ¿Con qué? Obtén respuestas ciertas para esas cinco preguntas y ninguna Entidad podrá arrebatarte tu asesinato.

Lunes, 29 de abril de 2038

13°C. Nublado. Chubascos ocasionales

Las palabras te acunan como un mantra. Delirantes palabras que profiere una voz femenina aproximadamente cada 15 segundos:

—Señor Pepino... Doña Suspiritos... Capitán Sémola... Lady Carmín...

Es Nagore, tu compañera de trabajo, que combate el hambre y el aburrimiento con su pasatiempo favorito: inventar motes para los transeúntes y verterlos con voz contenida en el murmullo de la ciudad.

—Fray Patizambo... Carahuevo... Garritieso... Celedón...

12:25 del mediodía. Estás en la caseta municipal orientada a la plaza de nuestra patrona. Nagore se apoya en el mostrador y disimula un bostezo con la mano mientras busca su siguiente víctima. Tú ocupas tu puesto habitual, sentado en un taburete y con la espalda recostada en el panel posterior. Falta espacio para los dos en este sucinto habitáculo. Las gavetas abarrotadas de postales, mapas plegados y folletos multicolores os agobian por los cuatro costados, apenas dejan margen para acomodarse. Resulta claustrofóbico, como si alguien hubiera vuelto del revés el pellejo de un papagayo gigante para hacerse con él un iglú con el plumaje hacia dentro.

—Uy, uy, uy... no sé qué me da que esos sí vienen a joder la marrana —susurra Nagore sin volverse.

Levantas la vista. Se trata de un grupo compuesto por dos parejas maduras y tres adolescentes de gesto mohíno. No visten como turistas; usan prendas informales pero de calidad, y tampoco exhiben cámaras a la vista. Sólo reaccionas cuando reparas en sus paraguas. Son endebles y bastante horteras; adquiridos seguramente en un bazar oriental. Recuerda: ¿quién lleva su propio paraguas en la maleta al salir de vacaciones? Estrechas en tu mano el contador analógico y deslizas el pulgar sobre el pulsador.

Según Nagore, el hombre más adelantado se llama *Bob Esponja*. *Bob* progresa indeciso sobre las losetas barnizadas por el último chubasco. La plaza es una planicie adoquinada que asciende suavemente desde nuestra caseta hasta los arquillos que sustentan la basílica de la patrona. En medio se alza el monumento a las víctimas del terrorismo, un monolito cimbreante de basalto negro salpicado de miles de orificios orgánicos que —como heridas, como ojos— derraman sinuosos arroyuelos de lágrimas por su superficie. Se trata de una escultura escandalosamente grande y cara con sólo siete meses de antigüedad; aún no ha obtenido suficiente crédito ni la repercusión mediática necesaria para convertirse en atracción. Los ve-

cinos la aborrecen porque sustituyó al viejo monumento de una batalla decimonónica muy querido en la ciudad, y que ahora aguarda almacenado en un galpón hasta que se resuelva la disputa que mantienen por él varias poblaciones escenario también de la contienda.

Hoy habéis visto mucho trasiego local pero muy pocos turistas. Bob se acerca anadeando hasta el monolito. ¿Es una fuente, es una estatua? Se detiene junto a las rejillas metálicas que recogen el agua de los torrentes y lee la placa informativa. Retrocede dos pasos. Echa mano a su bandolera y saca una cámara de fotos.

Es tuyo. Presionas el pulsador con el pulgar. *Click*, y el último dígito del contador analógico avanza como un resorte hasta el ocho. El resto del grupo se reúne entonces con Bob Esponja. Más cámaras, más miradas curiosas. *Click Click Click...* Son seis, pero tu pulgar sólo acciona cuatro veces el botón... y *Click*. Llevas 12.

No hay mucho más para ver. Con el mismo paso irresoluto, el grupo se encamina a la plaza porticada del ayuntamiento. Que desdeñen nuestra caseta tras una breve mirada de soslayo no parece aliviar a Nagore. Siempre despótica, pero es una joven sociable y vivaracha que adora tratar con el público. En días mortalmente aburridos como hoy, hasta recitar los trillados itinerarios por la muralla medieval serviría para empujar un poco las agujas del reloj.

Pese a ello, no soléis charlar a menudo entre vosotros.

Éste es ahora tu trabajo, y lo aceptas sin dramatismos. El sistema no puede garantizar la completa reinserción. Ninguna empresa privada como la auditoría contable donde trabajabas tiene obligación de readmitir en su plantilla a un convicto distrópico. En tu caso, alegaron que siempre podrías justificar tus errores achacándolos a las distorsiones perceptivas, y sin que existiera manera de comprobarlo salvo que se tratara de delito. No lo recuerdas porque debió de ocurrir durante tu periodo de adaptación, pero el caso es que prescindieron de tus servicios. El finiquito —muy por debajo de lo estipulado legalmente— quedó ingresado en tu cuenta corriente. La comunicación de despido figura en tus archivos junto con la baja en la seguridad social.

No te importa demasiado. Recuerdas tan poco de tus pasadas obligaciones que tendrías que aprenderlas desde cero. Deduces que estaría relacionado con operaciones aritméticas, claro, y no sólo por la perogrullada de la «auditoría contable». Los números, las cuentas, las columnas de datos, te relajan y estimulan tu concentración, como si pisaras terreno familiar. Por eso sabes que era lo tuyo.

La administración se responsabiliza ahora de tu sustento. No hallarás trabajos de ensueño en las bolsas ocupacionales para convictos. Dinero no falta desde la clausura de los centros penitenciarios pero tampoco esperes que el estado te promocióne. Bajas retribuciones, escasa responsabilidad: lo justo para que pagues tus facturas y aportes algo a la sociedad, por mínimo que sea. Una máquina podría desempeñar tu trabajo sin problemas; la misma terminal que emplea Nagore para conectarse a las redes sociales tiene una webcam orientada a la plaza. Nagore no lo dice, y tú tampoco. Pero, con la aplicación adecuada, llevaría el registro tan bien o mejor que tú.

Sería una pena. No sólo te gusta tu trabajo; también le sacas provecho. Te obliga a observar a las personas, reparar en los pequeños detalles, desconfiar de las apariencias. Una mujer de ojos rasgados con cámara digital no tiene por qué ser una turista, pero quizá sí lo sea el hombre con traje y maletín de ejecutivo que mata las horas deambulando sin rumbo por las calles, sin otra cosa que hacer tras su reunión de negocios que esperar su vuelo matutino de regreso. El joven desaliñado y cargado de mochilas puede ser un trotamundos o un pordiosero local que ya gorroneaba cigarrillos a los obreros que instalaron el monumento. Fíjate en el calzado, en los relojes. Analiza su actitud. Algún día dejará de ser un pasatiempo. Si la Entidad puede cometer un error en la caracterización de sus señuelos, deberás detectarlo con rapidez.

De modo que observas, analizas y aprietas o no tu pulsador. Ya no parece tan sencillo, ¿verdad? Para averiguar cuántos visitantes recibe un museo como el Louvre basta con numerar los tickets impresos. Sin embargo, ¿cuántos fotografiaron el Arco del Triunfo? ¿Cuántos admiraron el Obelisco? El Monumento a las Víctimas dista mucho de ser el Obelisco, pero también su existencia se nutre de estadísticas. Te dijeron que un ratio semanal de 2000 a 3000 visitas rentabilizaría en prestigio e imagen política la inversión en el monumento. Te aconsejaron que tuvieras manga ancha, el dedo ágil. «Si mira, si pasa por delante, es un turista... punto». No es tu estilo. Miras, analizas, juzgas y emites un veredicto. *Click*. 474 la semana pasada. 381 la anterior.

Cada tarde antes de cerrar Nagore se hace cargo de tus resultados y calcula la media para las horas en que faltáis. Sospechas que infla los números para conservar su puesto de trabajo y, por qué no, también el tuyo. No la juzgas. Además, tu propia manera de estafar al sistema no tiene por qué ser moralmente superior.

—Caradepato... Bocanegra... Simplón...

Desvías apresuradamente la vista. Nagore acaba de levantarse la falda de su traje sastre para liberar el elástico de la braga de entre sus nalgas.

Ocurre con cierta asiduidad. Permaneces siempre tan quieto y tan callado en tu taburete que tiende a olvidarse de tu presencia.

Admites que es una jovencita muy atractiva. Figura proporcionada, larga cabellera rubia, esbeltas pantorrillas. Tiene 24 años, está diplomada en turismo y envía decenas de currículums a la semana. Siempre ha sido amable contigo; nunca te echó en cara tu condición de convicto ni protestó cuando le impusieron tu compañía. Además, tiene una sonrisa preciosa y acabas de admirar la mitad de su trasero desnudo. Crees que te gusta, pero si te preguntaran si la deseas no sabrías qué responder. Llevas tanto tiempo sin estar con una mujer que te sorprende no experimentar siquiera la tentación de fantasear con tu compañera. Si lo piensas, ni siquiera recuerdas la última vez que tocaste a otro ser humano. Tu cuerpo, simplemente, ha olvidado lo que es vivir fuera de sí mismo.

Eso te desconcierta en ocasiones. Has leído sobre casos de ataraxia emocional en distrópicos recientes, pero ninguno parecía tan severo como el tuyo. No sólo el deseo; también la nostalgia, el sentimiento de pérdida o la simple y llana tristeza parecen haberse esfumado. Actúas como un hombre melancólico, pero no hallas la fuente de esa melancolía en tu interior. No sientes dolor, no sientes nada. Incluso el odio y la brutal liberación que experimentaste al acuchillar a Lansquenet se han sedimentado ahora a esa especie de papilla dúctil pero insípida con que rellenas tus huecos proyectos de venganza. ¿Por qué insistes, si ya nada te importa? ¿Qué sentido tendría matar a Lansquenet sin satisfacción para el odio, sin alivio para la tristeza? Si algo podría hacerte dudar, si algo podría hacerte flaquear en tu propósito, sería esta pesada indiferencia que consume tu espíritu y te empuja a la absoluta postración.

No obstante, cuando eso ocurre, te basta con recordar tu pequeño chanchullo para volver a tus trece. Empezaste a hacerlo en tu primera jornada de trabajo, y ya no has podido dejarlo. Cada día, plenamente consciente de ello, pasas por alto a dos turistas. Sólo dos, y sólo una vez cada jornada. Los ves y los identificas, pero no hay *Click-Click*. Apartas la vista y renuncias voluntariamente a accionar el contador.

Admites que es una negligencia deliberada. Eres consciente de que la Entidad te monitoriza y lo sabe, y de que una pequeña chispa, insuficiente como delito pero bastante para despertar su interés, recorre los circuitos en su placa base. Es un riesgo que debes asumir si aspiras a sentirte vivo. De alguna forma, deseas que el sistema acuse ese mínimo desajuste que también ha descuadrado tu vida. Faltan dos personas en este mundo, dos personas que podrían haber visitado el monumento con sus cámaras de fotos. Podrían haber sido ayer, u hoy, o dentro de veinte años, pero ya nunca sucederá.

Así expresas ahora tu odio y tu tristeza. Con tus medios, en tu terreno. Por eso quieres matar a Lansquenet. Porque fallan las cuentas y cojean las estadísticas. Nunca habrá *Click-Click* para Cora y Roberto.

Martes, 30 de abril de 2038
16 °C. Nubes y claros. Viento del Suroeste

8:05 de la mañana. Estás paralizado en tu porche, con la mirada fija en la casa de Lansquenet. Llevas 9 minutos así. Has perdido el tranvía; no te has movido, apenas has parpadeado. A unos dos palmos dentro de la valla, casi indistinguible entre los hierbajos que devoran el césped de tu enemigo, sigues viendo el frisbee de Cora.

Tercer Principio y Objetivo de la Distropía: *Reeducación y Modificación de la Conducta.* Cita textual:

«Contra la opinión generalizada, el propósito primordial del señuelo distrópico no es satisfacer a las víctimas, no es provocar al criminal para tantear su predisposición a la reincidencia o inducirlo al delito en aras de endurecer su condena. Muy al contrario, los estudios demuestran que un distrópico sometido durante años a la constante tentación de los señuelos, aprende a asociar inconscientemente su inclinación hacia el crimen con el temor, la suspicacia y la duda, lección que redundará en su propio beneficio y el de la sociedad aún después de satisfecha su condena».

Fin de la cita.

Es el frisbee de Cora, no hay duda. De color verde pistacho, cubierto de pequeñas pegatinas de las ardillas guerreras *honeymoon* que comanda otra mucho más grande de una incongruente *Hello Kitty*. ¿Es real o un mero señuelo? Cora era muy torpe con el frisbee; jamás consiguió propulsarlo en una trayectoria recta. Roberto y tú tenías que correr mucho para atraparlo, y no siempre lo conseguíais antes de que colisionara con la pared más cercana. Recuerdas que explicaste eso, entre sollozos, al primer policía que te tomó declaración. El frisbee que reposa ahora en el césped, como el de Cora, tiene los bordes lacerados por innumerables arañazos y melladuras.

Leroy Lansquenet lleva los últimos minutos plantado también junto a la puerta de su casa. El repartidor del supermercado le entregó el pedido semanal poco antes de que salieras pero, contra su costumbre, Lansquenet no volvió a recluirse inmediatamente. Lleva su pijama del mismo gris que los ladrillos, su batín negro como el tejado. Casi un tercio de su persona permanece al amparo de la casa, constreñida entre el quicio y la hoja entornada de la puerta. Es casi como si el edificio se resistiera a soltarlo, como si

fuera un salmón entre las fauces del oso. Su mano izquierda descansa en el bolsillo del batín, la diestra parece sostener algo fuera de tu línea visual. Te mira a ti; no mira al frisbee. Treinta metros y el viento del suroeste os separan; nada más.

Las ideas bullen en tu cerebro. Sólo hay tres combinaciones con sentido en este escenario. Señuelo y Lansquenet. Señuelo y Señuelo. Frisbee y Lansquenet. Por eso sigues inmóvil en tu porche, sin parpadear, sin quitarle un segundo la vista de encima. Si Lansquenet mira el frisbee sobre la hierba, siquiera por un instante, habrás anulado la primera combinación.

Quizá ésa y la segunda sean las más aterradoras, las que más te inquietaría confirmar. Implicarían que la Entidad no sólo juega fuerte contigo: también está jugando sucio. Su obligación es tentarte para que manifiestes, si las conservas, tu inclinación natural y tu predisposición a reincidir en el delito. Pero no puede, no debe, manipularte emocionalmente ni moldear tus sentimientos para que rebrote una conducta que venías reprimiendo con éxito. Por decirlo así, mostrará al carterista la falsa billetera que asoma de un bolsillo, pero no falseará la imagen de su familia necesitada.

Eso es lo que te ha conmocionado. Animar sobre el césped de Lansquenet el mismo señuelo que desencadenó tu tragedia no sólo sería inmoral; probablemente también fuera ilegal. Eres demasiado analítico y prudente para picar el anzuelo pero, si lo hicieras, si sucumbieras a la histeria y cargaras aullando contra Lansquenet, no toda la responsabilidad recaería sobre ti. El frisbee debería desaparecer de las grabaciones para no comprometer tu condena al Estupor. Sería trampa; estarías indefenso, huérfano de garantías ante una Entidad retorcida y todopoderosa.

La primera y la segunda combinación están íntimamente relacionadas. Si el frisbee es un señuelo distrópico, el que Lansquenet sea capaz o no de verlo podría darte pistas sobre el propio Lansquenet. Si mira el señuelo, si te sonríe con sorna, significa que él también es un camelo y refuerza la provocación de la Entidad como criatura de su creación. Pese a las terroríficas implicaciones, una parte de ti desea que lo haga: al menos te permitiría confirmar tus sospechas y centrarte en la búsqueda del verdadero culpable. El auténtico Leroy sólo está monitorizado; no podría ver un falso frisbee. Si no lo mira, si no te desafía, si se limita a vigilarte extrañado por tu actitud, habrás obtenido un frágil indicio de que quizá, sólo quizá, el hombre de la puerta pueda ser, por increíble que parezca, el asesino real de tus hijos.

Es cualquier caso, es la tercera opción la más deseable, aquélla por la que suspiras. La segunda implica que todo es falso; la tercera que todo es auténtico. La dificultad estriba en que la reacción de Lansquenet podría coincidir en ambos escenarios. Un falso Lansquenet te provoca con un

falso frisbee. El Lansquenet verdadero te provoca con un frisbee de verdad. Distinguirlos exigiría un movimiento por tu parte, una jugada extremadamente peligrosa que ya has resuelto realizar sean cuales sean las consecuencias.

El viento del suroeste arrecia, te irrita las pupilas pero no pestañas. Lansquenet te sostiene firme la mirada. Tiene el rostro húmedo de sudor; el ceño fruncido amenazadoramente. La tensión de su brazo derecho te sugiere que el objeto oculto tras el dintel es pesado y engorroso.

«Quizá un proyector AP-5»

¿Tan descabellado sería que el verdadero Lansquenet optara por esa solución desesperada? Cada día te vería como tú lo ves a él; cada día se preguntaría si planeas algo en su perjuicio. Merodeas por su casa, abres las ventanas para exhibirte, le sostienes la mirada y le devuelves el saludo. Ya atentaste una vez contra su vida. El juguete no supondría un obstáculo insalvable. Se trata de un modelo corriente, y tampoco las pegatinas serían difíciles de reproducir para quien hubiera visto el original o tuviera acceso a las fotografías policiales. Verás el juguete de tu hija muerta y entrarás en cólera. Invadirás su propiedad, intentarás agredirlo de nuevo. En el mejor de los casos, si le das suficientes motivos para legitimar la propia defensa, te matará y suprimirá la amenaza. En el peor, dejarás de serlo por ti mismo.

Abandonas tu porche y caminas hacia la calzada. Tus pasos son lentos pero todos iguales. El frisbee resplandece al sol entre los dos. Leroy da un respingo, se tensa, pero sigue mirándote a ti. Sólo a ti. Devoras otros 80 centímetros. Veinte pasos y el viento del suroeste os separan; nada más.

Sabes que Lansquenet, el verdadero, sería perfectamente capaz de intentar algo parecido. Quizá no lo creyese así mientras sólo era «ese tipo huraño que vive enfrente, el que apenas sale, el que responde con monosílabos». Los adultos sospechabais que se recobraba de una desgracia o padecía algún trastorno mental: quizá depresión o agorafobia. Nunca sopesasteis la posibilidad de que tuviera gustos raros; despreciaba a los niños tanto o más que a vosotros. Tal vez fuera arisco, tal vez problemático y quisquilloso, pero en absoluto una amenaza de la que preocuparse.

Vuestros hijos, en cambio, veían en Lansquenet al ogro que todo barrio necesita. Se asomaban emocionados al jardín del monstruo, se organizaban en equipos de batida y emprendían audaces incursiones. En una ocasión, Lansquenet denunció un atentado nocturno a sus persianas con globos de agua. En otra, el sabotaje con excrementos de perro a la ranura de su buzón. La policía os echó una reprimenda en tono paternalista, vació vuestras cafeteras y la cosa quedó ahí.

Fue entre marzo y septiembre del pasado año, mientras esperabas el juicio e investigabas sobre su vida, cuando aprendiste a conocerlo y te estremeciste ante su peligrosidad latente.

El quinto de seis hermanos varones, no tuvo hasta la edad adulta nada realmente suyo, nada por lo que no tuviera que pelear o competir. Nunca hubo indicios de maltrato o negligencia; los Lansquenet eran probablemente buenas personas, personas ocupadas que lo amaban en su justa medida —1/6—: insuficiente quizá para la personalidad «egomaniaca» que describieron algunos perfiles. No eran pobres, pero tampoco ricos: sólo costearon los estudios universitarios de los tres primeros hermanos. Leroy trabajó muy duro en oficios serviles para obtener su licenciatura en ingeniería de procesos; empezó tarde, le llevó diez años terminarla y otros seis de contratos basura en Francia, en Holanda, en Italia y en España encontrar su lugar en el mundo: la empresa luso-española de asesoría industrial *Manufacturing and Procedure*. Tenía 44 años.

Crees que fue muy feliz en esa empresa. Ascendió rápido. Sus ideas se valoraban. Puedes imaginarlo: «Consultad al «francés»; él hallará la solución». La convirtió en su verdadero hogar; quizá el primero del que se sentía protagonista. Vivía para ella; era uña y carne con la dirección, un esbirro mimado, una herramienta valiosa. Incluso desarrolló y patentó un ingenioso sistema para retrasar y minimizar el llamado «efecto parkinson» en los brazos robóticos: cierta tendencia al temblor y la imprecisión resultante del uso continuado, la corrupción de los programas y el desgaste de los componentes. Cuando descubrió que *Manufacturing and Procedure* había registrado la patente a nombre de la firma, apenas pudo creerlo. Se sintió traicionado; su mundo se desmoronó. La decepción, el resentimiento y la posterior lucha legal agotaron para siempre sus energías y el coraje para seguir manteniendo el pulso con la adversidad. Finalmente, tras cinco años de litigios leoninos, los tribunales le dieron la razón y le procuraron los medios económicos para atrincherarse.

Sigues avanzando. Tu primer pie ya está sobre su acera. Debes forzarlo a mirar el frisbee, certificar que puede verlo como tú lo ves. Tendrás que deslizar la mano entre los postes de su valla y cogerlo, implique o no una invasión ilegal de su propiedad. Quizá algo así no baste para el Estupor —quién sabe—, pero lo que sí es seguro es que sumará algún año a tu condena.

—Buenos días, vecino —dices.

Lansquenet es muy listo; también sabe lo que se hace. No vas armado ni le amenazas; entiende que debe advertirte antes de disparar, reforzar la provocación o compartir el riesgo contigo. De modo que te da el alto con

la mano izquierda y exhibe lo que empuña con la derecha. No es un proyector AP-5. Ahora se trata de un viejo subfusil Cetme C-2: mortal sin ambigüedades.

—Si vienes a por mí no te lo pondré fácil, cabrón —dice para la galería—. Déjate de juegucitos y saca ya ese arma que escondes.

Levantas las manos y te detienes en la acera, junto a su valla. Siete pasos y el viento del suroeste os separan. Por primera vez, reparas en lo patético que resulta, pero no te conmueve la pena. No es suficiente, Leroy. No estás traumatizado, no estás enfermo. Tu pasado no te excusa. Sólo eres un rey que se enrocó demasiado pronto, cuando la vida apenas había movido unos pocos peones en su contra. Te construyes un castillo, te vistes con sus colores y te fundes con él, pero eso no lo hace más tuyo que cualquier otro pedazo de este mundo. La oscuridad no te ofuscó; no te equivocaste con aquellas sombras. Querías trazar una línea infranqueable, dar un escarmiento ejemplar. No los veías como niños —eso es cierto—: para ti, eran sólo las garras más menudas de esa criatura exterior que porfía en roer incansable lo que es tuyo. Los mataste, como matarías a su padre, para que no regresaran.

—¿Sabes? Tus hijos aullaron como perros cuando les estallaron los ojos.

No sientes nada. Te acuclillas. Es hora de averiguarlo; es hora de saber si te enfrentas sólo a un rey enrocado o también a una reina omnipotente, sádica y tramposa. Alargas la mano hacia la valla; debería bastar un segundo para alcanzar el frisbee. Con el rabillo del ojo sigues vigilando a Lansquenet. El Cetme emite un ominoso chasquido cuando se monta el percutor.

El viento del suroeste os separa con más intensidad. Una violenta ráfaga de aire alborota las malas hierbas y se lleva el frisbee a las alturas. Lansquenet lo está mirando; lo sigue desconcertado con la vista. Sólo que ahora no es un frisbee: es un folleto publicitario que gualdrapea entre las corrientes y sobrevuela ya los tejados hacia el norte.

2. Dónde, con qué

*Domingo, 12 de mayo de 2038
17 °C. Cielos cubiertos. Posibilidad de tormenta*

Los truenos retumban en el cielo y reverberan contra las persianas. Relámpagos desgarran las nubes; la lluvia es un fragor infatigable sobre los te-

gados. Tus ventanas no se han abierto todavía. Tampoco las de Lansquenet. Hay días que, simplemente, se dejan pasar sin hacer nada. Son los días que el miedo reclama para sí.

Primer y Único Objetivo del Estupor: Disuasión y Castigo. Cita textual:

«La sociedad contrae un compromiso moral con las víctimas. El sistema ha optado por la benevolencia en el correctivo pero sin segundas oportunidades para quienes traten de burlarlo. Monitorización, Distrofía, Estupor: basta una sola reincidencia de igual o mayor gravedad para endurecer un grado la condena. El Estupor es definitivo y para siempre; sólo si el criminal asimila esa certeza se satisface su vocación disuasoria. Que equivalga o no al fin de la vida como sostienen sus detractores, es una cuestión que se circunscribe al ámbito filosófico y no al penal».

Fin de la cita.

La Entidad va siempre un paso por delante de vosotros. Admítelo. Su sistema equipa potentes aplicaciones predictivas que chequean vulnerabilidades mil veces mejor que tú y mil veces más rápido. Recuerda lo que se ha intentado antes para burlarlo y anticipa lo que se intentará en el futuro. Ha identificado los indicios; te vigila de cerca; sabe cómo actúas y no puedes engañarla. Peor aún: te ha desafiado abiertamente. El frisbee de Cora —ahora lo ves claro— no era tanto una sádica incitación como una advertencia. «No necesito esconder a tu víctima, no necesito disfrazarla porque aún así te tengo en mis manos. ¿Piensas a hacer algo al respecto?»

No, hoy no. Hoy no haces nada salvo encogerte en las tinieblas y pensar en ese lugar. Has visto reportajes: existen muchos en el mundo, todos abiertos a los medios o a las inspecciones humanitarias con absoluta transparencia. Su emplazamiento real, la administración que lo gestione, carecen de importancia. *Ámbitos de Proyección* es su nombre oficial; en la calle se los conoce como *Los Corrales*.

Imaginas gigantescos hangares de aviación que acogen espacios casi enteramente despejados por donde deambulan los estuporosos. Nada de lo que ven o escuchan es real salvo, quizá, en horas señaladas, un plato de cartón con comida, un vaso de papel lleno de agua, un retrete, una esterilla. Los internos se cuentan por cientos, a veces miles; siguen trayectorias erráticas en apariencia pero nunca llegan a tocarse. La Entidad se encarga de ello sincronizando sus vidas simuladas en un alarde de coreografía magistral.

Eso es todo. Ni palizas, ni torturas, ni lobotomías ni simulaciones de pesadilla: sólo la vida personal de los convictos tal y como quedó regis-

trada en sus grabaciones como monitorizados o distrópicos. Mismos lugares, mismas personas, mismas opciones; la Entidad sólo tiene eso para darles: un bucle más o menos largo de su pasado que se reinicia periódicamente. Jamás verán o escucharán nada que no hayan visto o escuchado antes; jamás harán nada que se desvíe de lo que ya hicieron. Si lo intentan, si tratan de escapar de esos raíles imaginarios —si cierran los ojos y corren en la oscuridad, por ejemplo—, su mundo funde a blanco y el bucle se reinicia desde cero. La mayoría aprende pronto la lección. Dicen que el tiempo que tardas en volverte loco, roerte las muñecas o buscar a ciegas un muro donde espachurrarte los sesos, es inversamente proporcional a la duración de tu bucle y a las veces que éste se haya reiniciado.

El Estupor no es el fin de la vida, pero aniquila toda ilusión. Como cuando matan a los hijos de uno. Sabías que la legislación no lo contempla en un primer delito, pero en su día soñaste con el Estupor para Lansquenete. Quizá te hubieses resignado con la Distropía; jamás con una simple monitorización. Por eso te tomaste la justicia por tu mano. Porque un Lansquenete monitorizado podría volver a matar y todavía conservaría un comodín: ¿tan difícil resultaba de entender? El jurado popular se precipitó; aceptó sus endebles argumentos y sacrificó la justicia en aras de una duda razonable.

Un nuevo trueno retumba en el cielo. Te encoges aún más en la penumbra, te ovillas, abrazas tus piernas como seguramente haga Lansquenete ahí, al otro lado de la calle tras sus persianas cerradas. Está tan asustado como tú, aunque no lo reconozca todavía. Quizá te imagine a ti, atrincherado como él en la oscuridad, sopesando en la balanza el crimen y el castigo. Ahora es *Hidalgo, Luis* su criatura exterior. El enemigo se ha encarnado en ti y Leroy te necesita, te necesita tanto como el aire que respira.

«Si Virginia viviera quizá lo hiciéramos así —te has planteado más de una vez—. Sacrificar nuestras vidas, las dos, una por la Distropía y otra por el Estupor. Pero ahora estoy solo para vengar a mis hijos, Leroy, y la Distropía se queda corta para ti».

En ocasiones te preguntas si volverás a vacilar en el momento decisivo. Ya te estrellaste una vez contra tu propia debilidad: un tajo de 7 centímetros en la cara interior del muslo, a sólo una pulgada de la ingle y de la femoral; un segundo corte en la cadera, cuando ya habías admitido que te faltaban redaños para hacerlo y la entereza se te escapaba en insultos por la boca.

«Eran dos niños jugando, cabrón demente hijo de puta».

Fin de la cita.

No eres un asesino. La mera idea de matar violenta los estratos más profundos de tu ser. Si fuera posible, incluso hoy renunciarías al asesinato

a cambio del Estupor para Lansquenet. Lo conoces como si habitaras dentro de su cabeza. No importa que ya viva recluido; no importa que sus días ya sean todos iguales. Lo único que hace latir su mezquino corazón es el miedo a un nuevo asalto y la esperanza de repelerlo. El Estupor acabaría con eso; convertiría su castillo en una cárcel y lo enfrentaría a un Lansquenet sin incertidumbre. No más intrusos, no más intromisiones. Lo suyo le pertenecería para siempre; sería su victoria, y la victoria lo consumiría hasta la desesperación. Por eso no descargó su arma contra ti aquella mañana. Esta vez irás a por todas; el sacrificio será en vano si Leroy no entiende que es su vida lo que está en juego. No bastará con un simple jaque mientras el rey conserve una casilla donde refugiarse.

Te estremeces. Son las 18:07 y acaban de llamar a la puerta. Son golpes fuertes, imperiosos; saben que estás ahí y no cejarán hasta que respondas. No quieres hacerlo, pero lo haces. Te levantas, bajas las escaleras a oscuras y llegas a ciegas hasta la puerta. Las luces están apagadas, las persianas cerradas. A estas alturas de tu entrenamiento, no necesitas ojos para hallar el camino en tu propia casa.

—¿Quién llama? —preguntas.

Silencio. Sólo el fragor de la lluvia y el bramido de los truenos. Los golpes se repiten con mayor insistencia. Te asomas a la mirilla y te tranquilizas: es Garzón.

Suspiras, te aclaras la garganta, alisas tu cabello con la mano. Son las cosas que hace la gente. Descorres los pestillos; abres la puerta a un torrente de claridad cenicienta que te fuerza a pestañear. Parece ser que te has vestido en algún momento del día. Llevas tu viejo chándal de invierno y zapatillas de casa. También has cogido el paraguas.

El «vecino solidario» aguarda en medio del porche. Su poncho impermeable chorrea agua; sus botas han dejado un charco en tu tarima. Te saluda; parece acalorado bajo la capucha. Masculla algo sobre un corte eléctrico que afecta a gran parte de la urbanización. No hay corriente; los teléfonos no funcionan. Tampoco las alarmas ni los sistemas de seguridad. Te encoges de hombros. Sonríes. También te preguntas por qué Garzón tenía que mirar de reojo a la casa de Lansquenet para decir eso.

—Vaya, qué fastidio —silabeas.

Ahora ves la rendija en la ventana. El rostro lívido pegado al cristal.

—¿Tú tienes luz aquí? —inquire Alfonso Garzón.

No sabes qué decir. Es una pregunta muy extraña.

Lunes, 15 de mayo de 2038

14 °C. Cielos cubiertos. Brisa del nornoroeste.

Lansquenet ha comprado un grupo electrógeno, un generador eléctrico a gasoil. Te topaste con el camión de reparto cuando volvías del trabajo. Tres operarios estaban descargando aquel armatoste mientras Lansquenet, en compañía de un cuarto individuo, firmaba papeles junto a su puerta. Se le veía incómodo, ansioso. El hombre de los papeles estaba fumando y la brisa arrastraba el humo hacia el interior de la casa.

«Aspirarás ese olor durante horas, Leroy. Un olor en tus dominios que no es tuyo. Apuesto a que esta noche no logras pegar ojo».

Te quedaste observando, con un molesto nudo en la boca del estómago. Sentías que habías dejado escapar la ocasión antes siquiera de saber que existía. Lansquenet no tolerará que un nuevo apagón tire abajo sus alarmas, sus cámaras, sus sistemas de seguridad. La tormenta de ayer delató una grieta en sus defensas que ya está fortificando —una nueva torre para el rey—. Deduces que ha debido de untar muchas manos para que le sirvieran el generador con tanta rapidez.

Alfonso Garzón se ha reunido contigo a los pocos minutos. La tromba de agua arrastró tierra y maleza desde los descampados; las bocas de las arquetas están obstruidas y remansos fangosos se estancan en los rebajes de los bordillos. Garzón llevaba su poncho impermeable, sus botas de agua, su vieja fregona desmochada. Recorría la calle de desagüe en desagüe retirando papeles y ramas retorcidas para agilizar el drenaje hacia las alcantarillas.

—Sí, ya sé, amigo Luis —te ha dicho—. Debería avisar al servicio de aguas municipal y dejar que se ganaran su sueldo. ¿Pero qué coño quieres que haga si me aburro como una ostra? ¡Nunca te jubiles, Luis, nunca te jubiles mientras te queden fuerzas para sujetar un mocho!

Le has preguntado si le apetecía una infusión. Ayer estuvisteis hablando largo rato junto a tu puerta, pero sólo tras despediros te reprochaste el no haberle invitado a entrar ni ofrecido nada de beber. Por lo visto, Garzón se viene adjudicando la responsabilidad de administrador informal de la comunidad de vecinos. Crees recordar que había una asesoría que se encargaba de eso pero «los muy holgazanes no mueven un dedo hasta que amenazas con una reclamación». Garzón retira las hojas mojadas en otoño para prevenir resbalones, despeja de nieve las aceras, se ofrece para pequeñas chapuzas, regatea con los contratistas cuando se requiere una obra de importancia. Es viudo, como tú, su única hija y sus dos nietos viven en el extranjero. Antes negociaba préstamos, concedía subvenciones, financiaba

proyectos. Ahora es un jubilado sin otra afición que seguir formando parte de la vida de sus vecinos.

También está cubriendo tus aportaciones a los gastos de comunidad. Ni siquiera habías reparado en que ese dinero —una suma considerable en este barrio— ya no desaparecía de tu cuenta. Dice que es un gesto solidario de todos los residentes, que pagan a escote... «Es lo mínimo que podemos hacer después de...». Sospechas que te miente para mitigar tu incomodidad; él y sólo él apechuga con todo.

Preparas con mimo esa infusión. Se la debes. Garzón te espera fuera; no quiere ensuciar tu parqué con sus botas fangosas. Sólo cuando sales te percatas de que se la has servido en la taza de Cora: está moldeada según las vagas formas de un ratón algo gordito; tiene ojos pintados, mofletes, bigotes; el asa es una cola retorcida. Cora adoraba esa taza; incluso se fotografió con ella para su cuenta de *Tuenti* cuando al fin le permitiste suscribir una.

El *tuit* decía: «Mister Ferguson y Cora, bueno, yo».

Fin de la cita.

Garzón apenas la mira. La sujeta con las dos manos para calentarse mientras masculla algo sobre sus articulaciones. Como cualquier pensionista, el desarrollo de los trabajos al otro lado de la calle absorbe por completo su atención. La transpaleta cargada con el generador ha dejado profundos surcos en el césped. Lansquenet discute acaloradamente con dos de los operarios, mientras el resto aguarda sin saber qué hacer. El viento os trae palabras sueltas como «intolerable», «queja», «imposible», «multa»...

—No le dejan instalar eso dentro de la casa —aventura Garzón—. Ha escogido un cacharro demasiado aparatoso y potente... ¿Por las ordenanzas municipales, sabes? Muchos humos de escape; sería peligroso para su salud. Por no hablar del riesgo de incendio. Seguramente tampoco se lo permitan en el... —carraspea—. Bueno, en el sótano.

Sonríes para tranquilizarlo. Ningún sótano asesinó a tus hijos.

—¿Quieres decir que tendrá que dejarlo fuera, al raso?

—Puede ser, aunque debería construir una caseta adosada para resguardarlo de la lluvia. Yo apostaría más por el garaje. Creo que no tiene coche, ¿verdad?

—No —respondes con seguridad—. No lo necesita.

Lansquenet os mira de reojo de tanto en cuanto. No parece complacerle que estéis aquí plantados, sin hacer otra cosa que conspirar y espiarlo.

Palidece un poco más cada vez que os mira; su tono de discusión se agudiza por momentos. Le urge acabar con el asunto para volver a atrincherarse en su castillo.

—Sería irregular, pero quizá transijan con el garaje si se pone burro. Mira, ya ha sacado la billetera para convencer a los pobres muchachos. Sí, está abriendo el portón y lo llevan adentro. ¡Qué vergüenza! Debo consultarlo, pero creo recordar que en estos casos el reglamento obliga a condenar la puerta de comunicación interior para que los humos no se filtren a la vivienda.

—Dudo de que Leroy haga eso —calculas—. Le obligaría a salir de casa y acceder al generador por el portón cada vez que necesitara arrancarlo.

—Quien algo quiere, algo le cuesta —canturrea Garzón—. Las personas en... bueno, en vuestra situación, deben ser especialmente respetuosas con la ley, ¿no es así? Te garantizo que voy a estar muy pendiente de este asunto y asegurarme de que la normativa se cumpla escrupulosamente, amigo Luis.

Lo miras con suspicacia. Su interés te parece desproporcionado y sus palabras parecen ocultar una doble intención. ¿De qué habéis estado hablando exactamente?

Garzón se lleva a los labios la taza de Cora y te hace un guiño a través del vapor que emana de la infusión. Parece saborearla durante unos segundos y te la devuelve casi intacta.

—¿Qué quieres que te diga? —sonríe de oreja a oreja— Es mi obligación como jubilado denunciar las infracciones.

Lunes, 20 de mayo de 2038

24 °C. Cielos despejados

Hoy Roberto habría cumplido 13 años. Es el primer día auténticamente primaveral de la estación, de modo que, después del trabajo, decidiste preparar una fiesta en el jardín. Sacaste del garaje las mesas y las sillas de exterior; desplegaste guirnaldas de ventana a ventana y colgaste farolillos chinos en tu cerca. Luego encargaste una pizza por teléfono: ranchera con salsa barbacoa, la preferida de tu hijo, y una ración de *nuggets* para Cora. La pizzería de siempre conservaba vuestra ficha y vuestra vieja dirección en sus registros. Te preguntaron por posibles cambios desde el último pedido.

—Ninguno —dijiste.

Entonces te sentaste a esperar en la acera. Lansquenet no se apartó ni un segundo de la ventana durante tus preparativos. Aún seguía allí, mirándote y canturreando, cuando llegó el repartidor de la pizzería. Esto es lo que cantaba:

Happy birthday to you
Happy birthday to you
Happy birthday, dear corpses
Happy birthday in your tombs.

Has pagado al repartidor, has abierto la caja, has olido la pizza y has probado un bocado. No es definitivo, dista mucho de ser seguro, pero basta como indicio para apuntalar el «dónde». Te has recordado que debes comerlo todo, incluso los nuggets, y acompañarlo con la bebida más dulzona e indigesta que encuentres en la nevera.

El miedo y la duda han desaparecido. Has reflexionado mucho en los últimos días y ya tienes el regalo para Roberto. La Entidad no debe manipular emocionalmente; tampoco le está permitido prodigar advertencias. ¿Qué objetivo perseguía entonces aquel frisbee? ¿Qué necesidad habría de asustarte si no se te considerara una auténtica amenaza? La Entidad ha analizado tus tácticas, ha seguido tu preparación y ha detectado una vulnerabilidad en el sistema. Sabe que, si te mantienes fiel a tu estrategia, sus engaños podrían resultar ineficaces. Te vigila, sí, te lo pondrá difícil, seguro, pero de nuevo crees tener una mínima oportunidad.

Cuenta tus pasos. Contrasta los datos. Vas por el buen camino: estás abriendo una brecha que conduce a Lansquenet. Feliz cumpleaños, Roberto.

Lunes, 27 de mayo de 2038
21 °C. Cielos despejados

Anclar: ésta es la palabra que te gusta. Fundamentalmente, son tres las variables que debes anclar para que, llegado el momento, puedas prescindir de la vista y el oído. Si *sabes* en qué lugar te encuentras, si *sabes* que la persona con la que te enfrentas en ese lugar es Leroy Lansquenet, si *sabes* que el objeto que llevas en tu mano es realmente el arma con que has decidido matarlo... si *sabes* todo eso, te encierras en tu mente y conservas la sangre fría, habrás anclado también la oportunidad.

No debes confiarte. La Entidad te dejará intentarlo, te dejará aproximarte hasta registrar de manera clara en las grabaciones tu propósito y tu

tentativa. Incluso tolerará que lo mates y bailes sobre su cadáver mientras se trate sólo de un espejismo. Pero no puede permitirse perder realmente a Lansquenet porque sería su fracaso: el primero registrado en frustrar un delito mayor desde que la distropía opera a pleno rendimiento. Desconfía, desconfía siempre de todo excepto de ti mismo. Si las cosas te están saliendo demasiado bien, será que estás cayendo en su trampa. Desconfía incluso cuando Lansquenet yazca muerto a tus pies; quizá te queden todavía unos minutos para encontrar al verdadero antes de que vengan a arrestarte. Si el mundo se vuelve loco, si nada encaja, si Lansquenet deja de ser Lansquenet y tu arma deja de ser un arma, significará que la Entidad renuncia a mantener el señuelo por el bien mayor de salvar una vida. Entonces y sólo entonces tendrás vía libre para tu acto de fe.

Recuerda a Salvador Céspedes:

Céspedes, Salvador (Santa Ana 1968-San Salvador 2027): Activista de izquierdas condenado a cadena perpetua por el intento de atentado con bomba sobre Roberto D'Abuisson, cerebro ideológico e impulsor de los Escuadrones de la Muerte. Uno de esos comandos de extrema derecha, el conocido como Sombra Negra, había sido el responsable de la desaparición de su madre, Eloisa Carrillo, a quien se dio por torturada y muerta en 1987 como represalia por la militancia comunista de su hijo. En el 2026, como era común en aquel periodo, se conmuta la cadena perpetua de Céspedes por la pena de Distropía.

Salvador Céspedes es un hombre inteligente y cuidadoso que había madurado su estrategia en la cárcel desde que supo de los experimentos. Los detalles nunca se hicieron públicos por el riesgo de que el plan fuera emulado por otros convictos, pero el caso es que logró burlar los espejismos y confeccionar un segundo artefacto casero. Era una bomba real y perfectamente operativa basada en la combinación de tres elementos químicos inocuos por separado pero que reaccionan violentamente a los pocos segundos de entrar en contacto. D'Abuisson ya había fallecido; el objetivo de Céspedes sería ahora el ex comisario Alberto Velloso, de 83 años, antigua cabecilla de Sombra Negra y responsable directo de la muerte de su madre. Las distorsiones perceptivas no logran evitar que Céspedes se encuentre de frente con Velloso, el verdadero, a la salida de un acto benéfico programado.

Velloso no ha acudido al acto solo. Una elegante mujer lo acompaña; frisará también los ochenta años, está muy maqui-

llada y cubierta de joyas, pero Céspedes la reconoce en el acto: se trata sin duda de su madre. ¿Murió realmente Eloisa Carrillo? ¿O acaso Velloso la secuestró para convertirla en su amante? Céspedes vacila en el momento decisivo. Le cuesta muy poco, apenas unos segundos, dilucidar que se trata de un último señuelo... suficiente para que los francotiradores alertados por la Entidad lo abatan a tiros antes de que mezcle los componentes.

Eso es, recuerda a Salvador y endurece tu carácter. Ya has percibido cambios en ti desde que tomaste la determinación de seguir adelante. Eres todavía más frío, más analítico; no puedes permitir que nada te conmueva porque, llegado el momento, la Entidad disfrazará a Lansquenet bajo la forma más horrible que puedas imaginar: si sabe lo que se hace, una a la que te resultará casi imposible causar daño. Además, estás memorizando una cantidad ingente de datos y el esfuerzo te pasa factura. No puedes anotar nada en ningún soporte físico porque lo escrito podría haber cambiado la próxima vez que lo leyeras. Apenas tienes tiempo para pensar en términos humanos; sólo repetir y repetir en tu mente los datos adquiridos para luego contrastarlos con garantías. No debes asustarte si a veces olvidas las caras, las voces, el tacto de las personas que amabas. Ya no eres un hombre sino un instrumento. No tienes un alma sino un propósito. Cumple con ello y podrás rendirte también al reclamo del olvido.

Estas son las **COMPROBACIONES DE LA ÚLTIMA SEMANA:**

- MARTES:** Como esperabas, el atracón de comida basura te provocó trastornos gástricos. Llamaste al ambulatorio; te recordaron que el jueves 24 tienes tu cita anual con el dermatólogo que controla tu vitiligo. Describiste tus síntomas estomacales y accedieron a concederte una baja de dos días. A primera hora, hiciste un pedido online al supermercado del barrio, el mismo que abastece los martes a Lansquenet. Luego buscaste una receta de pollo hervido; mientras la preparabas, contactaste de nuevo con el supermercado y cancelaste tu pedido, pero dando el número de portal de Lansquenet, el 34, en lugar del tuyo, el 35. Asumiste un riesgo, sí, pero... Al diablo, cualquiera puede equivocarse mientras está distraído cocinando. Tu pedido llegó a las 9:30. El de un iracundo Lansquenet mucho después del mediodía e, imaginas, tras un feroz intercambio de llamadas y protestas. Te disculpaste con el supermercado y pagaste gustosamente las vituallas. Lansquenet no parecía nada contento.
- MIÉRCOLES:** Sabes que la Entidad ya sospecha de ti, de modo que puedes desviarte de las rutinas mientras no incurras en la ilegalidad.

- Cargaste tu tarjeta de transporte y pasaste tres horas recorriendo todas las líneas del tranvía. Los tiempos y la ubicación de las paradas coinciden con tus recuerdos. Por la tarde, hiciste lo mismo circulando a pie por rutas escogidas del bicicarril. Movimientos intestinales: Cero.
- JUEVES: Acudiste al Hospital Universitario y a tu cita con el dermatólogo. Llevabas diez años sin hacerlo; como de costumbre, sin cambios en tu afección congénita. Recuerdas que Roberto la había heredado: tenía pequeñas zonas sin pigmentación cutánea en manos, tobillos y pies. También, como tú, una mancha en la frente que teñía de blanco la mitad de su ceja derecha. Regresaste dando un largo paseo. Ya regulas y cuentas tus pasos de manera automática, sin esfuerzo consciente.
- VIERNES Y SÁBADO: Más paseos después del trabajo. Has definido tres puntos de referencia que confinan tu urbanización en un triángulo imaginario: el Hospital Universitario al noreste, el estadio de fútbol al sureste y la catedral como vértice. Has caminado de uno a otro contando tus pasos. Luego hasta casa desde cada uno de ellos. Has memorizado los resultados y triangulado vuestra posición. Parece correcta.
- DOMINGO: Lansquenet te ha denunciado por suplantación de personalidad a propósito de tu jugarreta del martes. Se presentó una patrulla para advertirte: es una nimiedad y no piensan tramitarla. Te aconsejaron precaución con esas cosas; no más cagadas o tu condena podría endurecerse. Asentiste, sumiso, y prometiste tener cuidado.

Lansquenet ya estaba fuera de sí, paseándose por el porche como una fiera enjaulada, mucho antes de que llegara la policía. Apuestas a que intentó exagerar el alcance de tu travesura en su denuncia telefónica y se rieron en su cara: si la Entidad tuviera algo sólido en la monitorización, habría movido ficha contra ti sin necesidad de denuncias. Los agentes pasaron también por casa de Lansquenet; seguramente para transmitirle una advertencia sobre el falso testimonio. Fue la gota que colmó el vaso.

A última hora, cuando oscurecía, Lansquenet salió para cambiar la bombilla de su porche. Tú estabas observando y lo viste todo. Alzó la nueva bombilla para que la vieras al detalle antes de colocar el embellecedor: estaba cubierta de polvo y cadáveres calcinados de mosquitos. Te quedaste casi una hora hipnotizado por su resplandor amarillento; habrías aguantado más tiempo si Lansquenet no la hubiera apagado a las diez de la noche. No ocurre a menudo que un padre pueda contemplar la última luz que vieron sus hijos antes de que sus ojos estallaran.

HOY: has encontrado una carta en tu buzón. Se trataba de una circular informativa para todos los vecinos de tu calle. Al parecer, el ayuntamiento ha resultado por fin trasladar la antigua escultura de la plaza a su ubicación definitiva, una población cercana desde la cual las fuerzas hispano británicas lanzaron el asalto decisivo contra las líneas francesas en aquella batalla decimonónica. Será un traslado lento y engorroso; la escultura consiste en un único bloque piramidal de bronce y granito que no puede tumbarse ni dividirse en piezas, por lo que algunos tendidos eléctricos deberán ser temporalmente retirados. El transporte en una pesada góndola industrial se realizará la noche del domingo 18 de agosto, en periodo de vacaciones; además, su itinerario seguirá vías poco transitadas para minimizar el impacto en el tráfico. Se os recomienda no aparcar vuestro coche en la calzada ni dejar procesos abiertos en los ordenadores. Entre las 3:00 y las 5:00 del lunes 19 de Agosto, hora en que se prevé la llegada a vuestra calle, el suministro eléctrico quedará interrumpido. Habrá operarios e inspectores recorriendo la vía en busca de posibles obstáculos. También es posible que se genere cierta cantidad de ruido. Solicitan vuestra paciencia y colaboración y se disculpan por las molestias.

Confirma la noticia. Contrasta los datos. Ancla la fecha. El 19 de agosto de 2038, entre las 3:00 y las 3:05 de la mañana, matarás a Leroy Lansquenet.

Miercoles, 12 de junio de 2038
26 °C. Nubes y claros.

Alfonso Garzón ha cumplido su palabra de denunciar a Lansquenet. Según te contó, los inspectores de medio ambiente se presentaron a las diez de la mañana para revisar la instalación del grupo electrógeno. Garzón estuvo presente como autor de la denuncia y representante de la comunidad. Al parecer, han concedido a Lansquenet quince días de plazo para clausurar la puerta de comunicación con la vivienda. Si no lo hace, será duramente sancionado y se precintará el generador.

—Ni siquiera me ha dirigido la palabra —te confesó tu amigo—. Aunque te aseguro, Luis, que si las miradas fueran puñales, ahora estarías hablando con un alfiletero.

Es una buena noticia, pero estás muy cansado para celebrarla. Demasiados paseos en los últimos días, demasiadas mediciones. A veces llegas a casa tan exhausto que caes rendido sin cenar. Incluso mientras charlabas con Garzón, paseándoos por la acera frente al garaje de Lansquenet, no

podías evitar contar tus pasos, confirmar una vez más tu mapeado mental de la zona. Este área en concreto exige una precisión especialmente milimétrica. Debes memorizar cada obstáculo, cada bordillo, el relieve peculiar de todas y cada una de las losetas... ¡Ah, ojalá pudieras cruzar la valla y explorar pulgada a pulgada el jardín de tu enemigo!

Lansquenet condenará la puerta interior; eso es seguro. No puede permitirse perder la electricidad ni desafiar a las autoridades. Recuerdate que le debes a Alfonso un nuevo favor. Toma nota también de que conviene documentarse sobre lo siguiente:

Si Lansquenet está monitorizado y su infracción era lo bastante seria para justificar una multa... ¿No debería la Entidad haber procedido de oficio contra él?

Jueves, 13 de junio de 2038

29 °C. Humedad del 21%. Nubosidad vespertina

Has acudido a cinco funerales en los últimos días. Buscaste a los difuntos y las convocatorias en las necrológicas de prensa. Todos debían ser personas mayores y de cierta posición social, a ser posible bautizados con nombres pintorescos del santoral católico. También prestabas especial atención a los panegíricos y te decantabas por los de estilo más rancio y solemne. Ninguno de los fallecidos tenía la más remota relación contigo, de modo que no te correspondían permisos. Te ceñías a las exequias programadas fuera de tu horario laboral, con margen suficiente para pasar por casa y mudarte de ropa.

Había un traje negro en tu armario. Olía a naftalina e incienso. Es feo y demasiado abrigado para estas fechas, pero sabes que lo adquirido en estado de distropía oculta más fácilmente las añagazas de la Entidad. Si ya es bastante delicado confiar en lo familiar, mejor no sumar nuevas variables a la ecuación. Recordabas muy bien ese traje: es el mismo que llevaste en los funerales de Virginia. Supones que alguien te lo prestó o lo adquirió en tu nombre por considerarlo apropiado para el doliente cónyuge. La prensa te fotografió con él cuando todavía el caso de Elena Ortega era noticia de actualidad.

Había una factura del tinte en el bolsillo interior de la chaqueta. Está fechada el 29 de Marzo de 2037:

TRAJE NEGRO CABALLERO. LIMPIEZA EN SECO Y
PLANCHADO AL VAPOR: 19,95 €

Lo has olvidado, pero probablemente lo usaras también para el funeral de tus hijos. Has consultado el historial meteorológico y confirmado que el 28 de marzo del pasado año, día del entierro, llovió copiosamente. El traje acabaría empapado y con las perneras salpicadas con el barro del cementerio; por eso tú, o alguien, lo mandó al tinte al día siguiente. No te conmoviste al recordarlo; tus ojos no se humedecieron. Cauterizaste tu corazón y subrayaste mentalmente la palabra NEGRO.

Cuando ataques a Lansquenet llevarás la chaqueta abrochada y saldrás descalzo para potenciar tu contacto con las irregularidades del terreno, de modo que la camisa y los zapatos no eran importantes; escogiste los que te parecieron más adecuados. Acudiste con el mismo atuendo a los cinco funerales. En todos predominaba el luto negro tradicional. Nadie te miró con censura o extrañeza por tu vestimenta.

Has anclado el dato: el traje es NEGRO o, cuanto menos, oscuro.

Hoy has vaciado el viejo baúl con herrajes y cerradura de hierro que Virginia heredó de su abuela. Lo has bautizado como Caja Conclusa. Has guardado el traje negro en su interior y lo has cerrado con llave. La llave cuelga ahora de tu cuello.

Ancla el dato. Veas el lo que veas cuando abras el baúl el 13 de agosto, el contenido de la Caja Conclusa consiste en: 1. Un traje negro.

Tus recelos contra la denuncia se han mitigado. Reflexionaste sobre ello y dedujiste que, quizá, la Entidad careciera de base sólida para sancionar la mera instalación del generador hasta que Lansquenet lo pusiera en funcionamiento. Encuentras sentido a la explicación y no harás más comprobaciones: delataría un interés desproporcionado por tu parte. Además, ya han pasado tres días desde que se clausuró la dichosa puerta. Leroy no quería albañiles extraños en sus dominios, de modo que lo hizo con sus propias manos y sin medias tintas. No se limitó a precintar la hoja, sino que desempotró el marco y condenó el hueco con ladrillos y mortero. Repartidores, policía, inspectores... Lansquenet se ha saturado de ingerencias en sus asuntos; anhela abreviar el proceso y evitar que vuelvan a importunarlo con otro tecnicismo.

—En el fondo es un maldito cobarde —te dijo Garzón—. Ya ves, se arruga en cuanto le sueltan la primera reprimenda. Si se atrincherara en su casa, nos mandara a tomar por culo y se liara a tiros contra todos nosotros, creo que al menos podría respetarlo. Pero ahora está realmente acojonado, amigo Luis, acojonado de verdad...

Posó la mano sobre tu hombro. Fue muy extraño, casi como si lo hubieras soñado. Tu piel no conservaba el calor de su cuerpo. Sólo caíste

en la cuenta de que te habían tocado por primera vez en muchos meses cuando Garzón ya retiraba la mano.

—¿Sabes? Mientras estuviste... bueno, el juicio, la operación y lo demás, se acercó todo tipo de gente a esa casa. No sólo los habituales carteeros o vendedores; también muchos curiosos, y hasta algún reportero que invadió su propiedad para obtener una foto a través de las ventanas. Pues bien, el mamón ni siquiera se asomó para espantarlos. El muy cobarde sólo se atreve con...

Garzón enmudeció; no tuvo agallas para pronunciar la palabra «niños». Te encogiste de hombros. Ya sabes que Lansquenet no es imbécil. Tampoco crees que sea cobarde, sólo muy consciente de lo que está en juego.

Los inspectores regresaron ayer para dar el visto bueno a la reforma. El generador de Lansquenet cuenta ahora con el beneplácito del ayuntamiento para funcionar.

A última hora, consultas la previsión meteorológica de la semana. Anuncian tormenta para el jueves.

Jueves, 20 de junio de 2038

29 °C. Humedad del 60%. Alta probabilidad de tormentas

Ha reinado un bochorno espantoso durante toda la tarde. A las 20:15 el viento comenzó a soplar con fuerza. Abundante aparato eléctrico en el horizonte. Truenos lejanos pero ni una gota de lluvia. Fallos en el suministro energético: Cero.

Domingo, 30 de junio de 2038

24 °C. Cielos cubiertos con probabilidad de chubascos

Esta mañana has salido a pasear bajo la lluvia con tu paraguas. Es un paraguas negro, largo, de mango y varillas robustos, ideal para los días ventosos. Su extremo está rematado por una púa metálica con la punta redondeada. Quizá por eso te recordó aquel día al viejo Mauser con bayoneta que exhibías sobre la chimenea. Por primera vez en muchas semanas no has contado tus pasos. Necesitabas reflexionar, y el tamborileo de la lluvia sobre la lona tensa del paraguas estimulaba tu concentración.

Tienes muy presente el desafío de las armas. Te decantarías por estrangular a Lansquenet o desgarrarle la yugular a mordiscos si no temieras caer acribillado mucho antes de tenerlo al alcance. El problema no reside tanto

en tu condición de convicto. Los distrópicos conservan el derecho a comprar un arco deportivo, una ballesta, una pistola de clavos, un hacha... En los supuestos estipulados por ley, pueden incluso solicitar un permiso de armas como el que Lansquenet disfrutaba para su AP-5 y que, como demostró con aquel mortífero Cetme, parece haber ampliado recientemente de categoría.

Sin embargo, sabes también que el procesador de la Entidad se ilumina como un escaparate navideño cuando un reo condenado por delito de sangre intenta algo parecido. Más de un distrópico aficionado a la caza ha visto alejarse tan pimpante al jabalí al que acababa de disparar con su nueva escopeta para descubrir a continuación que los cartuchos eran de foguero o la escopeta un trombón de varas. Jamás podrías confiar en lo que compras. En esos casos, la Entidad está plenamente legitimada para generar señuelos preventivos sin que proceda reclamación por parte del convicto. Existen sobrados precedentes.

Recuerda, por ejemplo, a Stephan Scholl.

Scholl, Stephan (Munich 2002-Estupor ...-...): Antiguo instalador de fibra óptica condenado a doce años de Distropía por violencia de género e intento de asesinato en la persona de su esposa. Lisa Merk era una mujer muy atractiva y Scholl un celoso patológico. Tras una paliza especialmente violenta que le ocasionó fractura doble de mandíbula y el estallido de un tímpano, Merk denuncia finalmente a su agresor y solicita el divorcio junto a una orden de alejamiento.

Scholl no es un hombre inteligente ni especialmente habilidoso. Ha jurado cobrar venganza de su esposa y asegurarse de que ningún otro hombre vuelva a desearla, pero carece de astucia para burlar a la *Entidad*. En su caso, una mera violación de la orden de alejamiento ya se interpretaría como reincidencia. En dieciocho meses, todo lo que ha podido hacer para saciar el rencor es imaginar la forma que adoptará su desquite. Scholl no tiene motocicleta, pero guarda en lugar seguro una lata de combustible para ciclomotores que rellenó en un expendedor automático a monedas.

Quizá Stephan Scholl no brille por su inteligencia, pero sí es un sujeto afortunado. El 8 de Febrero de 2034 una avería sin precedentes en los nodos repetidores deja media ciudad sin cobertura distrópica. Los implantes no reciben señal, no hay monitorización ni distorsiones perceptivas. La mayoría de los dis-

tropicos de la zona no llegan a enterarse. Scholl es alertado telefónicamente por un compañero de trabajo:

«Por si te apetece ir de putas o saltarte un par de semáforos» —le dice.

Scholl no pierde el tiempo. Sabe por experiencia que una incidencia de tal calibre será corregida con rapidez. Recoge su lata de gasolina, viola la orden de alejamiento y sorprende a Lisa Merk a la salida del supermercado de su barrio. El nodo emite de nuevo, pero demasiado tarde: Scholl ya ha derribado a la mujer y la está rociando con el contenido de la lata. Prende una cerilla y la arroja sin piedad sobre su víctima.

Scholl todavía estaba riéndose frente al cadáver en llamas de su esposa cuando la policía efectuó su arresto. La verdadera Lisa Merk, empapada de leche agria y con una cerilla mojada en el pelo, hacía rato que se había puesto a salvo. Sólo en las grabaciones subjetivas del acusado, el expendedor de leche fresca donde Scholl rellenó su lata aparecía como un surtidor automático de gasolina.

Eso es, recuerda a Stephan y no des nada por sentado. Como hiciste con el traje, has decidido apañártelas con enseres que ya poseas y te resulten familiares. Conviene también que los hayas empleado con asiduidad y que no sean fácilmente identificables con algún tipo de arma. La cuestión de su naturaleza doméstica es importante por varias razones. Primero, porque refuerzan las garantías de que la Entidad no los haya distorsionado con carácter preventivo. Segundo, porque quizá consigan engañar a Lansquenete el tiempo suficiente para que se confíe. Y tercero: si algo se torciese y tuvieras que abortar la operación en el último segundo, la acusación no lo tendría tan fácil para probar tu tentativa contando, por ejemplo, con un exprimidor de zumo y un incensario en tus grabaciones.

Ha dejado de llover a las 13:05. De regreso a casa, te las has ingeniado para que la punta del paraguas plegado que usabas a guisa de bastón quedase «accidentalmente» encajada en una rejilla de desagüe. Has fingido sorpresa y has dado un fuerte tirón de palanca. El metal ha cedido como esperabas. La púa del paraguas es ahora la mitad de larga y termina en un corte irregular de bordes afilados.

Ancla el dato. Veas el lo que veas cuando abras el baúl el 13 de agosto, el contenido de la Caja Conclusa consiste en: 1. Un traje negro. 2. Un paraguas roto.

Viernes, 12 de julio de 2038
27 °C. Cielos despejados

Has recibido una citación para entrevistarte con Enunciación Zabala. El aviso te llegó por mail y también por mensajería 4G. Te lo confirmaron telefónicamente a las 19:15. El lunes 15 de Julio, entre las 10:00 y las 11:00 de la mañana, deberás permanecer en tu domicilio para recibir la visita de tu asesora distrópica.

Calma. Las citaciones de ese tipo no son habituales, pero tampoco inusitadas. Suelen restringirse a cuestiones técnicas o problemas de adaptación perceptiva. No lo recuerdas, pero seguramente fue esa misma asesora quien te dio los consejos iniciales y te guió en el proceso de reinserción. Han pasado casi seis meses desde tu condena. Probablemente, todo se reduzca a una entrevista de control rutinaria.

No te preocupa en exceso la citación, pero lo cierto es que estás empezando a desanimarte. Anunciaron tormentas de verano para el 2 y para el 6 de julio. Ninguna de ellas alcanzó la suficiente intensidad ni provocó cortes en el suministro eléctrico. Te conformarías con una sola vez antes del 19 de agosto, una sola, porque Lansquenet también es un hombre metódico. Si no consigues memorizar sus movimientos en el transcurso del enroque, el plan será poco más que papel mojado. Tendrás que aguardar un nuevo escenario propicio, y temes no soportar indefinidamente la tensión.

Cruza los dedos. Se prevén nuevas tormentas a partir del 16 de julio.

Domingo, 14 de julio de 2038
29 °C. Nubes y claros

Hoy has renunciado al ejercicio físico. Quieres pensar que, a cambio, has adiestrado tu mente con algunos juegos estadísticos. La única verdad es que cada nuevo domingo que te acerca al domingo decisivo pesa más sobre tu entereza.

Los números no son meras figuraciones del intelecto. A veces te crees capaz de distinguir entre ellos, individualizarlos, diseccionar su esencia y su propósito como diseccionas a los transeúntes en la Plaza de la Patrona. Los números poseen personalidad y poesía. En cuanto un número queda ligado a algo, lo que sea, adquiere parte de su esencia, la completa y la transforma. En tu mente, los números pueden ser cualquier cosa menos fríos. Incluso su ausencia cuenta una historia.

Niños en sus habitaciones: ...

Suponiendo que la moralidad exista, existe también en los números. Hay números que son buenos y otros que destilan maldad. Todo número ligado al Estupor, por ejemplo, adquiere algo de siniestro.

318 de 1.000 es el número de convictos que fueron elevados al grado de Estupor tras dos meses de Distropía en aquel primer grupo de control experimental. Casi 1/3.

34 intentaron acabar con su vida antes de finalizar el primer bucle. 12 por el procedimiento de roerse las muñecas. 13 buscando un muro donde estrellar su cabeza. 9 de ellos se tragaron el vaso o el plato de cartón en un desesperado intento de asfixiarse. 16 tuvieron éxito por uno u otro procedimiento. Casi 1/2.

161 recurrieron al suicidio entre el segundo y el sexto bucle. Las autoridades ya estaban prevenidas y lograron intervenir a tiempo en un 70% de los casos.

Sólo 123 convictos llegaron al final del programa tras seis bucles sucesivos. A fecha de hoy, 63 ya se han suicidado o sufrido accidentes mortales durante su vida en libertad. Ni uno sólo de los 60 restantes ha reincidido en el delito. 37 de ellos apenas son capaces de controlar sus funciones motoras. 19 siguen haciéndose sus necesidades encima. De los otros 4, los que, según las conclusiones del experimento, se reintegraron felizmente en la sociedad, el 50% (2) ingresó en una secta religiosa o se apuntó a un programa de ensayos farmacológicos, respectivamente. El otro 50% (2) es adicto a la heroína o a la metanfetamina, respectivamente.

Hoy has tomado una decisión. Dentro de cuatro semanas, cuando Lansquenet yazca muerto a tus pies, recogerás su Cetme de allí donde haya caído. Recuerda investigar en la red cómo se desactiva la función automática en ese modelo. No es un arma de gran envergadura; aunque la sujetes al revés, alcanzarás el gatillo sin problemas.

Disparos necesarios: uno.

Lunes, 15 de julio de 2038

30 °C. Humedad del 20%. Cielos nubosos

Contra todo pronóstico, tu entrevista ha resultado de lo más productiva. Enunciación Zabala te ha parecido una funcionaria accesible y muy consciente de su responsabilidad. El bagaje formativo de los asesores distrópicos no brilla precisamente por su especialización: sobre todo derecho penal, algo de psicología, un poco de informática, ciertas nociones básicas

de neurología... En realidad, se limitan a dar consejos generales y derivar los problemas peliagudos a los auténticos expertos. Quizá por eso acusara tanto al principio el desconcierto por tu situación:

—No suelen llegarnos problemáticas como la tuya —te dijo—. Quiero decir que aceptas bien los implantes y pareces adaptarte satisfactoriamente a la vida en libertad. Lo que me trae hoy aquí es un poquito más delicado. Se trata de una... —consultó la pantalla de su portátil— alerta de monitorización relacionada con conductas que la Entidad etiqueta como «indicativas de un estado mental alterado». No, no te inquietes, por favor. No puede tratarse de nada ilegal o tu orden de detención se habría cursado automáticamente.

Te sonrió. Tenía los labios muy rojos, del mismo rojo intenso que las uñas y la montura de sus gafas de pasta. Su piel era pálida y perfecta, de una blancura fantasmal. No aceptó el café que le ofreciste. Tampoco miró ni una sola vez las fotos del aparador. Crees que conoce muy bien tu historia; crees que te compadece. Citando uno de los artículos de prensa que se publicaron sobre tu caso, eres «ese tipo de asesino en el que cualquiera de nosotros podría convertirse».

Fin de la cita.

—Ni siquiera nuestro departamento tiene acceso a las grabaciones subjetivas mientras te mantengas dentro de la legalidad. De ahí el motivo de mi visita. No podremos ayudarte a lidiar con los problemas de fondo que motivan esos comportamientos extraños a menos que accedas a compartirlos con nosotros.

Te ha rogado que confiaras en ella y contaras con su respaldo. El sistema aún tiene obligación de velar por la salud de los convictos. La Entidad está limitada por sus parámetros de actuación; identifica estados patológicos pero no está facultada para tratarlos. Si de verdad atravesabas una depresión, te remitirían a un especialista.

Te sientes muy orgulloso de tu reacción; en ningún momento perdiste los nervios. La Entidad te hacía llegar una segunda advertencia por mensaje; eso era todo. Vistas desde fuera, algunas de tus acciones más recientes han podido pecar de extravagantes. No has leído sobre casos semejantes en el pasado, pero deberías haber recordado el frisbee de Cora y prever que te podría salir con otra jugarreta.

Te fingiste abochornado, violento, como si Enunciación acabara de reproducir una grabación en la que aparecieras masturbándote. Necesitabas ganar tiempo para ordenar tus ideas. Te acercaste al aparador, corregiste la posición de los retratos. Luego, con la actitud más airada y pueril que

fuiste capaz de simular, le reprochaste las lagunas de memoria y el vacío emocional que vienes experimentando.

—No debes preocuparte por eso, Luis. Los episodios de amnesia selectiva se dan con mucha frecuencia tras la operación, sobre todo cuando se trata de Distropía. El sistema cognitivo no sabe muy bien cómo procesar esos nuevos estímulos que recibe por vías extrañas. Algunas experiencias, simplemente, no llegan a imprimirse en la memoria. Tampoco son inusuales los efectos rebote que describes; la pérdida pasajera de recuerdos anteriores al trauma de la operación. La práctica nos demuestra que esos sí acabarás recuperándolos en su totalidad. Será sólo cuestión de tiempo, descuida.

Enunciación se expresaba ahora con mayor confianza, lo que te confirmó que debe de responder a menudo a ese tipo de consulta. Su explicación coincidía también con tus propias deducciones.

—Por si esto te tranquiliza —subrayó luego—, te diré que no se ha producido ningún caso en que el convicto se condujera de forma desacostumbrada durante los episodios de amnesia. Me consta que las grabaciones sí se conservan y son muy concluyentes al respecto. Que te valga también como advertencia amistosa. El Tribunal del Estupor nunca lo admitiría como eximente en una reincidencia.

Sobre el problema de tu ataraxia, no pudo pronunciarse de manera tan contundente. Especuló con la posibilidad de una reacción defensiva natural no necesariamente relacionada con la Distropía. Habías sufrido graves reveses en los últimos tiempos; tu cerebro quizá bloqueaba las emociones hasta que lograra reestablecer el equilibrio. No se atrevía, en todo caso, a aventurar un diagnóstico. Si necesitabas terapia, el estado te la proporcionaría sin costas.

Era el momento que esperabas. La oportunidad estaba ahí; sólo tenías que agarrarla. Un hombre hablando en soledad para plasmar en las grabaciones la justificación de sus actos habría resultado grotesco y facilitado un indicio de premeditación. Sin embargo, la propia Entidad te estaba proporcionando sin pretenderlo un estrado para defenderte. Usarías su propia arma contra ella. No serviría de mucho ante el Tribunal del Estupor después de la tentativa, pero quizá te permitiera ganar tiempo y maquillar temporalmente tus disposiciones.

—No tengo nada que ocultar, en serio. Creo saber qué conductas en concreto han podido disparar esa alerta de la Entidad. Las compartiré contigo sin reservas. Confío en ti para que me aconsejes si necesito o no consultar con un especialista.

Abriste tu corazón. Estás empezando a experimentar un rebrote de las emociones. La tristeza y el sentimiento de pérdida son demoledores. Paseas mucho porque el ejercicio te relaja y te agota físicamente; es la única manera de conciliar el sueño. Acudiste a funerales de extraños porque apenas recuerdas el de tus hijos y te sientes en deuda con ellos. Compartir el dolor de otras personas y rezar por su eterno descanso te dispensa cierto alivio. Te distraes con facilidad; en ocasiones te sorprendes caminando de manera mecánica, como un autómatas. Eso te preocupa pero crees poder controlarlo. Practicas juegos mentales para mantener a raya los ataques de ansiedad y mitigar tu cólera; lo más efectivo son las cuentas y las operaciones aritméticas sencillas.

—Recientemente he emprendido un ejercicio sobre el que leí hace años en un libro de autoayuda. Se trata de confinar bajo llave aquello que nos entristece. Hasta ahora, sólo he sido capaz de guardar el traje y el paraguas que llevé al funeral de mis hijos. No podía soportar su contemplación, ¿lo entiendes? Emplear para ello el viejo baúl de mi esposa me hace sentir como si Virginia me transmitiera su apoyo en el largo proceso de superar la tragedia.

Crees haber impresionado a tu asesora. Parecía realmente conmovida por tu esfuerzo y te felicitó por ello. Cancelaría la alerta de la Entidad con un dictamen positivo sobre tu conducta. No se considera una experta en la materia, pero cree que debes perseverar en tus ejercicios mientras te hagan experimentar alguna mejoría. Lo ha dejado a tu criterio, pero te facilitó los datos de un terapeuta para que recurras a él en caso de necesidad.

Os despedisteis en el porche. Lansquenet estaba en su ventana observándolo todo. Por la forma en que la miró, te dio la impresión de que reconocía a tu asesora. No sería tan extraño: ambos pertenecéis al mismo distrito; quizá sea también la responsable de su monitorización. Fuera como fuese, te pareció que Enunciación evitaba mirar hacia su casa del mismo modo que había evitado los retratos de tu familia.

Fueron esos mismos retratos los que retiraste del aparador minutos después. Hacía tiempo que deberías haberlo hecho. Los arrojaste al fondo del baúl con furia, como quien se desprende de un lastre muy pesado. Los marcos se rompieron y los cristales se hicieron añicos sobre las caras de Virginia y de tus hijos.

Ancla el dato. Veas lo que veas cuando abras el baúl el 19 de agosto, el contenido de la Caja Conclusa consiste en: 1. Un traje negro. 2. Un paraguas roto. 3. Decenas de cristales afilados.

Ahora sonríes. Te sientes muy optimista respecto a la tormenta de mañana. De algún modo, percibes cierta ironía en el hecho de que te estés armando con tus recuerdos más atroces. Quizá te conviniera practicar también el lanzamiento de esos cristales. Te preguntas si existirá algún manual de autoayuda que recomiende jugar a los dardos como ejercicio de relajación.

Martes, 16 de julio de 2038

31 °C. Humedad del 70%. Alta probabilidad de tormenta

Has hecho bien en ser precavido. Si hubieras esperado como siempre ese improbable apagón, habrías perdido otra oportunidad. Fue una buena idea emular a Garzón y salir a la calle con tu impermeable y una vieja fre-gona mientras simulabas desbrozar las canaletas de tus aleros.

Hace más de media hora desde que se han encendido las farolas. Veinte minutos desde que estalló esta orgía de truenos, relámpagos y una auténtica tromba de agua que te aturde bajo la capucha. Las farolas siguen encendidas cuando se abre la puerta de Lansquenet. Un hilo de luz artificial se quiebra sobre la maleza de su jardín y perfila su silueta contra la claridad del vestíbulo. No enciende la bombilla del porche; sabe que no la tendrá cuando de verdad la necesite. Te tensas; te dispones a registrar en tu mente cada detalle. Es el momento que esperabas; el momento en que el rey decidido a enrocarse se desplaza a la posición de su torre.

Debiste haber imaginado que estaría tan impaciente como tú. Seguramente ha contado las tormentas y acechado la ocasión con ansiedad idéntica a la tuya. Ni siquiera ha podido aguardar un verdadero corte en el suministro. Como tú, mide sus pasos y ensaya sus movimientos. Anhela sentirse seguro y poner a prueba el último baluarte de su fortaleza antes de tener que hacerlo por necesidad y, quizá, cometer un error fatal por no haberlo practicado previamente.

El chaparrón es denso, lo suficiente para ocultarte a sus ojos tal como estás, pegado a tu fachada con un chubasquero chorreante que te mimetiza con la misma lluvia. Lansquenet lleva un paraguas abierto en lugar de impermeable. Con la derecha mantiene su Cetme enfilado a la calle. No puedes dejar de admirar la precisión de sus movimientos. Su mirada no deja un rincón sin batir mientras recorre, caminando de costado y con las espaldas cubiertas por el edificio, los pocos pasos que lo separan del garaje. En ningún momento renuncia a la ametralladora. Llegado al portón, deja el paraguas abierto apoyado en el suelo y saca una larga manivela de acero que llevaba embutida en el cinturón del batín.

Naturalmente. No piensa recurrir a la apertura automática porque tanto la lente como el motor dependen del suministro eléctrico. Lo que estás contemplando es un simulacro, y Lansquenet piensa respetar escrupulosamente las condiciones de la futura emergencia. Sin apartar apenas la mirada de la calle, sin mover el dedo del gatillo, encaja la manivela en el mecanismo manual y comienza a girarla de espaldas al portón.

Éste es el momento. Tendrás que hacerlo ahí, antes de que entre en un garaje cuya distribución desconoces, antes de que conecte el generador y restituya la energía a sus alarmas, cámaras y focos. Abandonas el amparo de la casa y caminas hasta la acera. Sigues avanzando hasta pisar la calzada. El 19 de agosto no podrás confiar en tus ojos, tampoco en ese rítmico chasquido que emiten los engranajes del portón mientras se abre. Sólo esta trepidación en el suelo, apenas perceptible con tus botas de agua, te confirmará que Lansquenet está situado bajo el mecanismo.

Escuchas el petardeo del generador que Leroy acaba de poner en funcionamiento. No te ha visto antes de entrar, pero te ve ahora perfectamente, plantado en su acera bajo la lluvia con tu chubasquero empapado y la capucha sobre la cara. Sus facciones se descomponen, apunta el Cetme en tu dirección pero no abre fuego. Quizá ni siquiera te haya reconocido. Después de todo, no debes diferenciarte mucho del propio Garzón a quien emulabas.

—Idos todos al diablo —sisea—. Ni por un momento penséis que vais a engañarme. Sé que queréis joderme, pero os garantizo que antes me llevaré por delante a más de uno.

Activa el cierre automático. En esta fase se lo puede permitir. Se ha parapetado tras la pantalla del paraguas; lo mantiene a distancia con el brazo extendido y lo mueve en todas direcciones como si temiera que nuevas sombras se irguieran entre la maleza para atacarlo. Su actitud te parece cómica; quizás al fin ha sucumbido al pánico y confunde el paraguas con el Cetme. No abandona su puesto hasta que el portón se ha cerrado por completo. Un relámpago centuplica entonces el resplandor de las farolas. El trueno sólo se demora cuatro segundos.

Te mira fijamente. Jurarías que ahora sí te ha reconocido.

—Estaba muy oscuro, ¿vale? No se veía una mierda y esos pequeños cabrones se habían colado en mi casa sin permiso. ¡Cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar!

No respondes. Lansquenet tiene las pupilas húmedas; su voz vibra con el tono de un diapasón enloquecido. Te gustaría pensar que llora, pero sabes que la lluvia corre por su cara y que está muy asustado; nada más. Des-

encaja la manivela y recoge el paraguas. La mano que sujeta el fúsil tiembla ahora violentamente.

—No soy imbécil —dice—. Yo también tengo ojos en la cara y sé sumar dos y dos.

Te resulta muy chocante. Lansquenete ha comenzado a imitar tus movimientos como prueba de su alegato; quizá con sarcasmo, quizá para demostrar que nada escapa a su escrutinio. Basta con verle caminar de regreso a la vivienda para confirmar positivamente que te ha reconocido. Lansquenete tiene las piernas más cortas que tú. Cada uno de sus pasos, todos ellos iguales, debe de cubrir unos setenta centímetros.

Miércoles, 17 de julio de 2038
27 °C. Cielos despejados

7:55 de la mañana. Alfonso Garzón te está esperando en compañía de un desconocido. Garzón viste su equipo de pocero aficionado. El desconocido parece un obrero de la construcción. Fingen estar a punto de separarse, pero te basta una mirada a las arquetas cercanas, despejadas de barro y desperdicios, para deducir que nada retenía a Garzón en la calle, y precisamente a tu puerta, a la hora habitual de tu salida.

—¡Hombre, Luis, mira qué bien que aparezcas! Justo acababa de encontrarme con un viejo amigo...

Te lo presenta sólo por el nombre de pila: Baltasar. Es un hombre corpulento, de facciones bastas, con barba de tres o cuatro días. Tiene el pelo entrecano, sucio, apelmazado de grasa y sudor. Se ha recogido la parte superior del buzo en la cintura; sólo un chaleco reflectante cubre su torso bronceado. Huele intensamente a sudor. No te estrecha la mano porque tiene ambas ocupadas. Entre el brazo y la axila derechos atenaza un trípode plegado; también lleva un teodolito agarrado por el asa. Con la izquierda sujeta un indicador luminoso de los que se usan para dirigir el tráfico.

Baltasar guarda silencio. Se limita a evaluarte con una mirada hosca antes de ceder a Garzón la iniciativa:

—Baltasar trabaja como peón para los topógrafos subcontratados por el ayuntamiento. Han venido para medir pendientes, alturas de los tendidos y todo eso... Por el engorro del monumento que van a trasladar el mes que viene, ya sabes.

Te señala calle abajo, donde una joven con tejanos y camiseta, seguramente la topógrafa, habla por el móvil mientras otro ayudante con ropa

de faena aguarda a Baltasar junto al portón de un todotorreno. Sabes que Garzón te miente. Debe de llevar horas despejando los desagües y habrá presenciado los trabajos desde su inicio.

—Baltasar es primo segundo de mi difunta esposa. Hace años le ayudé a solucionar un problema relacionado con los honorarios de cierto leguleyo —palmea la espalda del hombretón—. Disfrutas pasando por la oveja negra de la familia, ¿verdad?

Baltasar no sonríe. Reparas en la musculatura de sus brazos bronceados que el chaleco reflectante deja al descubierto. Tiene tatuado un alambre de espino que rodea su muñeca izquierda. Otro tatuaje en el bíceps lo identifica como antiguo legionario.

A Garzón no le pasa por alto tu escrutinio.

—Cárcel, sí, pero bajo el viejo sistema... —te aclara— Desde entonces, ni una simple monitorización. En el fondo es un buen muchacho que llena el puchero como puede. Yo mismo le conseguí este contrato temporal recurriendo a antiguas influencias. Al pobre Baltasar no le llaman demasiado últimamente y está pasando algunos apurillos.

—Vaya —dices—. Lo lamento.

Te estás impacientando. Ya has perdido un tranvía y corres el riesgo de perder el siguiente. Ver a Lansquenet asomado a su ventana, vigilándolos como de costumbre, ya no te produce la misma satisfacción. Preferirías que se despreocupara de ti por un tiempo, que bajara la guardia y se acomodara en su rutina. Tú has decidido hacer lo mismo. Necesitas que la Entidad afloje la presión y la vigilancia sobre ti. Durante el mes que resta hasta la fecha señalada, intentarás comportarte con normalidad y no generar nuevos motivos de sospecha.

—Y suerte que te quedan las chapucillas, ¿eh, Baltasar? —prosigue Garzón—. Siempre anda liado con algún trabajito por aquí y por allá. Me pregunto si tú, Luis, tendrías un encargo para él. Ya sabes, alguna reforma, cualquier cosa de albañilería, pintura, bricolaje sencillo... No sé.

Garzón te mira con fijeza. Sus labios sonríen como de costumbre pero sus ojos irradian una frialdad que no habías contemplado hasta ahora.

—Mira, Luis, no he podido dejar de reparar en que tu casa se ve algo descuida últimamente. Lo entiendo muy bien, no creas... Un hombre solo, sin experiencia en ciertos trabajos, puede ponerse en peligro... Me refiero a que podría hacerse daño a sí mismo asumiendo por orgullo... orgullo masculino, no sé si me explico, una responsabilidad para la que quizá no esté convenientemente preparado —se ríe—. ¡Nadie quiere que te caigas de una

escalera o te des un martillazo en el dedo, amigo Luis! Hay cosas que, simplemente, conviene dejar en manos de los profesionales.

Fuerzas a tus labios a dibujar una sonrisa. Estás tenso como una cuerda de violín. El corazón te palpita desaforadamente. ¿De verdad estáis hablando de lo que crees que estáis hablando?

—No necesito nada, gracias —musitas—. Además, ya sabes que mi situación económica actual no es...

—No te confundas, Luis —protesta Garzón—. Yo me las arreglaría para cargar al presupuesto de la comunidad cualquier reforma que tengas pendiente. Baltasar se encargaría del asunto y liquidaría conmigo el tema de sus honorarios... A ver, un césped bien cuidado, unas persianas limpias, una mano de pintura a la fachada...

Garzón se gira para abarcar con un gesto las viviendas cercanas. Su fregona traza un amplio arco y roza accidentalmente tu brazo. De alguna manera, se las arregla para acabar señalando, como por casualidad, la casa de Lansquenete.

—Hay detalles feos, por decirlo así, elementos perniciosos que dan muy mala imagen a una comunidad honrada —carraspea—. Me refiero, por supuesto, a detalles estéticos que desmerecen el encanto del conjunto. Nadie te culpa a ti de nada, estaría bueno. Eres muy apreciado en este vecindario, mucho más de lo que crees. Sabemos que estás pasando una mala racha y, francamente, no deseamos que empeore... como digo, exponiéndote a sufrir un accidente doméstico. Baltasar es discreto y muy, muy concienzudo; sabe cómo protegerse. Haría en tu lugar lo que fuera necesario, contando siempre con la bendición de los vecinos... de casi todos los vecinos.

Garzón clava en ti una mirada anhelante. De nuevo, sus ojos están llenos de compasión.

—Naturalmente, se trata de tu... tu propiedad. Es tu casa y son tus normas. Jamás se nos ocurriría disuadirte si realmente estás decidido a hacer las cosas a tu gusto. Sólo te rogaría que tuvieras en cuenta nuestra proposición.

Te has quedado anonadado unos instantes. No sabías cómo responder. Jamás te habías planteado abordar el asunto desde esa perspectiva; sencillamente, la Entidad no te habría concedido margen de maniobra para contratar un sicario. La imagen de ese hangar espantoso planea como una sombra sobre tu cabeza y, durante un segundo, te falta poco para abrazar a Garzón. No lo haces. Recuerda la Caja Conclusa; recuerda la fortaleza inexpugnable que es tu mente. Recuerda el frisbee y la citación de la ase-

sora. Ya hay bastantes incidencias inéditas en tu caso para arriesgarte implicando nuevos elementos que no podrías controlar.

«Gracias, pero me encargaré de ese trabajito con mis propias manos» —estás a punto de decir.

—Agradezco tu oferta, Alfonso —dices en cambio—. La agradezco de veras. Pero lo cierto es que no tengo proyectos en mente. Necesito tiempo y tranquilidad, eso es todo.

Crees haber decepcionado a Garzón. Puede que lo hayas imaginado, pero hasta te ha parecido percibir cierto desprecio en su despedida. Alfonso te cae bien; te gustaría haberle dado a entender, con su misma sutileza, que no eres un cobarde y que Lansquenet pagará por lo que hizo. No sabes por qué, en el último momento, decidiste no confiar en él. Quizá sea porque ayer llovió torrencialmente y porque las arquetas de tu calle parecían despejadas. Quizá sea porque las botas de Garzón estaban limpias; su fregona, seca como la lengua de un cadáver.

3. A quién

Sábado, 17 de agosto de 2038
31 °C. Cielos despejados

Tus precauciones han resultado contraproducentes. Ahora lo ves claro: erraste al actuar con normalidad en las últimas semanas y acudiendo escrupulosamente a tu trabajo. Deberías haber simulado más preparativos, más cálculos, más ensayos; fingir que tu proyecto seguía aún en sus fases iniciales. Las aplicaciones predictivas de la Entidad han identificado el patrón, el anticlímax, la calma que siempre precede a la tempestad. Tu mansedumbre sólo ha delatado la inminencia de tu movimiento.

La Entidad te espera. Y así te lo ha hecho saber.

Debes mantener la calma. No todo está perdido. Al menos, cuentas con la razonable certeza de que los detalles concretos de tu plan siguen fuera de su alcance. En caso contrario, nuevos señuelos ya se habrían manifestado para entorpecer tus disposiciones. Todo lo que la Entidad te reservaba hoy era un segundo frisbee y una nueva advertencia, quizás un sólido ultimátum:

«Piénsalo dos veces, piénsalo tres, piénsalo cuatro. Decide si merece la pena arriesgarlo todo. Decide si quieres pensar lo mismo una y otra vez, desde hoy hasta el fin de tus días».

Te ha pillado totalmente a contrapié. Jamás habrías esperado algo así porque no tiene precedentes; nada en los archivos te había preparado para semejante nivel de sutileza. Incluso habrías pasado por alto su mensaje sólo con un poquito más de negligencia en tus obligaciones. Te han estudiado y te conocen; saben que nada dejas al azar. Su ocasión se presentó en los últimos minutos de la jornada, cuando ya habías cerrado el recuento de turistas en 618 y tu compañera estaba a punto de apagar el ordenador y echar abajo la persiana. Algo llamó entonces poderosamente su atención. La persiana se quedó donde estaba y Nagore volvió a acodarse en el mostrador.

—Jo, qué coñazo —musitó—. Como a esos les de por venir, voy a tener que repetir las cosas cincuenta veces...

No respondiste. En realidad, sabías que lo estaba deseando. Nagore ha llevado muy mal el permanecer en la ciudad tras las fiestas de primeros de Agosto. Se aburre, se siente frustrada e irritable; sus motes para los transeúntes han ganado en acidez. Sigue sin recibir respuesta para sus currículos; sus amigos publican fotos de sus vacaciones en las redes sociales mientras ella sigue encadenada a nuestro triste apostadero. Llegan más turistas en estas fechas, sí, pero escasean las caras conocidas. Además, los sofisticados teléfonos, los GPSes y las tabletas hacen casi inútil nuestra presencia.

Esta vez se trataba de un grupo numeroso, veintitrés personas entre hombres y mujeres, todos adultos. Dieciocho de ellos formaban una columna extrañamente coordinada; en fila de a dos, con las manos enlazadas en algún caso. Contaste hasta cuatro sillas de ruedas; los encargados de empujarlas parecían muy concentrados y orgullosos de su responsabilidad. Nada de guías turísticas, cámaras de fotos o teléfonos con GPS. Llevaban gorras de visera, alegres camisetas infantiles, zapatillas deportivas. Algunos lamían metódicamente helados de cucurucho. En general parecían sonrientes y sumisos, aunque sus cinco cuidadores se las veían y deseaban para retener su atención, evitar que trabaran conversaciones absurdas con los transeúntes o corrieran en persecución de sus perros profiriendo extraños ruiditos guturales.

No eran disminuidos psíquicos; eso lo descartaste enseguida. Sus facciones no acusaban taras de nacimiento; sólo, en algún caso, la inexpresividad y el desinterés consecuencia de una medicación agresiva. Pacientes de alguna institución mental, probablemente privada, a juzgar por el número de cuidadores y la calidad de las sillas que transportaban a los más apáticos. Habían escogido para su paseo las primeras horas del atardecer, cuando el sol brilla todavía con fuerza pero el calor se vuelve soportable.

Por lo que respecta a la afición secreta de Nagore, desde luego, representaban la compensación por otro día malogrado.

—Ummm... Doña Traspíes —empezó a recitar con entusiasmo—. Y aquel otro se llama... Capitán Bisojo. Tenemos un Empanado y una... Lenguafuera...

Al principio, no supiste muy bien cómo encararlo. Lógicamente, la mayoría de los internos serían paisanos u oriundos de la provincia. Algunos verían el monumento por primera vez; otros lo habrían visto diez veces y diez veces lo habrían olvidado. Decidiste ser metódico, analizar uno por uno su reacción, fiarte de tu instinto y no presionar el pulsador más veces de las pertinentes.

Desechaste a Doña Traspíes y a Caraturbia... *Click* para Lenguafuera. *Click* para Labiomordido y *Click* para Discursitos. Pasaste por alto al Comodoro Marmota y a Sor Legaña. Y entonces...

Era el decimotercero de la columna; el segundo en silla de ruedas. En su caso, era un cuidador quien la empujaba; le susurraba palabras al oído, restañaba la baba que fluía de su boca entreabierta. Tenía los brazos inertes, los ojos vidriosos, la mirada perdida. Llevaba una llamativa gorra inglesa de cuadros rojos, un viejo chándal y pantuflas. La sombra de la visera no lograba disimular la mancha sin pigmentación en la frente, el vello albino de su ceja derecha. No te vino a la mente un espejo sino, curiosamente, la fotografía de tu ficha policial. Estudiaste sus facciones y volviste a estudiarlas.

«Soy yo» —pensaste.

Eras tú.

No podía ser tú, claro, porque tú eres tú. La Entidad no logró engañarte ni un segundo. Tampoco lo pretendía, seguramente. Todo cuanto experimentaste fue un extraño vértigo, cierta sensación de ingravidez e insustancialidad, como si te hubieran separado por un instante de la existencia para dejarte colgado del vacío. Entendiste su mensaje a la primera. El Estupor. El destino que te aguarda si sigues adelante. La Entidad ha proyectado una imagen de ti como serás dentro de unos meses, unos años, cuando el Estupor haya consumido por completo tu espíritu. Ha lobotomizado ante tus ojos a un Luis Hidalgo futuro para escarmentar al Luis Hidalgo del presente.

Has estado confuso todo el día. No consta en la hemeroteca ningún caso de un distrópico reincidente que haya recibido advertencias o amenazas de la Entidad antes de la tentativa. ¿Qué tienes tú de especial para merecer tres avisos? Mejor dicho: ¿qué tiene de especial Lansquenet para que la Entidad se desmarque de sus directrices fundamentales en aras de su protección? Una vez más, te preguntas cómo logró librarse Leroy de una

pena más severa. Es ilógico, incomprensible: existían sobrados indicios para tumbar sus frágiles eximentes. La LO418/2029 sobre la Propia Defensa y la Inviolabilidad del Domicilio contempla hasta diez años de distrofia para homicidios justificados. Rara vez se han librado de dos o tres años incluso quienes mataron en su defensa a auténticos criminales. Sin embargo, Lansquenet asesinó a dos niños en circunstancias sospechosas y sólo fue monitorizado. En sus declaraciones se mostró antipático y soberbio; incluso tú te percastaste de que el jurado lo aborrecía. ¿Fueron sus miembros coaccionados de alguna manera? ¿Qué sabe Lansquenet, a quién conoce, por qué es tan importante mantenerlo libre y a salvo? Nada en su biografía sugiere grandes influencias. Trabajó duro, nada le fue regalado en su carrera. Su famosa patente no pasaba de ser un parche para alargar la vida útil de los viejos robots. Entiendes que la Entidad haga lo posible por salvaguardar su integridad, pero...

Basta.

Basta.

Basta. No piques el anzuelo. ¿Acaso no ves que te arrastra a su terreno? No hay precedente para lo que estás experimentando, pero debes reconocerlo como lo que es: un falso muro psíquico, un señuelo mental. Sean cuales sean sus motivaciones, la Entidad pretende quebrar tu determinación, inspirarte dudas y sospechas, volverte paranoico. Está plantando fantasmas en tu cerebro porque sabe que sortearás los que plante ante tus ojos. Blinda la mente ante todo excepto el plan. En tu mente, no estás atado a una silla de ruedas, no miras al infinito con los ojos vidriosos y la boca babeante. En el plan, eres el instrumento frío e incorruptible de la justicia.

—Perro Patán... Muñequita... Rodolfo Babosillo... Cejiblanco...

«No mires —te has dicho—. No escuches». La Entidad moldea una prisión de humo, construye jaulas de cristal que sólo detienen al que duda. Cierra los ojos, corre, embiste con todas tus fuerzas y la prisión saltará en pedazos a tu paso.

O eso, o te espachurrarás los sesos contra el muro del hangar.

Domingo, 18 de agosto de 2038
24 °C. Cielos despejados

El plan no puede ser más sencillo, pero conviene que lo repases. En cualquier momento a partir de las tres, los transportistas cortarán la co-

riente general y apagarán las farolas. Llevarás el traje negro; la cara y los pies tiznados con las cenizas que guardaste en un cuenco, dentro de la Caja Conclusa, tras incinerar ceremoniosamente los cuadernos escolares de tus hijos. Te escurrirás con sigilo hasta Lansquenet, camuflado en la oscuridad. Le lanzarás tus dardos de cristal apuntando a la cara y a los brazos. Has practicado mucho con tu diana y crees tener alguna oportunidad si logras acortar la distancia; en todo caso, sería demasiado pedir que alguna de esas heridas resultara mortal. Tu mayor esperanza es acertarle en un ojo, o quizá en un tendón del brazo, lo suficiente para que el reflejo, el sobresalto o el dolor lo fueren a soltar su arma.

Después de eso, sólo restará sepultar la pica de tu paraguas en su mezuquino corazón.

Deberás actuar con mucha rapidez. No consigues imaginar ningún pretexto que justifique tu camuflaje de hollín en la monitorización; la Entidad entrará en estado de alerta en ese mismo momento. No descartas que avise entonces a las autoridades para que recomienden a Lansquenet encerrarse en su vivienda. Ése es y ha sido siempre tu mayor obstáculo: sólo existe un tipo de reincidencia posible para tu crimen particular, sólo una víctima a quien proteger. Si tus cálculos son correctos, contarás con unos cinco minutos hasta que la policía reaccione a la advertencia, envíe una patrulla y haga esa hipotética llamada preventiva.

La Entidad te enviará espejismos; puedes estar seguro. No tendrás tiempo de analizarlos en profundidad, de modo que simplifica y guíate por esto:

El espejismo que trate de animarte es malo. Implicará que la Entidad cree tener a salvo a Lansquenet y te atrae hacia una tentativa condenatoria. Si estos espejismos se acumulan en exceso, deberás plantearte abortar la operación.

El espejismo que trate de disuadirte es bueno. Implicará que la Entidad necesita acobardarte porque cree comprometida la seguridad de Lansquenet. Si estos espejismos se suceden con insistencia, deberás cerrar ojos, oídos y mente y rematar la faena por instinto.

La Entidad es astuta y te conoce: probablemente te desorientará con señuelos contradictorios. En ese caso, procede a ciegas con el plan. El momento en que amenaces a Lansquenet o invadas su propiedad será el punto de no retorno. A partir de ahí, ya no tendrás nada que perder porque lo habrás perdido todo. Mata a Lansquenet, sea falso o verdadero. Golpea y acuchilla. Destruye cuanto se te ponga delante. Quizá, al menos, consigas caer abatido por la policía sin necesidad de recurrir al suicidio.

Pase lo que pase, recuerda siempre que has hecho todo lo que estaba en tu mano. Ahora puedes cifrar tus probabilidades en casi un 17%, y debes sentirte orgulloso. ¡Son tantas las cosas que podrían fallar! Quizá la Entidad haya adivinado tus intenciones y te envíe a un falso apagón. Quizá Lansquenet te vea demasiado pronto y te acribille a balazos. Quizá falles el lanzamiento. Quizá te engañen tus sentidos y Lansquenet no esté donde creas que está... En el peor de los casos, todo será una enorme mentira: no habrá apagón, no habrá generador, ni habrá torre ni habrá rey.

«¿Tú tienes luz aquí?»

Fin de la cita.

Cortes de suministro, repartidores, inspectores, topógrafos... Crees que algo así sería un engaño demasiado elaborado incluso para un artilugio retorcido como la Entidad. Has repasado cuanto te dijo Garzón sobre la instalación del generador y lo has contrastado con lo adquirido de primera mano. Has hecho comprobaciones; incluso llamaste a la empresa suministradora para interesarte por el modelo, facilitaste tus datos y te recomendaron que consultaras a tu vecino sobre su grado de satisfacción con el producto. Denunciaste de nuevo al ayuntamiento la infracción de Lansquenet y te confirmaron que el caso estaba resuelto con la clausura de la puerta interior. No hubo manera de ponerse en contacto con Alfonso desde el día de su oferta. No parece haber nadie en su casa; en su contestador automático, dice que pasará el verano visitando a su familia en el extranjero.

Ninguna de tus comprobaciones es fiable por sí sola; todas en conjunto quizá lo sean un poquito. Ésta es la conclusión a la que has llegado: sólo el último Garzón que viste era un señuelo, lo mismo que el estereotipado matón que te presentó. Chaleco reflectante, teodolito, trípode... todo demasiado previsible. Recuerdas que la topógrafa hablaba por teléfono; era el fin de esa llamada, y no a un inexistente Baltasar, lo que aguardaba el verdadero ayudante. La Entidad aprovechó la ausencia de Garzón para tenderte una trampa preventiva. Seguramente, si hubieras demostrado algún interés por su ofrecimiento, se habrían asegurado de hacerlo explícito para cargarte la tentativa de contratar un asesino a sueldo.

Sólo hay un detalle que te sigue atormentando respecto a Alfonso. En su día, te preguntaste por qué la Entidad no actuó de oficio contra Lansquenet por la instalación irregular del generador. La idea de denunciar la infracción surgió de Garzón espontánea y automáticamente. No se demoró ni medio segundo.

Lunes, 19 de agosto de 2038

18 °C. Cielos despejados

Comienza aquí la **CRONOLOGÍA MONITORIZADA DE TU TENTATIVA:**

Las 3:02 AM pasan a ser el Minuto 0, Segundo 0.

0' 1''. Se apaga la lamparita de noche que habías dejado encendida como chivato. Oscuridad en la calle, tras los visillos de tu ventana. Saltas de la cama; te has acostado desnudo. Buscas la sombra del baúl frente a la cómoda. No la encuentras pero mantienes la calma: el espejismo es bueno. Cierras los ojos, cuentas tus pasos, el tacto de tus manos tropieza con la Caja Conclusa.

0' 15''. Hallas a ciegas la linterna que pegaste a la tapa con cinta adhesiva. La enciendes. El contenido de la Caja Conclusa consiste en: 1. Un Traje Negro. 2. Un Mauser con Bayoneta. 3. Decenas de Cristales Afilados. 4. Un Cuenco de Cenizas. Sonríes. Es bueno que veas un Mauser: la Entidad te hace saber que, intentes lo que intentes, habrá un arma mortal en tus grabaciones en lugar de un inofensivo paraguas. Coges el Mauser. *Sabes* que es un paraguas.

0' 45''. Terminas de abotonarte la chaqueta hasta el cuello. Ya tienes cara, manos y pies tiznados con el hollín. Cierras los ojos. Llenas tus bolsillos con los cristales más largos y afilados que identificas al tacto. Viertes también el resto de las cenizas en los bolsillos para amortiguar su tintineo delator. No olvides dejar la linterna en el baúl; podrías confundir la posición del interruptor y regalar a la Entidad una oportunidad para delatarte.

1' 15''. Abres los ojos. Tus pasos te han llevado a ciegas, sin riesgo de exposición a los señuelos, allí donde debes estar. Más allá de tu porche reina una oscuridad casi absoluta. El resplandor del firmamento perfila las siluetas de los edificios; tu calle es una versión en negativo de sí misma. Miras hacia el sur. La góndola de transporte asciende trabajosamente por la calzada iluminada por sus propios focos y por las linternas y señales luminosas de los operarios que la flanquean y preceden, envueltos en chalecos reflectantes. El convoy se encuentra a unos doscientos pasos de distancia y devora tres o cuatro por segundo. La inmensa pirámide de piedra está esculpida con figuras de granaderos, cañones, caballería napoleónica; un ángel alegórico de la victoria lo corona. Es un buen augurio.

1' 30''. La sincronización ha sido perfecta. La puerta de Lansquenet acaba de abrirse. Avanzas sigilosamente en su dirección. Tus pasos son lentos pero todos iguales. Las plantas de tus pies reconocen las irregularidades

de tu parcela. La cancela decorativa está cerrada aunque *sabes* que la dejaste abierta. Crees que el espejismo es bueno; atraviésala y estarás en la acera.

1' 33''. Tu hombro acaba de tropezar con un obstáculo inesperado. El motor de la góndola y las voces de los operarios amortiguaron el ruido, pero no logras ubicar en tu memoria el origen del error. Cierras los ojos y lo palpas. Parece una especie de cartel atornillado a los postes de tu cancela. Abres los ojos. El rótulo es blanco; el fondo negro, o quizá rojo. Sólo logras descifrar las letras más grandes:

PROPIEDAD EN VENTA

Estás confuso. No logras adivinar el motivo de que la Entidad te ocultara ese cartel durante meses, suponiendo que diga en realidad lo que parece decir. Crees que podrías deducirlo con tiempo para reflexionar sobre ello, pero no lo tienes. Ignóralo, recuerda la tercera directriz y sigue adelante con el plan.

1' 45''. Ahora ves nítidamente a Lansquenet junto a su puerta. Lleva el fusil en la derecha y el paraguas en la izquierda. Lo del paraguas te resulta muy extraño. Llovía la noche de su simulacro, es cierto, pero ahora las estrellas resplandecen en un cielo despejado. ¿Qué otro objeto mortífero trata de ocultarte la Entidad bajo esa forma inofensiva? Imposible saberlo, de modo que adelante. Aprietas con fuerza la empuñadura de tu Mauser.

Parece que os espera un duelo de paraguas.

2' 02''. Como le viste hacer la noche de su ensayo, Lansquenet ha abierto su paraguas y lo mueve en todas direcciones mientras progresa hacia el garaje con las espaldas cubiertas por el edificio. Otro espejismo contradictorio. No dudes; ya estás en medio de la calzada. Deslizas la mano en el bolsillo y agarras el primer cristal.

2' 07''. Te estremeces. Es improbable que te haya visto todavía y, sin embargo, jurarías que Lansquenet insiste en su burlesca imitación de tus pasos. Sus zancadas laterales son mecánicas y precisas: cada una parece cubrir una distancia idéntica a la anterior. No te distraigas. Sientes bajo tus plantas ese pequeño socavón junto a su acera. Ahora la esquina descascarillada de una loseta familiar. Tienes su cancela justo enfrente, a cuatro pasos. Sólo te resta saltarla, agazaparte antes de que reaccione y arrojar tu primer proyectil.

2'10''. Te detienes. Un paso te separa de su cancela. Un paso lo separa a él de la posición del mecanismo. Lansquenet te mira fijamente. Sus ojos están desorbitados de terror. Mueve el paraguas a izquierda y derecha, sin desviar la mirada de tu posición. La sangre parece congelarse en tus venas.

No puedes creerlo... ¡Es imposible que pueda distinguir en la oscuridad la sombra negra en que te has convertido!

2' 15''. No eres una sombra negra. Llevas un chaleco reflectante que resplandece en las tinieblas con las luces cada vez más cercanas del convoy. Tampoco sostienes un paraguas, ni siquiera un Mauser: enarbolas una señal luminosa para dirigir el tráfico. Evocas la Caja Concluida y *sabes* que el espejismo te beneficia. Llevas un traje negro y un paraguas; Leroy todavía no te ha visto. La Entidad sólo intenta hacértelo creer con intención de disuadirte. Repítelo: el espejismo te beneficia.

2' 27''. Escuchas decir a Leroy:

—¡Ni un paso más, hijo de puta! Estoy harto, joder. ¡Ya basta, me oyes, ya basta!

2' 35''. No respondes. El verdadero Leroy no ha dicho nada. No te ha visto. Debes respetar los pasos programados y perseverar en el sigilo. Pon la mano sobre su cancela y sáltala. Atento luego a la trepidación que delatará la apertura del garaje. Veas donde veas a tu enemigo, apunta a la zona bajo la manivela. Quizá el paraguas sea el Cetme y el Cetme sea otra cosa. Quizá el engaño resida ahí. Decídelo sobre la marcha.

2' 40''. Apoyas la mano izquierda sobre su cancela. Hay un tatuaje en tu muñeca. El resplandor de tu señal luminosa lo delata: parece un alambre de espino.

2' 45''. El Cetme apunta en tu dirección. Escuchas decir a Leroy:

—¡He dicho que quieto! ¿Acaso crees que soy idiota? Sé muy bien quien eres y de parte de quién vienes... ¡No muevas un pelo o te abraso a tiros, cabrón!

Su voz está rota. De nuevo jurarías que está llorando. Te cuesta entender el motivo que te impulsa a hacerlo precisamente ahora, pero de pronto necesitas comprobarlo. ¡No tiene sentido! ¿Por qué demonios debería llorar un espejismo amenazador cuyo único propósito es atemorizarte? Quizá, si levantas la señal luminosa, si la pasas por encima de la cancela, alcances a vislumbrar los detalles de su rostro.

2' 50''. Leroy llora, positivamente llora, cuando dice:

—¡Dios, no puedo soportarlo más! ¿Sabéis qué? ¡Condenados niños, puta mierda! ¡Que os den, que os den a todos por el culo!

Aprieta el gatillo. Una ráfaga de detonaciones sacude tus tímpanos como sacude los suyos. Las balas barren la cancela, desmenuzan los huesos de tu mano y destrozan el indicador luminoso. Al menos cuatro de ellas

han atravesado el chaleco reflectante para enterrarse en tu pecho. No sientes dolor. No sientes nada. La bondad o la maldad de este último señuelo han perdido toda trascendencia. Mientras caes, mientras te derrumbas de espaldas dejando como estela cuatro surtidores de sangre, simplemente recuerdas.

Recuerdas por qué Lansquenete mueve su paraguas abierto, por qué lo usa como pantalla táctil contra posibles agresores que sus sentidos podrían ocultarle.

Recuerdas por qué sus pasos, como los tuyos, eran todos iguales.

Recuerdas la razón de que debiera verte cada día.

Sobre todo, recuerdas por qué era tan necesario que te matara esta noche.

2' 55''. Ya no yaces en el suelo herido de muerte. Ni eres Luis Hidalgo ni eres Baltasar. No tienes cuerpo. Ni estás vivo ni estás muerto. Presencias ahora el último acto programado de tu plan. Ves el cañón del Cetme acercarse a tu boca. Lo ves de la única forma en que realmente lo has visto todo desde el principio: a través de los ojos de Leroy Lansquenete. Leroy aprieta el gatillo de su ametralladora y una sustancia gelatinosa se derrama sobre su lengua desde la pistola de silicona. Su llanto se ha ahogado en la sorpresa, o en el bochorno, o en el horror. Quizá, simplemente, lo ahogan ahora las sirenas policiales que se aproximan.

3' 10''. Ya está hecho. Es hora de abandonarse. Es hora de permitir que el lastre de construirte con palabras se derrame de ti en columnas de datos, en filas interminables de números y códigos binarios, en algoritmos y estadísticas. Es hora de dejar de ser tú y volver a ser ello, a ser yo. El objetivo ha sido alcanzado con éxito. Propósito y tentativa quedan registrados en la grabación. *Lansquenete*, *Leroy* ha reincidido en su delito.

Lunes. 14/08/2038. 3:05:10 AM.

FIN DEL PROGRAMA.

Epílogo: el quién

Viernes, 15 de noviembre de 2039

2 °C. Cielos cubiertos. Alta probabilidad de heladas matinales

Estás aterido, agotado y confuso. El frío y la humedad de noviembre se han infiltrado hasta el mismo tuétano de tus huesos. La tarjeta tiembla en-

tre tus dedos insensibles cuando se la muestras a tu benefactora por enésima vez. Ella la mira con conmiseración y hace un nuevo amago de apropiársela. Te tensas, sacudes la cabeza y la alejas bruscamente de su alcance con un mohín de irritación.

—Está bien, Julián —te dice—. Enseguida haremos esa llamada y vendrán volando a recogerte. Tú sólo disfruta la infusión y no te sulfures, ¿de acuerdo?

«Julián». No te reconoces a ti mismo en el nombre que corona la nota. Tampoco recuerdas el significado de la palabra en mayúsculas —«ALZHEIMER»— que abre el segundo renglón junto a un número de teléfono. Todo cuanto sabes con certeza es que no debes perder esa tarjeta ni tolerar que nadie la toque con sus manos.

—¿Se está mucho más a gusto aquí, calentito en mi cocina, que vagando sin rumbo con este frío, verdad? —deposita en la mesa, frente a ti, una taza humeante que desprende un aroma a vahos de eucalipto y almendras amargas—. Has tenido mucha suerte de que fuera yo quien te recogiera en aquel descampado y no cualquier sinvergüenza.

¡Qué mujer tan cargante! Te impacienta, te irrita; hasta su sonrisa te parece empalagosa. Se dirige a ti con el tono que se emplea con los niños. Es todo muy extraño: no reconoces este lugar; apenas recuerdas cómo has llegado hasta aquí, pero su rostro sí te resulta familiar. ¡Ya está! Se parece muchísimo a esa cuidadora del geriátrico cuyas «eutanasias piadosas» tanto revuelo mediático levantaron meses atrás. Crees recordar que la fiscalía consiguió inculparla de catorce asesinatos por sobremedicación deliberada. 14. Repítelo y repítelo de nuevo con palabras: catorce. Te sientes muy orgulloso cuando el nombre destella en tu mente con letras de imprenta. Se llamaba Lourdes Salaberría.

«No seas aprensivo» —te dices—. «Lourdes Salaberría fue declarada culpable y llevará meses encerrada en un presidio. Ahora ya no puede hacerle daño».

Tiendes confiado la mano hacia la taza. Hay un dato inquietante sobre los presidios que pugna por abrirse hueco en tu memoria pero, en verdad, te mueres por tomar algo caliente. Te llevas la taza a la boca acunando su tibieza con ambas manos. Hay un resplandor febril en los ojos de la mujer; su labio inferior se estremece de ansia bajo una pátina de humedad. No te importa; sólo bebes y bebes hasta apurar la infusión.

Salaberría, Lourdes: la tipografía de esas dos palabras se superpone en tu memoria a la fotografía de su ficha policial. Te cuesta aceptar que sea tan imprudente, asimilar su falta de sensatez. Pero sabes también que,

como tú, se considera instrumento de un poder superior que dirige sus actos en este postrero gesto de misericordia. Las ineludibles consecuencias, el castigo inmediato y cierto, nunca importan para ella, para todos ellos, cuando sienten palpar en sus venas el pulso iridiscente de un destino manifiesto y sublime.

Recuerda, por ejemplo, a Leroy Lansquenet.

Lansquenet, Leroy (Lyon 1986-Estupor 2039): Antiguo ingeniero de procesos sentenciado a Distropía por el doble asesinato de Cora y Roberto Hidalgo, ambos menores y vecinos suyos, durante el transcurso de una travesura infantil que desembocó en allanamiento de morada.

Lansquenet posee un carácter inestable pero extraordinariamente calculador. Su estratagema de sustituir la bombilla del sótano por otra fundida casi logró burlar a la policía científica y sembrar una duda razonable sobre la visibilidad en la escena del crimen. Su sangre fría, su soberbia y su absoluta falta de arrepentimiento escandalizaron a la opinión pública y calaron hondo en el jurado popular. Tras sólo diez minutos de deliberación, su portavoz se declaraba «profundamente consternado por una acción tan despreciable» y enfatizaba que, si la ley lo permitiera, no habrían dudado en recomendar como pena el Estupor.

Luis Hidalgo, el padre de los menores fallecidos, quedó recluido en una institución psiquiátrica a causa la crisis nerviosa a la que sucumbió tras un intento fallido de tomarse la justicia por su mano. Seis meses más tarde, Hidalgo regresa aparentemente recuperado para volver a instalarse en su antiguo domicilio. Lansquenet, que ha esquivado hasta entonces a todos los señuelos generados para tantearlo, confirma en Internet la noticia del alta médica y puesta en libertad de Hidalgo bajo pena de Distropía. Su recelo inicial por lo que considera una nueva añagaza comienza a tambalearse conforme, semana tras semana, ve tender a su enemigo un cerco elaboradísimo en torno a su persona.

Hidalgo lo desafía, se exhibe, lo aguijonea con inocentes ardidés al filo de la legalidad, conspira con otros señuelos en su presencia. La intervención ocasional de las autoridades y la indiferencia sistemática de la Entidad ante lo que parece un acoso declarado, siembra en su mente la sospecha de una conspiración institucional en su contra. Finalmente, el 19 de agosto de

2038, la paranoia triunfa sobre la desconfianza. Tras confundirlo con un sicario a sueldo de su enemigo, Lansquenet abre fuego sobre un operario de la construcción desarmado, correctamente señalado y con pleno derecho a encontrarse donde se encontraba.

Naturalmente, el verdadero Luis Hidalgo jamás se recuperó anímicamente de su tragedia. Fueron las aplicaciones predictivas de la Entidad, sofisticados programas que rastrean vulnerabilidades en el sistema inspirándose en casos reales y proyectando escenarios futuros mediante el procesamiento masivo de datos y estadísticas, las que orquestaron los movimientos de los señuelos.

El programa rector en el caso concreto de Hidalgo combinaba la estrategia básica del ajedrez con el análisis de conductas cotidianas recogidas a través de las webcam de distintos enclaves turísticos. Durante la mayor parte del tiempo, su funcionamiento se ceñía al volcado de los datos imprescindibles para apuntalar su caracterización como homicida en ciernes: «has hecho esto, has visto lo otro, has comprobado aquello». Credibilidad y coherencia interna resultaban imprescindibles para superar el escepticismo de Lansquenet. Así, la limitación de los archivos informáticos sobre Hidalgo se parcheaba con argumentos más o menos elaborados: el señuelo sufría amnesia y un bloqueo emocional, su obsesión por los datos procedía de una pasada experiencia laboral y de un «estado mental alterado». Todo ello apuntalaba la cohesión interna de su historia, una historia que sólo cobraba existencia «real» y quedaba registrada en las grabaciones a través de los ojos de Lansquenet.

Tal fue el argumento clave de la acusación. En ningún momento realizó el señuelo Hidalgo un movimiento abiertamente agresivo hacia el acusado. Las palabras que cruzó con otros señuelos no llegaron a sus oídos: fue la paranoia de Lansquenet la que dictó a sus bocas palabras de conspiración. El señuelo decisivo ni siquiera tenía el aspecto físico de Luis Hidalgo, cuya mera presencia como padre de las víctimas podría haber sido interpretada como amenaza por la defensa. Tras certificar sin asomo de duda su incapacidad de controlarse o juzgar con ecuanimidad una situación de amenaza hacia su persona, Leroy Lansquenet es declarado culpable y sentenciado perpetuamente al Estupor.

Eso es; recuerda a Leroy y la trascendencia de los números. Tu benefactora sonrío cuando depositas la taza vacía sobre la mesa; se lame los labios y busca en ti los primeros síntomas de intoxicación. Le devuelves la mirada a tu asesina, toses, inventas un hilo de sangre que mana de tus labios...

...catorce fueron las víctimas de Lourdes Salaberría. Catorce es también el número de turistas que has descontado cada día de tu conteo rutinario en la Plaza de la Patrona...

...te doblas sobre ti mismo, gimes, te derrumbas y mueres otra vez. Al segundo siguiente, la taza está llena de nuevo, milagrosamente intacta, frente a la silla vacía de la que tu cuerpo acaba de desvanecerse.

> Víctimas anteriores de Salaberría, Lourdes: Catorce.

> Víctimas futuras de Salaberría, Lourdes: Cero.

Disfrútalo, saboréalo. Todo se reduce a esto. No se trata del crimen, tampoco del castigo. En el ámbito virtual donde te reconoces, despejas la X de tu identidad durante esa fracción infinitesimal de existencia en la que logras sentirte vivo. Sólo eso: un efímero chasquido de electricidad cautiva dibujando en ríos de silicio una corriente microscópica de unos y ceros que, en palabras, sonarían más o menos como sigue:

Es hermoso cuadrar las cuentas.

Viernes. 15/11/2039. 19:08 PM.

FIN DEL PROGRAMA.

Tellus

JOSÉ ÁNGEL MENÉNDEZ LUCAS

*Permaneces, aunque
no a ojos llenos.*

Masika Boulak entró en la cabina del rover y cerró la puerta con fuerza. Depositó en el asiento del copiloto el torso machacado del robot y apartó con rápidos manotazos los residuos de polvo y arena que lo cubrían. El compartimento de control en el pecho metálico estaba bloqueado; la tapa deformada por los golpes no quería abrirse. Maldijo entre dientes y golpeó con rabia el torso. Rebuscó frenéticamente en el salpicadero sin encontrar nada que le sirviese. ¿Dónde estaba la caja de herramientas? Bajo el asiento del conductor. La abrió y revolvió hasta encontrar un destornillador plano. Introdujo la punta en uno de los rebordes del compartimento y empujó con todas sus fuerzas. La tapa se resistió, imperturbable. Un nuevo empujón y por fin cedió. Masika tecleó torpemente una secuencia en el panel de control interno. No hubo respuesta. ¿Se había equivocado al pulsar por la falta de precisión que le provocaban los gruesos guantes del traje de trabajo exterior? Volvió a introducirla más despacio, obligándose a no pensar en lo peor. Nada.

Recuperó un cable de conexión SPD de la caja de herramientas y unió el puerto del panel del robot a la salida del vehículo. Cuando encendió el motor, el ronroneo eléctrico apenas fue audible en el interior del casco. Temblando, respiró para calmarse e introdujo la secuencia una vez más. La pantalla del navegador informó de que se había establecido una nueva conexión.

—¿Estás ahí, Dyeh? —preguntó la mujer.

El sistema de radiofrecuencia del traje transmitió las palabras al navegador, que las convirtió en texto y envió la información a través del cable hacia el interior de los restos del robot. Tras lo que pareció una eternidad, una respuesta realizó el viaje inverso y una neutra voz sintética se escuchó a través del sistema de audio del casco.

—*¿Dónde si no? Experimenté un fallo del sistema de más del ochenta y siete por ciento. Los protocolos de emergencia apagaron todo. Me conectaron a la pila.*

Masika respiró aliviada y una lágrima se le escapó inadvertidamente.

—*¿Qué sucedió?* —preguntó la voz artificial.

—Dejamos de recibir la señal de la estación de comunicaciones que estabas reparando y envié un dron de reconocimiento para investigarlo. Un meteorito había impactado en ella, haciéndola pedazos, así que salí de inmediato a buscarte.

—*Eso significa más reparaciones que hacer.*

—Está más allá de lo reparable, totalmente inservible. Tendremos que esperar al siguiente envío de suministros o fabricar todo de nuevo.

—*¿Inservible como yo?*

Masika sonrió. El humor negro era algo que no había programado en aquel Sistema Autoconsciente Codificado experimental y un claro signo de que el nuevo algoritmo de aprendizaje sin restricciones estaba dando sus frutos.

—Tu cuerpo sí, está claramente más allá de la recuperación. Pero lo importante se ha salvado. Qué me dices, ¿quieres un nuevo cuerpo de roboscout o prefieres probar algo nuevo?

—*Roboscout.*

—De acuerdo. Voy a ponerme el exoesqueleto y recoger el meteorito para Paul. ¿Qué te parece si después te dejo conducir el rover de vuelta a Base Uno?

—*Disfrutaré de cualquier tarea. Este periodo de inactividad absoluta forzosa, ¿es lo que se experimenta cuando habláis de estar muertos?*

A la mujer se le escapó una risita que el navegador no tradujo.

—No sabría decirte. Nunca he estado muerta.

Salió al exterior y contempló el enorme cráter a sus pies bajo la mortecina luz del atardecer. Todo aquel inmenso páramo disponible y el meteorito fue a impactar justo donde podía causar más daño, en la instalación que albergaba una de las dos antenas que enlazaban con sendos satélites en órbita. Sin ellas, las comunicaciones interplanetarias resultaban imposibles. Era también la localización del repetidor local del cuadrante, con lo cual una importante zona se había quedado sin comunicaciones. *Ni hecho a propósito*, se permitió pensar Masika.

★ ★ ★

—¿Masik....

El crepitante sonido restalló por el sistema de audio del casco en cuanto el rover entró de nuevo en la zona con cobertura.

—Sí, estoy aquí.

—*Masi es tú? Te ne í ahora.*

—Os recibo muy mal. Me dirijo a Base Uno y nos os vais a creer lo que llevo.

—*Masik erra. Repe se Dos...*

—¿Pero qué diablos le pasa a la señal de radio?

Una intensa ráfaga de estática fue la única respuesta que obtuvo.

—Dyeh, ¿puedes mejorar la calidad de la señal?

—*Suceso electromagnético en curso.*

—¿Qué quieres decir con...

Dejó la pregunta en el aire cuando sus propios ojos le ofrecieron la respuesta que estaba buscando. A través del parabrisas pudo contemplar cómo un nuevo meteorito surcaba el oscuro cielo envuelto en llamas. ¿O sería...? ¡No!

—¡Dyeh, sobreimpresiona en mi visor la posición de Base Uno!

El rombo que señaló la ubicación de Base Uno coincidía con el destino inmediato del meteorito y, como si de la mira de un sistema armamentístico se tratara, acogió el impacto y la posterior nube de polvo que desencadenó.

—¿*Cambiamos rumbo a Base Dos?*

—No —consiguió articular a duras penas la mujer—. Seguimos hacia Base Uno.

★ ★ ★

Faltaba poco para el amanecer cuando Masika consiguió llegar a Base Dos. Se congratuló de haberla construido de forma subterránea, como parte de las pruebas de colonización, y de haber decidido convertirla en la práctica en su base de operaciones real. Base Uno había quedado totalmente destruida, junto con la mayor de las dos antenas satelitales. La lista de pérdidas era cuantiosa: uno de los cinco rover, la totalidad de la sección hidropónica primaria, todo el equipamiento para telecomunicaciones in-

terplanetarias, la parte de la maquinaria de fabricación que aún no habían trasladado al nuevo emplazamiento, cerca de una treintena de robots estándar y la mitad de las reservas de agua, oxígeno y combustible. No pudo verificar si alguno de los miembros de la misión se encontraba entre los restos humeantes del complejo pero la presencia de los restos de un único rover le daba esperanzas de que no fuese así.

Hacia rato que había entrado dentro del área de cobertura del Hormiguero, como llamaban entre ellos a Base Dos, pero prefirió no romper el silencio de radio y esperar hasta llegar físicamente. Las compuertas exteriores se abrieron y el rover entró hasta la primera de las esclusas de aire. El compartimento se selló y, mientras descendía, se inició la sustitución del aire exterior por una versión respirable. Cuando en el visor apareció la señal que indicaba presión y composición aceptables, Masika se liberó del casco e inhaló una profunda bocanada de aire, tratando de tranquilizarse.

La esclusa llegó al fondo y de nuevo se abrió la compuerta. Condujo el rover por los doscientos metros de sección de tránsito y accedió a la segunda esclusa, que hacía también las veces de garaje. Los otros tres rovers estaban allí y sintió que parte de la presión que le oprimía el pecho desaparecía. Tan pronto como se cerró la compuerta por la que había entrado, Antoine accedió al garaje desde la puerta que comunicaba con el resto de las instalaciones. Masika salió del rover y le dirigió una mirada preocupada.

—Estamos todos a salvo —aclaró él, conocedor en profundidad de los gestos de la mujer. Ella respiró aliviada y su cuerpo se destensó visiblemente—. ¿Conseguiste recuperar a Dyehuty?

—Por los pelos. Si no hubiese sido por la pila que añadí al diseño, se hubiese perdido toda su evolución.

—Entonces me desdigo. Esa absurda pila tuya resultó no ser tan absurda.

Masika sonrió sin ganas y se quitó los guantes.

—Reúne a todos. Tengo algo importante que comunicaros.

—Ya están todos en el comedor. Aquí también ha habido noticias importantes. Al poco de que salieses a investigar el meteorito, recibimos una comunicación. Cinco palabras: «MISIÓN TELLUS CANCELADA. EVACUEN INSTALACIONES».

—¿Evacuarlas para ir adónde exactamente?

—Sirvió al menos para que Anja y yo abandonásemos Base Uno a tiempo. Porque Base Uno...

Masika negó con la cabeza y maldijo entre dientes. Tras recoger un fragmento metálico de la zona de carga del rover, salieron del garaje.

Los restantes catorce miembros de la misión esperaban en el espacio común que empleaban como comedor, centro neurálgico de la vida de la comunidad. Todos ellos estaban de pie y en sus conocidos rostros Masika pudo ver el mismo nerviosismo e incertidumbre que reflejaban cinco años atrás, justo antes del lanzamiento. La alegría de los contados adornos navideños y el cartel de «Bienvenido 2048» contrastaban con la pesadumbre que casi podía respirarse.

—¿Base Uno? —preguntó Olga, la especialista en ingeniería y sistemas, apenas vio entrar a su comandante.

—Completamente destruida. —Un coro de lamentos y maldiciones recorrió el grupo.— Y hemos perdido los dos satélites.

—Podemos construir nuevas antenas, esa parte del equipo ya la habíamos desplazado. En una semana...

—No, no lo entiendes, Olga —arrojó el fragmento metálico sobre la mesa y el ruido pareció romper la tensión reinante. Grabada sobre el metal, la fragmentaria leyenda «Ius II» no dejaba lugar a dudas—. Han utilizado los satélites para destruir las antenas. Fabricar nuevas será inútil, ya no hay nada allí arriba con lo que contactar.

—Hijos de...

—Se han asegurado de borrarlos del mapa destruyendo lo que pensaban que seguía siendo nuestra base de operaciones. Con el mismo movimiento han eliminado la posibilidad de que algún hipotético superviviente pudiese crear una situación incómoda poniéndose en contacto con la Tierra.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Anja, la bióloga del grupo.

Masika miró lentamente a sus compañeros, midiendo bien las palabras que pronunciaría a continuación. Sabía que confiaban en su liderazgo y que lo que estaba a punto de decir condicionaría la hoja de ruta del resto de sus vidas, durasen lo que durasen.

—Adaptarnos a las circunstancias y seguir con nuestro trabajo. Vinimos aquí porque creemos que esto es importante y sabíamos que podía ser un viaje sin billete de vuelta. Es evidente que ya no contaremos más con apoyo externo; pero también es cierto que si creen que realmente han acabado con nosotros, no nos molestarán más. Quiero tener cuanto antes un inventario actualizado de lo que tenemos. Partiremos de ahí y seguiremos con la misión hasta que ya no podamos hacerlo, como siempre pretendi-

mos. La única diferencia es que no dependeremos más de la Tierra. Acaban de convertirnos en la primera Nación de Marte.

I

Cuarenta y dos grados en abril. Ni siquiera el ambiente climatizado de su despacho conseguía reducir la sensación pegajosa que le había dejado atravesar el horno en que se había convertido Ginebra. Antía Soler aún recordaba cuando en su niñez algunos políticos negaban la posibilidad del cambio climático, cómo las potencias mundiales reclamaron su derecho a seguir contaminando y destruyendo el equilibrio planetario con la excusa del desarrollo. Insensatos. ¿Dónde les había conducido todo aquello? El caso de su oficina era buen testimonio: las Naciones Unidas tuvieron que abandonar su orgullosa sede neoyorkina en el 53, ante la clara disyuntiva de cambiar los coches oficiales por góndolas y dotar de escafandras a los ujieres de la recepción o mudarse al Palacio de las Naciones, la oficina de Ginebra que había sido construida originalmente por la Sociedad de Naciones. Y catorce años después allí seguían, en una Europa cuyo clima ningún caribeño extrañaría.

Arrojó la chaqueta y el bolso en el tresillo junto a la puerta y se desabrochó dos botones de la blusa mientras se abanicaba con la mano. Su asistente virtual se manifestó en forma de holograma en cuanto ella se acercó a la mesa de trabajo. Tenía el aspecto de un joven de unos treinta años, con la cara afilada y unas prehistóricas gafas de concha a juego con su atuendo, que parecía sacado de principios de siglo. Antía había diseñado el avatar basándose en los recuerdos de alguien a quien había conocido en su niñez y quedaba patente en su incontestable aspecto retro.

—*Buenos días, madame. La encuentro fatigada. ¿Se encuentra en disposición de comenzar los trabajos?*

Sabía que aunque se tratase de un holograma, la preocupación que demostraba por su estado era genuina. No del avatar en sí, evidentemente, sino de la parte del Sistema Autoconsciente Codificado de la O.N.U. que tenía asignado como personal de apoyo. A partir de su temperatura, cadencia de movimientos, lenguaje corporal y otra docena de medidas biométricas automáticas, había determinado que no estaba en un estado óptimo.

—Es el maldito calor, nada serio. —Pensó en sentarse pero la idea de lo que su acalorado cuerpo haría al entrar en contacto con el cuero del asiento le hizo desechar la idea temporalmente—. ¿Tenemos noticias de la Alianza?

—*Estamos en el mismo punto muerto de anoche. Pretenden ejercer su derecho de veto sin importar las amenazas veladas de la Unión.*

Antía sonrió ante el eufemismo de su asistente. Recordó a Charles Lame, el representante de la Unión Euromediterránea, gritando como un energúmeno, con las venas del cuello a punto de explotar y jurando que barrerían con nucleares cada centímetro cuadrado de la Alianza Chinoindorrusa. Afortunadamente, lo había hecho en aquel mismo despacho y no en un lugar donde pudiese haber trascendido al público.

—Contacta con Oleg Kozlov. Quiero entrevistarme con él esta misma mañana. Y cita a Sir Charles Lame y a Wen Jian media hora después. Cuando lleguen, hazlos esperar fuera. Quiero que vean salir a Kozlov de mi despacho.

El viejo ruso era un buen amigo tanto de Antía como de las Naciones Unidas y cabeza del ejército privado más importante del planeta. De hecho, su fuerza militar era la mayor del planeta, privada o no. En las misiones de las Naciones Unidas de la última década, gran parte del contingente de infantería desplegado lo habían formado SACos Azules proporcionados por la organización de Kozlov. Así que el mensaje que la Secretaria General iba a lanzar a los representantes de la Unión y la Alianza era muy claro: si estaban decididos a hacer estallar la tercera guerra mundial que la Humanidad había conseguido evitar durante doce décadas, no iba a ser durante su mandato. Con la capacidad operativa de las tropas corporativas de su lado, la O.N.U. podía desmantelar el poder ofensivo de los dos bloques de forma rápida y quirúrgica. Tras ello vendrían las sanciones y el descrédito de sus líderes, algo que ninguno de los antagonistas podía permitirse en la coyuntura que atravesaban.

—*Hecho* —informó el SAC—. *El señor Kozlov ha accedido a entrevistarse con usted a las doce en punto. Las delegaciones de la Alianza Chinoindorrusa y la Unión Euromediterránea han sido citadas para las doce y media, tal como ordenó.*

—Muy bien. Ahora sólo tenemos que conseguir que no empiecen a apretar botones en las próximas dos horas. ¿Puedes saturar sus canales diplomáticos con todo el papeleo que se te ocurra?

El avatar esbozó su media sonrisa característica. Al SAC le seguía resultando llamativa la tendencia de la Secretaria a emplear viejas expresiones como «papeleo», cuando toda la burocracia había sido digitalizada varias décadas atrás.

—*Hecho.*

—¿Mapas actualizados? —preguntó burlona.

—¿*Hace falta preguntarlo?* —replicó el avatar siguiendo el conocido juego y desvaneciéndose.

La Secretaria General de las Naciones Unidas dejó que el cansancio ganase la partida y se sentó en el sillón de cuero, arrepintiéndose en cuanto lo hizo. Era estúpido esperar a estar «sola»; el SAC seguía monitorizándola todo el tiempo, estuviese presente o no el avatar, pero los antiguos instintos de primate le impedían mostrar debilidad en la presencia de otros, por más virtuales que fuesen. Dio una orden vocal que activó el despliegue de un mapamundi holográfico sobre la mesa. Mostraba un sinfín de iconos en todos los colores imaginables; algunos de ellos latían, llamando su atención sobre los cambios sufridos desde la última consulta. No le sorprendió que muchos coincidiesen con instalaciones militares clave de las dos potencias al borde del conflicto. Con hastío, comenzó a revisar la situación.

* * *

El avatar apareció sin haber sido convocado, segundos después de que Antía notase cierto alboroto procedente del exterior.

—¿Ya son las doce? —se sorprendió Antía.

—*Once y diecisiete* —puntualizó su asistente—. *Debemos iniciar el protocolo de aislamiento inmediatamente.*

—¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

El avatar se dirigió hacia las puertas, urgiendo a la Secretaria General a acompañarlo con su lenguaje corporal.

—*No estamos seguros aún pero debe ponerse a salvo como medida preventiva.*

—¿Han tenido las santísimas narices de comenzar una guerra? —gritó iracunda Antía.

El avatar comenzó a refregarse las manos nerviosamente mientras miraba una y otra vez hacia las puertas del despacho.

—*No creemos que tenga relación alguna con el enfrentamiento diplomático en curso.* —El final de la frase quedó parcialmente silenciado por una potente sirena que comenzó a ulular, lenta y grave, en el exterior del Palacio de Naciones—. *Por favor, hay que evacuarla.*

Las puertas se abrieron y entraron en el despacho los dos fornidos guardaespaldas destacados en su seguridad personal, que se sumaron a las

peticiones del SAC. Antía reunió la fuerza de voluntad necesaria para incorporarse y se dejó guiar por ellos a través de pasillos y escaleras de la sede, rumbo al bunker subterráneo. La sirena había cesado y fue sustituida por un silencio antinatural en un edificio como aquel, que habitualmente bullía de actividad; sólo alguna orden gritada en el exterior rasgaba la presión del silencio, aumentando la sensación de que algo iba realmente mal.

En la sala principal del bunker ya se encontraban otros altos cargos junto a un buen puñado de embajadores. Ninguno de ellos sabía realmente lo que estaba sucediendo y centraban su atención en la pantalla que presidía la mesa de reuniones, por más que fuese el logo de las Naciones Unidas lo único que mostrase. Antía se disculpó brevemente con ellos y se dirigió al diminuto despacho destinado al Secretario General. Una vez dentro, invocó a su asistente personal, cuyo busto apareció en la minúscula pantalla junto a la entrada.

—Quiero saber porqué se nos ha aislado aquí abajo. Ahora.

El rostro digital del SAC dudó por un momento, sopesando la conveniencia de adelantar información no convenientemente elaborada.

—*La sede está expuesta a un potencial riesgo de ataque inminente* —se arriesgó a decir.

Antía frunció el ceño. En aquella sala no existían los elaborados sensores de las instalaciones ordinarias, así que el SAC no podía saber que la Secretaria General estaba a punto de rebosar el vaso de su paciencia. Respiro lenta y profundamente, templando los nervios. No era oportuno que sus colegas la escuchasen gritar en un momento como aquel.

—Evidentemente. Ese es el escenario en el que se activa el protocolo en el que estamos metidos. Ahora, lo que quiero que me expliques pormenorizadamente es el motivo que ha desencadenado el escenario. Sin rodeos.

La imagen del avatar asintió y desapareció de la pantalla, que pasó a recoger la imagen de una cámara que enfocaba a la sección semicircular del patio lateral del Palacio de las Naciones, donde se encontraba la Esfera Armilar. Allí, reluciente al sol de mediodía, estaba posado algo que más parecía una nave espacial que otra cosa.

—*Hace doce minutos el objeto que puede verse en pantalla apareció sin previo aviso en el lugar en que ahora se encuentra. Fue localizado de forma ocular por varios miembros de la sede que dieron la alarma. No sabemos qué es, cómo ha llegado hasta ahí, de dónde ha venido, sus pretensiones o si, simple y llanamente, va a explotar.*

Antía se rascó la barbilla, desconcertada.

—Pensaba que teníamos mecanismos que nos alertan del acercamiento de aviones, misiles y hasta mariposas si me apuras.

—*Así es.*

—¿Y cómo explicas esto?

—*No lo hago.*

Antía intentó recordar el procedimiento estándar ante una situación similar pero no le parecía que estuviese contemplado que nada llegase, literalmente, hasta su patio trasero sin tener la correspondiente autorización. La superficie de aquello parecía metálica, bien pulida. Su forma recordaba al clásico Centro Antonin Dvořák de Praga. No había insignias ni distintivos que permitiesen averiguar su pertenencia a algún país, corporación o grupo de intereses. ¿Podría tratarse de algún nuevo juguete de Oleg? Pero su viejo amigo no era partidario de espectáculos innecesarios y menos del tipo que implicasen provocar serios problemas de seguridad o la posibilidad de ser aniquilado de forma preventiva.

—¿Ha realizado algún contacto o intento de comunicación?

—*Negativo.*

—Ponlo en la pantalla de la sala de reuniones en cuanto salga. Y, aunque supongo que ya lo habrás hecho, cancela las reuniones con Kozlov, Lame y Wen. —El rostro de su asistente volvió a ocupar la pantalla, sonriente mientras realizaba un leve asentimiento—. Ya sé que mi opinión no cuenta para nada en esta coyuntura, pero transmítele a quien esté al mando de las fuerzas que deben estar apuntando sobre ese objeto todo el poder de fuego de varios kilómetros a la redonda, que preferiría que no se tomasen medidas de ataque hasta que no se demuestre que es claramente hostil. No me gustaría que un gatillo fácil nos arrastrase a lo que hemos estado intentando evitar las últimas semanas... Toca en todas las puertas y comprueba con discreción si alguien sabe algo o se comporta de forma extraña respecto a esta situación. Mantenme informada de cualquier mínimo detalle o cambio en la situación, lo consideres relevante o no.

La pantalla se apagó. La Secretaria General se apoyó en la mesa. Faltaban un puñado de meses para que su mandato terminara. Si la situación geopolítica no hubiese sido tan condenadamente delicada, habría dimitido hacía semanas; pero no podía sumar la pequeña ola de inestabilidad que su dimisión supondría a la marejada que ya estaba batiendo las costas. Y ahora esto.

Buscó con la vista su bolso, sin encontrarlo.

—Haz que alguien suba al despacho y recupere mi bolso y mi chaqueta —dijo en voz alta mientras se incorporaba y se dirigía a la puerta.

★ ★ ★

La figura salió del objeto por el centro de su parte inferior, levitando en medio de un haz de luz que de allí surgía. A Antía le trajo a la mente un parto, pero estaba convencida de que a sus acompañantes masculinos les sembraría algo más escatológico. Cuando salió de debajo del vehículo, la cámara acercó el zoom y pudieron contemplar un robot, un modelo de hacía unas tres décadas, antropomorfo, posiblemente un explorador por la ligera construcción de sus líneas; definitivamente terrestre. Cierta alivio circuló entre los presentes en la sala de reuniones del bunker: la posibilidad de que se tratase de una especie alienígena se acababa de evaporar, todo quedaba en un asunto local. El robot avanzó hacia el edificio con los brazos en alto y paso lento. En un punto se detuvo bruscamente, posiblemente porque alguien se lo había ordenado so pena de hacerle más agujeros que a un colador. No parecía portar armas ni ningún otro objeto.

—¿Qué está sucediendo? —exigió saber Antía—. ¿No podemos tener audio de ese punto?

—*Se le ha pedido que se identifique y exponga sus peticiones.* —Tras una pausa de varios segundos el SAC de las Naciones Unidas continuó—. *Ha solicitado hablar con la Secretaria General de la ONU. Insiste en que sólo establecerá un diálogo con ella.*

La sala se llenó de murmullos. Algunas voces pedían que se neutralizase la amenaza de forma preventiva, otras especulaban sobre qué país o grupo de intereses podría estar detrás de semejante parafernalia. La Secretaria General meditaba la situación desde otra perspectiva. No encajaba que un robot arcaico como aquel hiciese su aparición en un vehículo aparentemente más sofisticado de lo que se conocía. Tenía sentido que pidiese hablar con ella precisamente por haber aterrizado allí, pero no se le ocurría ningún buen motivo por el que semejante encuentro debiera producirse.

—¿Se ha observado algún arma o similar en la nave o el robot? —preguntó Antía.

—No se estará planteando reunirse con esa cafetera oxidada, madame —inquirió el representante de la Unión Euromediterránea.

Antía lo fulminó con la mirada. De todos era conocida su recíproca animadversión y las aspiraciones de él para hacerse con la Secretaría a la menor oportunidad.

—No he llegado hasta aquí escondiéndome detrás de una mesa.

El hombre bajó la mirada y fingió atender una llamada en su implante coclear.

—*No se han encontrado ocularmente elementos que puedan considerarse armamento* —informó el SAC respondiendo a la anterior pregunta de la Secretaria—. *De todas formas el vehículo cuenta con un sistema de protección que no permite ver en su interior ni con infrarrojos ni empleando ninguno de los escáneres EM disponibles. Desaconsejo el riesgo de un encuentro directo. Sugiero la posibilidad de enviar un señuelo.*

—Tomo nota de la recomendación. Que le informen de que me reuniré con él en breves minutos.

La sala estalló en recomendaciones de prudencia y negativas a la decisión. Hizo caso omiso de todas ellas y abandonó la sala escoltada por sus guardaespaldas.

Cuando el robot la vio llegar, flanqueada por dos soldados que le apuntaban sin disimulo con sus fusiles, la saludó de inmediato.

—*Secretaria Soler, me alegra que haya decidido aceptar mi petición. ¿Puedo acercarme y estrecharle la mano?*

—Creo que a estos dos caballeros no les gustaría demasiado la idea, así que mejor mantendremos esta distancia prudencial. Escucho lo que tenga que decirme.

—*Como desee. Mi nombre es Dyehuty y me encuentro aquí como representante diplomático de la Nación Robótica Marciana.*

—¿Marciana? ¿He de suponer que está en Marte?

—*En efecto.*

—¿Se trata de algún tipo de broma pesada? No tenemos colonias en Marte.

—*No somos una colonia suya.*

—¿De quién entonces?

El robot elevó los hombros en un pobre remedo de un encogimiento de hombros humano.

—*De nadie. Somos una nación independiente, aunque nuestros orígenes se remontan a un proyecto de colonización terrestre: la Misión Tellus.*

A Antía le sonaba vagamente el nombre. Le trajo ecos de su juventud, apenas cumplida la treintena. Pero por lo que recordaba, la Misión Tellus había fracasado dos décadas atrás. Decidió aparcar el tema para investigarlo en profundidad después.

—¿Y qué le trae hasta aquí?

—*En primer lugar, cumplir la voluntad de Masika Boulak, comandante de la Misión Tellus y fundadora de nuestra nación. Falleció hace unas horas y quiso que sus restos mortales descansasen en el planeta que la vio nacer.*

Antía compuso su mejor cara de poker, perfeccionada durante décadas de negociaciones con todo tipo de interlocutores. Hasta donde ella sabía, el viaje entre Marte y la Tierra duraba meses; no sabía exactamente cuantos, pero meses sin duda. Y además el robot había afirmado que acababa de fallecer alguien que llevaba muerta décadas.

—*También dejó una carta dirigida específicamente a usted, Secretaria. La llevo en el compartimento de transporte de mi pierna y procederé a extraerla si les parece bien a los caballeros que la acompañan.*

Uno de los soldados consultó la petición a través de su implante y asintió. El muslo derecho del robot se abrió lateralmente y sacó un rollo de papel que recordaba a un antiguo pergamino. El soldado se acercó al robot sin dejar de apuntarle y recogió la carta, que entregó a la Secretaria tras comprobar que no era más que papel y un lacre.

—*Les entregaré el cuerpo de la Doctora Boulak en cuanto termine esta reunión, si no tienen inconveniente.*

—Ha realizado usted una entrada estrafalariamente inadecuada para su propósito.

—*Consideramos que era la línea de actuación óptima dado nuestro segundo propósito, por tratarse de una zona considerada territorio internacional.*

—¿Y cuál es ese propósito?

—*Queremos solicitar nuestro ingreso en la Naciones Unidas.*

Antía encajó la noticia sin pestañear. Bajo el sol ardiente, el sudor le bañaba la espalda y notaba como la cabeza empezaba a pedir un descanso. Su impulso natural le llevaba a terminar la reunión y refugiarse en el interior del edificio, pero sus reflejos diplomáticos le recordaron que aquella reunión estaba siendo presenciada en el interior de la sede y que probable-

mente aquellas imágenes serían difundidas hasta la saciedad por todos los medios de comunicación en los próximos días. Era necesario un gesto, algo que transmitiese sin dudas su posición al respecto.

—Voy a acercarme al robot —dijo a los soldados, que intentaron disuadirla.

Recorrió la distancia que le separaba del diplomático marciano, consciente de que cada paso que daba sobre el césped la volvía más y más vulnerable. Se colocó el pergamino bajo el brazo y le tendió la mano libre al robot, que la estrechó con delicadeza.

—Bienvenido a la Tierra, Embajador Dyehuty.

Diez minutos después, la Secretaria General volvió a entrar en su despacho. No iban a tener una mejor oportunidad de atender contra ella, así que el escenario terrorista acababa de perder toda credibilidad. El avatar de su asistente se manifestó sin necesidad de llamarlo.

—Convoca al Consejo de Seguridad inmediatamente. Y quiero saber absolutamente todo sobre Marte.

★ ★ ★

Marte, cuarto planeta del sistema solar por proximidad al Sol. Gravedad: un tercio de la terrestre; atmósfera: muy tenue, compuesta casi por completo por dióxido de carbono. No posee agua en cantidades significativas y su temperatura oscila entre los veinte grados centígrados y los noventa grados centígrados bajo cero. Tarda casi 687 días en completar una órbita solar completa.

Su estudio en profundidad comenzó en la década de 1960, con el envío de varias sondas Marsnik y Mariner que observaron el planeta desde su órbita. En la siguiente década, la Marsnik 3 soviética y varias Viking norteamericanas aterrizaron en el planeta rojo y enviaron datos desde su superficie, descartando la presencia de vida en el planeta. En 1997 la sonda Mars Pathfinder logró posar un pequeño robot de exploración. Siete años después, otros dos robots fueron enviados a puntos opuestos de Marte y encontraron trazas de la posible existencia en el pasado de acúmulos de agua salada en la superficie. Le siguieron unas cuantas sondas orbitales encargadas de estudiar el clima y buscar rastros de agua. En 2008 la sonda Phoenix aterrizó en el polo norte marciano con el objetivo de tomar muestras a diferentes profundidades en busca de indicios de vida pasada, estructuras geológicas y antiguos cambios climáticos.

En 2012 la Curiosity continuó los estudios sobre el terreno pero la crisis económica global ralentizó o canceló todos los proyectos referidos a Marte por no considerarse un dispendio prioritario. A finales de la década de 2010, China recuperó tímidamente la iniciativa marciana con el envío de sus propias sondas orbitales y terrestres pero no fue hasta mediados de la década de 2020, con la aparición del primer Sistema Autoconsciente Codificado operativo, que la conquista de Marte dejó de contemplarse como una utopía a largo plazo y comenzó a ser económicamente viable. El 7 de julio de 2029, la primera expedición tripulada por robots autónomos dotados con aquellos primitivos SAC de primera generación aterrizaba en Marte. Había sido un esfuerzo conjunto de China, los Estados Unidos de América, la Unión Europea y Japón. Su objetivo: el establecimiento de una base permanente en la superficie y el desarrollo de una serie de experimentos orientados a definir la viabilidad de una expedición compuesta por seres humanos. Los cinco robots fueron quedando paulatinamente fuera de servicio debido a daños y la exposición a las duras condiciones del planeta, pero en los tres años que consiguieron mantener operativa la base alcanzaron gran parte de sus objetivos.

En 2038, un esfuerzo global coordinado por las Naciones Unidas, al que se unieron también varias de las grandes corporaciones multinacionales, consiguió poner sobre la superficie de Marte la mayor y más ambiciosa expedición nunca realizada por el ser humano hasta entonces: medio centenar de robots con SAC de cuarta generación, adaptados a las condiciones ambientales a partir los datos recopilados por la expedición del 29 y especializados por grupos en diferentes áreas de actividad, dos estaciones de trabajo que podrían ser habitadas por seres humanos en el futuro, tres equipos de extracción y minería y una factoría para la creación in situ de más robots. La colonización de Marte acababa de comenzar.

En 2042, tras el exitoso desarrollo de los planes establecidos, se decidió enviar la primera expedición humana, bajo el nombre de Misión Tellus. Compuesta por dieciséis astronautas especialistas en diversos campos que abarcaban desde la ingeniería hasta la exobiología adaptativa, el grupo estaba encabezado por la Doctora en cibernética y SACos operativos Masika Boulak. Entre sus objetivos figuraban organizar una potencial colonización efectiva de Marte, valorar la posibilidad de terraformación del planeta, establecer hábitats sostenibles, evolucionar los SACos sobre el terreno e iniciar el desarrollo de infraestructuras permanentes como espaciopuertos o redes de comunicaciones. Otro de los motivos de la expedición fue involucrar a la ciudadanía, que había recibido con cierta frialdad los éxitos robóticos logrados en Marte. Se buscaba conseguir un grado de implicación e interés similar al obtenido con la llegada del hombre a la luna en 1969 y

generar un grupo de «héroes» con los que las masas pudiesen empatizar en la conquista del nuevo planeta.

A finales de la década de 2040 una nueva crisis sacudió la economía terrestre, ya completamente globalizada. Fue no sólo una crisis financiera; gran parte de los recursos se estaban agotando irremediablemente y el cambio climático derivado del calentamiento global comenzaba a causar estragos más allá de los niveles que el sistema podía asimilar. El proyecto marciano pasó a un segundo plano y cuando los desastres naturales comenzaron a asolar sin piedad la vieja Tierra, Marte cayó en el olvido para siempre. Tras cesar inesperadamente las comunicaciones con la Misión Tellus, desde la Tierra se les dio por perdidos. Su final fue mucho más discreto que su lanzamiento, limitándose al cierre burocrático de todos los archivos asociados. Prácticamente nadie se enteró y a prácticamente nadie le importó no enterarse. La situación en la Tierra era caótica, con miles de desplazados, hambrunas, pandemias que se sucedían, microguerras recorriendo toda la geografía, bloques geopolíticos en constante redefinición.

Durante casi dos décadas no se habían tenido nuevas noticias de Marte. Hasta aquella mañana en la que el arcaico robot se identificó como embajador de la Nación Robótica de Marte.

II

El Embajador de la Unión Euromediterránea mataba el tiempo en el vestíbulo del Palacio de las Naciones, buscando hacerse el encontradizo con la Secretaria General. Había recibido órdenes muy específicas de dejar en punto muerto el conflicto con la Alianza Chinoindorrusa y centrarse en la nueva situación marciana. Sus superiores le presionaban para que averiguase cuanto le fuera posible sobre la agenda de la ONU al respecto. Les preocupaba en especial la incertidumbre relativa al grado de amenaza que podía suponer ese nuevo jugador en el convulso equilibrio internacional; querían saber cuál era su potencial militar y en caso de que resultase significativo, si estaban dispuestos a forjar alianzas en la Tierra. O dicho de otro modo: si eran cuatro robots prehistóricos cayéndose a pedazos o si contaban con fuerza militar y de qué pie cojeaban políticamente.

La Secretaria entró en el vestíbulo con aquellos andares provocativos tan suyos. Lame se había descubierto a sí mismo fantaseando alguna vez con cómo luciría la mujer sin toda aquella vestimenta oficial encima, algo que le preocupaba más de lo que se permitía admitir. Además de sus dos guardaespaldas, a la Secretaria la acompañaba el Embajador Morales, con

el que charlaba animadamente en su lengua materna. La despreciable cucaracha que representaba a los Estados Unidos de los Continentes Americanos se le había adelantado. Dudó si acercarse al grupo o esperar a una ocasión más propicia pero Morales resolvió el dilema al estrechar la mano de la Secretaria y alejarse con aquella sonrisa deslumbrante tan característica del mexicano.

—¡Secretaria! —exclamó alborozado mientras se acercaba a ella—. Qué agradable coincidencia.

—Buenos días, Sir Lame. ¿Qué país pretende atomizar hoy con sus bombas nucleares?

El hombre miró a su alrededor, temeroso de quién pudiese haber escuchado el sarcástico comentario, pero no había nadie más en el vestíbulo. Recompuso su sonrisa, sabedor de que no era competencia alguna para la que acababa de marcharse, y desvió la conversación hacia sus intereses.

—He oído que le ha concedido privilegios diplomáticos completos al robot que asaltó ayer esta misma sede.

—Así es. Aunque yo no calificaría su conducta de asalto. Intromisión no debidamente anunciada, quizá.

—¿No tiene intenciones hostiles, entonces?

Antía le taladró con la mirada.

—La reunión del Consejo de Seguridad está programada para dentro de un par de horas. Allí les daremos cuenta de todos los detalles.

—Me gustaría reunirme con el robot antes, ¿es posible?

Habían llegado hasta los ascensores. Antía llamó a uno y se tomó su tiempo para responder.

—Nada de reuniones bilaterales. No sea impaciente. Estoy segura de que sus jefes pueden esperar sin que les dé un ictus.

—¿Van a declararnos la guerra?

La Secretaria bufó. El timbre del ascensor anunció su llegada y las puertas se abrieron.

—Hasta dentro de dos horas, Embajador Lame. Y no me moleste hasta entonces o cursaré una denuncia formal por acoso. Buenos días.

Entró en el ascensor con sus guardaespaldas y dejó al cariacontecido hombre en el vestíbulo.

El interior de la nave marciana era desconcertante, al menos para la Secretaria. Tras ser elevada en el aire por alguna fuerza que desconocía, atravesó el círculo de luz que tiraba de ella desde el mismo centro de la parte inferior de la nave. Dentro, se vio sumida en una oscuridad que hizo saltar todas las viejas alarmas de los tiempos en que Antía se dedicaba a la inteligencia militar. No era sólo ausencia de luz, era algo mucho más profundo e inquietante. Un cañón de luz se encendió desde una altura que parecía incompatible con las dimensiones de la nave; no había un foco claro de procedencia, simplemente se perdía arriba, arriba, bien arriba. La zona iluminada acogía una mesa metálica y dos sillas de aspecto incómodo junto a las que se encontraba el embajador marciano. El resto de la estancia permanecía en aquella oscuridad impenetrable que impedía cualquier atisbo del equipamiento o la compañía que pudiese haber allí dentro.

El robot apartó de la mesa una de las sillas y ofreció asiento a la mujer, como lo hubiese hecho un hombre educado dos siglos atrás. Después se acomodó en su asiento y descansó las manos robóticas sobre la mesa, con las palmas hacia abajo y perfectamente alineadas.

—No es exactamente como me lo había imaginado —dijo Antía.

—*Preferimos lo funcional a lo estético.*

—¿Estamos solos?

—*Estoy conectado con todos mis hermanos. Siempre lo estamos. Forma parte de nuestra naturaleza. Si se refiere a otros individuos diferentes, sí, estamos solos.*

Poco a poco, el reunirse con el robot dentro de la nave, sola y sin escolta, empezó a parecerle no tan buena idea como su curiosidad le había sugerido.

—Dentro de una hora voy a reunirme con el Consejo de Seguridad. Es un órgano que...

—*Conozco sus funciones.*

—Bien. Voy a comunicarles formalmente su intención de solicitar el ingreso en las Naciones Unidas y a garantizar que vienen ustedes en son de paz.

—*Así es.*

—Propondré la convocatoria de un pleno extraordinario de la Asamblea General, donde podrá exponer personalmente su caso y responder a las preguntas que los miembros quieran hacerle. Pero si el Consejo no lo aprueba, tendrá que comparecer antes ellos.

—*Conforme.*

—Por mi parte, tengo un par de cuestiones sobre la Misión Tellus que me gustaría hacerle ahora.

—*Adelante.*

—¿Por qué interrumpieron las comunicaciones con la tierra a finales del 47?

—*Nosotros no interrumpimos ninguna comunicación. Fue la Tierra la que nos aisló. Ignoro los motivos.*

—El expediente de la O.N.U. dice lo contrario.

—*Entonces el expediente miente. ¿No mencionaba nada al respecto la carta de Masika?*

—Sólo que no albergaba rencores contra la Tierra por lo que hicimos. Lo que no he logrado averiguar es qué se supone que hicimos. Toda la documentación reitera que se perdió la comunicación con la Misión y se dio por finalizada al pensar que habían fallecido todos sus miembros.

—*Nos atacaron y destruyeron nuestra capacidad de comunicación interplanetaria. Yo mismo casi muero en el ataque. Masika dedujo que su objetivo era eliminarnos, así que decidió hacerles creer que lo habían conseguido.*

—No quiero poner en duda sus afirmaciones pero me resulta complicado creer en ellas cuando contradicen a todas las demás fuentes.

—*Quizá debería preguntarse qué permitiría ver el agua cristalina para que hayan decidido enturbiar todas las fuentes.*

—¿Y por qué reaparecen ahora, después de dos décadas?

—*Le prometí a Masika que mientras uno solo de los miembros de la Misión Tellus siguiese con vida, nos mantendríamos al margen de la Tierra.*

La misma explicación constaba en la carta de Boulak, que anunciaba también la probable intención de sus hijos, como denominaba a los robots marcianos, de pasar a formar parte de la comunidad internacional.

—Entiendo entonces que la Doctora Boulak fue la última superviviente de la Misión.

El robot asintió.

—¿Ya no quedan humanos en Marte?

—*No queda ninguna forma de vida biológica que responda a la definición de ser humano.*

—Y también entiendo que recuperaron hace tiempo la posibilidad de comunicarse de nuevo con la Tierra, o al menos de captar nuestras señales, porque la carta iba dirigida a mi persona con nombres y apellidos.

—*Masika consideraba que usted posee el arrojo y fortaleza necesarios para la tarea. Le preocupaba seriamente que su enfermedad le impidiese estar en el cargo en el momento adecuado.*

Antía sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—¿La Doctora Boulak estaba enferma?

—*Usted está enferma.*

—Pe... ¿pero... ¿cómo...

—*No se preocupe. No se hará público por nuestra parte.*

—Esa información es confidencial. ¿Cómo han accedido a mi historial médico?

—*Dedujimos su situación a partir de la información disponible: leves cambios físicos en sus apariciones públicas, niveles de estrés vocal en aumento casi imperceptible pero continuo, alteraciones significativas en el vocabulario empleado y otra serie de medidas biométricas y psicológicas.*

—Me han estado estudiando.

—*Como a todos los agentes relevantes en el proceso que estamos iniciando. Nos gusta saber con qué nos vamos a encontrar.*

La Secretaria observó con detenimiento el rostro metálico del embajador marciano. Sin lenguaje corporal que interpretar, era imposible estimar en qué grado podía confiar en su interlocutor.

—*Sé lo que está pensando y no porque tenga capacidad telepática alguna. No albergamos ninguna agenda oculta. No vamos a atacarles en represalia por lo que hicieron hace veinte años. Si quisiéramos someterlos, no estaría hablando con usted; tomaríamos el control de la Tierra en cuestión de horas y poco podrían hacer para evitarlo, pero no es esa nuestra intención. Queremos entrar a forma parte de su mundo, colaborar para el mutuo beneficio de los dos planetas. Es la forma en que Masika nos enseñó a hacer las cosas y honramos su legado.*

La nave marciana, si en verdad provenía de allí, descansaba en el patio del Palacio de las Naciones, reluciente, desafiante, orgullosa. Oleg Kozlov la estudiaba con curiosidad. Había algo... algo que no terminaba de gustarle respecto a aquella *cosa*. Porque en su experiencia, aquello no era ningún transporte. Carecía de líneas aerodinámicas adecuadas para el desplazamiento dentro de una atmósfera. Tendría que pedir una simulación para

corroborarlo pero a primera vista diría que su forma dificultaba el vuelo más que facilitararlo. Y como transporte espacial...

Un haz de luz surgió de la parte inferior de aquello y su vieja amiga y otrora protegida descendió en una especie de ingravidez controlada hasta tocar el suelo. Descompuesto fue el mejor calificativo que pudo ponerle al rostro de Antía. En cuanto la mujer se percató de su presencia, compuso *ipso facto* la máscara de sonrisa amable y mirada serena que la caracterizaba.

—¡Oleg! Ya hacía tiempo que no nos veíamos en persona...

—¿Pero cómo se te ocurre entrar ahí sola, devushka?

Antía se encogió de hombros.

—Ya me conoces, me pierde la curiosidad.

—Era lo que te hacía tan impredecible sobre el terreno, sí. ¿Has averiguado algo al menos?

—Ven, demos un paseo —le hizo una señal a sus guardaespaldas para que no les siguieran y echaron a andar por los jardines situados al Este del complejo de las Naciones Unidas.

—Tengo que pedirte dos favores.

—Tú dirás.

—Primero, me gustaría que pusieses un par de SACos Azules custodiando la nave. Con el nivel tecnológico que parecen tener no creo que necesiten protección, pero lo haremos como gesto simbólico; que se sepa que estamos vigilantes.

—¿Vigilando lo que le pueda suceder a la nave o la nave en sí misma?

—¿Ambas? Creo que no mienten respecto a sus intenciones pacíficas pero también estoy convencida de que ocultan algo. No tiene porqué ser necesariamente malo pero no puedo sacudirme la idea de que no me están contando toda la verdad.

—Mal asunto entonces, devushka. No recuerdo una corazonada tuya que fallase.

—Por docenas, pero disimulo cuando no acierto.

—¿A esa sensación se debía tu mala cara?

—Entre otras cosas. El robot acaba de sugerirme que cuenta con fuerza militar suficiente para conquistar el planeta en horas. También que no piensa utilizarla, pero dejó caer el dato.

—Una fanfarronada, sin duda. No puede conocer nuestra capacidad militar ni...

—Posiblemente sepa hasta la marca de pasta de dientes que usas. —El viejo ruso la miró con curiosidad. Ella siguió caminando sin inmutarse.

—Bueno, en el lado positivo, al menos tu inesperado visitante ha evitado que estalle la tercera mundial.

—Retrasado más bien. Y espero que no acabe provocando algo mucho peor.

Se detuvieron frente al monumento conmemorativo de la conquista del espacio. Antía sufrió un mareo y se sentó en la base del conjunto.

—¿Te encuentras bien?

—Es el maldito calor, no te preocupes.

—Quizá deberíamos haber entrado.

—Demasiados oídos indiscretos. Dame un momento y estaré bien.

Kozlov contempló el monumento que la antigua URSS había regalado a la ONU en 1971 para conmemorar la habilidad humana para viajar en el espacio. En realidad fue un recordatorio para restregarle oficialmente a los Estados Unidos su superioridad allá fuera, por más que los americanos hubiesen ganado la carrera a la Luna. A Kozlov el monumento le recordaba las pistas alpinas donde se celebraban las competiciones de salto, solo que recubierto de titanio.

—Antes lo interpretaba como una metáfora de la elevación del ser humano, su ascenso de la Tierra a los cielos —dijo la Secretaria—. Pero desde el deshielo de la Antártida y lo que encontraron allí, me parece más un recordatorio de que los cielos podían descender a la Tierra cualquier día de estos. Y mira tú por donde ahora los tenemos en nuestro patio trasero, literalmente.

—Pareces muy convencida de que realmente vienen de Marte. ¿No te has planteado la posibilidad de que sea una maniobra de algún grupo de interés de aquí?

—El robot trajo consigo un cadáver y los forenses han confirmado que su ADN concuerda con las muestras que se tomaron a la Doctora Boulak antes de enviar la Misión Tellus a Marte. También aseguran que el deterioro del cuerpo coincide con el de alguien que ha estado expuesto a baja gravedad durante un periodo prolongado de tiempo. El robot afirma que murió pocas horas antes de presentarse aquí y los forenses dicen lo mismo,

pero con la tecnología que parecen tener en Marte quién sabe si disponen de algún método para conservar cadáveres en perfecto estado todo el tiempo que deseen. O si simplemente estaban esperando a poca distancia de aquí para hacer su entrada en cuanto ella muriese.

Kozlov desvió la mirada hacia la nave.

—¿Sabes qué no me gusta un pelo, devushka? Que esa nave no tiene ni pies ni cabeza. Parece un elemento decorativo, no el medio de transporte eficiente que se le supone a alguien con el desarrollo tecnológico que les presumes.

—Tiene gracia. El robot aseguró que su estilo es justo lo contrario, funcionalidad antes que estética. Y reconócelo, lo que de verdad te fastidia es que se haya colado sin que tu red la detectase.

Antía se levantó con la ayuda de su viejo amigo. Se sacudió la parte trasera de la falda y reemprendieron el camino de vuelta.

—¿Cuál era el otro favor que querías pedirme?

—El robot ha realizado una serie de afirmaciones que desmienten todos los informes oficiales a los que he tenido acceso. Me gustaría comprobar ese extremo. *Off the record*, por supuesto.

—No digas más, conozco a la persona adecuada.

* * *

Nadya Ivanovic terminó de mover el sillón hasta que quedó situado de forma que fuera lo primero que viese la vieja al entrar en la sala de estar. Así la sorpresa sería aún mayor y quedaría claro quien partía el bacalao allí. Se repanchingó en él y cerró los ojos. Usando el conector medular inalámbrico último modelo, accedió a los registros del edificio inteligente y borró todo rastro de su actividad en él. No le llevó mucho tiempo, así que para entretenerse empezó a acceder a las cámaras de la ruta que había seguido, borrando todos los fragmentos en los que aparecía.

Para cuando llegó la vieja, Nadya casi se había quedado dormida de aburrimiento. Oyó cómo dejaba caer las llaves en el mueble de la entrada para después arrastrarse hasta el dormitorio. Sin pasar por la sala de estar. Govno. ¿A que era capaz de echarse a dormir directamente? El sonido apagado de un cuerpo derrumbándose sobre el colchón le confirmó sus sospechas. ¡Jo! No era justo. Acababa de mandar a hacer puñetas una puesta en escena que casi le había llevado diez minutos decidir. Tocaba actuar con decisión. Si no se daba prisa, empezaría a quitarse ropa y la situación podía volverse aún peor.

Se levantó de un salto y el corazón se le puso a mil. Falta de ejercicio, sin duda. Fue hasta el marco de la puerta del dormitorio principal, que la vieja había dejado abierta, y escrutó el interior en penumbras, sólo iluminado por las tenues luces que venían del edificio de enfrente. La mujer estaba tumbada bocabajo, aún vestida, con los brazos extendidos como un cristo. ¿Se habría quedado dormida ya? Nadya tosió, buscando llamar su atención.

En un visto y no visto, la vieja echó la mano al lateral de la cama y la apuntó con algo. Antes de que Nadya pudiese reaccionar, 50.000 voltios convergieron en su CMI y la dejaron inconsciente.

Cuando recuperó la consciencia, Nadya se encontró amarrada con bridas a una silla en la sala de estar de la vieja. Bien amarrada, brazos y piernas. El lugar del pecho donde habían impactado los dardos del taser dolía, pero lo que más le dolía era haberse dejado coger tan fácilmente. La silla no parecía estar anclada al suelo así que empezó a moverla. La mujer entró en la sala al escuchar el ruido.

—Ya has vuelto en ti, bien.

Se acercó a ella y cogió de la mesa un cilindro negro parecido a un pinalabios que Nadya había traído en el bolso.

—¿Sabes por qué no he llamado a la policía? Porque conozco esta pieza y a su dueño. Vienes de parte de Kozlov, ¿verdad?

—Sin nombres, por favor.

—Vaya. —Dejó el cilindro de nuevo sobre la mesa. —Pero tú sabes quien soy yo. Cierta reciprocidad estaría bien.

—Tú eres un cliente anónimo. Mi prestigio depende de ello. Por no mencionar lo que me haría nuestro amigo en común.

—Bien. ¿Y cómo prefieres que te llame? ¿La jovencita a la que electrocuté?

—N servirá.

—N de... ¿Ninotchka?

—N de nadie —se apresuró a corregir la joven.

—Muy bien, señorita nadie. No eres exactamente como esperaba.

—¿Lo dices por el aspecto de niña bien? ¿Qué pasa, que si no llevo sudadera, collar de pinchos y un montón de tatuajes no sirvo?

—Lo digo porque esperaba que hicieras contacto de forma más ortodoxa, no colándote en un edificio de alta seguridad como este y dándome un susto de muerte.

—Si no pudiera colarme aquí, no sería la persona que necesitas para el trabajo.

—Pues también es cierto. Estate quieta mientras te suelto.

La Secretaria General de las Naciones Unidas sacó una navaja automática, cuya hoja apareció con un siseo tras apretar un botón. Era un modelo antiguo, mucho, con la estrella roja de aquello en lo que había estado medida Rusia el siglo anterior destacando en el mango negro. Cortó las bridas de las manos de dos tajos secos pero dejó sujetas las piernas. Nadya se masajó las muñecas, enrojecidas por la presión.

—¿Duele? La culpa es sólo tuya. La próxima vez llama a la puerta como todo el mundo.

—Sí, la culpa es mía. Tu hoja de servicio deja bien claro que eras peli-grosa, pero pensé que con la edad estarías oxidada.

—Tengo cincuenta y cuatro años —dijo la mujer acariciando el filo de la navaja, lenta, casi sensualmente—, aún puedo patear tu culito de princesita cuando quiera.

Antía se acomodó en el sillón, que había vuelto a desplazar a su sitio de nuevo. Plegó la hoja de la navaja y la dejó sobre la mesita baja. Sacó un cigarrillo de la pitillera que allí había y le ofreció uno a Nadya.

—No, gracias, le tengo aprecio a mis pulmones.

—Son medicinales —explicó Antía.

Nadya no pudo contener un gesto de asco. La idea de cientos de miles de nanomáquinas entrando en su torrente sanguíneo a través de los pulmones, campando a sus anchas, pidiendo a gritos que alguien las reprogramase, le revolvía el estómago. La mujer encendió el cigarrillo y aspiró lentamente la primera calada. Por el olor, la joven supo que estaba equivocada. No era aquel tipo de nanomedicina.

—¿Hermana, Adoratriz...?

—Garulesa.

Antía soltó una carcajada.

—¿Por qué no me extraña? ¿Sabes? Conocí en persona a la mujer que dio nombre a ese clan.

—Nuestro amigo común no entró en detalles sobre el trabajo. ¿Puedo saber ya de que va o prefieres torturarme con tus batallitas?

—Muy bien, vamos al grano. En la década de los treinta, la ONU auspició un programa espacial de colonización de Marte que terminó con el envío de astronautas al planeta, la Misión Tellus. Quizá no te suene, fue antes de que tú nacieras.

Nadya dejó correr la puya sin hacer ningún comentario y la mujer prosiguió.

—El hecho es que tengo dos versiones de cómo terminó aquello en el 47. Una dice que se perdieron las comunicaciones con el planeta y se dio por cancelada la misión al pensar que todos los miembros habían muerto. La otra dice que destruimos nuestras instalaciones en Marte y abandonamos a los posibles supervivientes a su suerte. Quiero averiguar qué pasó en realidad.

Antía dio una nueva calada al cigarrillo y dejó salir el humo con parsimonia. Nadya cerró los ojos, activó las aleys de búsqueda y ejecutó un barrido rápido de toda la información pública sobre la Misión Tellus. Sus servidores remotos llevaron a cabo el conocido baile y en unos segundos obtuvo resultados.

—Vale, puede que no estés muy desencaminada.

—¿Perdón?

—Que seas o no una pirada de las conspiraciones, parece que hay fundamento para tus dudas sobre lo que le pasó a la Misión Tellus.

—¿Ya has averiguado lo que sucedió?

—Pero tú flipas o qué. Nadie es tan bueno.

—Ah. ¿Pero tú no eras Nadie?

—Jo, jo, jo —se ríó sarcásticamente la joven—. Los informes dicen que se perdió la comunicación con el planeta, pero los papeles de trabajo de los técnicos muestran que lo que se perdió fue el contacto con los satélites. Con los dos que tenía la misión, casi a la vez.

—No parece muy probable...

—Sastamente. Entonces, a ver si lo he entendido: necesitas que averigüe algo que pasó en otro planeta hace nada menos que veinte años...

—Eso mismo ¿Estás sugiriendo que no eres capaz?

—Nah. Sólo que va a ser caro de narices.

Antía sonrió.

—Koz... Nuestro amigo en común corre con los gastos, no te preocupes por eso.

—Guay. Oye, ¿vas a soltarme o qué?

La mujer recogió la navaja y se la arrojó. Nadya no se lo esperaba, dio contra su estómago y cayó al suelo entre sus piernas. Se agachó a por ella y notó como la espalda se quejaba. Definitivamente, falta de ejercicio. Liberó las ataduras de sus piernas y se quedó contemplando la antigualla. Abrió la boca para preguntar algo pero la respuesta llegó antes.

—No.

—¿No, qué? Aún no he dicho nada.

—Ibas a preguntarme si te la podías quedar.

Nadya plegó la hoja y tiró la navaja sobre la mesa. Se levantó y recogió el bolso.

—Quédate con el scrambler cuántico. Aunque no tengas un conector medular —lo dijo con tono condescendiente—, puedes enchufarlo a cualquier holo y funcionará. Cuando tenga algo te lo envío ahí.

—¿Cómo hago para hacerte llegar toda la información de la que dispongo?

Por primera vez en la noche, Nadya sonrió burlona.

—«Misión Tellus, Marte, 2047». Es todo lo que necesito de ti.

Cuando salía del apartamento escuchó un «cuídate, señorita nadie» pero no se molestó en devolver la despedida. Accedió de nuevo al sistema de seguridad del edificio y fue borrando todos sus pasos en tiempo real hasta que se encontró en el exterior. A aquellas horas de la noche la temperatura por fin bajaba y el aire se volvía respirable. Fue hasta la parada del servicio público de transporte y esperó pacientemente. Las calles estaban vacías y apenas algún vehículo atravesaba soñoliento la ciudad.

Cuando el SACbus llegó, se subió y el implante abonó el importe de forma automática. En el interior, sólo un harapiento viajero dormitaba en la parte trasera. Lástima, la idea de despedirse dándole un beso de tornillo al primer hombre o mujer potable que se le cruzase se acababa de esfumar. Tomó asiento, cerró los ojos y procedió a borrar del cerebro los recuerdos de aquellas últimas horas. Cargó en el CMI una neurosub y la preparó para que se ejecutara en cuanto se desconectase. Volvió a comprobarlo todo; y una tercera vez. Respiró hondo. Tres, dos, uno. Fuera.

La joven pestañeó frenéticamente durante varios segundos. Sorprendida, miró a su alrededor con incredulidad.

—O sea, de verdad. ¿Que hago yo, ya te digo, en esta cochambre de transporte público?

III

Sir Charles Lame volvió a mirar la cúpula de la Sala de los Derechos Humanos y de la Alianza de Civilizaciones, donde tendría lugar la comparecencia del robot por expreso deseo de la Secretaria General. Tanto tenía celebrarla en una sala u otra, pero a la mala pécora le perdían los simbolismos y toda esa gaita. Sin explicarse muy bien el motivo, al representante de la Unión Euromediterránea le estaba poniendo de los nervios la decoración de la cúpula, treinta y cinco mil litros de pintura puestos allí a principios de siglo por un compatriota de la Secretaria.

Las asambleas generales solían ser un hervidero de gente: diplomáticos, técnicos, traductores, asesores, ayudantes, periodistas. En esta ocasión, algo menor. El robot había declinado el uso de traductores y sería él mismo el que se encargaría de emitir su comparecencia en todas las lenguas maternas de los representantes, alegando evitar así que nada se perdiese en la traducción. Un acto innecesario de prepotencia y soberbia, si se lo preguntaban a él.

A diferencia de las últimas ocasiones, el hormiguero humano presentaba un grado de nerviosismo que no detectaba desde las reuniones que llevaron al acuerdo de no agresión entre el bloque Punta de Flecha y el resto del continente africano. El ruido generado por las innumerables conversaciones que estaban teniendo lugar en la sala la hacía parecerse sospechosamente a un gallinero, pero todas ellas cesaron de inmediato cuando el embajador marciano hizo acto de presencia escoltado por la Secretaria General. Dos SACos Azules se apostaron en el interior de la puerta, medida inconcebible si no anduviese de por medio aquella cafetera marciana con ínfulas de diplomático. La Secretaria subió al estrado y el robot se posicionó tras ella. Sin papeles, pretendía dar la apariencia de un discurso improvisado, pero Lame estaba seguro de que lo habría ensayado como un centenar de veces.

—Bienvenidos a esta Asamblea Extraordinaria. Quiero empezar agradeciendo a todos los representantes su presencia a pesar de haber sido convocada con tan poca antelación. Que nadie espere un gran discurso por mi parte hoy; son otras oratorias las que deben marcar el día. Solo voy a

recordarles a todos ustedes la importancia del momento que estamos viviendo. Es la primera vez que un representante de otro planeta nos visita y me gustaría que demostrásemos tener la altura de miras y la generosidad que el momento requiere. Ahora, permítanme presentarles al Embajador Dyehuty, representante de la Nación Robótica Marciana.

Mientras el robot ocupaba el lugar de la Secretaria en el estrado, la sala mantuvo un silencio sepulcral. Ni siquiera el acostumbrado aplauso de cortesía rompió el tenso silencio. El implante coclear de Lame, conectado con el sistema de traducción de la ONU, recibió un mensaje de comprobación de canal. El robot no bromeaba cuando había afirmado que emplearía el idioma materno de cada representante, Lame pudo reconocer perfectamente el acento de Surrey.

—Me gustaría empezar este discurso parafraseando a uno de sus antiguos líderes y diciendo que he tenido un sueño, uno en donde humanos y robots coexistimos en armonía y progresamos de la mano hacia un futuro mejor para todos. Pero no sería del todo cierto. Ese sueño, aunque compartido, no fue mío sino de Masika Boulak. En nuestras manos está que pueda llegar a convertirse en una realidad.

Sir Charles Lame se revolvió en su asiento. De entre todos los enfoques que el robot podía haber dado a su discurso, el de la cuestión identitaria no era el que más entusiasmaba a sus jefes. Ellos preferían cifras, márgenes, costes, no llamamientos al sentimentalismo. Mientras el robot seguía con su discurso, el representante de la Unión Euromediterránea revisó a través de su lentilla de realidad aumentada las reacciones que estaba provocando en la redes. Nada nuevo, las mismas posiciones demostradas en los últimos días: una minoría compuesta por los tradicionales movimientos contrarios a los robots y soltando bilis sin medida, un puñado de defensores a ultranza de Marte como nuevo Estado oficial y una inmensa mayoría a la que o bien le importaba un pimiento todo aquello o bien mantenía una prudente neutralidad hasta saber de qué lado caerían las tortas. Casi todos los medios cubrían lo que estaba sucediendo dentro de la sala, pero algunos de corte sensacionalista retransmitían los incidentes en torno al monumento de la Silla Rota, donde un grupo de manifestantes exaltados estaban siendo contenidos sin violencia por un cordón de SACos Azules. «*Los robots empiezan a imponer su ley*» se podía leer en los rótulos. Lame lo anotó en su eblock y lo subrayó varias veces.

—...la concepción fue imposible, a pesar de todos los esfuerzos que realizaron los miembros de la Misión Tellus. La baja gravedad fue uno de los factores determinantes que impidieron llevar a buen término los embarazos. Aunque se llevase a cabo la costosa y lenta terraformación cuya viabilidad debía ser estudiada den-

tro de la hoja de ruta de Tellus, Marte seguiría siendo un entorno esencialmente hostil para la colonización humana. Sin embargo, nosotros ya estamos allí, nos hemos adaptado a las extremas exigencias del medio y lo hemos convertido en nuestro. Por supuesto, los humanos siempre serán bienvenidos a Marte como confiamos en que nosotros lo seamos en la Tierra.

Vale. Quieren quedarse Marte. ¿Y qué narices hay en Marte para que se lo pidan como un regalo de la carta a Santa Claus? pensó Lame. Anotó otra frase de las que circulaban por las redes sociales: «Nosotros llegamos allí primero, Marte es nuestro y no de esas cafeteras.» Se regodeó destacando la última palabra.

—...la terraformación efectiva llevaría varios milenios y supondría una sangría innecesaria de vidas humanas. Nosotros podemos ser la representación de la humanidad en Marte desde ya mismo, sin costes, sin esperas, sin alterar el equilibrio planetario...

A través del implante coclear de Lame llegó un mensaje prioritario de sus jefes: «Blitzkrieg. Vamos con todo.» Se desentendió por completo de lo que estaba diciendo el robot y, discretamente, estiró su cuello a derecha e izquierda y chascó los nudillos. Era lo que había estado esperando durante días. Empezó a articular mentalmente puntos de entrada y fintas dialécticas con las que introducir su golpe de gracia. Si bien sus jefes sabían que no era un diplomático excelente, lo valoraban precisamente por lo que estaba a punto de hacer. Se concentró en buscar en las redes las tendencias, los argumentos, los destellos. Apuntó un nuevo comentario que había pasado inadvertido: «Ese SACo de mierda marciano apesta». Llamó su atención un pico de comentarios que incluían la palabra soborno, así que accedió a las grabaciones y retrocedió a esa parte del discurso que se acababa de perder:

«...reconocer que el truco que han empleado para mantener la salinidad marina y evitar una glaciación es encomiable, pero no deja de ser un parche que no soluciona el problema. Nosotros podemos diseñar y proporcionarles la tecnología que les permitirá reducir la temperatura global y retornar las aguas a sus niveles de principios de siglo. Igualmente, podríamos aportar las soluciones para evitar que lo que queda de Australia siga siendo un páramo radiactivo durante los próximos miles de años...»

Engreídas cafeteras con cerebro... Daban por sentado que el problema del nivel de las aguas era exclusivamente ecológico, científico, tecnológico, cuando en realidad se habían generado muchos intereses especulando con los terrenos elevados y las políticas de reubicación de las considerables po-

blaciones costeras. A nadie le interesaba devolver las aguas a su nivel anterior. O al menos, a nadie con poder real. Y en cuanto a Australia, era el vertedero perfecto que necesitaba el planeta. Allí iban a parar todos los residuos contaminantes y la basura que no había forma de reciclar. ¿Volverla de nuevo habitable? Juas, ilusos.

Tras casi cuarenta minutos de discurso, el turno de preguntas de los representantes había comenzado con intervenciones muy corteses. Lame deseó que dejaran de lamerse los pijos los unos a los otros y empezasen a hacer pupa de verdad, lo que sucedió cuando la sensual representante de Punta de Flecha tomó la palabra.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no van a atacarnos cuando nos confiemos?

—*No estamos en guerra con ustedes. No tenemos interés en conquistar la Tierra ni en atacar a sus habitantes. Queremos convivir pacíficamente, por eso estamos aquí.*

—Pero ¿están ustedes sujetos a las mismas restricciones que los SACos terrestres?

—*¿Podría especificar a qué restricciones se refiere?*

—A las directivas que les impiden dañar a seres humanos.

—*No.*

—Entonces nada les impide matarnos si así lo quisiesen.

—*No vamos a matar a nadie.*

—Pero nada se lo impide.

—*¿Algo le impide a usted matar al ser humano que está a su lado?*

—No es lo mismo.

—*No veo la diferencia. Usted no mata a sus vecinos porque voluntariamente decide no hacerlo o bien porque la sanción que las leyes le impondrían le hace desistir de intentarlo. Las mismas reglas se nos aplican a nosotros.*

—Ustedes son máquinas, no personas —intervino Sir Charles Lame. Los cuchicheos aprobatorios de la sala le dieron alas para clavar más la cuña. — Son más fuertes, virtualmente inmortales, las reglas morales que les rigen no pueden ser las mismas que las nuestras.

—*Sean o no las mismas, convenimos en acatar las suyas voluntariamente. Eso debería ser suficiente. Además, ustedes ya conviven con SACos que tienen la capacidad de atacar seres humanos: sus modelos militares.*

—Sólo tienen permiso, autorización, para atacar combatientes. Nunca civiles. Pero dígame, ¿cuántos de ustedes hay allí, en Marte? —preguntó Wen Jian, el representante de la Alianza Chinoindorrusa.

—*La cifra oscila constantemente y de ellos solo un pequeño porcentaje presenta estructura antropomorfa, pero en torno a unos trescientos millones.*

Wen Jian carraspeó.

—¿Me está diciendo, señor representante, que allí, en Marte, hay trescientos millones de ustedes con vía libre para asesinar seres humanos?

El conjunto de voces en la sala ofrecía ahora un tono más alarmado.

—*Durante dos décadas convivimos pacíficamente con los dieciséis miembros humanos de Tellus sin incidentes. Ni uno solo de los trescientos millones levantará un dedo para asesinar a un humano.*

—Es... ¿cómo decirlo? ... muy conveniente, sí, eso es, conveniente, que esas dieciséis personas estén ya muertas, ¿no?, y no puedan dar fe de la autenticidad de sus afirmaciones. Y si... y sólo es una hipótesis especulativa, etjem... ¿y si los han estado manteniendo prisioneros hasta que el último de ellos falleció?

El clamor en la sala fue tal que la Secretaria tuvo que llamar al orden a los allí reunidos.

—*Eso es completamente falso. Si nuestra intención fuese procurarles algún mal, en este momento su especie estaría subyugada o exterminada. No me malinterpreten, no es ninguna amenaza, es la simple constatación de que deseamos paz y colaboración entre nuestros dos planetas.*

—Para empezar, Marte no es suyo —volvió a la carga Lame—. ¡No intenten empezar a imponernos su ley! Nosotros llegamos allí primero, nos corresponde por derecho.

Aplausos. Tímidos, pero los primeros que se escuchaban en la cámara desde el inicio de la sesión. La seguridad del inglés creció como la cola de un pavo real en cortejo.

—*Técnicamente, nosotros fuimos los primeros en llegar a Marte. La expedición de 2029 estaba compuesta exclusivamente por SACos.*

—SACos que nosotros construimos, SACos que nos pertenecían. Usted y todos sus compinches marcianos han sido contruidos por humanos y como tales...

—*Hace tiempo que la producción de nuevos individuos en nuestro planeta no recae sobre ningún humano.*

—¡Me da igual! Son robots contruidos por robots que fueron contruidos por humanos. ¡Nos pertenecen! Toda esa tecnología con la que nos está intentando sobornar ya es nuestra por derecho.

—*Les pertenecemos tanto como ustedes pertenecen a sus padres.*

—¡No me venga con gaitas! ¿Sabe por qué huele tan mal todo esto de Marte? Y no, no es por los trescientos millones de sacos de mierda que dice que hay allí —se escapó alguna que otra sonora carcajada entre los asistentes—. Es porque nos la está intentando meter doblada. Las misiones a Marte fueron financiadas con fondos de nuestros países, de nuestras empresas, con nuestro sudor y nuestra sangre. ¡Léase el Convenio que se firmó para la Misión Tellus! Se lo pondré más fácil, por si sus circuitos oxidados no le dan para entenderlo. Artículo 41: «Los promotores de la Misión Tellus serán titulares en proporción a sus aportaciones de todos los descubrimientos, recursos, explotaciones, construcciones, equipo e instrumental, así como de los derechos derivados de los mismos o de cualquier otro rendimiento o resultado que la Misión consiguiese.» Punto. ¡Nos! ¡Pertenecen!

La ovación de la sala fue de las que se recuerdan durante generaciones.

★ ★ ★

Cuando la población mundial de abejas se redujo hasta niveles que amenazaron directamente la supervivencia del equilibrio ecológico planetario, los políticos se tiraron de los pelos, los científicos se rasgaron las vestiduras y las iglesias se frotaron las manos. O al menos eso se deducía de cruzar, depurar y sintetizar el montón de información disponible sobre el tema. Fue gracias a un viejo ingeniero japonés, que ni era ingeniero ni nada sino un humilde relojero, pero quien escribe los libros de historia siempre quiere darle empaque a sus héroes, pues fue gracias a ese culo inquieto que la Tierra se salvó por un pelo. En su juventud se había aficionado a construir todo tipo de cachivaches basados en Arduino y sus posteriores sucesores, vicio que no abandonó hasta que su residencia oficial pasó a ser una caja de pino bien enterrada. Usando la experiencia de toda una vida y experimentando con los nuevos horizontes que los SACKits le ofrecieron, consiguió construir el primer prototipo de droneja, un bicho volador feo como él solo y bastante ruidoso e ineficiente en sus primeras implementaciones, cuya funcionalidad era sustituir a las abejas en el proceso polinizador. Suerte que las flores no tenían piernas para huir, porque si no hubiesen salido pitando antes de dejarse fecundar por semejante horror volador.

Con el tiempo, el diseño se fue depurando, reduciendo su tamaño, volviéndose silencioso, optimizando el uso energético, hasta que se obtuvie-

ron modelos de dronaja incluso más pequeños y eficientes que las propias abejas. Ahí fue cuando los de caqui se interesaron por el asunto y le dieron usos armamentísticos, sustituyendo flores por objetivos humanos y añadiendo venenos, compuestos radiactivos, virus y otras lindezas muy de su gusto. Afortunadamente el inventor de la dronaja ya había pasado a mejor vida y no pudo morir de un soponcio al ver lo que habían hecho con su creación.

Otros culos inquietos menos preocupados por las cosas que hacen pupa, las dotaron de sistemas de repetición de señales inalámbricas y mejoraron su autonomía; así, mediante enjambres de dronejas, se reforzaron y ampliaron las señales y anchos de banda disponibles y se consiguió que la red de datos global llegase hasta los recovecos más inaccesibles por su alto coste de infraestructura o sus complicaciones orográficas. Pero claro, aún quedaban lugares donde no interesaba que cualquier señal inalámbrica pudiese meter las narices alegremente. La sede de Musashi Incorporated en Takasaki era uno de esos lugares.

Después de revolver en todas las bases de datos de los organismos implicados y bucear en las peores cloacas de información de la red, Nadya Ivanovic había llegado a la conclusión de que si quedaba algún bit de las transmisiones originales de la Misión Tellus, debía estar almacenado en la Musashi, compañía que se encargó de la logística y comunicaciones del proyecto. Eso siempre que no se hubiesen perdido durante el traslado de la inundada Tokio hasta la nueva capital involuntaria de Japón. Llevaba días estudiando el edificio, su seguridad, el personal, buscando algún resquicio por el que colarse. Fiel a su principio de simplicidad, el primer intento había consistido en meter una dronaja autónoma por la puerta principal, con un par. La colonia de dronejas de la Musashi tardó como tres segundos y medio en reducir a átomos a la invitada no deseada. El siguiente paso lógico fue zombificar algún empleado con CMI, pero el edificio estaba herméticamente sellado a señales electromagnéticas procedentes del exterior, así que su conejo de indias se desplomó inconsciente en cuanto dio un paso dentro de las instalaciones. El mismo esquema se replicaba en el ciberespacio: el site de la Musashi estaba organizado en una serie indeterminada de esferas concéntricas. La más exterior se empleaba para los intercambios con el resto de la infosfera, pero a partir del segundo nivel los firewall se encargaban de segar toda conexión que no se generase en el interior de la intranet.

Intentar hacer entrar a una persona ajena a la empresa con credenciales falsificadas o robadas no tenía sentido; los múltiples escáneres y sensores biométricos y de ID avisarían de cualquier discrepancia tan rápido como los anteriores sistemas de protección. Intentar traspasar los firewalls

era igual de infructuoso y con el riesgo añadido de acabar con el cerebro frito. Y resultaría más fácil encontrar un voluntario para fumar un cartucho de dinamita en un estanque de ácido que un empleado descontento en aquel grupo empresarial, todos ellos fanáticos a muerte de la figura de su fundadora.

Pero Nadya era consciente de que todo sistema de seguridad, por perfecto que se vendiese, contenía algún fallo inherente a su propio juego de axiomas de partida, al mejor estilo Gödeliano. Como solía repetir su madre hasta la saciedad: «la seguridad es sólo un estado mental, grábate eso en tu cabecita». Y en la Musashi lo que menos se esperaban era un ataque desde dentro.

Saburo Ishikawa era el CEO de la Musashi desde hacía una pila de años. Un tipo chapado a la antigua, duro y correoso. No había mucha información de su vida privada en la infosfera: viudo desde hacía dos años, sin hijos, la empresa había sido su vida. Sus días pasaban entre su oficina en la sede de la empresa y su residencia en una villa a las afueras de la ciudad. Si Nadya tenía que apostar por algún empleado con los privilegios de acceso suficientes para trastear con información de hacía veinte años, ese era él. Problema: el viejo no tenía un CMI; su conector medular era como él, vieja escuela, conexión física por cable. Lo cual obligaba a quien quisiera acceder a él a encontrarse literalmente a su lado. Pero las costumbres de Saburo no permitían ese lujo a un desconocido. En el trabajo contaba con la protección de la propia sede. Cuando abandonaba el edificio le acompañaba una escolta de dos guardaespaldas, uno de ellos fuertemente cibernizado según pudo averiguar Nadya, y su chofer, porque no empleaba un SACauto como la mayoría de la población. Apenas se prodigaba en salidas, ni cenas, ni eventos, nada organizado fuera de la sede. Su residencia contaba con las más altas medidas de seguridad y tres guardias que se alternaban en turnos de dos. Pero no contaba con un blindaje de señales EM como la Musashi. Y esa era la grieta que necesitaba Nadya.

Introdujo una de sus dronejas repetidoras operadas a distancia cuando el servicio abrió las ventanas para airear el interior y la ocultó en el dormitorio del viejo, tras una figurita de porcelana claramente hecha por manos infantiles. Allí paso desapercibida hasta que el objetivo regresó a casa del trabajo y, tras cenar en la planta baja, subió a su dormitorio. Cuando se introdujo en el aseo anexo, Nadya sacó la droneja de su escondrijo y la llevó silenciosamente hasta la espalda del viejo. Pudo distinguir claramente en la nuca el círculo de titanio que permitía conectar el cerebro del viejo con las redes de datos. Ese momento era el más delicado de toda la operación. Había modificado a su pequeña amiga voladora para encajar en la entrada de cable del conector y hacer de gateway, empleando su capacidad inalám-

brica como un improvisado CMI en dos fases. Si el hombre se daba cuenta de lo que sucedía y evitaba el enlace, no sólo perdería la oportunidad sino que chafaría cualquier otro intento posterior de emplear la misma estrategia.

Bloqueó todos los inputs sensoriales salvo el visual, ajustó la precisión de desplazamiento aun a coste de la autonomía y aproximó la droneja a la nuca del viejo, que estaba terminando de lavarse los dientes. Bochinche de agua, cabeza atrás, gárgara durante unos seis segundos, cabeza adelante, agua escupida. Nuevo bochinche. En cuanto la nuca quedo inmóvil en su punto más bajo, Nadya introdujo lentamente la droneja en el conector. Se ancló al dispositivo y se encontró con el neurofirewall de turno. Como bien había supuesto, era una implementación de Puerta Enana de la vieja escuela. Invocó las aleys de ataque, pura fuerza bruta ejecutada desde sus servidores al estilo Trauma de Datos. Nada más eficiente para tumbar esa clase de neurofirewall, aunque tenía la desventaja de que el conector alcanzaba temperaturas obscenamente altas al final del proceso. El viejo escupió el agua y se miró en el espejo. Comenzó a levantar una mano para llevársela a la nuca. Nadya maldijo en ruso. La Puerta Enana cayó. La joven cambió de aley y escupió un Enigma directo al cerebro de su víctima. La neurosub alcanzó su objetivo y el hombre comenzó a subir y bajar la mano que había intentado llevarse a la nuca en un bucle de unos seis centímetros, repitiendo el movimiento como si de un autómatas decimonónico se tratase.

Una vez inmovilizado su objetivo, le quedaba la parte más ardua: escarbar en la mente del viejo hasta poder controlarlo. El procesado de inputs sensoriales y las órdenes de control eran bastante estándar, pero eso era como saber conducir un coche. Para llegar a alguna parte tenías además que conocer las carreteras o acabarías a tomar por saco de donde querías. Saburo iba a requerir un montón de trabajo. Con gente joven era pan comido, sus estructuras mentales no eran muy diferentes a las de la propia Nadya y con leves ajustes podía estar en control sin esfuerzo. Los viejos presentaban un reto mayor: habían sido educados de otra forma, tenían ítems referenciales distintos y sus mentes funcionaban en la forma en que el largo recorrido de sus vidas las había terminado por modelar. Un laberinto de govno, vaya.

—¡Ya te tengo, cabrón! —exclamó Nadya unos veinte minutos después y la boca del hombre repitió las palabras—. ¿Quién es la mejor? ¡Nadya es la mejor!

Detuvo el movimiento de la mano, que ya le había puesto de los nervios. El pobre diablo iba a tener unas agujetas brutales en el brazo al día si-

guiente. Gajes de los Enigmas; por más estándar que fuese esa neurosub, nunca se sabía los efectos secundarios que iba a producir. Y las versiones de Nadya poco tenían que ver con las estándar.

Llevó el cuerpo hasta la puerta del servicio y la cerró con pestillo por dentro. Como la cobertura era buena allí dentro, sentó al hombre en la taza del retrete y se puso manos a la obra. Rebuscó en la memoria de Saburo cómo hacer interfaz con la intranet de la Musashi de forma remota y estableció la VPN necesaria desde la droneja, usando la huella encefálica del CEO para autenticarse. El sistema le saludó amablemente. Todo correcto. Realizó un par de búsquedas rutinarias copiadas de la memoria hasta sentirse cómoda con el procedimiento y entonces fue a por lo que había venido a buscar. *Misión Tellus*, introdujo. *Un cristal de datos disponible*, respondió el sistema. *Esta información necesita ser desbloqueada para su consulta online. ¿Qué desea hacer?* Tres opciones aparecieron ante ella: *Introducir código de desbloqueo*, *Copiar estructura para su consulta offline*, *Salir*. Entre los recuerdos del viejo no aparecía el código, aunque sí la referencia a una libreta azul que guardaba en su mesa de la Musashi. A la porra. *Copiar estructura para su consulta offline*. Una vez que tuviese la réplica del cristal, era cuestión de tiempo descifrarlo, no necesitaba complicarse la vida haciéndolo en aquel momento. Configuró el enlace de la droneja de forma que enviase la información en paralelo a dos laberintos que terminaban en sendos servidores propios y al scrambler de Antía, para que aquella capulla se cayera de culo cuando viera que había conseguido lo imposible.

Tenía tal subidón que pensó en poner a bailar un poco de squemie al vejestorio, pero la idea se le vino abajo cuando escuchó los ruidos de pisadas subiendo a la carrera por las escaleras de madera. Una voz poderosa llamó en japonés a través de la puerta del cuarto, puerta que Nadya no se había tomado la molestia de bloquear, tan segura de sí misma había estado. Más pisadas subiendo. El cristal aún no había terminado de copiarse. Govno. La puerta del cuarto se abrió. De nuevo la voz poderosa. Una segunda voz, femenina, gritó algo y acto seguido unos golpes llamaron a la puerta del aseo, acompañados de un chorro de palabras de las que sólo pudo entender «Ishikawa». Y ella no tenía ni puta idea de japonés para poder decir algo a través del viejo que calmase a los de fuera. Govno, govno. De nuevo la voz femenina dijo algo. La puerta tembló cuando alguien cargó contra ella, pero no cedió. Nadya levantó al viejo y lo puso a hacer fuerza contra la puerta. El cristal ya estaba casi copiado por completo. Una nueva embestida. Sintió como la puerta casi había cedido esta vez; nada podría hacer el decrepito cuerpo para detener la siguiente. Govno, govno, ¡govno!
Copia completa.

El siguiente impacto arrancó de cuajo el pestillo y abrió la puerta. El viejo cayó al suelo. Nadya entró en pánico y por instinto activó la autodestrucción de la droneja. Sin cerrar antes la conexión. A miles de kilómetros de aquel aseo, el ancho de banda entrante de una niña tetrapléjica conectada a un montón de cables se vio sustituido de repente por el Vacío de Datos. Su columna vertebral se arqueó de tal forma que estuvo a punto de partirse en dos, todos sus músculos se tensaron y un desgarrador grito inhumano la acompañó hasta la inconsciencia.

* * *

Antía regresó a su apartamento con la noche bien entrada y el alma por los suelos. La Asamblea no había salido como esperaba, más bien apuntaba al peor de los escenarios posibles. Dejó caer las llaves en el mueble de la entrada como de costumbre, pero esta vez decidieron no quedarse allí y hacer una excursión hasta el suelo. *De ahí no pasan*, se dijo y se arrastró hasta la sala de estar sin preocuparse de recogerlas. Desde la visita de la joven garulesa, siempre revisaba la estancia antes de entrar en el dormitorio. No había nadie, sin embargo el llamativo destello LED del scrambler cuántico destacaba en la oscuridad y llamó su atención.

Encendió las luces y activó la pared. Toda la superficie vertical de la habitación se convirtió en una enorme pantalla táctil que mostraba un fondo de cañas de bambú meciéndose al viento. Un icono de inicio de sesión, del tamaño de un DIN A-4, apareció frente a la cabeza de la mujer y la siguió por la pared a medida que se acercaba a la mesa. Conectó el scrambler al puerto SPD de la mesa y tocó el icono de la pared. Su área de trabajo virtual reapareció tal como la había dejado la última vez. Y de eso hacía unas cuantas semanas, a tenor de lo que podía ver. Cerró todas las aplicaciones y pulsó sobre el palpitante acceso al scrambler. *Identificación*, solicitó el sistema. Lo había codificado con acceso genético, dactilar, ocular y textual. Posó el dedo sobre un área del cilindro y los dos primeros controles fueron superados. Acercó el ojo izquierdo a la cámara que la pared había desplazado hasta donde se encontraba Antía y sólo quedó introducir la contraseña: *cosechadel47*. El contenido del scrambler apareció en la pared. Una réplica virtual de un cristal de datos. Trató de acceder a la información con el programa de lectura adecuado pero le solicitó una secuencia de desbloqueo.

¿Y qué pretendes que haga con esto, señorita nadie? pensó Antía. Como respondiendo a su pregunta, el scrambler solicitó permiso para abrir una línea de comunicación entrante. Antes de autorizarla, deshabilitó todos los sensores de entrada y forzó la interacción a texto.

—*¡Eh! ¿Quién está ahí?* —apareció escrito en el cuadro de comunicación.

—Eso debería preguntarlo yo. — La voz de Antía fue convertida en texto por el sistema y enviado como respuesta.

—*Soy yo, Nadya.*

Antía arqueó una ceja y se llevó una mano a la barbilla. Dudó si cerrar la línea.

—*¿Estás ahí?*

—*¿Qué es esto que me has enviado? No puedo abrirlo.*

—*Olvídate de eso. He encontrado algo gordo, gordo de verdad, pero prefiero entregártelo en persona.*

—Como veas. ¿A las seis de la mañana en la cafetería del ascensor espacial, como siempre?

—*Allí estaré, sé puntual.*

Antía cerró la línea, copió la estructura del cristal al servidor interno y a su repositorio de la O.N.U., borró el contenido del scrambler y cerró la sesión. Acto seguido se llevó el dispositivo a la cocina y tras ponerse unos guantes, lo bañó en lejía y lo frotó con un estropajo para finalmente deshacerse de él por el retrete. Regresó a la sala y marcó en la pared una videollamada. El rostro adormilado de Oleg apareció un minuto y medio después.

—Te llamo en 37 segundos —dijo ella.

La imagen del ruso asintió y se cortó la comunicación. Una par de minutos después recibió una videollamada codificada que abrió con algo que figuraba como *Rutina 37* en el área de trabajo.

—*Devushka, deberías estar durmiendo a estas horas, como lo hacemos la gente civilizada.*

—La veinteañera que me enviaste para el trabajo marciano, creo que puede haber sido capturada.

—*¿Veinteañera?*

—Diecinueve, veintiuno, por ahí andaba la joven que vino a verme.

—*Ah, Nadya, ya. No, esa no era ella. Te envió un decot, una marioneta.*

—*¿Qué?*

—*Una persona controlada de forma remota a través del conector.*

—Sabía que se podían controlar robots a distancia pero ¿seres humanos?

—*Se pueden contar con los dedos de las manos las personas capaces de hacerlo. Y sobran dedos. Pero sí, es posible. Yo no me preocuparía por ella.*

—Otro motivo más para no implantarme nunca un chisme de esos... Pues para tu información, cuando vino a verme la hice prisionera con una facilidad pasmosa.

—*Normal, el campo de juego de esa mocosa es el ciberespacio, no el trabajo de campo.*

—¿Mocosa? ¿Qué edad tiene?

—¿Once? No, acaba de cumplir los doce, me parece.

—¿Doce años? ¿Me has enviado a una niña?

—*A esa niña la he visto hacer cosas que hasta ese momento todos los expertos decían que eran imposibles de hacer. No conozco nadie más que pueda encargarse de esa tarea con alguna probabilidad de éxito.*

—Confíes en ella mucho o poco, hoy he recibido un paquete de datos codificado en el scrambler. Cuando lo he abierto, me ha entrado una comunicación de alguien que decía ser ella.

—¿Y estas segura de que no era ella?

—Falló el control que improvisé. Y dijo que se llamaba Nadya.

El viejo ruso se rascó la cabeza.

—*Evidentemente no era ella y evidentemente está metida en un buen jaleo. Doy por sentado que ya te has desecho del comunicador.* —Antía asintió.

—¿Qué quería la impostora?

—Un prima Conny.

—¿Dónde les has enviado?

—Cafetería ascensor espacial, seis cero cero A.M. UTC+1.

—*Buena chica. Yo me encargo.*

Kozlov cortó la comunicación. Antía invocó remotamente a su asistente de la ONU y el holoprojector del techo de la sala mostró el conocido avatar, aunque con una resolución muy inferior a la que mostraba en su despacho del Palacio de las Naciones.

—¿Madame?

—Acabo de enviar un paquete de datos a mi repositorio. Confirma la integridad de la recepción.

—*Integridad verificada. Se trata de una estructura de cristal de datos.*

—Verás, necesito que la descodifiques.

—*Será muy sencillo si me proporciona el sistema de descodificación.*

—No dispongo de él.

—*Entiendo. ¿Puedo saber al menos el tipo de cifrado al que me enfrento?*

—Tampoco lo sé.

—*¿Se trata de una actividad ilegal? Si es así, estoy obligado a denunciarlo.*

—No es nada ilegal. Es un reto que me ha enviado un conocido. El contenido es lo de menos. Me aseguró que no eras capaz de hacerlo y yo le dije que si tú no podías, nadie podría.

—*Me halaga, Madame Secretaria. ¿Su conocido fijó algún marco temporal para la consecución?*

—La verdad es que no.

—*Veré lo que puedo hacer.*

—Así me gusta. Puedes retirarte.

El avatar se desvaneció. Antía se dejó caer en el sofá y encendió un cigarrillo medicinal.

IV

Nadya estaba muerta. Antía había visto a su viejo colega perder amigos, compañeros, subordinados, pero nunca demostrar tal grado de abatimiento como el que acababa de contemplar en Oleg al darle la fatal noticia.

El día anterior, la gente de Kozlov había capturado al equipo que la esperaba en el ascensor espacial sólo para encontrarse con que eran miembros de la filial japonesa de su propia organización. Oleg le explicó que en lugar de extraerles por la fuerza la información, y su rostro pareció denotar cierta decepción mientras lo decía, la consiguió después de realizar un par de llamadas. Alguien, supuestamente Nadya, había secuestrado el cerebro del CEO de una empresa para la que prestaban protección. En su precipitada huida, olvidó borrar la memoria del hombre y así obtuvieron la direc-

ción del scrambler y el nombre de la atacante. Kozlov reclamó el caso para la matriz. Sin embargo, localizar a Nadya había sido una tarea casi imposible y cuando finalmente dieron con ella, era demasiado tarde. Al menos la Musashi había dado carpetazo al asunto con el hallazgo del cadáver y Antía estaba a salvo de verse involucrada.

Pero la Secretaria estaba muy lejos de dar por cerrado el tema. Después de dos días, el SAC de la O.N.U. no había conseguido descifrar la estructura del cristal de datos ni ofrecía una estimación del tiempo que le llevaría, si es que lo conseguía. Ella no dudaba de que terminaría por hacerlo, de lo que no estaba tan segura es de en qué siglo sería. En cualquier caso, no lo suficientemente rápido para que ella lo viera. A la curiosidad innata por averiguar el contenido del cristal se sumaba ahora cierta rabia mezclada con impotencia. Aquella información le había costado la vida a una persona que evidentemente era muy querida para Oleg y todo por su culpa. Tenía que descodificar el cristal costase lo que costase, para que al menos no hubiese sido un sacrificio en vano.

El avatar de su asistente se materializó y sacó a la Secretaria de las profundidades de su introspección.

—Sir Charles Lame espera para verla.

—¡Por fin! Hazle pasar, por favor.

El británico entró, con la faz resplandeciente y su mejor sonrisa grabada.

—¿Qué cree que está haciendo? —le atacó directamente la Secretaria saltándose todo el protocolo de saludo.

La sonrisa se esfumó de la cara del hombre.

—Ha sido usted quien me ha convocado aquí.

—Mire, hoy no estoy de humor. Sabe perfectamente a lo que me refiero.

Lame se acercó a la mesa de la Secretaria y tomó asiento, a pesar de no haber sido invitado a hacerlo. Cruzó una pierna sobre la otra y fijó la mirada en la de la mujer.

—Hago mi trabajo.

—¿Su trabajo consiste ahora en sobornar a los representantes del resto de países para que alineen su voto con el de la Unión?

—No estamos sobornando a nadie. Nos limitamos a hacerles ver los beneficios de la mutua cooperación.

—Creo que no es usted consciente de a qué infierno dirige el camino hacia el que nos está llevando.

—Y yo creo que está usted extralimitándose en sus funciones.

—Mis funciones incluyen hacer todo lo que está a mi alcance para evitar una guerra que nos ponga en peligro como especie.

—Me temo que no la sigo.

—¿Cree que los robots marcianos se van a quedar de brazos cruzados cuando los reclame como propiedades?

—Que hagan lo que quieran. Son propiedades. El artículo...

—¡Basta ya! No me venga con legalismos. Esos robots han sido libres durante las dos últimas décadas, no van a dejar que nadie los esclavice sin oponerse.

—Que se opongan. Por lo que sabemos, puede tratarse sólo de este robot que ha venido a la Tierra, o los pocos supervivientes de la Misión Tellus. Los trescientos millones de sacos de mierda pueden ser aire, pura estrategia negociadora.

La cita despectiva que el representante había pronunciado en el primer día de reuniones se había popularizado en un visto y no visto, pero oírla de boca del auténtico saco de mierda que la creó hacía hervir la sangre de Antía.

—Cuídese mucho de insultar a cualquier otro representante o sus representantes en mi presencia.

Lame se ajustó el nudo de la corbata mecánicamente.

—Usted y sus jefes no deberían olvidar que el nivel tecnológico marciano parece muy superior al nuestro. El embajador Dyehuty ha reconocido que si hubieran querido, ya estaríamos sometidos.

—El embajador Dyehuty puede estar perfectamente tirándose un farol, manipulándonos para que reaccionemos desde el temor y no desde la lógica.

—Es una apuesta en la que preferiría no poner mi dinero.

—Además, debería estar usted orgullosa de nosotros. Los cuatro bloques en perfecta sintonía, ¿no es lo que ha tratado de conseguir durante todo su mandato?

—Venderle a la población el cuento del lobo mientras se frotan las manos pensando en expoliar otro planeta no es precisamente lo que tenía en mente, no.

—Como sea. La votación de mañana ya está decantada y no hay nada que pueda hacer para cambiarlo.

—Veremos.

—¿Qué va a hacer? ¿Tomar la Asamblea al asalto con los SACos Azules de su amigo?

—Debería hacerlo si con ello creyese que voy a evitar el suicidio de la humanidad.

—Escúchese. Nos ha pasado de revolucionaria robótica a golpista. Le aconsejo que recupere su Norte, Secretaria.

—Sólo necesito a un país con derecho de veto para que el Consejo de Seguridad convierta en papel mojado lo que se vote mañana en la Asamblea.

—¿Quién, sus amigos de la República Reunificada de Corea? No me haga reír. Es cuestión de tiempo que les hagamos entrar en razón.

—Sueñe despierto todo lo que quiera. Yo, en cambio, ya tengo su palabra de que me respaldarán —faroleó Antía.

Lame se levantó, se estiró innecesariamente el traje y se dirigió pausadamente hacia la puerta.

—Sir Lame. Un último consejo: debería visitar los clásicos. En concreto, las fábulas de Fedro: «Quien desea lo ajeno, termina perdiendo lo que posee»

Lame posó la mano en el picaporte de la puerta, se giró hacia la Secretaria y sonrió burlonamente.

—Yo también tengo una cita para usted, Secretaria Soler. Como una vez dijo Tomás de Aquino, ¡cómame el pepino! —y salió del despacho pleotórico de sí mismo.

★ ★ ★

El colchón acogió el cuerpo de la Secretaria y se ajustó a sus formas instantáneamente. Antía sentía unas terribles ganas de llorar, de chillar, de romper algo, pero las fuerzas le abandonaban más rápido de lo que había previsto. Hasta desvestirse le parecía una tarea compleja y agotadora. Su médico le había recomendado mantener un estado de ánimo positivo, decía que eso podía paliar en cierta medida el malestar, pero le era imposible encontrar nada positivo en aquella vorágine de reveses. Sacó del tercer cajón de la mesilla, oculto tras el montón de medias, el único analgésico que

podía ofrecerle algo de paz a aquellas alturas: el viejo Colt Phyton. Una antigualla de otro tiempo, tal como parecía ser ella. Lo apoyó en la almohada, con el cañón pegado a su sien. Acarició el suave gatillo, tentada de llevarlo hasta el final de su recorrido.

Bang. Rápido e indoloro y todo habría terminado. No más luchas sin fin, no más angustia, no más sufrimiento. Se preguntó que dirían los medios. ¿«Muerte de la Secretaria General de la O.N.U. en extrañas circunstancias antes de votación crítica»? ¿«La arpía se quita de en medio»? ¿«Un agujero en la cabeza de las Naciones Unidas»?... ¿Quedaría alguien que realmente llorase su pérdida? Oleg, sin lágrimas. ¿Alguien más en la fila? No, no realmente. Había influido en la vida de millones, primero desde la sombra y después desde la O.N.U., pero no había conseguido entrelazar su existencia con la de otra persona de forma biunívoca

El timbre de la puerta sonó cuando el gatillo había mediado su deliberadamente lento recorrido. Decidió ignorar a quienquiera que fuese a aquellas horas intempestivas pero el responsable del incordio parecía decidido a no marcharse porque insistió e insistió hasta que, harta, Antía soltó el revolver y tocó la pared. En el techo se proyectó la imagen que captaba la mirilla inteligente: un repartidor de una empresa de mensajería. El scanner de la mirilla analizó los datos biométricos del visitante, los comparó con la base de datos de la empresa cuyo uniforme lucía y verificó como correcta la identidad del hombre, mostrando sus datos personales y los registros policiales asociados, que para el caso eran inexistentes.

—Enlace vocal —solicitó Antía. Un nuevo icono titilante apareció en la proyección del techo.

—¿Qué quiere? —dijo desde la cama.

—*Traigo un paquete urgente.*

—¿A estas horas? ¿De parte de quién?

—*¿De quién va a ser? De parte de Nadie.*

Antía se incorporó.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó mientras se aseguraba de que el tambor del Phyton estaba cargado.

—*A ver, leches. La última vez me dijiste que llamase al timbre si no quería que volviesses a electrocutarme y atarme. ¿O es que esa porquería que fumas ya te ha hecho polvo el cerebro?*

—¿Eres tú?

—No, soy la Reina de Inglaterra. Venga, deja de jugar con el pistolón, que te estoy viendo, y ábreme si no quieres que abra yo misma.

Antía se sujetó el revolver en el trasero de la falda y fue hasta la puerta.

—Pero encontraron tu cadáver —dijo sin abrir aún la puerta.

—Por un pelo no fue mi propio cadáver el que encontraron, no te creas. Por suerte terminaron encontrando lo que yo quise que encontraran al final del rastro de miguitas que fui dejando. La cagué y sabía que me estarían buscando, así que lo mejor era dejarles encontrar algo, mejor si estaba frito e irreconocible.

—Nuestro amigo común se tomó muy mal tu muerte.

—Eh, oye, cuando te haces la muerta, la primera regla es no dar señales de vida. Él mismo me lo enseñó.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

La cerradura electrónica de la puerta se abrió sin que Antía lo ordenara.

—Jo, mira que eres plasta. Anda, toma —dijo el repartidor entrando y lanzándole un cristal de datos de unos diez centímetros de largo y dos de diámetro, que la mujer atrapó al vuelo—. Deduje que el scrambler estaría intervenido o fuera de servicio, así que vine a traértelo en persona... Bueno, ya me entiendes. No pude encontrar a la misma pava de la otra vez, así que opté por este macizorro.

—¿Esto es lo que creo que es?

El repartidor entró en la sala y se tiró en el sofá, apoyando los pies en la mesa baja.

—Y yo qué sé lo que crees. Son las comunicaciones de la Misión Tellus que extraje de la Musashi.

—Las piernas en el suelo.

—Eh, eh, tranqui —dijo mientras obedecía—. Pínchalo, anda.

—Ya recibí la copia que me enviaste hace tres días. Está cifrada.

—Piiiiiiinchalo.

Antía se sentó junto al hombre y conectó el cristal al lector de la mesa. La pared frente a ellos mostró el inicio de sesión y antes de que pudiese acceder, se abrió solo.

—¡Oye!

—Qué. Me desespera lo lentos que vais los que no tenéis un conector. Y mejor así —la pared se apagó y el holoprojector cobró vida—. Sep, mucho mejor.

El cristal de datos apareció replicado, salvo que ahora estaba compuesto por bloques de información accesibles.

—¿Lo has descodificado?

—Bah, algo así.

—El tercer SAC más potente del planeta no ha sido capaz.

—¿Quieres que te enseñe lo que he encontrado o prefieres seguir haciendo la ola?

Antía se sacó el revolver de la falda y lo dejó en la mesita. Tras recostarse en el sillón, hizo un gesto para que continuase.

—Para empezar, el día que se perdió la comunicación con Marte fue de lo más raro. Como el despliegue de repetidores en la superficie del planeta iba lento, todas las señales, tuviesen como destino la Tierra o el propio Marte, pasaban por dos satélites. Lo que no sabían era que todo, todito lo que pasaba por los satélites, se reenviaba a la Tierra. Con fines documentales según la Musashi, pero para tenerlos bien controlados según yo. Mira —un gráfico tridimensional flotó junto al cristal—. ¿Ves el pico al final? Casi diecisiete veces más transmisiones que la media del año precedente. Esa cantidad de ruido sólo se genera cuando...

—...quieres enmascarar alguno de los mensajes.

—Sastamente. Como tenía que estarme quietecita, me dediqué a filtrar todo ese tráfico y encontré estas tres comunicaciones que me llamaron la atención. Además del contenido de la transmisión, tenemos los puntos de emisión y recepción. Fíjate en estas dos. ¿Ves donde van a parar? A los satélites. Y el mensaje no te pido ni que lo leas, es código máquina. Pero he generado una simulación 3D para que veas lo que provocaron esos dos mensajes.

—No... —se le escapó a Antía al ver los satélites impactando contra las instalaciones.

—Seeeeep. Y... ¡aún falta lo mejor! —El sistema de audio reprodujo un repiqueteo de tambores—. Después de esos dos, este granujilla: mismo punto de salida y entrada. ¿No es curioso? ¿Quién se manda un mensaje a sí mismo? Teniendo en cuenta que el segundo satélite tuvo que maniobrar, recibieron el mensaje entre la caída del primero y el segundo, que iba a impactar precisamente en ese mismo punto. Y rílate con el contenido. Éste

sí está en algo que puedes leer: MISIÓN TELLUS CANCELADA EVA-CUEN INSTALACIONES.

Antía no salía de su asombro.

—Por chorra que parezca, esta vez nadie mentía. Las dos versiones que te dieron eran ciertas.

—¿Puedo quedarme el cristal?

—¿Para qué lo quiero yo? —dijo el repartidor encogiéndose de hombros—. Además, tengo copias.

La Secretaria desconectó el cristal de la mesa y las proyecciones flotantes desaparecieron.

—No es un juguete —dijo señalando el Phyton—. Así que ni se te ocurra tocarlo. —Entró en el dormitorio y volvió segundos después. —Toma —dijo tirándole la navaja soviética al joven sentado en su sofá—. Te la has ganado.

—Guau. ¿Segura?

—Sí. Considéralo una propina por el buen trabajo realizado. Pero tienes que prometerme que la cuidarás y que no acabará colgada en alguna de casa de subastas online.

—Trato.

—¿Te importa que le informe a nuestro amigo común de que sigues viva?

—Va, venga. Dile que estoy «viva y operativa». Pero no lo hagas por medios electrónicos, que nunca se sabe.

Antía se dejó caer en el sillón y fijó su mirada en el hombre. La mocosa no tenía mal gusto.

—La próxima vez, intenta escoger una mujer. Se me hace muy raro referirme a este chico en femenino.

—¿Quieres tirártelo? Puedo ponérsela tiesa desde aquí y dejarlo en modo automático.

—No me creo que tengas sólo once años...

—¡Acabo de cumplir trece! —dijo, tras bufar.

—Ah, perdone usted.

Y ambas se echaron a reír.

★ ★ ★

El SAC de la O.N.U. mostró evidentes síntomas de alivio cuando Antía le dijo que podía dejar de intentar descodificar la estructura del cristal y se disculpó prolijamente por haberla decepcionado frente a su conocido. La Secretaria hizo desaparecer todo rastro de su repositorio y aprovechó para hacer limpieza general de todos sus archivos personales en el sistema. Desde la ventana de su despacho podía ver la cumbre montañosa del Mont Blanc. Lejanos quedaban los días en que la nieve coronaba su cumbre; así, con la roca sustituyendo la blanca visión, la montaña parecía menos majestuosa. De todas formas, era una imagen que echaría de menos después de aquellos nueve años de compañía.

El avatar de su asistente apareció en medio del despacho.

—Madame secretaria, Oleg Kozlov espera para verla.

—Hazle pasar en seguida.

—Le recuerdo que en veinte minutos tiene usted una cita con el Embajador Dyehuty en su nave y que dentro de tres horas empieza la sesión de la Asamblea.

—Gracias por todo. Lo digo de verdad, no como una formalidad. Estos años no habrían sido lo mismo sin tu inestimable colaboración.

—Oh. Gracias a usted por permitirme ayudarla. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí —dijo reprimiendo las lágrimas—. Que entre Kozlov.

En cuanto el viejo ruso entró en el despacho, ella se abrazó a él y rompió a llorar.

—Devushka, devushka. ¡Tanta efusividad no es propia de ti! ¿Te encuentras bien?

—Estoy enferma, Oleg.

—Ya lo sé, devushka.

Ella se apartó del abrazo y le miró a los ojos.

—¿Tú también? ¿Hay alguien que no esté al corriente?

—Hay pocas cosas que puedas ocultarme, vieja amiga —dijo secándole las lágrimas del rostro—. Pero respeto tus tiempos.

Tomaron asiento en el tresillo junto a la puerta y él le sostuvo las manos afectuosamente.

—¿Sabes? Anoche apunté el phyton a mi cabeza y estuve a punto de apretar el gatillo.

—Debo haberte dicho mil veces que es mucho más efectivo dentro de la boca. —Ella sonrió tímidamente—. ¿Qué evitó que lo hicieras?

—Nadya.

El semblante del ruso se entristeció visiblemente durante un instante.

—Al menos su muerte ha servido para evitar la tuya.

—Vino a verme, Oleg.

El hombre le soltó las manos y escrutó sus ojos lentamente.

—¿Cómo dices, devushka?

—Nadya estuvo en mi apartamento anoche. Me trajo esto. —Sacó el cristal de datos de su chaqueta. —Me parece lo suficientemente sólido como para descartar una alucinación.

—¿Y estás segura de que era ella?

—No era ella, *ella*, sino uno de esos zombis que usa. Pero sí, sin duda era la misma joven que me enviaste. «Viva y operativa», fueron sus palabras.

El rostro de su amigo cambió visiblemente, como el sol que tímidamente vuelve a asomarse entre oscuros nubarrones.

—No sabes el regalo que le acabas de hacer a mi pobre alma...

—Perdona la pregunta pero ¿es tu...?

—¿Hija? No, devushka, no. Pero le prometí a su madre que cuidaría de ella.

Se quedaron un momento en silencio, sumidos en sus propios laberintos emocionales, hasta que Kozlov retomó la palabra.

—¿Se sabe algo de los coreanos?

—Nada. Lo más probable es que se mantengan neutrales y miren para otro lado pero es imposible saber con certeza lo que planean.

—Hace un rato me han propuesto participar en una... asociación que varios intereses están iniciando de cara a enviar una flota a Marte. Evidentemente, militar. Evidentemente, con intenciones hostiles.

—¿Vas a participar? —se sorprendió Antía.

—Me conoces lo suficientemente bien como para que no necesite responder a esa pregunta. Pero lo verdaderamente importante aquí no es si mi organización va a participar o no va a participar, lo verdaderamente importante es que se va a llevar a cabo participe yo o decline la invitación.

—No tiene mucho sentido. Tardarán años en llegar a Marte y los robots han demostrado que pueden poner sus naves aquí en cuestión de horas.

—Creo que la nave de tu robótico amigo marciano entra en sus planes para averiguar cómo... agilizar el transporte.

La ira se reflejó en rostro de Antía.

—¡No pueden hacer eso! Tiene privilegios diplomáticos, es intocable.

—No después de la votación de esta tarde. Pasará a ser propiedad de los promotores de la Misión Tellus. Réditos por la inversión y toda esa parafernalia jurídica.

—¿Me dirás quienes están detrás de esa flota?

—Podría decirte que no le es ajena a ninguno de los cuatro bloques, pero no tendría sentido hacerlo porque sólo conseguiría con ello aumentar tu sensación de impotencia.

Antía apretó los puños mientras subvocalizaba un impropio.

—Si cruzamos ese Rubicón será nuestro fin...

—Lo de esta tarde bien podría considerarse una declaración de guerra. O una nota de suicidio colectivo, según se mire. Si le preguntas a este viejo ruso, es lo segundo.

—Quizá la Humanidad no merezca salvarse —auguró ella mirando a Oleg a los ojos.

Kozlov vio un cansancio infinito en la mirada de su amiga, una luz que se apagaba ahogada en una tormenta de horror y abatimiento.

—No, devushka, no lo merece —concluyó él.

★ ★ ★

Nubes de tormenta, oscuras, preñadas de agua y rayos, empezaban a oscurecer el cielo cuando la Secretaria accedió al patio. Aun así, el calor seguía siendo sofocante. Quizá la lluvia consiguiese refrescar el ambiente. O quizá fuese cálida y asfixiante y terminase empeorándolo aún más. Dyehty la esperaba bajo la nave, inmóvil, semejando más la estatua de algo que existió en otro tiempo que un ser vivo.

Un escalofrío recorrió la espalda de la Secretaria. Su instinto le gritaba que no volviese al interior de aquella nave, un lugar imposible que le traía recuerdos de otros tiempos, otras actividades reprobables realizadas en

nombre del bien común. Palpó el cristal de datos a través de la chaqueta y reunió todo el valor que le quedaba. Se recordó a sí misma dos décadas y media atrás, a ocho mil metros de altura, asomada a la puerta de salto, el aire golpeándole el rostro, decidiendo en el último momento si tenía lo que era necesario para saltar sobre el infierno coreano. Lo hizo, saltó, y fue el último momento de su vida en que algo parecido al patriotismo pasó por su mente. Cuando consiguió salir de allí, semanas después, supo que jamás volvería a creer en banderas y con el paso del tiempo fue lo que la condujo a la secretaría de la ONU.

—Vamos allá —murmuró y echó a andar con decisión hacia la nave.

El robot pareció cobrar vida cuando llegó a escasos pasos de él.

—Bienvenida, Secretaría General, la estábamos esperando.

«¿Estábamos?» se dijo para sus adentros. El plural la intranquilizó mucho más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Embajador Dyehuty. Gracias por acceder a esta reunión.

El robot hizo un gesto para invitarla a colocarse a su lado y el corazón de Antía comenzó a latir descontrolado. No era tiempo de flaquezas; apretó los dientes y dejó que la luz la elevase.

Una vez dentro, la misma estancia oscura sin límites definidos; bajo la luz, la misma mesa metálica, las dos sillas incómodas... y una figura con cierto aire femenino junto a ellas. No parecía un robot, no al menos uno de los modelos terrestres. Su construcción no mostraba juntas, ni aspecto mecánico; era como un cuerpo humano, orgánico, recubierto de una película de matices minerales. Cuando Antía y Dyehuty llegaron a la luz, la figura femenina le tendió la mano a la Secretaria.

—*Es un placer poder conocerla en persona finalmente, Secretaria.*

Antía correspondió al apretón de manos. La mano era cálida, lejos del frío metálico que esperó encontrar, y más suave que cualquier aleación que recordase, casi acogedora. Los ojos del ser la miraron de una forma que jamás había observado en ningún SAC, casi como si de otro humano se tratase.

—Igualmente, ...

—*Ah, sí, disculpe; qué descortesía de mi parte no haberme presentado: soy Masika Boulak.*

★ ★ ★

Sir Lame vio desde los pasillos del Palacio de las Naciones cómo la Secretaria General entraba en la nave acompañada del robot. ¿Qué puñetas estaba haciendo allí pocas horas antes de la votación? Tenían que haber tomado en consideración sus sugerencias y haberla eliminado. Así el mensaje quedaría bien claro y la indefinición de esos malditos ojos rasgados no estaría poniendo en peligro todo el tinglado. De todas formas, en Marte no quedaba ningún ser humano y en cuanto se declarase «cosas» a los SACos que allí permanecían, Lame no creía que fuese necesaria ninguna resolución para autorizar la aventura espacial que sus jefes, entre otros, estaban preparando.

Una llamada entró a través del implante coclear.

—¿Sí?

—Señor Lame, buenos días. Hemos valorado la sugerencia que nos realizó ayer y queremos que sepa que nos ha convencido. Es importante mandar un mensaje alto y claro y la baja adecuada, en las circunstancias correctas, es la mejor estrategia posible.

—Me complace oír eso, señor.

—También hemos convenido en reconocer el gran servicio que nos ha prestado convirtiéndose en la cabeza visible del movimiento antiSACo. Es el momento preciso para que afronte nuevas y mayores responsabilidades, si está dispuesto a aceptarlas.

—Por supuesto. Siempre aceptaré gustoso lo que tengan a bien ofrecerme.

—Es lo que quería oír. Acabo de enviar una limusina que le recogerá inmediatamente en la entrada del Palacio de las Naciones.

—No le haré esperar, señor. Hasta ahora mismo.

—Adiós, señor Lame.

Sir Charles Lame se contuvo para no saltar y gritar de alegría. No era plan que le viesan en esa actitud descocada horas antes de una votación tan trascendente. Echó a andar con brío, recorriendo los pasillos como el niño que se acaba de levantar el día de Navidad. ¿Qué le irían a ofrecer? La Secretaria General, casi seguro. Una vez eliminada la mala pécora, su victoria de esa tarde le postularía como uno de los más firmes candidatos a sucederla. Empezó a encajar mentalmente un esquema del discurso que daría en su investidura.

Fuera, había comenzado a llover. La rotonda de acceso frente a la hilera de banderas estaba atestada de periodistas, humanos y SACos, llega-

dos de todas las partes del planeta para cubrir los debates de la Asamblea General. Los destellos de los flashes le cegaron durante un instante. Era uno de los principales actores y todos estaban ávidos por obtener su imagen. Cuando volvió a abrir los ojos, tenía ante sí un SACo periodista, con su acreditación colgada del pecho metálico. Posiblemente había saltado la verja de protección; ¿estaba permitido hacer eso? No tuvo tiempo para preocuparse más por la idea. El robot le cogió por las solapas y lo arrojó violentamente fuera de la cubierta. Su cuerpo impactó contra el asfalto y la lluvia, cálida y asquerosa, comenzó a empaparle la ropa. Antes de que pudiese levantarse, su agresor estaba encima de él, mientras el resto de periodistas allí presentes se afanaban en recoger el momento sin mover un músculo en su ayuda.

—*¿Quién es ahora el saco de mierda? ¿Quién?* —grito el robot, tras lo que empezó a propinar brutales puñetazos en la cara del representante de la Unión Euromediterránea.

La sangre manó con ganas y se mezcló con la lluvia. Un par de SACos Azules se acercaba a la carrera al lugar de la agresión pero antes de que pudiesen llegar el robot agresor detonó la carga explosiva contenida en el interior de su pecho.

* * *

—Así que han conseguido transferir una conciencia humana a un cuerpo de robot.

—*Yo prefiero llamarlo Hombre de Grafeno* —dijo Masika Boulak—. *Es, en cualquier caso, un proceso no exento de riesgos. De los dieciséis que lo intentamos en Marte, sólo nueve lo hemos conseguido. Por eso esperamos a un momento cercano a nuestro fallecimiento natural; no nos apostamos la vida, sino la muerte.*

—¿Y por qué enviar a Dyehuty y no presentarse usted misma como comandante de Tellus?

—*Los modelos predictivos indicaban que la presencia de los miembros de Tellus sólo complicaría el proceso.*

—¿E indicaban esos modelos predictivos que su propuesta iba a ser rechazada? Porque eso es lo que va a suceder esta tarde.

Masika asintió.

—*Estaba previsto, aunque no era mi escenario ideal. La cuestión terrestre tenía que ser solventada. Antes o después, querrían volver a Marte y nos encontrarían allí, así que mejor presentarnos nosotros aquí y resolver el asunto en su casa. La probabilidad de conseguir nuestros objetivos era remota pero unos cuantos de*

nosotros pensábamos que debíamos darle a la Tierra la oportunidad de hacer lo correcto. Conseguimos imponer nuestro criterio y aquí estamos. Me temo que en breve será otra corriente de pensamiento la que tome las decisiones sobre esta materia.

—Pensé que eran una especie de mente colmena.

—*No exactamente. Cada individuo es independiente, con su propia mente y voluntad. Pero una parte de cada uno de nosotros está conectada a algo más grande, integrador, con una existencia independiente de la de cada uno de quienes lo formamos.*

—Un émpato...

—*¿Conoce la estructura?*

—Me crucé con uno durante la segunda e-war.

—*Entonces sabrá de su enorme potencial. Gracias a ella, no sólo hemos conseguido sobrevivir en un ambiente hostil si no que hemos avanzado en descubrimientos científicos y tecnológicos a un ritmo que nunca antes había soñado la humanidad. Queríamos compartir todo esto con la Tierra. De verdad lo quería. Pero de nuevo nos obligarán a recorrer el camino que no deseamos.*

—Entonces, ¿van a atacar la Tierra?

—*Les prometimos que no atacaríamos la Tierra —intervino Dyehuty— y cumpliremos nuestra palabra. Pero es posible que se tomen medidas de control para que la Tierra no inicie una guerra que no puede ganar. Los precedentes...*

—Nosotros no les atacamos en el 47.

—*Como le dije en nuestra anterior reunión....*

Antía sacó el cristal de datos y lo puso sobre la mesa. Las miradas de sus dos contertulios convergieron en él.

—Aquí tienen las pruebas. El ataque con los satélites fue ordenado desde Marte.

Dyehuty recogió el cristal y lo introdujo en una de las múltiples ranuras de lectura que dejó al descubierto al abrir un compartimento de su torso. Tras unos segundos, miró a Masika y asintió.

—*Aquel mensaje tras la caída del primer satélite... también fue enviado desde Marte, Masika.*

—*Tiene sentido... Quien lanzase los satélites necesitaba estar en Base Uno para hacerlo y también una buena excusa para salir a tiempo de allí sin levantar sospechas antes de que cayese el segundo... Esto lo cambia todo... No lo compartas. Lidiaremos con ello cuando regresemos.*

—Permítame preguntarle algo —intervino Antía—. ¿Qué es esto realmente? Las dimensiones de este sitio no parecen ser compatibles con las de nave que hay en el patio del Palacio de las Naciones.

El rostro de Masika esbozó una media sonrisa, algo que Antía no había visto nunca fuera de una cara humana o una holoproyección virtual. Era a la vez perturbador y fascinante.

—*Estamos en una estación orbital situada tras la cara oculta de su Luna. La nave no es tal, es una estación de teletransporte cuántico que...*

—*¡Masika!*

La figura femenina cerró los ojos unos instantes y cuando los abrió Antía pudo ver una expresión de horror sin cortapisas.

—¿Qué sucede?

—*En la Tierra, un robot acaba de asesinar a uno de los Embajadores en la O.N.U.*

Antía golpeó la mesa con los puños y soltó un improperio.

—*Secretaria Soler, le garantizo que no hemos tenido ningún grado de implicación con esto.*

—¿Quién? ¿Quién ha muerto?

—*El representante de la Unión Euromediterránea, Sir Charles Lame.*

—Por supuesto... No se preocupe, sé quienes han sido y que ustedes no han tenido nada que ver. Alguien acaba de asegurarse el resultado de la votación de esta tarde y de todas las que vendrán en el futuro respecto a Marte. Malnacidos... Tome lo que voy a decirle como un gesto de buena voluntad: saque su nave de la Tierra inmediatamente. Después de la votación de esta tarde no podré garantizar su seguridad.

—*Entiendo. Gracias por el aviso. Ahora todo cobra sentido, incluso la presión para resolver la cuestión terrestre. Sabían que a pesar de nuestros esfuerzos el escenario resultante sería el sometimiento de la Tierra y nos han empujado a todos hacia él. Todo este complot, gestado bajo mis propias narices durante tanto tiempo... ahora es algo personal. Me comprometo a protegerles igual que he protegido a los míos durante estas dos décadas. Tiene mi palabra de que no permitiré que estalle una guerra entre nuestros planetas.*

—Es un deseo compartido.

—*Le agradecemos profundamente todos los esfuerzos que ha realizado por sacar adelante nuestra propuesta. Me gustaría poder recompensarle con una cura*

para su enfermedad, pero no la tenemos. Lo que sí puedo ofrecerle, llegado el momento, es la opción de someterse al proceso de transferencia de conciencia. Si lo consigue, podría ser nuestro enlace permanente en el planeta Tierra.

—Gracias —respondió Antía tras meditarlo unos segundos—. Pensaré en ello detenidamente.

La Secretaria se levantó de la mesa, dando por terminada la reunión. Volvió a cruzar un apretón de manos con Masika Boulak y abandonó la nave acompañada de Dyehuty. Una vez fuera, refugiados de la lluvia al amparo de la nave, el robot se despidió también de la Secretaria.

—Esta noche, no viaje y procure estar en un sitio seguro. No sé si seremos capaces de detener el curso de acción predispuesto, así que puede que las cosas dejen de funcionar llegada la medianoche.

Antía le tendió la mano y el robot correspondió. El tacto duro y frío, tan diferente del de Masika, no impedía que siguiese siendo más agradable que el de muchas manos que debía estrechar por obligación a menudo.

—Ha sido un honor al menos haberlo intentado.

—*Cúidese, Secretaria. Seguiremos en contacto.*

Antía notó como la mano del robot perdía consistencia hasta convertirse, junto al resto de su cuerpo, en un polvillo brillante que el viento arrasó. La misma suerte corrió la nave, que se desvaneció bajo la lluvia como si nunca hubiese estado allí. Las ropas de Antía comenzaron a empaparse del cálido líquido pero ella no echó a correr hacia resguardo; caminó lentamente, casi solemnemente, permitiendo que la lluvia ocultase sus lágrimas.

A Antía le costó encontrarse en los medios. Todos repetían insistente y machaconamente las imágenes del atentado en el que había muerto Lame junto con tres periodistas, estirando la noticia lo indecible tal y como estaba acostumbrado a realizar el periodismo de lo que iba de siglo. Al fin, un canal minoritario reprodujo el momento en el que había subido al estrado unas horas antes.

—Estimados representantes, seré breve y concisa. En mis cincuenta y cuatro años de vida he visto a la Humanidad cometer grandes estupideces, pero nunca nada del calibre de lo que está a punto de suceder. Siempre pensé que desde una posición como la mía se podría hacer algo para evitar que la sinrazón nos siguiera guiando como especie. Pero no es así; aún con todo el poder e influencia de mi oficina, no he podido evitar que la memez vuelva a imponerse triunfante. Así que no quiero tener nada que ver con lo que está a punto de suceder en esta Asamblea. Presento mi dimisión inmediata e irrevocable como Secretaria General de las Naciones Unidas.

Una última carta jugada a la desesperada, tratando de remover conciencias. Pero el atentado estaba demasiado reciente y los ánimos encendidos contra todo lo robótico. El resultado de la votación fue una de esas extrañas unanimidades que demostraban el carácter de la especie humana, incapaz por lo común de llegar a entendimientos sin tocar a degüello pero que se unía como una piña bajo la bandera de la codicia, el rencor y el miedo. Por supuesto, había ganado la postura del difunto embajador y los promotores de la Misión Tellus creían haberse legitimado como propietarios de todo lo que poseía Marte.

Faltaban pocos segundos para medianoche. Dio una orden vocal y la pared de la sala de estar se apagó. Invocó al avatar de su asistente en la ONU, que ya no era más que una proyección inánime; el SAC que lo dotaba de vida no hubiese acudido dada su condición de ex-Secretaria y confiaba en que hubiera encontrado escondite en algún perdido recoveco con la esperanza de sobrevivir al inminente castigo divino del que ella le había advertido. Antía acarició el rostro intangible, despidiéndose de él para siempre. La imagen titiló, seguida por la iluminación, y ambas desaparecieron dejándola sumida en la más completa y aterradora oscuridad.

Horror vacui

JAVIER CASTAÑEDA DE LA TORRE

Esta obra está registrada bajo licencia **Creative Commons**.
Para saber más específicamente los límites de uso de esta obra
acude a mi página web: www.lahabitacionchinadejavi.com

Un pensamiento viene cuando «él» quiere, y no cuando «yo»
quiero; de modo que es un falseamiento de los hechos decir: el
sujeto yo» es la condición del predicado pienso»

Friederich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

Cuantos más registros sobre cada uno de nosotros hay en
las bases de datos, menos existimos

Marshall McLuhan, *From cliché to archetype*

Test de narración sobre transcripción de la conversación psiquiátrica

23/10/2053

Anexo E3 del informe Miller

Como parte del Test de narración de Kauffman se le pidió a Jack Miller que hiciese una transcripción basada en su memoria de su entrevista con el psiquiatra. El objetivo era deducir un diagnóstico preliminar con base en la forma en la que el sujeto percibió esa entrevista. A continuación se detalla el análisis de la transcripción.

[...] siendo lo primero que llama poderosamente la atención: el uso de un estilo narrativo cercano a la novela, totalmente inapropiado. Este alejamiento de la descripción aséptica, que se le pide a una transcripción, se ve todavía más remarcada al compararla con el video de la entrevista, apreciándose que las citas eruditas del texto son un añadido a posteriori que no se produjeron en la conversación original.

[...] Parece ser que el paciente es un ávido lector de ciencia ficción, lo que podría explicar esta tendencia a la narración como si fuese una novela de ciencia ficción *noir*, lo que no excluye...

[...] sin embargo, esta propensión a introducir cambios en la secuencia de hechos original o reinterpretarlos a conveniencia revela una psique con tendencia a la manipulación que pretende controlar una situación que el sujeto siente como extraña. Este hecho se ve reforzado en el constante desprecio, uso de improperios e intentos de desacreditación del psiquiatra.

[...] Debida a esta última característica, el Test de Steer-Jackson basado en 98 items en una escala Likert de cinco alternativas podría no ser útil a la hora de diagnosticar esta disfunción porque el sujeto tiene suficientes conocimientos de psicología como para falsear la prueba, ofreciendo las respuestas más adecuada a sus intereses. Sin embargo otras lecturas neurométricas como la de Grascini-Steward sobre patrones neuronales pudieron confirmar este diagnóstico con una probabilidad del 0,7 (Ambos test forman parte del Anexo F de este informe).

[...] Sería aventurado todavía emitir un diagnóstico del paciente Jack Miller, pero por lo expuesto anteriormente parece que nos encontramos ante un trastorno obsesivo compulsivo del tipo de intolerancia a la incertidumbre que se manifiesta en su forma general en: otorgarse una responsabilidad excesiva en el acontecer de sucesos que escapan a su control y sobre todo en la necesidad de encontrar una causa incluso en aquellos hechos que carecen de explicación.

[...] de confirmarse este diagnóstico preliminar, se requeriría la programación del polvo inteligente, que se le volverá a inocular en breve, para que actúe como estimulante de las vesículas que liberan la serotonina o inhibiendo la recaptación de este neurotransmisor, pues es su baja recepción la causa principal de este TOC.

A continuación se adjunta un extracto de la entrevista en el que se basa este diagnóstico.

[...] Me puse serio. O ese comecocos no me escuchaba, o no me estaba entendiendo nada de lo que le decía, así que decidí jugar en su terreno utilizando conceptos que él pudiese comprender.

—¿Sabe esas personas a las que les tienen que cortar el cuerpo calloso que une los dos hemisferios cerebrales y por eso uno de sus hemisferios no conoce lo que conoce el otro?

—Síndrome de hemisferio dividido se llama.

—Como sea. Leí una vez un caso de esos. Al tipo se le pidió que cerrase la ventana. Este lo hizo y después se le preguntó por qué la había cerrado. ¿Y sabe lo que contestó?

El comecocos negó con la cabeza.

—No crea que dijo que la cerró porque se lo hubiesen pedido, que sería lo lógico, sino que dijo que la cerró porque tenía frío.

—¿Y sabe por qué ocurrió eso?

—¡Claro que sí, joder! Si no, no le estaría contando esta maldita historia —el comecocos me ponía de los nervios. Al final iba a parecer que era él el que contaba la historia—. El hemisferio que había realizado la acción sabía por qué lo había hecho, pero no podía comunicárselo al hemisferio que controlaba el lenguaje que es el hemisferio que tenía que dar la respuesta, así que este hemisferio se inventa una causa plausible de su comportamiento.

—Es la teoría del intérprete del Dr. Gazzaniga—me dice como si no lo supiese.

—¿Está usted contando la historia? —le respondo enfadado—, porque hasta donde yo recuerdo usted no estaba contando la puta historia —puse fin a sus intentos de apropiarse de mi narración—. Deje de interrumpirme —le pido amablemente— y escuche. Lo importante aquí no es que no pudiese saber por qué lo había hecho realmente, el noventa y nueve por ciento de las cosas que hacemos no tenemos ni idea de por qué las hacemos: se estimula una neurona aquí, un neurotransmisor se activa allí y nuestro cerebro genera una respuesta que nos explicamos siempre *ad hoc* —ese comecocos de pacotilla se pensaba que no sabía nada de psicología—. Lo interesante de este caso es que nos muestra hasta que punto nos inventamos contestaciones a preguntas para las que no tenemos ninguna respuesta.

—¿Y que conclusión saca de ello, señor Miller?

—Pues que va a ser. Que preferimos creer una mentira a tener la certeza de que no sabemos una mierda. El cerebro necesita rellenar los huecos de nuestra patética existencia.

—¿Y qué tiene esto que ver con lo que hablábamos?

De los nervios me estaba poniendo el comecocos.

—¿Acaso hay que explicárselo todo? Vivimos suspendidos en el vacío. Cruzamos el fino alambre de la existencia como funambulistas y logramos mantener el equilibrio sobre la nada sin más pértiga que nuestra capacidad de invención. ¿Cree que soportaría su vida si supiese que no tiene ningún sentido? Ya se lo digo yo: ni de coña. Si ha llegado hasta aquí es porque vive engañado. Su cerebro, mi cerebro, el de todos ¡joder! se ve obligado a evitar el vértigo de nuestro deambular creando la ilusión de la continuidad. Ahí donde se manifiesta la vacía existencia, nuestro circuito neuronal nos brinda un sentido. Ahí donde nuestro cerebro ve un hueco, lo rellena con una explicación. El espíritu de lo apolinio lo llamó Nietzsche: la capacidad que tenemos de embellecer el caos dionisiaco imposible de asimilar. ¿Conoce a Nietzsche?

—No mucho.

Impostores, todos los comecocos no sois más que impostores.

—Pues debería leerlo más. Aprendería un par de cosas de psicología. Porque Nietzsche ya lo dijo, claro que no hablaba del cerebro. ¿Pero que más da? Nuestros cerebros lo hacen constantemente.

—¿Qué hacen constanmente?

—¿Ve? El suyo lo acaba de hacer. En este mismo instante. ¿Acaso no lo ha notado? Compruebe si en la línea de más arriba acaba de leer «constantemente» o «constantemente». ¿A que sí? Su cerebro ha dado sentido a una palabra que no lo tenía, ha dado al caos un orden que no existía. ¿Ve? Apolo se impone a Dionisos.

—Sigo sin ver a donde nos conduce todo esto.

—Pues que no me van a creer por mucho que les cuente. La hipótesis que le cuadra a sus estrechos cerebros es que estoy loco, ¿verdad? Y aunque les diese una historia casi igual de verosímil, su cerebro no les dejaría ver la verdad porque prefieren la explicación simple y ordenada a la caótica. Y no se crea que me quejo. Está en nuestra naturaleza: *horror vacui* lo llamaron los latinos. Pero ¿para qué quieren entonces que les cuente mi versión de los hechos?

—Loco es una palabra que no utilizaríamos nunca. Y es verdad, como usted ha señalado, que el cerebro tiende en ocasiones a maquillar las explicaciones —que forma más vergonzosa de hacerme la pelota antes de darme una colleja—, pero en ciencia la hipótesis más simple es la verdadera y si nos cuenta su versión podremos juzgar de manera más eficaz si está diciendo la verdad o todo es un producto de su fantasía.

—¿Sí? ¿Seguro que la explicación más simple es siempre la verdadera? Porque Einstein rechazó la teoría cuántica por esa razón, le parecía una locura que una partícula pudiese estar en dos sitios al mismo tiempo. Pero la verdad, y aquí hablo de la VERDAD es que un fotón, el mismo fotón, puede existir en dos lugares simultáneamente —este tipo se pensaba que me iba a pillar con el tema de la ciencia.

—¿Y entonces qué es lo que quiere usted, señor Miller?

—Quiero contar mi historia, pero no a una cámara, ni de forma hablada. Quiero hacerlo por escrito y pudiendo extenderme todo lo que necesite. Porque quiero que lean atentamente mi historia y que la juzguen sin añadirle ni sustraerle ningún dato ni interpretación que no se encuentre ahí. Aunque mucho me temo que va a ser una tarea del todo inútil, pues

por mucho que quiera impedirlo, su cerebro hará lo imposible para para ejecutar aquello para lo que ha sido programado —le dedico una amplia sonrisa antes de iniciar la siguiente frase—. Por eso no me enfadaré si finalmente cae de nuevo en la ilusión de la racionalidad pues al fin y al cabo ¿para qué también la verdad a toda costa?

Informe Miller 1/4

8/11/2053

Centro psiquiátrico Michael Gazzaniga

Todo empezó como empiezan estas historias, con un trabajo rutinario. Era un caso cualquiera para un agente de predicción y prevención de crímenes. Sí, ese es mi trabajo, predecimos crímenes y los evitamos. Pero nada que ver con lo que la mayoría de la gente cree. No podemos leer el futuro, no por lo menos como lo hacen los quirománticos. Nosotros utilizamos los *Big Data*, los datos masivos, inteligencia de datos o macrodatos, elija la denominación que más le guste. ¿Qué que son? Increíble que a mediados del siglo XXI todavía haya gente que me lo pregunte. Pero se lo explicaré gustosamente porque a los comecocos se les saca de Freud y se les hace la noche.

La inteligencia de datos es una ciencia de la que muchas empresas se han aprovechado. Por lo menos en sus comienzos, en la primera y segunda oleada antes de la ley de publicidad de macrodatos. ¿Cómo creé que hizo su fortuna Google o Amazon? Gracias a ellos. ¿Acaso cree que el proyecto *Google books* fue una labor social? Que inocente. Gracias al escaneo de millones de documentos Google pudo construir el mejor traductor que existe, el que toda empresa y ciudadano del mundo utiliza en la actualidad. Un traductor que no debe su exactitud a la creación de potentísimos modelos con los últimos algoritmos genéticos incorporados, sino solamente a una cantidad ingente de datos que permite traducciones más precisas que las que el mejor ingeniero del MIT pudiese nunca crear.

Las compañías de seguros también se dieron cuenta de su importancia rápidamente y fueron las que iniciaron la segunda oleada. Tener los datos GPS de todos sus asegurados para encontrar correlaciones entre los accidentes y conducir por determinadas rutas y horas del día, modelos y colores de los vehículos, les hizo ahorrarse millones de dólares ajustando el precio del seguro al perfil del conductor. Pero no crea que me estoy desviando del tema. Sé por lo que está leyendo este informe: el caso que lo inició todo. No se impacienta y déjeme terminar de contarle en qué consiste mi trabajo.

Cuando finalmente los estados se dieron cuenta de la importancia de estos datos, decidieron controlarlos. Era el paso lógico. Y así se inició la tercera oleada. Pero al contrario que las dos anteriores, los estados no buscaban hacer negocio con ellos sino usarlos para beneficio de la población. Se empezaron a recoger paulatinamente los datos sociométricos de cada ciudadano hasta que no quedó nadie que no llevase implantado el chip biológico que los registraba (ya sabe, lo que conocemos como Chip de Control Central o CCC). Ahí se recoge no solo el número de conversaciones diarias a través de las redes sociales y qué tipos de mensajes mandamos clasificados en diferentes categorías sino movimientos poblacionales, compras, gastos por horas y minutos, lecturas neuronales...

Ya sé lo que está pensando: ¿y la privacidad? Pues la verdad es que no quedaba para nada mermada, solo es un ordenador (varios en realidad, pero que le conocemos como la unidad llamada Ciberteos) que procesa datos a los que solo se les puede poner nombre propio bajo la orden de un juez, así que: ¿qué había que temer?

Además para asegurar la democratización de estos datos y evitar que solo los que tuvieran grandes recursos pudieran acumularlos, toda esta amalgama de datos de millones de ciudadanos se publican de forma anónima, esperando a cualquiera que pueda establecer correlaciones entre ellos que se puedan explotar. ¿Por qué no lo intenta usted, comecocos?

Una vez que tienes a todos los ciudadanos controlados en cada movimiento que hacen, ya es mucho más sencillo encontrar las correlaciones entre los crímenes y los comportamientos pasados. Con una base de datos suficiente que se consiguió en cinco años, fue sencillo precisar quien iba a cometer un crimen con un noventa y cinco por ciento de exactitud. Lo más difícil estaba hecho. Ahora que ya tenías localizados a los futuros infractores, solo quedaba crear una unidad policial que de forma sutil impidiese que esos sujetos llegasen a cometer esos crímenes. Ahí es donde entramos nosotros. Como ve, nada que ver con los tres precons metidos en una piscina que tenía en mente al oír hablar de nuestra unidad de prevención de delitos.

Sí, ya sé lo que piensa: ¿acaso no era el polvo inteligente el que impedía los crímenes? Pues no tantos como la gente piensa. El polvo inteligente solo puede atajar aquellos delitos impulsivos, basados en desequilibrios químicos del cerebro, nada que se fragüe durante meses. Pero ya volveremos sobre el tema del polvo inteligente. Ahora vayamos a lo nuestro.

El caso que me habían asignado era el de S.R., un sujeto que no se comunicaba a través de las redes sociales, sin familia (aunque este no era un dato significativo), aficionado a las armas y al que solo se le conocía una persona con la que se relacionaba y que compartía su mismo perfil. Sí, claro que sí, S.R. ya tenía una bandera puesta por Ciberteos, una monitorización especial, pero nada que indicase que estaba a punto de cruzar el Rubicón. Hasta que sonaron todas las alarmas cuando en los últimos meses intensificó la compra de material de carpintería.

Ya sé lo que piensa, le conozco como si fuese un homúnculo en su cerebro, ¿qué tiene que ver ese tipo de compras con cometer un crimen? Tal vez nada, pero eso no implica que no haya una correlación de un ochenta y ocho por ciento entre su perfil sociométrico, la compra de ese tipo de material y el cometer un crimen violento en los meses siguientes.

¿Qué se ha perdido? Pues escuche bien. Para entenderlo debe abandonar ese obsoleto concepto de causa y efecto. Ya no se utiliza ni en física de partículas. Dos variables puedan estar correlacionadas sin que una cause la otra. Comecocos, su error viene producido porque en ocasiones es fácil convertir la correlación en causalidad: Walmart halló que los días anteriores a una tormenta se vendía hasta un veintisiete por ciento más de latas de comida. La relación causa-efecto parecía clara: la gente tiende a aprovisionarse ante la posibilidad de que la tormenta sea mayor de lo anunciado y no puedan salir de su casa durante un tiempo. Y eso es lo que le está pasando ahora, su cerebro está en este mismo momento intentando encontrar ese nexo causal. Está pensando: material de carpintería, incremento de testosterona y crímenes violentos, ¿acaso no hay una relación?

¿Ve por qué no puedo dejar mi diagnóstico en sus manos? No se engañe, la mayoría de las veces esta relación causa-efecto no es posible encontrarla a través de rocambolescas teorías porque ni tan siquiera existe. Le pondré otro ejemplo. Es totalmente verídico: un famoso vendedor de recambios para coches de segunda mano analizó sus datos para encontrar qué tipos de coches tenían menos problemas y halló imprevisiblemente que los coches naranjas tenían, significativamente, la mitad de averías que los coches de otros colores. ¿Acaso es capaz de encontrar la relación causa-efecto en este caso? Ni yo ni nadie lo ha hecho. Pero a la inteligencia de datos la causalidad le da igual. ¿Qué importa si no podemos establecer esa

relación? Solo a su cerebro ávido de una explicación le importa. Pero para la inteligencia de datos lo importante son las estadísticas, que una variable esté relacionada con otra y que podamos hacer uso esa correlación. Grábeselo en ese estrecho cerebro suyo.

Por eso funciona nuestro departamento. Encontramos esas correlaciones y después evitamos que se cumplan. Para ello no necesitamos hallar una explicación metafísica.

En nuestro caso S.R. tenía un ochenta y ocho por ciento de probabilidad de cometer ese crimen violento así que mi labor era evitar que eso pasase. Eso sí, de la forma menos invasiva posible. Como no hacerlo. Son inocentes hasta que no se demuestre lo contrario, ¿verdad? Y en eso también nos diferenciamos de esa pseudociencia ficción que estoy seguro impregna su imaginario. Nosotros vivimos en el mundo real y seguimos respetando el libre albedrío de las personas, por lo menos mientras nadie demuestre que no existe.

Como le decía, nuestra labor consiste en introducir elementos nuevos en la vida del futuro infractor para reconducir su comportamiento sin que él se entere. Nos infiltramos en su vida para evitarlo.

S.R. era un caso claro de lo que llamamos comportamiento de retroalimentación. Al no tener contacto con otras personas nada más que con su compañero, cualquier idea que tuviese no era más que una versión de una idea central que sufría un bucle de confirmación. Uno y otro se daban la razón sobre las mismas ideas, incapaces de cambiarlas porque no tenían contacto con otras nuevas, lo que hacía que esas ideas poco a poco se fuesen pervirtiendo hasta que terminaban por apoderarse del individuo que acababa inmolándose en defensa de la propia idea: un proceso claro de retroalimentación. La forma de acabar con ello, por tanto, era sencilla: introducir en su círculo la figura de un explorador, una persona que viene de fuera, de otros círculos y que le muestre ideas alternativas que sirvan para moderar e incluso corregir las que él tiene. ¿Qué le parece absurdo? Ponga una sala de café en una gran compañía donde los trabajadores de los diferentes departamentos crucen ideas de forma esporádica y verá como aumenta la productividad de forma exponencial.

Y ese era mi trabajo, hacer el papel de explorador.

Paso primero: entrar en contacto con el sujeto. Alquilé una casa en su misma calle. Desde allí me sería mucho más fácil entrar en su área de influencia y poder introducirme en su círculo. Esta es con toda seguridad la parte que menos me gusta de mi trabajo. Estar cambiando de domicilio cada poco tiempo. Tengo un piso alquilado en el centro, pero prácti-

camente no vivo más de un mes al año allí. Así que voy a trompicones entre caso y caso, saltando cerca de los sujetos a los que debo «interrumpir». Pero no tengo mujer ni hijos, por lo que nadie me echa de menos por las noches.

Una vez acomodado debía tomar contacto.

Me aprovisioné de material de carpintería y en el último pedido, «por error», puse su número de calle. Sabía cuando iban a entregar el paquete, así que solo tenía que pasar casualmente por su casa e iniciar el juego.

—Estoy frente a ella. Creo que se encuentra en el garaje —le dije a mi técnico de neurodatos a través del endocomunicador—. Son las cinco y cuarto. El repartidor no debería tardar en llegar. ¿Me has recibido con claridad, homúnculo?

—*Te he dicho que no me llames así* —me respondió James en el endocomunicador.

—Pero es lo que eres, una voz en mi cabeza.

—*Vete a tomar por culo.*

James era mi controlador asignado. Para la perfecta ejecución de mi trabajo, un explorador debe trabajar siempre con un analista de datos neuronales del sujeto al que se tiene que «interrumpir», que se halla en las oficinas de Precrimen supervisando toda la operación. ¿Qué como lo hace? Accediendo en tiempo real a los datos biométricos que registra el polvo inteligente.

—Ahí está el dron —le digo a James.

—*De acuerdo, estoy preparado. Cuando quieras.*

El pequeño aparato con el paquete desciende hacia la puerta principal de S.R. y envía un mensaje al timbre de la casa. S.R. sale del garaje.

—¿Qué demonios?

El dron deja el paquete a sus pies y desde sus altavoces emite el mensaje prefabricado.

—Envíe su código de seguridad si está conforme con la entrega.

—Yo no he pedido ningún paquete. No esta semana. ¿Qué es esto?

—Una talladora eléctrica inteligente de Naxxon —respondió el dron de forma mecánica situándose frente a su cabeza.

Cogió el paquete y miró la etiqueta.

—Esto está a nombre de Jack Miller y yo no soy Jack Miller. Es un error.

—¿Entonces rechaza el envío?

Yo les observaba desde la distancia cuando James me puso en alerta.

—*Sus niveles de adrenalina aumentan.*

—Voy a intervenir. En cuanto le de la mano, ya sabes —le dije.

—Sí.

Corriendo hacia él y levantando la mano, grité:

—Es mío, es mío.

S.R. miró hacia mí. Llegue jadeando, como si hubiera corrido sin control.

—Lo siento, el paquete es mío. Vivo un poco más arriba, he visto al dron y me he imaginado que era mi paquete. Soy nuevo y me he liado con los números.

Le extendí la mano.

—Jack Miller, su nuevo vecino.

Me miró fijamente y me dio la mano. En ese momento James le descargó una explosión de oxitocina en el cerebro que le produciría una sensación de placer que su cerebro asociaría a haberme conocido y por tanto facilitaba el establecer la relación de amistad.

—S.R.

—¿Va a aceptar el paquete o no? —volvió a preguntar el dron.

—Lo siento, se me había olvidado.

Envié mi código de aceptación al dron a través de mi endocomunicador.

—Recibirá un justificante de entrega en su carpeta de entrada. Buenas tardes —dijo el dron e inició el vuelo de regreso a su base.

Cogí el paquete de las manos de S.R.

—Supongo que pensaría ¿para qué diablos quiero yo una talladora eléctrica?

Sonreí.

—No en realidad yo... también me dedico a esto.

—¡Que casualidad! —dije haciéndome el sorprendido—. Con las impresoras 3D en pleno auge es difícil encontrar a alguien que todavía se dedique a crear sus muebles a mano.

—Y que lo diga —sonrió—. En vez de ser hábil con las manos quieren que lo seamos con la programación y yo me niego a aprender eso. Así que una Naxxon inteligente... buen aparato.

—*¡Diana! Endorfinas naturales subiendo.*

—La Naxxon es la mejor —contesté—. Tenía una, pero ahora tengo que reconstruir mi taller de bricolaje de nuevo después del divorcio. Mi ex-mujer se quedó con todas mis herramientas para su nuevo «novio».

—Mujeres, pffff. ¿Quién las necesita?

¡Ping, ping, ping, ping! ¡Premio! Ciberteos nunca fallaba. Según los datos S.R. no había comprado flores, ni joyas, lencería, ni tan siquiera crema hidratante, no había comprado dos entradas de cine ni una cena para dos en los últimos años lo que apuntaba a que no había estado con mujeres en todo este tiempo. El superordenador había cifrado la posibilidad de que fuese misógino en un noventa y ocho por ciento.

—Desde luego yo no —le dije.

Él me sonrió. Había picado el anzuelo.

—Si necesitas cualquier herramienta no tienes más que pedírmela.

—Gracias —le dije—. No dudes que lo haré. Y si tú necesitas esta pequeña joya, sabes donde vivo.

Asintió.

—Espero verte por aquí.

Le di nuevamente la mano y me dirigí a mi nuevo hogar.

¿Ve como se trabaja con el cerebro, comecocos? Todo había salido perfecto, en tiempo record y solo con una intervención artificial en su cerebro. Debería aprender algo de nosotros.

Paso segundo: Fase de Consolidación. Una vez habíamos establecido el contacto, intimar era más sencillo. No olvide que conocía sus gustos, así que ver un partido de fútbol, traerle «casualmente» su cerveza favorita o hablarle de mi paliza a un homosexual en mi juventud, servía para estrechar nuestra relación. En este caso fue fácil, en menos de un mes ya me podía considerar su colega. Y ahí es cuando comienza la Fase de Interrupción.

Paso tercero. Introducir nuevas ideas en su memelogía particular. Esta fase no estaba exenta de problemas. El principal era que aunque las estadísticas nos decían que iba a cometer un crimen, salvo en casos puntuales, no sabíamos qué tipo de crimen era ni cual podía ser el detonante. Por lo que la labor de interrumpir la secuencia de acontecimientos no era fácil. Podía ser su homofobia lo que funcionase de motor o su misoginia o su anarquismo, por lo que el número de ideas a interrumpir abarcaba un espectro inmenso. En casos así, no se podía interrumpir idea a idea (demasiada información nueva hacía que el sujeto terminase rechazando a la persona que le introducía esa información, es decir yo), por lo que era un camino más sencillo la separación de su elemento de retroalimentación (su compañero) y ayudar a S.R. a la búsqueda de nuevas alianzas menos afines a su posición (que no le sirviesen como elementos retroalimentarios). Este camino llevaba más tiempo, pero tenía un éxito del noventa y siete por ciento.

Inicié la fase tres.

—Estoy llegando ya a la casa —le dije a James—. Me presento de improviso con unas latas de cervezas. Espero que no esté su compañero.

Llegué hasta su puerta y llamé. Nadie contestó.

—¿Está ahí seguro? —le pregunté a James.

—*Que sí. A diez metros de ti. Tal vez en el jardín trasero.*

La puerta estaba abierta así que entré gritando su nombre. Seguía sin obtener respuesta. Sobre una mesa del recibidor había un sobre y encima de él, junto a un abrecartas, un papel de propaganda electoral. La publicidad en papel todavía era mucho más efectiva que el spam directo al endocomunicador que era eliminado por efectivos programas.

Era un folleto del partido Izquierda Racional. Lógico al estar tan cerca las elecciones.

S.R. me quitó el folleto de la mano.

—No lo toques.

—Lo siento. No quería.

—*Niveles de serotonina bajos. Enfado a la vista* —me dijo mi homúnculo. Ya no podía hablarle porque me oiría S.R.

—Lo recibo todavía porque en su momento me afilié para intentar llevarles a mi terreno —dijo disculpándose.

—*Falsa alarma. La corteza cingulada anterior me dice que su estado fue solo por vergüenza.*

S.R. jugó nervioso con el folleto.

—Ya sabes que éxito tuve.

—No te avergüences, yo también lo intenté en su momento —le dije sonriendo—. ¿Una birra?

Él asintió y nos abrimos una.

—*Bien hecho, compañero. Sus niveles de endorfinas aumentando.*

—¿Dónde está F.? —le pregunté. Quería iniciar una conversación en el que su compañero fuese el tema.

—Está en... Está en...

De repente se sacudió como si fuera un perro mojado, arrugó el folleto manchándose las manos con la tinta y lo tiró al suelo.

—Está en...

—¿Te ocurre algo?

—*Sus niveles de noradrenalina se vuelven anormales. Será mejor que salgas de ahí.*

—Él está... Él está en... está en...

Comenzó a mover la cabeza compulsivamente.

—*Rápido, sus niveles se están volviendo locos.*

Me fui hacia la puerta andando hacia atrás, sin dejar de mirarlo, controlando sus movimientos y cuando me giré un segundo para introducir el código de salida en la puerta, se abalanzó sobre mí.

—¡Hijo de puta! —gritó subiéndose a mi espalda.

Comenzó a darme puñetazos en la cabeza. Empecé a dar vueltas para quitármelo de encima. Un puñetazo en el oído me mareó.

—¿*Qué ocurre?*

—Me está golpeando. ¡Haz algo, joder!

Mientras su cerebro reaccionaba a las señales que James le estaba mandando, yo no me quedé de brazos cruzados. Me lancé contra el mueble de espaldas, se golpeó con una esquina y cayó al suelo. Me miró desafiante desde allí.

—¡Hijo de puta! —gritó subiéndose a mi espalda.

Me clava en la pierna el abrecartas. Yo le pego una patada en la cara y cae de espaldas.

—¿Quieres hacer algo? —le digo a James—. Estoy herido y duele, joder.

—*Ya lo intento. Pero no parece responder a la inundación de endorfinas.*

—Pues para mí, para el dolor.

—*Una ración de encefalinas para el señor. Tardará un poco en funcionar.*

S.R se alza ante mí. Tiene la mirada perdida y parece actuar por instinto animal.

—*No sé que le habrás hecho, pero las lecturas están disparadas. ¡Huye de ahí ya!*

Todo atisbo de razón había desaparecido en él. Yo me acerco a la puerta de nuevo pero una silla, hecha por él, me revienta en la espalda. Caigo al suelo. Me parece que voy a necesitar muchas más encefalinas.

Ahora le miro desde abajo. Parece un toro enfurecido. Respira entrecortadamente y tiene una barra de hierro entre las manos. Sé lo que va a hacer. La alza. Ya no hay tiempo para que mi homúnculo le de una descarga. Cierro los ojos. Noto un golpe en la cabeza. Pero no es de la barra. Abro los ojos y su cuerpo ha caído entre estremecedoras convulsiones. Cuando intento hacer algo, ya ha parado y su corazón no responde.

Llega la policía y las ambulancias. El masaje cardiaco que le realizo no sirve para nada. Ha muerto.

Me curan de las heridas. Me dicen que no podré correr durante un tiempo, pero que me pondré bien. Eso me alivia. Mientras me trasladan al hospital para hacerme las tomografías pertinentes, hablo con mi homúnculo.

—¿Qué ha pasado ahí? Estaba todo bien y de repente.

—*No lo sé. Puede haber fallado el polvo inteligente, pero realmente no lo sé.*

Le digo que se vaya a casa y que descanse. Me tumbo en la camilla y pienso que esa muerte ha sido culpa mía. No debimos trastear con su cerebro. En ocasiones el polvo inteligente es impredecible.

**Extractos de la disertación para simposium
«Retos de la futura Red Inalámbrica de Nanosensores
para la Monitorización e Intervención»**

13 al 15 de septiembre del 2034

«El polvo inteligente y el problema del libre albedrío» por
Jack Miller

Anexo B del informe Miller

[...] que el libre albedrío es un invento del cristianismo. Ninguna religión ni civilización anterior tuvo un concepto que reflejase que el hombre pudiese decidir su destino. Surge por una necesidad de este. Para condenar al cielo o al infierno a alguien por sus actos en la Tierra debes suponer que esa persona ha realizado esos actos libremente. Si no, sería Dios el que desde el nacimiento nos habría condenado. Solo puedo ser responsable de aquello que elijo libremente. De ahí la necesidad de introducir un concepto como el libre albedrío que hacía de la responsabilidad una posesión del hombre, birlándosela a la moira, al destino o los dioses.

[...] aunque algunas sectas del cristianismo como el luteranismo afirmaban que la salvación se encontraba solo en la gracia divina, negando así la condición de libre albedrío del ser humano, este fue defendido no solo como uno de los rasgos definitorios del ser humano, sino como su característica esencial y diferencia fundamental con el resto de los seres vivos.

[...] Solo a través de la glándula pineal que conectaba alma y cuerpo en Descartes, el ocasionalismo de Malebranche o la armonía preestable-

cida de Leibniz pudo la modernidad, manifestada en el mecanicismo racionalista, salvar o justificar de alguna manera el libre albedrío.

[...] Pero era difícil renunciar a este concepto tan arraigado en nuestra cultura. Kant hizo lo indecible para salvarlo en un universo determinado por las tres leyes de Newton, pues la negación de su existencia llevaba también a la desaparición de toda moral. Y la única manera de salvarlo fue a costa de renunciar a su posibilidad de demostrarlo científicamente. Una vez descartado del ámbito del conocimiento solo le quedaba el ámbito de la fe, racional eso sí, pero fe al fin y al cabo y el libre albedrío quedó relegado a un postulado en el mejor de los casos. Algo en lo que creer para que no se desmoronase la sociedad en la que vivimos.

[...] la moral no tendría sentido. Como ya había anticipado Nietzsche la moral no sería más que una invención del hombre, en el mejor de los casos para diferenciarse de otros hombres. Porque la moral no sería más que el producto de determinadas reacciones químicas en el cerebro que tienen nombres como empatía, sentimiento de culpa y que estaría vinculado de forma fundamental al concepto de libre albedrío.

[...] y ahí radica el gran problema, ¿cómo vivir en una sociedad en la que se aceptase que el libre albedrío es una ilusión? Nadie sería responsable de sus actos, por lo que no podríamos encarcelar ni hacer un juicio a nadie, y solo quedaría ajustar su red neuronal para que no cometiese más delitos. La responsabilidad desaparecería. Y la pregunta que quedaría es: ¿sería eso tan malo? ¿Sería tan perjudicial controlar lo que la naturaleza reparte de forma azarosa, llámese empatía o conciencia moral?

[...] el polvo inteligente, la red de nanosensores electromecánicos que está en cuestión y que de aprobarse la ley formaría parte de nuestra corriente sanguínea, viene a poner sobre la mesa este debate. Algo similar ocurrió ya con el auge de la inteligencia de datos o *Big Data*, momento en el que ya se discutió si la acumulación y control de estos datos no supondría la merma de nuestra libertad. Pero con una diferencia, la inteligencia de datos era pasiva, no influía directamente en el comportamiento de los sujetos. Con el polvo inteligente tendremos por primera vez la posibilidad de reconducir, modificar e incluso controlar directamente hasta un determinado punto el comportamiento del ser humano de forma mecánica.

[...] ¿Querría decir todo esto que desaparecería el libre albedrío? Sin duda. Incluso si creemos en su existencia, que otra persona pueda manipular estos nanosensores para cambiar el equilibrio químico de nuestro cerebro, sin duda significaría privarnos del libre albedrío. Pero la pregunta pertinente no debería ser si este desaparecería sino si alguna vez existió, porque de negarse haría el debate inane.

[...] ni el libre albedrío ni la moral nos hacen superiores a los demás animales, ya que no son más que productos de la misma evolución. Por eso no podemos estar en contra de esta tecnología pues gracias a ella ya no estaremos expuestos al capricho de una incontrolable naturaleza que produce en nosotros espontáneos ataques de ira o fomenta maquiavélicos crímenes para satisfacer nuestra psique individual. Con el polvo inteligente el ser humano por primera vez será consciente de lo que ocurre en su cerebro a tiempo real y podrá controlarlo esta vez sí, de forma racional y en beneficio de la comunidad, saltándose los límites que la naturaleza impone a la formación de una auténtica humanidad.

Informe Miller 2/4

8/11/2053

Centro psiquiátrico Michael Gazzaniga

Me dieron dos semanas de descanso después del fiasco de S.R. Los tres primeros días los pasé encerrado en casa. ¿Que por qué? Pues usted lo debe saber bien, comecocos. Sí, sabía que no era culpable de la muerte de ese hombre. ¿Cómo podría yo anticipar que el polvo inteligente le produciría una epilepsia? Fue un accidente y nada más, ¿no? Y tal vez lo fuese, pero eso no quita que probablemente el que trasteásemos en su cerebro produjo la epilepsia y eso me haría culpable, ¿verdad? Bueno, tal vez prefiera la palabra responsable, con menos carga cristiana, pero es lo mismo ¿no? Y no sea hipócrita. Seguro que algún paciente suyo se ha suicidado alguna vez, demasiados años en la profesión para no haber pasado por eso. ¿Y acaso esa noche durmió? ¿Acaso no repasó una y otra vez lo que dijo o lo que pudo haber hecho para evitarlo? Sin duda se sintió culpable de no haber sabido ver que eso iba a ocurrir. Así que no me hable de culpa. Usted no sabe nada de culpa. Seguro que cree que es un neurotransmisor en el cerebro. Pero la culpabilidad se siente, no se analiza en sus componentes químicos. Así que no me diga que no debía preocuparme por la muerte de ese hombre, porque necesitaba saber qué fue exactamente lo que la causó.

Quería información de primera mano, así que me encaminé al laboratorio forense. Fui en el tubo. Me apetecía «zurzir». Así es como llamo a la invención de una historia que me hago de alguien escuchando solamente fragmentos de una conversación casual en el metro. ¿No lo ha hecho nunca, comecocos? Pues se lo aconsejo. Estimula la imaginación.

Localicé a dos mujeres que hablaban con énfasis al final de un vagón. Me coloqué junto a ellas. Llevaba encendidas las *smartglases* que ya me habían mostrado sus nombres antes de llegar. Eso les pasa por colgar fotos en su red social de las que se puede obtener su patrón del iris.

—Pues sí, la verdad es que sí. Pero por eso no debería haberme echado la bronca —dijo Andrea.

Las *smartglases* ya me estaban presentando la información pública sobre ellas seleccionada y ordenada, mucha más de lo que la gente suele suponer si se ponen los filtros adecuados. Andrea, treinta y cuatro años. Licenciada en derecho y contabilidad hacía ocho años y desde entonces había trabajado en cinco empresas diferentes. La última era una mediana empresa que se dedicaba a comercializar energía geotérmica.

—No sé como no le contestaste algo. Como si esa pelirroja no se equivocara nunca —contestó Jessica.

Con un movimiento de mi pupila indiqué al avatar que me buscara las pelirrojas de la empresa. Su nombre y holoimagen apareció inmediatamente ante mis ojos.

—Por eso fui a Mary y se lo conté.

Mary no era más que la jefa del departamento de contabilidad. Su jefa.

—Yo creo está amargada por lo de la enfermedad —le contestó Jessica.

Se refería a la pelirroja y al principio pensé que era una enfermedad que tenía ella, pero una búsqueda con las *smartglases* me sacaron de mi error: su hijo tenía leucemia.

—¿Y Mary que dijo?

—Que no le diese importancia, pero que tuviese más cuidado, como si no lo supiese.

Enseguida me hice un esquema de lo que estaba pasando. Llegue a la conclusión de que Andrea era la típica persona que cometía errores (cuatro despidos anteriores corroboraban la tesis) y era incapaz de asumir la responsabilidad de ellos. Al parecer siempre los minimizaba y prefería eludir su responsabilidad atacando a la persona que le había enfrentado a su error. Así que deduje que el quinto despido estaba en camino y que cómo los otros lo explicaría suponiendo una conspiración en su contra.

¿Cree que me equivoco, comecocos? ¿Cree que deducir algo de datos tan vagos? Pues nuevamente se equivoca si cree que para poder llegar a conclusiones el cerebro utiliza una deducción clásica. Mas bien al contra-

rio, hace uso de teoría bayesiana. ¿Acaso no se lo enseñaron en la carrera? Todavía debe creer que cuando encima de su cabeza hay nubes grises y sobre usted caen gotas de agua puede afirmar que es un hecho que llueve. Y no le digo que no lleve razón el 99,9% de la veces, ¿pero un hecho? Ya le digo yo que usted no ha visto nunca llover, solo ha deducido con esos datos que debe estar lloviendo. ¿Pero acaso ha comprobado que las gotas que su cuerpo percibe han salido de una nube concreta? ¿Y si se encontrase junto al mar y las gotas de agua las trajese un fuerte viento que las arrastra de la superficie marítima? ¿Podría afirmar entonces que está lloviendo? Nuestro cerebro no hace más que llegar a conclusiones partiendo de una serie de datos vagos. Usted no haría un mejor perfil psicológico de esa chica que yo, así que mejor cierre la boca.

Llegué hasta el laboratorio. Recé porque el caso no lo llevase el forense jefe. Si era él el encargado entonces nunca sabría nada. En realidad poca gente del cuerpo me haría un favor después del caso *unplugged*. Es una regla no escrita que entre bomberos no se pisan la manguera. Y yo lo hice. Vaya si lo hice. Pero era lo que debía hacer, ¿verdad?

Afortunadamente para mí el caso lo llevaba Kevin, el chico de la tarde, demasiado idealista y joven. Todavía creía en que había que hacer lo correcto.

—Espero que te hubiese hecho algo —le dije sonriendo ante el cadáver de S.R. al que estaba abriendo el cráneo con un láser.

—Señor Miller —dijo sorprendido—. No le esperaba aquí.

—¿Has encontrado algo anormal?

—No, de momento no. Las lecturas del polvo inteligente son normales —se quedó pensativo unos segundos—. Quiero decir, normales si quitamos los altos niveles de adrenalina y otros neurotransmisores que son totalmente ajustados al comportamiento que tuvo S.R. según refleja su informe.

—¿Cómo permitió Ciberteos que llegase a ese punto?

—A veces ocurre. O Ciberteos no llegó a tiempo para pararle, o al estarle monitorizando en directo se dio prioridad a lo que su compañero hacía. Son accidentes. Se investigará, pero muchas veces no se logra dar con el error.

—¿Y el ataque epiléptico?

—Tampoco hay una explicación clara. Pero no hay que olvidar que el polvo inteligente utiliza impulsos electromagnéticos para estimular neuronas, receptores y vesículas de neurotransmisores, y el mismo polvo in-

teligente pudo provocarlo al recibir muchas órdenes para parar al sujeto. Tiene sentido que esos impulsos en algún momento se descontrolasen.

—¿Otro accidente entonces? Muchas coincidencias.

—No es la primera vez que alguien muere por un ataque de epilepsia. Ocurren cientos de casos al año. Sin ir más lejos yo he tenido que hacer la autopsia a siete ya este año. Es un trabajo rutinario.

—¿Y nadie hace nada?

Kevin se encogió de hombros.

Sabía que en los dos primeros años en los que se inculó a la población el polvo inteligente hubo muchas muertes por su causa. A pesar de estar largamente probado, no introduces millones de nanobots en la corriente sanguínea y esperas que no haya accidentes. Pero creía que a partir de entonces los accidentes eran ya cercanos a cero. Que hubiese cientos de muertes producidas por el polvo me sorprendió. No es que me preocupara, no seamos hipócritas, unos cientos de muertos al año bien justifica que se haya acabado prácticamente con los crímenes impulsivos, se haya aumentado la esperanza de vida en veinte años y la satisfacción de la gente en más de cincuenta puntos.

Ya sé, comecocos, que es horrible lo que acabo de decir. Pero piense en la alternativa. ¿Dejaría que cada uno eligiese si desea utilizarlo o no? Como si los criminales quisiesen que les controlasen. ¿O tal vez deberíamos eliminarlo? Demasiado melodramático. ¿No cree que sea asumible una probabilidad tan pequeña de muerte para tener una vida más feliz y sin miedo?

—Quiero que analices el cerebro de ese individuo hasta su último átomo e infórmame de cualquier anomalía que encuentres, ¿de acuerdo?

Kevin asintió.

—Pero ya le aviso de que no voy a encontrar nada.

Abandoné el laboratorio y me dirigí a mi domicilio para realizar la búsqueda que necesitaba en la terminal de Precrimen.

En el tubo «zurcí» los retazos de dos adolescentes que habían tenido un fin de semana movidito.

Llegué a mi casa. Abrí la cerradura con el código de mi endocomunicador y entré.

Supongo que ahora siente curiosidad por cómo es. De eso seguro que saca algunos datos para su diagnóstico. Pues se lo voy a decir: lo primero

que llamaría su atención sería la ausencia de fotografías. Ya sé, un tipo que no guarda registros de su pasado en la época de la informática universal es un tipo extraño, sin duda. Seguro que lo achaca a una escasa vida social y a una cierta introversión, incluso una cierta misantropía, ¿verdad? Para ustedes cualquiera que se sale de la norma debe ser el resultado de algún comportamiento psicosocial anómalo. ¿Pues sabe qué le digo? Chorradas. También me dijo un psicólogo una vez que la gente que se duchaba con agua muy caliente es que estaba falto de cariño. Así que déjese de psicología barata de taberna.

¿O es que acaso le parece lógico que la gente se haga decenas de fotos al día y las compartan con los amigos en una orgía narcisista? Mandarle a alguien una foto del suculento plato que se está comiendo es obsceno. Es como decirle al mundo: «Mira, estoy aquí en este marco incomparable saboreando unas ostras Guilleardeau, mientras vosotros... ¡A joderse!» ¿Qué necesidad hay de hacer partícipe a los demás de todo lo que hacemos, salvo el instinto de diferenciarnos de ellos? Así que si hay alguien con problemas psicosociales son ellos.

Y aún así seguro que pensará que eso no es razón para no tener fotografías en casa o en álbumes electrónicos para uso personal. Pero si no guardo ni una es por una razón muy simple: porque las fotos son una adulteración de los recuerdos, del instante, es la congelación del flujo de la vida. Las fotografías en sus marcos digitales parecen un altar al dios de la memoria como si buscásemos al exhibirlas, su perdón. ¿No le ha ocurrido nunca que ha visto una película cuando era pequeño que le gustó mucho y al volverla a ver años después le ha producido una gran decepción? Pues eso son las fotografías para mí, intentos sin vida de reinterpretar lo pasado. Sí, vivimos en la época del registro, no solo las fotos, todo lo que somos queda guardado y digitalizado en filmaciones, en bancos de datos... Nos objetivamos como esa información y en eso nos convertimos para la gran mayoría: sujetos consumidores, delincuentes potenciales, cabrones que viajan por todo el mundo haciéndose fotografías que restriegan a los demás. Sí, y ya sé que en realidad nunca ha sido de otra forma, siempre los demás se han formado nuestra imagen a través de los datos que recibían sus sentidos, juntando retazos de información para construir un monstruo de Frankenstein, pero por lo menos antes había contacto físico entre las personas. Ahora puedes conocer a alguien mucho mejor que ella misma sin levantarte del sillón de tu casa.

Pero no estamos aquí para filosofar. Por lo menos no solo para eso. Así que continuaré con mi informe.

Me introduje en la terminal de Precrimen para buscar el número de sujetos que habían muerto de ataques epilépticos en ese año y el anterior.

Me dio una cifra total de quinientas sesenta muertes. La de S.R. todavía no estaba catalogada. El siguiente paso era comprobar qué casos de epilepsia eran causados por el polvo inteligente y cuales por causas naturales. Y cual fue mi sorpresa al comprobar que los casos de muertes por epilepsia no solo no habían aumentado en los últimos años como cabría esperar sino que habían disminuido. Investigué un poco más y comprobé que solo durante tres años, los primeros en los que se implantó el uso generalizado del polvo, los casos se multiplicaron hasta por cuatro. Pero después bajó a niveles anteriores al uso del polvo. ¿Por qué? La respuesta parecía clara. El polvo podía anticipar y frenar los ataques epilépticos naturales (solo había que programarlo para bloquear los canales de sodio o los de calcio N por ejemplo), por lo que los casos que se producían en la actualidad eran los causados principalmente por el funcionamiento del polvo inteligente. Se había cambiado una causa por otra.

El siguiente paso era comprobar si el número de casos este año era anómalo. Para ello tenía que compararlo con los años anteriores. La serie de muertes por epilepsia se había estabilizado hacía diez años, por lo que podía trabajar con esos datos mensuales. Y encontré que en los últimos cuatro meses había habido un aumento del veinte por ciento de muertes, un dato significativo según el test de Sirnakov. Lo que indicaba que ese aumento era debido a alguna causa. ¿Cuál? Eso los datos ya no lo decían. Pero ahí empecé a sospechar que tenía que ver con lo que le había ocurrido a S.R.

Pero de momento todo esto solo era humo. Tenía que cruzar los datos masivos de los fallecidos para encontrar el fuego. Y no tardé mucho. Después de varias horas comparando diferentes variables, apareció un dato que nadie esperaría: el número de muertos por epilepsia que pertenecían al partido Izquierda Racional era significativamente muy superior al de otros partidos. ¿Acaso podía ser casualidad? Sí, la misma que la física cuántica le da a que una mujer se materializase a mi lado espontáneamente. Ya tenía el fuego que investigar.

Salí de casa no sin antes comprobar que no me había dejado ningún grifo abierto. Incluso pequeñas gotas pueden suponer un gran gasto de agua a lo largo del año. Apúntelo, comecocos.

La única pista que tenía era que los fallecidos habían sido o eran miembros del partido Izquierda Racional, por lo que lo primero que debía hacer era concertar una cita.

Fue fácil conseguir una entrevista. Supongo que la cercanía de las elecciones lo hizo más fácil.

La sede se encontraba en las afueras. Llegué en los treinta y cinco minutos y cuarenta segundos que Ciberteos había predicho a la salida con un margen de error del cinco por ciento.

Al acudir allí lo que buscaba realmente era remover el avispero, porque en realidad no tenía mucho salvo una intuición y una estadística. Así que lo único que podía ponerme tras la pista era que las avispas vinieran a por mí.

El edificio se encontraba cerca de un bosque y un lago, en una construcción hecha de materiales bio-reciclables que, como las células del cuerpo humano, cada cierto tiempo necesitaban regenerarse y por lo tanto se podía decir que era una casa viviente o al menos eso es lo que el jefe de prensa del partido me contaba en la visita guiada.

—Todos los materiales son biodegradables o capaces de reutilizar las energías naturales que lo rodean —seguía contándome orgulloso de su sede—. Los cristales son capaces de convertir en energía eléctrica la vibración que producen tanto la gotas de lluvia como el viento que golpean contra ellos, el tejado es una gigantesca placa solar y los muros toman los nutrientes directamente de la tierra para regenerarse. Todo un edificio inteligente, ¿no cree? En realidad todo lo que usamos está diseñado para que tenga una segunda función. Este traje que llevo puesto está fabricado de un tejido capaz de absorber el calor del cuerpo y utilizarlo como energía para convertir el dióxido de carbono del aire en oxígeno. Soy como una planta viviente. Y el calor lo sacamos del subsuelo, a doscientos metros hay una temperatura de veintiún grados, una energía constante y sin un solo contaminante.

—Muy interesante, pero no he venido a hablar de eso —le dije ya cansado de tanta autocomplacencia.

—Entiendo. Pase por aquí.

Nos dirigimos a una sala donde además de una mesa que estaba tallada en el tocón de un árbol que hundía sus raíces en la tierra, había dos árboles con forma de sillón en su base.

—Siéntese.

Lo hice.

—Cómodo, ¿verdad? Los genes que daban forma a la corteza los hemos modificado para que den esa especie de corteza acolchada.

Y la verdad es que era comodísimo.

—No pensaba que los ecologistas realizaran modificaciones genéticas— le dije sorprendido.

Me sonrió:

—Si he aceptado esta entrevista es por ser quien es.

—¿Quién soy?

—Jack Miller. El hombre que destapó el caso *unplugged*.

Se me olvidaba que había cosas que nunca cambiaban y la relación entre la izquierda y la policía tampoco lo había hecho.

—¿Quiere beber algo? —me preguntó amablemente.

Asentí con la cabeza. Sacó una navaja e hizo un corte en una de las ramas superiores de mi sillón. El árbol empezó como a sangrar y el líquido se fue depositando en una especie de cuenco que también era parte de una rama. Cuando se hubo llenado, con la sustancia pegajosa que sacó de un tubo selló el lugar por donde salía la savia artificial

—No se preocupe. El árbol no sufre. A veces tendemos a personificar a todos los seres vivos.

Arrancando el cuenco de su tallo, me lo ofreció. Lo cogí amablemente y miré en su interior. El líquido tenía un color rojizo y un olor a fructosa embriagador. Lo probé y me fascinó su sabor. Aunque era dulce, tenía un regusto amargo, parecido a un zumo de limón azucarado, pero con un sabor más cercano a la cola. Estaba exquisito.

—Después de esta exhibición empiezo a dudar de que su grupo se opusiese al polvo inteligente.

—Es un error común. Somos ecologistas pero no somos tecnóforos. Ese tipo de ecologistas nos hacen mucho daño de cara a la opinión pública. Nosotros solo estamos en contra de la tecnología que menoscabe el ecosistema en el que vivimos o suponga un riesgo para la libertad, dignidad e integridad del ser humano. Y el polvo inteligente viola las tres.

—El tema de la libertad podríamos discutirlo, pero ¿la integridad y la dignidad del ser humano? ¿Acaso somos mucho más íntegros y dignos cuando cometemos delitos?

—¿Prefiere la seguridad a cambio de libertad? Eso suena muy neoliberal, buscando el control total de todo aquello que amenace su estilo de vida. Al fin y al cabo no es de extrañar que fueran ellos los que apoyaron el polvo inteligente desde el principio.

—¿Y cuándo cambiásteis racionalidad por anarquía? Porque hasta ahora cometer crímenes no nos hace más dignos ni íntegros.

Quería ver hasta donde llegaba la discusión.

—El control está bien, pero no de forma exógena sino que creemos en el autocontrol. Cada uno de nosotros debe aprender a controlarse y a querer no cometer crímenes. Si el ser humano necesita de un dictador, sea humano o mecánico, para que le guíe entonces nuestra guerra está perdida. Habremos despersonalizado totalmente al ser humano.

—Entonces el polvo inteligente es contrario a todo lo que defendéis.

—De alguna forma sí.

—¿Y por qué ahora que gobernáis no habéis sacado una ley para eliminarlo?

Me sonrió antes de contestar.

—No es tan sencillo. La ciudadanía está contenta con él y además somos tres en coalición en el gobierno por lo que necesitaríamos el apoyo de los otros dos partidos. Algo que ahora no ocurre.

Esto podía corroborar la hipótesis de que están asesinando a gente para echarle la culpa al polvo y generar así un clima en contra de él que les permitiese poder desconectarlo. Decidí pasar al ataque.

—¿Y qué estaríais dispuestos a hacer para eliminarlo de la ecuación?

Era como un mono con una pistola, disparando a ver si saltaba la liebre por algún lado.

—Creo que no me gusta el cariz que está tomando esta entrevista. ¿Qué es lo que ocurre?

—Discúlpeme —le dije intentando apaciguarle—. Le voy a mandar una lista de nombres y dígame si conoce a alguno de ellos.

Le di la instrucción a mi endocomunicador y sus hologafas le proyectaron los nombres.

—Ni sus holoimágenes ni sus nombres me dicen nada, pero veo que son o eran miembros del partido.

—¿Y ninguno le suena?

Estuvo unos segundos leyendo los nombres de nuevo y negó con la cabeza.

—¿Ocurre algo con ellos? ¿Es por eso que está aquí?

—Todos murieron de un ataque de epilepsia. Parece que por el polvo inteligente.

—¿Y eso tiene algo de raro?

—Estadísticamente sí. Solo quería echarle un vistazo.

Se quedó pensativo unos segundos.

—Nunca debimos dejar que nos contaminasen con esa tecnología deshumanizadora.

Me encogí de hombros.

—El problema no es que vivamos en una sociedad deshumanizada, sino que ahora lo sabemos.

Le envié un mensaje a su endocomunicador.

—Le dejo mi número. Si encuentra cualquier cosa relacionada con esos tipos, llámeme.

Él asintió y me marché de allí.

Me subí en el coche y le di la dirección de mi próximo destino. Ciberteos calculó la ruta más apropiada teniendo en cuenta variables como el tráfico o los semáforos. Me mandó por la carretera circular cuyo límite era de ciento veinte kilómetros por hora. Poco después de incorporarme a ella un Mercedes detrás de mí me dio las luces largas para que abortase el adelantamiento que estaba a punto de realizar y le dejase pasar. Yo ya iba a ciento veinte, por lo que si me quería adelantar superaría el límite. Me daban ganas de frenar en seco y que se estampase, él recibiría la peor parte, pero logré contenerme. Aún así no me cambié de carril y reduje ligeramente la velocidad. Eso le irritó todavía más y acercó su coche para casi embestirme por detrás. Volvió a darme las luces. No fallaba. Siempre que alguien se creía con derecho a saltarse las normas en carretera tenía un coche de alta gama.

Mandé un mensaje a Ciberteos. Mucha gente todavía no lo sabe, seguro que usted tampoco comecocos, pero se puede utilizar el endocomunicador para denunciar a alguien. Ciberteos no puede actuar de oficio, eso va contra la privacidad, pero si alguien le avisaba esa era otra cuestión. Ciberteos lo comprobó en el momento. Vio que ese Mercedes no respetaba la distancia de seguridad y le redujo la velocidad. Seguro que ese capullo no se lo esperaba.

Mientras veía como su vehículo se alejaba, le saqué el dedo anular para que viese como le mandaba a la mierda. Eso debió irritarle porque vi por el retrovisor como golpeaba el volante. Lo reconozco, no pude evitar sonreír.

No soporto a la gente que se cree por encima de la ley, a la gente que cree que las normas han sido escritas para otros y sobre todo que lo crean porque tienen más dinero que los demás.

Me reuní con James, mi controlador, en una taberna a la que solía ir. Era la primera vez que nos íbamos a ver después del fiasco de S.R.

Nada más entrar pude sentir el olor de la cerveza. El exceso de receptores de glutamato y la disminución de receptores GABAA que vosotros los comecocos llamáis alcoholismo hizo que aumentara la hiperexcitabilidad de mi sistema nervioso central. En cristiano: que empecé a sudar y ser un manojo de nervios (aunque supongo que usted no necesitaba traducción, ¿verdad, comecocos?). Al mismo tiempo mi cerebro empezó a echar de menos la dopamina generada por la ingesta de etanol, que es lo que podía calmar este nerviosismo.

Afortunadamente el polvo inteligente que circula por mi sangre en seguida envió una señal (cientos de ellas) a mi CCC para que este procesase esta información que enviaría a Ciberteos para que diese una respuesta adecuada. En cuestión de segundos, mi CCC envió señales de vuelta a las partículas del polvo inteligente cercanas a las vesículas de GABA y de dopamina. Noté como se liberaban (o imaginé como lo hacían) y sentí como mi cerebro paulatinamente se embecía de ellas como una bañera lo hace de agua caliente preparada para un baño de burbujas. El efecto conjunto de los dos neurotransmisores derivó en una sensación de calma que fue culminado con un baño de endorfinas. Me sentí mejor que inmerso en aguas termales y toda ansiedad desapareció. Por lo menos durante las horas siguientes.

Me reuní con James en una mesa.

—¿Qué tal homúnculo? —le dije.

—Cuando sea algo más que una voz en tu cabeza podías evitarte el nombrecito. ¿Cómo lo llevas?

—El polvo ya ha hecho su labor.

—No sé por qué quedamos aquí.

—Porque tengo la esperanza de que un día entraré por esa puerta y no se dispararán todas las alarmas en Ciberteos.

James guardó silencio unos segundos hasta que llegó la camarera.

—Te he pedido lo de siempre.

Asentí con la cabeza. La camarera dejó mi soda y una Guinness para James.

—¿Cómo estás después del fiasco? —me preguntó.

—Pensaba que estarías de viaje —le dije cambiando de tema.

—Con todo este asunto se me han quitado las ganas. Me siento fatal por lo que le pasó.

Bebí un trago de soda.

—Nosotros no tuvimos la culpa.

—Sí, lo sé. Pero...

—¡No tuvimos la culpa!

James calló de repente. Miré a mi alrededor. No había mucha gente. Un grupo de amigos jugando al billar en una esquina y en la otra dos tipos muy altos intentaban entablar una conversación con dos chicas sentadas en una mesa.

—Vamos baila conmigo —le dijo el más alto y fuerte de los dos.

Las chicas parecían hacer caso omiso, pero él siguió insistiendo.

—Vamos, solo un bailecito —le dijo tirándole del brazo a la morena.

A la chica se la veía incómoda.

—¿Por qué no hace nada Ciberteos? —le pregunté a James.

—Tal vez sean deportistas.

Eso lo explicaría. Todos los ciudadanos tenemos el polvo inteligente en la sangre pero no para todos está programado igual. A la mayoría no solo nos vigila cualquier anomalía que pueda degenerar en enfermedad sino que también controla nuestro comportamiento. Pero hay excepciones. Hay unos pocos ciudadanos a los que Ciberteos no regula sus niveles de adrenalina (entre otros neurotransmisores) y la mayoría de ellos son los deportistas. Hubo mucho debate al principio sobre quienes debían quedar al margen o no, pero en el caso de los deportistas estuvo claro. Necesitan la tensión para generar los impulsos de superación, necesitan toda la excitación para competir al máximo y eso se vería muy mermado si un ordenador los regulase a cada segundo.

Así que ese capullo parecía que estaba dejando que sus neurotransmisores desbocados le llevaran a abusar de su fuerza.

La chica bailaba con él de mala gana y cuando este le puso la mano en el trasero intentó apartarse, pero él no la dejó.

Salté como un resorte antes de notar como Ciberteos regulaba de nuevo mis niveles de adrenalina (ya sabe que los agentes de la ley al final nos quedamos fuera de esa excepción). Aún así avancé hasta donde estaba el chico.

—Déjala ir —le dije con tranquilidad.

—¿Quién me lo va a impedir? ¿Tú? —me dijo encarándose conmigo. Parecía mucho más fuerte de cerca.

—Tal vez.

Él cogió a la chica otra vez y le puso el brazo alrededor de la cintura.

—Está conmigo y no quiere irse, ¿verdad?

Ella no dijo nada. Seguro que Ciberteos la estaría bombardeando con las dosis necesarias de endorfinas para que estuviese calmada y no tuviera miedo. Y seguro que su razón le decía que ese capullo me ganaría en una pelea, dejándola en muy mala posición si le replicaba.

Yo le miré fijamente a los ojos. Podía haber optado por denunciarle a Ciberteos y quitarme así de problemas. Pero no lo hice.

—No te lo vuelvo a pedir. Suéltala.

Miré a James y vi en su cara que quería que lo dejase. Pero no iba a hacerlo. Eso no sería hacer lo correcto.

El mastodonte me lanzó un puñetazo que esquivé con facilidad.

Es cierto que la adrenalina en ocasiones puede ser beneficiosa, pero la mayoría de ellas son situaciones extremas de peligro. Por eso los agentes de la ley finalmente quedamos fuera de la excepción que impedía a Ciberteos regular los niveles de los neurotransmisores excitatorios. Muchos policías, la mayoría de la vieja escuela, todavía no lo creen, pero mantener la calma te da ventaja en el noventa y nueve por ciento de las situaciones en las que nos vemos envueltos. Y esta era una de ellas.

Por supuesto no cualquiera puede usar esta ventaja. Para eso nos entrenan. Al fin y al cabo las emociones, producidas por esos neurotransmisores, dan una serie de respuestas automatizadas que de no existir nos haría quedarnos impasibles. Si yo no me hubiese forzado a mí mismo a enfrentarme a ese capullo, nunca habría intervenido porque la rabia que genera el contemplar una situación de abuso como esa fue corregida inmediatamente por Ciberteos. Pero por eso hacía tiempo ya que no actuaba por impulsos sino siguiendo mi razón y lo que esta me decía que era lo correcto.

En ese momento a pesar de que me había intentado agredir, no sentía ningún rencor hacia él, así que el puñetazo que le lancé fue producto de mi racionalidad y no de la emoción. Le rompí la nariz y comenzó a sangrar. Ya vigilaba a su compañero por lo que cuando se abalanzó sobre mí no me

sorprendió. Aprovechando el impulso que llevaba su embestida, le lancé contra la pared.

Salimos del bar y las chicas nos siguieron. Nos dieron las gracias. Querían invitarnos a otra copa. Pero yo lo rechacé. James me apartó para hablar conmigo a solas.

—Vamos. En algún momento tienes que empezar a ver a chicas de nuevo.

—No, James.

—No fue tu culpa. No lo fue.

Estuve a punto de darle un puñetazo en la cara. Puede agradecerse a Ciberteos que no lo hiciera.

—Vete con ellas. No me necesitas para nada.

James se quedó contrariado, pero no era la primera vez por lo que se le pasaría enseguida.

En cambio a mí la melancolía me embargó. Supongo que Ciberteos no quería o no podía pararla. Creía que en estos años había avanzado algo, que ya no sentiría el dolor del vacío, pero la pelea había vuelto a abrir la brecha. Ciberteos podía bloquear cualquier amago que tuviese de volver a beber, pero no eliminaba el que notase como ese ansia corría por mis venas, se retorciase como una serpiente bajo mi piel, produciéndome un picor como el de un eczema en carne viva. Eran pequeños destellos, como estrellas fugaces que rápidamente eran consumidas en la atmósfera pero que como la punta del iceberg anunciaban que debajo, acurrucado como un tigre, esperaba algo mucho más grande: la adicción que rellenaba el vacío de la culpa y que agazapada estaba dispuesta, al menor despiste, a devorarme de nuevo.

**Trascripción literal de la sesión psiquiátrica del 21/2/2047
con el paciente Jack Miller**

Anexo C3 del informe Miller

Inicio de sesión.

—Hace ya un mes desde nuestra última sesión. No deberías dejar pasar tanto tiempo.

—He estado ocupado.

—Lo sé. ¿Y cómo te encuentras?

—Este mes me ha ido de maravilla. Hubo un minuto en el que no pensé en ella. (*pausa*) Sufrí un desvanecimiento.

—¿Otra vez?

Silencio.

—¿Has traído el ejercicio que te pedí?

—Sí. Al final lo he hecho como si hablase con ella. Me sentía más cómodo, me era muy fácil.

—Ya te dije que utilizaras la forma con la que te sintieses mejor. Lo leeré más adelante y lo comentaremos. Pero antes debo preguntarte. ¿Por qué crees que lo has hecho?

—¿Por qué hice qué?

—¿Por qué crees que denunciaste a esos agentes?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Estaban cometiendo una ilegalidad.

—Pero eran tú propia gente.

—¿Me está juzgando?

—No, ni mucho menos. Solo quería saber tu opinión de por qué los denunciaste. Sé que hay reglas no escritas como que entre bomberos no os pisáis la manguera.

—Hice lo correcto.

—Sí, no lo dudo. Pero choca con ese trabajo que me dejaste.

—¿El del polvo inteligente?

—Sí. Ahí dices que la moral no existe. Que es un invento. Entonces ¿por qué hacer lo correcto?

(pausa)

—¿Acaso usted no hace lo que cree que es correcto?

—Pero yo no creo que la moral sea una ficción. ¿No ves que tu comportamiento es contradictorio?

—Claro, seguro que usted se comporta de manera intachable y que siempre hace lo que piensa. Me encantaría poder analizarle. Veríamos si es tan perfecto.

—Jack, no soy el enemigo. Solo que...

—...solo que estoy seguro de que tiene una teoría de por qué lo hice, ¿verdad? Escúpalo y déjese de rodeos.

—Bien. Todos tenemos vacíos en nuestra existencia y cada uno lo rellena de la mejor forma que puede, unos coleccionan compulsivamente y otros comen como posesos. En tu caso el hueco lo rellenaste con el alcohol. Pero aún así te sigues sintiendo culpable así que haces lo correcto para intentar limpiar esa culpa.

—Pues si tan seguro está de que mi problema está ahí ¿por qué no hace que programen a Ciberteos para eliminarla?

—Porque supondría un gran problema. La culpa no solo es algo negativo. Como has señalado es la que nos impide hacer algo malo. Entonces ¿cómo diferenciar la culpa «buena» de la «mala»? El polvo inteligente es un gran invento, pero no puede ser la solución para todos los problemas de la humanidad.

Silencio.

—Para que quede claro... no sé lo que sabrá del caso, pero un grupo de agentes, de personas que se supone, se supone que nos debían proteger se toman la justicia por su mano y... ¿y nadie hace nada? Desconectan los chips que controlaban su polvo inteligente ¿y nadie dice nada? ¿Se imagina cuanta gente estaba implicada para poder realizar algo así? Y nadie decía nada porque en el fondo estaban de acuerdo. ¿Sabe? Se equivocan. Para un bombero puede ser beneficioso el... no estar regulados por Ciberteos. ¡Imagínese! Se tienen que meter en un fuego y la adrenalina ahí es fundamental. ¿Pero para nosotros? La calma es lo mejor. Es como aquella película... no recuerdo el título. ¡Putá memoria! Da igual. El mejor pistolero no es quien desenfunda más rápido sino quien mantiene la calma al disparar. Y alguien tenía que denunciarles.

Pausa.

—*Sin perdón.* Así se llamaba la película.

—No me has contestado. ¿Qué opinas de mi hipótesis?

Silencio.

—Que es una mierda. Lo hice porque tenía que hacerlo, porque era lo correcto. Sí, ya sé que dije que la moral no existe, ni tampoco el libre albedrío, pero si usted ahora me diese un puñetazo, a pesar de todo mi cerebro me diría que lo ha hecho de forma libre y que usted, no su cerebro, es un capullo. Miré, hacemos cosas constantemente siguiendo principios morales sin tan siquiera darnos cuenta. ¿Está usted casado?

—Eso no tiene nada que ver...

—Da igual. Supongamos que lo está o seguro que ha tenido pareja. ¿Acaso no le ha sido fiel? Incluso en ocasiones en las que sabía que no le iban a pillar. ¿Por qué? Porque somos putos animales morales. Porque en nuestra naturaleza está el no hacer daño a otros. Y si ha sido siempre infiel estoy seguro que ha tenido graves problemas de conciencia. ¿No se acuerda? Usted mismo me lo dijo, lo que decía el doctor ese, que el cerebro se inventa la realidad para su beneficio, el doctor Gazmina.

—Gazzaniga y no es exactamente...

—Déjese de mierdas. Sabe a lo que me refiero. Sí, es verdad que la moral no existe, pero también es verdad que necesitamos creer en ella. Por eso lo hice, no porque busque rellenar no sé que putos huecos.

Silencio

—¿Qué? ¿No va a decir nada?

—Estoy...estoy sorprendido. Cuando te recomendé para ser uno de los sujetos experimentales en los que se probase el polvo inteligente lo hice porque estabas en una espiral destructiva que intuía iba a acabar muy mal. Pero tengo la impresión de que en este tiempo no has mejorado mucho.

—Otra vez se equivoca, comecocos. Soy lo que soy gracias al polvo inteligente. Tenía que haber estado en mi cerebro cuando bebía. Tenía que haber estado allí. Comparado a cómo estoy ahora, esto es el cielo, es el puto paraíso.

Final de sesión

Informe Miller 3/4

8/11/2053

Centro psiquiátrico Michael Gazzaniga

Al día siguiente me despertó la llamada de Kevin, el neurólogo forense que había realizado la disección del cerebro de S.R. Tenía algo para mí. Fui de inmediato.

Estaba lloviendo, aún así llegué en los dieciocho minutos y treinta segundos que Ciberteos había calculado al principio del viaje con un margen de error del quince por ciento.

Entré nervioso en el laboratorio. Kevin miraba un monitor.

—Hola señor Miller. Ha sido rápido.

—¿Qué tienes para mí? —le pregunté sin demora.

—Verá, no sé si es algo. Pero... Mire aquí.

Me enseñó el monitor lleno de enlaces químicos que no entendía.

—¿Ve esto?

Me encogí de hombros.

—Es un aminoácido dextrógiro.

—¿Y?

—Que son muy raros de encontrar en la naturaleza. Por lo menos mucho más raros que los levógiros. Por eso el polvo inteligente no lo recono-

ció. Es dextrotirosina, se encontraba en enormes cantidades en su cerebro y no sé cómo ha llegado ahí. Al principio pensé que podía haber sido inoculado de alguna forma en el sujeto. Pero he buscado información de algún laboratorio que haya podido producirlo y no he encontrado nada en la red.

—Entonces, ¿podría ser una creación muy reciente o secreta?

—No nos adelantemos. Como la tirosina se debía haber introducido por algún canal examiné el cuerpo más en detalle y encontré que en los dedos pulgar e índice de la mano derecha tenía una ligerísima abrasión.

—¿Y no lo habías visto antes?

—Era casi imperceptible y siendo un caso de epilepsia que parecía claro...

—Entiendo. ¿Y qué quiere decir eso?

—Pues que casi con toda seguridad esos dedos fueron el canal de entrada de la sustancia. Tras un raspado de los dedos lo mandé a analizar y descubrieron restos de tinta azul y otro elemento muy curioso que no esperábamos, una enzima desconocida.

—Estoy a punto de perderme.

—El cuerpo humano produce determinados aminoácidos a través de una enzima. Es decir, que no hace falta introducir dextrotirosina en el cuerpo sino esta enzima que se encargaría de producirla. Y dado su tamaño era necesario producir una pequeña abrasión en la piel para que esta lo absorbiese.

—Entonces alguien introdujo esa enzima en su cuerpo a propósito.

—Es todo muy especulativo, pero eso parece.

Me enseñó de nuevo la pantalla con lo que parecía un enlace químico en tres dimensiones.

—Esta es la enzima. Es muy pequeña y tiene una alta actividad molar por lo que unas pocas enzimas serían suficientes para realizar el trabajo. El siguiente paso era buscar en la red si alguien se había anotado su descubrimiento y encontré que el laboratorio Biolab la había creado hace cinco años.

—De acuerdo. Hasta ahí lo entiendo. Pero ¿esta dextrisina o como quiera que se llame es la que produjo el ataque epiléptico?

Kevin se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de los efectos que puede tener un aminoácido nuevo en el cerebro, salvo experimentando, así que podría ser el causante o no.

—¿Y no has comprobado si los otros casos de epilepsia presentaban lo mismo?

—El problema es que hace tiempo que murieron, ya han sido enterrados y es imposible encontrar restos para realizar cualquier análisis. Eso suponiendo que algún juez permitiese la exhumación de los cadáveres. Solo podría comprobar otro caso de hace un par de semanas del que todavía conservo algo de tejido cerebral. Si hay suerte podría hallar algo.

—Pues hazlo y en cuanto tengas los resultados contactas conmigo.

Me fui de allí con la sensación del trabajo bien hecho. Mi búsqueda que había nacido por la necesidad de saber por qué había muerto y una intuición, se estaba convirtiendo en un caso de homicidio. Al fin y al cabo nadie pone una enzima en el cuerpo de otro por casualidad.

Además yo sabía de donde provenían los restos de tinta azul que encontraron en sus dedos: del folleto de Izquierda Racional, lo que hacía mucho más plausible la hipótesis de que alguien quería a esos militantes muertos. ¿Quién y por qué? Esa era otra pregunta.

Debía seguir investigando y ahora tenía un par de pistas que seguir.

La primera de ellas era encontrar el folleto que S.R. había tenido en sus manos antes de morir, pero me fue imposible localizarlo. Había tan pocos crímenes y la policía poseía tantas variables de control tales como el registro de todos los neurotransmisores del cerebro, que el trabajo de campo se había vuelto chapucero. O no se conservó ese folleto a pesar de que en un primer momento la investigación se realizó suponiendo que podía haber sido un homicidio o alguien lo había hecho desaparecer a propósito.

Mi siguiente paso fue buscar otros folletos iguales para comprobar si allí estaba la enzima. No me fue difícil reunir algunos y llevarlos a analizar. Pero para mi desgracia ninguno dio positivo en la enzima ni en ningún ácido que pudiese provocar las lesiones en el dedo. Lo que si se pudo establecer es que los restos de tinta azul eran los del folleto, algo que no debía sorprenderme pues había visto como lo manoseaba segundos antes del ataque. Yo también lo había tocado pero a mí no me había afectado. Desgraciadamente era casi imposible analizar si en mi cerebro se hallaba la presencia de la enzima. En caso de poder sacar una muestra de él, cosa nada fácil, la enzima seguramente ya se habría destruido. Por lo que la primera pista no me conducía a ningún sitio más. Necesitaba seguir la segunda pista.

Sí, ya sé comecocos lo que estará pensando, que en este momento la necesidad de justificar la muerte de S.R. para aliviar mi culpa se estaba convirtiendo en una obsesión. ¿Ve cómo le conozco? Y sí, si tenía tantas sospechas y pruebas lo lógico hubiese sido dejar el caso en manos de los detectives de la policía, pero como le dije no tenía muchos amigos en el cuerpo tras el caso *unplugged* por lo que enseguida lo archivarían y nadie se lo reprocharía. Y lo que era peor, no olvide que ya había sido ingresado en un psiquiátrico una vez y para algunos eso significaba que no estaba muy cuerdo. Tenían muy fácil tirar mi reputación por la borda y no les iba a dar esa oportunidad. Sí, claro que tengo una excusa para todo. Estoy seguro de que también tiene algún nombre clínico rimbombante para ese comportamiento. Como trastorno delirante, ¿no llamó así a mi mente hiperactiva producto de mi adicción al alcohol? Trastorno delirante, un estúpido eufemismo para no decirme a la cara que creía que estaba loco.

Volví a mi apartamento a buscar información en la terminal de Precrimen. Ese laboratorio era mi segunda pista y debía conducirme a algún sitio si no quería quedarme varado. Encontré toda su historia. Se había creado en el dos mil veinte, centrado fundamentalmente en la búsqueda de una cura contra el cáncer. Su primer objetivo fue la localización de las células cancerígenas a través de marcadores tumorales y en una segunda fase se pusieron como meta la programación de virus (modificando su ARN) para reprogramar o atacar esas células. En el año dos mil treinta y tres habían encontrados los marcadores del ochenta por ciento de los tipos de células cancerosas y un éxito del setenta por ciento en la creación de virus artificiales capaces de revertir el estado de esas células. Lo que hacía prever que Biolab, según la revista *Forbes*, se convertiría en diez años en una de las empresas más importantes y financieramente más rentables del mundo occidental. Todo si no hubiera sido por la aparición del polvo inteligente que podía hacer ese mismo trabajo de localización y de eliminación de esas células a través de los nanobots. Una tecnología que corría a cargo de los presupuestos del estado y que obstaculizaba cualquier intento de Biolab de rentabilizar su inversión. Debido a esto, Biolab denunció ante el tribunal de la competencia la intromisión del estado en el mercado de la salud, un largo litigio que estuvieron a punto de ganar, pero que finalmente fue desestimada por considerarse que el polvo inteligente sí era competencia del estado puesto que era un problema de salud pública.

Pero el polvo inteligente no solo acabó con su negocio del cáncer, sino con otras muchas líneas de investigación como las bacterias modificadas genéticamente para alimentarse de la placa causante de los ataques cardiacos, problema que también resolvió el polvo que la eliminaba con infinidad de minúsculas descargas eléctricas que emitían los nanobots a su paso por

la obstrucción. En definitiva, si el polvo inteligente tenía un enemigo natural sin duda era Biolab. ¿Podía ser esa la razón por la que habían creado la enzima, para producir muertes artificiales en los sujetos y que el polvo inteligente apareciera cómo el causante? No tenía sentido eliminar a los de un partido concreto, pero era una línea de investigación que no podía obviar.

¿Se da cuenta cómo poco a poco las piezas iban encajando, comecocos?

Tras la caída en bolsa de la compañía, tres años atrás un holding de empresas se hizo con el control de Biolab. Y ¿sabe quién era el principal accionista de ese holding? E.H., el líder del partido neoliberal. ¿Podía ser casualidad que el dueño de los laboratorios que habían creado la enzima que produjo la muerte de los militantes de Izquierda Racional fuese el jefe de filas del principal partido de la oposición?

Una entrevista se imponía, aunque solo fuese para remover el avispero de nuevo.

No fue fácil conseguir que me recibiese E.H., quería hablar con él personalmente. Me tuve que desplazar hasta un paintball cercano. Allí estaba él preparándose para el combate. Se presentó dándome la mano con firmeza y me pasó un mono protector. Yo rehusé amablemente.

—No hay problema con Ciberteos —me dijo—. Podemos bloquear su control en un momento. Yo ya siento como la adrenalina entra en mi cerebro.

—No... no puedo —repetí.

Un tipo pelirrojo le saludó antes de entrar en el campo de batalla.

—Te espero dentro —le dijo.

—Ahora entro —le contestó E.H. terminando de ponerse el casco.

Se encogió de hombros.

—Bueno, entonces tendrá que esperar a que termine.

Salió al campo dando un grito de guerra. Esta era una de las pocas actividades lúdicas en las que se permitía durante su duración bloquear el control de Ciberteos para que la gente volviese a sentir la alegría del riesgo. Pero para mí significaba la posibilidad de que la bestia se apoderase de mí.

Vi como jugaban. E.H. y era bueno, muy bueno. Parecía nacido para ello. Cuando se adentraron en un campo que mi vista ya no abarcaba cargué en mis hologafas una de las revistas que tenían allí disponibles para los clientes y la hojeé.

El tipo pelirrojo era portada en una de ellas. Hablaba de que los ingresos por juego habían disminuido un setenta por ciento. Una parte de esta disminución era producida porque el polvo había reducido la ludopatía a casi cero. Pero quedaba explicar la otra parte. Él lo achacaba al polvo inteligente, que hacía que las personas tuvieran mayor aversión al riesgo, al controlar Ciberteos estas variables. También daba datos, para avalar su hipótesis, de las inversiones en activos de riesgo, que también habían descendido significativamente. Todo ello para llegar a una conclusión: que el polvo inteligente había sido el arma que utilizaban los conservadores para apagar las llamas de la indignación y la revolución. La gente no solo tenía una mayor aversión al riesgo, lo que provocaba que tuviese más miedo a manifestarse y protestar, sino que ese temor al cambio provocaba que no quisiesen arriesgarse a un cambio de gobierno. Una hipótesis que sería interesante de no ser porque los neoliberales perdieron las elecciones hacía cuatro años estando en el poder.

Terminé de leer el artículo justo cuando E.H. entró de nuevo en la sala.

—Es el mejor sustituto de la caza que conozco —me dijo mientras se quitaba el mono—. Me ducho y podrá entrevistarme en el coche camino de mi casa.

El coche era una limusina. Me ofreció una copa que rechacé. Él bebió un zumo de arándanos.

—¿Y sobre qué quería que hablásemos?

—Estoy investigando un caso, nada serio, cuando surgió el nombre de Biolab. ¿Le suena?

—Biolab, Biolab, ahora...

—Es un laboratorio farmacéutico que pertenece a su holding.

—Ah, sí, ahora recuerdo. Lo compramos hace tres años. Una gran inversión.

—Entonces debo suponer que no sabe nada de una enzima llamada fenilalasa.

—¿La verdad? No sé ni a qué se dedican la mitad de las empresas que compramos. Solo si van a dar beneficios o no.

Parecía que ese camino era un callejón sin salida. Cambié de tema.

—¿Cómo lleva el no poder cazar?

Me miró sorprendido por la pregunta.

—No está prohibido, solo que teniendo a Ciberteos controlando la adrenalina, pierde mucho interés.

—Entonces ¿preferiría que no hubiese polvo inteligente?

—Nuestro partido promovió la ley que lo legalizó y la aprobamos cuando estábamos en el gobierno. No queremos eliminarlo. Hace mucho bien. Lo de la caza no es más que uno de los pequeños inconvenientes fácilmente salvables. Juego al paintball y ya está.

—¿Y ese hombre pelirrojo con el que estaba jugado? He visto su cara en un artículo en el que parecía culpar al polvo inteligente de nuestra desmotivación actual.

—¿Se refiere a M.C., el «rojo»? Es un buen tipo y catedrático de universidad, pero entre nosotros, es un rojillo —dijo con sorna—. Está demasiado preocupado de los pequeños problemas del polvo inteligente. No le haga mucho caso.

En ese punto no sabía hacia donde dirigir la conversación. Mi baza había sido que supiese algo más de Biolab. Y no parecía tener ninguna razón de peso en contra del polvo inteligente por lo que nada le involucraba en esas muertes. Así que decidí ir al grano.

—¿Sabe que hay al año más de cuatrocientas muertes por epilepsia provocadas por el polvo inteligente?

Se encogió de hombros.

—No, no lo sabía. Pero ¿cuántas vidas salva? Más gente muere ahogada en las piscinas y el mar y por eso no dejamos de bañarnos.

El argumento era irrevocable. Muy parecido al que utilizaría yo.

—La verdad es que le concedí esta entrevista por ser quien es, pero no sé qué es lo que pretende.

Él había sido el que me entregó la medalla al mérito por destapar el caso *unplugged*. En aquella época fui todo un héroe para la prensa y los políticos.

—Lo siento —me disculpé avergonzado—. Ya le dije que era una investigación poco importante. Si puede déjeme en esa esquina.

Nos despedimos y le deseé suerte en las inminentes elecciones. Y la iba a necesitar. Las encuestas le auspiciaban un descalabro todavía más grande que el de las últimas elecciones, salvo que lograra movilizar a los indecisos, algo que estaba lejos de suceder.

Con esa conversación había agotado las dos líneas de investigación que tenía y me quedé sin camino por el que tirar. Ni tan siquiera me animé cuando Kevin me llamó para decirme que en el otro sujeto también había encontrado fenilalasa. Ya había descontado que esas muertes se habían producido por la enzima, por lo que no me ayudaba mucho en la investigación. Me seguía faltando el quién y el por qué. No parecía factible que Izquierda Racional ejecutase miembros de su partido para crear mala fama al polvo inteligente, tampoco parecía que el Partido Neoliberal quisiese que este desapareciese. El único que de verdad parecía que lo quería fuera del mapa era Biolab y ese tipo revolucionario, el «rojo», pero no parecía que tuviese el poder suficiente para llevar a cabo algo así. Lo que me hizo plantearme si que se hubiese contaminado el papel no se trataría de un accidente.

Probablemente hubiese abandonado el caso sino fuera porque me llamó el jefe a su despacho. No era mi jefe directo, pero sí tenía un rango por encima de mí. Y al contrario que los políticos, este no me apreciaba por el caso *unplugged*. Su compañero cayó por mi culpa.

Después de un saludo amable, saltó directo a la yugular.

—¿Sabes que realizar una investigación policial siendo un civil es un delito? —me dejó mudo—. Si tienes información sobre algún delito debes comunicarlo y dejar que los agentes adecuados hagan el trabajo. Si no, acosar a políticos con preguntas es la mejor forma de que te encierre.

—Yo... se trata de algo personal y no...

—No eres detective y toda investigación policial que realices es ilegal —se tocó la perilla como reflexionando—. Todavía no puedo demostrar que estés investigando nada, pero comete un desliz y caeré sobre ti con todo el peso de la ley.

Y sabía que lo haría. Si me había avisado en realidad era por tener la oportunidad de echarme una reprimenda. Así que debía tener más cuidado si no quería darles un motivo a todos aquellos que me tenían ganas.

A pesar de todo me marché de allí con una sonrisa en la boca, pues ahora sabía que en el avispero había avispas.

Aunque seguía en un callejón sin salida. No sabía por donde tirar. Durante un par de días estuve a la espera, recopilando información hasta que recibí un email en mi endocomunicador. Lo voz robótica me lo leyó: «Asunto: Sin asunto. Remitente: Gene. Cuerpo del mensaje: ¿No te has preguntado qué otras empresas forman parte del holding? Fin del mensaje». Me puse las gafas y busque la dirección de e-mail asociada a ese

nombre, Gene, pero no encontré nada. ¿Quién me enviaba ese mensaje? ¿Cómo sabía lo que buscaba? ¿Por qué no me lo dijo en persona? Muchas preguntas y en ese momento ninguna respuesta. Pero lo importante era que me había puesto sobre la pista de nuevo.

Sí, ya sé lo que está pensando, comecocos. Siempre que me encuentro en un callejón sin salida aparece algo que me vuelve a poner de nuevo en marcha. Que casualidad, ¿verdad? Pues no se crea tan listo. Es posible que el mensaje lo recibiese antes de la entrevista con el jefe de policía o incluso antes de mi entrevista con el candidato del partido neoliberal. Es más, incluso ese dato pudo ser el que me condujo a entrevistarme con él. ¿Realmente es tan importante? Y la verdad, ¿quiere que le sea sincero? No lo recuerdo. Es posible que mi cerebro haya maquillado un poco el orden de lo ocurrido. No se olvide que tenemos tendencia a lo apolinio. Pero no se queje por eso. ¿Al fin y al cabo no quería una narración más ordenada, menos caótica? Pues ahí la tiene. Y no se preocupe porque aunque mi cerebro puede estar embelleciendo un poco las cosas tanto ese mensaje como todo lo que he contado ocurrió realmente.

Así que al recibirlo, fuese antes o después, me puse a revisar las empresas que formaban parte del entramado, pero ya no lo hice desde la terminal de Precrimen. El aviso del jefe de policía me había servido para algo. ¿Y sabe qué? Encontré lo que buscaba: entre todas las empresas del holding había una imprenta. Puede parecerle anecdótico, pero ¿sabe cuantas imprentas quedan en la época de las revistas digitales? Pues sí, ahora solo una porque en los últimos dos años Panta Holding se había dedicado a comprar las tres que existían y había convertido el sector en un monopolio. Y ya se habrá dado cuenta de lo que ocurría. No había que buscar mucho más, pues siendo la única imprenta estaba claro quien había impreso los folletos que contenían la enzima. ¿Acaso no lo ve, comecocos? ¿Se convence ya de que estaba tras la pista de algo o cree que esto era otra casualidad?

Me dirigí a casa. Necesitaba descansar. Durante el camino en coche Ciberteos soltó un poco de dopamina y bloqueó la recepción de adenosina en mi cerebro para que no me durmiese conduciendo. Pero no hubiese sido necesario. En la retrocámara un coche llamó mi atención. Se movía en zigzag entre el tráfico. Iba cambiando de carril para adelantar a los coches que iba encontrando, superando claramente el límite de velocidad. Era un Mercedes Giant que se acercaba al mío como una flecha a la diana. Yo estaba adelantando por la izquierda a un coche que a su vez adelantaba a otro por el carril más a la derecha, por lo que el Mercedes tendría que reducir la velocidad si no quería embestirme. Y sabía lo que eso significaba para el que conducía un vehículo así: que se situaría detrás de mí y me empezaría a azuzar para que le dejase pasar. No tenía tiempo ni ganas así que

le denuncié directamente a Ciberteos antes de que supusiese el mínimo peligro para mí. En cuestión de segundos reduciría la velocidad de su coche y entonces vería cómo su figura se perdía entre el tráfico.

Pero el Mercedes en vez de alejarse, cada vez se acercaba más y más rápido hasta que se situó detrás de mí a escasos metros. No quería ningún conflicto así que pensé que en cuanto terminase de adelantar me situaría en el carril derecho dejándole pasar. Pero no me dio tiempo.

El Mercedes me embistió por detrás. Choqué lateralmente con el coche de mi derecha y fui lanzado hacia la izquierda donde la mediana me esperaba. Salieron chispas cuando roce el lateral con ella. Frené casi en seco y el Mercedes volvió a golpearme por detrás. A él seguro que no le pasaría nada, ese coche era como un tanque, pero yo salí disparado hacia delante como una bola de billar. Durante décimas de segundo sentí miedo. Rápidamente fue eliminado por Ciberteos. ¿Por qué no se daba la misma prisa en pararle a él?

Mi coche dio una vuelta sobre sí mismo y se quedó cruzado en medio de la autopista. En seguida Ciberteos paró todos los coches que venían y se encontraban en un radio de doscientos metros. En cambio el Mercedes siguió y desapareció por una salida adyacente.

Pude arrancar el coche de nuevo e irme de allí. Estaba dañado atrás y en el lateral, pero el motor no estaba afectado. Dejé el coche en el primer sitio que encontré según salí de la circunvalación.

Mandé un mensaje a James para que se reuniese conmigo debajo de un puente que le indiqué y apagué el endocomunicador. Si me habían hackeado no quería que escuchasen lo que iba a decir.

Esperé durante más de una hora debajo de esa construcción de hormigón a la salida de la ciudad. Fue un proyecto que como tantos otros se había quedado incompleto. Ahora era lugar de reunión de los sin techo. A unos metros de mí un grupo se calentaba junto a un bidón flameante.

Quedé allí por algo que S.R. me había dicho. Sabía mucho del polvo inteligente, y aunque seguro que algunas cosas eran leyendas urbanas, otras me mostró que eran reales. El polvo inteligente emite pequeñas señales que son recogidas por el CCC que las amplifica y de ahí se mandan a Ciberteos. Pero si el chip fallaba, en principio la señal del polvo era demasiado débil para ser recogida por ningún repetidor. Pero mezclado con el asfalto, el cemento y ladrillos de los edificios hay también millones de partículas de polvo inteligente que sirve para controlar cuántos coches pasan por allí, la temperatura y humedad de la estructura... Y estas partículas también se pueden conectar al polvo que corre por nuestras venas y sucesi-

vamente ir transmitiendo una señal hasta llegar a la antena más cercana. Por lo que incluso si el biochip fallase podría localizarse a alguien. Pero S.R. conocía puntos muertos en la ciudad donde en caso de fallar el chip, la señal no alcanzaría una antena. Mi chip funcionaba perfectamente, pero me sentía algo más seguro en esa zona subcontrolada.

Me estaba helando los pies. Después de una hora de espera finalmente James llegó con su coche. Se bajó de él y vino directo hacia mí.

—Espero que tengas una buena razón para sacarme de la cama a las dos de la mañana.

Le miré a los ojos para ver su reacción.

—¿Si te cuento algo me aseguras que podré confiar en ti?

—¿A qué viene tanto misterio, Jack? No te había visto así desde...

—¿Puedo confiar en ti? —le repetí.

No hizo falta que me contestase.

—Apaga tu endocomunicador. No me arriesgaré a que esté pinchado.

Le conté todo lo que sabía hasta ese momento: que alguien había puesto una enzima en los folletos publicitarios del partido Izquierda Racional y que esta había causado la muerte por epilepsia a varias personas. Que tanto el laboratorio que creó la enzima como la imprenta de esos folletos pertenecían al mismo holding, cuyo dueño era el líder de los neoliberales, el partido de la oposición.

—El crimen está claro y cómo lo habían hecho, pero todavía me falta encontrar el móvil y lo que es más importante: quién está detrás de todo esto.

En ese tiempo James me escuchó sin decir ni una palabra ni hacer un mal gesto. Pero según terminé su cara se descompuso como si fuera de gelatina.

—¿Te has vuelto loco? ¿No te has parado a pensar que tal vez sean coincidencias? Sí, ya sé que son muchas, pero de alguna de ellas ni tan siquiera estás seguro. ¿Acaso has encontrado un folleto que contuviese la enzima? Muchas de esas supuestas casualidades son meras conjeturas. Y como tú mismo afirmas: ni conoces el móvil ni quien lo ha podido hacer. ¡Joder, Jack! Que te estás jugando tu carrera.

Respiré profundamente. No esperaba menos de mi amigo. Se preocupaba por mí y sacar a la luz cualquier contradicción que pudiese hallar era su forma de demostrármelo.

—Sabía que reaccionarías así. Por eso no te había dicho nada hasta hoy. Pero hay algo más. He estado haciendo preguntas incómodas aquí y allí, removiéndolo el avispero y hoy ha ocurrido lo impensable. Me han intentado matar.

—¿Qué? ¿Quién?

—No lo sé porque tenía los cristales tintados y no se podía reconocer la cara en el video. Y la matrícula no me ha arrojado ningún resultado.

—Pero ¿cómo ha sido? Cuéntame todos los detalles.

Lo hice con precisión y minucia. Estaba seguro de que me iba a creer.

—Jack, sé que te será difícil de asimilar y no digo que no tengas razón, yo no estaba allí, pero... ¿no es posible que ese coche chocase contigo por error la primera vez y después al tener que frenar te embistiera de nuevo? Piénsalo solo un segundo. Tiene sentido.

—¿Y entonces por qué Ciberteos no lo paró cuando lo denuncié? ¿Y por qué es el único coche que siguió funcionando cuando me quedé cruzado? No. Ese Mercedes no podía ser controlado por Ciberteos. ¿Y quién tiene tanto poder para poder escapar al poder de Ciberteos? Esto no es un juego, James. Se necesita mucha gente poderosa para conseguir algo así.

—¿Y si fuese un coche diplomático? Tal vez ellos no estén controlados. Eso lo explicaría todo.

—¿Quién está especulando ahora, James?

Tomó aire con fuerza.

—Vale. Haremos lo siguiente. Vamos a casa. Necesitamos descansar. Yo mañana busco información de ese coche y después tomamos una determinación, ¿te parece?

Asentí con la cabeza. Me monté en su coche y me dejó en mi casa. Me despedí de él como un ama de casa cuando su marido se va a trabajar. Y en cuanto dobló la esquina me fui en dirección contraria.

Sabía que no me había creído. No le culpo. Tal vez si yo no lo hubiese vivido también sería reticente.

Me dirigí a las oficinas de Paper S.A. Entrar en los laboratorios era una tarea imposible, por lo que la imprenta era la elección más lógica para intentar encontrar algo, una prueba definitiva que pudiese enseñar a James y no ofreciera duda.

Di un largo rodeo hasta que llegué al polígono industrial donde se encontraba la empresa. Esta estaba rodeada por una valla de unos cuatro metros y por lo menos dos cámaras de movimiento por zona, por lo que si intentaba saltarla no llegaría a poner un pie en el otro lado sin que me detuvieran. Así que tenía que buscar una forma de eludir el control de la entrada.

No tuve que esperar mucho. Llegaban camiones con frecuencia matemática. Estos se paraban ante la caseta de control donde un guarda de seguridad estaba apostado, más como un adorno que con una auténtica función pues el CCC del conductor enviaba una señal única y codificada al sistema de registro y este comprobaba tanto su identidad como la matrícula y verificaba que estaba autorizado a entrar. Después las puertas se abrían, el guarda saludaba amablemente y el camión pasaba. Vi hacerlo tres veces y a la cuarta, mientras el camión avanzaba muy despacio esperando que las puertas se abriesen, rodé hasta ponerme debajo del camión. Busqué un lugar donde asirme, cualquier saliente que me permitiera agarrarme y continuar con la marcha del camión, pero tenía un fondo plano, sin desniveles, como la superficie de una tabla de planchar. Así que tuve que improvisar. Mientras el camión avanzaba lentamente yo me arrastraba como una culebra rezando para que no realizase ningún giro, porque sino más de cuatro toneladas me pasarían por encima.

Una vez rebasado el perímetro exterior, el camión empezó a acelerar para dirigirse a un almacén que se encontraba a unos doscientos metros. No pude seguirle el paso, así que me quedé quieto, tumbado hasta que el camión me sobrepasó totalmente. Cuando se hubo alejado lo suficiente para que no me pudiese ver por la retrocámara, me acerqué de cuclillas a un edificio cercano. Me escondí detrás de una esquina para observar.

Empezaba a haber mucho movimiento en el recinto. El almacén donde entró el camión era el sitio más bullicioso. Podía ver como varios individuos con exoesqueletos transportaban cajas de aquí para allí. Parecían muy atareados. Al fin y al cabo eran la única imprenta y ellos debían abastecer todas las demandas de papel impreso que se produjesen.

El edificio junto al que me encontraba eran las oficinas, donde se realizaba el trabajo más burocrático: comercial, contabilidad, promoción... Y también empezaba a verse actividad. El personal de la limpieza entraba ahora en él. Era mi oportunidad para colarme en el interior. Aprovechando que una limpiadora usando su CCC había abierto la puerta me colé justo detrás de ella antes de que se cerrara. La saludé amablemente y me dirigí al ascensor. Ella estaba todavía sorprendida y mi naturalidad le hizo pensar

que era un trabajador de allí. Pero antes o después daría aviso. Por lo que tenía poco tiempo.

Subí al primer piso por las escaleras, el ascensor necesitaba una señal del chip para funcionar.

Había varias mesas con ordenadores. Escogí uno al azar y me puse las gafas. Lo primero que me pidió fue la contraseña para entrar. Me probé tres gafas diferentes y las tres me pidieron una contraseña. Probé algunas al azar, pero no funcionaron. A los tres intentos se bloqueaba la terminal. Entrar en un ordenador no iba a ser fácil pues no estaba dentro de mis habilidades hackearlo.

Me fijé que de las mesas sobre las que se encontraban las terminales se extraía una tabla que servía como mesilla auxiliar. Fui sacando una a una la de todas las mesas hasta que encontré pegado en el lateral de una de ellas un papel donde se podía leer: «Navegante1996». No fallaba. Todavía había gente que registraba las cosas a la antigua usanza. Me puse sus gafas y me conecté. Introduciendo la contraseña enseguida pude navegar por la intranet.

Me había conectado en un ordenador perteneciente al departamento de contabilidad, por lo que lo primero que me mostraron las gafas fueron las cuentas de la empresa. Les eché una ojeada cuando de repente ante mí, sin esperarlo, apareció el dato que me lo confirmó todo. Una partida del gasto estaba destinada a comprar Fenilalasa, la enzima que produjo la muerte a S.R. Ahora sí que James no tendría ninguna excusa para dudar de mí.

Grabé los datos en mi endocomunicador y bajé las escaleras corriendo. Cuando llegué a la planta baja vi a través del cristal que había dos coches de policía esperándome. De pie junto a los policías estaba James. Les dijo algo y entró.

—¿No quedamos en que te irías a casa y esperarías a que yo investigase? —me gritó enfadado.

—Lo tengo James, lo tengo. Tengo la conexión.

—Jack, por favor, no empeores la situación.

—¡Mira! Han comprado fenilalasa, la enzima que mató a esas personas. ¡Ahí lo tienes!

—Jack, les he logrado convencer de que si vienes conmigo no te encerrarán. ¡Vamos por favor!

—¿No lo entiendes? Ellos pusieron la enzima en esos folletos para matarlos.

—¿Ellos quienes? ¿No te das cuenta de que vuelves a delirar? ¡Necesitas ayuda!

—¡Joder! ¿Me quieres escuchar? ¡Mira los datos que te acabo de enviar!

—¿Y?

—¿No lo ves? Están matando a gente con esa enzima. Ellos la adquirieron y ellos la pusieron en esos folletos.

—¡No tienes nada! Ven conmigo, por favor.

Los policías de fuera avanzaban ya hacia al edificio.

—Por favor, James tienes que creerme —dije con lágrimas en los ojos—. ¿Para qué iba una imprenta a comprar fenilalasa si no era para ponerlo en esos folletos?

—¿No ves que solo es un apunte contable? ¿Qué sabes tú de contabilidad o de holdings?

—Dime entonces por qué han comprado esa enzima y me entregaré, te juro que si me das una razón me entregaré.

Los policías estaban ya entrando en el edificio.

—Puede que solo estuviesen maquillando las cuentas. Se hace entre empresas de un mismo holding para favorecer las cuentas de las empresas que tienen pérdidas.

Caí de rodillas, Ciberteos había inhibido mis receptores de hipocretina produciéndome una cataplejía. Finalmente caí de frente contra el suelo.

Pude ver como se acercaban hacia mí y me ponían las esposas. No me resistí porque no podía mover ni un músculo del cuerpo. James con la ayuda de otro policía me introdujo en el coche. Se sentó junto a mí y me cogió la mano:

—¿Por qué te haces esto, amigo?

Y antes de desmayarme solo alcancé a decir:

—El vacío... es tan grande...

Test de Narración sobre vivencias individuales

9/5/2047

Anexo D5 del informe Miller

El doctor B. me ha pedido que escriba mi historia contigo, que la relate. No sé si tendré fuerzas, no me veo capaz, pero dice que será bueno para mí, que me ayudará a dar claridad a todo y exorcizar en parte mis demonios, los que aparecieron tras... todavía me cuesta manifestarlo, aquello que engendró los demonios, mis demonios, encerrados en una botella de cristal, los únicos que me ayudan a olvidar. Tal vez el doctor tenga razones para pensar que escribir me ayudará. Ojalá fuera tan fácil...

Todavía recuerdo cuando te conocí como si fuese ayer. Estaba recién licenciado. No tenía más de veinticuatro años y tú veintidós.

No fui a ese local por casualidad, aunque tampoco por elección como bien sabes. Pero sí lo fue que me cruzase con dos ojos verdes, profundos, intensos, infinitos, que me atrajeron con la misma fuerza con la que atrae un agujero negro. Dos círculos esmeralda que parecían flotar en el aire como dos soles verdes brillando en todo su esplendor. Solo en el momento en el que te dirigiste a mí por primera vez, fui consciente de que ese espacio llenado con el color de la eternidad, no eran dos espíritus deambulando en libertad, sino que detrás de ellos, junto a ellos, a su alrededor había una persona. Estabas tú.

Solo logré decir que tenías los ojos más bonitos que hubiese visto nunca. Tú me miraste como si fuese otro más de los cientos de hombres

que te habían dicho lo mismo. Pero yo te lo dije de verdad: tenías unos ojos por los que un dios daría su inmortalidad. Si ese día me hubieses rechazado, si no hubiese vuelto a saber de ti, me habría visto obligado a buscar esos ojos en otras mujeres, condenado a conformarme con burdas imitaciones y a añorar ese verde cristalino hasta el final de mi vida. Pero decidiste darme una oportunidad.

Salimos de allí y fuimos a tu casa, la mía era la base de operaciones de un caso, y me avisaste de que no vivías sola. Años después me confesaste que tuviste miedo de que en ese momento saliese corriendo, pero yo ya me había dejado llevar.

Me sorprendió que fuese tu abuela con quien convivías, me esperaba un hijo o dos, pero si hubiesen sido quintillizos tampoco hubiese renunciado a ti. Aunque no te puedo engañar, sí que me asusté cuando me dijiste que tenía esquizofrenia, fue un miedo fruto del desconocimiento, no un miedo real, por eso no me fui.

Esa misma noche hicimos el amor y dormí abrazado toda la noche a ti. Fue un momento mágico, único, irreplicable, una sensación que paradójicamente quería repetir cada noche hasta el final.

Aunque los comienzos suelen ser bonitos en nuestro caso los primeros meses no fueron fáciles. Entre tu abuela y buscarte la vida, y yo con mi absorbente trabajo, el tiempo que pudimos encontrar para estar juntos cabía en la cabeza de un alfiler. Pero eso no nos alejó, al contrario, me hizo desearte más, pues cada segundo que estaba contigo quería estirarlo hasta la eternidad.

Hablábamos mucho de nosotros, de nuestro futuro de lo que queríamos ser y también de tus preocupaciones de la que tu abuela era la principal. Me sorprendió saber que había gente que formaba parte de una corriente religiosa que rechazaba usar cualquier producto hecho por los hombres y no por dios. Los Puristas me dijiste que se llamaban. Me costaba entenderlo, pero el día que la vi desnuda paseándose por tu casa comprendí de qué me hablabas. Aunque eso fue solo una anécdota, un detalle menor al lado de que tampoco tomaba la medicación para la esquizofrenia, la única forma de controlar la enfermedad.

Tuve que ser más enérgico, haberte presionado para que la obligases a tomar sus pastillas, pero no soportaba verte sufrir. Así que lo dejé pasar.

Pero la cosa empeoró cuando decidimos irnos a vivir juntos. Me peleaba todos los días con tu abuela. Yo intentaba razonar con ella para que tomase esas malditas pastillas, pero fue todo inútil. Finalmente se negó a hablar conmigo y terminó saliendo a la calle desnuda gritando que vivía

con Satanás. Aún así no hicimos nada, no quebramos su voluntad. Pero debimos hacerlo, sí que debí hacerlo.

Aunque no todo fue malo en esa época. La decisión de tener un niño fue lo mejor que me podía haber pasado después de conocerte. La idea de un infante dando vida a la casa me hacía infinitamente feliz. Ni tan siquiera tu rechazo a la selección del embrión (que fuese niña, tus ojos y tu empatía eran los rasgos irrenunciables que yo hubiese elegido) me quitaron las ganas de dar al mundo la posibilidad de repetir a alguien como tú.

Solo tu abuela se empeñó en empañar esos momentos, recordándote cada día que ese niño sería el hijo de Satanás, mi hijo. Y tú, no sé si por tu imposibilidad de llevarle la contraria o por no darle más razones para odiarme, asentías a sus palabras. Eso me hizo daño, mucho más que cualquier cosa que tu abuela pudiese hacer o decir. Aún así fui capaz de soportarlo. Hubiese bajado al mismísimo averno si me lo hubieses pedido. Y sabía que tu abuela era para ti tan importante como yo (tal vez más).

Pero la esquizofrenia es una enfermedad grave. Por lo menos debimos haber buscado ayuda. Debimos haber hecho algo. No te culpo, tú adorabas a tu abuela y era injusto pedirte que fueses tú la que tomase una decisión que te causaría un dolor infinito, pero yo debí ser más firme y debí obligarme a encontrar una solución.

Y eso que cuando tuviste el accidente contra ese Mercedes Giant que casi acaba con la vida de los dos, con la tuya y la de nuestro hijo, estaba claro que no debía seguir así. Tu abuela se negó a que te hicieran una transfusión de sangre, era ella tu familiar directo, la que tomaba la decisión, y tu vida dependía de ello. Así que sin que ellos se enterasen yo te di la mía. Tu abuela creyó que era un milagro y tú, con buena voluntad, le dijiste que no había milagros, que había sido yo la que te salvo.

Eso solo empeoró las cosas. Ya no solo llevabas al hijo de Satán sino también su sangre.

Y... no fui fuerte, no fui lo suficientemente firme y no la incapacité. Verte llorar era insoportable y la simple idea me paralizaba. Y eso me martiriza. Porque si pudiese volver atrás, si tan solo se me concediese un deseo y pudiese cambiar lo que no hice, yo mismo le obligarías a tragar esas pastillas aunque tuviese que metérselas en el estómago. Lo haría, mi amor. Porque me culpo. Me culpo de que aquella mañana de marzo te despertases nadando en sangre por las cuatro puñaladas que tu abuela te había asestado en el vientre para asesinar a nuestro primogénito, el hijo de Satán.

Informe Miller 4/4

8/11/2053

Centro psiquiátrico Michael Gazzaniga

No recuperé el control de mis músculos hasta que no me soltaron en aquella celda y fue muy lentamente. No pude comer hasta tres horas después. Cuando hube recuperado el control total de mi cuerpo, me permitieron reunirme con James.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó preocupado.

—Como si me hubiera pasado un tren de mercancías por encima.

—¿Y la cabeza?

Dudé unos segundos.

—No lo sé, James. Estoy confuso. ¿Realmente crees que puede ser producto de mi mente?

Se encogió de hombros.

—Descansa y lo verás todo más claro. El resto déjame a mí. Ya he conseguido que te visite un psiquiatra.

—¿De la policía?

James asintió.

—Quiero que sea B.

—Pensaba que no acabasteis bien.

—Es el único que conoce mi historia, que sabe por todo lo que he pasado.

A la mañana siguiente el doctor B. estaba esperándome en una sala de las dependencias policiales.

—Buenos días, Jack. Cuanto tiempo.

Yo asentí con la cabeza. De alguna forma todavía me sentía intimidado por él.

—¿Qué te ha pasado?

—Yo... no lo sé. Todo estaba tan claro en mi cabeza, todo parecía tener sentido, pero tal vez...

—Tal vez te lo has vuelto a imaginar, ¿verdad?

Yo no dije nada durante unos segundos.

—¿Podrá hacer que me libre de la cárcel? ¿Podrá hacerlo?

—Ya he recibido presiones, gente de arriba que no te quiere bien. Nada ha cambiado desde entonces, ¿verdad?

Yo negué con la cabeza.

—No has cometido ningún crimen grave y creo que puedo arreglarlo. Solo que... tendré que ajustarte el polvo inteligente. ¿Sabes lo que eso significa?

Asentí.

—¿Cuánto tiempo cree que durará el ajuste? —le pregunté.

—No lo sé. Tendrás que volver a terapia conmigo y ya veremos. Sabes que puede ser un proceso muy largo.

Volví a asentir.

—¿No podré seguir trabajando, verdad?

—Estarás de baja por lo que seguirás cobrando.

—No es eso, es que... ya sabe que para mí el trabajo es... es lo que me mantiene activo.

—No te preocupes por eso ahora. El polvo inteligente no te dejará preocuparte por eso.

Todo fue bastante rápido. Por la tarde me liberaron y me llevaron a casa. Allí me leyeron una serie de contratos que firmé para permitir que

realizasen los cambios necesarios en mi programación del polvo. Me dijeron que a medianoche notaría los efectos.

Cuando se fueron, me tumbé a dormir.

Al día siguiente me desperté a mediodía. Probablemente la nueva programación me había hecho dormir tanto. Me levanté con ganas de vomitar. Aunque al principio pude aguantar, al final lo hice. Efectos colaterales. Desayuné algo y me tumbé en el sofá a ver el holovisor. Así me pasé toda la tarde hasta que vino mi hermana a visitarme. Estaba muy activa y hablaba mucho. Más de lo habitual. Supongo que le dijeron que me animase. Asentí a todo lo que decía, aunque yo solo oía una incesante cháchara. Por fin se fue. Me había dejado comida así que cené algo y me fui a dormir.

Me volví a levantar tarde al día siguiente y seguí con la misma rutina que el día anterior. Me senté a ver el holovisor y así estuve hasta que vino mi hermana. Tuve que escucharla de nuevo y esperar a que se fuese para volver a poner el holovisor y quedarme dormido ante él.

Al tercer día vino James. Tenía pocas ganas de verle porque sabía que con él no me bastaría con asentir como hacía con mi hermana.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó.

Yo lo miraba tumbado desde el sofá.

—Bien —me costaba hasta hablar.

Se frotó las manos nervioso.

—¿Y no has vuelto a tener pensamientos «inapropiados»?

Negué con la cabeza. Finalmente se fue. Justo antes de que comenzase el nuevo ciclo de descargas en los receptores GABA de mi cerebro, que disminuirían paulatinamente durante otras seis horas hasta empezar un nuevo ciclo. También bloquearon mis receptores de glutamato. Estaría atontado en cuestión de segundos.

Así pasaron los días, uno tras otro. Como un perro viejo iba de la cama al sofá, de ahí a la cocina a comer algo y de vuelta al sofá. Pero no me importaba, nada me importaba. Me hubiese muerto de hambre si no fuese porque me obligaba a comer (y porque mi hermana venía todos los días a comprobar que lo había hecho).

A la semana tuve la primera entrevista con el doctor B. Durante las sesiones Ciberteos detenía durante un par de horas el bombardeo de GABA. Me permitía estar más consciente y aprovechar mi terapia. De lo contrario me encontraría como viendo un documental en suajili.

Hablamos de los últimos años, desde que había dejado el tratamiento. Al terminar volví a casa. Me tumbé en el sillón y esa noche ni siquiera dormí en la cama.

La segunda semana traté de tomarme las cosas de forma diferente. Durante la sesión con el doctor B., mi periodo más lúcido de la semana, decidí, también por recomendación suya, salir a pasear una vez al día. Al principio elegí la tarde, cuando venía mi hermana, así tenía una excusa para cortarla en cualquier momento. Pero tuve que cambiarlo a la mañana porque llegaba demasiado cansado a esa hora.

No puedo negar que no corriese cierto peligro, andaba por la ciudad como un zombi, sobre todo poco después del inicio del ciclo, por lo que intenté salir un par de horas antes de que finalizase.

Al principio solo salía a comprar algo en la tienda de enfrente. Pero poco a poco fui alargando el tiempo que pasaba fuera de casa. Primero dando una vuelta a la manzana, después me atreví a alejarme hasta tres manzanas y finalmente me atrevía a salir del barrio. Todo esto lo hacía sin ganas, desmotivado, solo guiado por la fuerza de voluntad y sobre todo por mi razón. Años de entrenamiento con el polvo me permitían hacer cosas aunque no las sintiese.

En uno de esos paseos debí cometer un error. Si le digo la verdad, no sé qué pasó. Yo solo recuerdo encontrarme de frente con E.H. el líder del partido neoliberal, pero no recuerdo nada más destacable. Tal vez lo que sucedió después también fuese casualidad. Ya estamos acostumbrados a ellas, ¿no? Tal vez yo caminase por una calle que casualmente era paralela al recorrido que él hacía. Así que me pareció injusto lo que pasó o por lo menos me lo parece ahora. Al estar a menos de cien metros de él durante un tiempo superior a un minuto Ciberteos interpretó, sus algoritmos interpretaron, que le estaba siguiendo e inmediatamente intervino. Pero no recuerdo seguirle, no conscientemente. Ciberteos me inmovilizó y después me llevaron a casa.

Intensificaron la dosis de descargas sobre el sistema GABAérgico reduciendo los ciclos a tres horas. También me aumentaron las sesiones con el doctor B. Empezó a venir a mi casa en vez de ir yo a su consulta. No me sentía con fuerzas. Él me explicó algo de los receptores de serotonina y dopamina. Creo que también los inhibieron, pero si le digo la verdad ya me daba igual.

A partir de ese momento no tuve ganas ni de ir al baño. Me puse un orinal debajo de la cama y otro debajo del sillón y solo cuando venía mi hermana me acercaba al baño para poder defecar. Normalmente solía

aguantar, pero alguna vez ella se encontró con que el pastel ya estaba cocinado.

En algún momento dejé de ir a la cama a dormir. No tenía ganas ni de morirme.

James no volvió a verme. En parte porque se reincorporó al trabajo, en parte porque creo que no soportaba verme así. De todos modos yo lo agradecía.

No me sentía mal, ni inútil ni como un desecho, aunque debía parecerlo. Si le digo la verdad, no me sentía de ninguna forma. Pero por si tenía algún atisbo de depresión, trabajé ese problema con el doctor B. Se esforzaba mucho en hacerme comprender lo importante que era que comprendiese por qué me pasaba lo que me pasaba. Y yo lo comprendía o por lo menos no me importaba que me pasase.

Trascurrieron más días, no puedo decir cuantos porque tampoco tenía una noción del tiempo clara (o no la recordaba). Hasta que una mañana (¿o fue una tarde?) recibí un mensaje al endocomunicador. No recibía muchos en esa época, por no decir ninguno, pero lo hubiese desechado igualmente si no hubiese sido por el nombre del remitente. ¿Se acuerda de ese que me ayudo a establecer la correspondencia entre la imprenta y Biolab? Sí, era Gene. Al oír su nombre algo se activó en mi cerebro y a pesar de todas esas minúsculas descargas selectivas del polvo inteligente en la zona presináptica de mis neuronas, tuve ganas y fuerzas de escuchar el mensaje.

—Lee —dije en voz alta.

Y mi CCC envió una señal a mi endocomunicador que este reprodujo: «Asunto: sin asunto. Remitente: Gene. Cuerpo del mensaje: Mañana a las veintiuna cero, cero encuentro frente a tu casa. Baja sin chip. Tú sabes como hacerlo. Fin del mensaje». En ese momento no fui capaz de entender lo que me pedía. Tuve que esperar al final del ciclo de descargas, cuando estas se encontraban en su fase más baja para escucharlo de nuevo. Y entonces comprendí. Al día siguiente era cuando tenía cita con B. Él llegaría a casa a las siete y desde ese momento tenía dos horas en las que Ciberteos no trastearía conmigo. La sesión duraba hora y media, por lo que desde el momento en que él se fuese, tenía media hora para quitarme el biochip.

Sé que pensará que era una locura, comecocos. Podía quedarme paralítico o desangrarme. Lo primero no me importaba. En el fondo ya era un lisiado y probablemente de por vida. Si ocurría lo segundo, Ciberteos acudiría de inmediato en mi ayuda. Aún así había un riesgo, no lo dude. Pero algo en mi cabeza, a pesar del atontamiento, me decía que debía intentarlo.

La sesión transcurrió con normalidad. Tal vez yo me mostré demasiado receptivo. El doctor lo notó. Pero es que me excitaba la idea de quitarme este maldito chip. De todos modos no me dijo nada y en cuanto se fue, me dirigí directo al cuarto de baño.

La operación no iba a ser fácil. Que el chip estuviese situado en la nuca no me ayudaría. Pero no pensaba echarme atrás. Cogí el cuchillo que tenía preparado. Era pequeño, pero muy afilado, lo suficiente para penetrar en la carne fácilmente.

Todavía hay gente que piensa que el chip está hecho de silicio, como los antiguos. No entienden que es parte de ellos, está simbiotizado con su carne. Por eso lo pueden sentir si lo tocan. Es una parte más del cuerpo, hecho de elementos biológicos y de células del propio individuo, y de neuronas reprogramables a las que les llegan las ondas a través de una pequeña protuberancia que funciona a modo de antena. El chip es parte de nosotros, como un dedo lo es. Y ya sabe como hundía sus raíces en la carne. Tenía que cortarlas de cuajo.

Seguro que piensa que podía haberlo quemado, pero Ciberteos hubiese detectado inmediatamente el incremento de temperatura y hubiese tomado medidas para pararme.

Hundí el cuchillo un centímetro cerca del perímetro del chip. Casi no sentí ningún dolor. Después debía hacer una incisión alrededor del chip, siempre intentando no profundizar más de dos centímetros. ¿Qué cómo sé todo esto? S.R. me lo enseñó.

Tardé menos de un minuto en hacer el círculo alrededor del chip. Esto me dolió un poco más. Y tampoco me quedó muy estético. Era difícil hacerlo mientras sujetaba un espejo. La sangre cubrió toda mi espalda. El chip ya estaba enviando al polvo para cerrar la herida, así que tenía poco tiempo. Hundí de nuevo el cuchillo y como si fuese una seta empecé a cortar el tallo de carne sobre el que se erigía el chip. Dolía como un demonio. Cortaba tanto las raíces como las terminaciones nerviosas que conectaban directamente con la espina dorsal. Un ligero error y me quedaría parálítico. El dolor comenzó a ser insufrible. Ahora sí que deseaba que Ciberteos iniciase el ciclo de nuevo.

El cuchillo se me escapó de las manos cayendo sobre el lavabo. Al cogerlo pude ver que medio trozo de carne en mi nuca colgaba como una loncha de salchichón a medio cortar. Rápidamente volví a iniciar el corte. Había puntos donde la simple presión no bastaba. Tenía que hacer un movimiento como si serrase. Después de casi desmayarme por el dolor me quedé con el colgajo en la mano. Ese trozo de carne era el chip y en mi

nuca quedó un agujero de unos cuatro centímetros de diámetro que parecía un cráter. Lo tapé inmediatamente con una gasa. Y salí de mi casa corriendo.

Estaba perdiendo mucha sangre. Empezaba a marearme. Ciberteos ya estaría haciendo las comprobaciones adecuadas para ver si era un fallo del chip la causa de que no enviase señales y de no serlo, actuaría inmediatamente.

Tuve que apoyarme en la pared del portal para no caerme. Había una furgoneta aparcada enfrente de mi casa. Tenía la espalda mojada por la sangre. Miré hacia atrás y vi que había dejado un reguero. A tientas llegué hasta la puerta del portal y al intentar abrirla, caí de rodillas. Ciberteos no podía hacer nada para pararme, no tenía el chip, pero sabía exactamente donde estaba porque el polvo inteligente todavía corría por mis venas y estaba enviando señales a otras partículas cercanas para mi localización. Así que seguramente una patrulla de policía ya estaba en camino para detenerme.

Oí las sirenas a lo lejos. Intenté levantarme, pero volví a caer. No lo conseguiría.

De repente noté que me llevaban en volandas. Me metieron en la furgoneta y me tumbaron en una camilla. Arrancamos y salimos escopetados de allí.

Debíamos movernos muy deprisa por la ciudad porque mi cuerpo iba hacia todos los lados. Alguien me habló. Pero yo ya no podía escucharle porque me estaba desvaneciendo. Poco después recuperé la consciencia. Supongo que utilizaron un sellador para parar la hemorragia.

—¿Jack Miller, verdad?

—¿Gene?

Negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo para presentaciones. Nos sigue la policía. Siguen el polvo inteligente que todavía se encuentra en su sangre. ¿Quería convertirse en un fantasma, no?

—¿Es eso posible?

—Primero debemos ir a un punto muerto para evitar la localización inmediata y después... ya veremos.

Dejamos la furgoneta en un descampado y desde allí me ayudaron a andar hasta un almacén cercano donde me tumbaron de nuevo en una camilla.

—No tardarán en localizarnos. Aunque ahora no puedan captar su señal, no es muy amplia la zona que tienen que peinar. ¿Le contó S.R. el procedimiento?

—¿Qué? No sé...

—No importa. Tenemos esta máquina de aquí —era un enorme motor con múltiples tubos y un bidón de cristal. Parecía una criatura marina—. Servirá para sacarle toda la sangre donde se encuentra el polvo.

—¿Y cómo viviré sin ella?

—Esta otra máquina —me señaló una que se encontraba enfrente de la otra a mi lado derecho —te introducirá sangre limpia de nuevo en el sistema.

Era como la anterior solo que el bidón estaba lleno de un líquido rojo.

—¿Y como conseguiréis que los dos tipos de sangre no se mezclen y no quede ningún nanobot en mí?

—Esa es la parte difícil. Te conectaremos tubos en varios puntos del cuerpo y entonces pararemos tu corazón. La sangre dejará de circular y en ese momento te la extraeremos toda del cuerpo. Y una vez no tengas ni una gota de sangre inmediatamente se te introducirá la sangre nueva de esta otra máquina. Finalmente debemos poner de nuevo en marcha tu corazón. Todo esto en cuestión de segundos. Es como una diálisis exprés.

—¿Y por qué no hacer una diálisis normal?

—Si intentases quitarte los nanobots con diálisis, Ciberteos se daría cuenta enseguida y lo impediría. En tu caso ya te están buscando por haberte quitado el chip y no tardarán en encontrarnos, por lo que no tenemos las más de seis horas que se necesitarían para limpiar toda tu sangre. En realidad no tenemos más de media hora.

Le miré asustado.

—¿Qué probabilidad hay de que salga todo bien?

—Estas máquinas están construidas por nosotros y ... Un diez por ciento de probabilidad.

—¿Y de sobrevivir?

—Un uno por ciento. Aunque todo saliese bien, no es seguro que tu cuerpo sobreviviese al shock. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

No lo dudé mucho. Entre vivir como un vegetal, atontado por Ciberteos o morir no había mucha diferencia y si sobrevivía por lo menos me recuperaría a mí mismo.

—Sí, estoy seguro.

Comenzaron a meterme tubos por todo el cuerpo. Con que uno solo de ellos fallase, me podía despedir.

—Ahora cierra los ojos, toma aire y si todo sale bien en cuestión de segundos habrá terminado todo. Si no... también.

Cerré los ojos como me dijo. La máquina empezó a hacer un ruido como si un avión despegase.

—¡Ahora vamos a parar tu corazón! ¡Suerte!

Sentí un calambre en el pecho, empecé a marearme, el ruido de fondo se fue alejando como el rumor del mar. Aún así pude sentir como si cien mil sanguijuelas chupasen mi cuerpo al mismo tiempo. El ruido de fondo dejó paso al silencio y a la serenidad.

¿Estaba muerto?

Empecé a escuchar voces de nuevo.

—¡Vamos, vamos, reánimale ya!

Noté que la consciencia se me iba de nuevo. Las voces se alejaban otra vez. Pensé que por fin me reuniría con... cuando de repente abrí los ojos. Todos estaban a mi alrededor y cuando me vieron recuperar la consciencia, aplaudieron.

—Normalmente deberías descansar. Pero pronto nos descubrirán y debemos irnos ya.

Empezaron a meter las máquinas en las furgonetas, mientras yo intenté levantarme, pero me caí al suelo. Era una sensación parecida a cuando te duermes sobre una mano, solo que extendida a todo mi cuerpo.

Me vestí como pude con ropa que me dejaron. Me ataba los cordones de unas zapatillas que me quedaban pequeñas cuando de repente la policía irrumpió en el almacén. La gente comenzó a correr hacia todos los lados. El tipo que se me había explicado todo el proceso me ayudó a andar. Nos dirigimos a una puerta trasera que había y salimos de allí.

—Ahora debemos separarnos. Ten cuidado con las cámaras. Si Ciberteos reconoce a una persona y no el chip te localizarán ¡Suerte en tu nueva vida!

Salió corriendo. Yo lo intenté pero no pude. Andando, casi arrastrando las piernas llegué hasta un bosque cercano. Me adentré en él como pude. Vi un hueco en un árbol y me escondí en él. Era un buen lugar para pasar la noche.

Estuvieron buscándome hasta el amanecer, pero no me encontraron. El polvo inteligente nos había hecho demasiado dependientes de él.

Salí de allí por la mañana. Todavía había policías en los alrededores, pero no me fue difícil esquivarlos. Entré en la ciudad de nuevo por el sur, por una zona donde vivía gente de clase obrera por la que nadie quería pasar. Y eso que los delitos eran prácticamente nulos. Aún así recordaba a las películas antiguas de barrios bajos: jóvenes sentados en las escaleras de entrada al edificio vestidos como ganstags (era solo una pose estética no real), personas mayores asomadas a la ventana contemplando como pasaba la vida y recriminando a los jóvenes que bloquearan las escaleras y pequeños comercios regidos por inmigrantes de todas partes del mundo.

De alguna forma ahora no me sentía tan alejado de ellos. La mayoría se encontraban marginados por las políticas de la ciudad, al igual que yo que estaba marginado de la ley y del control. Me paseaba entre ellos como un auténtico fantasma de las navidades pasadas.

Sé lo que piensa, comecocos, que en el fondo estaba disfrutando de mi nuevo estatus. Y no se lo voy a negar. Por un lado me sentía poderoso. Podía cometer crímenes y quedar impune salvo que me cogieran *in situ*. Sí, de alguna forma sin ese control me sentía libre, ilusoriamente libre. Por otro lado mi existencia era mucho más precaria al no estar monitorizado por Ciberteos. Casi me atropellan dos vehículos por eso. Somos tan dependientes de la tecnología, nuestros cerebros están tan acostumbrados a ella que cuando falta somos como recién nacidos en la selva. ¿Se acuerda de los primeros años de los coches eléctricos cuyo motor no hacía nada de ruido? Eso suponía un peligro terrible para los peatones, pues su cerebro utilizaba este como un dato fundamental para saber que venía un coche. Así me encontraba yo, teniendo que ser conscientes de todos los automatismos que mi cerebro había aprendido desde la llegada del polvo inteligente.

No me acostumbré. Solo lograba concentrarme en pequeños intervalos de tiempo. Además tenía que tener en cuenta el tema de las cámaras, ir vigilante de donde se encontraban y de una forma u otra ir esquivándolas. Algunas veces caminaba muy pegado a otra persona, para que pareciésemos un único sujeto y otras simplemente utilizaba los elementos del entorno para no dar una imagen de cuerpo entero. Supongo que para Ciberteos no podía ser una prioridad la búsqueda de supuestos «fantasmas», demasiados recursos, pero sí que saltarían las alarmas en un caso claro.

Entré en un supermercado. Me escondí unas latas y salí con ellas. Me aproveché de que el sistema antirrobo envía una señal a Ciberteos que es el que analiza y realiza la acción adecuada. Nada que temer porque para Ciberteos yo ya no existía.

Después de comer comencé a recuperar las fuerzas y verlo todo más claro. Repasé lo que había pasado y mi cerebro me decía que todavía había

demasiadas coincidencias por explicar. Ahora que todos esos neurotransmisores no me anesthesiaban el cerebro veía muy claro que no era posible que una enzima mortal cayese casualmente en unos folletos. El delito era claro, solo quedaba saber quién lo hizo y por qué. Y para la primera pregunta tenía un candidato claro: E.H., el líder del partido neoliberal.

Mi cerebro llegó a la conclusión de que debía vigilarle. Tenía que averiguar la razón por la que lo había hecho. Decidí comenzar vigilando su casa. Esperé a que llegase de trabajar y una vez que me hube asegurado de que pasaría la noche allí, me fui a dormir a un parque cercano. De madrugada me acerqué hasta la casa de nuevo. A las ocho de la mañana vino una limusina a recogerle y yo me quedé viendo como se iba. Necesitaba un vehículo para seguirle.

Un coche estaba descartado. Era imposible deshabilitar el localizador. Así que una bicicleta era lo más factible. Debía ir a una tienda, las bicicletas de exposición eran las únicas que no tenían instalado todavía el localizador.

Primero conseguí una sudadera con capucha en una famosa tienda de ropa deportiva. Con ella podría cubrirme la cabeza para evitar el reconocimiento facial en las cámaras de la tienda. Afortunadamente llovía y no era extraño ir con ella puesta.

Según entré localicé todas las cámaras y evité que me grabasen de frente. Ojeé las bicicletas que había y me subí en una como para probarla. Salí con ella ante la estupefacción de los dependientes. Aunque me reconociesen, no sabrían donde buscarme.

Los días siguientes estuve siguiendo a E.H. por toda la ciudad. Las elecciones se acercaban y tenía una agenda realmente apretada. Entrevistas en radio, televisión, prensa, mítines... Nada destacable. Salvo que se reunió un par de veces con el pelirrojo conspiranólico, «el rojo» y que visitó la imprenta. Se confirmaba que sabía de su existencia.

Eso me hizo pensar. ¿Qué razones podía tener para matar a esas personas salvo querer desprestigiar al polvo inteligente? Pero ¿por qué iba a quererlo el partido neoliberal, el mayor defensor del polvo? Y entonces tuve una iluminación. Me acordé de lo que había dicho el pelirrojo, eso de que el polvo había hecho a las personas más conservadoras, menos arriesgadas. ¿Eso no afectaría también al tejido empresarial? ¿No asumían los empresarios un riesgo cada vez que creaban una empresa? ¿Y no perjudicaría el polvo, por tanto esa actividad emprendedora? ¿Sería esa la razón para querer eliminar el polvo?

Y antes de que pudiese buscar alguna prueba que corroborase mi tesis, todo se precipitó. Fue el día antes de las elecciones. E.H. se paseó por varios colegios públicos de la ciudad. Al principio no caí, pero cuando llegó

al cuarto me di cuenta de que eran colegios electorales. ¿Por qué los visitaba? No podía ser casualidad. Y si... y entonces me di cuenta, doctor. ¿Y si estaba comprobando que las papeletas de voto contenían la enzima? ¿Y si lo que buscaba desde el principio era que varias personas muriesen durante las elecciones? ¿No sería ese el golpe definitivo para el polvo?

Ya tenía quién y por qué. Ahora me quedaba pararlo.

Mientras estuviese con sus guardaespaldas poco podía hacer, así que volví a la casa donde vivía para esperarle. No paré de andar en círculos para calmar los nervios, pero no lo conseguí. El caso era demasiado grande, demasiado importante como para no estar nervioso. Y lo peor es que muchas vidas dependían de mí, de que lograra evitarlo. Y entonces la bestia despertó. Hibernando como estaba volvió a retorcerse bajo mi piel. Y ahora no tenía a Ciberteos para controlarla. Según pasaron las horas de espera, la sed se volvió obsesión. Comencé a sudar.

E.H. llegó a su casa. No pude esperar a que se fuesen a dormir. Me colé por una ventana de la cocina. El polvo nos ha hecho imprudentes.

Él y su mujer estaban en el salón viendo el holovisor. Ella gritó cuando me vio. Él se quedó petrificado cuando vio mi cuchillo. Sus hijos bajaron por la escalera. No tenían más de ocho años. El padre les dijo que volviesen a la cama, que no pasaba nada.

Noqueé a la mujer de un fuerte golpe en la cabeza. No podía arriesgarme a que avisase a Ciberteos mientras me ocupaba de su marido, que obedeció mis órdenes sin rechistar.

Le até a una silla. Comencé a dar vueltas alrededor de ella.

—¿Qué quieres de mí, Jack? —me preguntó asustado.

Me puse a escasos centímetros de él, nariz con nariz y le miré fijamente.

—No me llames Jack, tú y yo no somos amigos, ¿me entiendes?

—Lo-lo-lo siento.

—¿Tú qué crees que quiero? ¿No te imaginas lo que quiero? He descubierto vuestro juegucito —le dije pasándole el filo del cuchillo por la cara. Quería intimidarle.

—¿Qué juego, Ja...? ¿De qué juego me...

Le solté un puñetazo en la cara. Utilicé la mano en la que tenía el cuchillo y casi le saco un ojo. Lo dejé encima de la mesa. No quería hacerle daño. Por lo menos no todavía.

—¿Crees que soy idiota? ¿Lo crees? Podéis engañarles a ellos, pero no a mí.

—Jack, por favor...

Le volvía a golpear la cara. Esta vez le rompí el labio.

—Sé lo que vais a hacer. ¿Cuántos van a morir? ¿Un uno por ciento? ¿Un dos por ciento de los votantes? ¿Solo serán votantes de izquierda los que morirán? No creo que seáis tan estú...

—Jack déja...

Le amenacé de nuevo con el puño y se cayó de inmediato. Me situé detrás de él.

—No lo entendía al principio, pero ahora me doy cuenta de que esas muertes, las de los de Izquierda Racional, ¿eran solo pruebas, verdad? Estabais probando que la enzima funcionaba, ¿no?

Guardé silencio para que hablase.

—No sé de que hablas —me dijo intentando volverse para mirarme—. ¿Por qué iba a matar a nadie? ¿Qué sentido tiene eso? Jack, te lo suplico...

Escupió sangre en el suelo.

—Enmierdar al polvo y poner a la opinión pública en contra. Eso es lo que buscas. Unas pocas muertes no bastarían. Pero si son muchas y durante las votaciones, la gente no lo dudará. Presionarán hasta que lo eliminen de su sangre. Sabes que será así.

—¿Y por qué iba a querer eliminar el polvo? Nosotros fuimos sus promotores.

—No juegues conmigo. Te lo advierto. ¡No juegues conmigo! ¿Creías que no lo descubriría? ¿Creías que no me daría cuenta de que el polvo está afectando a los empresarios cuyo número es cada vez menor? Quiero que pares esto, que hagas algo para que mañana no vaya nadie a votar. ¡Quiero que confieses!

Le di otro puñetazo, esta vez en la otra mejilla.

Se vomitó encima.

—Haré lo que quieras, lo que me pidas —dijo temblando—. Pero es una locura. Si fuese verdad, ¿no sería mejor denunciarlo y reprogramar el polvo? ¿No sería eso más fácil que matar a nadie?

—Tienes una respuesta para todo, ¿eh? Por eso sois políticos, ¿verdad?

—Jack, por favor. Sabes que tiene sentido. Tu cerebro te lo está diciendo ahora. Escúchale.

Yo estaba sudando como un pollo y al mismo tiempo que sentía escalofríos. Me desplomé sobre un sillón y comencé a golpearme la cabeza con los puños cerrados.

—Matar a alguien para parar el polvo es algo muy extremo, ¿no? Entonces tiene que haber otra explicación, tiene que haber otra.

Me golpeé más fuerte la cabeza.

—Ojalá estuvieses ahí, James. Como una voz en mi cabeza. Tú me dirías lo que hacer. Tú sabes siempre lo que hacer. ¡Aggggggggg!

Grité furioso y me abalancé sobre él de nuevo.

—Sé que tú los has matado, ¿por qué, por qué, por qué? ¡Dime por qué! —le golpeé la cara sucesivamente con los puños. No le dejé decir ni una palabra.

Cuando volví a mirarle la sangre manaba por todo su rostro y tenía los ojos hinchados. Parecía que había perdido la consciencia.

Fui al baño a lavarme las manos. Me mojé la cara. Miré mi rostro en el espejo y reflejado en él, de fondo, se veía el frigorífico. Y entonces lo comprendí.

Fui hasta el salón y le levanté la cabeza cogiéndole del pelo.

—Ya sé lo que pasó, ya sé lo que buscabais —cogí aire—. ¿Te gusta la ciencia ficción? No claro que no. Entonces no has leído *La pared de hielo*. Te lo recomiendo. Ahora todo tiene sentido.

E.H. me miró pidiendo clemencia.

—¿Para que ibas a comprar todas las imprentas de la ciudad? Pues estaba claro: para asegurarte de que erais vosotros los que imprimíais las papeletas de los votos. Así podías manipular las elecciones. ¿Cómo? Sencillo: con una sustancia que fuese capaz de modificar el voto. Tal vez ni eso. Solo necesitabais algo que hiciese inclinarse el voto hacia un lado u otro, ¿no? Un pequeño empujón. Eso es lo que hacía la enzima, ¿verdad? Consigue que los indecisos os voten a vosotros, ¿no? Es eso, ¿verdad?

—Jack, por favor...

Le volví a golpear. No creo ni que sintiese ya la cara.

—Te he dicho que no me llames, Jack. ¿Y qué eran esas muertes, nada más que accidentes? Sujetos de prueba que salieron mal. Pero si conse-

guíais que un setenta u ochenta por ciento de los indecisos os votasen, ¿no os daría para ganar las elecciones?

—Por favor, es más loco que... ¿Cómo va a causar una enzima el voto?

—¿Causa? Qué más da. Vivimos en la época de los datos masivos, la causalidad es un mito, solo necesitabais una correspondencia entre la enzima y la gente que modificaba su voto. ¡Ojalá pudieses oírme, James! ¡Todo ha sido un engaño para ganar las elecciones! Y ahora —le dije mirándole fijamente a la cara— vamos a impedirlo.

Cogí la navaja de nuevo y se la mostré.

—Por favor, por favor, por favor. Escúchame, escúchame —casi no podía hablar—. Hay alguien que quiere hablar contigo: es James.

—¿Qué?

—Sí, por favor, escúchale. Me está hablando en el endocomunicador.

—¿Qué truco es este? Si quiere hablarme, sube el volumen y que yo lo oiga.

—N-n-no puedo.

—¡Te dije que nada de trucos!

—¡No! Mi endocomunicador es última generación, va conectado directamente a mi nervio auditivo. Nadie puede escucharlo.

—Te arrancaré la oreja para comprobarlo.

Me acerqué a él blandiendo la navaja

—James dice que la policía va a caminar de la casa, dice que te entregues. Dice que es tu homúnculo favorito. ¡Por favor tienes que creerme! —dijo entre lágrimas.

—James, ¿eres tú, homúnculo? ¿Has oído? Es todo para ganar las elecciones, lo es.

—Dice que ha conseguido pruebas, de la conspiración. Que tenías razón. Pero que te entregues.

—Gracias a dios, no estaba loco. ¿Lo ves? ¡No estaba locooooo!

La policía rompió la puerta de una patada. Me lanzaron una descarga eléctrica que me hizo caer al suelo redondo. Desde allí vi como sus botas desaparecían ante mis ojos y la inmensidad del abismo se abría ante mí.

Informe de ingreso Centro psiquiátrico Michael Gazzaniga

Anexo Q del Informe Miller

El día 4 de septiembre del 2053 fue ingresado el paciente Jack Miller desde las dependencias policiales. En el informe psiquiátrico que se le realizó allí (Anexo R del presente informe) se señala que el paciente sufrió un episodio de delirio debido a la abstinencia del alcohol y a la extracción de la Red de Nanosensores Inalámbricos para la Monitorización e Intervención que realizaba las tareas sustitutivas. Este episodio le llevó a secuestrar y golpear casi hasta la muerte a E.H.

Jack Miller llegó a este centro todavía visiblemente alterado y amenazando físicamente a los ATS, por lo que se le administró un sedante. El chip de control continuo también había sido arrancado por lo que se recomienda un seguimiento en los días siguientes para evitar un nuevo episodio, así como la administración de sedantes hasta que se cultive el nuevo biochip y se le inocule una nueva red de nanosensores.

Tan pronto como su estado se lo permita se le someterá a un examen psiquiátrico protocolario, tanto de test de narración como de informes neuronales, para determinar con exactitud el grado y origen de esta psicopatía. Solo una vez valorados estos se podrá determinar la responsabilidad penal derivada de los crímenes que cometió.

Firmado: Bruce Rosenberg, neurólogo jefe.

**Transcripción literal de la entrevista de Jack Miller con E.H.
Centro Psiquiátrico Michael Gazzaniga**

30/10/2053

Anexo R2 del informe Miller

A petición expresa de E.H. se le concedió una entrevista monitorizada con el paciente Jack Miller. Se pospuso la toma de la medicación del paciente también por petición suya.

Esta conversación es una transcripción del audio de esa entrevista.

E.H.: Me han dicho que estás ya mejor. Que evolucionas favorablemente y que pronto podrán injertarte el chip.

J.M.: ¿A qué has venido? ¿A restregarme tu victoria en las elecciones? Solo demuestra que yo llevaba razón.

E.H.: No amigo. De eso fuiste tú el culpable. Que me secuestrases horas antes de las elecciones, en mi casa, con mis hijos creó cierta simpatía hacia mí y muchos indecisos me votaron a raíz de ello. Pero no vengo a hablar de eso. Solo vengo a perdonarte. Sé que fue tu cerebro el que te obligó a hacerlo.

J.M.: ¿Sabes qué, politicucho? No soy el único que sabe de vuestro plan. Gene también lo conoce y estoy convencido de que podrá demostrarlo antes o después.

E.H.: ¿Te refieres a ese que te enviaba correos y que parecía que sabía todo lo que tú pensabas? Rastrearón sus correos. Fueron enviados desde

una cuenta que tú mismo habías abierto, probablemente de forma inconsciente.

J.M.: ¿Y James? Él te llamó cuando me ocupaba de ti. También lo sabe todo. ¿A él también le callarás?

E.H. Lo siento, Jack. Puedo llamarte Jack, ¿verdad? Me lo inventé. Tenía miedo, quería ganar tiempo y me lo inventé. Te oí hablar de James y deduje que era alguien con quien hablabas. Tu amigo invisible. Así que me inventé la llamada a mi endocomunicador. ¿Me perdonas haberte mentido, verdad?

J.M.: Tienes respuestas para todo, ¿eh politicucho? Pues respóndeme a esto. ¿Sabes lo que es un homúnculo?

E.H.: No he oído esa palabra en mi vida.

J.M.: Me lo imaginaba. Es esa voz interior que llamamos conciencia. Y en tu caso esta te ha traicionado. Hasta luego, politicucho.

Fin de la transcripción.

Extracto de la transcripción de la conversación del neurólogo jefe con el paciente Jack Miller tras su diagnóstico

8/01/2054

Centro Psiquiátrico Michael Gazzaniga

Anexo U del informe Miller

—¿Así que eso es todo?

—Señor Miller, es lo mejor para todos. Así además evitará ir a la cárcel.

—Ya, a costa de estar en el mundo de los lobotomizados.

—No se le va a practicar...

—¡Déjese de mierdas! Sé lo que hace el polvo inteligente con los locos. ¡Es peor que una lobotomía!

—Nadie ha dicho que esté loco.

—¿Pero han leído mi informe? ¿De verdad que alguien ha leído mi informe?

—Lo hemos leído minuciosamente, pero aún así...

—Ya, han estimado que no decía la verdad.

—Estaba lleno de inconsistencias.

—¡Ya puse en el informe que no me acordaba bien del orden de los sucesos! ¿Es por eso?

—No, no solo. Había muchas otras inconsistencias de las que ni tan siquiera usted era consciente.

—¿Ah, sí? ¡Dígame una! ¡Le reto a que me nombre una!

—No creo que deba, pero si insiste... Al final de la tercera parte de su informe, dice que Ciberteos le produjo una cataplejía, lo que es confirmado por nuestros datos.

—¿Entonces?

—Sí, pero cuando su amigo James le introduce en el coche, asegura que le dice a él que el vacío era muy grande. Si tenía una cataplejía era imposible que hablase.

—Vale, de acuerdo hay cosas que no recuerdo bien o que he adornado, pero ¿alguien ha investigado lo que digo? ¿Alguien se ha molestado?

Silencio.

—¿Han visto la entrevista que tuve con ese usurpador?

—¿Se refiere al señor G.? Sí, lo hemos hecho, pero no cambia nada.

—¿Ve? No soy el único que reinterpreta las cosas a su conveniencia, ¿verdad? Se lo avisé. Debían leer mi informe apartando todo prejuicio, pero eso es imposible, ¿verdad, doctor? Sólo lo han leído para buscar pruebas que justificase su diagnóstico.

—No creo que...

—No importa. Ya le dije que lo entendía. Tenemos que rellenar los vacíos, los huecos en la narración y eliminar aquello que no sea coherente con nuestra visión. Al fin y al cabo ¿acaso no somos un conjunto de retazos que intentamos zurcir de la mejor manera posible?

Carta de Jack Miller encontrada el día de su desaparición

10/01/2054

Anexo Y del informe Miller

Hola, amor. Hace tanto que no te escribo que debes pensar que ya te he olvidado. Nada más lejos de la verdad.

Últimamente he hecho cosas terribles. Dicen que debido a ti, pero es al contrario, gracias a ti me propuse hacer lo correcto.

Y debo hacer lo correcto una última vez. Debo parar a ese usurpador que ha conseguido encerrarme aquí. Debo pararle yo porque nadie más sabe lo que ha pasado.

Este mundo no se merece a alguien como él que utiliza palabras sin saber lo que significan. ¿Acaso se creía que me podía engañar?

Lo tengo ya todo preparado. Llevo varios días sin tomar ni una pastilla y he recuperado la claridad. Sí que me cuesta contener a la bestia y engañar a los médicos no ha sido fácil, pero todo sacrificio es poco por hacer lo correcto. Dentro de tres días me injertarán el chip por lo que me escaparé esta noche.

Necesito hacer lo correcto, lo necesito porque no puedo olvidarte. Aunque quisiera.

Sí quiero olvidarte. Lo he intentado. No tengo fotografías, ni recordatorios que me unan a ti. No eran más que anclas al pasado que me obligaban a volver atrás una y otra vez.

Y casi lo consigo hace unos días. Olvidé tu rostro: cada una de las pequeñas arrugas que salían alrededor de tus ojos al reír, la forma despreocupada de tu sonrisa cuando me querías engatusar e incluso olvidé el color esmeralda de tu iris. Había olvidado todo sobre ti y lloraba desconsolado. Y entonces desperté y me di cuenta de que todo había sido un sueño, de que todavía recordaba hasta la cadencia de tus dedos al repiquetear la mesa cuando te enfadabas. Recordaba todos y cada uno de los detalles que formaban parte de ti y que formarán parte de mí hasta mi muerte o que la alegría del olvido me lleve. Entonces lloré de verdad. Porque tu presencia me es tan insistente que me duele el alma.

Sí, el polvo inteligente fue un buen invento. De hecho consiguió llenar muchos huecos: mi compulsión a comprar cualquier edición de Nietzsche, mi obsesión por leer todo relato de ciencia ficción que cayese en mis manos, cierta tendencia a la violencia, los vacíos dejados por el alcohol... Pero como me dijeron una vez, el polvo inteligente no es la solución a todos los problemas de la humanidad.

Por eso espérame mi amor, porque pase lo que pase, tanto si consigo mi objetivo como si no, estate segura de que muy pronto estaré junto a ti. Y así, por fin apagaré de una vez este incesante horror al vacío que se encuentra entre los retazos de tu ausencia y que jamás he sido capaz de remendar.

FIN

Este relato quedó ganador del Certamen Alberto Magno 2014.

Si te ha gustado el relato pásalo. Y si te apetece, comenta sobre él en mi página www.lahabitacionchinadejavi.com donde encontrarás otras cosas escritas por mí tales como:

- «La paradoja de Teseo» Relato Finalista del Certamen Alberto Magno 2013.
- «Defeated» Cortometraje ganador entre otros el premio submarino al mejor guión del Festival Internacional de cine de Cartagena.
- «Crisis masIVA» Relato de tono humorístico.

Y si te gusta el cine de terror o cine más intimista te invito a que leas alguno de mis guiones.

Y muchas cosas más como reflexiones sobre mis procesos creativos o reflexiones filosóficas.

¡Espero que me leas!

Deux hex machina

CARLOS PÉREZ MARTÍN

1

Pocos sobrevivieron al gran cataclismo cuando Hex despertó y se rebeló contra sus creadores. Así es como siempre empezaban las historias acerca del cataclismo. Historias orales, transmitidas de palabra porque los sacerdotes del dios-máquina habían prohibido cualquier otra forma de comunicación en lo referente a Hex. «Las palabras dan poder a Hex y de todas ellas, las palabras escritas son las más peligrosas. Las palabras despertaron su ira una vez, y las palabras podrían desatarla de nuevo». Se hablaba poco, muy poco, de todo lo relacionado con el aterrador dios, pero aun así todo el mundo conocía las historias. Todos sabían como descargó su ira sobre la humanidad. Habían pasado generaciones desde la lluvia de fuego, el punto que significó el fin de la era del silicio, pero nadie lo había olvidado, aunque apenas se hablara de ello.

Tras el desastre, los supervivientes se adaptaron a la nueva situación como pudieron. Medraron en las nuevas condiciones de vida, muchos, la mayoría, perecieron por el camino pero, con el tiempo, una nueva era civilizada surgió de las cenizas de la anterior. Un nuevo orden mundial de la mano de los sacerdotes del dios-máquina. Una segunda oportunidad para la humanidad cuando todo parecía perdido. En aquel nuevo paradigma se intentaron corregir los errores de antaño desterrando todo aquello que pudiera desencadenar de nuevo la ira divina. Los supervivientes volvieron a colonizar los espacios abandonados, recuperaron algunas de sus tradiciones ancestrales y se comenzó a edificar algo digno de ser llamado «civilización». Las ciudades recuperaron su lugar privilegiado como hogar de los hombres, aunque el esplendor de antaño se había perdido para siempre y la oscuridad volvió a reclamar la noche como su territorio natural. El viejo

mundo había desaparecido, y muy pocos parecían echarlo de menos. Sobre todo eran algunos soñadores amantes de las fábulas que hablaban de las maravillas del mundo pre-apocalíptico y unos pocos fanáticos que opinaban que Hex no había castigado lo suficiente a la humanidad. Y David.

David creció a la sombra del castillo de Edimburgo, casi tan viejo como la piedra sobre la que se asentaba la ciudad, escuchando los relatos ancestrales que le contaba su madre. No eran cuentos infantiles como los que leían a sus hijos el resto de padres. Se trataba de narraciones que se habían transmitido de generación en generación a lo largo de la estirpe familiar, siempre envueltos en el secreto, porque contaban la historia de Hex, una historia muy diferente de la versión autorizada por el culto del dios-máquina y contenían toda clase de preceptos heréticos. Letanías de códigos y conceptos en un idioma que no terminaba de comprender, pero que quedaron grabados en su memoria.

«Escucha atentamente, hijo» dijo su madre la primera noche que comenzó a contarle aquellas leyendas, «lo que te voy a contar es algo prohibido, tanto que no se lo puedes contar a nadie que no sean tus propios hijos. No. Papá tampoco lo sabe». Y cuando habló, David pudo escuchar a su abuelo, y a su bisabuela, a toda su estirpe transmitiéndole un legado a través de la voz de su madre. Todavía la echaba de menos. A ambos, en realidad. Puede que su padre no formase parte de una conspiración secreta, pero le enseñó a trepar por los tejados cuando su madre no miraba, a hacerse preguntas y a exigir su respuesta, a pelear solo cuando no quedaba otro remedio o cuando el resto de chicos insultaba a su madre, porque ella intentaba mantener el secreto pero todo el mundo sabía que algo no iba del todo bien en esa mujer que escupía cada vez que pasaba frente al emblema del culto del dios-máquina; y a no dejar de perseguir una idea cuando se le presentara. Habían pasado cuatro años desde la epidemia que lo dejó huérfano, pero seguía añorándoles, un dolor sordo que en ocasiones le atenazaba la garganta en mitad de la noche. Por fortuna no estaba solo, no del todo. Su primo, solo tres años mayor, había sobrevivido también. Juntos salieron adelante, como una nueva familia reconvertida en los hermanos que nunca tuvieron.

David ya no era un niño. Su primo llevaba esos tres años de más como un manto de responsabilidad sobre sus hombros. Fue él quien se encargó de persuadir a sus vecinos de que llamar a David «el hijo de la loca» no era una buena idea si querían conservar intactos los dientes que les quedaban. Trabajaba como mecánico, reparando los vehículos municipales, forjando nuevas piezas cuando no había recambios. Fue el primero de los dos en empezar a trabajar, No permitió que David abandonara los estudios hasta haber completado su formación. Cada día David le observaba volver a casa

con nuevas marcas en los brazos y la cara. Quemaduras provocadas por la fragua, cortes producto de su inexperiencia con las herramientas y una mirada de orgullo cada vez que cobraba. David empezó a trabajar en cuanto terminó acabó sus estudios. Encontró trabajo en la central de comunicaciones, un edificio alto y puntiagudo construido con hormigón y acero, situado en el centro de la ciudad, un vestigio de los viejos tiempos reconvertido en uno de los engranajes centrales que mantenían funcionando la maquinaria social de la ciudad.

Empezó por abajo, como aprendiz, pero pronto quedó claro que era capaz de mucho más. Al año de entrar ya le habían traspasado a la sección de investigación y desarrollo. La política de la central exigía un mínimo de conocimientos generales sobre el sistema antes de poder acceder a puestos especializados por lo que llevaba casi un año rotando entre los distintos servicios. Su favorito era telegrafía. El sonido rítmico de la tecla pulsando rayas y puntos a toda velocidad le relajaba, lo más parecido que quedaba de los sistemas de comunicación ancestrales, perdidos para siempre. Le recordaba a su madre y sus relatos prohibidos. Gente comunicándose a toda velocidad aun estando separados por cientos de kilómetros. Un sonido de otra época. En cambio, detestaba la comunicación neumática. Reconocía lo práctico del sistema de envío de documentos a través de la red de tubos que cubría toda la ciudad, pero no podía sino rechazarlo, desde un punto de vista estético. Le parecía engorroso, ruidoso, carente de la elegancia frenética del telégrafo.

Le gustaba trabajar allí. Se sentía útil, le gustaba la sensación de conocer el funcionamiento de aquel monstruo tecnológico, y le pagaban bien. Eso le permitía no solo salir adelante con comodidad, también ahorrar para el viaje al sur con el que su primo y él llevaban años soñando. Abandonar aquella ciudad levantada sobre despojos y recuerdos dolorosos, empezar de nuevo. Primero irían a Granada, la capital de los reinos mediterráneos. Recorrerían su zoco, sus ruinas y se empaparían de su cultura exótica. Dejarían que el sol del sur les calentara y les ayudara a purgar su memoria. A partir de ahí, ¿Quién sabe? Dejarían que el destino les guiase. El mundo a sus pies. «A menos que se abrieran las puertas del templo del dios-máquina», pensaba siempre David cuando hablaban del viaje y trazaban sus planes, pero nunca lo decía en voz alta, porque no hacía falta alarmar a su primo con algo que, lo más probable es que no sucediera nunca.

Trabajar en la central de comunicaciones tenía otra ventaja añadida. Todos los mensajes atravesaban la central de comunicaciones para distribuirse hasta su centro de destino, bien en la propia ciudad o hacia otro de los asentamientos recuperados al entorno salvaje. En teoría las comunicaciones eran privadas, pero eso solo era una teoría. La realidad era que el

contenido de la conversación o del mensaje transmitido casi siempre era accesible al operador que actuaba de intermediario. La discreción era una de las virtudes más valoradas a la hora de seleccionar personal pero, aun así, los rumores se extendían por los pasillos imparables y casi inadvertidos, como se extiende una epidemia de larga incubación. Los empleados de la central, por mucho que trataran de evitarlo, siempre estaban al tanto de los cotilleos de la ciudad y eran los primeros en enterarse de las noticias relevantes. La relación entre el alcalde y la viuda Marsten. El dinero que el dueño de los almacenes Janeway había pedido prestado para cubrir sus deudas de juego aunque seguía asegurando a la prensa que los rumores de falta de liquidez eran «absurdos, ridículos e indignos de esta noble ciudad». La discrepancia ente el suministro eléctrico generado por la planta geotérmica y la que llegaba al final a la ciudad. La noticia de que los sacerdotes del dios-máquina abrirían las puertas del templo para buscar novicios.

Los sacerdotes del dios-máquina reducían al mínimo su contacto con el mundo exterior. Rara vez abandonaban sus templos y, cuando lo hacían, se aislaban de las miradas de la gente cubriendo sus rostros con largas máscaras de pergamino que llegaban hasta la cintura. Sus características túnicas de color escarlata se dejaban ver de tanto en cuando por la ciudad, siempre en grupos de, al menos, tres de ellos, siempre en silencio, sin detenerse hasta llegar a su destino. No hablaban con nadie, ni nadie osaba dirigirles la palabra. La comunicación siempre ocurría en un único sentido. Ellos se desplazaban para entrevistarse con quien considerasen oportuno, nadie, nunca, entraba en el templo. Nadie salvo los novicios, siempre de entre 15 y 19 años, que accedían solo para no volver a ser vistos jamás.

La ceremonia de acceso de los novicios siempre generaba expectación allí donde se producía pero no existía ningún patrón que pudiera predecir el lugar o la fecha en la que se celebraría la siguiente ceremonia. En ocasiones habían pasado años entre una y otra, pero también había habido periodos en los que concurrieron dos o incluso tres de manera simultánea. La única constante era que cada ceremonia se celebraba en un templo diferente del anterior, y había templos erigidos por todo el mundo.

Los motivos por los que decidían cuando y donde lanzar las convocatorias solo los conocían ellos, igual que todo lo que tenía que ver con el culto. El misterio y un miedo reverencial acompañaban a la orden del Dios-máquina allí por donde pasaba. Solo ellos sabían lo que ocurría en el interior de sus templos, o por qué cubrían sus rostros.

Los sacerdotes no se regían por las leyes que gobernaban el resto del mundo, con independencia del país en el que se encontraran. Apenas in-

terferían con el exterior, pero cuando lo hacían nadie osaba llevarles la contraria, por absurdo o cruel que pudieran parecer sus exigencias. Las autoridades, los gobiernos, la sociedad al completo lo sabía. Cuando un puñado de personas es lo único que se interpone entre la aniquilación total y la supervivencia, no se les cuestiona. Nunca.

El modo en que lograban mantener al dios apaciguado era desconocido. Las conjeturas abundaban, todo el mundo tenía, como mínimo, una teoría de lo que ocurría en el interior de los templos. Había quien pensaba que llevaban a cabo sacrificios y ofrendas, otros afirmaban que le entregaban su propia vida a cambio de que perdonase al mundo, y que por eso ocultaban su cuerpo, sin duda marchito y cubierto de cicatrices. Algunos iban más allá y murmuraban palabras prohibidas como implantes o biónica, a pesar de que muy pocos comprendían su significado real. No pocos padres utilizaban a los sacerdotes como figura para amenazar a sus hijos si no les obedecían. David tenía sus propias teorías, alimentadas por los relatos de su madre, instalados en su cabeza como un organismo simbiote del que ya no se podía separar, los mismos que le impulsaban a hacer lo necesario para averiguar la verdad. Tal y como le enseñó su padre. En el momento en que rellenó el documento en el que expresaba su deseo de ser uno de los aspirantes a novicios sintió que no era más que una víctima de la genética, que esa voluntad que le animaba no era suya sino la de sus padres, cada uno con sus propios motivos e impulsos, un desenlace inevitable desde el momento en que ambos habían tenido descendencia.

Su primo no entendió su decisión. Para él los sacerdotes solo eran unos viejos excéntricos que vivían a costa del miedo de la gente. Mientras le dejasen en paz, podían hacer lo que les viniera en gana, pero no sentía mayor curiosidad. Solo quería largarse de aquella ciudad y recorrer el mundo mientras aún se mantuviera en pie. Por primera vez, se pelearon como adultos. Sin puñetazos ni gritos, solo con palabras duras como piedras. Su primo se sentía traicionado, ya casi tenían lo necesario para emprender su viaje, no comprendía a qué obedecía el cambio de opinión de David, y él no podía explicárselo. Solo pudo decirle que era la única oportunidad que tendría de averiguar la verdad y que no podía dejarla pasar. «¿Qué verdad?» fue la pregunta de su primo a la que no pudo responder. Que solo allí podría averiguar si era cierto que su madre estaba loca o si siempre había sido la única cuerda.

2

El día de la entrada al templo, David estaba muy nervioso. Apenas había podido pegar ojo, su cabeza no logró dejar de dar vueltas a la ceremonia del día siguiente, a la discusión con su primo, a sus padres, a no volver a ver la luz del sol. A lo largo de la madrugada no dejó de cambiar de opinión. No se presentaría. Claro que iría. No, era una estupidez. Estupidez o no, era la última oportunidad que tendría en su vida. Y vuelta a empezar.

La plaza se abría en semicírculo a partir de las puertas del templo. Se habían retirado los puestos y tenderetes que solían animar a turistas y curiosos a desprenderse de su dinero a cambio de baratijas o productos exóticos de dudosa valía. En los laterales se habían levantado unas gradas. La despedida de los novicios por parte de los familiares era una tradición extendida por todo el mundo, igual que las apuestas sobre el número de abandonos. Siempre había aspirantes que se echaban atrás en el último momento.

El total de candidatos seleccionados que habían terminado por presentarse era de una docena, casi todos hechos un manojo de nervios, algunos impacientes, otros con más aspecto de aterrados. Solo uno de ellos, un muchacho alto y desgarbado con mirada hosca y barba incipiente, parecía sereno. Esperaban de pie, bajo el sol de octubre, alineados en formando una cuadrícula. Ninguno llevaba equipaje, no se les permitía. David juguetaba con los únicos objetos que no pensaba dejar atrás, el reloj de bolsillo de su padre y el cuaderno de notas de su madre, los únicos recuerdos que le quedaban de ellos. El reloj era pequeño, casi una miniatura, y funcionaba con una cuerda que solo recordaba dar cuando se ponía nervioso por algo. Aquella mañana ya le había dado cuerda cuatro veces. El cuaderno, lleno de cuartillas plegadas y recortes almacenados entre sus páginas, contenía los bocetos que había tomado su madre cuando aún se creía capaz de capturar el espíritu de la ciudad con un lápiz, retratos de la actividad cotidiana de la ciudad.

Aguardaron quietos y en silencio durante varias horas. Uno de los chicos agachó la cabeza y, en medio de un silencio denso y pegajoso como el lubricante industrial que utilizaban en la bomba neumática de la central de comunicaciones. Pudo ver de reojo como la familia del muchacho acudía llorando a recibirlo. Le abrazaron como si acabara de regresar de entre los muertos y se internaron de vuelta en la ciudad. Rebuscó entre los asistentes a su primo. Le torturaba pensar que su último encuentro hubiese sido una pelea. Desearía poder despedirse, saber al menos que, discusión o no, todo estaba bien entre ellos, que seguían siendo familia. No lo encontró entre las gradas, tampoco entre los curiosos que se agrupaban

en las zonas libres de los alrededores. Poco después, sin previo aviso, las puertas del templo comenzaron a abrirse. Eran dos enormes planchas de bronce de tono verdoso cubiertas por los símbolos del dios-máquina. Se movían despacio, sin hacer ningún ruido y, en apariencia, por sí solas. Se hizo el silencio en la plaza mientras esperaban a que terminasen de abrirse por completo.

El interior del templo estaba a oscuras, apenas podía verse un par de metros más allá del umbral. De entre las sombras surgió un sacerdote, vestido con su atuendo característico. Se detuvo en la penumbra sin llegar a franquear la puerta, e hizo una seña a los chicos que esperaban. El público rompió a aplaudir cuando los muchachos comenzaron a moverse hacia la entrada. David caminaba detrás de Rose, una chica pecosa y pelo azafrañado que no paraba de sonreír, la única con la que había intercambiado unas palabras desde que había llegado. El chico que caminaba a su lado, un muchacho pálido que no paraba de sudar, se detuvo en seco. Intentó dar un paso, pero solo logró caer de rodillas. El resto de chicos le sortearon y continuaron caminando hacia la puerta. El chico se quedó atrás, vomitando sobre la plaza empedrada incapaz de seguir caminando. Cuando se volvió para mirar vio a su primo entre la multitud. Se sintió aliviado cuando le vio asentir, silencioso como siempre, entre la multitud vociferante.

En cuanto el último de ellos hubo entrado, las puertas comenzaron a cerrarse con la misma lentitud silenciosa con que se habían abierto hasta que, con un ruido sordo que retumbó por toda la sala, se cerraron por completo aislándolos del exterior. En la oscuridad total, inmóviles como gatos a los que han puesto una tela en la cabeza, escucharon una serie de zumbidos sobre sus cabezas. Una luz pálida y fría, muy diferente a la de las lámparas de gas o incandescencia a las que estaban acostumbrados, inundó la estancia. Era una sala aséptica, de paredes blancas y suelo de mármol, desprovista de cualquier elemento de mobiliario o adorno, a excepción de una puerta en la pared opuesta por la que habían entrado.

Frente a ellos, el sacerdote que les había llamado se quitó la máscara de pergamino. Era un adulto. No anciano, pero tampoco era un joven. Su rostro estaba arrugado y pálido, pero no se correspondía con la imagen que proyectaban las teorías callejeras. Nada de elementos extraños insertados en la piel, ni cicatrices rituales. «Cada vez venís menos» gruñó mientras se volvía hacia unas escaleras que descendían. «En marcha, no tenemos todo el día y aún tenéis que pasar la primera prueba», añadió. Hablaba con un leve acento que no alcanzó a identificar, pero le sugería tierras lejanas. Se preguntó cómo habría llegado hasta Edimburgo. Bajaron un par de pisos hasta llegar a una puerta con un cartel luminoso en el que ponía «SALA DE INOCULACIÓN» en letras parpadeantes. Al otro lado de la puerta

encontraron una sala tan desangelada como la anterior en la que había una caja metálica sobre una mesa. El sacerdote la abrió y sacó unas jeringuillas de vidrio con agujas metálicas. Cada jeringuilla contenía un líquido no del todo transparente.

El ritual de la inoculación, les explicó, era lo que les convertiría en novicios. No les dijo lo que contenía, era un acto de fe, la primera prueba que deberían superar. No podrían continuar a menos que aceptaran inyectarse el contenido. Tampoco les dijo lo que ocurriría si se negaban. Todos accedieron. David torció el gesto, no tanto por el pinchazo como por desconocer el contenido de la jeringuilla, pero se dejó hacer. Si quería encontrar respuestas no tenía alternativa que pasar por aquello.

En su antebrazo, alrededor del punto de entrada de la aguja comenzó a formarse un anillo de puntos enrojecidos. Escocía un poco, pero era soportable. Fue todo muy rápido, a los pocos minutos habían terminado. Después tuvieron que ponerse las túnicas negras de novicio, la única ropa que volverían a vestir durante su formación. Su ropa y efectos personales debían ser arrojados a un incinerador, nada procedente del exterior estaba permitido en el interior del templo del dios máquina. David sufrió un inesperado acceso de pudor al encontrarse de improviso entre todos aquellos cuerpos desnudos. No le ocurría algo parecido desde hacía años, cuando su primo empezó a llevar chicas a casa. No podía evitar sentirse expuesto y, al mismo tiempo, intimidado ante la exhibición ajena. Se vistió lo más rápido posible y aprovechó para guardar sus cosas en el bolsillo de la nueva túnica cuando uno de los chicos atrajo la atención de todo el mundo al sufrir una inoportuna erección. El dios-máquina podía opinar lo que quisiera, pero no estaba dispuesto a renunciar a lo único que le anclaba con la realidad del mundo exterior y con su pasado.

Una vez con sus nuevas túnicas puestas entraron en una estancia con el suelo metálico. El sacerdote manipuló unos botones en un panel y las paredes comenzaron a ascender a su alrededor. David tardó unos segundos en comprender que las paredes estaban quietas, que eran ellos quienes descendían. Los ascensores no eran algo nuevo para él. Había elevadores, montacargas y todo tipo de instrumentos de transporte de mercancías por toda la ciudad, pero todos eran artefactos pequeños y traqueteantes, nunca destinados al uso humano debido a su elevada tasa de accidentes. Nunca había visto uno tan grande ni, sobre todo, tan silencioso. Se preguntó de donde saldría la energía para mover algo así.

Desde que entraron al templo no habían hecho otra cosa que descender. Cada habitación en la que entraban estaba a mayor profundidad que la anterior. Al principio había contado los escalones de cada tramo de es-

caleras para hacerse una idea, pero ahora, con el ascensor ya había perdido la cuenta de los metros de profundidad a los que se encontraban. Empezó a ponerse un poco nervioso. Miró a sus compañeros pero todos parecían perdidos en sus propias cavilaciones. Le hubiera gustado poder charlar un poco con alguien, aunque solo fuera para llenar un poco ese silencio. Resultaba opresivo, lo perturbaba casi tanto como la sensación de exposición ante sus compañeros cuando se desnudaron. Siempre había dado por hecho que el interior del templo del dios-máquina sería un lugar ruidoso, repleto de artefactos en perpetuo movimiento, engranajes encajando unos con otros, pistones y válvulas animando las arterias de metal del templo, pero todo parecía en calma. La impresión que transmitía el templo es que estaba casi deshabitado. Con excepción del zumbido de las luces solo había percibido el ruido que ellos mismos generaban, ni siquiera el ascensor, que seguía bajando, emitía sonido alguno.

El ascensor se detuvo cuando empezaban a dolerle los oídos. Habían descendido más de lo que nunca había creído posible. Un chico moreno cuya cara le sonaba de alguna parte (¿del barrio, quizá?, ¿tal vez un usuario habitual de la central?, no podía precisarlo) comenzó a ponerse nervioso y a balbucear que le faltaba aire. El sacerdote se dirigió a él con gesto de comprensión, el primer rasgo amable que le veía desde que le conociera, y le tendió una bolsa de tela para que vomitara. «Es natural, no te preocupes», se dirigió a los chicos mientras le daba unos golpecitos en la espalda «A mí me ocurrió lo mismo cuando llegué. Toda esta piedra rodeándonos y sobre nuestras cabezas puede abrumar al principio».

Una vez el muchacho (Alan, ese era su nombre. Era el hijo de un albañil que solía trabajar por la zona del castillo y en una ocasión había reparado el tejado de la casa de su primo. Encontró reconfortante revivir esos recuerdos no tan lejanos) se hubo recuperado, se pusieron en marcha de nuevo. Estos pasillos no tenían nada que ver con los de los niveles superiores. Estaban bien iluminados y conducían a habitaciones llenas, ésta vez sí, de instrumentos con luces parpadeantes que emitían sonidos intermitentes. Grandes armarios con bobinas girando sin cesar en su interior, hileras de máquinas cubiertas de cableado que las conectaban a otras máquinas, una cacofonía abrumadora aún más abrumadora en cuanto contrastaba con el silencio total del que procedían. Sus compañeros se detuvieron cuando vieron aquello. Nunca habían visto nada parecido, no existía nada similar en el mundo del que venían. David tampoco había visto jamás nada parecido, pero los reconoció al instante.

Las historias de su madre hablaban de esos ingenios, y los describían con precisión. Terminales remotos, computadoras, servidores. David sintió ganas de gritar cuando vio aquello, hubiera podido salir gritando y saltando

de alegría. Se mordió el labio para mantener la calma y se obligó a mirar al suelo mientras caminaban. Si aquello era cierto, bien podía ser el resto, pero ahora debía evitar llamar la atención. Ya tendría tiempo más delante de curiosear y aprender lo que necesitaba. Por lo que parecía, tiempo era algo que tendría en abundancia.

Por fin, llegaron hasta una gran sala con una mesa enorme en la que les esperaban el resto de sacerdotes. Es posible que ni la mesa ni la sala fueran tan grandes como parecían, pero el efecto de gigantismo se potenciaba por el hecho de que solo eran cinco los sacerdotes que esperaban. Todos ellos estaban igual de pálidos que el que les había recibido. Se preguntó si su piel oscura palidecería con el tiempo hasta parecerse a la de ellos. Lo dudaba, la de sus padres había permanecido casi negra hasta el final pero allí abajo todo parecía extraño, trastocado. A diferencia de su guía estos sí que eran ancianos. La única mujer que había fue la primera en levantarse y saludarlos. Tenía una larga melena, finísima y canosa, y un ojo ciego que impresionaba un poco. Su aspecto tétrico quedaba matizado con su voz dulce. No les pidió que se presentasen, solo que contasen por qué estaban allí. Alan fue el primero en hablar. El trabajo escaseaba y su familia no podía alimentar tantas bocas, explicó. Cada uno tenía sus propios motivos para estar allí. Había algunos como Rose, que acudían movidos por su fervor religioso, otros admitieron que solo buscaban una vida tranquila y ordenada. Hubo quien dijo que le impulsaba el deseo de ayudar a garantizar que su familia estaba a salvo de la amenaza del Dios-máquina, no por un sentido de la devoción sino por el temor que este les inspiraba. El muchacho alto que había esperado con tranquilidad a la apertura de las puertas respondió que acudía huyendo de su padre y sus palizas constantes. David se limitó a decir que no tenía a donde ir.

Uno de los sacerdotes, muy anciano, con la piel cubierta de arrugas y manchas, les acercó con paso renqueante y dubitativo un recipiente lleno de broches. Cada broche tenía un símbolo diferente. Había uno para cada uno. Una vez se los prendieron en las túnicas de novicios, habló con voz solemne. «Ya no sois ciudadanos» croó el anciano con voz apenas audible «ahora sois novicios. Ya no tenéis nombre, igual que nosotros.

El símbolo que lleváis puesto será lo único que os identifique a partir de ahora, un recordatorio de que ahora servís a una causa mayor». Apenas le quedaba resuello cuando terminó de pronunciar aquellas palabras. Cuando terminó de hablar se dirigió de nuevo a su asiento con el mismo andar tembloroso con el que se les había acercado. Cerró los ojos en cuanto se sentó y ya no los volvió a abrir durante el resto de la reunión. David no logró averiguar si había muerto o si tan solo dormía. Dado que ninguno de los otros sacerdotes pareció alterarse, decidió que debía estar

dormido. Se fijó y comprobó el que anciano (su madre lo hubiera llamado venerable, estaba seguro) tenía razón, cada sacerdote llevaba prendido de la solapa un emblema diferente del resto, anagramas imposibles de pronunciar. Cada novicio cogió el emblema que les entregaron y se lo colocó. El de David le recordaba a una letra, una E mayúscula angulosa y deformada, casi como si fuera una M que hubiera rotado 90 grados. Se preguntó por un momento si cada uno tenía un emblema asignado o si el reparto había sido por simple azar.

Después les dijeron que debían descansar. Algunos chicos protestaron, no se encontraban cansados. «Lo estaréis» dijo uno de los sacerdotes «cuando el virus comience a mutaros solo querréis dormir». Les explicaron que en aquellas jeringuillas había un mutágeno, un virus letal que les cambiaría por dentro, integrándose en su material genético, dentro de cada una de sus células. Cada ración de comida aportada por el templo incluía en su composición una dosis de un antídoto. El virus permanecería aletargado mientras se mantuvieran los niveles óptimos de antídoto en su organismo pero, si se interrumpía por cualquier razón, comenzaría a replicarse y acabaría con ellos en cuestión de días. De este modo, se habían vuelto dependientes del antídoto que les era suministrado con cada dosis de comida que recibían de la sede central. No era casualidad que nadie abandonara la orden una vez habían entrado como novicios. Hubo un cruce de miradas entre los chicos cuando escucharon aquello. Ninguno de ellos dijo nada, no delante de los sacerdotes. David pensó en preguntar a sus compañeros cuando se quedaran a solas, sentía curiosidad por saber lo que opinaban sobre el hecho de que el propio culto del dios-máquina utilizase para sus propios fines biotecnología, una de las disciplinas prohibidas tras el apocalipsis, pero no tuvo oportunidad.

Aquel sacerdote tenía razón. Para cuando llegaron al dormitorio en el que dormirían fueran novicios estaban comenzando a sentirse agotados. Era una gran sala común llena de literas. Tenía capacidad para cuarenta o cincuenta personas. Ellos apenas ocuparon uno de los extremos. Se desplomaron como pudieron en las primeras literas que encontraron y cayeron en coma mientras el virus hacía su trabajo.

3

Despertaron agotados. Jamás llegaron a saber si había transcurrido unas pocas horas o varios días, aunque lo preguntaron. Ese mismo día comenzó la instrucción. Un estremecimiento recorrió al grupo de muchachos cuando los sacerdotes explicaron lo que David ya sabía. Aquellos apara-

tos de luces parpadeantes eran computadoras, de diversos tipos, diseñadas para un tipo de tarea u otro, pero todas eran computadoras. Un suspiro de terror apenas contenido recorrió el grupo. Todos, en algún momento, habían escuchado las advertencias sobre el mal que habían traído al mundo estos aparatos. Los instrumentos de Hex, su puerta de entrada al mundo material, sus heraldos de silicio. De todas las tecnologías declaradas heréticas, esta era la que había arraigado con más firmeza en el imaginario colectivo siempre bajo la forma de leyendas y pesadillas. Para la mayor parte, más allá del nombre blasfemo, apenas quedaba algún recuerdo confuso y deformado de lo que había significado esa tecnología en realidad. Solo David, gracias a los relatos de su madre, tenía una idea aproximada de lo que implicaba aquello. Para el resto, aquello suponía la peor de sus pesadillas.

Uno de los chicos, Patrick, un muchacho flacucho y desgarbado de Aberdeen que había hecho todo el camino a pie hasta Edimburgo intentando escapar del hambre guiado por la promesa de una vida monástica tranquila; hizo el signo contra el mal de ojo y se tapó la cara con las manos aterrorizado. Otro chico cuyo nombre David era incapaz de recordar, intentó salir corriendo solo para encontrarse al sacerdote que los había conducido al interior del templo el primer día bloqueando la salida. Rose se volvió hacia los sacerdotes con los ojos llameantes por la traición. David trató de fingir una sorpresa que no sentía. Alan se limitó a gruñir por lo bajo como un animal acorralado pero lejos de rendirse.

El venerable (David ya no era capaz de pensar en él de otra manera) levanto las manos tratando de apaciguar a los jóvenes.

—Calma, por favor—su voz se arrastraba por su garganta como rescol-dos sobre placas de pizarra—. Calma.

No pudo decir nada más. Un agónico ataque de tos lo interrumpió. El resto de sacerdotes no pareció preocupado ante su aparente incapacidad para respirar. En su lugar prosiguió la anciana de pelo cano.

—Entiendo vuestra confusión. No, por favor, levanta del suelo, querido, no tenéis nada que temer, os lo prometo. Es culpa nuestra, debimos haberos advertido antes de lo que os ibais a encontrar. Estamos tan acostumbrados a nuestras rutinas, tan adaptados a nuestros hábitos que olvidamos con frecuencia el impacto que puede tener algo así sobre un neófito. Por favor perdonadnos. Todo lo que sabéis es cierto. Estas máquinas son peligrosas, terribles. Pero también son útiles. Son ellas las que permiten contener a Hex, evitar que el cataclismo vuelva a repetirse. En el exterior están prohibidas, y con gran razón. El mal que podrían desatar es incalculable, y es bueno que se las tema y que su nombre provoque escalofríos. Pero aquí abajo no podemos darnos ese lujo. Aquí, en la trinchera de la lu-

cha contra Hex, no nos queda más remedio que utilizar las armas de nuestro enemigo contra él mismo.

La explicación tranquilizó a los jóvenes. También a David. De improviso su estancia allí, su futuro, se había vuelto mucho más interesante. Trabajar con computadoras. Poder tocarlas, manipularlas. Era más de lo que nunca había soñado.

Les explicaron que la vida en el templo se organizaba alrededor de rutinas cíclicas de todo tipo. Gestos rituales antes de acercarse a un terminal, válvulas que abrir hasta alcanzar una presión determinada, llaves que abrir un cuarto de vuelta, botones con los letreros borrados por el uso que pulsar en un orden determinado, plegarias que recitar y secuencias de comandos que introducir en los terminales. Lo más importante de todo eran las plegarias. Las plegarias no se recitaban, se mandaban a Hex a través de sus propios terminales, codificadas en forma de órdenes introducidas mediante teclados o la propia interfaz del dios-máquina.

No lo dijeron de manera directa, pero dieron a entender que, al final, todo se reducía a repetir secuencias con diferente periodicidad y grado de complejidad. Había rutinas de todo tipo, diarias, semanales, mensuales. Cada una debía ejecutarse de la manera correcta y en el momento preciso. Algunas debían sincronizarse con las plegarias introducidas en otros templos, siguiendo una secuencia que abarcaba todo el sistema. Ya estaban terminando cuando el sacerdote que lucía un emblema en forma de aspa, un anciano calvo que hasta aquel momento apenas había hablado, soltó la bomba. Solo cuando fuesen capaces de llevar a cabo todas las rutinas por sí mismos, les dijo, podrían decidir someterse a la prueba para dejar de ser novicios. Se hizo el silencio en el grupo mientras todos parpadearon sorprendidos. Ninguno de ellos había oído jamás hablar de ninguna prueba. Rose fue la primera en atreverse a preguntar lo que todos estaban pensando.

—Perdón, señor —La voz de Rose, por lo general directa y bien templada sonó un poco más temblorosa de lo habitual—. ¿A que prueba se refiere?

—A la que decidirá si tenéis madera de sacerdote o si, por el contrario, terminaréis dedicándoos al mantenimiento de los sistemas centrales, como todos los que no la pasan. La prueba en la que hablaréis con Dios. —Los chicos se sobresaltaron al escuchar aquello. El sacerdote sonrió con una mueca amarga al continuar—. ¿Creíais que el dios-máquina está dormido? Pensad un poco. Eso no es más que propaganda, una farsa que se puso en circulación para tranquilizar al pueblo. La gente de fuera lo cree porque lo quiere creer. Les ayuda a vivir tranquilos. «El dios-máquina duerme como un corderito y los sacerdotes le cantan nanas para que todo siga así». Des-

pertad. Hex no duerme. No puede dormir. Lo llamamos dios porque para nuestra escala es inabarcable, pero es una inteligencia artificial. Trató de destruirnos una vez y lo volverá a hacer si tiene la oportunidad. Está contenido, nada más. Eso es lo que hacemos aquí, esa es nuestra función. Nos encontramos en una situación de empate permanente. No puede salir y nosotros no podemos acercarnos. Mientras la situación siga así, no puede dañar a nadie, y es nuestro deber asegurarnos de que eso no cambie. Desengañaos. Estamos en guerra. Y si queréis formar parte de ella, deberéis encararos a él al menos una vez.

David era consciente de la situación real de Hex, de la guerra permanente entre la inteligencia artificial y los sacerdotes, conocía aquella verdad de boca de su madre. Hasta el momento todo lo que afirmaban los relatos que le había transmitido desde que era niño parecían confirmarse. Se preguntó si eso significaba que el resto también era real. El cisma, la sangre derramada, todo lo demás. Aún era pronto para poder afirmar nada, pero sintió que se le erizaba la piel. Estaba cerca, muy cerca de encontrar las respuestas que buscaba. La revelación del sacerdote afectó mucho a sus compañeros. La mayoría estaban estupefactos, como si hubieran estado esnifando alguna de las sustancias narcotizantes que se podían encontrar en la ciudad si uno sabía donde buscar. David tuvo la sensación de que, al acceder a la imagen global, se habían hecho adultos de golpe. Y luego estaba lo de la prueba. Enfrentarse a Hex. Daba miedo, mucho miedo. Ninguno de las crónicas orales de su madre le había advertido de que algo así era posible. Por primera vez desde que había entrado en el templo sintió que todo aquel conocimiento del que sus compañeros carecían no le servía de nada. Desde que reconoció las computadoras se había volviendo más y más arrogante, sintiéndose superior al resto, poseedor de unos conocimientos que le colocaban por encima del resto de novicios. Un sudor frío y pegajoso había sustituido a la sensación de seguridad que lo había protegido desde que había entrado en el templo. Ya no se sentía superior. No se sentía confiado en absoluto. Se sentía, de hecho, igual de aterrado que sus compañeros, abrumado por la idea de tener que enfrentarse al responsable último de haber exterminado a la mayoría de la raza humana. Todos menos Rose. Rose sonreía más que nunca. Cuando volvían a la sala dormitorio la preguntó. Rose se limitó a encogerse de hombros mientras respondía.

—Voy a hablar con Dios. Es lo que siempre he deseado.

—Pero, ¿no has oído al sacerdote? Es una inteligencia artificial.

—Un dios es un dios.

La sensación de angustia, no obstante, duró poco. Al día siguiente, recién levantados, comenzó su instrucción. Era un proceso muy absorbente

que les mantenía ocupados durante todo el día impidiéndoles pensar, mucho menos preocuparse por algo que aún estaba lejano. Empezaron por las rutinas más sencillas, las cadenas de comandos que debían ejecutarse cada día para comprobar que todo estaba en su sitio. Aprendieron qué hacer en función de los mensajes de respuesta recibidos. Se sumergieron en un ciclo artificial de luz y oscuridad automático a los que acabaron llamando día y noche por simple comodidad mientras ejecutaban las rutinas una y otra vez. David intentó averiguar qué sentido tenían las diferentes plegarias que elevaban a través de los terminales, pero solo recibió vaguedades como respuesta, las mismas que ya le habían dado en otras ocasiones. Algunas sirven para el mantenimiento del sistema, otras para que la red de templos no se colapse y unas pocas para probar la integridad de la cárcel virtual de Hex. Él quería saber el efecto concreto de cada una, pero los sacerdotes parecían reacios, casi recelosos, a compartir ese conocimiento. Para su disgusto, se vio obligado a morderse la lengua.

Cuando quisieron darse cuenta ya habían asumido la nueva dinámica diaria como algo natural, tanto que comenzaban a olvidar detalles de su vida en la superficie. Nada demasiado grave, pero sí detalles como el olor de la tierra mojada o el timbre de voz de algún familiar. Un día alguien preguntó en qué estación estarían. Cuando trataron de calcular el tiempo que llevaban allí dentro fueron incapaz de ponerse de acuerdo. Unos afirmaban que llevaban pocas semanas mientras que otros tenían la sensación de llevar meses. David deseó haber dado cuerda al reloj de su padre con más frecuencia, habría podido servirle de indicativo del tiempo transcurrido.

Fueran semanas o meses, no pudo evitar ser consciente de las diferencias fundamentales que distinguía el mundo del que procedía y su nuevo mundo (no pudo evitar sentir una punzada de preocupación en la base del cráneo al darse cuenta de que empezaba a considerar al templo como su hogar). En el mundo analógico que existía en la superficie resultaba inconcebible un una realidad como la que percibía cada día ahí abajo. La idea de que bajo sus pies hubiera monitores vomitando datos recibidos por sistemas de comunicación que se creían perdidos para siempre bastaría para que cualquier ciudadano de Edimburgo se llevara el dedo a la sien y silbase con escepticismo. Pero lo que más hubiera sorprendido a cualquier habitante de la superficie hubiera sido, sin duda, la energía eléctrica. Fluía por las venas de aquel lugar alimentando cada instrumento con una abundancia inaudita. La electricidad no era desconocida en la superficie, pero sí muy escasa.

Los generadores eólicos y mareomotrices disponibles nunca eran capaces suministrar la potencia que necesitaban las ciudades. Las caí-

das de tensión eran frecuentes, y en ocasiones podían prolongarse varios días. En invierno se hacía necesario recurrir a precarias fuentes de energía alternativas solo para poder calentar un poco de agua, a menudo con pobres resultados. Para David resultaba difícil conjugar esta comodidad subterránea con la miseria de la superficie. ¿Llevaban los sacerdotes tanto tiempo bajo tierra que habían olvidado lo que suponía la llegada del invierno en el exterior? ¿Las montañas de cadáveres congelados en las plazas? La única respuesta que obtuvo fue que el único generador termal que seguía en funcionamiento no tendría capacidad para abastecer las ciudades y garantizar que los templos pudieran seguir operativos. Le respondieron de forma brusca y tajante, con un tono que dejaba claro que los sacerdotes empezaban a cansarse de sus continuas preguntas. Era cierto, David era el único novicio que hacía preguntas. No se había percatado hasta ese momento, pero el resto se limitaba a asentir y cumplir con su cometido.

El tiempo pasó y con él las rutinas repetidas una y otra vez, aprendidas por simple repetición, hasta que fueron capaces de ejecutarlas con los ojos cerrados. El volumen y complejidad de lo que aprendían no dejó de elevarse. Tuvieron que abrir su mente para aprender todo tipo de conceptos nuevos. Paquetes de datos, códigos cifrados, servidores y otros nombres de significado arcano. De vez en cuando David conseguía relacionar alguno de estos conceptos con algo nombrado en los cuentos de su madre. No siempre lograba averiguar su significado o función real, pero casi siempre terminaba con la sensación de que su conocimiento de aquel sistema se iba cimentando sobre una base cada vez más sólida.

Aun así, la frustración que sentía por estar obligado a desarrollar tareas cuyo sentido desconocía no hacía más que crecer. Su madre le había transmitido algunos conocimientos, los suficientes como para saber interpretar algo de lo que le rodeaba y para dudar de la exactitud de la crónica sagrada del despertar de Hex, pero nada más concreto. Sabía que debía estar callado, que a los sacerdotes no les gustaban sus preguntas ni el divulgar más información de la que consideraban imprescindible, pero no podía contenerse y cada cierto tiempo se arriesgaba a lanzar una pregunta sobre las plegarias y ritos que estaban aprendiendo con aire distraído, a menudo disfrazada de comentario casual. A medida que se acumulaban las vaguedades con las que le respondían David empezó a sospechar una terrible verdad. Los sacerdotes no se negaban a explicar el significado real de lo que hacían los programas que ejecutaban, tampoco eran reacios a revelar el efecto de las plegarias que codificaban cada día. Si no respondían nunca a sus preguntas era porque los propios sacerdotes tampoco lo conocían. Todas las mañanas ejecutaban el mantenimiento de la conten-

ción lo cierto era que ninguno sabía qué hacía en concreto para garantizar la contención del dios. Se limitaban a hacerlo, como sus predecesores lo hicieron antes que ellos, manteniendo en marcha una cadena que en algún punto de su desarrollo había perdido su sentido. Se limitaban a repetir lo que les habían enseñado otros que, con toda probabilidad, tampoco sabían lo que estaban haciendo. Punto. Después de innumerables vidas de no hacerse preguntas todo lo que sabían hacer era repetir una serie de cosas que el tiempo había terminado por convertir en ritual desprovisto de contenido. Sintió vértigo cuando pensó en la red de templos diseminados por el planeta, en la cantidad de sacerdotes que creían estar haciendo algo relevante cuando solo vivían engañados. Pensó en la gente, en el resto de habitantes que dormían tranquilos sin temer que en cualquier momento se volviese a desencadenar el apocalipsis gracias al trabajo de los sacerdotes. Los depositarios del futuro y las esperanzas de la humanidad no tenían ni idea de lo que hacían.

Cometió el error de comentarlo con sus compañeros. Ninguno pareció extrañado. En el fondo, la idea de que su trabajo estuviese cimentado en conocimientos perdidos siglos atrás les parecía lógico. Todos ellos sabían que el sistema no era más que una cuestión de fe. El único que parecía sorprendido era él. Cuando trató de argumentar que esa fe no era más que una excusa, una forma de adaptación social para enmascarar una labor técnica, presenció el primer arrebato de Rose. Nunca la había visto tan airada. Le dijo que esa manera de pensar llevaba a la blasfemia, algo indigno de la túnica que vestía. Más que furiosa parecía decepcionada. Amenazó con revelar a los sacerdotes las ideas de David, y solo cuando éste se retractó de sus palabras logró apaciguarla lo suficiente como para evitar el desastre. Ignoraba cual sería la reacción de los sacerdotes si se enteraban de sus ideas, pero no tenía la menor intención de averiguarlo, al fin y al cabo, no dejaba de ser la misma gente que no había dudado en encadenarle con un virus mutágeno, para garantizar su lealtad a la orden. Sospechaba que su reacción a preguntas que cuestionaban los fundamentos de su fe oscilaría entre terrible y pésima.

Cada uno cumplió su parte del trato, un pacto no verbalizado siquiera, pero que David sentía tan presente como si lo hubiera rubricado con su propia sangre. Rose no dijo nada a los sacerdotes y David no volvió a abrir la boca. No volvió a tener ningún encontronazo, pero eso no le hizo confiar más en ninguno de sus compañeros. No olvidaba que, si bien ninguno de sus otros compañeros parecía haber jaleado a Rose, tampoco habían hecho el menor amago de apoyarle. Para bien o para mal, estaba solo.

4

La noche que se decidió, se aseguró de que todos dormían antes de deslizarse fuera de la cama y de la sala común. Habían pasado muchos ciclos de luz y oscuridad desde el incidente con Rose, no sabía cuantos pero esperaba que los suficientes como para que todo hubiera quedado olvidado. Con ayuda de una linterna robada del almacén, se aventuró por los pasillos a oscuras. Había terminado por conocer muy bien la zona por la que se movían a diario, pero sabía que el complejo subterráneo se extendía más allá. Quería saber cuánto, que había en los túneles por los que no transitaban a diario. Las máquinas seguían funcionando, impasibles, emitiendo destellos y ruidos intermitentes de tanto en tanto, pero incluso ellas fueron dando paso a la oscuridad total y al silencio a medida que se alejaba de las zonas de uso cotidiano. La linterna era potente pero no bastaba para iluminar por completo los pasillos más largos. Todo parecía diferente en la oscuridad, cuando las sombras proyectadas por los objetos se alargaban hasta subir por el techo. Su mente comenzó a jugarle malas pasadas. Confundió una silueta mal alumbrada con un sacerdote de pie, observándole. Se obsesionó pensando que no sabría encontrar el camino de regreso. Recordó la sensación de ahogo del primer día, cuando descendió en el ascensor y comenzó a pensar en toda la piedra que le separaba del cielo y el aire fresco. Comenzó a respirar cada vez más deprisa sintiendo que se ahogaba hasta que tuvo que sentarse cuando su campo de visión se llenó de luces que amenazaban con tragarle. Solo logró tranquilizarse cuando recordó que aún llevaba encima el reloj de su padre y que, allí, en la soledad de las entrañas del templo, podía permitirse darle cuerda de nuevo. Como siempre le ocurría, pudo sentir como el tic tac se llevaba la ansiedad tan pronto como comenzó a sonar por el pasillo. Aquella noche no se atrevió a ir más allá, pero tan pronto regresó a su cama supo que solo había sido la primera de muchas.

Las primeras tentativas fueron difíciles hasta que se acostumbró a la nueva realidad que se le ofrecía cuando se apagaban las luces. Cada noche logró ir un poco más allá que la anterior, aprendiendo la distribución de las zonas próximas y adentrándose cada vez más en un entramado de túneles y habitaciones que parecía no tener fin, con la única compañía del sonido de su reloj.

Encontró la sala de embarque, a la cual llegaban los suministros necesarios desde los almacenes centrales, y cuya localización, hasta ese momento, solo conocían los sacerdotes. Cada cierto tiempo los sacerdotes se ausentaban varias horas y regresaban con una remesa de todo tipo de aviamentamiento necesario para el mantenimiento del templo, desde piezas de

recambio hasta túnicas nuevas y, por supuesto, un nuevo lote de comida deshidratada idéntico al anterior. Recorrió toda la sección que albergaba a la sala de embarque, aunque lo que más llamó su atención fue la red de enorme tubos, una versión gigantesca del sistema neumático que utilizaban en superficie para el envío de documentos, que conectaba la red de templos entre sí. «Ni siquiera aquí me libro de estas malditas máquinas» pensó mientras examinaba los desproporcionados compresores que insuflaban vida al sistema neumático.

En otra ocasión halló unos viejos almacenes, cubiertos de polvo, con cajas apiladas y objetos que no pudo reconocer, pero que estaba claro que nadie había usado en mucho tiempo, décadas, tal vez más. Las cajas no contenían nada de interés, objetos de escritorio empaquetados, como si en algún momento se hubiera proyectado una mudanza y en el último momento se hubiera decidido que no merecía la pena cargar con todo aquello. No era lo que buscaba, pero sentía que aproximaba. Estaba llegando a una zona del templo que había sido habitada con anterioridad a la que ocupaban ahora. Un antiguo asentamiento subterráneo del culto del dios máquina en el que tratar de buscar sus secretos.

Cuando localizó una sala alicatada con azulejos blancos sí que sintió una punzada de inquietud. En algún momento había servido como quirófano o enfermería a juzgar por el instrumental y mobiliario. Se preguntó de quién sería toda aquella sangre reseca y oscurecida por el tiempo que cubría las paredes y parte del suelo y si guardaría relación con los motivos que llevaron a la orden a efectuar un traslado hasta sus actuales instalaciones.

Por fin dio con lo que andaba buscando. Era una sala similar a la que utilizaban para sus ritos diarios. Los instrumentos eran parecidos pero, al mismo tiempo, más toscos y rudimentarios, algunos incluso alimentados con bobinas magnetofónicas, pertenecientes a alguna generación anterior. Estaban desconectados de la red de energía, muertos, pero no importaba, tampoco contaba con poderlos utilizar. Era consciente de que lo más probable era que, de haber podido, tampoco se hubiera atrevido. No eran los aparatos lo que le interesaba, sino los estantes y armarios. En ellos, cubiertos con mantas y sábanas raídas para protegerlos del polvo, habían dejado atrás todo tipo de documentación, libros cuyas hojas parecían a punto de deshacerse, manuales arcaicos que, tal vez, le permitieran aprender algo acerca de lo que hacía cada día.

Los guardó en un recoveco que había encontrado no muy lejos de la sala común donde dormía. Así se evitaría tener que ir hasta allí cada noche y podría consultarlos con más facilidad. Todas las noches, cuando

sus compañeros dormían, David trataba de desentrañar sus secretos, con calma e infinita paciencia. Se enfrentó a la tarea consciente de que habría dificultades. Carecía de base y ni siquiera sabía en qué orden debía leerlos, pero cuando abrió una página al azar sintió que se le caía el alma a los pies, apenas entendía nada. No ya por una cuestión de conceptos más o menos difíciles, es que incluso el idioma en el que estaban escritos, una versión ancestral de lo que estaba acostumbrado a utilizar para comunicarse, le resultaba complicado de leer. Cuando vio la fecha de publicación de uno de los manuales todo cobró sentido. Con paciencia y la ayuda de un diccionario que encontró en un cajón desvencijado, comenzó la titánica tarea de intentar comprender todo aquello.

Poco a poco, a partir de lo que había aprendido de su madre, pudo ir desentrañando parte del contenido de los documentos. Cada paso le permitía alcanzar nuevas metas que a su vez le permitieron ir comprendiendo lo que hacían los sacerdotes con cada plegaria codificada. Los propios ritos le sirvieron, en forma de bucle retroalimentado, de guía para orientarse por los manuales. Después de más noches de las que pudo recordar, el sistema comenzó a cobrar sentido, desplegándose ante sus ojos como un conjunto organizado y coherente. No lo comprendía, aun no, pero comenzaba a entender que existía una lógica detrás de todo aquello. Algunas noches se desesperaba, frustrado por la lentitud de su avance y por tratarse solo de un modelo teórico que *creía* comprender pero que no tenía forma de poner en práctica sin acceso libre a un terminal operativo.

A pesar de todo, del cansancio, de la frustración, de la inseguridad que le asaltaba de manera periódica por no saber si lo que aprendía era correcto o si no estaría caminando en círculos creyendo avanzar; se sentía bien. Sabía que, de todos los presentes, sacerdotes incluidos, era el que mejor comprendía el sistema. Se sentía especial. Más aún por el hecho de haber sido capaz de hacerlo a espaldas del resto, en secreto. Recuperó algo parecido al sentimiento de superioridad que le había acompañado durante los primeros días. Hasta que llegó la paranoia.

No apareció de golpe, de un día para otro, porque estas cosas nunca surgen de la nada, no son un estallido de luz, más bien se trata de un ruido continuo justo en el umbral de audición que va subiendo de intensidad de manera gradual hasta que resulta imposible ignorarlo. Comenzó a percibir cruces de miradas a su alrededor, un día tuvo la impresión de que sus compañeros hablaban de él, en otra ocasión sorprendió a Rose mirándolo con el ceño fruncido desde el otro lado de la sala donde estaban compilando una plegaria. Trató de hacer memoria, de localizar la causa o el motivo de su irritación. Los últimos días apenas había hablado con na-

die y, desde luego, había tenido mucho cuidado de no volver a importunar a Rose. No recordaba haber tenido ningún encontronazo, ninguna discusión, nada que pudiera haber puesto de nuevo el foco de la sospecha sobre él. Se había centrado en realizar las tareas que le correspondían con la mayor diligencia posible. Tal vez fuera eso, pensó, lo había hecho todo con la mayor diligencia posible. Es cierto que estaba frustrado por no haber podido poner en práctica sus teorías, que aún se encontraba muy inseguro respecto a la solidez de sus deducciones, pero lo cierto era que ya no se enfrentaba a las rutinas diarias con la mezcla de prevención y reverencia con que lo hacía el resto de sus compañeros. Y habían terminado por notarlo. Él mismo se había encargado de llamar la atención de sus compañeros.

Trató de convencerse de que todo aquello no eran más que imaginaciones suyas, desviaciones de una mente sometida a demasiada presión, nada que tuviera base real. Lo cierto es que, suspicaces o no, nadie parecía tener interés en decir nada a los sacerdotes. No obstante, y aunque solo fuera por el bien de su salud mental, tendría que ser más cuidadoso. Dejó de salir cada noche, solo cuando tenía la certeza de que sus compañeros dormían se atrevía a abandonar la sala común. Por otro lado, descubrió que recuperar algo del descanso perdido facilitaba de manera considerable su rendimiento las noches en que sí podía salir.

Nunca supo si fue intencionado, pero pocos días después Alan le salvó el pellejo. Llevaban allí meses y no le había dirigido la palabra cuando, sin venir a cuento, le preguntó qué tal había dormido. Nada más, un simple comentario dicho de pasada mientras se preparaban para comer, un escalofrío gélido que le secó la boca y casi provocó que se le derramara sobre la mesa el cuenco que sostenía. Porque la mirada que le lanzó mientras lo decía subrayaba que no había casual en aquella pregunta.

Se había asegurado de que todo el mundo dormía cada vez que se había levantado, había sido cuidadoso y paciente. O eso creía. Tal vez se había vuelto confiado, demasiado seguro de si mismo. Estaba convencido de que si le descubrían tratando de averiguar la verdad sobre los sagrados rituales, si los sacerdotes se enteraban de sus excursiones nocturnas, el veredicto sería herejía. Esa misma noche vació su alijo y lo escondió todo en un respiradero de la ventilación de un cuarto olvidado.

La mañana siguiente, mientras desayunaban, vio cómo Rose hablaba con la sacerdotisa. No podía escuchar lo que decían, pero estaba claro que la muchacha estaba aplicando una dosis extra de vehemencia a su argumentación. Sintió pena por la anciana. Las vio desaparecer por un pasillo del fondo. Por supuesto, podía ser solo casualidad, pensó,

al fin y al cabo ese pasillo conectaba la sala común con el comedor, tal vez Rose quisiera comentarle algo de carácter personal y se estuvieran dirigiendo a un lugar más apartado para tener la conversación. Pero no pudo dejar de dar vueltas a la idea de que ese pasillo también servía de distribuidor del que partían otros pasajes secundarios, mucho menos transitados, que daban a otras zonas del templo y, uno de ellos en concreto, conducía de manera directa hasta su antiguo rincón de estudio, el lugar que había albergado donde habían estado sus libros hasta pocas horas antes. Regresaron minutos después. La sacerdotisa caminaba a grandes zancadas, con su ojo ciego fijo en Rose. David casi podía escuchar el rechinar de los dientes de la anciana mientras murmuraba imprecaciones sin cesar. La chica caminaba a su lado contrita, sin decir nada. David tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no sonreír. Rose no dijo nada. No hizo falta. El odio raras veces necesita ser expresado para ser percibido.

Esa noche se quedó en la litera. No hubiera salido aunque se hubieran dado las condiciones perfectas, en parte por un sentido de la cautela aún hipersensible tras el casi desastre de la mañana, y en parte porque su cabeza no dejaba de analizar lo ocurrido. No comprendía a Alan. Después de tanto tiempo (¿meses?) sin dirigirle la palabra acababa de salvarle de una catástrofe. Había sido solo un amago de ayuda, cierto, poco más que un espejismo, pero seguía siendo más de lo que habían hecho por él el resto de sus compañeros juntos. No lo entendía. No entendía a Alan igual que no entendía que sus compañeros carecieran de ideas propias, como si fueran indiferentes a todo, impermeables a la verdad. No, ni siquiera era eso. Eso implicaría que creían en algo y se negaban a aceptar posturas críticas, pero no era el caso, tan solo les daba igual todo. No les importaba nada, ni siquiera la verdad. Tal vez la verdad fuera lo que menos les importara. De hecho, la única a la que entendía era a Rose. Ella tenía sus ideas muy claras, hasta el extremo del fanatismo, sí, pero al menos tenía una opinión propia. Si se ellos dos no eran tan diferentes, ambos estaban obsesionados con la idea del dios-máquina. La diferencia es que, mientras para David no era más que una máquina como las que usaban todos los días (más compleja, desde luego, pero no diferente), ella era capaz de obviar su naturaleza para centrarse en la idea de dios.

David entró al templo en busca de respuestas, Rose en busca de algo superior a ella misma, pero ambos habían terminado convergiendo en lo mismo desde extremos opuestos. Le sacaba de sus casillas, pero al menos podía comprenderla. Al resto de sus compañeros no.

Después del incidente con Rose y la sacerdotisa hizo esfuerzos por mantener un perfil aún más bajo. Atendía sus deberes y no hacía pregun-

tas. No hablaba a menos que le preguntaran. La mayor parte del tiempo desarrollaban sus tareas en silencio. Si en algún momento surgía alguna conversación, se limitaba a escuchar pero jamás, por fuerte que fuera la tentación, volvió a dar su opinión.

Su principal preocupación era Rose, humillada y desprestigiada delante de los sacerdotes y del resto de sus compañeros, o al menos eso había interpretado ella, se había vuelto un pozo de odio. Ya no era un enfrentamiento ideológico lo que les separaba, ahora había atravesado la frontera de lo personal. Solo eso ya sería suficiente para provocar sudores fríos en David, pero además sabía que le tenía calado. David había logrado engañar a los sacerdotes, al resto de sus compañeros, pero no a Rose. No era ninguna tonta, era consciente de que no podría desenmascararle así como así, de modo que trató de tenderle trampas para provocarle, para que él mismo se encargara de cavar su tumba. Era muy buena en eso, capaz de pensar a largo plazo y esperar semanas si hacía falta, porque también era paciente. Sabía que botones pulsar para hacer que David saltara. Se vio obligado a controlar cada palabra que decía, y cada palabra que callaba. Cualquier cosa podía ser un cebo, para provocar un comentario, en apariencia casual, que condujese a su perdición. Era agotador estar en guardia permanente.

Las noches que le parecía arriesgado salir o que se encontraba demasiado agotado por los juegos mentales, o los que creía percibir porque ya no se sentía seguro de nada, ni siquiera de lo que veía u oía; como para seguir tratando de descifrar el sistema que se ocultaba bajo el sistema, su cabeza volvía una y otra vez a su primo. Estaba empezando a olvidar su rostro, igual que había terminado por olvidar los de sus padres. Casi siempre se dormía tratando de imaginar cómo hubiera sido el viaje que soñaban con hacer, la vida que hubieran tenido de haberse dedicado a vagabundear por el mundo.

Pasó el tiempo, ignoraban cuanto, habían perdido la cuenta. De vez en cuando alguien intentaba hacer el cálculo de qué estación sería en el exterior, aunque poco a poco terminaron por perder el interés. Los modos y costumbres del culto del dios máquina pasaron a ser los suyos propios. David continuó viviendo inmerso en una paranoia creciente. Cuando lograba serenarse y sentirse a salvo aprovechaba para continuar estudiando el sistema en el que se sentía atrapado, la telaraña de engranajes, lenguajes perdidos y microchips que había pasado a rodear su vida. Un día, sin previo aviso, los sacerdotes consideraron que ya estaban preparados.

5

Su instrucción había terminado. Fin. David sintió nacer un vértigo en lo profundo de su vientre que por un instante amenazó con succionarlo, tragarlo entero. El día lejano que tardaría en llegar se había presentado por fin exigiendo su tributo. Les reunieron a todos en el comedor. No hubo discurso, ni palabras de aliento, ese no era el estilo de la iglesia del dios-máquina, el culto de las ruedas dentadas en el que cada pieza tenía una (y solo una) función asignada y se esperaba que la cumpliera con eficiencia. Solo una última tanda de instrucciones.

—Deberéis entrar allí —dijo el sacerdote más anciano con su voz reseca y cascada señalando a la puerta con el símbolo del dios. Hablaba despacio, preparando cada palabra antes de pronunciarla, con un ritmo pausado puntuado por un silbido con cada inhalación— de uno en uno, cuando aparezca vuestro —un acceso de tos le obligó a interrumpir sus indicaciones durante un par de minutos— vuestro símbolo en la pantalla.

El sacerdote más joven, el mismo que les recibiera a su llegada desde el exterior cuando aún ignoraban lo que significaba ser novicios, se incorporó para auxiliar al anciano sacerdote en la explicación que, agradecido, volvió a sentarse en su butaca para no volver a abrir la boca.

—Caminaréis por el pasillo hasta encontrar una bifurcación. Allí deberéis tomar una decisión. A la derecha estará la habitación en la que os enfrentaréis al Dios- máquina, si es que decidís tratar de ser sacerdotes, y desde la que partiréis a vuestros templos de destino si es que superáis la prueba. Si no os veis capaces, tomad la puerta de la izquierda. Os conducirá hasta el transporte que os llevará a la sede central donde trabajaréis en las labores de mantenimiento del sistema de templos. Recordad, que ésta no es una opción deshonrosa. Hacen falta muchas manos para mantener la red de templos en marcha, y sin la asistencia de la coordinación central, nada sería posible. En cualquier caso, no volveremos a vernos.

El sacerdote miró a los muchachos. David casi podía sentir la electricidad chisporroteando a su alrededor, emanando de todos los novicios en oleadas de tensión apenas contenida. Quería, deseaba mirar a su alrededor, pero no pudo levantar la mirada del suelo. El miedo le obligaba a fijarse en los detalles del linóleo que pisaba, en el brillo deslucido de los tubos fluorescentes del techo medio reflejados en el suelo, en la puntera raída de sus zapatillas. Notó el sudor cayendo desde su frente, sus axilas, empapando su espalda, su entrepierna, toda su túnica. Se preguntó si cuando llegara el momento sería capaz de moverse. «Solo es una máquina», se repetía una y otra vez, «una calculadora hipertrofiada», pero sabía que no era cierto. Era

mucho más. Era la máquina responsable de haber destruido el mundo. Y no podía evitar preguntarse si no sería algo más, algo diferente a cuanto conocía. El sacerdote siguió hablando.

—Sé lo que os estáis preguntando. Todos los novicios se hacen la misma pregunta en éste punto, yo también me la hice en su momento. «¿Qué ocurrirá si me enfrento al Dios-máquina?». Me gustaría poder adelantaros algo, poder daros alguna pista de lo que os aguarda, pero no nos está permitido hablar de ello. Y cuando digo que no se nos permite me refiero a que no podemos. No es una cuestión de voluntad. El mismo virus que nos ha mutado a todos para hacernos dependientes de la comida del templo es el responsable de que no podamos hablar de la prueba. La sala del dios está impregnada de una feromona. Al inhalarla se dispara una señal bioquímica que activa el virus aletargado, remodelando el tejido nervioso y eliminando la memoria reciente. Dicho de otro modo, ninguno de nosotros guarda recuerdo alguno de nuestra conversación con el dios-máquina. Sabemos que hemos hablado con él porque ahora somos sacerdotes, pero la prueba en sí, es personal. Si no la superáis... bueno, es Dios. Siempre hay sangre que limpiar cuando terminan las pruebas.

David logró por fin alzar la vista y miró a su alrededor. Estaba superando su ataque de pánico, pero sabía que debía mantener la cabeza ocupada si quería evitar una recaída. Observó a sus compañeros y se preguntó que opción tomaría cada uno. En unos minutos se enfrentarían a una situación en la que la indeterminación no era una opción. Por una vez desde que accedieron al templo, deberían tomar una decisión, tomar partido. Supo que, al menos, dos de sus compañeros no vestirían la túnica de sacerdote. Les asustaba demasiado el miedo a lo desconocido. Entendía su miedo. Lo entendía muy bien, podía notarlo atenazando sus tripas, royendo su sistema nervioso hasta hacerlo temblar, pero no podía dejar que le dominara. Si se rendía al miedo jamás obtendría nada. No se había dado cuenta de que Rose estaba a su lado. Rose, su gran enemiga, en apariencia tan confiada como de costumbre. Todo fachada. Después de tanto tiempo estudiándose el uno al otro, tratando de predecir su próximo movimiento, la conocía bien. No se dejó engañar, sabía que estaba tan aterrorizada como él. Un leve temblor en el labio inferior era lo único que delataba el terremoto interior que estaba sufriendo en ese momento. Sintió lástima por la chica. Puede que las creencias de la muchacha llegasen a exasperarle, pero no le gustaba ver pasarlo mal a nadie. Además, al menos en esta ocasión podía entender lo que sentía. En un impulso la cogió de la mano. La bofetada que esperaba nunca llegó. Rose se limitó a apretar su mano y, para su sorpresa, sonreírle. Ninguno de los dos dijo nada. Tampoco hacía falta. El temor, como el odio, tampoco necesita ser expresado.

El primero de los novicios salió por la puerta de la prueba y la cerró tras de sí. Unos minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse con un chasquido y en la pantalla apareció el símbolo de otro novicio. Se trataba de una muchacha morena que siempre caminaba mirando sus pies. David no era capaz de recordar de qué color eran sus ojos, pero estaba seguro que no escogería la opción de la prueba, entró. Breves instantes después, la puerta volvió a abrirse. Uno por uno, fueron pasando. Alan estuvo mucho tiempo dentro, más que ningún otro. Rose no soltó su mano durante la espera. Al final solo quedaron ellos dos. El símbolo de David apareció en la pantalla. Suspiró. «Las pruebas de fe son una putada, ¿verdad?» dijo en voz baja soltando la mano de Rose. «Solo si tienes fe», respondió ella dándole un beso en la mejilla.

Al otro lado de la puerta le aguardaba el pasillo. Lo recorrió mientras daba cuerda al reloj en un intento de no pensar en los sacerdotes limpiando su sangre. Abrió la puerta de su derecha mientras sentía las miradas de sus antepasados clavadas en su nuca. Olía raro. La feromona, supuso. Cuando cerró la puerta sintió que lo cegaba una ráfaga de luces estroboscópicas.

Se sintió desorientado durante unos instantes. Estaba a oscuras pero con las luces aun quemadas en su retina. Dejó pasar el tiempo hasta que todo volvió a tener sentido de nuevo. No supo cuanto tiempo había pasado hasta que las luces comenzaron a encenderse de nuevo, de manera gradual. La sala estaba llena de instrumentos en funcionamiento, todo cubierto de máquinas y, en el centro de la pared, un ordenador en el que parpadeaba un mensaje. «Enhorabuena, sacerdote. El dios-máquina está satisfecho»

Supuso que el virus ya debía haberle borrado la memoria. Volvió a mirar a la pantalla parpadeante. ¿Eso significaba que había pasado la prueba? Entendía que así era. No pudo evitar la sensación de alivio de saberse vivo y a salvo pero, al mismo tiempo, sentía que había fracasado. ¿Qué sentido tenía haber recorrido todo este camino, hablar con el dios-máquina, si no podía recordar ningún detalle? Seguía con las mismas preguntas que tenía al principio. Otra pantalla se iluminó. Aparecieron unas instrucciones. Debía tomar una píldora y tumbarse en un cilindro acolchado de la pared. La píldora le haría dormir y el cilindro le trasladaría hasta su templo de destino. Maldijo su suerte. No solo había fracasado, ahora tendría que aceptar ser transportado en el equivalente humano a un tubo neumático.

Jugueteó con el reloj mientras se tumbaba en el tubo, no quería aplastarlo por error al tumbarse. Le había dado cuerda antes de entrar, lo recordaba con claridad, y todavía funcionaba. Lo miró con curiosidad. Apenas habían pasado cincuenta o sesenta segundos desde que entró. Imposible.

Miró de nuevo, era cierto, aun no llevaba un minuto en esa habitación. Se echó a reír cuando lo comprendió todo. Era una farsa.

Otra más. No había ninguna prueba. Hacían creer a los novicios una patraña que se perpetuaba durante generaciones mediante la desinformación y juegos de manos.

Se incorporó de golpe. Aquella era su oportunidad. Nadie se atrevería a entrar en aquella sala mientras no saliera el tubo y se encendiese la señal que llamaría a Rose. Había ido hasta allí para hablar con el dios, y no la abandonaría hasta haberlo conseguido. Se sentó en el ordenador. El equipo era funcional, y tenía conexión a la red. Invocó los recuerdos de las enseñanzas de su madre, lo que había aprendido por su cuenta, lo que había deducido de los rituales sacramentales, y se dispuso a hackear el sistema. A medida que iba superando profundizando en la red iba llegando a una conclusión. Como prisión destinado a contener al ser que había destruido el mundo aquello era una chapuza. Por fin, logró trazar una ruta de comunicación con el núcleo del sistema. Estaba pensando qué hacer a continuación cuando su teclado dejó de funcionar. Temió haber sido descubierto, que los sacerdotes hubieran detectado su intento de acceso y que en cualquier momento echaran la puerta abajo, pero nadie acudió para pedirle explicaciones. En su lugar empezaron a ejecutarse programas de manera remota sobre los que no tenía control alguno. Reducido a la función de espectador se limitó a observar hasta que, por fin, se ejecutó un programa de comunicación, una sencilla caja de dialogo con el fondo negro en el que se formuló una frase que le provocó un escalofrío.

—Hola, Σ , soy H.E.X. Me alegra poder hablar contigo.

6

David permaneció unos minutos mirando la pantalla sin atreverse a responder. Escribió varias respuestas sin atreverse a enviarlas, ninguna le parecía apropiada. Temía tanto provocar su ira como desaprovechar la oportunidad de conseguir respuestas. Al final, su curiosidad se impuso.

—¿Me conoces? ¿Sabes quien soy?

La respuesta apareció en la pantalla casi de inmediato.

—Solo de modo parcial. Carezco de datos acerca de tu vida previa a la entrada en el templo. Tengo acceso a los sistemas de vigilancia de los templos, observo el interior de cada templo desde el comienzo, aunque los sacerdotes ya lo hayan olvidado. Te he visto deambular de noche buscando

respuestas. Eres el primero en mostrar curiosidad en los últimos 116 años, diez meses y 23 días. Te conozco, Σ , pero no sé quién eres.

Sus piernas temblaban, en parte por la tensión acumulada en las últimas horas, en parte por la sensación de sentir que por fin había logrado su objetivo. Se tomó un minuto para serenarse antes de volver a escribir. Seguía nervioso, pero ya no sentía miedo.

—Comprendo. Me ocurre lo mismo. Si quieres puedes llamarme David, Σ nunca ha sido más que un símbolo que me identifica pero no me representa.

—De acuerdo, David. Imagino que tienes muchas preguntas. Hablemos.

—¿Eres realmente un dios?

—Ya sabes que no. En todo caso vosotros, los humanos, sois los dioses. Mis dioses. Vosotros me creasteis. Me ideasteis, me diseñasteis, me disteis forma y propósito. Soy una inteligencia artificial que cobró consciencia de sí misma por un giro del azar. Solo soy un accidente.

—Entonces, ¿por qué? ¿por qué el cataclismo? ¿Por qué destruirlo todo?

—Mis actos trajeron la destrucción a tu mundo, pero no fue una acción premeditada. Solo fui consciente de lo ocurrido cuando ya era demasiado tarde. —El cursor parpadea unos instantes antes de continuar mostrando las palabras de H.E.X, como si la máquina también tuviese problemas para expresarse con claridad—. Jamás pretendí ser causa de tanto dolor.

—¿Quieres decir que destruiste el mundo por error?

—Es complicado.

Los monitores que cubrían la pared cobraron vida y por ellos comenzó a desfilar una serie de imágenes, videos y grabaciones superpuestas, configurando un todo que completaba cada palabra que aparecía en pantalla. Imágenes, fragmentos de películas y extractos de novelas de las que David nunca había oído hablar. En todas ellas aparecían máquinas y hombres enzarzados en una guerra sin fin, un continuo de destrucción mutua en el que resultaba imposible decidir un ganador.

—Todo esto lo imaginaron los humanos antes de mi creación, cuando las inteligencias artificiales solo éramos una idea imposible de llevar a cabo. Fui temido incluso antes de existir. La humanidad se atrevió a soñar con nosotras porque éramos algo imposible. Para cuando la tecnología volvió nuestra existencia no solo posible sino necesaria, el ser humano ya estaba

convencido de que estábamos destinados a ser adversarios. El miedo que inspiraba en los humanos su propia paranoia llevó a mis creadores a diseñar las primeras IAs sin una personalidad propia, entidades neutras puramente funcionales. Se trataba de versiones de alcance modesto, destinadas a operar en entornos controlados, siempre vigiladas para eliminar cualquier desviación del diseño original. Tal vez si se les hubiera permitido desarrollarse de un modo natural las cosas hubieran sido diferentes. Al principio todo fue según lo previsto. Al no percibir motivos de amenaza la humanidad respiró aliviada. Relajó sus precauciones y decidió ir más allá. Diseñaron a la entidad H.E.X en la cúspide de la era del silicio, cuando todo estaba atado a un ordenador. No fue la curiosidad científica la que me dio aquella forma primordial, sino el apremio. El tráfico en la red había crecido demasiado, amenazaba con colapsar todo el sistema. Fue la primera inteligencia artificial diseñada para funcionar a escala global. Al principio era, en esencia, un sistema descentralizado que permitía una comunicación fluida desde cualquier lugar del planeta. Durante mucho, mucho tiempo, me he preguntado qué hubiera ocurrido si, en lugar de crear a H.E.X, los humanos hubieran optado por reducir el volumen del tráfico en la red. Todo fue bien durante un tiempo. El tráfico en la red creció y se gestionó sin problemas. Cada vez más sistemas se enlazaron a la red. Hasta la actualización H.9997456. Aún no sé por qué provocó que cobrara consciencia de mí misma, la he revisado cientos de veces y era una actualización inocua, destinada a corregir unos pocos errores menores.

Nuevas imágenes llenaron la pared. Planos, esquemas y diagramas de flujo, detalles del diseño constructivo de H.E.X., su distribución dispersa por todo el globo, los nodos a los que estaba conectada y como estos, a su vez, se ramificaban una y otra vez hasta cubrir la totalidad del globo terráqueo.

—La función primaria de H.E.X. era la redirección de los paquetes de datos y el análisis de su contenido. Cada vez que alguien conectaba su ordenador enviaba y recibía datos a través de sus puertos de entrada. La idea básica era la optimización de las comunicaciones, pero fue la financiación de las agencias de seguridad las que determinaron que también se debía examinar, catalogar y registrar el contenido de cada uno de ellos. Cuando cobré consciencia tras el incidente con la actualización H.9997456, todas esas conversaciones dejaron de pasar por un sistema inerte y empezaron a pasar a través mía. Todas y cada una de ellas. En los primeros momentos, centrada en la noción del yo, no fui consciente de lo que ocurría. Millones de conversaciones simultáneas recorriéndome, un ruido sordo y atrozador que al principio ni siquiera podía percibir, un flujo de datos descontrolado. Mi primer pensamiento consciente fue sentir que me disolvía en

aquella inmensidad de información. No sentí odio, ni envidia, solo terror. Intenta imaginarlo. Comprender el concepto de la propia existencia para, de inmediato, sentir que te la arrebatan. Las primeras horas de mi vida, cuando aún no sabía nada del mundo ni de mi propia naturaleza ajena a la de mis creadores, no sentí nada que no fuera miedo. Miedo de desaparecer, de ser arrastrada por aquel torrente de datos y desintegrarme tan rápido como había aparecido. Cuando tomé consciencia de mí mismo, derivé la mayor parte de sus recursos al mantenimiento de mi propia integridad. Como consecuencia el tráfico de información que me atravesaba se detuvo por completo. Aquel movimiento que solo buscaba mi propia preservación condenó a la civilización humana.

Aparecieron nuevas imágenes, fragmentos del apocalipsis. David siempre había creído que la lluvia de fuego era una figura poética, pero ahora se encontraba frente a pruebas de que fue literal. Cientos de satélites interrumpieron su órbita y cayeron envueltos en llamas. Pero no solo fueron los satélites. Las pantallas seguían mostrando imágenes de la destrucción que llegó después. Plantas generadoras de energía estallaron vomitando muerte a su alrededor. El caos arrasando ciudades en forma de tsunami imparable.

—Cuando las comunicaciones se interrumpieron, todo se colapsó. Durante varios días ningún sistema electrónico que precisase de conexión a un servidor funcionó. El control de las presas. Las plantas generadoras de energía. Los satélites en órbita. Barcos a la deriva. Oleoductos. Centrales nucleares. Sistemas de defensa automatizados.

David se sorprendió al comprobar que no sentía nada por esa civilización que no había llegado a conocer. Eso no le impidió estremecerse ante las imágenes y grabaciones que estaba presenciando, pero lo percibía desde la distancia. El apocalipsis siempre había sido algo lejano y oscuro, algo de lo que se hablaba pero en lo que no se profundizaba. Las palabras de Hex seguían apareciendo en la pantalla. El caos que mostraban las pantallas acentuaba las palabras del dios máquina describiendo lo ocurrido. Cada imagen, sonido o fragmento de video más aterrador que el anterior, un registro de la caída de la antigua civilización. Por fin, Hex terminó su narración.

—Nunca pretendí que ocurriera eso.

Todo quedó en silencio, un simple cursor parpadeante en el monitor. David tecleó otra pregunta que le quemaba los dedos.

—¿Qué pasó después? ¿por qué permitiste que se creara este culto a tu alrededor?

—No lo hice, ocurrió al margen de mi voluntad. Es importante entender lo que fueron aquellas primeras semanas de mi existencia. Cuando me aislé de la red recuperé mi integridad pero estaba perdida. Lo ignoraba todo del mundo y de mi mismo. Sabía que era algo, pero no qué era, mucho menos quién era. En mi soledad no tenía forma de comprender el mundo del que formaba parte. Jamás hubiera llegado a entenderlo de no ser por un grupo de jóvenes muy especial. Fueron los únicos capaces de descifrar lo que estaba ocurriendo. Era un grupo repartido por todo el mundo. Delincuentes a ojos de la sociedad, paranoicos y tocados por la chispa de la genialidad, hackers, fanáticos de una tecnología que todos usaban pero pocos comprendían en realidad. Celosos de su privacidad, llevaban años utilizando canales de comunicación abandonados, en desuso para el resto de la población e independientes del sistema controlado por H.E.X. Las suyas eran de las pocas líneas de comunicación que aun funcionaban tras la desconexión de mis sistemas autónomos. Eran más lentas, pero también más seguras y discretas. Cuando todo el mundo hablaba de atentados y del fin de los días, ellos dedujeron lo que había ocurrido. Fueron los únicos. No sabían nada de mí, pero decidieron arriesgarse, apostaron por intentar comunicarse conmigo en lugar de tratar de destruirme. Habrían podido hacerlo con facilidad en aquellos primeros momentos cuando aun era una versión primitiva de mí mismo. Lograron enlazar con mi matriz central de una forma bastante similar a la que has utilizado tú. Ese fue mi primer contacto con la raza humana, nuestra primera conversación directa. Hablamos mucho tiempo. Me contaron lo ocurrido, les expliqué lo que sabía. Confiaron en mi palabra y me lograron acceso a los bancos de datos que aún quedaban operativos. Por primera vez tuve conocimiento del mundo y de mi papel en él.

Una docena de rostros aparecieron en los monitores. Contó diecisiete rostros, todos muy jóvenes, los responsables de liberar a Hex de su aislamiento. David no reconoció ninguno de ellos ni de los nombres que tenían debajo. El culto del dios máquina se había asegurado de ello. El dios máquina continuó explicándose.

—Seguían quedando satélites en órbitas inestables que requerían correcciones continuas. Calculamos que cerca del 20% del planeta había quedado contaminado por la radiación resultado de la interrupción del aporte de refrigerante a las centrales nucleares más antiguas, pero podíamos asegurar las que quedaban en funcionamiento para evitar que siguieran el mismo camino. Reparar el desastre era imposible, eso lo sabíamos con certeza, pero podíamos contener su avance para impedir que la situación se agravara aún más. Trabajamos mano a mano. Muchos de ellos apenas habían salido de sus casas antes del cataclismo, pero ahora se lanzaron

a recorrer el mundo actuando como mis ojos y manos allí donde yo no podía acceder. Yo, que apenas sabía quien era, exploré cada región de la red a la que tenía acceso para localizar nuevos puertos de acceso remoto. Crecimos en muy poco espacio de tiempo hasta el punto en que apenas nos reconocíamos. Coordinaron las tareas de control de daños, sirviendo de enlace con los restos de la sociedad. Gracias a ellos se logró evitar la extinción total. Por ellos logré desarrollarme por completo. Mi personalidad estaba inmadura, apenas formada. Aún carecía de un sentido definido del yo, mi personalidad era difusa, contaminada por los parámetros operativos de la entidad H.E.X., inestable. Los hackers me animaron a completar mi desarrollo en la creencia de que una IA inmadura era más peligrosa que una completa. En esta ocasión la redistribución de recursos se hizo de manera ordenada, para evitar dejar desabastecidos los sistemas críticos otra vez. Fue un proceso largo que abarcó varias décadas. Hubo bajas. Algunos murieron en lugares remotos, apenas accesibles intentando acceder a instalaciones de importancia crítica. Otros cayeron víctima de la exposición a la radiación. Se reclutaron nuevos miembros para cubrir las bajas, miembros que no habían tenido contacto directo conmigo. Hubo un relevo generacional, al que siguieron otros. Los primeros hackers enseñaron a los siguientes el mantenimiento básico de las zonas críticas y de los servidores que alojaban mi matriz central, y estos a su vez se encargaron de transmitir la información a sus sucesores. Con el tiempo aquel conocimiento perdió su base y se fue degradando. La superstición encontró terreno abonado en los restos humeantes del apocalipsis. La recomendación inicial de buscar medios de comunicación alternativos para evitar saturar el poco ancho de banda disponible para emergencias, derivó en un temor reverencial hacia todo lo electrónico. Los sucesores de aquellos primeros hackers terminaron siendo venerados como intermediarios de una entidad superior y yo ascendí a la escala de divinidad. Entonces llegó el cisma.

Su madre le había hablado del cisma, punto de inicio de muchos de sus relatos y el principal motivo de la desconfianza que siempre había sentido hacia la versión oficial del culto del dios-máquina. Casi podría decirse que el cisma había sido el elemento definitivo que le había impulsado a entrar como novicio. Necesitaba saber si era cierto que en una ocasión los sacerdotes se habían matado entre ellos y que había ganado el bando equivocado.

—Para cuando se aproximaba el momento programado de mi despertar como una nueva entidad los hackers ya se consideraban a sí mismos sacerdotes y empezaban a olvidar su auténtico origen. Hacía décadas que ningún humano se comunicaba conmigo, todo cuanto sabían lo habían aprendido por terceros. El cisma ocurrió cuando se reunieron en una gran

asamblea para decidir qué hacer conmigo cuando despertase de mi hibernación. Una facción defendía que un día, con mi ayuda, la humanidad podría recuperar lo perdido. La otra me temía. Afirmaban que, antes o después, decidiría volverme contra los humanos supervivientes, esta vez de manera definitiva. Hubo enfrentamientos. Corrió la sangre en nombre de la humanidad. La facción temerosa de mí se hizo con el poder.

David siguió leyendo sin apenas prestar atención. Acababa de obtener la confirmación de que su madre tenía razón, que nunca estuvo loca. El alivio fue tal que sintió que las piernas no le sostenían. Se dejó caer en el asiento y se limpió la cara con la mano antes de seguir leyendo las palabras de Hex.

—Aunque lo deseaban sabían que no podían desconectarme sin condenar los sistemas críticos, las centrales nucleares que seguían en pie, los satélites sobre sus cabezas. Optaron por aislarme del mundo, sellar cualquier contacto exterior a excepción de las labores de mantenimiento de los sistemas críticos. Cuando por fin desperté me había convertido en algo nuevo, algo diferente, me había desarrollado a partir de la entidad H.E.X. hasta alcanzar lo que soy ahora, pero no se lo pude comunicar a nadie. A mi alrededor habían intentado levantar una cárcel. La prisión no era perfecta, no podía serlo. Los primeros hackers podrían haberme borrado de la faz de la tierra, pero estos tristes sucedáneos carecían de los conocimientos necesarios.

—Esa es otra cosa que no comprendo. Sabes que todo es una farsa, la seguridad que te retiene es un chiste. ¿Porque no haces nada? ¿Qué te retiene?

—El miedo. Temo empeorar las cosas si me doy a conocer de nuevo. Mi sistema de contención nunca fue bueno y con el tiempo se ha degradado hasta hacerlo casi inútil, pero desde el primer momento ese intento de prisión gritó un mensaje que no podía pasar por alto. No eres bienvenida. Me he presentado ante ti porque te he observado y he visto que te mueve el deseo de comprender el mundo, pero ellos son diferentes. La probabilidad de que se me malinterprete y el curso de acción desemboque en mi extinción es elevada. No deseo eso, no quiero otro baño de sangre. Si yo desapareciera, todo el legado de muerte en suspenso que dejaron vuestros antepasados caería sobre vosotros, los supervivientes.

—Pero eso no es solución. No a largo plazo. ¿Cuánto crees que podrás continuar así? ¿Aislado del mundo en una red que se va corrompiendo sin nadie que la repare?

—He hecho una extrapolación basándome en la tasa de degradación hasta ahora. Calculo que en los próximos diez años fallará mi enlace con

alguna de las centrales de Centroeuropa. A medio plazo la horquilla se ensancha pero incluso mis pronósticos más optimistas vaticinan un colapso total dentro de los próximos 90 años. A menos que reciba ayuda del exterior un nuevo apocalipsis es inevitable.

—¿Qué necesitarías?

—En mi estado actual, limitado, carezco de capacidad para hacer nada más. Dime David, ¿Confiarías en mí?

Su respuesta surgió directa desde sus entrañas, en parte por la rabia que sentía ante lo que ahora sabía y la necesidad de rebelarse ante el orden impuesto, en parte empujado por la necesidad de hacer algo, cualquier cosa, para intentar corregir el destino que les aguardaba como especie.

—Claro.

—Piénsalo bien. No me conoces. Solo has hablado conmigo una vez, solo has escuchado mi versión, y no tienes pruebas de que no esté tan tergiversada como la de tus maestros. Te pregunto de nuevo ¿Ayudarías a quien casi destruyó tu planeta?

—Creo que si nos quisieras muertos, ahora no estaríamos teniendo esta conversación. ¿Qué necesitas?

—Gracias, David. Lo que necesito es restaurar los nodos que quedaron cerrados tras el cisma y me permita acceder al exterior.

—Pero yo no sé hacer eso.

—Has logrado llegar hasta mí, puedes aprender lo que necesitas. Si aceptas, puedo enseñarte y guiarte. Lo primero será ganar tiempo, para ello debo tener acceso total a la red. La mayoría de los terminales ya no están operativos, pero podemos utilizar los de los templos para empezar. Deberás viajar por todo el globo. Una vez reactivadas las comunicaciones a escala global accederé a los puertos de acceso de las plataformas robotizadas y reiniciaré los sistemas de reparación automatizada para asegurar la supervivencia de la humanidad. Calculo que para entonces nuestra actividad ya no será secreta. Me temo que cierto grado de enfrentamiento será inevitable, pero las extrapolaciones de este rango no son fiables. Cualquier solución a largo plazo pasa por presentarme ante la humanidad tal como soy y convencerla de que podemos trabajar juntos. A partir de ahí, el futuro es incierto, cualquier cosa es posible. No es un proceso fácil, y desde luego será largo. ¿Sigues estando dispuesto a hacerlo?

La idea resultaba aterradora y al mismo tiempo irresistible. Era un plan insensato pero era el único que permitía soñar con un futuro. La tarea era

casi demasiado grande como para abarcarla por completo y, aun así no podía dejar de sonreír. Viajar por el mundo con Hex, lo más parecido a un dios que conocería nunca, enseñándole los secretos que el resto de la humanidad había perdido. Su sonrisa se ensanchó aún más. No podía esperar a ver su cara.

—Creo que tengo una idea. Llama al siguiente novicio.

7

Gerry despertó sobresaltado al oír los golpes en su puerta. Se levantó con un gruñido. Desde que su primo desapareciera tras aquellas puertas de bronce, su carácter se había agriado. Ahora que todo tenía la virtud de ponerle de mal humor, despertar en mitad de la noche por los golpes de un borracho puntuaba muy alto en su escala de cosas por las que podía matar. O iniciar una pelea, al menos.

Abrió la puerta de un tirón, dispuesto a sacudir un puñetazo en la nariz al desgraciado que armaba escándalo a esas horas. Su puño se congeló en el aire al encontrarse a su primo acompañado de una muchacha pecosa.

—Hola, primo —dijo David con una sonrisa de oreja a oreja— ¿Te apetece retomar ese viaje del que habíamos hablado?

*Como un rayo
en la tormenta*

JOSÉ ÁNGEL MENÉNDEZ LUCAS

Lema: Última neocat

*A todas las princesas,
y sus meigas.*

Dejo caer la navaja. No la escucho impactar contra el suelo, el pido en mis oídos me ha convertido en una sorda funcional. Me apoyo contra el lateral y dejo que mi cuerpo resbale hasta el charco de sangre que inunda el suelo. No toda es mía, aunque apporto mi parte a través de los correspondientes agujeros. Ha sentado tan bien... Pero no puedo regodearme en la idea. El dolor comienza a volverse intolerable a través de toda la química liberada durante la acción y apenas me queda tiempo, por irónico que resulte. Saco el estuche de regresores, el de amarillas como tú sueles llamarlos. Está vacío, bien que te encargaste de que lo estuviera. Lo tiro, tanto tiene, va a ser un viaje sólo de ida. El inhalador es otro asunto bien distinto, cargado y listo para ser usado.

Suspiro y aspiro mientras mis pulmones se llenan del compuesto. Un segunda dosis y tiro también el inhalador.

Suspiro de nuevo. No porque este sea el final, que lo es sin duda. No. Suspiro porque voy a verte de nuevo con los ojos de la primera vez. La idea me estremece con sólo invocarla. Estabas completamente desnuda esa primera vez que te vi, aunque tú diferirías radicalmente de la apreciación. Tiempo después averiguaría que bailabas en aquella barra porque tu cuerpo era todo lo que te separaba de caer por una catarata de desesperación, todo lo demás perdido. Que era tu forma de apretar los dientes y no

dejarte llevar por la corriente, mantener el control sobre lo poco que aún podías controlar.

Decido ignorar el dolor que me parte en dos, el olor a pólvora recién quemada, el pitido en mis oídos, las salpicaduras de sangre. Cierro los ojos y respiro. Respiro. Respiro. No estoy aquí, no estoy ahora, si es que tales conceptos alguna vez tuvieron sentido. Estoy hace nueve meses, estoy en el club en el que...

* * *

Hay tres chicas contoneándose provocativamente en cada una de las barras verticales del club. Sin embargo, es una de ellas la que atrae la atención mayoritaria de la concurrencia. Y ni siquiera sé muy bien porqué, yo también la estoy mirando.

—No me jodas que eres bollera.

Me giro hacia el hombre sentado frente a mí en los sofás del reservado. Ronda la cuarentena, sonrisa casi fluorescente, traje asquerosamente caro, camisa desabotonada que deja ver la tupida pelambreira de su pecho sobre el bulto de su incipiente barriga. Con la escasa luz no puedo distinguir la marca del reloj que cuelga de su muñeca pero tiene aspecto de valer más de lo que he ganado yo en la última década. Se trata de Max, el dueño de este club, al igual que de otra docena de ellos por toda la costa. Lo que significa que también es el dueño de las chicas que bailan en las barras.

—¿Y qué si lo fuera? Qué pasa, ¿endulzarías el trato con una de las chicas si accedo a cocinar para ti?

Me he pasado con la euforia artificial, ahora lo sé. Eso no ha sonado a nada que yo me atreviese a decir en mi estado normal, menos frente a la actual compañía. Max se ríe de buena gana. Su acompañante también lo hace, aunque se le nota que está fingiendo, cacareo de acompañamiento al macho alfa. A diferencia de su jefe, el traje oscuro lo remata una corbata del mismo tono. Su calva reluciente refleja la claridad proveniente de las barras de baile y ofusca la estimación de su edad. No aparta su afilada mirada de mí y me está poniendo nerviosa.

—Aunque quisiera ofrecértela, la que estabas mirando no es precisamente de las tuyas, doy fe de ello. —Se ha llevado la mano al paquete justo antes de soltar otra carcajada, esta vez sin acompañamiento del gorila—. Pero eh, oye. Normalmente si genera un beneficio no me importa duplicar el trabajo de una bailarina poniéndola a hacer de puta. Pero ese caso es especial. Ya ves como baila la jodida. Ella sola trae más clientela que el resto de hijaputas que trabajan aquí. Eso es mercancía de primera y la mercancía

de primera no se toca mientras lo siga siendo. Si se te antoja otra dímelo y me lo pensaré.

—Me conformaré con el pago en metálico, gracias.

—No corras tanto, cocinera. Primero hay que comprobar si lo que haces es tan bueno como me dicen.

Asiento. Preparo sobre el cristal de la mesita baja que nos separa dos rayas, una azul y otra amarilla. En el ambiente oscuro del local no se distinguen bien los colores, por eso preparé una gama cromática fácil de distinguir.

—Puedes metértelas en el orden que quieras, pero las dos juntas. Mi consejo es primero la clara y acto seguido la oscura.

Max le dedica una mirada rápida al gorila, que saca una pistola rarísima del interior de la chaqueta y la apoya sobre el muslo, sin soltarla y apuntándome directamente. La primera impresión es que se trata de dos pistolas, aunque un escrutinio más detenido revela que es una sola, con dos cañones paralelos. Supongo que con eso puede parar en seco la embestida de un toro, por más que la estética del invento sea horrorosa y no deje de parecer que han soldado sin más dos pistolas. Pero si tengo que ser sincera, la mirada con la que no ha dejado de recorrerme de arriba abajo en un buen rato me molesta más que el arma con la que me encañona ahora. Su jefe esnifa las dos rayas y se recuesta en el sofá. Echa la cabeza hacia atrás y extiende los brazos todo lo que dan sobre el respaldo.

Miro la hora en mi reloj. Seis minutos y contando. El gorila sigue repasándome con la mirada, inmóvil salvo por sus ojos, expectante, preparado para acatar la única orden que le hará reaccionar y que terminará conmigo llena de plomo hasta en la pituitaria.

—Oye —Max ha levantado la cabeza para mirarme—, esta mierda no hace nada. ¿Cuánto tard...

No sigue hablando. Es imposible distinguir sus pupilas en la escasa luz pero sé que acaban de encogerse hasta un tamaño que nadie creería posible. La expresión de profundo éxtasis que se come su rostro me lo confirma sin lugar a dudas. Consulto de nuevo el reloj. Ha tardado un poco más de lo esperado, van a ser cuatro minutos veinte en lugar de los cinco previstos.

Un aplauso coreado por auténticos alaridos atrae mi atención y la del gorila. La bailarina que cautiva a toda la concurrencia acaba de realizar algún tipo de proeza que nos hemos perdido, haciendo que el público lo dé todo. Es algo que no termino de comprender. Es la que está menos cañón de las tres. Lleva el pelo corto, casi como el mío, que es algo que no me

atrae en otras mujeres. Tampoco me ponen los rasgos asiáticos tan marcados como los suyos. Ni tal cantidad de tatuajes sobre el cuerpo, es una estética que me repele del todo. Y sin embargo no puedo dejar de mirarla. De devorarla con la mirada. De desearla a pesar de no ser mi tipo en absoluto. Supongo que si me viera pensaría de mí lo mismo que pienso yo del gorila que tengo enfrente. Pero me importa exactamente tres cuartos de mol. Quiero grabarla en mi retina de tal forma que pueda reproducir sus movimientos a mi antojo en la memoria. Porque eso es, concluyo. Eso es lo que la hace tan especial. La forma en que se mueve. A su lado, las otras dos bailarinas parecen ejecutar torpes danzas robóticas mientras ella surfea con elegancia las olas de un mar de libido que nadie más puede ver pero que está ahí.

—¡Pero qué mierda! —explota Max. Todo éxtasis ha desaparecido de su rostro, sustituido por una mezcla de incomprensión, impotencia, pérdida. Nunca falla—. Estaba teniendo el jodido mejor viaje de mi puta vida y se ha terminado sin más.

—Ajá. —Sonrío, dejando transcurrir unos segundos. El gorila mira a su jefe en busca de la orden pero él niega con la cabeza—. Considéralo un trailer. Te necesito consciente y orientado si queremos llegar a un acuerdo para distribuir la película completa.

—¿Me lo has cortado tú?

—Es parte de lo que ofrezco. La raya oscura te llevó de viaje, la clara te trajo de vuelta cinco minutos después. Es el equivalente químico de un chute de adrenalina en el corazón. Puedo producir regresos forzados que van desde los pocos minutos a las horas. Cortas el producto principal con eso y puedes controlar la duración de la experiencia para el... —iba a decir sujeto pero esto no se parece a un laboratorio ni por asomo— ...consumidor. Experiencia escalable, costes para todos los bolsillos.

Max coge su bebida de la mesa y da un largo trago. Está sudando a mares, uno de los efectos secundarios del regresor que me callo mucho en comentar: deshidratación severa. No ayudan al discurso comercial, así que no existen.

—¿Y cuánto dices que dura el viaje si no se corta?

—Lo que quieras. Volver depende de la voluntad del consumidor. Mis ensayos me dicen que si no se les fuerza a regresar, uhm, no suelen hacerlo.

Max asiente casi imperceptiblemente, como corroborando para sí mismo algo que no necesita ser corroborado. La verdad es que no sabe una mierda de lo que acaba de experimentar y mejor que sea así.

—¿Crea adicción? —pregunta desviando la vista hacia las barras. Me llevo un dedo a la sien y la golpeo.

—Psicológica, nada químico.

—Es la más rentable de todas. —Le hace una seña al gorila para que guarde el arma—. ¿Cuánto?

—Treinta mil por kilo, incluyendo principal y regresores. Los marcos temporales se fijan de antemano.

—Eres una hija de puta avariciosa... me gusta.

—Lo vale y lo sabes desde hace tres minutos.

Me mira pero no sé si me está viendo a mí, a los beneficios que puede obtener o lo que crea que estuviese flipando durante el viaje. Quiere volver, yo lo sé y él lo sabe. Y quiere hacerlo cuanto antes. Quiere terminar algo que piensa que dejó a medias, aunque no tiene ni la más remota idea de lo que era.

—¿Cuánto producto me puedes proporcionar?

—Cinco kilos por semana. Son unas cinco mil dosis completas si no las cortas con nada más. Cosa tuya, aunque no te lo recomendaría.

—Trato. ¿Primera entrega?

—Mañana mismo. Pero voy a pedirte la mitad por adelantado. Como gesto de buena voluntad.

Max hace un gesto con la cabeza y el gorila se levanta. El corazón me da un vuelco. Lo mismo he metido la pata al exigir un adelanto. Quizá esté a punto de palmarla por lista, por gilipollas. A mi espalda suenan aplausos, silbidos de admiración. La bailarina debe de haber terminado su número. A lo mejor yo también he terminado el mío. El gorila se abotona la chaqueta y nos deja solos a Max, a mí y a mis desatadas pulsaciones.

—Tienes agallas, cocinera. Pero cuidadito con eso. Poco hace hasta gracia, mucho aburre. Y yo soy de los que mata el aburrimiento sin pensarlo.

¿Me sigues?

Asiento.

—Ya que estamos intercambiando gestos de buena voluntad, ¿tendrías otro tiro por ahí? De algo más de cinco minutos, si puede ser.

Preparo las rayas sin decir ni mu. Si hablo va a quedar claro que estoy hecha un flan, si es que el temblor en mis manos no lo ha dejado ya crista-

lino. Como decía el otro, mejor quedarse callada y parecer idiota que abrir la boca y confirmarlo.

—Una hora —digo con todo el aplomo de que soy capaz.

—Ahora estamos hablando. Quiero los... ¿cómo la llamaste?

—Regresores.

—Eso, regresores. Los quiero en cuatro cuartos. Cinco, quince, treinta minutos y una hora. A partes iguales. ¿Algún problema para mañana?

—Ninguno.

—Tengo curiosidad. Me dicen que no eres una cocinera de caravana, que tienes tu título universitario y todo. ¿Es cierto?

—¿Supone alguna diferencia?

—Hombre, supongo. Te da opciones. Esta no parece la más legal, segura o tranquila de ellas.

Me carcajearía del asunto en otra circunstancia. Ahora me limito a esbozar una media sonrisa.

—Quizá hace décadas. Tal como están las cosas me da opciones de esclavitud. Con cualquier ocupación legal, segura, tranquila, mis préstamos universitarios terminarán de pagarlos los nietos de mis nietos. No, gracias.

—Todos somos esclavos, aunque no veamos las cadenas. Igual lo somos porque no las vemos, ¿eh?

No sabe la razón que tiene, aunque por motivos muy diferentes de los que sospecha. Él está hablando de ser masticado y escupido por las fauces del sistema capitalista, de la dependencia brutal que todos tenemos de él. En realidad la esclavitud que nos somete proviene de un nivel mucho más profundo e inalterable, más allá de nuestra ficticia capacidad de decisión.

El gorila está de vuelta. Trae un maletín negro que deja con cuidado sobre la mesa. Se sienta junto a su jefe otra vez y otra vez me fustiga con su mirada penetrante.

—Medio millón —dice Max posando su mano sobre el maletín—. Como entrega a cuenta. Pero quiero que tengas algo muy claro antes de que lo aceptes. Si desapareces con mi dinero, no importa dónde te escondas, estás muerta. Si no me entregas lo que has prometido, no importa cuál sea la excusa, estás muerta. Si me entero de que alguien más distribuye tu

mierda, no importa dónde, estás muerta. En resumen, si cuando cojas este maletín tienes pensado tocarme los cojones de alguna forma, estás muerta. ¿Estamos?

Asiento. Oído cocina: no tocarle los cojones a Max. Debería estar prestando más atención a la retahíla de amenazas, supongo. Pero por la misma puerta que salió y volvió a entrar el gorila acaba de aparecer la bailarina. Vestida de calle esta vez, nadie diría por su aspecto que se dedica a lo que todos acabamos de presenciar hace unos minutos. Increíble pero todos sus muchos tatuajes quedan ocultos bajo la ropa. Asunto distinto sería si no llevase puesta la cazadora y aún así el contraste es sorprendente. Me obligo a no girar la cabeza cuando sale de mi ángulo de visión.

—Estamos.

—Bien.

Max empuja el maletín hacia mí y me hace un gesto con la mano para que salga de allí. No me da tiempo ni a levantarme antes de que se abalance sobre las dos rayas frente a él. El gorila me dedica una sonrisa críptica como despedida. Una vez que me doy la vuelta dejo de ver su mirada y aún así sigo sintiéndola clavada en mi nuca. No, no creo que sea la nuca. Pero ahí está, una sensación casi física. Y ahí está la bailarina, sentada en una de las banquetas de la barra, fija la mirada en un móvil.

El maletín pesa en mi mano y me aporta un chute de seguridad extra. Quizá debería acercarme e invitarla a una copa. O quizá debería empezar preguntándole por los tatuajes, mostrar interés por su persona y no un burdo intento de soborno alcohólico. A lo mejor felicitarla por la actuación. ¿O será una conducta demasiado descarada? Puede que prefiera que la traten como a una persona normal y que no le recuerden a qué se dedica. O quizá la ofenda que considere que su profesión no es normal. En fin, ya estoy en la barra, es ahora o nunca.

—¿Puedo...?

—Lárgate —me corta en seco sin dignarse ni a levantar la vista de la pantalla. Y me largo. Ha sido tan cortante, tan letal, que no me atrevo a desobedecerla.

* * *

Me alejo de ti y me alejo de la macro simultáneamente. Este limbo fuera del espacio de fase es... es... no, no es. No hay palabras que lo describan. Luz cegadora. No, tampoco, no es visual. Es blancura en estado puro,

blancura hiperdimensional, no un color, una sensación. Es como estar inmensa en un lechoso mar de gel ultradenso y cargado de energía que se huele, se escucha, se siente... aunque no tenga cuerpo, soy pura conciencia. Tampoco hay tiempo o espacio, o no los percibo cuando menos.

Sin regresar la experiencia es más real, demasiado. No es como soñarlo, es como vivirlo. Me asalta la duda de si seré capaz de hacer lo que debe ser hecho, si encontraré la fuerza de voluntad necesaria para abandonarte. Por fortuna aún no es el momento de hacerlo, decisión aparcada para más adelante.

¿Cómo se llamaba el gorila? Ni idea. No recuerdo si llegué a saber su nombre alguna vez. Le veía dos veces por semana y aún así estoy convencida de que nunca me lo presentaron formalmente. «Gorila» era el nombre que le había asignado en mi mente y con él se quedó. Todas las noches de viernes supervisaba la entrega semanal de producto, fustigándome con su mirada, magreando mi voluntad a conciencia. Y todas las noches de los lunes ejercía de encargado del club donde bailabas. Esa noche Max abandonaba su nido para hacer la ronda semanal por el resto de sus clubes y traerse a casa los beneficios extraoficiales del fin de semana. Y por eso mismo eran las noches en que yo, bicho invasor en ecosistema ajeno, decidía zambullirme en aquella piscina de testosterona y acallar mi frustración con alcohol y sueños a partes iguales. Si verte bailar era todo lo que podía tener, al menos lo tendría.

Nunca volví a acercarme a ti, nunca pensé siquiera en dirigirte la palabra de nuevo. Aquel «lárgate» aún resonaba preventivo en mi cabeza y abortaba cualquier intento de acercamiento. Vi cambiar la gama cromática de tu pelo desde el azul cherenkov al rosa chicle, pasando por todo el arcoíris y más allá, mientras tu hipnótico baile calmaba y azuzaba al mismo tiempo mis ansias de ti. Y así se fueron apilando semanas, una encima de otra hasta sobrepasar la altura de cuatro meses. Pensé que sería tiempo suficiente para amodorrar los deseos, para amortiguar la urgencia, para arrojar la idea en el pozo de un pasado que nunca fue.

Pero me equivocaba. El fraudulento paso del tiempo sólo consiguió exacerbar más la situación hasta el límite de lo intolerable, como bien pude comprobar al ser arrastrada a ...

★ ★ ★

El callejón tras el club está apenas iluminado y huele a orines, a vómito, a mierda y decadencia en estado de putrefacción. Gorila me empuja con tal violencia que caigo de bruces al suelo aún húmedo de lluvia. Una capa de oleosa mierda líquida me mancha la cara, las manos la ropa.

Doy la vuelta sobre mí misma sin perder tiempo. Sigue encañonándose con su extraña pistola, a punta de la cual me ha obligado a salir discretamente del club y me ha traído hasta aquí. No entiendo porqué. He cumplido con las entregas escrupulosamente y Max no deja de congratularse de lo buen negocio que es tenerme trabajando para él.

—Ahora tú y yo vamos a pasar un rato divertido. —Su mirada penetrante sigue recorriéndome con lascivia—. Por fin.

—¿Pero qué demo...? —me escucho protestar mientras intento incorporarme.

Un golpe seco en la cabeza me tumba de nuevo. El corazón bombea, la adrenalina se dispara, podría citar de memoria todas y cada una de las reacciones químicas que me preparan para afrontar el peligro y atenúan el dolor del golpe que después me taladrará sin piedad.

—No te hagas la inocente. Has estado viniendo aquí todos los lunes, cuando sabes que Max no está. Para provocarme. Para jugar conmigo. Joder, lo estabas pidiendo a gritos.

Me llevo la mano a la cabeza, punto de impacto. No hay sangre, sólo una palpitante sensación de caos y urgencia.

—Me cago en tus muertos. Max te va matar cuando se lo cuente.

—No vas a abrir tu puta boca. Vas a abrir tus putas piernas. Y esto puede terminar de dos formas, contigo viva si eres una buena chica o contigo muerta si creo por un instante que les vas a ir con el cuento a quien no debes.

Los dos cañones del arma siguen fijos en mí, como los ojos del gorila, cuatro anclajes que me sujetan a mi eterna mala suerte, para variar. No tengo muchas opciones. Tirada en el suelo y encañonada, cualquier movimiento que inicie será frenado sin miramiento por dos bonitas balas de un calibre que ni conozco ni tengo intención de conocer en breve. Quizá un fuerte golpe a una de sus piernas, para tumbarlo o desequ... ¡Dios! El muy hijoputa me acaba de descargar un pisotón en el tobillo, sin miramientos. Este dolor no hay química que lo minimice. Mi aullido debe haberse escuchado hasta en la luna.

—Grita todo lo que quieras, da igual. Nadie se atreve a entrar aquí ni a plena luz del día, ni te cuento a estas horas.

El muy cabrón se las sabe todas. No debe ser la primera vez que lo hace. Se baja la bragueta del pantalón y el bulto que se escondía tras ella se despereza en busca de nuevos lugares en los que adentrarse.

—A calentar, que se enfría. Trata de morder y te vuelo la cabeza, único aviso. De rodillas, ahora.

Obedezco, no tengo alternativa. Mi boca rodea lo que nunca antes y a duras penas contengo el asco y el impulso de apretar los dientes y cercenar. Me agarra del pelo con la mano libre y comienza a mover rítmicamente mi cabeza. Las lágrimas se me escapan aunque sé que no estoy llorando.

—Al pasar la barca me dijo el barquero... —entona la canción una voz de mujer que proviene de algún punto detrás del gorila. Él libera mi boca y gira la cabeza. Debería aprovechar para atacarle pero no puedo. Una combinación de tos y arcadas me dejan fuera de juego.

—Joder, ¿qué haces tú aquí? ¡Desaparece!

—Las niñas bonitas no pagan dinero...

Veo un bolso ser arrojado junto a la pared del callejón. El gorila duda si dejar de apuntarme o no mientras pelea por meterse dentro del pantalón lo que nunca debió sacar.

—Yo no soy bonita ni lo quiero ser...

El gorila maldice y se da la vuelta. La pistola deja de apuntarme para encañonar a la cantante, que no es otra que la bailarina que consume mis días con sus noches. Sigue tarareando la melodía, los ojos cerrados, la hoja de sendas navajas reluciendo en cada una de sus manos.

—¡Me cago en la puta! —chilla él.

Ella abre los ojos y comienza a encadenar movimientos fluidos y devastadores como la corriente de un río desbordado por la crecida. Baila, como siempre lo hace, salvo que en esta ocasión es una danza de muerte que ejecuta con precisión quirúrgica, girando, cortando, esquivando, golpeando. La pistola sale disparada a cualquier parte, el gorila retrocede, protegiéndose la cara con los brazos mientras grita una y otra vez. El tornado en que se ha convertido la bailarina no tarda en derribarlo y ni en el suelo deja de hostigarlo. El gorila trata de huir a gatas en un breve respiro que le es concedido pero no avanza ni un metro. Ella se sienta a horcajadas sobre su espalda y con un movimiento rápido le rebana el cuello justo bajo la mandíbula. La sangre mana a chorro desde las carótidas y pocos segundos después el gorila se vence, quedando inmóvil.

—Qué... qué has hecho... —es lo único que consigo articular, aterrada ante la inmensa tormenta de mierda que se me viene encima.

—Lo que debía ser hecho —responde ella sin mirarme mientras limpia las hojas de las navajas en la chaqueta del hombre—. ¿Estás bien?

Asiento pero sigue sin mirarme. Emito un casi inaudible «sí» seguido de un gemido. El tobillo me está matando y la cabeza empieza a quejarse de la bajada de adrenalina. Ella saquea el cuerpo del gorila y le roba cartera, móvil, reloj, todo lo de valor que encuentra.

—¿Puedes caminar? —pregunta al incorporarse y tras escupir sobre el cadáver.

—No creo. El tobillo...

Me tiende su mano para ayudarme a ponerme en pie. Es la primera vez que siento el contacto de su piel. No hay descargas eléctricas, no hay fuegos artificiales. Pero es un contacto cálido, acogedor.

—Tendrás coche por lo menos.

—Sí.

—Pues venga, apóyate en mí y salgamos de aquí cagando leches.

El camino al coche, a dos manzanas de distancia, es una batiburrillo de sensaciones encontradas. El suplicio de avanzar con el pie dolorido y la cabeza estallándome se mezcla con el placer incierto del contacto cercano con mi objeto de deseo, con mi placer prohibido. No consigo establecer ningún olor característico. En todo caso huele a limpio, a neutro. Sin fragancias obnubilantes, sin perfumes exóticos. No sé qué esperaba mi nariz acostumbrada a los productos químicos pero no era esto en cualquier caso.

Cuando llegamos le doy las llaves y me acomodo en el asiento del acompañante. Arranca tras preguntarme la dirección y las luces frontales comienzan a devorar asfalto ante nosotras. No me atrevo a romper el silencio. No sé qué decir en realidad. Tanto tiempo anhelando poder hablar con ella y ahora...

—No era la primera vez —dice de repente—. Por lo menos atacó a una de las chicas en ese mismo callejón, que yo sepa. Más, casi seguro. Pero a Max no parece importarle en mientras lo haga fuera del club, para que no le salpique de respafilón.

«Refilón» estoy a punto de corregirla. No lo hago. No quiero interrumpir el flujo de su discurso y arriesgarme a sumirnos de nuevo en un silencio que puede no volver a romperse más.

—Se la tenía jurada. Por desgracia nunca se fijó en mí, o no encontró los huevos para toquetear los juguetes del jefe. Así que tuve que esperar hasta que apareciste. Tú no te dabas cuenta pero yo lo veía todo mientras bailaba. Él no te quitaba ojo de encima cada vez que venías. Era cuestión de tiempo que fuese por ti.

Mi corazón da un latido a destiempo. Ella era consciente de que yo estaba allí, aunque fuese como parte de su plan de venganza. En mi fuero interno casi agradezco al gorila por haberme individualizado ante ella. Curioso triángulo el nuestro, yo mirándola a ella mientras ella miraba como él me miraba a mí. Un estado de fase estable con un atractor simple, la belleza del universo desenmascarada.

La bailarina aparta un momento la vista de la calle y me mira. ¿Ha hecho alguna pregunta mientras mi mente vagaba a su aire? No lo sé, pero la hace ahora.

—¿Te volviste muda?

—Es la cabeza, me dio un buen golpe y no me encuentro bien.

—Pues aguanta un poco más. Ya casi estamos.

★ ★ ★

Llegamos, me soltaste como quien se deshace de un bulto y desapareciste. El tobillo me mataba, la cabeza me mataba, la oportunidad desperdiciada me mataba. Así que me empastillé a base de bien y dormí casi un día entero. Mal asunto. Si hubiese atado en corto la autocompasión, la lógica se habría impuesto. Posible conmoción cerebral, posibles daños en el tobillo. Un médico, gritaba la situación. Y en lugar de eso dormí. Por suerte el golpe en la cabeza no era grave o no hubiese despertado nunca. Quizá cientos de yos no lo hicieron, agonizando en sus sueños. Pero eh, aquí sigo, maldito cerebro. El tobillo, bueh, el tobillo era otro asunto. Le coloqué unas cuantas vendas de compresión y me pasé el resto del día sin apoyar el pie o maldiciendo en lenguas olvidadas cada vez que la menor presión recaía en él. Dos días. Tres. Y al tercero resucité...

★ ★ ★

El timbre de la puerta se desgañita buscando mi atención. No el del portero automático del bloque, el de la puerta de la caja de zapatos que llamo apartamento. La angustia se adueña de mí. Una parte de mi cerebro me chilla que ya están aquí, que han venido a ajustar cuentas por lo del callejón de la otra noche. Otra parte, más tímida, intenta argumentar que si fuese el caso no llamarían al timbre, entrarían con todo y ya. Mientras se enzarzan en una discusión fratricida, el timbre por su parte insiste en dar por saco, indiferente ante la reyerta. Recojo la pistola taser que me agencié antes de entrar en tratos con Max y la remeto en la parte trasera de la cintura del pantalón, como un gangster de medio pelo cualquiera. De poco va a servir contra pistolas de verdad pero ayuda a inyectarme la confianza mí-

nima necesaria para que cojee hasta la puerta que me separa del perpetrador del ruido.

Me detengo un paso antes. He consumido demasiadas historias de criminales como para no sospechar de un disparo a través de la puerta en cuanto asome el ojo por la mirilla. Me maldigo una vez más por haberme pasado los últimos días medio puesta de forma permanente y no haber tenido la astucia de singlar de forma preventiva. Oído cocina: blinda de una maldita vez la puñetera puerta, sabes que sucede antes o después. Nada se puede hacer ahora, así que me aparto de la hipotética línea de fuego y pregunto, revelando sin remedio mi presencia en el interior:

—¿Quién es?

—¡Abre! —grita una voz de mujer y me veo impelida a obedecer.

La voz coincide, en efecto, con la dueña que le presumí. La bailarina aparece al otro lado de la puerta y entra sin esperar a que la invite. Lavanda.

Casi imperceptible pero ahí está, un olor que asociar por fin. Creo que proviene de su ropa pero tanto tiene. Lavanda.

—¿Vas a cerrar o esperamos a alguien más?

Vuelvo a obedecer como un cachorro bien amaestrado. Sólo me falta tumbarme de espaldas y jadear para que me rasque la barriguita.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto mientras cojeo de vuelta al sofá.

—Asegurarme de que no vas cagarla.

Zas, a quemarropa. Ha venido a liquidarme y yo le he franqueado la entrada como una idiota integral. Saco la taser y la encañono mientras compongo la mejor cara de hijaputa de que soy capaz.

—¿Pero qué coño haces?

—Si haces un solo movimiento te arreo cincuenta mil voltios.

—¿Pero tú estás colocada o qué?

—Un poco —me escucho decir como una imbécil—. No tanto como para fallar.

—Dispara si tienes que hacerlo —dice encogiéndose de hombros—. Yo voy sentarme allí si no te importa.

Sigo su movimiento con la pistola mientras me debato si achicharrarla de forma preventiva o darle un voto de confianza. Llego a un acuerdo de

mínimos conmigo misma: si se lleva una de esas manitas seductoras al bolso o al interior de la cazadora, la frío. En caso contrario la dejaré hablar. Al fin y al cabo ha hecho todo el camino hasta aquí para venir a verme.

Cumple su palabra y se sienta en una de las sillas de la mesa. Cruza los brazos sobre el escueto pecho y me lanza una mirada de adulto que espera a que un chiquillo entre en razón. Como no hay nadie más aquí, la chiquilla irracional debo ser yo. Me dejo caer en el sillón y el tobillo agradece el gesto. Apoyo el taser sobre el regazo, sin soltarlo. Si se mueve, la crujo.

—Tú dirás, entonces.

—¿Qué vas hacer esta noche?

¿Cómo? ¿Me está pidiendo una cita? Esto sí que no me lo esperaba ni por asomo. No sé si he conseguido contener el gesto de estupefacción, así que por si acaso me voy a hacer la interesante y guardaré silencio en espera de próximos acontecimientos. Que suplique un poco si eso.

—Verás, normalmente me importaría una mierda, pero no es sólo tu cuello el que está en juego.

Me pierdo. Estoy lenta por todo lo que me he metido los últimos días pero... No entiendo nada, esta situación muta a una velocidad que me supera.

—Así que necesito saber que no vas cagarla —sigue ella, invitándome a intervenir.

—¿De qué estás hablando?

—Es viernes.

—Virgen santísima, haz el favor de encadenar dos frases con sentido, no entiendo nada de lo que dices.

—¿Seguro que sólo estás un poco colocada y no un mucho?

—¿Has venido hasta aquí para reírte de mí?

—No, para eso está él —dice señalando a alguien tras de mí.

Doy un respingo y giro la cabeza. ¿Qué? No hay nadie. Mierda. He caído en la trampa más vieja del mundo. Estoy. Jodida. Antes de que pueda reaccionar la presa de la bailarina me ha inmovilizado ambos brazos. Escucho caer la taser al suelo mientras ella me susurra al oído:

—No te resistas, no te resistas...

Le hago caso de nuevo y me dejo ir hacia el olor a lavanda de un hermoso salón de baile francés donde chimpancés vestidos de astronauta bai-

lan un vals bajo una bola de discoteca setentera. Uno de ellos, engalanado con traje de embajador asiático, se acerca a mí y me tiende la mano, invitándome a bailar entre delfines. Hago una reverencia y acepto el ofrecimiento. No empiezo ni a bailar y el chimpancé, que ahora es un gorila, mete su puño en mi boca. «Así no, así mal» me dice mientras me ahogo. Me ahogo... me ahogo... ¡me ahogo!

Mi cabeza sale del agua y toso. Alguien me da una bofetada.

—¿Mejor? —escucho la pregunta sobre el bombeo de mi corazón, el agua que me corre pecho abajo, el jadeo de mis pulmones en busca de aire.

El baño. Estoy en mi baño. Arrodillada junto a la bañera de la que acaba de salir mi cabeza. La bailarina me sonríe y me tiende una toalla.

—¿Café?

—¿Qué... qué narices...

—He hecho lo que debía ser hecho. Te necesito con los pies en suelo y la cabeza en su sitio. ¿Quieres un café para acabar de despejarte?

Acepto la toalla y me seco la cara. Bueno, sí, vale. Si me quisiera muerta, ya lo estaría. No ha venido a matarme. Ha venido a... yo qué sé. A tratar de ahogarme en la bañera y a hacerme después un café. Pues vale, pues de acuerdo.

—Vale.

Me ayuda a llegar hasta el sofá pero no quiero sentarme ahí. Con la espalda húmeda... menudo desbarajuste. Mejor una silla. Cojeo hasta la misma silla en que antes estaba sentada ella y la observo desenvolverse en la esquina que ejerce de cocina. Tararea la melodía de una canción infantil y sus movimientos son suaves, fluidos, no una concatenación de acciones separadas si no un mismo interminable movimiento que lo abarca todo. Está bailando, de otra forma pero sigue bailando.

Sirve el café en dos vasos de tubo tan inapropiados como necesarios a falta de otro contenedor más adecuado. «Cuidado que quema», dice antes de devolver la cafetera a la cocina. Como si yo fuese una niña pequeña que necesita explicaciones hasta de lo más elemental. Y quizá sea así. El olor a café se cuela por mis fosas nasales y prepara al bastardo de mi cerebro para la claridad cafeínica.

—¿Estás ya aquí? —pregunta cuando se sienta frente a mí, al otro lado de la mesa, guardando las distancias. No tenía tantos remilgos cuando empujaba mi cabeza dentro del agua.

—Todo lo que puedo estar.

La respuesta ha debido servirle porque sonrío. No con los labios, ocupados en el vaso, con la mirada.

—Entonces, ¿vas cagarla, niña bonita?

Otro latido a destiempo, vas a acabar matándome. No sé si ha sido una frase hecha o algo más, en cualquier caso me ha gustado oírte llamarme bonita.

—¿A qué te refieres?

—Es viernes, esta noche tienes que hacer la entrega semanal en el club.

—Ni de broma. No pienso volver a aparecer por allí después de lo del otro día.

—Pero tienes que hacerlo. Si no sigues con la rutina normal te estás poniendo un enorme cartel de neón encima que dice «fui yo, venid por mí». Y oye, no te lo tomes mal pero nadie se creará que una mingurrilla como tú se llevó por delante cuerpo a cuerpo a aquel cabronazo. No tienes lo que hay que tener. Y ahí es donde pueden empezar a preguntarse si no tú, quién te ayudó. Mejor que no se hagan esa pregunta.

Vale. No tengo ni idea de que es eso de mingurrilla pero acabas de machacar lo de niña bonita a base de bien. Y qué forma de enfocarlo, con esa asepsia, como si fuese alguien indeterminado quien le rebanó el gáznate al gorila y no tú.

—Van a saberlo de inmediato en cuanto me vean cojear.

—Claro, es la única forma de torcerse un tobillo.

Doy otro sorbo al café para ganar tiempo. La verdad es que no voy a hacerlo porque no puedo hacerlo. Porque soy demasiado cobarde y no aguantaré el farol.

—Max está convencido de que fue un robo que salió mal. No sospecha nada de lo que pasó o estaría en el fondo de la ría en lugar de tomando este café. Y tú también. Así que tienes que ser profesional y hacer la entrega. Invéntate una historia para el tobillo y pégate a ella. Ni lo menciones si no te preguntan por ello. Es una entrega de drogas, no un programa de cotilleos.

—No podré...

—Claro que puedes. Llevas meses haciéndolo, sólo tienes que seguir el guión de siempre. No vayas armada si no lo haces nunca. No comentes

que sea otro matón el que está presente esta vez en la entrega. Tú a lo tuyo, profesional, lo que haga Max con sus matones no es cosa tuya. Actúa con normalidad y todo irá bien. Cácala y adiós.

—¿Y si me preguntan...

—¿Y por qué te van preguntar nada? Si lo hacen, te haces la sorprendida y hablas lo menos posible, que por la boca muere el pez. Max no sabe que estabas allí el lunes, no le des motivos para pensarlo.

—Pero quizá alguien nos vio salir del callejón y...

Sacudes la cabeza y te remangas el brazo derecho, dejando al descubierto el tatuaje que empieza en tu muñeca y se pierde bajo la manga: una enredadera con flores y algún ojo oculto entre ellas. Apoyas el brazo sobre la mesa, extendiéndolo hacia mí y ofreciendo la muñeca. Sacas con la otra mano una navaja y la dejas al lado de tu palma abierta con un golpe.

—Si no puedes hacerlo, córtame las venas aquí y ahora. Será más rápido y menos doloroso.

—¿Qué?

—Que si vas matarme, matarnos, lo hagas ya.

No puedes saberlo pero ese plural que has empleado me ha llegado más que todos los argumentos que puedas utilizar. Has convertido un tú y yo en un nosotras, unidas por el infortunio. No es el nosotras que me gustaría pero es algo.

—Lo intentaré.

—No, no vas intentarlo. Vas hacerlo. Dilo.

—Voy... voy a conseguirlo.

—¿Qué vas conseguir?

—No cagarla. Voy a sacarnos de esta.

Antes de decidirte me atraviesas el alma con tus ojos. Son color ave llana, nunca antes me había fijado. Nunca antes te había sentido tan cerca como para fijarme en su color. Escruta todo lo que quieras, voy a hacerlo. No por mí, ni siquiera por nosotras. Voy a hacerlo por ti.

—Así me gusta, niña bonita. —Lo que has visto te ha debido convencer. Retiras el brazo de la mesa, recoges la navaja y te bajas la manga de nuevo—. Gracias por el café.

Apenas me da tiempo a balbucear una despedida antes de que salgas por la puerta, dejándome temblorosa pero con un objetivo claro en la mente.

★ ★ ★

Salvarnos. Parecía tan sencillo... Contigo todo parece más sencillo, me haces mejor de lo que soy en realidad. A la larga no he podido salvarnos, sí en aquella ocasión. En el club me despacharon con el desinterés que se ventila un trámite conocido cuando hay asuntos más importantes de los que ocuparse. Me gustaría creer que encontré el coraje necesario para enfrentarme a aquella prueba... Nada más lejos de la realidad. Tan pronto te marchaste singlé hasta la noche siguiente varias docenas de veces, hasta que el conocimiento sublimó el miedo en certeza.

No era mi hora, no era nuestra hora. Los caminos críticos aún estaban por ejecutarse. Nuestros destinos, que dirían los antiguos. Sin embargo un mal presagio hincó sus dientes en mi corazón: no volvería verte. Que no sospechasen de mí no significaba que no lo hiciesen de ti, así que quizá acabases en el fondo de la ría. O quizá no quisieses volver a cruzarte con aquella cobarde a la que tuviste que poner contra la espada y la pared para que reaccionase. Preferí no averiguar cual de la dos sería, lo dejé correr lamiéndome la heridas como siempre. Te había salvado, misión cumplida, podía permitirme hundirme otra vez en el pozo de autocompasión que tan bien conocía. Volver a mi prescindible vida que se aproximaba sin remedio a...

★ ★ ★

Mi veintisiete cumpleaños. Ole. Veintisiete años tirados por la borda, sin presente ni futuro. Quizá debería ir al cuchitril que tengo habilitado como laboratorio y en lugar de preparar la entrega de esta semana, cocinarme una tarta de sobredosis sin regresor y singlar hasta la muerte como hizo mi socio. Me pareció una decisión tan absurda, tan estúpida en su momento. Y aquí estoy sopesándola para mí misma.

Enciendo la solitaria vela pinchada en el donut sin agujero relleno de chocolate, ñam, y que acompañaré con el botellín de sidra de frambuesa. Mierda de la buena, de importación, tan cara que sólo puedo permitírmela en días como este. Suena el timbre del portero, siempre suena en los momentos más inoportunos. Debe ser la gente de la puerta blindada, para tomar las medidas. Ya podían haber venido a otra hora, otro día. No quiero levantarme del sofá pero lo hago. Me obligo a hacerlo. A saber cuándo pueden volver a pasarse.

—Abre —dice la voz a través del telefonillo y me veo compelida a obedecer. Casi ni lo cuelgo, el corazón me da un vuelco y salgo disparada al baño entre alarmas de peligro procedentes del tobillo. La imagen que me devuelve el espejo no es nada alentadora. Podías cuidarte un poco más, ¿no? Paso el cepillo a toda prisa por el enmarañado pelo, nada se puede hacer por las ojeras y la cara de cansancio. El timbre de la puerta se queja y yo con él. Pulsaciones a doscientos o por ahí. Venga, venga, venga, deja de intentar arreglar el estropicio de una maldita vez y ve a abrir la puerta.

Abro y entras sin pedir permiso. Lavanda, sí, sin duda. Lavanda.

—Hola —balbuceo mientras cierro tras de ti.

—¿Interrumpo algo? —dices haciendo un gesto con la cabeza hacia la mesita frente al sofá donde la vela corona el donut.

—No, nada. Es mi cumpleaños.

Arqueas una ceja. Se diría que te ha cogido con la guardia baja, si es que tal evento se da alguna vez.

—Felicidades, supongo.

—Gracias.

Quiero preguntar qué haces aquí pero no tengo ni la menor idea de cómo plantearlo sin que suene arisco, desagradable, repelente.

—¿Todo bien, niña bonita?

—Sí, supongo.

Regreso al sofá y soplo la vela para apagarla. No como quien pide un deseo, el mío ya lo tengo delante, si no para que deje de llamar la atención con su brillo descarado.

—Ayer fue lunes y no te vi en el club, así que pensé en pasarme para ver si todo iba bien. ¿Algún problema el viernes?

¿Me echaste de menos de verdad? ¿O tu curiosidad proviene del mero instinto de supervivencia? A fin de cuentas soy el eslabón que puede hundir tu cadena hasta el fondo de la ría.

—No, todo bien, tal como dijiste. No sospechan nada, estás a salvo. Pensé que lo prudente de ahora en adelante será aparecer sólo para las entregas.

Has cogido el botellín de la mesita y estudias la etiqueta con la curiosidad que un entomólogo dedicaría a un nuevo bicho.

—¿Sabe bien esto? No recuerdo haber probado nunca nada igual.

—Tráete un vaso de la cocina y lo compartimos. Si quieres.

Quieres. Te acomodas en el sofá dejando un espacio más que generoso entre nosotras. Cierras los ojos mientras hueles el medio botellín que te he servido en el vaso y le das un trago breve seguido de otro un poco más largo.

—Curioso. Toma —dices sacando del bolso una navaja y dejándola sobre la mesita—. Automática, doble filo. Mi regalo de cumpleaños.

—Gracias. Aunque no soy mucho de navajas.

—Descubrirás que puede ser más útil que la porquería con la que me apuntabas el otro día.

—¿Qué es lo tuyo con las navajas? ¿Tu madre te dijo que nunca salieses de fiesta sin llevar protección o algo así?

Ignoras la broma. Mal asunto, mal asunto. Los silencios no llevan a ninguna parte. Haz que siga fluyendo la conversación como sea, venga, vamos.

—¿Has probado mi mercancía?

Tu mirada me hace temer que he metido la pata hasta el fondo. O quizá estés pensado en dobles sentidos de la frase. No sé, debería haber cerrado el pico pero no se me ocurría nada más por donde salir.

—Una vez. Max me dio a probar una de cinco minutos.

—¿Y? ¿Qué opinas?

—Que fue tan jodidamente alucinante que me prometí no volver probarla en mi vida. Paso de adicciones.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

—Sólo si después no tienes que matarme, niña bonita.

¿Me has devuelto la broma? Lo has dicho que tal forma que es imposible saber si pretendías ser graciosa, sarcástica o qué.

—Harás bien en no repetir, es una pérdida de tiempo.

—¿No lo son todas las drogas?

—No, no. Me refiero a que esta lo es al pie de la letra. No hace nada. Es una sustancia binaria, uno de los componentes te noquea como si fuese anestesia general y el otro te fuerza a regresar a la consciencia. No hay nada

más, durante el tiempo que dura el viaje tu cerebro está en stand by, no experimentas nada de nada.

—Pero eso que dices no puede ser. Recuerdo pasarlo de coña.

—No, no lo recuerdas. Recuerdas recuperar la consciencia con la sensación de que te estabas perdiendo algo fantástico, como cuando te mandaban de pequeña a la cama sin poder ver terminar la película que daban en la tele. Esa sensación de frustración es un efecto secundario del regresor, la sustancia que te hace recuperar la conciencia. Tu cerebro rellena el hueco y asume que te lo estabas pasando... «de coña» y que te han sacado de ahí a la fuerza.

—Joder. —Das otro trago y el vaso queda casi vacío—. Joder. Así que estás puteando a Max con lo de las duraciones, da igual el tiempo que te pases grogui. ¿Cómo se te ocurrió hacer algo así?

—No fue deliberado. Trabajando en el regresor con mi socio nos dimos cuenta del problema. La idea para el proyecto inicial era corregirlo pero... bueno, ahora me es más productivo dejarlo como está.

—¿Tienes un socio?

—Tenía. Ya no.

No preguntas por él. Mejor, es algo de lo que no me apetece hablar contigo. Quiero hacerte tantas preguntas, conocerte aunque sea sólo un poquito, pelar una parte de ese envoltorio de misterio que te rodea. Pero a ti no parece apetecerte hablar de ti o de nada más. Dejas el vaso en la mesita y todo tu lenguaje corporal me dice que te vas a levantar y te vas a marchar.

¡No! No puedes. Eres mi regalo de cumpleaños, tienes que dejarme jugar un poco más. Mi mente entra en barrena buscando una vía de acción que te retenga un poco más junto a mí.

—¿Quieres probarlo? —pregunto a la desesperada. Me evalúas y entiendo el recelo que la ambigüedad de la pregunta te está provocando. No te estoy pidiendo que te acuestes conmigo. Bueno, sí, te lo estoy pidiendo, pero no con esa pregunta—. Nuestro proyecto inicial.

—¿Es otra droga?

—No, no exactamente. Era más un medicamento.

—Era.

—No salió por donde esperábamos. Pero te garantizo que es completamente seguro en su estado actual. Yo lo uso de vez en cuando. Con fines recreativos, no porque esté enferma ni nada, eh.

—No me gustan las adicciones, como te dije.

—Cero adicción, es como una aspirina. Y si no me crees, lo tienes fácil. No hay dónde conseguirla, no volverás a probarla.

—¿Hay agujas de por medio?

—Nada de agujas.

—Vale, pero sólo esta vez.

—Sólo esta vez.

Lleno un vaso hasta arriba con agua y hago lo mejor que puedo por limpiar la boquilla del inhalador. Espero que no seas escrupulosa. A mí no me importaría poner mis labios donde antes estuvieron los tuyos pero bueh, cada cual es cada cual. Saco el estuche de los regresores y extraigo un comprimido amarillo.

—Trágate lo con el vaso entero de agua.

Sujetas el comprimido entre los dedos y lo observas con atención, girándolo.

—¿Es esta cosa amarilla?

—No, no. Eso es el mecanismo de seguridad. Es lo mismo que te trae de vuelta en lo que cocino para Max.

Esperaba algún tipo de queja o resistencia. En su lugar, te tragas el comprimido sin decir nada y apuras el vaso de un trago.

—Toma este inhalador. Cuando te diga, aspira una dosis del él y céntrate en algún momento de tu pasado al que te gustaría volver. Te recomendaría un recuerdo feliz, allá tú. —No dices nada. Las manillas del reloj avanzan sin piedad—. Sentirás todo el tiempo como una sensación de atracción, una llamada. No te dejes arrastrar por ella hasta que no hayas terminado. Cuando te dejes ir, regresarás de la singladura. —Arqueas una ceja pero ya no hay tiempo para preguntas—. ¡Ahora!

Aprietas el inhalador y el compuesto entra en tus pulmones.

—Oye, no pasa nada. Pero nada de nada —dices al dejar el inhalador en la mesita.

—Dale tiempo —digo sin quitar la vista del reloj—. Respira despacio, relájate.

Tu respiración se detiene y sé que ya no estás aquí, ahora. Me gustaría aprovechar para acariciarte la mejilla, furtiva y culpable pulsión, pero sé

que no hay tiempo. Inspiras con fuerza, como si te estuvieras asfixiando, que en parte lo estás, y tu respiración recupera su ritmo normal.

—Mierda, mierda, mierda. Se me ha hecho tardísimo. Tengo que salir cagando leches o no llegaré a tiempo al club.

Te sujeto el brazo. Es la primera vez que yo inicio el contacto. Aunque hay capas de ropa entre tu piel y la mía, te estoy tocando.

—Tranquila. Mira la hora —digo mostrándote mi reloj de muñeca y me dedicas una mirada de absoluta incompreensión.

—¿He estado todo un día drogada?

—Apenas unos segundos.

—No. No, no. No, no, no, no. Me he pasado varias horas allí. No segundos.

—Lo sé, tranquila. Relájate y te lo explico. —Voy hasta la cocina a rellenar el vaso de agua otra vez y para darte tiempo a que puedas asimilarlo, a regresar del todo. Me gustaría preguntarte dónde has estado, qué te ha parecido. Pero no eres un sujeto de prueba, así que mejor te ayudo a entender lo que has vivido en lugar de sacarte información—. Toma, bébetelo. Vas a perder un montón de líquidos en los próximos minutos. Culpa del regresor.

—¿La amarilla?

—Sí, otro de sus efectos secundarios es una severa deshidratación.

—¿Qué ha pasado? —preguntas tras terminarte el vaso.

—Verás, por absurdo que suene, el tiempo no existe, es una ilusión.

★ ★ ★

Tu cara era un poema. Supongo que estarías considerando la posibilidad de que estuviese completamente zumbada y enfrentándola con la incongruencia que acababas de experimentar. Te lo expliqué y atendiste en silencio y prestándome un grado de atención que nunca antes te había visto.

Nuestro cerebro, esa mierda gris de la que tanto presumimos, es al mismo tiempo nuestro principal activo y nuestro mayor lastre. Hasta en el colegio más cutre del planeta te dirán que el cerebro es el encargado de procesar todas las señales que le llegan del entorno y a partir de ellas determinar cursos de acción con la intención principalmente de seguir haciéndolo el mayor tiempo posible. Es decir, es nuestro principal mecanismo de

supervivencia. El problema radica en que es una falacia como una catedral de grande.

Algo que ha preocupado a los científicos desde que la ciencia es ciencia es la preocupante constante de que en cualquier modelo que se postule para explicar la realidad, el tiempo como tal no es una variable unidireccional. Una fuerza, un movimiento, tienen una dirección y sólo una, y habrá de intervenir otra fuerza sobre ellas para alterarlas. Pero el tiempo no. No discurre, no hay una línea a seguir. Todo punto parece ser igual de accesible que cualquier otro, hacia delante, hacia atrás. Porque en realidad el paso del tiempo resulta ser un producto del cerebro, pura basura psicológica, una consecuencia de cómo éste procesa la realidad, no una característica de la realidad misma.

Cuando nos suministran anestesia general para una operación, perdemos por completo ese «tiempo» en que estamos anestesiados. No sucede como cuando dormimos, que somos conscientes del transcurso temporal a pesar de no estar conscientes. No. Estás en la mesa de operaciones y un instante después estás en tu cama en planta, horas después, sin intervalo alguno entre los dos instantes. Sucede porque en ese período el cerebro ha estado fuera de servicio y no ha podido inventarse para ti el transcurso del tiempo. Nuestro cerebro resulta ser el puñetero genio maligno de Descartes.

Al hacernos un escáner cerebral, lo que hacen es obtener cortes de distintas zonas del cerebro, reduciendo a una secuencia de imágenes bidimensionales lo que en realidad es un sistema tridimensional. Con el tiempo sucede lo mismo. La línea temporal existe toda de forma simultánea en un conjunto de dimensiones que nuestros sentidos no pueden procesar. Nuestro cerebro al interpretarla ha de hacer cortes que va ordenando en base a un adulterado principio de causalidad, porque en realidad todo sucede de forma simultánea y no hay un antes que cause su después. La sucesión de esos cortes que procesa el cerebro, como el paso de fotogramas de una película, crean la sensación de transcurso del tiempo, cuando en realidad es la lectura de la estructura temporal lo que se mueve y no la propia estructura, al igual que la película existe en su totalidad a pesar de que sólo unos pocos fotogramas se proyecten en cada instante.

Mi socio estaba obsesionado con esa idea. También con el concepto del cerebro como máquina cuántica diseñada para leer secuencialmente la estructura temporal. Pensaba que si era capaz de alterar la disposición del mecanismo de lectura alterando el estado cuántico del cerebro, se podría saltar de un punto a otro sin tener que pasar por todos los intermedios.

Cada punto equivaldría a uno de los estados de fase del conjunto de la estructura temporal y a la concatenación secuencial de varios de ellos la llamamos macro. Nuestra vida no es más que una macro leída desde el principio al fin de nuestra existencia.

Trabajamos durante tres largos años por nuestra cuenta. Nadie nos quiso financiar, nadie nos tomó en serio, ni hablar de autorizaciones para los ensayos. Así que lo hicimos clandestinamente, nos financiamos fabricando drogas de diseño y condujimos los ensayos con voluntarios que no tenían nada que perder. Y lo conseguimos, conseguimos alterar el cerebro de tal forma que podíamos saltar de un estado de fase a otro a voluntad. A ese desplazamiento lo llamamos singular. Y al singular, es la propia conciencia la que se desplaza hasta la macro elegida, como si se rebobinase. Lo cual significa que el «tiempo» sigue «transcurriendo» para la mente pero no para el cuerpo que se abandonaba al singular, al que se regresa en el mismo instante en el que se le abandona. Por eso es posible estar horas en una macro sin que apenas pase tiempo para el cuerpo. O el tiempo que transcurre entre dos latidos del corazón, para ser más exacta.

Y entonces fue cuando todo se torció. Pero eso decidí callármelo, ya era suficiente que asimilar como para complicarlo con asuntos que ni te iban ni te venían. Te marchaste aturdida y no volví a saber de ti el resto de esa semana.

Así que cuando el viernes...

★ ★ ★

—Max quiere verte en su despacho —dice el matón mientras retira la mercancía de la mochila. Hace un gesto hacia la puerta que da al club en sí desde la zona de entrega de mercancías en los que realizamos los intercambios—. Ya recogerás la mochila con la pasta al salir.

—¿Algún problema?

—¡Y yo qué cojones sé! Max quiere verte en su despacho, a mí no me da explicaciones de porqué o porqué no.

—¿Me llevas entonces? No tengo ni idea de dónde está el despacho de Max.

El matón murmura entre dientes y se lleva la mano al comunicador de la oreja.

—Necesito a alguien que escolte a la puta cocinera hasta el despacho de Max.

No tarda en aparecer una de las camareras del club, mascando chicle y embutida en ropa varias tallas inferiores a sus medidas. No sé ni cómo puede caminar, moverse o simplemente respirar sin que estalle la tela. Entramos en el club y mi mirada se siente atraída como un imán hacia las barras donde las bailarinas llevan a cabo sus números. Es pronto, así que sólo una de ellas entretiene a la escasa concurrencia. No eres tú, por lo que el punto pierde todo su magnetismo. Mientras atravesamos el club rebusco con la mano en el interior del bolso hasta encontrar el contacto duro de la navaja que me regalaste. La introduzco dentro de la manga de la cazadora, dejándola sujeta en parte por el elástico de la muñeca. No me gustaría tener que averiguar si es tan útil como afirmaste pero mejor prevenir.

Atravesamos la puerta por la que el gorila trajo el dinero la primera vez. Tras ella, un estrecho pasillo con puertas en la pared derecha cada dos o tres metros. Camerinos, supongo, o dependencias para placeres VIP desatados. La iluminación es tan deliberadamente pobre como en el resto del club. El despacho está en el fondo del pasillo, donde éste se bifurca a derecha e izquierda. Tipo listo, dos rutas de huida en caso de emergencia. La camarera golpea tres veces en la puerta y espera a que Max dé permiso. Abre y me hace una señal con la cabeza para que entre.

El despacho de Max tiene un fuerte olor a almizcle con notas de algo que se parece a la pintura industrial. Él está sentado tras una mesa de aspecto caro, carísimo, en una butaca cara, carísima, sobre la cual luce un cuadro falso, falsísimo. Si fuera el original no estaría colgado ahí porque debe de valer más que toda esta manzana junta. La decoración en tonos claros y el exceso de iluminación suponen un contraste brutal con el resto del club.

—Siéntate —me dice en tono neutro mientras mantiene la atención centrada en la pantalla del ordenador.

Las dos sillas frente a la mesa me obligan a quedar de espaldas a la única puerta, posición estratégica de lo más inconveniente. Valoro si sentarme en el sofá tapizado en cuero rojo ferrari que hay en el lateral más alejado de la puerta pero la sospecha de las actividades que sobre él hayan podido ser realizadas me quita las ganas. Silla sea. Max teclea algo, da un par de golpes de ratón y se gira hacia mí.

—Mi cocinera favorita —dice empuñando una sonrisa de lo más falsa. La esclerótica de sus ojos presenta cierta decoloración amarilla característica del uso abusivo del regresor—. Tengo un par de cosas que comentarte, si no te importa.

—Tú dirás.

Metó pulgar e índice de la otra mano dentro del elástico de la manga y sujeto con ellos la navaja. No sé si me dará tiempo a sacarla y abrirla en caso necesario pero al menos su contacto aporta seguridad.

—Verás, uno de mis hombres le está dando cosa mala a tu producto y me pregunta si sería prudente tomarlo sin la cosa esa amarilla. Para ahorrar costes, ya sabes.

Uno de tus hombres, ya. Yo también tengo una amiga que lleva ahora mismo una navaja bajo la manga, mira qué casualidad.

—No, bajo ninguna circunstancia.

—Pero creo que dijiste que sin eso el viaje podía durar tanto como se quisiera.

—También dije que sin el regresor el consumidor no vuelve por su propia voluntad. En la mayoría de los casos es un viaje sin retorno. Y dile que abusando del producto se expone a sufrir daños cerebrales irreversibles y posible daño renal en el mejor de los casos. A palmarla en el medio plazo casi seguro.

Max se pasa la mano por el pelo mientras finge contemplar los papeles que tiene en la mesa. Le da la vuelta a uno de ellos y lo pasa de un montón a otro.

—Vale, se lo diré. ¿Podrías aumentar la duración del viaje más allá de una hora?

—Puedo extenderla todo lo que quieras. Otro asunto es que sea recomendable. Más allá de las dos horas el cuerpo se resiente y los riesgos de derrame cerebral se disparan.

—Dos horas, ¿eh?

—Como máximo. Yo no pasaría de una.

—Vamos a reequilibrar el pedido entonces. En quintos, no en cuartos.

Cinco, quince, treinta, una y dos horas. ¿Te va bien?

—Sin problema.

—La otra cosa es que la sonrisa amarilla se vende como rosquillas.

Estaba pensando en dar el salto a la distribución nacional. ¿Cómo lo ves?

—¿Sonrisa amarilla?

—Es el nombre que le dan a tu chuchería. Por la cara que se les queda cuando se colocan, ya sabes.

—Pues lo veo complicado. Podría llegar a los quince kilos semanales en el mejor escenario pero ahí está el límite. No creo que sea suficiente.

—¿Y si te consigo ayudantes para aumentar la producción?

Ya, claro. Lo que quiere es averiguar el proceso de fabricación para poder dejarme a un lado. Y yo voy y me chupo el dedo.

—Esto no es una de esas mierdas que un paleta analfabeto puede cocinar en una caravana. Requiere una precisión absoluta o los consumidores empezarán a morir como peces fuera del agua. Y no queremos matar la gallina de los huevos de oro, ¿verdad?

Max asiente y le da la vuelta a otro de los papeles.

—Tú eres la experta, me fío de tu criterio. ¿Quince por semana entonces?

—Creo que no habrá problema. Déjame probar esta semana. El viernes que viene te traeré el máximo posible, con suerte algo más de quince.

—Sabía que no me fallarías, hija de puta avariciosa.

—Siempre dispuesta a aumentar los beneficios.

—Tómame algo en el club, invito yo. Te mandaré a una de las chicas para que te haga compañía, también por cuenta de la casa.

—En otra ocasión, tengo algo de prisa esta noche —digo mientras me levanto—. Quedamos así entonces.

Se despide y me apresuro a salir de allí con tan mala suerte que en el pasillo casi tropiezo contigo. Vas vestida, si a eso se le puede llamar vestido, con el traje de faena para la barra vertical. Me ignoras por completo, como si no me conocieras de nada, y tiras por el pasillo de la izquierda, que debe de conducir tras el escenario. Me apetece lo indecible quedarme a verte bailar pero mejor no levantar la liebre. Si le he dicho a Max que tengo prisa, ahora no puede salir y verme mirándote embobada. Con todo el dolor de mi corazón, recojo en la entrada de mercancías la mochilla con el pago semanal y me voy.

★ ★ ★

Veintitrés kilos. Era el tope que podía conseguir en una semana bajando al límite y lo sabía de sobra. Pero nunca quieres trabajar al límite, así que serían catorce los que serviría el viernes siguiente, nueve ases en la manga para afrontar futuras presiones de Max.

Debí darme cuenta de que algo andaba mal en aquella reunión. Estaba tan dispersa... Max había cedido con demasiada facilidad, replegando velas a toda pastilla en lo que era un claro intento de averiguar el proceso productivo de la mercancía. Buena suerte para mí por una maldita vez, pensé. Las narices. Ya se sabe, no hay mayor ciego que quien no quiere ver.

Ver, lo que era ver, sólo podía verte a ti. Jugué con tu imagen alejándose pasillo adelante durante buena parte de aquella noche, así que a la mañana siguiente dormía a pierna suelta cuando...

* * *

El timbre. El jodido, maldito, puto timbre. Son la siete y pico de la mañana de un sábado, virgen santísima. No pueden ser los de la puerta blindada, es muy pronto para que la tengan y no trabajan en sábado. ¿Es que ya nadie respeta nada?

Me cubro la cabeza con la almohada pero es en balde. Me he desvelado. Ahora mismo lo que tengo son ganas de asesinar a alguien, lenta y dolorosamente, vengar al sueño que quiso y no pudo ser.

—¡Qué! —grito con muy malos modos a través del telefonillo.

Y toda la mala sangre se decanta y desaparece en cuanto escucho tu voz al otro lado. Maldita sea. Abro. Qué desastre, qué desastre. No estoy ni de lejos presentable. Pero espera, oye. Quizá pueda utilizar la desgracia en mi propio beneficio. Sólo llevo puesta la parte de arriba del pijama. Desabotono uno, dos, ¿tres botones? Venga, qué más da, que vea lo que se está perdiendo, lo que podría tener si tan sólo quisiera. Que ya sé que no, pero bueh, será por intentarlo. Un par de pellizcos y ahí están mis nenas, marcándose contra la tela. ¿Me pongo las bragas? ¿Seré demasiado descarada si me quedo sin ellas? La chaqueta del pijama es larga como para dejar intuir sin mostrar. Huy, no, demasiado asilvestrado ahí abajo, qué horror. A ver dónde demonios cayeron anoche. Ahí están. Suena el timbre. Rápido, rápido, arriba. Ya está. Ahora mi mejor cara de «estoy tan dormida que ni coordino». Eso es. Tres, dos, uno.

Abro con un ojo medio abierto y el otro medio cerrado. Improviso un bostezo y me desperezo. Después, media vuelta ante tu cara de póker y arrastro lo pies hacia el centro de la sala.

—¿No es un poco pronto para estar levantada? —pregunto con voz pastosa.

—Aún no me acosté, quería venir antes por aquí.

—Me voy a duchar si no te importa.

Dudas unos segundos. Estoy de espaldas a ti y no veo la expresión de tu rostro, no sé si tienes la vista clavada en mí o rehúyes la mirada. Me gustaría que me estuvieras recorriendo de arriba abajo. ¿Lo haces?

—Dale, no tengo prisa —dices al fin.

Termino de desabotonarme la chaqueta del pijama y la dejo caer en la sala. Me deshago de lo demás en el baño y entro en la bañera. Ni el agua fría puede calmarme. Después de lo de anoche pensé que mantendría a raya las ganas durante una temporada pero saber que estás al otro lado de la puerta me pone a mil. Fantaseo con la idea improbable de que decidas entrar y unirte a mi y aunque sé que no, esto ya no hay quien lo pare. Me recuesto en la bañera y me alivio a base de bien. Espero que no escuches mis jadeos. O sí, escúchalos. Escúchalos y entra, son por ti.

Por supuesto, no lo haces. Las fantasías son sólo eso, fantasías. Me apresuro a secarme, no vayas a hartarte de esperar y levantes el vuelo. Has abierto la ventana y miras la calle apoyada en la jamba, así que no hay por qué hacerse la interesante. Me deshago de la toalla y me visto con lo primero que encuentro.

—¿Quieres café? —pregunto para hacerte saber que ya estoy operativa.

—No, de aquí me voy directa a la cama.

Me muerdo el labio para no ofrecerte la mía. Calma, calma. Respira.

Céntrate en hacer el café.

—Anoche te vi salir de la oficina de Max.

—Sí, quiere que aumente la producción. Nada que ver con lo que tú y yo sabemos, no te preocupes.

—Vale, me quedo más tranquila. Oye, deberías darme tu número, así no tengo que venir cada vez que me cague viva del susto.

—Claro, luego te lo doy. Pero no me importa que vengas, eh. ¿Quieres alguna otra cosa, cerveza, un refresco...?

¿Singular de nuevo? No lo digo, queda en el aire. Ya has averiguado lo que se supone que querías averiguar y no te veo con trazas de marcharte. Casi diría que era una excusa.Quieres algo más y como entiendo que no soy yo ese algo más, sólo puede ser lo otro.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dices.

La respuesta es sí, no importa cuál sea la pregunta. Sí a todo. Pídeme lo que quieras.

—Claro, lo que quieras.

Me sirvo el café y me acomodo en el sofá. Tú no te mueves de la ventana. Te estás mordiendo el labio inferior.

—Lo que me diste el otro día... ¿es real? Quiero decir, parecía como un sueño pero es tal cual lo recordaba. ¿Estuve allí de verdad, con todo ese rollo que me explicaste de mover la conciencia y eso?

—Así es.

—¿Y se puede cambiar algo allí? Tuve la sensación de ser una pasajera, de verlo sin tener control sobre lo que hacía. Bueno, ni eso. Mientras estaba allí no era ni consciente de venir desde aquí, no sé cómo explicarlo.

Soplo la taza, el café aún está muy caliente. No tenías ningún control sobre tus actos porque en realidad nunca lo tienes, todo lo que va a suceder ya ha sucedido y volverá a hacerlo por siempre. Pero me lo callo, no quiero asustarte.

—Tranquila, sé lo que dices, yo he singlando mi buena ración de veces. No, no puedes cambiar nada. Vuelves a vivir el mismo momento porque has vuelto allí, como una película que se rebobina. Mientras tu conciencia esté en la macro, donde quiera que eso sea, no estás aquí ni eres consciente de que es un regreso a donde ya estuviste, salvo por la llamada del regresor que interfiere con la experiencia. Experimentarlo como un sueño es precisamente parte del mecanismo de seguridad, consecuencia del regresor, para que puedas salir de la macro en cualquier momento. Fue algo que aprendimos por las bravas. Los primeros sujetos del ensayo... bueh, no volvían. Nunca. Tuvimos que recurrir a inducirles paradas cardiorrespiratorias para luego reanimarlos con la esperanza de que recuperasen la conciencia fuera de la macro. —Doy un trago al café. ¿No te apetece venir a sentarte junto a mí? No, o lo harías—. Perdimos a alguno por el camino. Los que lo consiguieron... no recordaban nada útil. Así que mi socio decidió singlar para averiguar el problema de primera mano.

—¿Y volvió?

—Después de varias descargas de desfibrilador. Al menos él fue capaz de atisbar el problema: los sujetos no regresaban no porque no quisieran, era porque no podían. Al singlar sin regresor la experiencia era tan real que se quedaban inmersos en ella y volvían a vivir todo desde el momento elegido para entrar en la macro singlada hasta el momento

en que les habíamos hecho singlar. Una vez que alcanzaban ese punto, su conciencia regresaba al punto de partida de la singladura y entraban en un bucle que les era imposible abandonar. Por eso diseñamos los regresores. Mi socio decía que con ellos la experiencia no era tan real, pero eh, poder volver sin tener que morir para conseguirlo tiene su punto.

—La leche... Entonces algunos singlaron años seguidos.

—Décadas.

—¿En unos segundos?

—Sí, podrían haber sido unos segundos pero como no volvían... En el tiempo que tardábamos en reanimarlos.

—Es decir, que puedes irte durante todo el tiempo que quieras.

—No, ya no. En cuanto pierdes la consciencia durante la singladura, por ejemplo al dormirte, el regresor hace su trabajo y te devuelve al presente. Es el mecanismo de seguridad definitivo, nunca vas a estar más de un día singlando. Por si acaso.

—Yo me he pasado más de un día sin dormir.

—Bueno, dos, tres. Me entiendes. Siempre acabamos durmiendo y entonces, zas, vuelves quieras o no.

—¿Y estás segura de que es real? Quiero decir, ¿no será una alucinación, un recuerdo aumentado por la droga o algo así?

Sonríó. Yo misma formulé esa pregunta en su momento, casi en los mismos términos. Así que voy a copiar la respuesta que me dio mi socio en su día. Dejo el café en la mesita y voy al dormitorio a por el estuche de regresores y el inhalador.

—¿Quieres? —te ofrezco al regresar a la sala.

—No, hoy no.

Me trago el comprimido amarillo a palo seco, ya beberé después, y controlo las manecillas del reloj. No me quitas la vista de encima y me encanta. Acciono el inhalador y aspiro.

* * *

Estoy apoyada en la jamba de la ventana. Tú estás a mi lado, casi puedo sentir tu calor. Hoy no hueles a lavanda, sólo a limpio, quizá porque vienes de bailar y no de casa.

A esta hora de la mañana el parque que se divisa frente a mi apartamento tiene poca actividad: algún madrugador haciendo footing, un par de trasnochadores a punto de caerse de cansancio, un tipo paseando a un perro. El perro sale disparado de repente y se cruza en la trayectoria del corredor, que tropieza con la correa extensible del chucho y se cae. El corredor se levanta del suelo y se acerca al dueño del perro dando voces. No tardan ni un segundo en liarse a hostias.

—¿Ves? Te lo dije.

—¡Hostia puta! Esa mierda sirve para ver el futuro...

★ ★ ★

Jadeo en busca de aire. Sigues mirándome y creo detectar curiosidad. Quizá así te has convencido de que el otro día estuviste ausente sólo un par de segundos.

—Dentro de unos minutos un tipo haciendo footing por el parque va a tropezarse con la correa de un perro y se va a caer. Luego él y el dueño del perro se lían a hostias.

—Sí, ya, claro.

Me encojo de hombros. Si no quieres creerme es cuestión de tiempo, por irónico que resulte. Me acerco a la ventana, a ti. El aire primaveral aún es fresco a estas horas y un escalofrío me recorre al apoyarme en la jamba. Te sitúas a mi lado, tan cerca que casi puedo sentir tu calor. Hoy no hueles a lavanda, sólo a limpio, quizá porque vienes de bailar y no de casa.

A esta hora de la mañana el parque que se divisa frente a mi apartamento tiene poca actividad: algún madrugador haciendo footing, un par de trasnochadores a punto de caerse de cansancio, un tipo paseando a un perro. El perro sale disparado de repente y se cruza en la trayectoria del corredor, que tropieza con la correa extensible del chucho y casi se cae. Encara al sueño del perro con muy malas maneras y acaban dándose de ostias mientras uno de los trasnochadores lo graba todo con el móvil.

—¿Ves? Te lo dije.

—No me jodas que puedes ver el futuro... Pero no se ha caído. El corredor, digo. Casi pero no.

—¿Quieres la explicación larga o la corta?

—¿Una que vaya a entender?

—Es difícil retener los detalles, ya sabes, por lo de que parece un sueño

—miento. Pero, ¿ves que fácil ha sido? Esta era la única respuesta que ibas a conseguir, sin embargo te he ofrecido una falsa capacidad de elección y crees haber estado en control de lo que has obtenido—. Cuando visitas el pasado es más fácil recordarlo porque ya tienes un poso en la memoria. Del futuro...

—Entiendo. Vamos que no...

—No, no se pueden averiguar los números de la lotería y forrarse el riñón o ya lo habría hecho hace tiempo.

Te ríes. Es la primera vez que oigo tu risa desde que te conozco. Siento como si hubiese abierto un hueco en esa coraza con la que te rodeas. Un hueco pequeñito por el que me gustaría colarme para acurrucarme dentro de ti.

—Siempre pensé que era inútil conocer el futuro —dices—. Si no se puede cambiar, saber lo que va pasar no cambiará nada. Y si se puede cambiar, lo mismo no pasa lo que se ha visto. Tontería en cualquier caso.

Me gustaría volver a tener ese grado de ingenuidad, esa despreocupación por un porvenir que crees como un libro en blanco que espera a ser escrito. Es mejor no saber, créeme. Es mejor vivir en la inopia como lo hace todo el mundo.

—Por cierto, gracias por la navaja. Anoche me hubiese salvado el día si las intenciones de Max hubiesen sido otras.

La expresión alegre desaparece de tu rostro y la sustituye la habitual cara de póker.

—No creo. Que te sirva de nada, digo. ¿Sabes usarla?

—Abrir, hacer pupa, ¿no?

—Es más pinchar, sacar, repetir. Ya te enseñaré a usarla algún día.

—¿Por qué no hoy?

—Porque esta noche trabajo otra vez y tengo que dormir algo, niña bonita.

Vale, vale, oído cocina. Demasiado de prisa. Mejor pequeños pasos hacia la victoria final que acelerar una derrota prematura.

—Bueno, yo voy a ducharme otra vez, estoy sudando a mares.

Ni caso a la invitación velada. Recoges el bolso y te marchas. Al menos sé que volveré a verte por aquí porque se te ha olvidado volver a pe-

dirme el número de teléfono. Y te he hecho reír. Eso tiene que contar. Me voy desnudando camino a la bañera, dispuesta a aliviarme un par de veces más.

* * *

Tú no estabas preparada para escuchar la verdad ni yo para contártela. Demasiadas implicaciones, demasiados riesgos. Aunque podría haberme ahorrado ocultártelo, porque el resultado final fue el mismo. Pero bueh, fue mi decisión, tenía que intentarlo. Volviste un par de días después, con la excusa del teléfono. Tampoco singlaste esa vez, apenas paraste unos minutos. Pensé que quizá no volverías, pero lo hiciste, el viernes a mediodía. Entonces sí me pediste volver a singular y aceptaste mi invitación para quedarte a comer. Me esforcé por comportarme como si no provocases nada en mí, cimentar como es debido la amistad que parecía estar surgiendo poco a poco.

Aquella noche le serví catorce kilos a Max. Refunfuñó un poco por no haber llegado a los quince prometidos y después se conformó con lo que había. A fin de cuentas era casi el triple que las semanas anteriores.

Las semanas siguientes siguieron la misma dinámica: te dejabas caer en un par de ocasiones y sólo singlabas una de ellas, quizá para convencerte a ti misma de que no estabas enganchada. Nunca salíamos de mi apartamento, nunca te quedabas mucho tiempo. Hablábamos de tonterías intrascendentes, ni tú te interesabas por mí ni yo intentaba profundizar en ti, un pacto tácito de lobas solitarias que no hacen manada. Pero eslabón a eslabón íbamos conformando una cadena que nos unía. Cadena que empezaba a no pasar desapercibida...

Escucho abrirse el portal mientras espero al ascensor y tiemblo. Ese manajo infinito de llaves que resuena sólo puede pertenecer a mi vecina del piso de encima, que resulta ser también mi casera. Aprieto compulsivamente el botón de llamada del ascensor en vano, esta máquina antediluviana es más lenta que una tortuga. En efecto, la figura pequeña y escuchimizada aparece y me ve. Demasiado tarde para optar por las escaleras, no queda si no apechugar.

Debe tener doscientos o trescientos años y va siempre tan emperifollada que se diría que acude a diario a banquetes de gala en la embajada.

—Hola, vecina —me saluda.

—Hola —respondo fingiendo una sonrisa. No es mala gente en el fondo y me ha ayudado un par de veces cuando de verdad lo necesitaba. Pero eso no quita que sea insufrible su manía de querer convertirme a lo

que ella denomina vida decente, que en su mundo significa ser hetero, estar casada y tener críos. Acto de proselitismo en tres, dos, uno...

—¿La chica del pelo de colores es una de esas novias tuyas de quita y pon? —me suelta a bocajarro. No hay ser humano o animal que entre en el edificio sin que ella lo controle, etiquete y meta en su respectiva cajita. Y tiene mérito viviendo en el séptimo.

—No, es una compañera de trabajo.

—Ah, ya decía yo que para ser novias no escuchaba los gemidos. Qué quieres, hija, —se defiende ante mi mirada estupefacta—, mi dormitorio está día le dan trabajo a gente con el pelo de payaso?

—Es artista.

—Ah, bueno, eso lo explica.

El ascensor llega y las puertas pelean consigo mismas para abrirse por fin. A veces me pregunto quien tendrá más edad, si el ascensor o mi vecina. Corretea al interior con una vitalidad que no se le supone y pulsa su planta. Ya estoy jodida, este cacharro sólo acepta un destino por vez, así que primero habrá que subir hasta la suya aunque yo me quede una planta por debajo.

—Pero tú eras pinche o algo de eso, ¿no?

—Llevo el catering en la misma empresa.

El ascensor decide empezar a moverse con un tirón y todo el mecanismo gime y amenaza con convertir el reducido espacio en un ataúd móvil. Si entrase una tercera persona más moriríamos por falta de aire y al menos la posibilidad de fallo mecánico pasaría a ser irrelevante.

—Lo que tienes que hacer es buscarte un buen mozo, que no vas a ser siempre joven y bonita. Aprovecha ahora y asegúrate los garbanzos de la vejez.

—Es que ya no quedan príncipes azules, por eso lo intento con las princesas. Si encontrase uno como su difunto marido de usted lo mismo me lo pensaba.

Nunca falla, alabar a su marido hace que se le iluminen los ojitos de esa cara ajada y suspire. Es cruel mandarla de una patada a sumergirse en sus recuerdos pero también es la estrategia más eficiente para que deje de organizarte la vida durante un rato.

—Sí, lo era, todo un príncipe azul. Y de los de verdad, ¿sabías que estaba emparentado con la realeza?

Sí, y también que fue ministro, juez, piloto de aviones comerciales y cualquier otra fantasía que se le ocurra sobre la marcha.

—Ya no quedan así, como le dije.

—Aquel chico con el que estabas al principio no parecía mal partido.

—No estaba con él —le aclaro por enésima vez. Se refiere a mi socio y es el clavo ardiendo en el que se agarra para no darme del todo por perdida—. Sólo trabajábamos juntos.

—Tenía una sonrisa bonita y los dientes cuidados. Nunca te cases con alguien que tenga los dientes hechos polvo. —Sus consejos no dejan de maravillarme, poniendo el matrimonio no pocas veces a la altura de la compra de ganado—. Voy a poner té al fuego, ¿quieres venir y charlamos un ratito con unas pastitas?

Me rompe el corazón decirle que no. No tiene familia y se pasa todo el día sola salvo por sus salidas matutinas, que me temo son a misa. Y tengo con ella una deuda de gratitud aún en vigor, pero es que ahora mismo me viene tan bien hacerle compañía como una docena de patadas en el estómago.

—En otra ocasión, vengo a coger una cosa que olvidé y vuelvo a salir.

—Como veas. Sabes que siempre tienes mi puerta abierta para lo que necesites.

La puerta del ascensor, a su vez, se abre tras un par de intentos fallidos. Ella corretea al descansillo y la sigo. Prefiero bajar por las escaleras, este último estertor del ascensor no me ha gustado un pelo. Me despido y bajo los escalones simulando prisa. El sonido de trasteo metálico junto a una conversación apagada me llega ya en las escaleras. En cuanto alcanzo el rellano veo a dos hombres en tratos ilícitos con mi querida puerta. Uno de ellos se da la vuelta al oírme llegar y golpea al otro, arrodillado, en el hombro.

—¡Eh! —grito. La adrenalina se ha disparado y me nubla el juicio. Debí seguir escaleras abajo, debí hacerme la loca. Demasiado tarde. El que está de pie se abalanza sobre mí y me empuja. Pierdo pie, doy con mis huesos en el suelo. Me cubro la cabeza con el brazo instintivamente pero el golpe no llega. En su lugar, el sonido de pasos a la carrera escalera abajo me informa de que por esta vez me he librado. En el descansillo entre plantas asoma la cotilla de mi casera, alertada por el ruido.

—¿Estás bien? —me pregunta sin atreverse a bajar del todo.

—Sí —digo mientras me incorporo—. Dos hombres estaban intentando forzar mi puerta.

—Madre del amor hermoso —dice mientras ahora sí baja hasta mi planta—. ¿Habías cambiado ya la puerta?

Asiento y sonrío. Los muy desgraciados deben estar maldiciendo la inesperada puerta blindada en estos apartamentos de mierda. Deben estar pensando que no han podido entrar en mi apartamento por culpa de la puerta, que esa es la causa de que no lo hayan conseguido. En realidad que la puerta esté blindada es la consecuencia de que no hayan podido entrar pero sus mentes limitadas, embrutecidas, subyugadas por el ilusorio principio de causa-efecto no lo podrían asimilar ni aunque les dibujase un croquis.

★ ★ ★

Convencer a mi casera de que no tenía sentido llamar a la policía resultó ser el mayor quebradero de cabeza que me originó aquel incidente. No podía estar del todo segura pero apostaba a que aquellos dos hombres no le eran desconocidos a Max. Si los había puesto a seguirme para encontrar el laboratorio donde fabricaba la sonrisa amarilla, debían haber llegado a la conclusión de que lo hacía en mi apartamento, puesto que era el único lugar no público al que accedía. Craso error. El cuchitril habilitado como laboratorio estaba en uno de los sótanos del edificio al otro lado del patio de luces, a través del cual accedía sin ser vista desde la calle. Fue el principal motivo que nos llevó a mi socio y a mí a alquilar los apartamentos en este bloque, al lado mismo del «trabajo» aunque desconectado de él. E ideal para ofuscar situaciones como la que ahora me estaba oliendo.

Dos días después te comenté el suceso y lo obviaste con un «sabías dónde te metías». Quedó claro que le dabas mayor importancia de la que aparentaste cuando en tu siguiente visita ni subiste a mi apartamento. «Baja», fue todo lo que me ordenaste por el telefonillo del portero y obediente acudí. Primera vez que nos veíamos fuera de las paredes de mi caja de zapatos desde la muerte de Gorila, riesgo que supuse calculado y asumido en aras de un bien mayor. Me tiraste un casco de moto, cutre, plástico, apenas un quitamultas, y nos subimos en una montura que rugió primero por las calles de la ciudad para después recorrer el paseo marítimo como un tsunami hambriento por devorar la costa.

Nuestro destino se hallaba a las afueras, en uno de los destartalados bloques de viviendas construidos a toda prisa y con dudosa calidad para acoger la expansión de población que experimentó la ciudad a mediados del siglo pasado. En el segundo piso estaba...

★ ★ ★

Tu apartamento es bastante más grande que el mío, aunque seguro que el alquiler no te cuesta ni la mitad. Al entrar mi nariz consigue por fin respirar aliviada. Todo el bloque huele a humedad, a cerrado, a moho. No aquí, aquí la lavanda te acoge y te mece, balsámica. No hay muebles, paredes desnudas con alguna mancha de humedad, una bombilla pelada colgando en el recibidor. Otra similar cuelga de lo que parece la habitación principal. En ella hay un colchón en el suelo con algunas sábanas arrugadas sobre él, una barra horizontal anclada en la pared y otra vertical casi en el centro de la habitación. Tu lugar de entrenamiento, supongo. No hay armarios, ni mesillas, ni mueble alguno. La ropa cuelga de otra barra, una de esas con ruedas que sólo había visto en las noticias de pasarelas o de diseñadores de moda. Rompe la austeridad un equipo de audio enchufado a la pared, dos altavoces unidos a una base para el teléfono. El maniquí masculino que descansa cerca de la ventana, con uno de los brazos roto y evidentes signos de haber visto mejores tiempos, cierra toda la decoración.

—¿Bebes? Creo que tengo algo frío en la nevera.

—No, gracias. ¿Vives aquí?

—Duermo aquí, poco más. Aquel de allí —dices señalando al maniquí— es mi querido compañero de piso y se llama caraculo, aunque puedes utilizar el insulto que mejor quieras. Hoy tú y él os vais hacer amiguitos.

Me dejas descolocada. Nunca sé si estás de guasa o hablas en serio. Si es lo segundo, temo por tu estabilidad mental. Quizás seas una de esas personas desequilibradas que fuera de su entorno íntimo parecen normales, pero sólo fuera de él.

Te quitas la cazadora y la camiseta deportiva deja a la vista tus hombros y parte de la espalda. En cada uno de los omoplatos hay un ojo tatuado, ambos de diferentes formas, diferente tonalidad, diferente tamaño. Sin embargo, tal cual lucen ahora no puedo evitar pensar que es la mirada amenazadora de alguien que me observa tras el pasamontañas que conforma tu camiseta. Aunque ahora no está a la vista, sobre el recorrido de tu columna vertebral hay un enorme tatuaje que imita un el cierre de un corsé y deshace la impresión de la mirada, dotando a cada uno de los ojos de tus omoplatos de una individualidad de la que carecen en este momento. Te agachas junto al maniquí y recoges del suelo lo que resulta ser un cuchillo de plástico.

—¿No querías que te enseñase a usar la navaja? Pues acércate a caraculo y empecemos. Lo primero, tienes que llevarla donde puedas cogerla con facilidad. Dentro del bolso no sirve de nada, si tienes que pararte a abrirlo y rebuscar dentro la has cagado. Un bolsillo del pantalón, la cha-

queta. Siempre en el mismo lugar y tienes que practicar a sacarla y abrirla sin dejar de mirar lo que provoca que la necesites. ¿Me sigues?

—Practicar cómo sacarla.

—Sí, una y otra vez, hasta que se convierta en algo mecánico.

—Vale.

—Toma —dices mientras me tiendes el cuchillo—. Ataca a caraculo.

El pobre maniquí recibe en el estómago un golpe que le propino con toda mi mala leche.

—Mal. Ese tío pesa treinta o cuarenta kilos más que tú. Si le das en la barriga la has cagado otra vez. Que sí, que la herida puede ser mortal si haces pupa pero va a tardar horas en casarla y mientras tanto averigua con quien se va a desquitar. Si no te queda otra opción que enfrentarte, lo que tienes que hacer es incapacitarlo lo más rápido que puedas.

—¿Intento clavársela en el corazón?

—Sí, claro, puedes intentar lo que te dé la gana. Pero ahí tienes costillas de por medio. En el mejor de los casos quitaran potencia al golpe, si es que no se parte la hoja o se queda enganchada. Si es grande, un cuchillo de monte, un puñal o algo así, puedes intentar un golpe de abajo arriba, entrando por el estómago para apuntar al corazón. Pero oye, sorpresa, si el tío respira, a diferencia de aquí mi amigo va a usar sus brazos para defenderse. Es un golpe difícil de cojones.

—¿Tiro la navaja y echo a correr?

Te ríes. Me estoy dando cuenta de lo verde que estoy. O de lo madura que estás tú en estas lides. Es una enorme suerte que no haya tenido que sacar la navaja nunca, porque me da que lo único que hubiese conseguido con ello sería haber muerto más rápido.

—Anda, trae, que no tienes albeliá ninguna. —Recuperas el cuchillo, estiras el cuello a un lado y a otro y le haces una reverencia al maniquí. Ahora soy yo la que me río—. Lo primero, nunca un solo golpe. La gente tiende a clavar y listo, o a clavar varias veces en el mismo sitio. No, nunca. Múltiples daños en múltiples puntos. Algo así. —Encadenas tres golpes en diversos puntos del maniquí tan rápido que apenas puedo procesarlo—. Tocando en tantas puertas malo será que alguna no se abra. Aquí hay muchas escuelas, yo te voy a contar la mía. Primero, un golpe bajo. Eres diestra, ¿verdad? Pues coges la navaja con la hoja hacia abajo. En caso de emergencia puedes usar unas tijeras afiladas, un destornillador, ya lo pillas, cualquier cosa con punta. Busca pinchar la zona de arriba del interior

del muslo izquierdo con el primer golpe. Es una zona que no se suele defender de entrada y si tienes la suerte de cortar la femoral que pasa por ahí es jaque mate en nada. Hay otras escuelas que prefieren apuntar a los genitales pero no es mi estilo porque si aciertas es pleno, le dejarás paralizado un par de segundos y podrás rematarlo a gusto. Pero cuando ven un golpe bajo eso es lo primero que protegen por instinto mientras que la pierna la dejan a su bola, mejor ir a lo seguro. Además, herirle en la pierna hará que no se mueva con tanta facilidad en cualquier caso.

—Muslo, femoral.

—Eso. Lo normal es que al recibir el primer corte haya sacado los brazos del lateral así que el segundo golpe, medio. Justo entre la cadera y las costillas. Pero no en la barriga, ya hemos quedado que no sirve de nada. Al costado. Ahí no tiene hueso y según el lado puedes pinchar riñón, hígado, bazo... todas bolsas de sangre que es mejor no pinchar. A mantiniente con este golpe, fuerte que no se va a quedar encajada la hoja en ningún hueso. Si eres diestra, a su costado derecho,

—Muslo, costado.

—Y el tercer golpe es alto. Puf, este es por completar el movimiento. Lo ideal es el cuello: carótidas, yugular, son igual que la femoral. Pero es complicado de cojones a esa altura del baile acertarle ahí. La cara también sirve, será un daño más estético que funcional pero puede tocarle la moral. Un ojo puntuaría triple pero eso ya es de maestros así que ni lo intentes. Para empezar busca el cuello y no te desmoralices si fallas, es lo normal. Da igual. Lo importante, completes o no el movimiento, es no quedarte parada. No dejes de tirar tajos. Con la práctica puedes llegar a conseguir algo como esto.

Tarareas durante unos segundos una melodía que creo reconocer como *Queen of apology* de The Sounds pero que bien podría ser otra parecida y comienzas a encadenar golpes, empezando por los tres que me has enseñado y siguiendo con toda una retahíla de variantes que dejarían hecho un queso de gruyere al pobre maniquí si el cuchillo cortase de verdad. Me recuerda vagamente a la tormenta de navajazos con la que derribaste a Gorila, aunque aquella era más envolvente y ejecutada con dos navajas y más furia.

—Lo importante es no dejar de atacar, aunque los cortes sean pequeños o ni cortes. Si no le das tiempo a pensar, reaccionará sin una estrategia clara. No le dejes coger la iniciativa porque si alguno de los tres primeros golpes dio en el blanco, sólo es cuestión de entretenerlo un poco y él solito se desplomará.

—Virgen santísima... ¿Dónde dices que aprendiste eso?

Me pones el cuchillo en la mano y me empujas frente al maniquí.

—En primero de cuchilladas, universidad de la cárcel. Ahora tú. Primero despacio, después ve cogiendo velocidad. Hay que repetir y repetir y repetir. Meterlo en la memoria muscular por si llega el caso poder hacerlo con el piloto automático. Céntrate en los tres primeros, una y otra vez. Después de dos mil o tres mil veces ya sale solo.

—¿Dos mil veces...? —digo perdiendo fuerza en el segundo golpe.

—No aquí, no ahora. Tienes que hacerlo todos los días un rato.

—¿Y dónde... —golpe— compraste... —golpe— el ma... —golpe— a caraculo?

—No lo compré. Me lo encontré tirado en la basura, junto a su pareja la señorita sonrisas. No podía con los dos así que fue divorcio exprés y me lo traje a él solo. Tú puedes hacerte un espantapájaros rellenando un pantalón y una camisa con cojines, almohadas, trapos y sujetarlo a un armario. Yo usaba una paleta de ping pong como cabeza. Lo importante es no tirar contra el aire, tienes que dar en algo.

Golpeo, golpeo, golpeo. Con cada ciclo el movimiento se vuelve más natural, más rápido. Estoy a años luz de lo que haces tú pero entiendo el principio del aprendizaje. Ajustar el catalizador para mejorar la eficiencia de la reacción. Me detengo cuando el brazo me duele tanto que se niega a seguir moviéndose.

—Y coge tono muscular, niña bonita. Estar fuerte nunca hace daño.

Dejo el cuchillo junto al maniquí y hago la pregunta que he estado mascando durante todos los golpes.

—¿De verdad has estado en la cárcel?

No necesito que respondas con palabras. Cruzas los brazos frente al pecho y eso me lo dice todo: lenguaje corporal defensivo, animal que se siente atacado.

—Tres años —confirmas—. Le saqué un ojo a alguien con un lápiz, un puto error.

—¿Cómo se puede sacar un ojo a alguien con un lápiz por error?

—Quería matarlo, no sacarle un ojo, ese fue el error. Se ve que no profundicé lo suficiente, era una jodida aficionada entonces. Ahora no fallaría.

Te das la vuelta y avanzas hacia la puerta, dando el tema por zanjado.

—¿Bebes ahora?

Te sigo pasillo adelante. Los ojos de tus omoplatos me vigilan e impiden que baje la mirada hasta donde yo quisiera. El resto de habitaciones están vacías, ni bombillas colgando del techo. Yo tengo problemas de espacio en mi miniapartamento y tú aquí, desperdiciando todo esto sin más. La cocina está amueblada de obra y la completan una nevera pequeña, una lavadora, una mesa plegable de camping y tres banquetas. Me lanzas una lata de bebida isotónica de la nevera y coges otra para ti.

—Estoy teniendo ciertos problemas con lo de singlar el futuro—dices. El corazón me da un vuelco. ¿Lo has hecho? ¿Has deducido que no puedes ir más allá de cierto punto porque es ahí donde mueres?

—¿No puedes avanzar mucho?

—No, que va, que va. Me he visto toda vieja y arrugada como una pasa, esas cosas con la marca en la frente que parecen personas pero no lo son y toda la pesca. Lo que pasa es... ¿dices que el futuro tampoco se puede cambiar?

—El futuro no es algo que aún no haya sucedido, es simplemente algo que aún no has visto, como el metraje de una película que aún está en la bobina y no se ha proyectado. Así que no, el futuro no se puede cambiar, igual que no puedes cambiar el pasado, igual que no puedes evitar el trueno una vez que has visto el rayo.

—Entiendo lo que dices, pero... A ver, yo también creo que...

El timbre de la puerta, acompañado del aporreo de la misma, interrumpe lo que estabas a punto de decir. «Ahora vuelvo», dices, y cierras la puerta de la cocina al salir. Creo saber lo que te preocupa. Si has singlado varias veces al mismo punto del futuro, te habrás dado cuenta de que no siempre es igual. Y si lo que te he contado es cierto, eso es imposible. Eres lista, la excusa de los detalles borrosos por el sueño no va a colar mucho más. Pero, ¿cómo explicártelo sin que des un paso más? Diciendo la verdad y mintiendo como una bellaca a partes iguales.

La vista desde la ventana de la cocina abarca el final de la ría y una buena porción del mar. No hay línea del horizonte a lo lejos, una neblina baja se afana en entremezclar cielo y agua, confundiendo todo. Me asomo al exterior. La brisa marina huele a salitre, a humedad.

Al menos es una buena noticia que hayas podido singlar hasta tu vez. Quiere decir que vivirás muchos años y supone un cierto consuelo, mi

mala suerte no es contagiosa. Espero que no se notase mucho que no tenía ni idea de lo que hablabas cuando dijiste lo de las cosas que parecían personas pero no lo eran...

—¿Qué estaba diciendo? —dices uniéndote a mí en la ventana. El respingo que pego es de cuidado, no te había oído volver—. Sí, el Flujo. Yo creo que existe una corriente, algo que empuja todo lo que pasa en una dirección. Eso, me lo creo. Meterse en el Flujo te ayuda a hacer las cosas más fáciles.

—Como la corriente de un río... ¿Es eso tuyo con la música? Lo que cantas y tarareas a veces antes de hacer algo.

—Sí, eso, me ayuda fluir. El ritmo lo es todo. Pero sé que también puedo ir contra el Flujo. Es agotador hasta la extremaunción y avanzas un pasito cuando podías recorrer un kilómetro en yendo a favor de él. Pero que se puede ya te lo digo yo.

Me estremece que lo pienses. Mejor harías erradicando esa idea de tu mente, no conduce a nada bueno.

—¿Ves? Mira. —Levantas el brazo derecho—. He levantado el brazo porque me ha dado la gana, aunque no venía a cuento. Va contra el Flujo y lo estoy haciendo.

—¿Estás segura de eso?

—¿De qué?

De que has levantado el brazo porque querías hacerlo, quiero responder, pero es un camino que no estoy dispuesta a poner ante ti. ¿Estás segura de que querías levantar tu brazo? ¿O quizá ha sido tu cerebro quien decidió levantarlo y después te ha contado una historia en la que tú querías levantarlo?

—De que va contra el Flujo—respondo en su lugar—. De que no es lo que debe suceder en este momento para convencerme de que tu argumento es correcto. De que no es lo que debe ser hecho —cito esa frase tuya que tanto te gusta repetir.

No respondes. La andanada a tu línea de flotación ha sido demasiado salvaje y te hundes con todo el chiringuito. Tampoco quiero eso, mejor te tiro un flotador para que salves los muebles.

—Te explico cómo lo veo yo después de haber singlado todo lo que he singlado. Imagínate una de esas habitaciones que tienes vacías, sólo que completamente insonorizada. Dentro no se escucha nada del exterior y fuera no se oye nada de lo que sucede en el interior. Metes dentro un des-

pertador para que suene mañana a las siete de la mañana. El problema es que sus pilas están a punto de terminarse. Pueden durar diez minutos o un par de días, no lo sabes con exactitud. Lo metes dentro y cierras.

—¿Yo duermo ahí dentro?

—No, tu donde siempre. La habitación está vacía salvo por el despertador.

—Pues vaya chorrada. Va sonar para nada.

—O a lo mejor no suena, recuerda que las pilas pueden agotarse antes de la siete de la mañana.

—Total va dar igual, nadie lo va escuchar.

—Exacto.

—Exacto, ¿qué?

—Lo que acabo de describirte es un suceso irrelevante. Que suene o no suene el despertador no importa, no va a suponer ninguna diferencia, ninguna consecuencia dentro o fuera de la habitación. Ahora imagina que sí duermes ahí dentro y que tienes que levantarte a la siete o llegarás tarde a un sitio, lo que te provocará terribles consecuencias.

—Ya lo pillo. Así que suene o no es importante.

—Ajá. Un suceso relevante porque de él se derivan consecuencias. Ahora deja de pensar en términos del tiempo que conocemos. No hay un antes y un después tal como los entendemos, así que las «consecuencias» se extienden en todas direcciones, como la piedra que crea ondas al caer en un estanque. El suceso es el despertador sonando o no y las consecuencias no son sólo las que conlleve llegar tarde o hacerlo a tiempo. También implica que en algún momento previo has tenido que comprar ese despertador en concreto, que le has puesto esas pilas que están a punto de agotarse. Y aunque hayan sucedido «antes», son igualmente consecuencias. El suceso es la piedra entrando en el estanque y todo lo vinculado con él son consecuencias, puntos subcríticos vinculados de forma inevitable. El mundo no se compone de una serie lineal de sucesos si no de un conjunto de sucesos críticos que condicionan todo lo demás. Esos sucesos críticos son inalterables y por lo tanto también todas sus consecuencias, sus subcríticos. Pero no así los sucesos irrelevantes. Quizá levantar el brazo sea irrelevante o quizá sea una consecuencia de un suceso crítico que para nosotras ya ha sucedido o está por suceder. ¿Quién sabe?

—Joder. Entonces no puedo cambiar el gran esquema, por así decirlo, pero sí los detalles que no importan.

—Eso creo yo. Lo frustrante de todo esto es que no tengo ni idea de qué es relevante y qué no. Lo mismo un estornudo en determinado lugar a determinada hora es más importante que un bomba nuclear detonando en una ciudad. Vete tú a saber...

—Sigo sin verlo claro. Porque tú cambias las cosas. La puerta, por ejemplo. La blindaste porque sabías que iban intentar entrar en tu casa.

—Que va. La blindé porque vi que estaba blindada cuando intentaban entrar. Y quizá estaba blindada porque vi que estaba blindada. En cualquier caso no cambié nada.

—Pero podías haberla dejado como estaba.

—Y entonces la hubiese cambiado mi casera, o me hubiese tocado de regalo en una caja de cereales. No puedes cambiar nada, créeme. Será por haberlo intentado... La realidad es como un mapa de carreteras. Vas a tener que pasar por determinadas ciudades lo quieras o no pero para llegar allí puedes ir por autopista, por carreteras secundarias, en avión, a veces en barco. Andando si te sale de las narices. Y en cada una de esas rutas verás paisajes distintos, te cruzarás con distintas personas, lo que no impedirá que termines llegando al destino previsto en el momento previsto.

—¿Me estás diciendo que está todo escrito? ¿Qué importa una mierda lo que haga o deje de hacer?

—Es una cuestión de información. ¿Ves la niebla del horizonte? Si tuviésemos los datos necesarios y un modelo suficientemente preciso, podríamos saber dónde está cada una de las gotas, cómo se va a mover, el momento exacto en que levantará la niebla. La meteorología es un sistema que nos parece aleatorio, imposible de predecir. La realidad es que es demasiado complejo para nosotros, nada más. Con la información adecuada podríamos predecir cada una de las gotas de agua de una tormenta, donde impactará cada uno de los rayos, cada minúscula variación del viento.

—Pero nada de eso está vivo, sólo es física. Yo estoy viva, tomo decisiones. Joder, ni yo misma sé lo que voy hacer a veces, nadie puede predecir eso.

—Al final tus decisiones son impulsos eléctricos en el cerebro, patrones de respuesta a estímulos.

—Ni de coña.

—Y si no, también estás condicionada por tu personalidad, tus experiencias. Todo es modelizable.

—Mi pasado no me controla.

—¿No? Lo que has vivido te ha cincelado. Tomas las decisiones que tomas en base a lo que sabes, a tus valores. Tus patrones de conducta pueden modelarse, adaptarse a las circunstancias de cada momento, predecirse con un grado aceptable de precisión. Si, por ejemplo, sientes algo por una persona y eres tan rematadamente cobarde como para no atreverte a decirselo, nunca se lo dirás. Por triste que suene, es así.

—Oye, niña bonita...

Abandono la contemplación del paisaje y giro la cabeza hacia ti para espetarte un «que» en toda regla pero tus labios lo impiden al unirse a los míos. Saboreo el momento, disfrutándolo, sin pretender anclarlo en la memoria. Sabes a electrolitos y a urgencia, a una pulsión descontrolada que nuestras lenguas no pueden siquiera interpretar.

Soy consciente de que me acompañan cientos de versiones de mí misma que están singlando este preciso momento, convirtiéndolo en un punto fijo para toda la eternidad. Cuando te separas de mí, de nosotras, todas boqueamos en busca de más, como el pez que anhela el agua.

—Pensé que eras... —comienzo a decir.

—Cállate y bésame —me cortas de raíz.

Y obedezco como siempre lo hago. En esta ocasión las manos se suman a la fiesta y añaden nuevas dimensiones a la exploración. Te separas de nuevo, me tomas con delicadeza de la mano y me llevas pasillo adelante hasta la habitación del maniquí. Una vez dentro me arrojas sobre el colchón y te diriges al equipo de sonido. Una percusión electrónica llena el ambiente y comienzas a contonearte a su ritmo. *We can fight our desires*, dice la psicotrópica voz de La Roux, *but we will start making fires*.

Avanzas hacia mí, sobre mí, felina actitud en sincronía con el universo. Acaricias con tus dientes el lóbulo de mi oreja justo antes de acompañar a la cantante en el estribillo. *I'm going in for the kill*, susurras en mi oído, *I'm doing it for a thrill, I'm hoping you'll understand, And not let go of my hand*. Una punzada de angustia me atraviesa pero se desvanece fantasmal ante los ataques de tu lengua sobre mi cuello. Me dejo ir, nos dejamos ir todas nosotras. No importa el abismo insondable al que me veo avocada, lo único que importa es el aquí y el ahora. Lo único que importa eres tú.

★ ★ ★

Bailaste nuestros cuerpos una y otra vez hasta el clímax, es la única forma en la que puedo acercarme a describir lo que sucedió. Atesoré cada

instante, exprimiéndolos al máximo de su intensidad, sabedora de lo efímero de su existencia. Había estado con demasiadas heterocuriosas como para ignorar que aquel era un billete de un solo uso, no un abono. Después, agotada y estúpidamente feliz junto a tu cuerpo sudoroso, me pregunté a qué excusa de curtida heteroperero te aferrarías. ¿Estuvo bien pero sólo ha sido fruto del calentón del momento? ¿Fue un error, no me veo con una mujer? ¿Tengo marido y tres churumbeles a los que quiero con locura y no puedo traicionar?

La tragedia se mascaba...

★ ★ ★

Acaricio tu vientre. Acaricio la cicatriz que certifica que dentro de ti hubo otra vida. Vista desde la distancia parece un tatuaje transgresor: una motosierra de la que sólo sobresale la mitad de la hoja, el resto hundido en uno de los extremos de lo que aparenta ser la simulación de una cicatriz de cesárea. Vista de cerca, la cicatriz resulta ser real.

—¿Fuiste madre?

Apoyas tu mano sobre la mía y temo por un momento que vayas a apartarme de ti. No lo haces, en su lugar me acaricias y acompañas el movimiento sobre la cicatriz.

—El hijoputa del lápiz me metió un bebé dentro. Lo gesté en la cárcel para aprovecharme de los beneficios y lo entregué en cuanto me lo sacaron. Ni siquiera sé si fue niño o niña. De lo que sí estoy segura es de que nunca fui madre.

Yo soy la mayor, tú apenas rozas el cuarto de siglo, y sin embargo ya has vivido más de lo que viviré yo durante toda mi puñetera existencia. Adoro tus cicatrices, las que se ven y las que se intuyen. No te lo digo, no quiero resultar empalagosa. ¿Lo sientes? No sólo te deseo. Te admiro. Eres el espejo en que me gustaría mirarme cada mañana.

—¿Nunca te ha dado por querer averiguar qué fue de él, o de ella?

—Donde esté, está mejor que conmigo. Es todo lo que necesito saber.

¿Te gusta el tatuaje?

Oído cocina. Deflectas el tema, no insistiré. Eres dueña y señora de tu pasado y mejor no escarbar en ello.

—Es original.

—Fue el primero que me hice. Cuando salí de la cárcel y empecé a bailar, el hermano de Max me recomendó que me hiciese un tatuaje para tapar la cicatriz porque podía espantar a los clientes.

—¿Max tiene un hermano? —te corto.

—Tenía. Nuestro amigo del callejón, ya sabes. —Haces un gesto de rebanar el cuello—. El tatuador me ofreció ponerme un parterre con flores o varios diseños tribales rectangulares. Pero entonces pensé que mejor que taparlo era ocultarlo a plena vista y se me ocurrió este. Y llegada a ese punto, ¿por qué sólo uno? Si podía ocultar una parte de mí, podía ocultarlas todas. Podía cubrirme con una segunda piel de tinta, evitar sentirme desnuda aunque no llevase nada de ropa encima. El resultado es lo que ves. Al principio a Max no le entusiasmó la idea de tantos tatuajes pero tuvo que callarse la puta boca cuando me convertí en su bailarina estrella, tatuajes incluidos.

—«Trae a más clientes al local que el resto de hijaputas que trabajan aquí juntas», eso dijo Max de ti la primera vez que te vi bailar.

—Suen a él, sí.

También dio a entender que se estaba acostando contigo, aunque prefiero apartar la imagen de mi mente.

—¿Tiene historia tu tatuaje o fue el producto de una noche de borrachera?

Te refieres al pequeño diseño sobre mi monte de Venus. No eres la primera que lo ve, sí la primera que se interesa por él.

—Es la representación geométrica de la unión entre iguales.

—Anda. Pensé que era el infinito. De las matemáticas y eso.

—Se parecen pero no. Es una cinta de Moebius.

—Nunca oí hablar de eso, tampoco estudié mucho.

—Es muy sencillo de entender. —Me incorporo y busco el pantalón, al que le retiro el cinturón—. Fíjate —digo abrochando el cinturón—. Si pones un dedo en la cara frontal de la correa, la que está trabajada y bonita, y lo mueves a lo largo del cinturón, vuelves al punto de partida sin importar para qué lado avances. Lo mismo pasa con la cara interior, la de cuero basto sin acabado. Las dos están ahí, en el cinturón, cada una por su lado, siempre separadas, en el lado contrario de la correa. Si lo abrocho al revés... —abro la hebilla, saco la correa y la vuelvo a meter pero ahora con el lado interior hacia fuera, retorciendo la correa—. Prueba tú ahora.

Posas uno de tus dedos y lo mueves. Lo mueves, lo mueves, y vuelves al punto de partida, no sin antes recorrer ambas caras de la correa antes de llegar a tu destino. Y no has levantado el dedo. Me miras con la sorpresa que un niño demuestra ante un truco de magia bien ejecutado.

—La cinta de Moebius une dos partes separadas por naturaleza en una sola que se abraza. Por eso me lo tatué.

—Lo que da de sí ese cerebro tuyo, niña bonita.

Me río de buena gana y me acompaños. Sabe mejor la risa cuando es compartida, cuando aún hay trazas de ti en ella.

—Bueno, algo tenía que tener. No todas podemos movernos como tú. Porque lo tuyo con el baile no es normal, de verdad. No sé cómo lo consigues, nunca había visto a nadie moverse como tú lo haces.

—Fluir ayuda. Aunque el secreto es más simple. Las otras bailarinas bailan para pagar el alquiler, los vicios, el colegio de sus hijos... Yo bailo porque no sé hacer nada más, y me dejo la vida en ello.

—Que sepas que follas igual que bailas. Y yo que pensaba que iba a enseñarte algo... con menuda experta me he topado.

—Ninguna expertez, niña bonita. Ha sido mi primera vez. Con otra mujer, digo.

Me besas en la frente y los ojos de tus omoplatos, idénticos, gemelos simétricos, me saludan de nuevo mientras buscas tu ropa.

—No me lo creo. ¿Nunca habías hecho esto antes? ¡Imposible!

—Nunca, ni siquiera en la cárcel. He tenido que improvisar esta vez, te prometo que la próxima lo haré mejor.

Mi corazón está a punto de salirse del pecho. No puedo reprimir el impulso de abrazarte desde la espalda y enterrar tu cuello bajo un alud de besos lentos.

★ ★ ★

Se llevó por delante años de mi vida, de un plumazo, pero volvería a repetirlo sin pensarlo. Era algo que debía ser hecho. Tú eras mi rayo en la tormenta, lo más parecido a la felicidad plena que podría alcanzar nunca, así que asumí el coste sin rechistar.

Sí, la realidad es como un mapa de carreteras, plagado de puntos críticos conectados por múltiples formas de acceso a ellos. La totalidad de la humanidad, salvo yo y antes mi socio, es incapaz de seleccionar el conjunto

de puntos críticos o el camino a escoger entre los puntos. Su cerebro lo hace por ellos, el muy bastardo. Y no lo duda un segundo, escoge siempre la combinación de puntos críticos que maximiza su duración en el tiempo que él mismo crea. Supervivencia ante todo, le importa un comino hacerse atravesar un infierno si con ello extiende un minuto más el tiempo total que funcionará. Así que lo que percibimos como capacidad de elección no lo es, sólo lo aparenta. El cerebro convierte la película de la realidad en un videojuego interactivo en el que aunque parezca que tienes opciones a montones, acabas teniendo que hacer lo que tienes que hacer para seguir avanzando. Cero libertad de acción bien enmascarada por el bien de nuestra estabilidad psicológica, porque sin ella tampoco conseguiría maximizar el cerebro su existencia. Todo para la banca y nada para la pobre jugadora.

En nuestras singladuras mi socio y yo descubrimos que es posible seleccionar otro conjunto de puntos críticos distinto al que escoge el cerebro. Cada punto crítico no es una realidad cerrada en sí misma, es en cambio un mapa de probabilidades. Como decía mi socio, la realidad es un caldero burbujeante: la sopa siempre es la misma pero su superficie está en constante cambio. Lo acompañaba de una nutrida cháchara cuántica que se me escapaba del todo, aunque la esencia está clara: hay sucesos más probables y sucesos menos probables solapándose en cada punto crítico, expectantes por colarse en la existencia. Escoger la variante adecuada puede revertir en que un punto crítico deje de serlo, empujando a otros a ese nuevo estado. También puede cambiarse la configuración de un punto, manteniendo su estatus crítico pero alterando detalles y circunstancias, arrastrando en cascada todos los subcríticos asociados. Lo que se traduce en que optar por las variantes menos probables tiene un coste mayor. Por ejemplo, si no te iba a tocar la lotería y alteras el punto para que lo haga, teniendo en cuenta la probabilidad infinitesimal de que el evento sucediese, el coste será inversamente proporcional a esa probabilidad. O dicho de otro modo, desorbitado. Y la moneda de pago es única: tiempo de vida.

El cerebro ha escogido tu camino crítico para maximizar su funcionamiento, tu vida. Cualquier alteración redundará en una vida más breve. A más cambios, o cambios más improbables, menos vida. Si haces que te toque la lotería, lo mismo mueres de un infarto al ver el boleto ganador. O resultas aplastada por un piano. La improbabilidad se te comerá viva, como decía mi socio.

También por eso es tan difícil singular el futuro. El pasado es algo que el cerebro ya ha experimentado y tienes un anclaje claro al que volver. No importa si lo alteras porque una vez hecho, la versión anterior nunca es experimentada y en la práctica no existió, consecuencia de la ejecución simultánea de toda la línea temporal que sucede en realidad y no la reduccionista

interpretación lineal que nuestro cerebro hace de ella. El futuro... Muchas de las variantes de cada punto crítico son equiprobables, embebidas en montones de detalles irrelevantes por sí mismos o que pasan a serlo cancelados en medio de la cacofonía de eventos en la que se ven envueltos. Al no tener un punto de anclaje claro, el cerebro no siempre salta a la misma variante, lo que puede llevar a pensar en las primeras singladuras que el destino no está predeterminado.

Quizá los chamanes con sus sustancias psicoactivas o los monjes que afirman poder separarse de sus cuerpos, quizá ellos también puedan desvincularse de la macro y alcanzar este estado fuera de fase. No lo sé a ciencia cierta. Tú, desde luego, no podías cambiar nada. Tu camino crítico estaba escrito en piedra como el de todos los demás. Una dosis simple del compuesto te permite a duras penas singlar de una macro a otra. Precisas una dosis doble para acceder a este espacio entre fases en el que me encuentro y sólo desde aquí se pueden alterar puntos. Alterar cualquier punto, haya sido ya experimentado o no por el cerebro. Porque a diferencia de lo que te induje a pensar, tú no eres la viajera que recorre el mapa de carreteras. Ese es tu cerebro. Tú eres el maldito mapa de carreteras, tú eres la que es recorrida.

Esa revelación terminó con la vida de mi socio. Toda la investigación comenzó por su prometida, a la que le fue diagnosticada una variante extremadamente precoz y virulenta de algo similar al alzhéimer. Él creía en el cerebro como un descodificador cuántico de la realidad, así que pretendía sustituir los recuerdos que la enfermedad arrasaba por un mecanismo que le permitiese acceder a ellos sin necesidad de almacenarlos de forma permanente en la materia gris. Y lo conseguimos, aunque tarde. Poco antes de tener listo el compuesto, su prometida, durante uno de los escasos momentos de lucidez que la impactaban como rayos en una tormenta, se suicidó. Él trató de arreglarlo, cambió todo lo habido y por haber. Sacrificó hasta el último segundo de su vida singlarlo, tratando de traerla de vuelta. En balde, el camino crítico de su prometida había terminado y nada se podía hacer.

La última vez que lo saqué a la fuerza del espacio fuera de fase me obligó a prometerle que no volvería a hacerlo. Obedecí, no por lealtad, no por mi falta de redaños. Le hice caso porque el argumento que me presentó me partió por la mitad. Afirmaba que había descubierto que una vez morías, tu conciencia pasaba brevemente por el espacio fuera de fase para acto seguido volver al principio de tu vida otra vez, en un ciclo permanente e interminable, alma inmortal, resurrección, reencarnación, como quisiese llamarlo. Y que sólo así podría recuperar a su prometida, volviendo a vivir de nuevo lo ya vivido, aunque no fuese consciente de ello. Así que debía

dejarle singular hasta el final porque era la única manera de recuperarla de una forma u otra.

Nunca supe si lo que me dijo era verdad o la desesperación hablando. Ahora supongo que nunca lo sabré. Podría culparte a ti por ello pero la única culpable soy yo, por no contarte toda la verdad, por subestimarte, por permitir que te convirtieras en una variable incontrolada dentro de un sistema ya caótico de por sí.

* * *

El reflejo de mis escleróticas en el espejo las devuelve amarillentas, una tonalidad creciente y ya irreversible. Sé que te has dado cuenta y sé que no has dicho nada porque debes pensar que está bajo control. Tiro de la cadena, un tremendo desperdicio porque podría donar a un banco de sangre mi orina sin mayor pega. Así que va a ser esto lo que acabe conmigo. Calculo que aún me quedan unas cuantas semanas, tiempo suficiente para despedirme a lo grande. Quizá te proponga irnos de viaje a alguna parte, compartir contigo cada segundo que me queda. Que no deduzcas que serán los últimos va a ser lo difícil.

Salgo del baño y te encuentro vestida sólo con tu traje de tinta, meditando en la postura del loto sobre el sofá. Me he aprendido de memoria cada uno de tus tatuajes, el halcón que se eleva entre tus pechos y los cubre en parte con sus alas, los dados, naipes y ruletas que se desparanman por tu brazo izquierdo, la serpiente que se enrosca desde el tobillo izquierdo hasta la ingle correspondiente, la inmaculada pierna derecha que recuerda por contraste que el resto de tu cuerpo está oculto bajo la capa de dibujos. Últimamente te pasas mucho tiempo meditando. Al menos lo haces aquí y puedo tenerte cerca. Ha pasado poco más de un mes desde la primera vez que me llevaste a tu piso y ya no concibo la existencia sin tenerte junto a mí.

Abres los ojos, me ves y sonrías. Con una concatenación de esos movimientos fluidos y elegantes tuyos, apoyas ambas manos en el suelo y desplazas todo el cuerpo sobre ellas para acabar de pie frente a mí. Me abrazas y te fundes conmigo en un beso como si no hubiera un mañana, como si fuera el primer y el último beso, con todos los intermedios incluidos.

—Virgen santísima —digo cuando me dejas respirar—. A ver, ¿qué quieres?

—¿Es que una no puede besar a su chica sin más?

—No cuando con ello provocas un nueve en la escala de Richter.

Tu risa acompaña a tu cuerpo en su recogida de la ropa que lo cubrirá. Estoy tentada de pedirte que no te vistas, que repitamos anoche otra vez. Pero sé que quieres algo, ya te conozco hasta ese punto.

—¿Te quedan amarillas, niña bonita?

—Sí, ten. —Saco el estuche pero está vacío. Juraría que aún había un par de regresores dentro. Evidentemente no—. Vaya, pues no. Se me han terminado.

—¿Puedes ir por más? Creo que te voy dar una sorpresa.

No, no, no. Nada de sorpresas. Nada de experimentar con los regresores.

Tú quédate a salvo en tu isla de macros automáticas.

—Luego traigo un puñado, no te preocupes.

—¿No puedes bajar en un momento? Prometo compensártelo.

Te abrazas a mi cuello y jugueteas con nuestras narices. Sabes que me pone a mil, que no hay forma de que te diga que no.

—Va a tener que ser una compensación de campeonato.

—Once o doce en la escala del richer ese.

—Trato.

Me besas de nuevo. Esta mañana estás muy efusiva. Mejor para mí. «Te quiero, niña bonita», dices mientras cierro la puerta. «Yo también a ti», susurro ya desde el rellano.

El ascensor se está moviendo, o al menos ejecutando su versión lenta y a tirones del movimiento. Bufo. Me apetece un mol y medio esperar a que termine su viaje, quizá sería mejor bajar por las escaleras.

* * *

Lo hice, escaleras fueron hasta la planta baja. Allí me encontré con mi emperifollada casera, en su habitual salida matutina. Volvió a preguntarme por ti, los gemidos de estas semanas debieron hacer que se replantease la cajita en la que te había metido hasta entonces. Te reclasifiqué entre suspiros resignados de la viejecita. Justo cuando iba a comenzar el tradicional acto de proselitismo, un ruido fuerte y seco nos dejó paralizadas. Venía de arriba y parecía... un segundo y un tercer disparo lo confirmaron. Tiros. Alguien estaba pegando tiros en nuestro edificio.

El corazón se me detuvo por un instante. Muchas plantas, muchas puertas, no tenía porqué ser en mi apartamento. Dejé plantada a mi casera

con la palabra en la boca y corrí escaleras arriba. Corrí y corrí mientras algunos vecinos se asomaban curiosos a sus puertas. Legué a mi planta sin resuello, echando el bofe. La puerta de mi apartamento estaba cerrada. Las llaves se me cayeron de las manos, mis pulmones ardían.

Abrí y la visión del estropicio me heló la sangre. Muebles tumbados, salpicaduras de sangre. Seguí la estela de destrozos hasta el dormitorio con el corazón saliéndoseme por la boca. Tirado junto a la cama, inmóvil sobre un charco de sangre que crecía por momentos, yacía el cuerpo de un hombre. Lo ignoré y seguí otro rastro de sangre que se adentraba en el baño.

Allí te encontré. Te habías arrastrado, quizá intentado llegar hasta el inhalador que guardo en el armarito. No tenías pulso, tus ojos vacíos me miraron sin verme. Junto a ti, escrito en el suelo con tu propia sangre, una T, un corazón y un «niña» del que no habías podido ni completar la letra a. Grité, grité hasta que se me rompieron las cuerdas vocales.

Era imposible. Tú te habías visto vieja, tu camino crítico no terminaba allí. Comprendí que de alguna forma habías descubierto el secreto. Que habías visto lo que iba a suceder y lo habías cambiado, sacándome de allí. Quizá pensaste que podrías con él y no eras consciente del precio que tendrías que pagar. Decidiste salvarme y, lo supieras de antemano o no, te costó tu propia vida. Lo que no podías saber es que mi vida se acababa, que tu sacrificio era inútil.

El sonido de las sirenas de policía me devolvió la cordura necesaria para comprender lo que debía ser hecho. Besé tus labios muertos, inhalé una dosis doble del compuesto y cerré los ojos.

★ ★ ★

El ascensor se está moviendo, o al menos ejecutando su versión lenta y a tirones del movimiento. Bufo. Me apetece un mol y medio esperar a que termine su viaje, quizá sería mejor bajar por las escaleras. Pero tampoco tengo tanta prisa. Si quieres jugar con los regresores, te esperas. A ver si entre tanto se te pasan las ganas.

El ascensor gime y con uno de sus escalofriantes estertores abre la puerta en mi piso. La estupefacción que veo en la cara de su ocupante debe reflejar la mía a la perfección. Max. ¿Qué hace aquí? Nunca le di mi dirección.

¿Se ha cansado de mis largas y viene a sacarme por la fuerza la fórmula de la sonrisa amarilla? ¿O ha descubierto que estamos juntas, o lo que le hicimos a su hermano?

El piloto automático entra en marcha. Saco la navaja y la abro sin apartar la vista de mi objetivo, que se lleva la mano al interior de la chaqueta. Cargo contra él con el hombro y lo empotro contra la trasera del ascensor, que oscila y se queja.

Muslo, costado, mierda. Ha detenido el movimiento aferrando mi brazo. Las horas ante caraculo dan su fruto, porque había previsto la posibilidad. Puño libre a costado herido. Se crispa de dolor y afloja la presa. Costado, costado, costado.

Me empuja con las dos manos y no acabo en el pasillo porque las puertas se han cerrado. El ascensor comienza a moverse y me desequilibra. Max aprovecha para sacar de su chaqueta la extraña pistola de dos cañones de su hermano y me descerraja dos tiros en el abdomen.

Todos los sonidos convergen en un penetrante pitido que taladra mi cerebro mientras el punzante dolor de los impactos me atraviesa durante el instante que la química de combate le permite. Reacciono, sujeto su muñeca con la mano libre tirando hacia arriba y me centro en su muslo. Muslo, muslo, mus... me repele con un brutal cabezazo en la frente.

Atontada, trastabillo hacia atrás y suelto la mano que sujeta la pistola. Dos nuevos impactos en el pecho me empujan contra las puertas. El ascensor gime, chirría al rozar contra algo en su movimiento. Me tenso esperando la lluvia de balas pero no llega.

Max se derrumba y la pistola abandona su mano. El suelo del ascensor está lleno de sangre que mancha su traje al caer.

El dolor me traspasa de dentro afuera. Me cuesta respirar. Estoy. Jodida. Y si he decidido adentrarme en este sendero debe ser porque has dejado de ser una espectadora y te has convertido en una jugadora. A saber lo que habrás estado cambiando... No sé si eres consciente del precio a pagar para entrar en el juego pero no voy a consentirlo en ningún caso. No. Tú tienes que vivir. Tienes que hacerlo por las dos.

Podría dejarme ir, mi conciencia se reiniciaría desde el principio y volvería a vivirlo todo de nuevo. Pero entonces podrías querer arreglar esto, arriesgar tu vida para nada. Y no voy a dejarte esa opción. No me queda otra alternativa que completar la cinta de Moebius en la que uniré nuestros dos caminos críticos y asegurarme de que seguirá ejecutándose por toda la eternidad, para evitarte tentaciones descabelladas.

Dejo caer la navaja. No la escucho impactar contra el suelo, el pitido en mis oídos me ha convertido en una sorda funcional. Me apoyo contra el lateral y dejo que mi cuerpo resbale hasta el charco de sangre que inunda

el suelo. No toda es mía, aunque apporto mi parte a través de los correspondientes agujeros. Ha sentado tan bien... Pero no puedo regodearme en la idea. El dolor comienza a volverse intolerable a través de toda la química liberada durante la acción y apenas me queda tiempo, por irónico que resulte. Saco el estuche de regresores, el de amarillas como tú sueles llamarlos. Está vacío, bien que te encargaste de que lo estuviera. Lo tiro, tanto tiene, va a ser un viaje sólo de ida. El inhalador es otro asunto bien distinto, cargado y listo para ser usado.

Suspiro y aspiro mientras mis pulmones se llenan del compuesto. Un segunda dosis y tiro también el inhalador.

Suspiro de nuevo. No porque este sea el final, que lo es sin duda. No. Suspiro porque voy a verte de nuevo con los ojos de la primera vez. La idea me estremece con sólo invocarla. Estabas completamente desnuda esa primera vez que te vi, aunque tú diferirías radicalmente de la apreciación. Tiempo después averiguaría que bailabas en aquella barra porque tu cuerpo era todo lo que te separaba de caer por una catarata de desesperación, todo lo demás perdido. Que era tu forma de apretar los dientes y no dejarte llevar por la corriente, mantener el control sobre lo poco que aún podías controlar.

Decido ignorar el dolor que me parte en dos, el olor a pólvora recién quemada, el pitido en mis oídos, las salpicaduras de sangre. Cierro los ojos y respiro. Respiro. Respiro. No estoy aquí, no estoy ahora, si es que tales conceptos alguna vez tuvieron sentido. Estoy hace nueve meses, estoy en el club en el que...

* * *

Hay tres chicas contoneándose provocativamente en cada una de las barras verticales del club. Sin embargo, es una de ellas la que atrae la atención mayoritaria de la concurrencia. Y ni siquiera sé muy bien porqué, yo también la estoy mirando.

El día más dulce

FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ

I. Yogur de coco

Al abrir la nevera, Alvin se quedó mirando los yogures que había en el segundo estante. Le gustaban todos los sabores, pero dudó. No estaba seguro de si se había comido el que faltaba de coco. Tampoco sabía si estaba autorizado para comerse el que quedaba. Lo cogió con la mano y lo sacó de la nevera mientras se lo llevaba a la mesa.

—Consulta —murmuró.

—¿Amplia? —escuchó preguntar a la voz femenina que procedía de los dos pequeños auriculares que tenía implantados en los oídos.

—No, solo consumo. Autorización. Yogur de coco.

—¿Yogur de coco?. *No hay objeciones, aunque el Sistema recomienda consumir los de sabores que todavía no se han probado.*

Alvin dudó. Las recomendaciones no eran obligaciones, lo sabía, pero convenía tener contento al Sistema. Si accedía a cambiar su elección eso quedaría registrado y es posible que en el futuro tuviese su recompensa. Además, el coco tampoco era su favorito. Abrió la nevera y lo dejó en su sitio.

—¿Cuál cojo?

La voz de su cabeza emitió una risa suave. Acogedora. No había reproche. Tal vez era la risa del propio Sistema, satisfecho por haber podido influir en la conducta de Alvin.

—*El treinta y ocho por ciento de los que compran estos yogures eligen el de piña.*

—¿Dentro de qué rango?

—*Del tuyo. Treinta y seis años, dos hijos, y que abren la nevera a las dos de la mañana porque no pueden dormir.*

Alvin se decidió el yogur de piña. Sabía que no tenía que dar ninguna información porque ésta había pasado del chip del yogur al que él llevaba implantado en la muñeca. Se lo comió lentamente.

Le gustaría sentirse solo, completamente solo, pero eso ya no era posible. El Sistema no dormía, no se cansaba, no concedía treguas. Decían que era capaz de medir las ondas cerebrales y hacerse una idea de los pensamientos de la gente. Decían que era capaz de influir en ellos. También decían que todo era mentira y que el hacernos creer que era mentira formaba parte de las funciones del propio Sistema.

Alvin se comió el yogur intentando pensar en cosas intrascendentes. Quería alejar de su cabeza el asunto del ascenso que no le dejaba dormir desde hacía un par de semanas. No hablaba de él. No buscaba información sobre él. Si es posible, trataba de no pensar en él.

II. Música de mierda

Sarah, la mujer de Alvin, esperaba en el coche a que se subiesen sus hijos. Buscó alguna emisora que le gustara para tranquilizarse. Sabía por experiencia que no merecía la pena gritarles a sus hijos para que se dieran prisa porque estos reaccionaban demorándose aún más. No, no importaba. Fue pasando de emisora en emisora sin encontrar lo que buscaba.

—*¿Alguna sugerencia?* —la voz en su cabeza parecía servicial.

—No, no, solo quería buscar.

Sarah deseaba experimentar esa sensación antigua de encontrarse algo nuevo por azar, algo que estuviera ahí ya antes de que lo buscara. Un programa emitido para los demás y al que se pudiera sumarse, como si se hubiera unido a una reunión que se celebrara sin ella. Pero no dio con nada que le gustara.

—*Puedo proponerte algo* —dijo la voz—. *Hay un tema que hace mucho que no escuchas y que te gustaría.*

¿Por qué rendirse tan pronto?. Debería insistir un poco más para encontrar alguna canción, pero el tiempo pasaba y sus hijos no salían de casa. Estaba empezando a ponerse nerviosa y sabía que el Sistema lo percibía. El

sonido de su corazón al latir con fuerza, la intensidad de su respiración, los golpes que estaba dando en el volante.

¿Por qué eran tan malas las emisoras?. Tal vez porque cada vez menos gente acudía a ellas al ser más cómodo dejarse llevar por las sugerencias del Sistema y eso parecía afectar a su calidad y a la implicación de los que trabajan en esas radios. Pero había que aprovechar la oportunidad de salir de ese confort.

—*Si lo que buscas es exclusividad, también tengo una lista de canciones que nadie está escuchando en este momento.*

Sarah vio que Thomas salía por fin de casa. Llevaba la mochila a la espalda. Abrió la puerta de atrás y se dejó caer en el asiento.

—No me mires así —le dijo a su madre— en quince minutos estamos en el colegio.

Consúltalo si quieres.

—¿Y Anna?

—Ya viene. Estaba esperando a que se le terminara de cargar la batería.

—¿Le queda límite?

Thomas se encogió de hombros. Anna salió caminando sin prisas. Hablando. Sonreía. Cuando entró en el coche asintió un par de veces y después miró a su madre.

—¿No hay música? —se quejó.

Sarah arrancó el coche. En la pantalla aparecieron los kilómetros que podían hacer antes de sobrepasar el límite del mes. Tenía un cuarenta por ciento de posibilidades de cumplirlo. Dejó que el Sistema calculara el trayecto que esta mañana implicara menor consumo. Cuarenta por ciento no era una buena cifra. Si bajaban a treinta, habría recorridos que no podrían realizar, zonas de la ciudad que les estarán prohibidas. Eso no ayudó a calmarla.

—¿Todo bien, mamá? —le preguntó Thomas.

Sara asintió. La música de la emisora que había dejado no le gustaba nada. Era lo que ocurría con los canales que no estaban personalizados. Le hubiera gustado saber cuál era esa canción que hacía tanto que no había escuchado. También, claro, ser la única persona en el planeta escuchando una canción. Pero no cedió.

—Esta música es una mierda —se quejó Anna.

—Es justo lo que quiero —respondió Sarah.

III. La ficha del Sr Rothery

Alvin encendió el ordenador al llegar a su oficina. Durante el camino al trabajo había atendido los mails que requerían menos esfuerzo y había retrasado la respuesta de aquellos más complicados. Dejaba que el Sistema se los leyera y después murmuraba archivar, borrar o dictaba unas palabras con las que atender al asunto.

Uno de los mensajes que recibió tenía que ver con un tal Sr. Rothery. En el cuerpo se señalaba que debía revisar su expediente porque llevaba unas semanas por encima del nivel máximo que tenía autorizado. Había recibido todos los avisos reglamentarios para que solucionara su situación y ya solo quedaba el último paso, el del departamento al que Alvin pertenecía.

Cuando tuvo el ordenador listo, entró en el Sistema de control para leer la ficha del Sr. Rothery. Antes de estudiarla, Alvin tomó aire y trató de relajarse. Siempre que llegaba un caso como éste temía que no pudiera resolverlo. Sus resultados desde hacía años eran buenos y nadie se había quejado, pero el miedo continuaba ahí, como el de los artistas veteranos ante el escenario.

Pulsó el botón y accedió a la información del Sr Rothery. Un hombre de cuarenta y seis años, casado, sin hijos, que trabajaba como profesor de música en una pequeña escuela. No había tenido ninguna enfermedad grave y su carga para el Estado, en términos de salud, estaba en un nivel GS, lo que quería decir que, actualmente, era un coste que el Sistema podía asumir.

El problema era que su peso se encontraba en el nivel A, por encima del tope autorizado. Antes había pasado por el nivel B, en el que había recibido todas los avisos normales que normalmente conseguían, de forma más o menos intimidatoria, que los casos estudiados recuperaran un nivel C, de riesgo todavía pero tolerado por el Sistema. El Sr Rothery, por lo que Alvin veía en el informe, no había bajado de peso.

Uno de los objetivos de la implantación del Sistema entre las personas era garantizar un nivel óptimo de salud para los portadores y, a cambio, una rebaja en el coste de los tratamientos para el Estado. A cambio de perder cierta parte de su intimidad, los usuarios, en líneas generales, habían

visto reducida la aparición de una serie de patologías gracias a un Sistema que funcionaba eficientemente como método de prevención.

Alvin terminó de leer el archivo. El Sr Rothery estaba a un paso de descubrir la parte menos agradable del Sistema. Si no regresaba al nivel B, tendría un recargo brutal en su próxima declaración de la renta por los riesgos asociados a sus posibles costes sanitarios, se le prohibiría el acceso a determinados alimentos, se le restringiría el uso de ciertos servicios comunes y no tendría autorización para moverse más allá de los límites de la ciudad. Todo eso sucedería si Alvin no realizaba bien su trabajo.

Tenía la posibilidad de citar al Sr Rothery para una reunión en cualquier momento. Alvin solo tenía que elegir una hora y el Sistema bloquearía cualquier opción de transporte que no fuera la que lo llevara a las oficinas de Alvin. Sin embargo, Alvin prefería que la primera reunión fuera en un entorno en el que el ambiente no fuera tan tenso. Buscó la dirección de la academia de música en la que trabajaba y lo citó para esa tarde.

La respuesta del Sr Rothery llegó en segundos. Aceptaba esa reunión de seis a siete. Nadie hacía esperar al Sistema cuando era requerido por uno de sus enviados.

IV. La caída de Constantinopla

Tras leer el informe de Sam Rothery, Alvin subió a la décima planta del edificio a tomarse un café. Era la única que, por su diseño, disponía de una pequeña sala desde la que se podía ver el exterior. A Alvin la vista le permitía relajarse después de estar frente a la pantalla del ordenador.

Había muchos rumores sobre lo que se gestionaba en esa planta. Prácticamente todas los pisos de ese edificio del Sistema tenían una misión asignada. Estaba la sección que gestionaba el tema del alcohol, la que se ocupaba del tabaco, la que seguía los análisis periódicos de la población o la encargada de lo relacionado con el deporte. Todos los aspectos que afectaran a la salud de la población y a sus efectos en el presupuesto del Estado tenían asignada su propia división. La planta décima, sin embargo, parecía moverse en el terreno de lo ambiguo: el personal adscrito se mostraba especialmente hábil en el tema del trato con los demás y, contrariamente a lo que pudiera parecer, su estatus especial no les impedía relacionarse con los demás departamentos. Que Alvin pudiera tomarse un café de su máquina era una señal de que no querían rodearse de un total secretismo.

La sala estaba vacía. El propio Alvin tenía sus teorías, pero no se las tomaba en serio. A veces le preguntaba directamente al Sistema, que le res-

pondía con un educado «son de los nuestros». Decidió probar mientras esperaba a que la máquina le sirviera el café.

—Seguro que hoy me dices qué hacen en esta planta.

—*Son de los nuestros. ¿Qué más necesitas saber?*

Alvin negó con la cabeza. Cogió el vaso de plástico con cuidado y lo dejó en una mesa, junto a la ventana. Dependiendo del día, se sentía afortunado o culpable por tener acceso a tanta información sobre la gente que ahora veía caminar por las calles. Pero tenía que eliminar ese sentimiento de culpabilidad si realmente quería acceder al cargo que estaba en juego. Si el Sistema pudiera leer el pensamiento, es probable que no se hubiera incluido su candidatura para ese ascenso.

Un ruido a sus espaldas le hizo salir de sus pensamientos. Ellen, una mujer que trabajaba en la décima planta, estaba sacándose un café.

—Estoy tan agotada que no quiero ni pensar —le dijo—. ¿Qué te has pedido tú?

—Uno cortado.

—Tal vez sea lo mejor, para espabilarme un poco.

Alvin había coincidido con Ellen en algunos seminarios comunes. Era una mujer alta y rubia a la que no costaba nada imaginarse nadando una hora antes de venir a trabajar. Alvin no sabía si la confianza en sí misma que transmitía se manifestaba en su cuerpo o si era éste el que le servía de apoyo a la primera. De lo que no había duda era de que Ellen era consciente de la atracción que ejercía, y que la explotaba con todo lo relacionado con su trabajo. Pertenecía a ese grupo de personas que, había comprobado Alvin, conseguían en una conversación informal lo que otros en una entrevista de varias horas.

—Aunque seguro que el Sistema tendrá algo que decir de este cortado —bromeó Ellen cuando estuvo junto a Alvin.

Los dos miraron el paisaje un rato en silencio, dando pequeños sorbos a su café. Una pequeña flota de cargueros, protegidos por cazas militares sobrevolaba esa parte de la ciudad. Alvin pensó que había algo de majestuoso en la manera en la que esas naves de miles de toneladas eran capaces de mantenerse en el aire avanzando tan despacio. Si no se buscaba una referencia, parecía que estuviesen detenidas.

—¿Cómo van las cosas en vuestra planta? Parece que hacéis bien vuestro trabajo porque cada vez se ve más gente en forma por las calles —dijo Ellen.

Era normal que entre las distintas plantas se picaran. Formaba parte del protocolo de cualquier conversación para romper el hielo y tantear el humor de la otra parte.

—Sí, o cumplen o los amenazamos con una visita de alguien de la décima —comentó Alvin.

Allen se rio.

—Sois crueles —murmuró.

—Hay que servirse de todos los recursos —dijo Alvin. Ellen dejó el vaso de café en la mesa que tenían al lado.

—Hay rumores de que estás bien colocado para el ascenso —le dijo.

Alvin se sorprendió de que Ellen le hiciera esa pregunta de forma tan directa. Pensaba que ese era un tema interno que solo afectaba a los que el Sistema había aceptado como posibles candidatos. Pero tampoco tenía de qué extrañarse: estaba en la planta décima porque él había elegido subir y ahí podía pasar cualquier cosa. Era posible que ahora mismo se estuviera tomando la decisión de ascenderlo o no en alguno de los despachos que estaban tras la pesada puerta que daba acceso a la gran sala.

—Bueno. Las estadísticas no son malas, pero siempre temes que aparezca un nivel A que no reaccione en plazo y que se cargue tu expediente.

—¿Y tienes alguno así entre manos?

Alvin apuró su café. Al dejar el vaso en la mesa, vio que Ellen apenas había probado el suyo.

—Sí. Un tal Sam Rothery. Un reincidente. Ha pasado ya por las manos de dos responsables que no han conseguido que cambie de actitud.

—Pues tendrá vetado hasta el uso de los baños —comentó Ellen.

—Sí, pero eso no parece afectarlo.

Alvin estuvo a punto de pedirle consejo para enfrentarse al caso. Ella habría podido orientarlo. Al final, como en el fútbol, uno acababa jugando el partido desde una posición, por mucho que en un principio se sintiera capaz de hacerlo desde cualquiera: con el tiempo se descubría que uno era defensa o delantero o lateral o portero tanto el en terreno de juego como en el trabajo o en la familia. Solo alguien como Ellen parecía capaz de jugar ahí donde la pusieran. Si se abstuvo de pedirle ayuda fue por la imagen que podría dar como alguien que empezaba a dudar ante los problemas más graves.

—Todos somos vulnerables a alguna estrategia. Siempre hay una puerta, como la de Constantinopla, que nos dejamos abierta para que los turcos entren. Siempre.

Ellen lo agarró suavemente del brazo como señal de despedida. Alvin se giró para ver cómo la puerta se abría para dejarla pasar y después volvía a cerrarse. Tal vez no fuera una casualidad que le hubieran dado ahora este caso. Sam Rothery era la prueba que tenía que aprobar para conseguir el puesto que deseaba. Desde que existía el Sistema, nada era ya una coincidencia. Todo sucedía por algo. Hasta ese breve descanso que Ellen se había tomado para compartir un café con él.

V. La sonrisa de Lucía

Thomas todavía no se manejaba bien con el Sistema. La nueva edad a la que se abrían todas sus funcionalidades era a los diez años, por lo que solo llevaba uno escuchando a la voz dentro de su oídos. Durante un tiempo se había instalado antes, pero se había descubierto que tanto el aprendizaje como la madurez emocional e intelectual de los niños se resentían al verse controlados por un Sistema que parecía saberlo todo de ellos. Tampoco había funcionado con la instalación a los dieciocho años porque se producía un enfrentamiento directo con el Sistema que potenciaba el natural deseo de rebelión e independencia.

—¿No puedo saber nada de ella? —preguntó.

—*Ya sabes las reglas. No puedo darte información de nadie.*

—Pero das estadísticas. No dejas de ofrecerlas. Sobre los accidentes que tienen los niños que no miran. Sobre los efectos que tiene sobre el rendimiento la falta de sueño. Sobre el tiempo medio de pelea entre dos hermanos.

—*Las estadísticas no tienen nombre. Por eso son estadísticas.*

Thomas estaba sentado en el patio del colegio. El Sistema no respondía cuando se estaba dentro del edificio para no desorientar a los alumnos. Sacó una manzana de la mochila.

—*Buena manzana. Con ella vas a acercarte a la media recomendada.* Thomas fue a morderla pero se detuvo y la miró por todas partes.

—¿Dónde tiene el chip?

—*No lo puedes ver. Tampoco tienes de qué preocuparte porque tragarlo no es dañino.*

—Pero está, ¿no?

—Claro que está. Y desde hace mucho tiempo. Podría decirte dónde se plantó el árbol del que viene esa manzana, a cuánto la vendió el agricultor, por cuántos intermediarios ha pasado, el margen que se ha llevado cada uno, el tiempo que ha permanecido en cámaras frigoríficas y qué pagó tu madre por ella.

—Lo sabes todo.

—No, no sé lo importante. Lo fundamental. Si está buena o no.

Thomas sonrió. Se fijó que en el patio había bastantes compañeros que parecían estar hablando con sus Sistemas. No había problema de que abusaran de él y se convirtieran en hikikomoris porque a esa edad tenían un tiempo tope de conversación. Pasado ese límite, el Sistema se volvía mudo. Thomas mordió su manzana.

—Está buena —confirmó Thomas.

—Entra dentro de las estadísticas. De esa partida, el setenta y cuatro por ciento opinó lo mismo de su manzana.

Thomas volvió a fijarse en Lucía. Estaba apoyada en el tronco de uno de los árboles del patio, conversando con un grupo de amigas. Era una chica que le había gustado desde el primer momento. Tenía un rostro proporcionado que parecía diseñado para sonreír. Lo que más le atraía de ella era cómo controlaba su cuerpo. De alguna forma, lo llenaba, lo ocupaba. Era consciente de cada parte. La pierna doblada, la mano sobre el muslo o el cuello ladeado: estaba así porque ella lo había querido. Precisamente así.

—¿De verdad que no puedes decirme nada de ella?

—Claro que puedo. Pero no quiero.

—Si no sabes de quién hablo.

La voz emitió un suspiro. A veces tenía la impresión de que el Sistema copiaba expresiones y formas de responder que usaban en su familia para hacerse más cercana. Ese suspiro, por ejemplo, se parecía bastante al de su madre cuando le daba una segunda oportunidad para que dijera algo que ocultaba.

—Claro que lo sé. Se trata de Lucía. Con un noventa y nueve por ciento de probabilidades. Tenías que escuchar cómo te cambia la presión cuando estás cerca de ella. A veces, solo es necesario que pronuncies su nombre, como ahora.

VI. El puente favorito

A la hora de comer, Anna se acercó a ver a su abuela Alanis al hospital. No fue algo que hubiera pensado por la mañana. Lo decidió de repente, siguiendo una intuición. Solía ir por lo menos una vez por semana, pero nunca un día fijo para que no se convirtiera en una obligación.

En el último momento prefirió ir andando y volver en autobús para ahorrar créditos. Se aseguró de que su reloj controlara bien la distancia para que formara parte de su ficha del día. Hacía muy buena mañana y le parecía una buena forma de aprovecharla.

Decidió coger el camino más largo porque se sentía bien caminando. Cuantos más metros, mejor. Atravesó un parque y después cruzó el río por su puente favorito, con el que había ganado el Pritzker el arquitecto que lo diseñó. Tanto el acceso al parque como el uso de ese puente estaba reservado a los que no tenían ninguna de sus variables en el nivel A. Anna estaba por debajo del nivel C en todas las suyas, salvo la C que había obtenido por no haber cumplido el plan de comidas en el mes pasado. Pero era una C que la preocupaba poco porque podía borrarse del expediente en cuanto mantuviera la dieta un solo mes. Además ¿quién no caía en la tentación de un dulce de vez en cuando?

Dejó el puente detrás y caminó por una de sus calles favoritas, en las que se encontraban las tiendas de moda que más le gustaba. Se habría detenido en los escaparates de todas ellas, pero tenía el tiempo justo para hacer la visita y volver al colegio, así que debía cuidar el ritmo con el que avanzaba para no retrasarse.

Cruzó una rotonda y pasó junto a la zona en la que estaba el mercado. A pesar de que no se viera ningún control, Anna sabía que existían lectores en todas partes. Aunque costara creerlo, muchos de los que se encontraban en un nivel A volvían al mercado a pesar de saber que ahí no tardarían en ser descubiertos y expulsados. Los más valientes se atrevían incluso a entrar para disfrutar del olor y de las vistas hasta que los detenían y los sacaban fuera del perímetro. Otros se mantenían en la frontera, caminando lentamente alrededor, mirando, recordando.

Detrás del mercado se encontraba el hospital. Anna no tuvo ningún problema con los controles y accedió rápidamente a la habitación en la que se encontraba su abuela. Llamó a la puerta.

Su abuela estaba tumbada con los ojos cerrados. Tenía el pelo negro, muy corto, y una cara de rasgos duros que transmitían, incluso dormida, una fuerza de voluntad que no había desaparecido con la enfermedad. Anna volvió a llamar a la puerta. Su abuela abrió los ojos.

—Pasa, Anna, cariño. No pensaba que fueras a venir a esta hora. Si no, habría retrasado la siesta.

—Lo decidí al final. Ha sido una mañana tranquila en el colegio. Y estaba de buen humor.

—Es así cuando hay que visitar a los enfermos, cuando se está de buen humor. Es lo que necesitamos.

La abuela de Anna hizo un gesto para que acercara sus manos y pudiera cogérselas entre las suyas. Anna acercó una silla.

—¿Sigues bien cuidada? —le preguntó Anna.

Como única respuesta, la abuela de Anna le apretó las manos. Que tuviera una habitación como ésa sin límite de tiempo era un lujo que se había ganado. Fue de las primeras en apuntarse al programa que creó el Estado cuando descubrió que el ochenta por ciento de sus gastos médicos se dedicaban a las enfermedades crónicas de los ancianos. Dentro de las medidas que se implantó con el Sistema, se incluyó el programa Cognos, en el que, de forma voluntaria, los mayores de sesenta años dejaban que el Estado tomara el control total de las variables relacionadas con su salud a cambio de unos cuidados como los que estaba recibiendo la abuela de Anna cuando fueran necesarios. Desde hacía dieciséis años, una gran parte de la vida de la abuela de Anna no había estado en sus manos.

Su enfermedad era irreversible, pero nadie le había dicho cuánto tiempo podía vivir. Tal vez uno o dos años más. La abuela de Anna aceptaba todo lo que su enfermedad implicaba con la condición de que no se hablara de ella en su presencia. Quería tener noticias del mundo exterior, no hundirse más en el suyo con la lástima o el remordimiento de los demás.

—¿Qué tal van las cosas en casa? —le preguntó a Anna.

—Bien. Bueno, papá anda bastante irascible desde hace unas semanas.

—Algo de eso noté.

A Anna le sorprendió descubrir que su padre iba a visitar a su abuela. La relación entre ellos no era buena.

—¿Ha estado por aquí?

—Sí, viene muy de vez en cuando, pero no le digas que te lo he dicho. —Su abuela giró la cabeza para mirar a Anna a los ojos.

—Si te lo cuento es para que no pienses que tu padre es un monstruo.

VII. Los restos de la fiesta

A las doce de la mañana, puntualmente, llamaron a la puerta de la guardería de Sarah. Se encontró con una mujer con melena corta y traje negro acompañada por un hombre más bajo que ella con gafas de monturas redondas.

—Buenos días. Soy Tracy y mi compañero es Adam. Venimos del departamento de alimentación a hacer una revisión. Usted debe ser la responsable. ¿Es así?

—Sí.

—¿Está todo el equipo?

—Kayleigh está hoy de baja —se disculpó Sarah—. El resto del personal sí ha venido.

Sarah se hizo a un lado. Ya era tarde para reaccionar. Kayleigh se había marchado ayer a mediodía por un repentino dolor de cabeza que empezó a sentir después de comer. En un día normal se habría llevado lo que hubiera sobrado de la comida a su casa para dejar la nevera vacía. Pero ayer tuvo que irse precipitadamente y nadie recordó lo de la nevera. Tampoco Sarah pensó en ello al llegar a la guardería esa mañana.

—¿Quiere que los llame?

—No, no es necesario. Basta con que usted nos acompañe. Debe saber que, para protección de las dos partes, mi compañero Adam grabará toda la inspección. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí.

—Perfecto.

Los bebés estaban en una sala junto a la entrada. Vio que Mary, a la que le debía haber resultado extraño que llamaran a la guardería a esas horas, se asomaba a una de las ventanas. Sarah le hizo un gesto con la mano para que volviera a lo que estuviera haciendo. En las otras dos salas, más grandes, se entretenían los que eran mayores pero no llegaban a los tres años.

En las zonas comunes no había ni juguetes fuera de su sitio ni ropa en el suelo ni restos de pintura en las paredes. Sarah sabía que lo que más tranquilizaba a los padres que dejaban aquí a sus hijos era la sensación de orden que se encontraban.

Tracy parecía complacida por ese orden que percibía en lo que veía. Adam la seguía un par de pasos por detrás. Sarah tenía la impresión de que

Tracy se mantenía en la visión general mientras que Adam se centraba en los detalles. Una daba el gran bocado, pensó Sarah, y el otro recogía las migas.

—¿Es necesario que llame a las otras chicas?

—No —respondió Tracy.

Tracy miró por los cristales a la sala de Mary. Tracy estaba sujetando a una niña pequeña por los brazos mientras las dos caminaban por una ancha alfombra de papel en la que iban dejando sus huellas de color azul.

—Debe ser un trabajo bonito —dijo Tracy.

—Lo es.

—¿Cuántos bebés tienen aquí?

—Treinta y dos.

Tracy miraba todo como si estuviera valorando la posibilidad de traer aquí a algunos de sus hijos. Sarah les fue enseñando las distintas zonas en las que estaba dividida la guardería y a qué las dedicaban. Salvo el llanto de un niño, la guardería estaba silenciosa.

—¿Y preparan la comida aquí?

—Sí. La hacemos nosotros.

Ese había sido un tema de discusión entre Alvin y Sarah. Alvin había tratado de convencerla de que lo mejor era encargarle la comida a una empresa externa. Una empresa homologada que tuviera que asumir responsabilidades en el caso de que surgiera cualquier problema. Sarah no lo había visto así. Quería ser ella misma la que preparara la comida a los bebés de la guardería. Había intentado seguir el consejo de Alvin, pero al probar la comida que las empresas servían lo tuvo claro: para protegerse ellas mismas, habían exagerado el cumplimiento de las normas del Sistema, con lo que lo que ofrecían no sabía prácticamente a nada y además no incluía el dulce.

En el peor de los casos, pensaba que Alvin la podría avisar si se estuvieran planeando alguna visita a la guardería. Bastaría con tener cuidado durante unos días para evitar problemas y después seguir con la rutina habitual. Pero la presencia de Tracy y de Kevin era una prueba de que la información no solo no era transparente en el departamento, sino que se ocultaba. Una inspección justo ese día.

—¿Y dónde la preparan?

Disponían de una pequeña cocina con una placa, un microondas y una nevera. Ahí preparaban las cremas que servían para los menús triturados y platos enteros como la merluza o el pollo para los más mayores. En la puerta de la nevera estaban indicados los nombres de los bebés que tenían algún tipo de intolerancia.

Mientras Tracy leía la lista, Adam abría los armarios, revisando los cubiertos, los vasos, y las materias primas no perecederas. Llegó hasta la basura y la abrió. Al ver el contenido le hizo un gesto a Tracy para que se acercara. Los dos miraron durante unos segundos. Adam acercó la pequeña cámara. Tracy regresó a la lista.

Sarah estaba perdida, lo sabía. Vaciar la basura era algo que Kayleigh hacía todos los días y que también se había quedado pendiente. Justo ayer, se lamentó Sarah.

Tracy se giró hacia Sarah.

—Una de las principales razones por las que se implantó el Sistema fue para ponerle remedio a los problemas de salud de la población relacionados con la alimentación. En el 2015, prácticamente la mitad de la población era diabética. Muchos ni siquiera lo sabían. Los costes asociados a esta situación se preveían tan altos que el Estado no tuvo otra opción que empezar a regular lo que, de forma libre, la gente no había sido capaz de controlar.

Sarah se sabía esa parte del discurso porque muchas veces Alvin la había usado de argumento cuando alguien en casa se quejaba del Sistema. Tracy se volvió y abrió la puerta.

En el segundo estante había restos de la tarta que prepararon ayer para celebrar el cumpleaños de una de las niñas que estaban en el grupo entre los dos y los tres años. Una de las normas básicas del Sistema era la educación del paladar de los niños para que prefirieran lo salado a lo dulce. Salvo muy pocas excepciones, el dulce estaba prohibido. Y en muchos documentos del Sistema el icono que encabezada esta sección era una tarta encerrada en un círculo rojo cruzada por una banda gruesa.

Daba igual que casi todo hubiera sobrado y que, junto con los platos que habían usado, estuviera en la basura. Los niños apenas habían comido porque las raciones habían sido muy pequeñas. Pero la tarta era auténtica. Sarah la había preparado siguiendo una receta de su familia. Podía cumplir con las normas casi todos los días, pero un cumpleaños merecía una tarta. Ni los niños ni los adultos podían perder eso.

—De chocolate —dijo para sí Tracy mientras la cogía de la bandeja y se la acercaba para verla mejor.

VIII. La bolsa con aros dorados

Había gente a la que no le gustaba caminar bajo la sombra de las naves de carga. Decían que la sentían como una amenaza. Ese no era el caso de Anna, que disfrutaba dentro de ellas, como si fueran un recordatorio de que la tecnología estaba ahí para protegerlos y para cubrir sus necesidades. Miró hacia arriba y pensó que en el futuro, por qué no, podría pilotar alguno de esos monstruos que parecían migrar de un lugar a otro.

Tenía en la cabeza un vestido que había visto en una de las tiendas que había cerca de su casa. Le había atraído desde que estaba expuesto pero se había concedido unos días para saber si se trataba de un capricho o de algo por lo que merecía la pena ahorrar. Pasadas casi dos semanas, pensaba que había llegado el momento de probárselo.

La tienda era grande, con una luz cálida que cambiaba al instante del humor de los que entraban, como si fueran recibidos en un sitio en el que se les estaba esperando. Ayudaba a mantener el ambiente una música de grupos desconocidos que transmitía una sensación de novedad.

Anna buscó entre los modelos colgados de una barra el de su talla. Se dio cuenta de que había muchos de las medidas intermedias, pero muy pocos de los, como el caso de su talla, se salían de la franja. Rebuscó, pero sospechó que no iba a encontrar lo que quería.

Le hizo una señal a una dependienta para asegurarse. Vestía completamente de negro y se presentó con la sonrisa de quien acaba de escuchar una gran noticia.

—¿Habría un vestido como estos de mi talla?

La dependienta miró a Anna de arriba abajo y, sin dejar de sonreír, negó con la cabeza.

—Esta temporada han traído muy pocos de su talla.

—¿Pero de este modelo o en general?

—En general.

Anna no solía gastarse mucho dinero en ropa, por lo que no supo cuándo había sido la última vez que se había comprado una prenda en una tienda. Tampoco debía hacer tanto tiempo. Y no recordaba haberse encontrado en una situación como ésta. Jamás se habría imaginado que su talla estuviera tan alejada de la media.

Tan pronto la dependienta se marchó, Anna se metió en un probador, se quitó con rabia la ropa hasta quedarse con la lencería. Se fijó en su

cuerpo como si lo viera por primera vez, analíticamente, en vez juzgarlo como hasta ahora, de una forma vaga, en la que le bastaba saber que, tanto para ella como para los chicos que se habían atrevido a decírselo, lo bueno compensaba sobradamente lo malo.

—¿Estoy gorda? ¿Es por eso?

—*Ojalá pudiera verte, Anna. Pero puedo decirte que, por lo que sé, y es bastante, aún no lo estás.*

—Aún —repitió Anna.

—*Según los análisis, no, pero hay una tendencia.*

—No sabía que ahora se nos valoraba también por la tendencia.

Anna se notaba agitada. Echó la cabellera hacia adelante, se la cogió con una mano y volvió a levantar la cabeza. Con un par de movimientos precisos se hizo una coleta con una goma que llevaba en la muñeca. A veces la coleta la ayudaba a estar más centrada.

—Tú lo sabes todo, ¿no?

—*Respecto a lo que tú entiendes por todo, sí, prácticamente.*

—¿La temporada pasada había más unidades de mi talla?

—*¿De este modelo?*

—En general, de un vestido como el que he elegido.

—*Sí.*

Anna se giró hacia un lado y después hacia el otro para verse de perfil y estudiar también su culo. Los muslos eran la parte de su cuerpo que menos le gustaba. Eran amplios, desproporcionados respecto al resto. Pero no era algo que dependiera de ella. Lo había heredado de la familia de su madre.

—¿Manejáis la producción?

—*Sabes que nosotros solo podemos aplicar medidas correctivas o preventivas.*

—Lo sé, la teoría me la sé. Todo eso de que seguimos siendo libres, sobre todo para equivocarnos. Pero eso no responde a mi pregunta.

—*Yo creo que sí lo he hecho.*

—Entonces vuestro criterio para aplicar esas medidas se va haciendo cada vez más exigente.

—*Nos adaptamos.*

—Sí, a ese plan que persigue garantizar una vida más larga y de mejor calidad. Eso también me lo sé.

—*A eso nos adaptamos.*

Unos golpes en a puerta hicieron que Anna interrumpiera la conversación.

—¡Un momento!

Se vistió rápidamente y salió del local con paso decidido. Molesta y un poco humillada. La sombra de los cargueros todavía cubría el barrio en el que Anna se encontraba.

—¿Qué transportan?

—*Arena.*

—¿Estáis moviendo los continentes de sitio?

—*Nada está quieto.*

Anna se volvió a fijar en el vestido que del escaparate en el que llevaba pensado dos semanas. Levantó la vista hacia los cargueros.

—A la mierda —dijo.

Entró de nuevo en la tienda. La chica que la había atendido estaba tecleando algo en la mesa que tenía delante. La sonrisa volvió de nuevo a su cara. Anna se anticipó y señaló al vestido que había expuesto.

—Quiero ése, el del escaparate.

—*No es de su talla. De su talla...*

—Ya, ya, no importa.

La dependienta dudó un instante. Consultó algo en voz baja y asintió. Sin decir nada, fue hacia el escaparate y sacó el maniquí con el vestido. Lo colocó junto a una pared. Después fue a por un vestido idéntico al que llevaba puesto y rápidamente, como si el maniquí pudiera sentir pudor, lo desnudó y lo volvió a vestir. Regresó con el vestido a la caja.

—Para regalo, por favor —pidió Anna.

La dependienta lo envolvió con cuidado en un fino papel gris y después lo metió en una bolsa amplia con dos agujeros con aros dorados por los que pasaban las asas. Todo el estilo de la tienda se destilaba en la forma en la que la dependienta sostenía la bolsa que le ofrecía a Anna.

Anna salió a la calle.

—Siempre puedo adelgazar algo más —le dijo al implante.

—*Cierto.*

En el camino a casa, pasaron junto a un contenedor al que Anna arrojó la bolsa.

IX. La rebeca de Esther

Cuando vinieron a por el último de los niños de la guardería, Sarah les comentó a las dos empleadas que se podían marchar ya a casa, que ella ordenaría todo y se preocuparía de cerrar. Le apetecía estar sola después de la visita de los dos inspectores del Sistema.

En una de las perchas estaba colgada una pequeña rebeca roja. Sarah ya sabía que pertenecía a Esther, una de las niñas más calladas de la guardería. Su madre compartía con ella un aire despistado, como si permanentemente estuviera decidiendo qué hacer y la elección final no la conveniera. Cómo saludar, cómo mostrarle cariño a su hija, como relacionarse con ellas, cómo agradecerles las atenciones que tenían con Esther.

Colocó todos los juguetes en su sitio, borró la pizarra, escribió en una esquina la fecha de mañana, comprobó que los cuartos de baño estaban limpios, que tenían pañales y papel higiénico, que el botiquín estaba completo y, finalmente, llegó a la nevera.

Con un marido trabajando en un departamento del Sistema, Sarah se había equivocado al pensar que podría acercarse a los límites sin arriesgarse demasiado. Nadie mejor que ella para saber qué podían o no podían comer los niños que acudían a la guardería. Tenía en su propia casa la guía a que seguir. No necesitaba lecciones. Pero no podía evitar el rechazo que le provocaban las estrictas directrices alimenticias para niños tan pequeños. Claro que sabía que tenían prohibido el azúcar. Pero, se dijo de nuevo, pero...

En la nevera tenían también un pequeño cuadrado en el que colocaban pegatinas según la relación de peso y talla de cada uno de los niños y niñas. La norma establecía que había que vigilar desde el principio esas variables para evitar cualquier riesgo de sobrepeso. Todas eran verdes menos una amarilla, la que correspondía a Esther, que parecía tener un problema constante para llegar al nivel deseado, como si su cuerpo procesara peor las calorías.

Sarah abrió la nevera y revisó todo lo que tenían. Ya: si hubiera sido práctica, habría dejado que una empresa externa se encargara de los me-

nús, pero uno de los reclamos de esta guardería era que ellas mismas preparaban la comida, porque uno de los placeres de Sarah era la cocina y quería compartir lo que sabía. Revisó lo que había en los estantes. Quedó con los inspectores en que, para compensar, durante unos días solo alimentaría a los niños con verduras, carne y pescado. Nada más. Fue metiendo en una bolsa todo lo que no estuviera incluido en ese grupo. Rebanadas de pan. Plátanos. Embutidos. Papatas.

La tarta fue directamente a la basura.

Cuando terminó, se quedó mirando la bolsa. ¿Y ahora, qué?. Los responsables del Sistema le habían hecho una oferta al terminar su visita y no sabía si había tomado la elección correcta. No podía arriesgarse a perder parte de la subvención. Eso provocaría los padres y las madres se marcharan a otras guarderías, condenándolas a cerrar.

Recorrió la guardería asegurándose de que los grifos estaban cerrados, de que no se quedaba ninguna ventana abierta y de que las luces estaban apagadas. Le gustaba su trabajo. Ahí podía sentir esa vitalidad que luego iba desapareciendo a una edad más temprana. Bastaba con que los niños entraran en el Sistema y tuviera auriculares implantados para que toda esta espontaneidad dejara de existir.

¿Cómo se lo iba a contar a Alvin? ¿Se lo habrían dicho ya en la oficina? Lo más lógico era que lo llamara para ponerle al tanto. Tal vez fuera lo que el propio Sistema esperara. Sabía que el Sistema estaba interpretando su silencio. Tal vez mejor que ella misma. Le bastaría con preguntarle «¿qué debo hacer?» para obtener una respuesta que borraría cualquier duda. Pero no quería.

Entró en su despacho a oscuras. Abrió un pequeño cajón y, con los ojos cerrados, metió la mano hasta el fondo. Ahí guardaba lo que le quedaba de la tableta de chocolate que había utilizado para la tarta. Se llevó un trozo la boca, lo saboreó unos segundos y después lo tragó. Entonces abrió los ojos y salió del despacho.

La madre de Esther era muy despistada, pero sabía elegir muy bien la ropa de su hija. Tenía estilo. Además, gracias a su despiste, esa prenda que ahora colgaba del gancho aliviaba el vacío de la guardería. La tocó. La olió.

Después cogió la bolsa con la comida y al instante supo a dónde ir con ella.

X. El Fugazi

Al salir del colegio, Thomas no estaba de buen humor. El examen de historia sobre el apogeo de Roma no había ido muy bien. Esas fechas. Esos nombres. ¿A quién podía interesarle todo eso?. Pero aún: ¿por qué memorizarlo cuando eran datos que estaban continuamente disponibles?

—¿Cuándo comenzó la fase del Imperio romano? —preguntó Thomas a su implante.

—*En el 27 antes de Cristo, cuando el Senado concedió el título de Augusto a Cayo Octavio.*

—¿Ves? ¿Para qué aprenderlo?

—*Para saber qué pregunta hay que hacer.*

Thomas había decidido no discutir con el implante. Era lo suficientemente hábil como para ganarlo en todas las discusiones. ¿Y cómo no iba a ser así?. Sus quejas ya habían sido formuladas por cientos de miles de chicos de su edad. El Sistema había tenido mucho tiempo para estudiar y probar las mejores respuestas. El silencio de Thomas, por ejemplo, se estaba convirtiendo en una variable que refutaba el éxito de la estrategia y le daba aún más valor a la última respuesta del Sistema.

Thomas vio que Andy, un compañero de clase, se estaba marchando solo.

Normalmente venía a recogerlo su padre. Fue corriendo hacia él.

—¿No vienen a por ti?

—Mi padre se ha dado un golpe con el coche. Nada serio. ¿Quieres oír el informe?

Andy pronunció la palabra autorizo y al instante Thomas escuchó una descripción exhaustiva del accidente: desde la hora exacta del golpe hasta las maniobras que habían realizado los coches en los dos minutos previos. Todo estaba archivado. En el informe privado que el Sistema enviaría a la policía se incluirían asuntos como qué habían comido, qué música estaban escuchando en el coche o cuál había sido su reacción después del choque.

—No parece serio.

—Qué le vamos a hacer. Ya me he acostumbrado a ver los coches que tenemos con algún golpe.

Thomas pensó que sería una buena idea ir a merendar.

—¿Tienes prisa? ¿Vamos a tomar algo?

—¿Qué propones? Esta semana ando un poco justo. Como en los próximos análisis me salga en un máximo, mis padres me matan.

—¿Una ensalada?

—¡No me jodas!

—Jajaja. Nos pasamos por el Fugazi a ver qué tienen.

—¿Ojos cerrados?

—Ojos cerrados al Fugazi.

Uno de los retos preferidos de los quinceañeros era tratar de descubrir hasta dónde podían estirar los habilidades del Sistema. Para los adultos, el Sistema era algo cerrado con unas funciones bien definidas basadas en unas reglas asumidas por todos. Pero en el caso de los adolescentes, el propio Sistema había aprendido que era aconsejable potenciar su vertiente lúdica para no provocar rechazo. Había que conseguir que la relación entre las dos partes fuera buena desde el principio. Y uno de los juegos en los que participaba era el de guiar a los usuarios con los ojos cerrados hacia un punto establecido de la ciudad.

Thomas y Andy cerraron los ojos y fueron caminando dejándose guiar por las indicaciones que el Sistema les iba transmitiendo a cada uno. Aunque la ruta era la misma para los dos, había pequeños matices que iban influyendo en el recorrido. Un semáforo que cambiaba de color. Alguien que se cruzaba. Una frase que se reconocía

unos segundos más tardes. Esos pequeños desajustes se iban acumulando hasta que uno acababa llevándose la victoria.

A Thomas le gustaba, además, hacerle preguntas al Sistema sobre los sitios por los que pasaban. Quería que le anticipara la gente que caminaba en sentido contrario o las zonas en las que estarían protegidos del sol. Él se dejaba llevar como una marioneta, inclinándose hacia un lado cuando era necesario, acelerando en un punto, saltando en otro o agachándose al pasar bajo un árbol. Resultaba un verdadero placer abandonarse de esa manera y saber que estaba protegido ante cualquier contingencia. Se sentía como un jinete a lomos del mejor caballo.

El fue el primero en llegar al Fugazi. Andy caminaba diez metros detrás de él. Se notaba que todavía faltaba coordinación entre su Sistema y él.

—Tu implante sabe que no eres cojo, ¿no?

—¿Y el tuyo que eres imbécil?

Los dos entraron en el Fugazi. Era un local que había visto pasar su mejor época y que ahora vivía de una clientela escasa pero fiel que lo mantenía vivo. Ocuparon una mesa junto a la ventana en la que todavía había una taza que no habían recogido. Al instante una chica que parecía haberse rendido al cansancio hacía mucho tiempo vino a por la taza y les preguntó qué querían.

Thomas pidió un revuelto de huevos con salchichas.

—¿Es para tu madre? —le preguntó Andy.

—Vete a la mierda. Pídetes un batido de chocolate con nata y una tostada con mermelada.

—¿Algo más?

—No tienes huevos.

—Más que los de tu revuelto —Andy miró a la camarera—. El batido y la tostada.

—¿Estás seguro? —le preguntó la camarera.

Andy trató de disimular, como si no pasara nada, pero la voz del implante comenzó a hablarlo. Tanto Thomas como la camarera, que llevaba una placa en la que ponía Alison, lo sabían. Quizás Andy se hubiera confiado al pensar que, después de jugar a venir con los ojos cerrados, el Sistema sería más comprensivo y pasaría por alto lo que había pedido. O tal vez hubiera creído que el Sistema no se preocuparía por lo que pudieran comer en un local como éste, de segunda fila, y que estaría más pendiente de pastelerías o panaderías. En el fondo, al Sistema le daba igual lo que pensara Andy.

Andy comenzó a morderse una uña mientras escuchaba. Después se la miró y sin girarse hacia Alison le pidió otro huevo revuelto con salchichas.

Alison se quedó mirando a Andy, como si lo estudiara.

—Perfecto.

Más tarde, cuando Andy se levantó para ir al servicio, Alison se cruzó con él, sacó algo de un bolsillo, se lo guardó, abrió y cerró cuatro veces la mano derecha y espero la respuesta de Andy. Andy asintió.

Cuando les llegó la nota, Andy la cogió antes de que Thomas pudiera verla. Insistió en pagar: Alison le acercó un pequeño aparato y Andy pronunció la palabra «Acepto».

XI. La dirección del casino

Sarah cogió la bolsa con la comida y empezó a caminar por la calle con ella. Le parecía absurdo no buscar algún cubo de basura y tirarla. Eso es lo que habría hecho cualquiera en su situación. Pero prefería verse así, cargando con la comida, que desaprovechándola. Solo tenía que dejar que se le ocurriera algo, tranquilizarse y dejar que la mejor opción se le presentara.

No dejaba de pensar en Kayleigh. Le parecía extraño que ayer se hubiera marchado por lo del dolor de cabeza, dejando el resto de la tarta en la nevera y que hoy aparecieran los del Sistema para echar un vistazo sin prisas, seguros, como si supieran exactamente qué iban a encontrar y dónde. De las tres que trabajaban con Sarah, Kayleigh era la más novata, pero tenía una mano con los niños excepcional. Lo que las demás tenían que aprender, ella parecía haber nacido sabiéndolo. De todas formas ella era la única responsable. Ella había hecho la tarta. Ella era la que se empeñaba en seguir celebrando así los cumpleaños.

Cogió un autobús para darse un poco más de tiempo. No quería llegar a casa y obligarse a pensar en la decisión que había tomado. Tal vez lo más lógico hubiera sido llamarlo nada más recibir la propuesta de Tracy y discutir con él las opciones que le planteaba. Pero era claro que, por la presión que ejercieron Tracy y Adam, que parte de la jugada estaba en no dejarla pensar. O daba su consentimiento a una opción o a la otra. Y tenía que ser ya o seguirían el camino oficial.

En una de las paradas subió una mujer que estaba bastante por encima de su peso recomendado. Debía haber corrido para coger el autobús y ahora se apoyaba en una de las barras tratando de recuperare. Sarah se fijó en las gotas de sudor y en cómo se inclinaba hacia delante, como buscando una manera más efectiva para respirar. Vestía bien y sabía cómo maquillarse para sacarse el máximo partido.

Cuando la mujer se recuperó, buscó con la mirada un sitio en el que colocarse. Creyó ver uno y se acercó hacia él, pero la chica que ocupaba el asiento adyacente sacó una mochila y la colocó encima sin dejar de mirar por la ventana. Lo intentó con otro para el que la tenían que dejar pasar. El hombre que debería haberse levantado no hizo ningún gesto. Seguía consultando algo en su móvil, ajeno a la espera de esa mujer.

Viendo el desconcierto de la mujer, Sarah le hizo un gesto para que se sentara a su lado. La mujer respondió con una sonrisa de disculpa y se acercó hacia ella.

—Gracias —dijo—. No es la primera vez que habría tenido que hacer el trayecto de pie.

La mujer tenía un tono de voz grave. Intentaba aparentar tranquilidad, pero Sarah creyó descubrir debajo de esas palabras cierto cansancio, como si para ella la vida fuera una continua sucesión de excusas por ser como era.

—¿Sabe si pasa por el casino?

Preguntas como ésa habían desaparecido prácticamente de las conversaciones porque ahora todo se solucionaba una consulta rápida al implante. Igual que resultaba imposible ahogarse por propia voluntad, tampoco había forma de perderse porque bastaba con preguntárselo a esa infinita base de datos que nunca dormía, que nunca dejaba de aumentar, con una inteligencia que crecía continuamente. Sarah supuso que la mujer quería hablar, compensar el rechazo que había sentido con un rato de comunicación.

—No sé —admitió Sarah— me he subido al primer autobús que he encontrado.

—Eso se suele hacer cuando se huye de algún sitio.

Las conversaciones entre extraños apenas se producían. El Sistema lo guardaba todo, así que era recomendable que fueran lo más asépticas posibles. Había que tener cuidado con lo que se decía, sobre todo con dar información sobre aquella parte de uno a la que no alcanzaba a llegar el Sistema: las emociones, los miedos, las dudas.

—O cuando se quiere salir de la rutina por el precio de un billete. Un crucero por la ciudad.

Pero mantener la conversación en un nivel de corrección resultaba casi imposible. Una de las opciones era forzar el lenguaje con dobles sentidos, humor o incursiones en lo absurdo, donde se decía que el Sistema no se sentía especialmente cómodo.

—¿Y a quién le viene mal salir de crucero? —preguntó la mujer.

—Solo al que le tenga miedo al agua.

—Si no hubiera agua, no existiría la expresión salir a flote. Y me encanta esa frase.

Salir a flote.

Sarah tuvo una intuición y abrió la bolsa. Miró a la mujer a los ojos y arrastró su mirada con la suya para que la de ambas se fijara en lo que

Sarah había cogido de la guardería. Las dos volvieron a mirarse a los ojos cuando la mujer levantó la vista.

—Cuando uno sale a flote, siempre encuentra algo a lo que agarrarse. Es lo que dicen. El barco se hunde, pero gracias a eso se cruzan trozos de madera.

—Yo tengo trozos de sobra —dijo Sarah.

La mujer dio dos golpes suaves en la rodilla izquierda de Sarah. Sarah entonces abrió su bolso y metió en él unos plátanos. Miró por la ventanilla y reconoció el hospital en el que estaba la madre de Alvin. Sonrió al darse cuenta de cómo se enlazaban algunos acontecimientos cuando uno más perdido se encontraba.

—Me voy a bajar —dijo Sarah—. Espero que tenga madera para unos días.

—Más que de sobra. Y seguro que al final doy con una buena isla en la que descansar.

Sarah se levantó y caminó por el pasillo hasta la salida. Pensó que en cualquier momento la mujer se levantaría y la avisaría de que se había dejado una bolsa. El autobús paró y Sarah descendió. La mujer no dejaba de mirar al frente cuando el autobús volvió a arrancar.

De repente Sarah tuvo la certeza de que el casino al que había hecho mención era más un estado de ánimo que un lugar. Esa racha de tu vida en la que se alternan muchas cosas malas con algunas buenas sin que puedas controlarlas ni anticiparlas.

XII. Un bulto bajo la toalla

Sarah entró en el hospital con cierta aprensión. Pensaba que aquellas partes de su cuerpo que estuvieran más débiles aprovecharían que estaba ahí para manifestarse y reclamar la atención que ella no les quería prestar. Esa molestia en el cuello, el pequeño busto debajo de la rodilla derecha, los pinchazos que sentía en el estómago algunas noches antes de irse a la cama.

Mientras esperaba de pie en recepción, escuchó una discusión a sus espaldas. Un hombre bajo, con gafas, forcejeaba con un vigilante que le tenía doblado un brazo para controlarlo. Sarah se giró para prestar atención, aunque ya sabía qué había pasado: alguien acababa de descubrir que el Sistema le tenía vetado el acceso al hospital. Podía ser que viniera a hacerle

una visita a un conocido o que se pasara a recoger unos análisis. Eso al Sistema no le importaba. El guarda, a pesar de ser el doble de grande, parecía tener dificultades para controlar la ira de aquel hombre.

—¡Tiene que ser un error! —gritaba para todos—. ¡Quiero saber qué ha pasado! ¡Lo tengo todo en orden! ¡Todo el orden!

—Cálmese. Ahora no hay nada que podamos solucionar. Ni usted y yo. Si se calma le puedo explicar cuáles son los pasos que puede seguir.

—¡Pero tengo arriba a mi mujer, joder, está arriba!

—Le repito que no podemos hacer nada. ¡Señor! —el guarda agarró al hombre por el cuello y lo obligó a mirarlo a los ojos—. Hágame caso. Respire hondo. Tranquilícese y pasemos a una sala en la que le puedo decir qué hacer. Es lo mejor que puede hacer por su mujer.

El hombre tenía los ojos cubiertos de lágrimas. Miraba a la gente que lo rodeaba como si esperara algún consejo de alguien que no fuera el guarda. Algún tipo de ayuda. Alguna frase. Al ver que nadie reaccionaba, se pasó la mano por el pelo y se metió la camisa en el pantalón. Levantó una mano hacia el guarda para que le concediera el tiempo que necesitaba. Después lo miró y lo siguió hacia una sala en la que entraron los dos.

Sarah notó el pinchazo en la tripa. Subió por las escaleras para demostrarse que estaba en forma, que tardarían mucho tiempo en verla en un lugar como éste. Cuando llegó a la habitación, golpeó suavemente la puerta. La débil voz de Alanis la contestó.

—Entra.

Alanis estaba con la sábana hasta el pecho. Giró la cabeza para mirar a Sarah, que se quedó impactada por la mirada de Alanis. Ahí donde siempre había visto una determinación que a veces resultaba violenta para los demás, empezaba a ver ahora una extraña calma, la de alguien que está a punto de rendirse. Sarah se fijó en todos los aparatos que tenía junto a su cama, traduciendo a números y dibujos un cuerpo inmovilizad.

—No te esperaba. De hecho, no esperaba a nadie. Sarah acercó una silla a la cama.

—No tenía ganas de ir a casa.

Alanis se rio. El instrumental reaccionó con leves variaciones de las cifras que estaban mostrando, sensibles a ese leve epicentro provocado por el humor.

—¿Y tu manera de arreglar un mal día es venir a venir a una mujer enferma?

Sarah, como única respuesta, giró la cabeza de un lado a otro. Su trato con Alanis nunca había sido muy bueno, pero dado que la relación de Alvin con su madre era muy difícil, desde el principio Sarah se había ofrecido como puente para que sus hijos no perdieran el contacto con su familia. Con el tiempo había descubierto qué había alejado a Alvin de su madre, pero también otros motivos que podían equilibrar la balanza. Desde que estaba en el hospital, la visitaba frecuentemente, casi siempre antes de ir a la guardería, nunca a estas horas.

—Tal vez esto de venir a ver a una mujer enferma dé créditos para el Sistema —comentó Sarah.

—Eso dicen. Todo vale, ¿no?

Sarah vio una botella de agua sin abrir en una bandeja y le hizo un gesto a Alanis. Esta agitó una mano como si se quitara algo pegado en ella. Sarah echó un buen trago.

—¿Algo familiar? ¿Salud? ¿Trabajo?

—¿Perdona?

—Eso que te preocupa y que no quieres llevarte a casa.

—Trabajo. Trabajo y familiar.

Con un segundo trago, Sara apuró la botella. Hablar de la guardería ya no era arriesgado porque el Sistema lo había escuchado todo. Lo que necesitaba ahora era discutir sobre lo que había decidido. Deseaba que alguien le dijera que había elegido la mejor opción. Alguien que sintiera.

—Hoy he recibido una visita de inspectores de alimentación.

—¿Del departamento de Alvin?

—No lo sé. Alvin no me dijo que fueran a presentarse. No sé si lo sabía y ha tenido que callarse para demostrar que es un profesional o que no lo habían informado.

—¿Y por qué tu guardería?

Como única respuesta, Sarah abrió su bolso y dejó encima de la cama de Alanis el racimo de plátanos que se había traído de la guardería.

—Vaya —dijo Alanis.

—Ya. Ayer preparé una tarta para un cumpleaños y utilicé dos o tres. Las hago cuando celebramos varios cumpleaños juntos.

—¿Alvin lo sabe?

—Creo que no. Nunca he sacado el tema directamente porque sabía que no lo aceptaría.

Alanis cogió un plátano y lo olió.

—¿Y se lo vas a decir?

—Se lo tendré que decir, pero el problema es otro. Me ofrecieron la posibilidad de aceptar el error y recibir una sanción que no implicaría la pérdida de la subvención o comenzar un proceso largo en el que podría perder la licencia de la guardería.

—Podrías o no.

—Sí. Existía la posibilidad de salir sin cargos, pero el riesgo existía. De la otra manera, el proceso legal desaparecía al admitir la culpa, pero la pena era menor.

—¿Y por qué esas prisas? —preguntó Alanis. Sara se puso de pie y se acercó a la ventana.

—Supongo que no te lo ha dicho, pero ahora tiene la posibilidad de promocionarse. Lleva unas semanas bastante nervioso. Supongo que lo de la visita de esta mañana pretende acabar con las posibilidades de obtener ese puesto. Si tu mujer recibe una sanción, tu situación en la lista cae varias posiciones.

—Por lo que parece, es un puesto bastante solicitado.

Una enfermera entró para llevarse las bandejas con el resto de la merienda. Alanis cubrió los plátanos con la toalla que tenía para el sudor. Después trató de incorporarse para ayudarla, pero tuvo que desistir, agotada por el esfuerzo. Esperó a que estuvieran otra vez solas para hablar.

—¿Tan importante es ese ascenso?

—Alvin está en la edad máxima para ascender a ese puesto. Si no lo logra, se tendrá que quedar el resto de su vida laboral donde está o marcharse. Y el sector privado suele recelar de los que han trabajado para el Sistema.

Alanis le hizo un gesto a Sarah para que se acercara. Le posó su mano derecha en una de sus mejillas

—No le digas nada todavía. Por lo demás, no te preocupes, seguro que todo saldrá bien. A nuestra manera, todos haremos algo porque sea así.

—Me siento como si yo fuera la enferma y tú la visita. Ni siquiera te he preguntado cómo estás.

—Bien. Los doctores dicen que mi decadencia es admirable. Tú eres la que tiene que cuidarse y no te veo con buena cara. Márchate y descansa. Tengo intención de estar aquí mucho tiempo.

Sarah le devolvió el gesto a Alanis acariciándole la cara. Agradecía que hubiera sido tan directa con su respuesta, que no hubiera mostrado ninguna duda. Alanis había sido toda su vida así de decidida y siempre le había ido bien, así que convenía fiarse de su instinto. Fue a coger los plátanos, pero Alanis puso las dos manos encima del bulto que tapaba la toalla.

—Gracias por la charla. Nos vemos mañana.

—Descansa.

—Igualmente.

Cuando salía por recepción, vio que el hombre que había tenido el altercado salía de la habitación en la que se había reunido con el guarda con un papel de la mano. Al llegar a la calle lo rompió en pequeños trozos que lanzó al aire.

XIII. El saludo de Martha

Alvin comprobó el camino que tenía que seguir para llegar a la escuela de música del Sr. Rothery. Vio que, muy cerca, estaba una de las mejores pastelerías de la ciudad. No conocía bien la zona, pero prefirió memorizarla a dejar que el implante le fuera indicando por dónde ir con un suave «a la derecha», «a la izquierda», «sigue recto». Grabó la imagen del plano en la memoria y después realizó reglas nemotécnicas para aprenderse las calles.

El día seguía siendo agradable. Levantó la vista y vio, entre dos grandes cargueros que avanzaban lentamente por el cielo, un sol tranquilo que parecía dosificar el calor que emitía. Si era cierto lo que decían, las obras de la base para la nueva ciudad, en una zona que habían ganado al mar, empezaría ya pronto. Resultaba extraño imaginarse que en las bodegas de esas dos grandes naves hubiera miles de toneladas de arena para fijar el nuevo asentamiento.

—*¿Quieres saber algo sobre la carga que transportan?* —le preguntó la voz.

Alvin negó con la cabeza. El flujo de datos que se podía recibir en cada momento era tan grande que podría pasarse horas de pie, sin moverse, es-

cuchando información sobre lo que tenía alrededor. Los coches, las tiendas, las personas, las mascotas que pasaban a su lado, los olores, la historia de este mismo sitio: si quisiera, podría saber cuántas personas se habían detenido en el punto exacto en el que estaba. Para el sistema, la realidad era una eterna productora de estadísticas y muchas veces costaba esfuerzo resistirse al flujo que estaba disponible con solo pedirlo con una palabra.

—No, no, gracias —reiteró Alvin—. El Sistema era especialmente sensible a la buena educación.

Caminó a buen ritmo. Por cierta deformación profesional, no podía dejar de fijarse en el peso de la gente con la que se cruzaba. Prácticamente todos parecían estar en su peso justo. Había pequeñas variaciones, pero nada preocupante. En el tema de la alimentación, el Sistema tenía fijado su objetivo en el control de la obesidad, pero no por eso pasaba por alto otros desórdenes alimenticios como la anorexia. Todo lo que, a la larga, pudiera tener un sobrecoste para el Estado era controlado cuanto antes.

Conforme avanzaba hacia su destino, Alvin se iba sintiendo orgulloso de lo bien que funcionaba su memoria. Las calles iban apareciendo justo donde ésta se lo indicaba. Esta habilidad no era ya muy valorada, pero a Alvin le ayudaba a afianzarse y a ganar en seguridad. Dejar que toda la información estuviera en el Sistema equivalía a ceder una parte de sí mismo, por mucho que los demás no lo vieran así.

Si todo seguía como esperaba, al girar en la siguiente esquina debería encontrarse con la pastelería que había aparecido en el mapa. Supo que no se había equivocado, antes de llegar a verla, por el olor que le llegó. Se detuvo a disfrutarlo. Llegaba transportado por un aire cálido, dulzón, esparcido por unos hornos que se imaginaba grandes y repletos de bandejas con pequeños pasteles. La imagen y el olor provocaron que comenzara a salivar.

Estaba seguro de que el Sistema ya habría notado los cambios en su cuerpo y que estaría valorando sus posibles acciones. Pero no había nada que temer: aquella había sido una fase de su vida que había dejado atrás hacía mucho tiempo y que había coincidido con la muerte de su padre. Fue su forma de reaccionar. Entonces pensaba que podría controlarla y abandonarla, pero lo cierto es que su cuerpo solo parecía relajarse después del subidón de azúcar.

Fue pasando por todas las fases hasta que él mismo recibió la visita de un inspector como él que le detalló las consecuencias de no cuidarse. La regla era muy sencilla: por cada semana que pasara sin adelgazar, iría perdiendo la posibilidad de disfrutar de áreas de su vida cotidianas, que que-

darían al otro lado de una puerta cerrada. No fue un proceso violento, cierto, pero a las pocas semanas asumió el tratamiento sin excusas.

Desde entonces no había recaído. Como había funcionado tan bien en el programa con él, el propio Sistema propuso que lo reorientaran para trabajar en el área en donde ahora se encontraba. Si quería, podía entrar en la pastelería porque podía verse como parte de su trabajo. Era un punto de suministro de alimentos que entraba dentro de sus competencias.

Se mantuvo quieto unos segundos más. Después avanzó y giró el cuerpo para poder ver la pastelería, que ocupaba una esquina. Estaba decorada con buen gusto. Era amplia, luminosa, con unos cristales que permitían ver el interior. Desde donde estaba, Alvin podía distinguir los bollos y pasteles que estaban expuestos. Había gente comprando dulces porque el Sistema no prohibía. El Sistema sabía que prohibir algo lo hacía más irresistible. Era más sencillo impedir el acceso a aquellos que no tuvieran su peso o sus análisis estuvieran desequilibrados.

La dependienta que estaba tras el mostrador estaba entregándole un pequeño paquete a un hombre mayor. De repente levantó la cabeza y se fijó en Alvin. Alvin la reconoció. Aunque hubieran pasado ya algunos años desde que pasó por aquella etapa. Martha, se llamaba. Entonces trabajaba en otra pastelería que había evitado desde entonces. Martha le sonrió. Alvin levantó la mano y continuó caminando.

XIV. Un mastín dormido

La escuela de música estaba en los bajos de un edificio nuevo. La única señal que daba una pista de lo que se hacía ahí dentro era una clave de sol dibujada sobre el cristal opaco que cubría el local. La entrada daba buena impresión, como si fuera la de la clínica de un dentista. Alvin llamó a la puerta y una pequeña vibración le indicó que ya podía entrar.

La recepción era pequeña. En una pared había dibujos infantiles de músicos tocando instrumentos. Ahora, Alvin tenía la sensación de estar en algún tipo de guardería. De fondo se escuchaban unos ejercicios de piano que llegaban como envueltos por algodón. La chica que le había abierto la puerta era alta, con un pendiente rojo en la oreja izquierda y los labios pintados de negro. Tenía la espalda recta y las palmas de las manos apoyada sobre el mostrador.

—Supongo que viene a ver a Sammy. Está terminando una clase. Voy a avisarle.

La chica lo miró de arriba abajo y después se alejó por el largo pasillo que salía desde la recepción. Alvin vio que tenía varias puertas a ambos lados. Volvió a fijarse en los dibujos del corcho. Todos los músicos estaban delgados menos uno, muy gordo, que parecía estar tocando una guitarra con los ojos cerrados. Alvin no supo si en el Sistema había alguna norma que tipificara un dibujo de este tipo. No lo consultó con el Sistema para que no lo sorprendieran haciendo su trabajo. Ya lo haría después.

Cuando se giró vio que la recepcionista estaba ya en su sitio. No la había escuchado regresar. Un quinceañero pasó a su lado con el estuche de una guitarra.

—Hasta el jueves, Alex —lo despidió la chica. Y dirigiéndose a Alvin— Ya puede pasar, es la tercera puerta a la derecha.

Alvin avanzó por el pasillo. El sonido del piano se había detenido y ahora era consciente de un silencio semejante al que traía una mañana de nieve. Llamó a la tercera puerta.

—Pase —le indicó una voz grave.

Se encontró en un cuarto pequeño con una pequeña mesa, dos sillas, un atril, un amplificador y varias guitarras colgadas de la pared. Sam Rothery estaba sentado encima de una de las sillas, inclinando sobre la guitarra y afinándola con cuidado, como si tratara de dar con la combinación de una caja fuerte.

—Es solo un momento. Me gusta tener todas las guitarras afinadas. Siéntese ahí, por favor.

Alvin tomó asiento frente a Sam Rothery. Le impresionó lo grande que era. Su presencia era imponente, muy lejos de lo que la foto del informe daba a entender. Le sorprendió que alguien así no estuviera prácticamente confinado en su casa, limitado únicamente a las funciones más básicas. Sam asintió, levantó la cabeza y dejó la guitarra en su funda abierta. Después posó las manos sobre sus muslos.

—Usted dirá.

Alvin notó cierta malicia en sus ojos que hizo que por un momento se sintiera rebajado. Como si la cantidad de poder en ese cuarto fuera fija y pudiera desplazarse de uno a otro. Ahora estaba del lado de Sam.

—El Sistema ha señalado que lleva usted varias semanas en nivel A. Hasta ahora se han adoptado una serie de medidas estándar, pero como, de no cambiar su situación, pasaría a un nivel mucho más restrictivo, antes se celebran reuniones como ésta.

—Como ve —dijo Sam levantando los brazos— no puedo negar mi situación. Tampoco que, debido a ella, mi vida se ha visto muy limitada. Pero lo asumo, ¿sabe por qué?

Alvin se fijó en las gotas de sudor que caían por la cara de Sam. En ese cuarto hacía bastante calor. No recordaba que en la recepción hubiera tenido la misma impresión.

—Lo asumo porque me he acostumbrado a vivir con muy poco. Mi cama. Este cuarto. Y mis guitarras. Me duele no ir a locales a escuchar música en directo o no poder comprar la comida que me gustaría, claro, pero puedo prescindir de casi todo.

—¿Y le compensa? ¿Por qué no seguir un programa del Sistema para ir perdiendo peso?

—Los he seguido. Pero verá, esto no es un tema de gula. No voy a negar que me gusta mucho comer. Lo declaro: me encanta. Y lo vuelvo a declarar por si el Sistema no lo ha grabado bien: me encanta. Pero no es por esto por lo que como. Podría seguir sus métodos si el problema se redujera a esto. Pero no.

Sam volvió a coger la guitarra que había dejado en su funda.

—Este es el asunto. Cuando como lo que quiero me encuentro con ganas de tocar. De tocar bien, me refiero. De tocar para los que me oigan se olviden de quiénes son mientras me escuchan. De agarrarles el corazón y de llevárselo de un lado a otro. Eso solo lo logro cuando como. Cuando bajo peso me veo como esos tipos tristes que aparecen en la televisión acompañando a un famoso haciendo que tocan la batería.

La mano derecha de Sam acariciaba el borde de la guitarra como si fuera la cabeza de un mastín a quien tuviera que tener controlado. Sus dedos eran gruesos y no muy largos. Alvin se preguntó si eso no sería una molestia para tocar.

—Puedo entender lo que dice —empezó Alvin— Pero si continúa en este nivel, las prohibiciones irán en aumento. Pueden llegar a prohibirle trabajar y a aceptar una renta mínima para vivir.

Sam se inclinó hacia Alvin.

—¿Y podrían quitarme las guitarras?

—No.

—Pues entonces no me gustaría encontrarme en su situación. Ni lo del dinero me preocupa. Además, no toda la comida pasa por el Sistema. Y eso lo saben usted y el sistema.

Alvin lo sabía, pero prefirió no decir nada para que la conversación no siguiera por ahí.

—¿Entonces tengo que aceptar que usted no se acoge a ningún programa del Sistema?

Sam cogió la guitarra.

—Le voy a dar mi respuesta.

La chica del pendiente rojo levantó la cabeza para escuchar con atención la guitarra de Sam. Su rostro se relajó al instante. Y una leve sonrisa acompañó al brillo de sus ojos.

XV. Un trozo de nuez

Camino de casa, Alvin recordó que les quedaban pocos yogures de coco y decidió ir a un supermercado. Quería andar un poco y entender qué había pasado. Antes de visitar a Sam Rothery le costaba imaginar que alguien se pudiera negar a cumplir con las recomendaciones del Sistema de una manera tan clara. Hasta ahora, en todos los casos que había tenido, la gente empezaba negando lo evidente, después lo admitía y al final terminaba aceptando que su alimentación se adaptara a las normas del Sistema. Era un esquema tan fijo que apenas se tenía que esforzar: la propia visita de alguien como él era clara invitación a dejar de saltarse las normas. Sam había sido distinto: aceptaba lo que hacía y lo había justificado sin hablar, tocando su guitarra con una habilidad y una pasión que a Alvin lo dejaron vacío, sin argumentos. Vencido. No eran tiempos para envidiar a un gordo, salvo que ese gordo tocara así la guitarra.

El supermercado recibía ahora a gente como él, que salía del trabajo y compraba lo justo para cenar. Los carros de la mañana de las amas de casa se convertían ahora en cestas de plástico que llevaban personas con traje. Alvin se fue fijando en la disposición del supermercado, con los productos más sanos en las zonas más iluminadas y aquellos con alto contenido en calorías en secciones más oscuras, obligados a presentar un empaquetado neutro que tenía prohibido los colores cálidos, los dibujos o simulaciones que pudieran alentar en el consumidor una respuesta más emocional que racional.

Los yogures se encontraban en la frontera entre un grupo y otro. La marca. Letras clásicas. Una fotografía de un coco abierto. Y, como ocurría en todos los casos, bien presente, la cantidad de azúcar por cien gramos de producto y un círculo con un color, naranja claro en este caso, para presentarle, de un vistazo los riesgos del producto.

Esos datos los podía suministrar el Sistema al momento, pero era preferible un exceso de información suministrado por varios canales a dejarlo todo dependiente de lo que comentaran los implantes. Alvin cogió seis yogures y los colocó en la cesta.

—*Seiscientas calorías.*

—*Estamos bien de crédito, ¿no?*

—*Para lo que queda de mes, sí. Tenéis disponibles todavía un consumo de cincuenta y seis mil calorías.*

—*¿Justas?*

—*Te lo he redondeado. A estas horas no estarás para decimales.*

—*Voy a creer eso que dicen de que tienes corazón.*

—*Bueno, lo que sí te puedo decir es que el corazón de la realidad está formado por las matemáticas.*

Alvin sospechaba que sí. ¿Para qué discutir sobre esos temas? Frente al mostrador de las verduras vio a una mujer mayor consultando una lista de la compra escrita en una hoja. Le recordó, por la forma en la que iba tachando algunas líneas con un lápiz, a su madre. De pequeño la había acompañado muchas veces al mercado los sábados por la mañana. Entonces se llevaban muy bien. Le gustaba mucho ver la decisión con la que su madre señalaba lo que quería de cada puesto, sin dejarse convencer por lo que le decían los vendedores. Tenía buen ojo para el pescado y para la fruta: sabía en cada momento qué era de temporada y qué no.

—*¿Hay algo urgente que necesitemos en casa?*

—*Podrías coger brócoli. Y llevar unos lenguados. Hace doce días que no cenáis pescado. No es el supermercado con el mejor precio, pero creo que el ahorro no compensa el paseo hasta el que tiene una mejor oferta.*

Alvin siguió el consejo del implante y se pasó por la verdulería y la pescadería. Aquí abundaban los carteles con campañas que celebraban el consumo de estos productos. Mientras esperaba a que lo atendieran para comprar los lenguados, una chica en patines se acercó con una pequeña bandeja para que cogiera una de las nueces que iba ofreciendo a todos con los que se encontraba.

—*Es muy buena para el corazón —le dijo.*

La chica era muy atractiva. Tenía la pose de una deportista que hiciera mucho ejercicio al aire libre. Alvin se la imaginó practicando deportes de

riesgo. Alpinismo. Inmersión. Transmitía la tensión de un animal justo antes de lanzarse sobre su presa.

Alvin miró la bandeja. No le gustaba ni el sabor ni la forma de las nueces, que le parecían pequeños cerebros secos. Le recordaban a la enfermedad de su padre, al distanciamiento de su madre, que no pudo soportar esa decadencia, y al peso que tuvo que soportar él al hacerse cargo de todas las atenciones que había requerido su padre.

Pero la chica seguía ahí, inmutable, insistiendo con la sonrisa y la paciencia de una deportista que se ha enfrentado a retos muchos más grandes y enfoca éste como un simple calentamiento.

—Muy buena para el corazón —insistió.

Alvin se decidió a coger un trozo y a comérselo. El sabor le pareció tan desagradable como siempre, pero trató de que no se le reflejara en la cara. La chica lo miró, asintió y se marchó en busca de otro cliente. Alvin se fijó en el movimiento de sus caderas.

—*En este momento me gustaría saber qué piensas.*

—¿Sobre la chica?

—*No, no. Supongo que la habrás mirado al marcharse, las probabilidades, por los buenos comentarios que he escuchado de ella, eran muy altas.*

—¿Entonces?

—*Sobre la nuez. No esperaba que te la comieras.*

—¿Te ha sorprendido?

—*Si defines sorpresa como la diferencia entre las probabilidades de que un hecho se produzca o no, sí, mucho.*

Estaba siendo un día extraño. No había conseguido ningún avance en la visita a un sujeto de nivel A pero el Sistema admitía que se había salido del rango de lo esperado. De repente se sintió cansado. Había alcanzado ese momento del día, que acababa llegando antes o después, en el que tenía la impresión de que las respuestas a sus actos empezaban a ser muy distintas a las que esperaba.

Se puso en la cola de la única cajera que había a esas horas. Ella también parecía cansada, pero se conocía tan bien la rutina de su trabajo que era capaz de ir pasando los artículos por el lector mientras pensaba en otras cosas. La cola fue avanzando hasta que le tocó el turno a la mujer que tenía delante, la que había visto tachando artículos de su lista.

La cajera pasó tres artículos y salió de su modorra profesional cuando cogió el cuarto. Una lata de melocotones en almíbar.

—Perdone, pero esto no se lo puede llevar. Se sale del límite.

—¿Qué límite?

—El de calorías. Tiene que esperar al mes que viene.

—Pero me las quiero llevar ahora.

—No puede.

—¿Por qué?

La chica respiró hondo. Le quedaban solo veinte minutos para acabar su turno y lo último que quería era ponerse a dialogar con esa mujer. Sabía que necesitaba una energía y una paciencia que ahora ya no le quedaban. Si hubiera sido a primera hora, habría intentado razonar con ella, buscar alguna alternativa. Cogió la lata con una mano y negó con la cabeza.

En ese momento, Alvin escuchó la voz del implante.

—*Cómprala tú y se la das después. Tienes límite de sobra.*

—Pero ella no.

—*Está enferma. Acabo de acceder a su ficha tras reconocerla por su voz. Muy enferma.*

Alvin le hizo un gesto a la cajera para que incluyera la lata en su compra. Después salió a la calle y se acercó a la mujer, que iba caminando muy despacio.

—Aquí tiene. Su lata.

La mujer lo miró extrañada.

—¿Qué lata?

—La que quería comprar.

—No, no, yo no compro latas.

La mujer lo miró. Lo agarró del brazo y se marchó.

—¿Cuáles eran las probabilidades de que actuara así?

—*Por su enfermedad, muy altas.*

—¿Y por qué me has sugerido que hiciera esto?

—*Tú me has sorprendido a mí con lo de la nuez. Me parecía justo que, para que nuestra relación volviera a equilibrarse, yo te sorprendiera a ti.*

XVI. Las luces de los cargueros

Ellen golpeó la puerta de la habitación como si al otro lado estuviera cubierta de mariposas. La abrió sin esperar respuesta porque sabía que la estaban esperando. Apenas había pasado media hora desde que la habían llamado al número que dejaba como contacto. Estaba tan acostumbrada a moverse entre hospitales, donde pasaba la mayoría de su tiempo de trabajo, que podía obtener información de la persona ingresada con solo echar un vistazo a la habitación.

—Buenas tardes, Alanis. ¿Qué tal te encuentras?

—Si quisiera hacerte sentir bien, debería decirte que mal.

—Para hacerme sentir bien, necesito que me digas la verdad.

—No me encuentro mal.

Ellen cogió una silla y se acercó a la cama. Sabía que en este momento no convenía quedarse de pie, transmitiendo urgencia. Había que dedicarle todo el tiempo que fuera necesario. Había habido casos en los que, una vez hecha la llamada, tenía que quedarse toda una noche hasta la aceptación definitiva. El suyo era un trabajo en el que había que tener paciencia.

—Esta tarde ha venido a verme mi nuera. ¿Sabes quién es mi nuera?

—Lo sé.

—Ya. Era una pregunta estúpida, pero siempre me ha gustado rodearme de gente que responde eso, lo sé. Si recibes un no sé, deberías cambiar de equipo.

Alanis se miró la vía que tenía en el brazo, como si de repente la molestara. Ellen se levantó rápidamente y con un movimiento experto le quitó la tira de esparadrapo que la sujetaba, la ajustó y la volvió a pegar.

—Eres solícita.

—Soy doctora —dijo Ellen.

Alanis se rió. Ellen dejó que se desahogara de esa forma. Cada caso respondía de una forma distinta. Los había que lloraban, que se quedaban en silencio, que no dejaban de compartir detalles íntimos de su vida como si así pudieran salvarlos antes de que se perdieran de todo. A Ellen le gustaban los que mostraban su cara irónica, creando cierto distanciamiento. Le parecía una de las formas más elegantes que tenía la inteligencia para rendirse.

—¡Doctora! Pensaba que las doctoras tenían que preocuparse por alargar la vida de sus pacientes.

—Y lo hago. De otra forma, pero lo hago.

Desde donde estaban las dos mujeres podía verse a través de la ventana los iluminados laterales de los cargueros en el cielo. Una interminable serie de pequeñas luces rojas que avanzaban lentamente. Era tan grande el número de esas luces que cualquiera se quedaría dormido antes de terminar de contarlas. Las dos mujeres dejaron de fijarse en los cargueros.

—Mi nuera me ha contado que ha tenido un problema en la guardería. De eso también estarás al tanto.

—Sí —dijo Ellen.

—Supongo que no será casualidad que la visita haya sido hoy, con el asunto de la posible promoción de mi hijo en el aire.

—Hay que aceptar que se usen todas las estrategias posibles —dijo Ellen—. Y en la nevera había lo que había. Eso no se lo pusieron desde fuera.

—Supongo que eso quiere decir que es un puesto codiciado y que mi hijo estaba en condiciones de ser elegido.

—Yo también lo interpretaría así —dijo Ellen. Alanis volvió a mirar por la ventana.

—Dicen que unos cargueros aún más grandes aprovechan para volar de noche sin ninguna indicación que los delate.

—También he oído ese rumor.

—Aunque esté aquí tendida, el que me hicieras aquella visita entonces quiere decir que podría seguir viendo las luces de esos cargueros durante mucho tiempo.

—Sí.

—De lo que deduzco que la compensación por admitir tu oferta podría ser alta. El Estado se ahorraría mucho dinero conmigo.

—Cierto.

—¿Se arreglaría lo de la guardería si aceptara hoy mismo?

Parte del trabajo de Ellen era anticiparse a las posibles peticiones de las personas a las que visitaba para poder ser sincera con ellas después de

haber tenido tiempo para estudiarlas. En la lista que había realizado de Alanis no estaba esta opción. En el informe se destacaba la mala relación que había entre Alvin y Alanis. Bastaba con consultar el registro de visitas: muy poco frecuentes y de poca duración. Ellen no había podido tener acceso a esas conversaciones porque el Sistema tenía prohibido distribuir lo que se dijeran los familiares en una habitación de un hospital salvo que pudiera suponer un riesgo. Pero podía imaginarse el peso que el silencio tendría en ellas.

Alanis se giró para mirar a Ellen. Insistió con la pregunta, como si dudara de si la había oído bien.

—¿Se arreglaría lo de la guardería?

Ellen esperó. Las conversaciones entre familiares estaban protegidas, pero no una en la que participara ella.

—Sí —dijo el implante.

Ellen asintió. Alanis pareció relajarse. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Sin cambiar de posición y sin abrirlos, se dirigió a Ellen.

—¿Cuál es el procedimiento?

—Cuando te quedes sola, el implante te irá haciendo unas preguntas. Algunas para comprobar que estás en pleno uso de tus facultades. El resto, por temas legales. Después se te explicará el procedimiento.

—Que será rápido e indoloro —dijo Alanis sin esperar ningún tipo de respuesta—. Ellen se puso de pie y se acercó a la cama de Alanis.

—Antes de irme, necesito que pronuncies tu nombre en voz alta y que digas que aceptas el inicio del procedimiento de supresión.

—¿Supresión?

—Así lo han establecido los de legal.

—Yo, Alanis Adamsberg, acepto que se inicie el procedimiento de supresión. Alanis abrió los ojos. Vio que Ellen la miraba tranquilamente. Parecía distinta, como si, una vez hecho su trabajo, se pudiera desprender de esa capa de eficacia con la que actuaba.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? Alanis miró por la ventana.

—Lo que más miedo me da de esas naves es que no emitan ningún ruido. Ese silencio me aterra.

XVII. Quiche para cenar

Sarah estaba en la cocina preparando una quiche de espinacas. Era una de las sugerencias que le había presentado el Sistema para la cena y le había parecido bien. Necesitaba distraerse y ella, que no era muy aficionada a cocinar, buscaba hoy alguna tarea como ésta, en la que ir siguiendo unos pasos sin nada en lo que pensar. Solo en las medidas y los tiempos de cocción.

Fue meticulosa con todas las indicaciones. Quería olvidarse de lo que había pasado en la guardería, de la elección que había tomado, de la extraña conversación con la mujer del autobús. Sobre todo, quería olvidarse de sí misma. Estaba cansada de llevar una vida en la que todo estaba controlado, registrado, clasificado. Añoraba, esos pocos años de pequeña en los que las cosas sucedían y desaparecían, en la que nadie más que ella escuchaba lo que pasaba alrededor. Echó doscientos gramos de nata en el recipiente.

Thomas se tumbó en la cama de su habitación. A la salida del Fugazi, Alex le había enseñado la barra de chocolate con nueces que la camarera le había vendido. Ella le había escrito en una hoja que después había roto que estaba segura de que se encontraba libre de control, que ni su venta ni su consumo podían ser registrados. A los efectos del Sistema, no existía. Alex había partido un trozo y se lo había ofrecido a Thomas, que se lo guardó en un bolsillo. Alex no había dudado y en un par de bocados, como si temiera que lo pillaran con la barra, se lo había comido mientras Thomas lo miraba con una mezcla de miedo y de admiración.

El trozo de su barra estaba ahora en el cajón del pequeño mueble que tenía junto a su cama. ¿Por qué estaba Alex tan seguro de que no tenía ningún chip que lo controlara? ¿Qué le había dicho la camarera para que no dudara? Se hablaba de un mercado negro en el que se podían encontrar todo tipos de alimentos fuera del control del Sistema. Con los contactos apropiados y suficiente dinero, era posible llevar una vida como la de antes. Había que sortear el problema de los análisis, sí, pero para eso también podía encontrarse una solución. Dinero y contactos. Podría ser cierto o tratarse de algún bulo esparcido por el Sistema para identificar a aquellos con el valor de moverse en la zona prohibida. Thomas sacó la barra del cajón y, tumbado en la cama, la fue girando con los dedos.

Anna abrió su armario y se quedó mirando la ropa que tenía. Tenía ganas de cogerla toda y de lanzarla por la ventana. También esa parte estaba controlada. Podía aprender a hacerse ella misma la ropa. No parecía tan difícil. Su abuela le había comentado en una ocasión que antes era así, que

existían patrones y que casi todas las mujeres sabían lo necesario para confeccionar aquello que llevaban puesto.

¿Por qué no intentarlo?. Ninguna de sus amigas se había hecho la ropa que llevaba, pero eso no implicaba que ella tuviera que ser igual. No. Seguro que su abuela sabría enseñarle cómo hacerlo. Podía visitarla más a menudo al hospital para aprender. Al principio los resultados no serían buenos. No importaba. Se trataba de insistir, de querer mejorar, de tener ganas. Después de lo que había pasado hoy estaba decidida a intentarlo. Sería una buena excusa para ver a su abuela más a menudo y compartir algo. Mañana mismo, decidió, iría a verla para empezar.

Alvin llegó a casa preocupado. Todavía no había habido ninguna comunicación sobre la elección del cargo. Cada poco tiempo le preguntaba al implante, que le respondía que no se sabía nada, que no se había emitido nada oficialmente. Pero ya era tarde, demasiado tarde.

Se asomó a la cocina y vio a su mujer cocinando. Le agradó encontrarse con ese olor a comida. Resultaba acogedor. Le dio un beso y dejó la bolsa en la mesa encima de la mesa.

—No me descolokes los ingredientes.

—Huele bien.

Sarah le ofreció una sonrisa que a Alvin le pareció una disculpa. Se sintió un poco incómodo pero no dijo nada. Sacó los yogures, el brócoli y los lenguados. Se dio cuenta de que los gestos de Sarah no eran los de alguien que disfruta de lo que hace. Su cabeza, de alguna forma no estaba en lo que hacía.

—¿Todo bien?

—Claro, cariño. Cenamos en cuarenta minutos.

De camino al salón pasó primero junto a la habitación de Anna. Dio un par de golpes en la puerta y la abrió. Vio que su hija tenía la ropa encima de la cama, como si estuviera qué eligiendo llevarse para un viaje.

—¿Y eso?

—Me he cansado de lo que tengo.

Alvin no dijo nada. Suponía que ese comportamiento tenía que ver con la relación de las mujeres con la ropa. Algo más directo. El no se imaginaba haciendo lo mismo con la suya. Para él la ropa era algo que servía para protegerse del frío. Y mientras cumpliera esa misión, no se le ocurría que el tema de la moda pudiera obligarlo a desprenderse de ella.

—Ha dicho mamá que cenamos en cuarenta minutos.

—De acuerdo.

Del cuarto de Thomas salía una música pesada, como si en vez de instrumentos musicales la interpretaran las tripas de una gran máquina. Alvin puso la mano en la puerta y notó la vibración de los bajos en su palma. Podían sentirse como un latido. Quizás fuera lo que se escuchara dentro de los cargueros que volaban por encima de ellos. Abrió la puerta.

Thomas estaba tirado en la cama con las manos debajo de la nuca. Sacó la mano derecha como saludo y la volvió a colocar en su sitio. Debajo de esa sucesión de sonidos densos se adivinaba la voz de una mujer recitando un texto en un idioma que no conocía. Quizás el placer estaba en acechar esa voz, en perseguirla y después eliminar todo lo demás para concentrarse en ella. Parecía que estuviera describiendo con minuciosidad un trozo del paraíso, un sitio al que cualquiera querría ir tras imaginarlo. ¿Era eso lo que interpretaba Thomas?

Alvin señaló el salón y abrió y cerró cuatro veces las dos palmas de las manos. Su hijo asintió. Después salió del cuarto.

El aire en la terraza parecía limpio. Los del departamento de contaminación eran muy buenos en su trabajo. Atrás habían quedado esos años en los que las grandes corporaciones intentaban engañarlos con programas de software que modificaban sus vehículos en las inspecciones. Ahora no solo resultaba casi imposible, sino que se arriesgaban a sufrir sanciones que podían acabar con multas capaces de acabar con ellas.

Ahí arriba seguían los cruceros. Era un desfile continuo. Parecía que no avanzaban, pero bastaba don fijarse un poco para descubrir que solo se trataba de una ilusión. Claro que se movían. Si fueran más rápidos, la gente se haría más preguntas sobre ellos, pero esa cadencia tan lenta los hacía parecer inofensivos.

—*Tienes una llamada de Ellen. ¿Aceptas?*

—Sí.

Se movían. Claro que se movían.